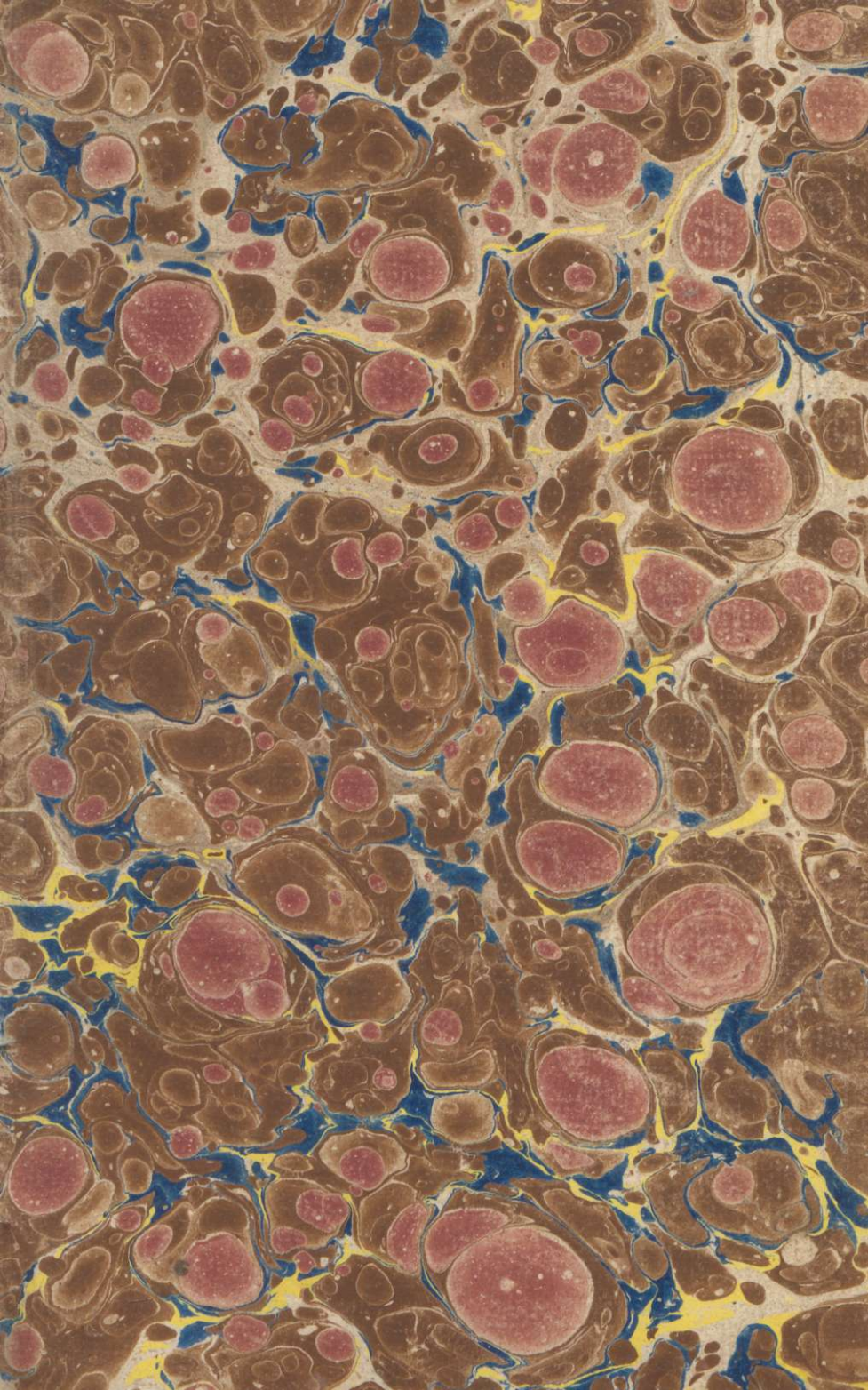
ELSE GNOMS
EX LIBRIS
76



M. 16.

ANT
XIX
872

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

Será perseguido ante la ley el que reimprima esta obra sin competente permiso, y todos los ejemplares llevarán la firma del autor en la última plana.

R-41-146



LA

REDENCION DEL ESCLAVO.

POR

EMILIO CASTELAR.

MADRID:
Establecimiento tipográfico de J. Casas y Diaz,
calle del Lobo, núm. 12.

1859.

LA REDENCION DEL ESCLAVO

POR

EMILIO CASTELAR



Emilio Castelar

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

—

Los dolores de la humanidad han creado, Dios mio, el arte. Si el hombre no hubiera llorado, la poesía no hubiera estendido sus blancas alas sobre nuestra frente. Las grandes inspiraciones son lágrimas que han caido de lo infinito. Creaste al hombre; y al verlo tan desvalido, le diste por eterna compañera la imaginacion, para que sembrase de flores su camino y le señalára sonriente cómo brilla entre las tempestades el azul y claro cielo. Yo, Dios mio, no sé nada, no he aprendido nada, pero he llorado mucho. En algunas de esas lágrimas habrá caido envuelto un vapor de tu aliento sobre mi espíritu, de ese aliento que con un solo

suspiro pobló los espacios de seres y de mundos, y que nunca falta á los que padecen, á los que lloran, segun las promesas de tu misericordia. Y como no sé nada, como sólo he aprendido á sentir y amar, quiero repetir ese eterno quejido, ese contínuo sollozo que el hombre ha exhalado desde el principio de los tiempos; quiero manifestar los dolores, las penas por que el hombre ha pasado hasta ser dueño de la vida que le diste, de la conciencia que encerraste en su frente, de la libertad de su sér, reflejo de tu eterno sér. Dios mio, el camino es largo, está sembrado de ruinas, ofrece por do quier cenizas apagadas, charcos de sangre, inmensos campos de batalla, ídolos caidos, aras destrozadas, víctimas humanas con el cuchillo del sacrificador en la garganta, ideas que se desvanecen como fuegos fátuos, amores que se pierden como las gotas de rocío caidas sobre la candente arena de los desiertos, liras que cantan en la soledad como el ave perdida en inesplorados bosques, generaciones enteras que pelean por la mentira y mueren contentas por los impostores; pero, en cambio, tambien ofrece por do quier eslabones de nuestra pesada cadena, que el hombre ha quebrado y ha fundido para siempre con sin igual esfuerzo. Uno de tus hijos predilectos decia, que si le llamáras y le dijeras como á Salomon «en esta mano tengo la verdad, y en esta otra mano tengo el camino que conduce á la verdad, elige,» elegiria, no la verdad, sino el camino de la verdad, porque el hombre debe elegir siempre el trabajo. Yo, el último de tus hijos, digo lo mismo. Entre la libertad primitiva y el camino por donde el hombre ha ido á la libertad, escojo ese camino sembrado de espinas y de abrojos, fatigosísimo, empapado de

sangre; porque si de otra suerte contaria una genealogía de ángeles, así cuento una genealogía de mártires. Yo, Dios mio, no he podido nunca separarme de mis progenitores; yo me siento unido á todos los que han llorado y han padecido sobre la faz de la tierra; yo he andado errante y maldecido por las orillas del Indo, como el pária, atemorizado de mi propia sombra; yo he caido sin aliento sobre los altares de Baal, sintiendo como una esperanza el frio cuchillo del sacerdote sobre mi cuello; yo he trabajado con la cadena al pié y el sudor en la frente, levantando las pirámides de Egipto, los palacios de Sesostris, de Semíramis y de Nino, miéntras para mí no habia asilo en la tierra; yo he peleado dia y noche en los campos de batalla, ceñido, atado á la cola del caballo de mi señor, que me hacía instrumento de sus venganzas; yo en las orillas del Eurotas me he embriagado hasta tornarme una bestia, sólo para servir de horroroso ejemplo á los hijos de mis tiranos; yo he ido á Marathon á pelear por la libertad, y sólo he encontrado la libertad de mis señores; yo he cubierto con mi sangre las eternas nieves del Apenino; yo he pasado por las hogueras, por los circos, por las naumaquias, para divertir el ocio de un pueblo rey de la tierra; yo he estado rendido al pié del castillo feudal, sin aliento, sin vida; pero yo me he levantado cuando la voz de tu Providencia, escondida en el viento de las tempestades, me ha llamado á la vida, y aquí me tienes ya digno de tí, porque ya soy hombre. ¡Ah! Señor, para contar tantos trabajos de mi raza, necesitaria un dolor parecido al dolor que sentiste cuando ingrato te faltó el hombre; un sorbo de la hiel que bebiste en el Gólgotha; una de las lágrimas que derramas-

te en el monte de las Olivas; una gota de la sangre que corria por la Cruz; un aliento del último suspiro que exhalaste; una voz tan poderosa y tan triste como la voz de los huracanes, de las tempestades que se desataron sobre la tierra en la hora suprema de tu muerte. Y para cantar los triunfos y las glorias de mi raza, necesitaria en mis labios una gota del primer rocío que cayó sobre la tierra estremecida de amor en el primer instante de la creacion; en mi inteligencia un rayo de la primera luz que amaneció sobre el caos; en mi imaginacion un eco de la primer armonía que exhalaron los mundos al girar sobre sus ejes en los espacios; y en mi alma un átomo de la primera vida que cayó de tus labios para poblar de seres los abismos; y así me alzaria hasta tí, resplandeciendo la inspiracion en mi frente, la poesía en mi cántico. Señor, Señor, el hombre estaba en un sepulcro; los insectos de la tierra y la lepra devoraban sus carnes y perforaban sus huesos; hundido en sus males, sin luz en sus ojos, no podia conocer las maravillas de tus obras; sus dias eran como maldiciones, y sus noches más espesas y más caliginosas que el caos; su trabajo se perdia, porque era el esfuerzo inútil para levantarse de su tumba, y así se dejaba caer en brazos de la desesperacion y de la muerte; pero viniste tú, pasó un soplo de tus labios sobre sus labios, un rayo de tu idea divina sobre su alma, y se levantó, y emprendió su camino, y fué dejando en los abrojos sus males, y llegó á comprender el bien, á sentir el arte, á amar, á creer y á gozar de su propia libertad. Esta trasformacion maravillosa cuento... Que no me falte tu divino auxilio.

PRÓLOGO EN EL CIELO.

I.

Solo, sin más compañero que su pensamiento, sin más eco que su eterna palabra, sugeto y objeto de sí mismo, envuelto en la luz increada, llevando en su seno la vida de todos los seres, y en su mente el ideal de todas las creaciones posibles; Dios, cuya forma y cuya esencia se penetran y se confunden, cuya naturaleza es infinita, cuyo sér es absoluto; eterna hermosura, eterna verdad, eterno bien; allá, en el santuario de sus cielos, ántes que fuese el Universo, medita un mundo que le refleje, un sér que le conozca y que le ame; y delante de su pensamiento van pasando en idea todos los mundos que pueden vivir en el tiempo, que pueden caber en el espacio; sueños de la eternidad, poemas animados de una poesía sin palabras, armonías de

una música sin sonidos, seres sin realidad y sin formas, reflejos de la sustancia divina en sí misma, tipos que van vagando en la razon creadora del Eterno Artista.

Y en el mismo instante que estas meditaciones cruzan por la mente divina, un Espíritu increado se levanta en los cielos y los perfuma con su esencia misteriosa, como la indecisa y azulada nube de incienso perfuma todos los ámbitos de un templo; y ese eterno Espíritu es la fuente donde está la virtualidad de todas las ideas, el rocío en que han de beber su vida las almas, la norma de todos los pensamientos posibles, la ciencia sobre la cual se han de levantar las creaciones futuras; es el santo, el inefable Espíritu de Dios.

Y en el mismo instante (pues allí en el cielo no hay ni ayer, ni hoy, ni mañana; allí no hay tiempo, allí el espacio es lo infinito, la sucesion de las ideas no existe, todo está presente siempre, y siempre vivo; allí no entra ni la sombra, ni la guadaña de la muerte); en el mismo instante una lágrima rueda por los abismos de la eternidad, un sollozo se exhala del centro de la vida y de la gloria: es el Verbo, el eterno dolor, el eterno sacrificio, la eterna víctima levantada en las aras del cielo, el Hijo único, que intercede por la creacion venidera, y que presintiendo los crímenes de las criaturas, quiere ya lavarlos con su sangre, con esa divina sangre que con una sola gota podria poblar de mundos, de seres y de luz la estéril y oscura nada.

Dios, al ver al Espíritu flotar sobre su frente y al Verbo llorar á sus piés, lanza una mirada más fulgurante que el rayo, exhala una palabra que puebla de nueva luz la eternidad, y el Padre y el Hijo y el Espíritu se identifican en el eterno amor, como se unen y se confunden aquí en la tierra

la gota de rocío que se evapora, el aroma que exhala una flor, y el suspiro amoroso del áura; y un éxtasis sublime, el éxtasis de la contemplacion de sí mismo, de su propia perfecta esencia, posee al Eterno.

¡Oh! el amor es la vida, el amor es el aroma de la esencia de Dios, el amor confunde en una las tres manifestaciones distintas de la sustancia divina; el amor va á caer sobre la nada, sobre ese antro más negro que la noche, más despiadado y pavoroso que el infierno, y de su centro caliginoso y frio hará que se levante la tierra vestida de luz, coronada de flores, llena de armonías, ostentando todos los matices de la vida, más hermosa en los espacios que la vírgen palpitante de amor que espera en su casto lecho nupcial el primer beso de su esposo.

Pero Dios, para crear el mundo, quiere mensajeros de sus mandatos, ministros de su voluntad divina, y va á producir la creacion angélica. Su palabra resuena en los eternos cielos, y aún no se ha oido cuando se eleva un vapor blanquecino, y del seno de ese vapor nace una luz sonrosada como el alba de eterno dia, y en esa luz se van dibujando en formas fugaces y brillantes los ángeles, á manera de esas figuras fantásticas que los rayos del sol producen al nacer en la niebla que disipan; y pronto esas figuras se determinan, se limitan, rompen su embrion, y se muestran en toda su hermosura, con su cabellera de luz que cae sobre los blancos hombros, su frente inundada de un pensamiento divino, sus ojos embebidos en místico éxtasis, sus labios vibrando un himno de alabanzas, sus blancas alas produciendo en el éther de la gloria una armonía dulce y melancólica; y miéntras surcan lo infinito, dejando por do

quier desprenderse de sus vestidos de color de cielo más trasparentes que el aire deliciosos aromas, pulsan con sus dedos descuidadamente sus arpas, que producen un concierto de cánticos, cuyos ecos sumergen al Eterno en el arrobamiento del amor de sus propias criaturas. Estos ángeles son los tipos de las creaciones venideras en el cielo, y unos llevan mantos de luz, otros coronas blancas como la espuma, aquellos túnicas celestes, éstos gasas de color de rosa; y acercándose en coros, dulcemente apoyados unos en otros, y suspendidos sobre la eternidad como la mariposa sobre el cáliz de la flor de que ha salido, se acercan á la fuente de la vida que mana del Eterno, remojan sus labios, y se cubren con sus alas para que no los ciegue la luz de la eterna verdad, que resplandece pura en el centro de los cielos, que repiten el siguiente cántico:

Coro de Ángeles.

Señor, Señor, no éramos. Dormíamos perdidos en el seno oscuro de la nada. Aún tenemos el frio del no ser. Pero hablaste tú, y nos hemos levantado y hemos estendido nuestras blancas alas, y hénos aquí en tu presencia con el arpa en las manos y el cántico en los labios. No te podemos mirar, porque un rayo de tu mirada fundiria nuestras pupilas en el hueco de nuestros ojos. No podemos pronunciar tu nombre, porque ese nombre incomunicable quemaria nuestros labios. No podemos acercarnos á tu trono, porque el fuego de tu amor consumiria nuestras alas. Señor, Señor, ¿por qué, por qué hemos nacido? Dínos que esta vida es un átomo de tu vida, que esta alma que vemos correr por nuestros cuerpos trasparentes ha nacido de un suspiro de

tu amor, que estas ideas que vemos volar sobre nuestras cabezas son ecos de tu palabra, que somos tuyos, que nos amas, porque sin tu amor no queremos la vida, no, queremos volvernos al abismo de la nada. Este cántico, que en ondas sonoras sube, y sube, y sube hasta tí, es el vuelo de nuestras almas, es el aroma que ofrecemos en tus eternas aras, es el fuego de este amor infinito en que nos abrasamos desde el instante en que hemos sentido el primer reflejo del calor de la vida. Señor, Señor, ámanos, ámanos, pues que somos tuyos, y así no sentirémos nunca más el terrible frio del no ser.

El Eterno.

Yo soy el que soy; yo soy el sér. En mí todo empieza, y todo ha de acabar en mí. Los cielos y los mundos futuros ya se desarrollan á mi vista, y ántes de nacer ya los veo desprenderse muertos en mi seno. Sin mí no habria vida, sin mí no habria sustancia, sin mí no habria sér. Yo soy como el aliento que impulsa vuestras alas, yo soy como la armonía de vuestros cánticos, yo soy como la luz de vuestros ojos, yo soy como la idea que vaga por vuestra mente, yo soy el sér. Y quiero ver mis obras, recrearme en contemplar cómo sale del seno de la nada el Universo. Haré mundos más numerosos que las notas que despiden las cuerdas de vuestras arpas; derramaré aires más trasparentes que vuestras túnicas; crearé una luz más espléndida aún que la luz de vuestros ojos; levantaré en los espacios infinitos una cuna de flores, y en esa cuna hermosísima pondré otro ángel que sea mi imágen y mi lejano reflejo y lleve su propia vida á mis obras.

Coro de Ángeles.

¡Un mundo, Señor, un mundo! ¿Y dónde vas á colgar ese mundo? Nosotros, donde quiera que volvemos los ojos, allí encontramos tu sér. Si subimos hasta la cúspide de la eternidad, allí estás tú; si bajamos, dejándonos caer hasta los más profundos abismos, allí te encontramos; si queremos ver, tomamos la luz que baja de tu frente; si queremos vivir, bebemos en los torrentes de vida que caen de tu trono; si queremos cantar, hemos de repetir la dulce armonía de tu palabra. ¿Dónde pondrás ese mundo, que no estés tú? ¿Dónde colgarás ese mundo? ¿Será una lámpara de tu templo? ¿Será un átomo del polvo de luz que levantas con las ruedas de tu carro? ¿Será una espuma de la catarata de vida que baja de tus manos? Señor, Señor, ¿dónde colgarás ese mundo? Nosotros no vemos más sér que tu sér, no encontramos más espacio que tu eterna é infinita naturaleza.

El Eterno.

Aún no ha nacido la criatura, y ya se desliza en su alma la serpiente de la duda. Nada se opone á mi voluntad ni desobedece mi poder. Si dejára escapar un aliento de mis labios, ahora mismo os veríais rodeados de mundos. La vida está en mi mano; y al abrirla, hasta la estéril nada engendrará el sér en sus cóncavas entrañas. Bajad, bajad, criaturas, rápidamente hasta los últimos límites donde yace el negro abismo del no ser, de que habeis nacido, y allí estará el gérmen del Universo.

Coro de Ángeles (*bajando*).

Señor, ¿dónde vamos? Á medida que nos alejamos de tí, tenemos frio. El viento que se levanta de los abismos, apaga la luz de nuestros ojos y seca la corona de ideas divinas que ostentamos en nuestras frentes. Los grandes remolinos que se alzan del fondo de un piélago bituminoso y oscuro, nos quieren estrellar contra las puertas de la insondable eternidad. Señor, al acercarnos á esos abismos, huimos revueltos y espantados delante de un sér informe. Es un monton de lava, de cenizas, que vaga perdido en un mar de espesas aguas; un viento fortísimo lo azota, y exhala un olor fétido que nos sofoca, que sofoca á tus ángeles. Las tinieblas que lo cubren, no dejan que nuestros ojos puedan penetrar en su esencia, y nos atraen como si quisieran sepultarnos y pegar nuestras alas en sus inmundos lodazales, para que no tornemos á tí, á tu presencia. Señor, este combate, esta lucha, este frio, este horror, esta confusion, ¿cómo se llama en tu divino lenguaje?

El Eterno.

Se llama el caos, y es la semilla del Universo.

Coro de Ángeles.

¡Señor! De esa semilla sólo puede brotar el mal: destrúyela, destrúyela. ¿De esa oscuridad no saldrá una sombra que cubra tu frente? ¿De ese abismo no se levantará un viento que apague tu luz? ¿Ese frio no puede cubrir con su esterilidad hasta las cumbres más altas de tu gloria?

¿Ese vacío tan grande no podrá ser hasta el sepulcro de Dios? Señor, Señor, destruye el caos. Levantados en un inmenso círculo sobre los abismos, nuestras plantas se pierden ya en las tinieblas; y si vivimos aún, es porque la luz de tus cielos resplandece en nuestras frentes.

El Eterno.

Criaturas, mirad y orad. Va á comenzar mi obra.

II.

El Eterno habló; y su palabra, hendiendo lo infinito, vino á caer sobre el caos. La palabra divina, resonando en los abismos de la eternidad, dijo «habrá luz,» y hubo luz. El éther impalpable, el áureo éther luminoso envolvió en su brillante gasa el informe caos, y llenó todos los espacios, que á su dulce reflejo se sintieron inundados de amor y de vida. ¡Oh! ¡quién pudiera pintar con una palabra más clara y trasparente que la informe palabra humana, el tránsito de la nada al sér; la luz brotando sobre la caótica materia; sus impalpables hilos de oro tiñendo con su color sonrosado el hervidero de todas las cosas; la primer aurora brillando en los confines del espacio; las nieblas que cubrian los semilleros inmensos de los mundos, huyendo á perderse en el no ser; la vida despertándose al primer beso de la luz, que se difundia pura, inmaculada por lo infinito, como si fuera la inocencia del Universo! Al dulce eco de la lira de los ángeles, que suspensos y maravillados entonaban un himno

al Eterno, la materia cósmica se iba reuniendo, se iba condensando; los espacios celestes se iban estendiendo, desarrollando como un pliegue desenvuelto del manto del Criador; los cometas estendian sus alas de fuego y se lanzaban en sus inmensas órbitas; mundos innumerables, como ténues vapores, surgian del fondo de los abismos; estrellas fosforescentes centelleaban un instante y se unian para formar un nuevo astro; los grandes planetas emprendian su camino, y al girar por vez primera sobre sus ejes, producian un sonido misterioso y dulcísimo; las mustias lunas, ménos abrevadas en la luz, seguian por los espacios vírgenes los pasos de sus planetas; un lazo incandescente de mundos se perdia en la eternidad; gasas de estrellas se colgaban sobre los límites del Universo; volcanes encendidos, hirvientes, giraban por dó quier, buscando su sitio en el espacio; y un divino cántico, incomunicable armonía, se elevaba de esfera en esfera, producido por la primera rotacion de todos los mundos, á su centro universal atraidos por el gran círculo de fuego, por el sol, anillo que Dios se arrancó de su dedo para celebrar sus nupcias con la naturaleza.

Coro de Mundos.

Dios, Dios: áun tu aliento creador corre por nuestras candentes venas; áun conservamos la huella de tu paso en nuestra líquida materia; áun llevamos impreso el sello de tu retina de diamante en nuestro centro. Tenemos calor; el primer fuego de la vida nos enciende, nos devora. Mándanos un aliento de tus labios para refrigerarnos; mándanos una gota de tu rocío celeste para apagar la sed que tienen nuestros volcanes. Masas líquidas, gaseosas, rudimentos

de vida, vamos corriendo por los espacios como hornos encendidos, envueltos en una nube espesa de rojizos vapores, que es el abrasado cendal de nuestra cuna. Báñanos en tus aguas para que nos purifiquemos; bésanos con tus labios para que podamos sostenernos en los abismos, atraidos por tu divino amor. Nosotros serémos vasos de oro de tu templo; escala de diamantes y topacios por donde bajen tus ángeles á ver si se gastan los ejes de tu obra; lámparas que oscilen llevando el fuego sacro de tu luz siempre vívida, siempre resplandeciente; signos brillantes que escriban las letras de tu nombre en la soledad de los espacios; luminosas arenas por donde pueda estenderse y correr el gran rio de la vida; polvo que tus sandalias dejen cuando bajes de tu trono á fecundar la nada; serémos lo que digan tus labios, lo que ordene tu incontrastable voluntad; pero mándanos un suspiro no más, porque el fuego de tanta vida nos consume; y un cántico de gracias más dulce y melodioso que los arpegios de las cuerdas que pulsan tus ángeles, producirán nuestras esferas; y verás cómo los mundos guardan aún el eco de tu voz, é imitan, al rodar sobre sus ejes en plácida armonía, la música de tu palabra.

Coro de Ángeles (*inclinados sobre la creacion*).

Señor, Señor: la voz se apaga en la garganta, porque apénas se atreve á levantarse, cuando resuena en lo infinito el cántico de tus soles y de tus mundos. Esa armonía, cuyas notas forman las estrellas; esas cadencias, cuyos compases dan los soles; esos prolongados coros, en que cada astro tiene una voz, un eco, es un concierto más digno de tu poder que el cántico de tus ángeles. ¡Qué inmensidad de

mundos! Por todas partes se estienden, ruedan, vuelan, pasan, y cuando parece que van á entrechocarse y destruirse, continuan sus armonías en un concierto sin tregua y sin término. Señor, Señor, ¿es algun hervidero de mundos y de soles la inmensa faja de luz que cruza por tus cielos? Dínos cómo se llama aquel astro que lleva á su alrededor un anillo de oro; dínos por qué aquel otro mundo centellea con una luz rojiza que parece el fuego de un eterno sacrificio; dínos por qué llevan algunos planetas en pós de si esas lunas que amorosas les van siguiendo, sin alcanzarlos nunca; dínos por qué vuela aquel astro tan rápidamente como si un huracan le arrastrase en sus alas, miéntras aquel otro gran mundo que se ve tan léjos, anda con paso tardo, como si fuera un anciano vacilante; dínos qué significa esa cruz de estrellas lucientes que se ostenta á un lado, ese pequeño carro que se ve á otro, y que está esperando un ángel que lo guie con riendas de luz; sí, descúbrenos esos secretos, y déjanos volar á dormir en el seno de las estrellas, á rodar en el ráudo astro con el vértigo de lo infinito, á orar en el tardo mundo contemplando tus soles, á cabalgar en la cola de tus cien cometas para acercarnos al sol, que tiene en su fuego el calor de la vida, y en su centro los hilos invisibles que sostienen los astros; y contarémos á cada matiz de la luz, á cada átomo, á cada rayo de los mundos que encontremos en nuestro camino, el amor infinito con que has creado, eterno Dios, todo el Universo.

El Eterno.

Oidme, criaturas, oidme. Quiero que en ese mundo, en

ese gran templo lleno de mi vida, haya un sacerdote mio, que sea mi imágen viva y que interprete mis pensamientos.

Los Ángeles.

Señor, hénos aquí con este mundo en las alas. Hemos traido el que más cerca está del sol, porque el intérprete de tu creacion esté más cerca de la fuente de la vida en la naturaleza.

El Eterno.

No debe ser ese su mundo. Su vida ahí sería rápida como un suspiro. Su alma pronto volveria á dar sus aromas al cielo. Su cuerpo, por más fuerte que fuera, se quebraria abrasado por la gran lava donde lo alzaba mi omnipotencia.

Los Ángeles.

Señor, Señor: hemos dejado ese astro rodar por los espacios infinitos, y os traemos un mundo que parece por sí solo un Universo. Está muy léjos del sol, y su paso es desmayado, es lento. Aquí el calor no consumirá á tu sacerdote. Ese gran mundo es un digno santuario del intérprete de tus secretos. Anda magestuosamente por los espacios sin fin. El calor ni le enciende, ni le enrojece. Siete lunas penden hermosas de sus cielos, é iluminan sus noches.

El Eterno.

No es, no, ese su mundo. Necesitaria romper las leyes entre el espíritu y la naturaleza, de que debe ser como una eterna armonía, para vivir ahí. Sus años serian demasiado largos, su desarrollo demasiado lento. Yo quiero un mundo

en que todas las contradicciones de la naturaleza se armonicen, para poner en él un ángel que sea el mediador de toda la creacion.

Los Ángeles.

Señor, aquí está la tierra.

III.

La tierra gira en lo vacío, inflamada por el éther. Un fluido gaseoso la envuelve, semejante al reflejo de un volcan. Su masa parece una nube de humo perdida en lo infinito. En esa atmósfera de fuego que la rodea, vagan en vapores ténues las aguas. El granito hierve en su centro, y la envuelve en un manto de lava. Inmensas cataratas de fuego corren, se despeñan por sus costados, heridos con el trabajo inmenso de la elaboracion de las sustancias. Las aguas se precipitan, caen de la atmósfera, y al caer sobre la materia incandescente, levantan una nube de oro, de electricidad, á los cielos. Las líquidas entrañas de la tierra se dispersan por toda la superficie y la cubren, y al enfriarse gimen como si lloráran al pasar de uno á otro estado de la vida. Los vientos, que se lanzan de todos lados en revuelto y confuso torbellino, llenos de lavas, de materias encendidas, de aguas á medio condensar, de vapores, de sustancias gaseosas, de humo, parece como que quieren hacer

zozobrar á la tierra en el primer instante de su vida. El hervidero de los mil volcanes que gimen; las montañas que salen á la superficie en inmensas moles de materia líquida que se enfria y se petrifica; las grandes cataratas que se desploman; la ardiente lava que corre por todas partes; las ondas de fuego que se entrechocan; los gases varios que llevan en sus alas oscuras la esencia de los futuros seres; la electricidad que se exhala de esta lucha inmensa, y truena en los espacios; la atmósfera que va envolviendo el globo, y que lo cubre con un velo; toda esta inmensa revolucion de la materia primera es el vagido de un mundo que se forma y que se conmueve profundamente en esta primera elaboracion de su vida.

El Eterno.

En ese globo voy á colocar al hombre. Su figura esférica es la más hermosa de las líneas que engendra naturaleza; un fuego interno irradiará dulce calor por todos sus átomos; corrientes magnéticas lo cruzarán, para dar más fuerza y más impulso á su vida; auroras sonrosadas reflejarán sus colores en los eternos cristales de sus polos, y le ceñirán una diadema boreal; grandes sacudimientos correrán por todos sus costados, para tener en perpétuo trabajo sus prolíficas entrañas; inmensos mares le envolverán con un manto celeste recamado de plata; fuentes cristalinas surgirán de sus montes, y corriendo siempre, en su movimiento y en sus aguas llevarán la fecundidad; rocas inmensas se levantarán como columnas que corten y varíen sus climas; hermosos árboles penderán de esas rocas y se estenderán por sus valles, cargados de frutos y de flores;

seres organizados vivirán en sus aguas, en sus árboles, en sus montañas, devorando y produciendo vida; la atmósfera, cargada de electricidad y de vapores, será un inmenso laboratorio; y miéntras en ciertas regiones se estenderán nieves eternas más lucientes que las corazas de mis ángeles, en otras hervirán volcanes alzando sus trombas de fuego á lo vacío, y allá en sus últimos límites retumbará el trueno como la voz de la tierra, que llamará á su Creador en sus grandes perturbaciones y dolores.

El Océano.

Estoy solo, Dios mio; dó quier revuelvo mis turbulentas olas, me encuentro solo; y ruedo sobre la tierra, que es mi eterno lecho. Yo quisiera subir hasta tí, hasta tu trono. Te llamo con la voz de mis huracanes, y no me respondes. Me lanzo á buscarte con el impulso de mis corrientes, y no te encuentro. Mando mis vapores á las alturas, y no llegan hasta tu gloria, y vuelven á caer como una lágrima sobre mi inmenso seno, siempre agitado y turbulento. Díme si en esa creacion que has estendido, hay algo más hermoso que el mar, que sus corrientes, sus ondas plateadas, sus coronas de espuma, sus cintas de algas, sus estelas fosforescentes, sus animales embrionarios que brillan en las gotas de agua como las estrellas en tu cielo. Díme si has hecho algo más hermoso que esta inmensa celeste llanura, envuelta, confundida en amoroso éxtasis con los aires que la besan eternamente. Díme si en los inmensos espacios tendrás un espejo que pueda reflejar mejor todo el brillo de tu diadema de mundos, de tus sandalias de soles, de tu manto de luz. Díme si habrá en algun astro más movimiento que

en mis eternas alteradas ondas, más vegetacion que en mis bosques de corales, más luz que en mi inflamable fósforo, más vida que en mis infinitas criaturas, más belleza que en mi ligera ondulacion rizada por el áura, más amor que en mi seno anhelante de subir hasta tí á besar el polvo de tus plantas. Aquí, aquí solo, me estiendo, y me estiendo, y me dilato, y me pierdo, y nunca, nunca encuentro un límite. Tengo miedo de mí mismo, de mi soledad, de mi grandeza. Súbeme, y seré perla de tu corona, urna de cristal donde guardes los gérmenes de la vida, alfombra de tus plantas; y si esto es mucho, pequeña gota de rocío suspendida en la última hoja del árbol de tu gloria, como una lágrima de la eterna aurora.

El Eterno.

Á pesar de tu inmensidad, no puedes conocerme; no, eres ciego, y no puedes llegar á conocer á tu Creador. Ni la inteligencia ni el instinto habitan en tu seno. Levantáos, levantáos, materias de la tierra; levantáos al eco de mi palabra.

Los Volcanes.

Nosotros somos la columna de fuego que ilumina los mares. Nuestro rojo penacho se refleja en las aguas, y las enciende con su color de púrpura. La tierra respira por nosotros y envia á los espacios celestes sus candentes y enrojecidas nubes de fuego, que son como el calor de su vida. Nuestro fuego, nuestra lava se levanta de los cenicientos cráteres, y sube, y sube, y no llega al cielo. Enviamos á las alturas cenizas, piedras abrasadas, llamas, como una

oracion de nuestro pecho, para que llegue hasta el trono de Dios; y cuando creemos que han cruzado los vientos, que han ido hasta tocar lo infinito y besar la sombra no más de la orla del manto del Eterno, vuelven á caer heladas y deshechas. Señor, óyenos, ó pondrémos piedra sobre piedra, montaña sobre montaña, para conseguir que descanse un instante la planta de tu pié sobre nuestro cráter. Te llamamos con el hervidero de nuestras fraguas. Óyenos.

El Eterno.

Ese fuego se apaga con un soplo. Yo quiero que alumbre la naturaleza una luz más perenne y más viva. Levantáos, materias de la tierra, levantáos.

Los Minerales.

Aquí inmóviles y frios esperamos tu visita, Señor. Pon el pié sobre nuestras piedras, y no se derrumbará la tierra al peso de tu grandeza. Aunque parecemos sin vida, áun sentimos una centella de fuego encerrada en nuestras moléculas, y corrientes de electricidad por nuestras venas. Estamos aquí en un trabajo lento, forjando el hierro para los soldados del Señor; el hierro que abrirá un dia las entrañas de la tierra para tornarla fecunda. En tus manos, Señor, en tus manos, seríamos áun más poderosos. El aire corre, el agua se evapora, la electricidad huye, la luz centellea y se eclipsa y sufre desmayos; pero nosotros debemos ser los predilectos del supremo Artista, porque inmóviles, perennes, pasivos, recibiendo las moléculas que vienen á nuestra superficie, la electricidad que sacude sus rayos en nuestras espaldas, el agua que se posa en nuestras concavidades,

permanecemos siempre fijos, dispuestos á ser las piedras de tu trono, frias, inertes, pero bastante poderosas para resistir los embates de los huracanes y el contínuo oleaje de los siglos.

El Eterno.

Yo levantaré un pedestal más firme donde poner la planta de mis piés. Levantáos, criaturas de la tierra, levantáos.

Las Plantas.

Nos alzamos sacudiendo nuestras copas y enviando al cielo nuestros aromas. La savia que palpita en nuestro seno, es el acrecentamiento de la vida de la naturaleza. Hemos nacido del amor de la tierra con las aguas. Nuestras hojas descomponen el aire y lo purifican, y van alejando esta atmósfera brumosa, sofocante, que envuelve al globo. No hemos venido á romper la cadena de la vida, sino á continuarla con nuevos eslabones para unirla al cielo. Nuestros varios troncos son la dulce aspiracion de la tierra á una forma mucho más hermosa. Recogemos la luz, y sacamos de su éther los más brillantes matices, y los reverberamos en los espacios con las verdes hojas y la gayas flores, dulces ilusiones de nuestro amor, ensueños de nuestra vida. Crecemos, crecemos, porque tambien nos sentimos encendidas por una centella de amor para nuestro Creador. En la corona de nuestras palmeras que flota allá en la region de las tempestades, en la copa de nuestros cedros, en nuestras gigantes ramas, pueden posarse los ángeles á descansar, cuando andan repartiendo en sus copas de oro la vida entre los muudos. La

nube que pasa cargada de electricidad roza con las orlas de fuego de su manto nuestras copas, y la vemos perderse en lo infinito en pós de nuestro Dios, y le confiamos un murmullo, una muda plegaria, porque oramos como todas las criaturas. Cuando nos sentimos impulsadas por la savia que corre por nuestra corteza, enviamos en la espansion de toda nuestra exuberante vida al cielo aromas, esencia de nuestro sér vaporosa y ethérea como un pensamiento de los ángeles. Nosotras serémos, Señor, tus predilectas, y tenderémos en los espacios un gran lecho de flores perfumado por nuestro aliento, para que descanse nuestro Creador dulcemente, despues de haber concluido su maravillosa obra.

El Eterno.

Yo haré otro santuario más hermoso, más grande, más digno de mí que vuestras débiles ramas y vuestras fugaces flores que duran un dia.

Los Insectos.

Hemos nacido del amor de las plantas con los aires. En cada hoja de los árboles, ¡oh eterno Dios! hay tantos de nosotros como en tus cielos hay mundos. Lo infinitamente grande, los globos incandescentes, el hervidero de los soles no es tan digno de tus miradas como este polvo de séres animados que te llama al despertarse en los últimos límites de la vida, en las últimas esferas del sér. Hemos roto nuestra larva como la flor rompe su capullo, y queremos volar hasta tí. Como tú eres lo infinito en la unidad, nosotros somos lo infinito en lo divisible. Avívanos con un aliento de tus labios, y festonearémos de orlas luminosas en

la callada noche las largas ondas de tus mares; y cubrirémos con los átomos caidos de nuestros leves cuerpos de polvo de oro la tierra; y descompondrémos en nuestras alas un rayo de tu sol, dándole los matices del zafiro y de la esmeralda y el azul de los cielos; y llevarémos en nuestro eterno zumbido una voz melancólica, una música triste á tus campos; y harémos con las hebras de seda sacadas de nuestras vestiduras cuerdas para la lira de tus ángeles; y llevarémos en la punta de nuestros aguijones á tus labios la miel más dulce y más regalada de las plantas; y tejerémos con nuestras luciérnagas guirnaldas de luces para tu templo, más hermosas aún que las guirnaldas de estrellas; y teñirémos con nuestra púrpura un manto para tus hombros, más encendido que el rojizo fuego de tus volcanes; y embriagados de amor te enviarémos una oracion, cuando al abrir su corola dulcemente la flor, nos regale con sus aromas la gota de rocío guardada en su cáliz como una lágrima del Creador, que ama, así á los planetas que giran en los espacios infinitos, como al leve alígero insecto que nace en el último átomo del polvo de la tierra. Señor, ¿dónde encontrarás más vida?

El Eterno.

En mi criatura predilecta. Levantáos, levantáos, séres de la tierra. Levantáos, porque quiero ver crecer mi obra.

El Reptil.

Yo me arrastro por los troncos de los árboles, recogiendo su savia. Yo soy como una planta que vive del jugo de las plantas. Yo me poso en las hojas de los árboles, me agar-

ro á ella, y el viento se goza en meeerme como si fuera mis propias alas. No puedo subir más. Si pudiera, me deslizaria hasta en los cielos y me agarraria á las estrellas. Porque tambien, tambien hay en mí un instinto de agradecimiento á mi Creador. Veo que las hojas se pliegan bajo mi cuerpo, y que el árbol gime como si temiera que yo lo hiriese. ¿No es verdad, Señor, que yo no soy una escrecencia en la tierra? ¿No es verdad que no he venido yo á manchar y afear tu obra? ¿No es verdad que el árbol que quiere maldecirme ingrato, me necesita? ¿No es verdad que la vida no se pierde, sino que se dilata por todos los séres, y que yo acaso no sea más que una trasformacion de la savia de los árboles, como esos insectos, esas mariposas son hojas animadas de las flores? Dejadme gozar del placer de vivir. Me bañaré en los torrentes, y me secaré en las plantas. Me esconderé en el seno de la gruta, y me levantaré por las montañas. Me sumergiré en estas nubes de aroma que exhalan los bosques, y me abrevaré en las gotas de rocío que destilan los árboles. Y esta vida que late en todo el Universo, recibirá tambien mi muda plegaria para llevarla hasta el que me ha dado el placer de vivir.

El Eterno.

Aún crecerá esa vida, aún. Creced, criaturas, creced.

El Pez.

Yo me pierdo en las profundidades inmensas de los mares. Aquí hormiguean millones de séres en cada gota de agua; aquí se estienden bosques inmensos donde anida el embrion de nuevas vidas; aquí levantan las corrientes, que se

entrechocan, solemnes ruidos; aquí el fósforo, que produce mi cola al girar sobre las aguas, alumbra los abismos de un color resplandeciente, como un cielo fugaz que se dibuja un instante en nuestros viscosos ojos. Las olas, al rodar, llevan luz, y parece como que ensayan un gérmen de mundos en sus centelleantes y pálidas estelas. Yo vuelo en las aguas, me regocijo de verme tan pronto reproducido y acompañado, me pierdo en las cavernas á devorar el sabroso pasto que me ofrecen las esponjosas plantas, me espacío en la líquida inmensidad; pero si pudiera, volaria en pós de otro mundo á preguntar por mi Creador y subir hasta el océano de la verdadera vida.

El Eterno.

¡La misma aspiracion en toda la vida! Otro sér subirá hasta mí.

El Elefante.

Tus volcanes y tus montes, Señor, no pueden ofrecerte el apoyo de mi gran espalda, dura como las piedras. Bajo mis pesadas plantas se pulverizan los minerales y se desgajan los montes. Yo puedo llevar sobre mis hombros un ara, un templo, y ponerlo con mi trompa en el lugar que tú mandes. En ese mar no hay vida, en esas piedras no hay movimiento. Compadecido yo de su inercia, las arrojo á las alturas para ver si sacuden su pesado sueño. ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué hago en este mundo tan grande? En la callada noche, en el fondo más oscuro de las cavernas me entrego con mi compañera á mis amores, porque siento un deseo vivísimo de reproducirme, para que

algun dia puedas trasladar tus mundos de un punto á otro del espacio en las espaldas de mis hijos. Señor, Señor, ¿para qué nos has hecho tan grandes, si no vienes á sentarte en nuestros lomos? ¿Para qué tan fuertes, si no hemos de sostener siquiera un instante el peso de la grandeza de un Dios? Nosotros estamos apercibidos para el viaje que nos señales. Doblarémos nuestras pesadas rodillas y te recibirémos trémulos de alegría. Si no, mándanos uno de tus ángeles para que juegue sobre nuestras espaldas. Nosotros le enseñarémos, le enseñarémos el camello que pasa, el caballo que corre, el rinoceronte que nos sigue; recogerémos para rociar su frente agua de los arroyos cuando tenga calor, y le tejerémos una corona de estas flores que se abren al beso del aire en las copas entrelazadas de los vírgenes bosques.

El Eterno.

Aun habrá en algunas de mis criaturas más fuerza.

El Leon.

Yo soy, sí, yo soy el hijo predilecto de la tierra, soy el engendro de su fuego, y llevo en mi vida su calor. Respirando con libertad, corriendo por los desiertos á mi antojo, clavando mis garras en las encendidas arenas, exhalo de mis inflamadas narices un huracan abrasador; domino con mi magestad, con mi imponente apostura, todos los animales; sacudo mis guedejas como el sol sus rayos; llevo sobre mis espaldas una corona de oro cuando rollo mi flexible cola; agito con mi ancha lengua, al lamer las aguas, los tranquilos lagos; compito en mis rugidos, contestados por la soledad de los bosques, con el ronco sonar del trueno; y en

la callada noche, cuando me tiendo en las cavernas, mis ojos lucen y destellan reflejos sangrientos entre mis espesas cejas, como las estrellas que brillan en los cielos tropicales entre las rojizas nubes de las tempestades. No, no puede haber otro dueño de la tierra. Señor, yo te lameré los piés, yo guardaré las puertas de tu gloria, yo velaré á la entrada de tu santuario, para que no interrumpa ningun sér tu meditacion divina; pero ya que brillo como el sol, ya que soy superior á todos los animales, ya que llevo en mi vida el calor de los desiertos, y alumbro con mis ojos las noches de los bosques, y corro por dó quier sin encontrar un enemigo que contraste mi fuerza, hazme rey de la tierra.

El Eterno.

No, no; tú no serás dueño de la tierra.

El Águila.

¿Quién me quiere disputar el dominio de la tierra? Aunque me cueste un esfuerzo levantarme de las rocas, pronto me señoreo de los vientos. ¡Qué hermosa entónces aparezco yo con mi azulado pico, mis negras garras, mis blancas alas, mis dorados ojos! Subo, y subo, y me pierdo en las alturas, y me acerco á Dios. Tendiéndome en la inmensidad, me dejo mecer dulcemente por los huracanes, que me saludan con sus ahullidos y se gozan en rizar mis plumas. Cüando estoy en la soledad de los vientos, mirando de hito en hito al sol, los bosques me parecen una hoja seca; los mares, una pobre gota de agua en que viven contentos mil esclavos seres; las montañas, polvo que he levantado al primer impulso de mi vuelo. ¿Qué sois vosotros, seres de la tierra,

comparados conmigo? Mar, que te crees infinito y tienes un límite de arena; bosques inmensos, que ofreceis vuestros aromas á los cielos y estais pegados á la tierra; fuerte leon, que te ensoberbeces imaginándote dueño del mundo, porque arrastras tus guedejas por la jaula de un desierto; volcanes, que os alzais orgullosos disipando un fuego que, apénas resplandece, ya es ceniza; decidme, decidme si os podeis alzar de esa prision, miéntras yo vuelo por el firmamento á mi antojo, más libre que los mundos. Desde aquí, desde este inmenso lecho, todo me parece pequeño. Mar, que gimes cuando el viento te azota; volcan, que tiemblas cuando hierven tus gases; árbol, que te desgajas cuando te toca el rayo; leon, que te ocultas cuando el simoun levanta las arenas; envidiadme á mí, que juego con los vientos, que tengo por lecho el huracan, que rasgando el velo de las nubes, me levanto sobre sus sombras á mirar el sol, que llevo el rayo en mis garras, y desprecio el rugir de la tempestad que hierve bajo mis alas, como si fuera el agudo grito de mísera corneja. Señor, Señor, bendíceme, bendíceme, y llevaré en mis alas á tus piés las nubes, y bordaré con las chispas de los rayos las orlas de tu manto, y subiré en mis garras los seres de la tierra para sacrificarlos en tus aras; porque tú me has dado este aliento, este grito audaz que hiere las estrellas, estas resistentes alas, este impetuoso vuelo, para que me agite entre los mundos y domine la tierra. ¿Quién volará más que yo?

El Eterno.

Sí, sí; otro sér volará más que tú, estará más cerca de Dios.

El Ruiseñor.

En la callada noche, cuando la luna melancólica quiebra su luz en las cascadas y se retrata en la linfa de los arroyos; cuando el árbol cargado de flores sacude su copa al beso del áura llena de perfumes; cuando espiran uno tras otro los ruidos del dia, perdiéndose en los valles y en los montes; cuando el misterio de las sombras cubre los campos, cuyas yerbas se rizan y ondulan suavemente; en la rama de un arbusto, escondido entre el follaje, que gime al recibir las gotas de rocío, yo, desterrado del cielo, mirando á mi compañera, que estiende las alas sobre su nido embebecida y estática, entono un cántico que comienza por un quejido, y crece en ondulaciones de armonía, en gorgeos y arpegios delirantes, en largas cadencias, notas indecisas de mis dulcísimos amores, que enseñan á orar y á cantar á su Dios á todas las criaturas. ¿Por qué has puesto, Señor, este órgano en tus bosques? ¿Por qué has dado esta voz tan melodiosa á la naturaleza? Yo canto tan tristemente, porque quiero volar á tu cielo. Déjame que en vez de recoger las doradas pajas del campo para fabricar mi nido, recoja rayos de luz; y en vez de la blanca lana que dejan los corderos en el tronco de los arbustos, recoja los vellones de tus nubes; y en vez de estas hojas secas, recoja algunas de tus doradas estrellas. Entónces se apagaria la tristeza que hoy me consume y me hace gemir, y un cántico de triunfo se exhalaria de mi arpada garganta. Levántame hasta tí, y endulzaré con mis arpegios tu gloria, y cantaré en tu trono, y enseñaré á mis hijuelos, desde que salgan del nido, á gorgear tu nombre. Esta arpada garganta,

que produce tan dulces cantares, ¿no ha de caer sobre un corazon que la agradezca y la ame? El arroyo corre y no se detiene á escucharme; la hoja del árbol se cae y no oye mis lamentos; el aire pasa y se lleva ¡ingrato! mis cánticos, y no los mece dulcemente sobre todos los séres. ¿Para qué quiero cantar? Óyeme. Dí si has escuchado alguna voz más dulce, algun cántico más solemne y más triste, algun gorgeo que más se parezca á la mística oracion de tus ángeles. Yo canto porque te llamo; canto porque quiero subir á tu gloria; canto para que me escuches en medio de la armonía de tus mundos; canto porque soy el profeta del espíritu, el que viene á anunciar á la tierra la última trasformacion de su vida; canto para que cuelgues mi nido del árbol de la eternidad cuando se caigan las estrellas como las hojas secas de un árbol.

El Eterno.

El cántico del ruiseñor es el presentimiento que tiene la naturaleza de que va á nacer la más perfecta de las criaturas terrestres.

Coro de Ángeles.

Señor: hemos visto la tierra, y áun estamos suspensos y admirados. Los mares ruedan reverberando la luz de los cielos, y entonando en sus agitadas olas una inmensa plegaria; los minerales se forjan en los ántes líquidos lechos de fuego; los volcanes lucen como antorchas encendidas para iluminar tu carrera por los espacios; las grandes cataratas elevan al cielo sus blanquecinos vapores, que descomponen la luz de los astros; los árboles despliegan sus anchas copas

sacudidas por el viento; las flores exhalan sus aromas y brillan con todos los matices del iris; los insectos vuelan, formando nubes de oro con sus alas matizadas y resplandecientes; los reptiles arrastran sus verdosas colas por las plantas de anchas hojas, y levantan sus purpurinos áspides entre la fresca yerba; los grandes cuadrúpedos corren, saltan por montes y por valles, poseidos de la alegría de vivir; las aves abandonan sus nidos, y estendiendo sus alas se lanzan cantando á los cielos como un coro infinito de mil varias armonías; y el aroma de una vida exhuberante sube, sube hasta perfumar con su esencia tus cielos. ¿Para quién, Señor, para quién es tanta vida?

El Eterno.

Para la última de mis criaturas: para el hombre.

EL ÁNGEL Y EL HOMBRE.

JORNADA PRIMERA.

El primer rayo de la primer aurora brilla sobre los confines del Eden. El aire puro y trasparente se condensa en grandes y corpulentos vegetales, de cuyas hojas festoneadas de luz salen nubes de dorados insectos, semejantes á menudas centellas despedidas por la savia que late en el seno de la inmaculada naturaleza, con el mismo ardor con que late la sangre en un corazon apasionado y jóven. La flor se abre dulcemente agitada por la primera electricidad de la vida, y en su corola y en su cáliz sus castos amores celebra, inundada de placer, con el rayo del sol, que al deslizarse entre sus petálos recibe deliciosos aromas, y le da en cambio todos los matices de brillantes y variados colores. En este hermoso instante del mundo, el aire suspirando como el aliento de la

naturaleza y envolviendo á todos los seres; la luz quebrando sus rayos en las cataratas y suspendiéndose trémula sobre la dormida superficie de los lagos; la electricidad quemando las semillas que caen sobre la tierra blanda y esponjosa para que broten á su calor nuevos árboles; la flor, presentimiento sublime de la idea, trasformando la vida de las plantas, recogiendo con amor un rayo del sol para vestirse de colores, otro para endulzar y trasformar sus jugos, devorando con sed anhelante las primeras gotas de rocío depositadas en su cáliz por la primer mañana del mundo, recogiendo la sustancia de la tierra para esparcirla por todas y sus venas, y lanzarla despues á los cielos convertida en esencias y en aromas; los varios animales bañándose contentos en el aire perfumado por las plantas, y encendiendo nuevos gases, nuevos elementos de vida en la combustion contínua de su sangre; las aguas levantando como una nube de incienso sus primeros plateados vapores á las alturas, y cayendo en menuda lluvia sobre los bosques vírgenes; unos seres saliendo del seno de otros seres como una cadena inmensa de organizaciones hermosísimas que se enlazan en armonías sin fin; todo cuanto se mueve y se agita, aires, luz, electricidad, flores, aromas, savia, animales, celebran la primer festividad de la vida y cantan el primer misterio del amor. El Eden es como el prólogo de la futura vida. Grandes montañas lo cercan, en cuyas cúspides la nieve descompone la luz en violeta y rosa; verdes y menudas plantas se estienden por sus valles, que ostentan anémonas, azucenas inundadas de rocío; los bosques se agitan en un himno producido por el aire, cuyo soplo mece las hojas y ramas de la palmera, que eleva su ancho cogollo en lo infinito, de los eternos

cedros, de los plátanos oprimidos por la amorosa yedra; torrentes cristalinos se despeñan entre sus riscos, y vienen á formar un lago ligeramente rizado, que al dormirse, recibe los rayos del sol, y reflejándolos finge un mar de estrellas en perpétuo movimiento; los insectos se mecen sobre las flores, recogiendo en las aéreas alas sus átomos; los reptiles se enroscan en los árboles, ciñéndoles como anillos de brillantes colores; los grandes cuadrúpedos saltan inocentemente por la inmensidad, jugueteando con todas las cosas que á su paso encuentran; las aves suspendidas en un círculo sobre el Eden elevan á los aires en un gorgeo contínuo el concierto inmenso de la tierra; y los seres todos, los luminosos en su resplandor, los inertes en su resistencia, los organizados en su armonía, los activos en su movimiento, muestran que están en la primer florescencia de su vida, y que guardan el eco del verbo, de la palabra creadora en su tranquilo seno. La naturaleza refleja en este momento divino, con todo su esplendor, la idea madre, la idea arquetípica que en la mente de Dios es su eterno modelo. La copia se acerca á su celeste norma, como se acerca al fuego el hierro enrojecido. Las cosas se enlazan en dulce armonía y se conciertan en sublime unidad, pues toda discordancia es imposible cuando el mundo reposa tranquilo en el regazo amoroso de Dios, como el niño recien nacido que se prende al pecho de su madre. La luz que baña el Eden, es un reflejo de la divina luz; la vida que corre por sus campos, es una gota del celeste licor que Dios ha dejado caer desde su trono de soles sobre el caos. El ideal divino que ha precedido á la creacion, está encerrado en todas las cosas, desde la humilde hoja de yerba que se oculta en el

fondo del valle, hasta la flor que abre su perfumada corola en la copa de los árboles, como aspirando á la estension infinita de los cielos. La naturaleza, en este instante, en su poética vaguedad, toma todas las formas, se ciñe todas sus vestiduras; plateadas gasas que van pasando sobre su seno palpitante, y que dejan entrever hasta la esencia misteriosa de la vida. Los seres se regocijan en la luz, se bañan en la vida universal, y todos tienden á tomar alas para volar al cielo. La naturaleza se levanta en una aspiracion contínua, incesante, desde la raiz informe del sér hasta las organizaciones más perfectas, como si aspirára á buscar un intérprete del pensamiento que lleva oculto y sin conciencia en su seno, un sacerdote que encamine la oracion que se desprende de sus ecos, de sus conciertos, de sus plateados vapores; un lazo misterioso que la una á Dios, presintiendo en el sueño informe de su existencia que la vida y el secreto de la vida están en el espíritu. Así los seres se dicen entre sí en el concierto de sus mil voces.

Todos los Seres de la Tierra.

Hemos enviado al cielo nuestros rumores, nuestras armonías, nuestra voz, el vapor de las olas, el fuego de los volcanes, la chispa eléctrica que al rozarse despiden los metales, el susurro del aire en los bosques, el aroma de las plantas, el rugir del leon en el desierto, el mahullido del tigre en la caverna, el grito agudo del águila, el cántico dulcísimo del ruiseñor, el tremendo resoplido de la tempestad, y el cielo nos dice que vivamos contentos en la cuna celeste de los etéreos espacios. Pero, por más que nos alzamos en la escala inmensa de la vida, no podemos formar, no

podemos producir un espíritu. Ni el soplo del aire, ni la chispa de la electricidad, ni el aroma de la flor, ni el gas que exhalan las plantas, son un pensamiento. ¿Y por qué no hemos de espresar la eterna union de la naturaleza con Dios? Las cosas vienen del cielo, como los átomos luminosos vienen del sol; pero quieren volver al cielo, como vuelven al sol los rayos cuando se duerme en el inmenso lecho de los mares. Mas para elevarnos al cielo, á Dios, no basta la fuerza inmensa que hay esparcida en los inmensos espacios. Hemos querido formar un sér que interprete nuestro secreto, que levante al cielo nuestra oracion, y en el crisol inmenso de la vida hemos arrojado la esencia más pura del aire, la chispa más encendida del fuego, la corriente más impetuosa de la electricidad, el relámpago que brilla, el rayo que hierve, la luz, que es el eterno amor de la materia, fecundando todas las cosas. Venid, plantas, y exhalad aquí aire vital; venid, animales, y derramad aquí gotas de vuestra sangre; venid, sales de la tierra, y poned aquí vuestra sustancia; ven, magnetismo que agitas al globo, y arroja amoroso en esta gran infusion de la vida tus corrientes, para que podamos formar una sustancia inquebrantable. Hemos visto pasar los ángeles, que venian por mandato de Dios á pintar las flores, á dorar con el éther luminoso los astros, á verter la copa de la vida en la nada, para que la nada se tornase fecunda, é imitarémos sus hermosas formas, que se han dibujado un instante en las ráfagas del huracan, más luminosas que el brillar de los rayos en los tremendos sacudimientos de la tempestad. Tallarémos en los montes la colosal figura de nuestro sacerdote. Levantarémos peña sobre peña para que toque al cielo. Le pondrémos en el pecho un volcan.

Abrirémos un hueco inmenso para sus ojos, y por retinas engarzarémos en sus ojos dos estrellas. Reunámonos todos los seres, reunámonos para formar nuestro sacerdote. Parlero ruiseñor, dale tu voz; fuerte leon, dale tu ímpetu; floridos bosques, infundid en sus venas vuestra savia; aguas de los mares, depositad en sus fibras vuestras sales; águila de los vientos, préstale tus alas; rosa de los valles, perfúmalo con tus aromas; inmensa catarata, impúlsalo con tu movimiento; rayo que chispeas en la inmensidad, cíñele una diadema de fuego; huracan, levántalo en tus ráfagas, si es posible, hasta lo infinito, para que sea la condensacion sublime de la vida; y así nuestro sér se dormirá en Dios, como se duerme la onda en el seno de la inmensa playa. Realicemos lo infinito en lo finito. Seres inorgánicos, traed la luz, el magnetismo, la electricidad, y crearémos el movimiento de la vida; seres organizados, traed vuestra sensibilidad, vuestra armonía, vuestra fuerza, y tendrémos un inmenso sér. El cielo escuchará su voz, que será tonante; admirará su grandeza, mayor que los altos montes donde se dilatan las perpétuas nieves; y las nubes dormirán tranquilas en su seno; y los vientos agitarán de contínuo su inmensa cabellera de abetos y de pinos; y la casta luna besará sus labios en la callada noche; y el mar se tenderá á sus piés dormido como un lago; y todos los seres le rodearémos en un inmenso círculo, para infundir en sus venas nuestra sangre y darle el hervor de nuestra vida. Nuestras organizaciones se estienden como una pirámide inmensa, desde las últimas y espesas sombras de la tierra, hasta la vívida claridad de los cielos; nuestra vida flota entre el límite oscuro de lo finito y los deslumbradores abismos de lo infinito;

nuestra sustancia palpita en el grano de polvo, en la gota de agua, en el suspiro del aire, llenándolos de seres; nuestra existencia se dilata como la luz en el espacio, porque Dios nos ha sellado con el sello de su grandeza; ¿y no podrémos formar con tanta vida un nuevo sér?

El Eterno.

No. ¿Qué sois, pobres átomos perdidos en el abismo de mi creacion? Débiles mariposas, que habeis nacido de la negra horuga de la nada, os creeis inmortales porque en vuestras alas de encaje se dibuja un rayo del sol, fugaz como una ilusion. Aunque llenára de mundos la infinita distancia que os separa de mí, áun la materia no habria borrado el límite infranqueable que de su Dios la aparta. Léjos de vuestras esferas y de la gravitacion de vuestro sol, he arrojado mundos, cuya luz nunca llegará hasta la tierra. Entrad, seres de la creacion, en la esfera de vuestra vida, y no querais, porque os veis tan hermosos, usurpar á Dios su voluntad y su idea. Por más que ethericeis vuestra vida, nunca el aroma que se disipa, el vapor que se pierde, el aire que huye, la luz que se oscurece, podrán llegar á ser un espíritu. Mi soplo pacificará el oleaje de vuestra vida, inocente como un pensamiento, pura como el primer ensueño del mundo.

Coro de Ángeles.

La tierra ha obedecido á tu mandato, Señor, y se sonrie resplandeciente de hermosura en su Eden. Tu soplo ha pasado por su agitada superficie, y le ha infundido la alegría y la paz, como la brisa sosiega el mar conmovido por

las tempestades. Todos los seres aguardan la visita de tu enviado, Señor. Los minerales ya han ensayado todas sus cristalizaciones para recoger la luz de sus ojos. Los vegetales ya han convertido su savia en flores para perfumar su cuerpo recien nacido. Los animales se aprestan á obedecerle, á seguirle, á desbrozar su camino, á calentarle con su aliento, á ofrecerle su vida. La aurora del dia del espíritu resplandece en los confines del mundo. El sol lanza sus rayos más puros, el torrente sus más sublimes notas; el lago se duerme en un sueño infinito de amor; la luna besa con sus argentados resplandores más dulcemente aún la copa de los árboles, y se mece en la onda rizada por el áura; las aves se suspenden, como arpas vivientes, de las ramas, y dan voz al presentimiento de la naturaleza; los bosques forman con sus gigantescas ramas gigantesca cuna en que sacuden sus corolas las rosas, los jazmines, las violetas, las verbenas y las infinitas flores perfumadas por el aliento creador; el cielo se viste su color más claro y más azul, para trasparentar mejor el reflejo de la eterna presencia del espíritu divino en la creacion; las estrellas vuelan á bañarse en el impalpable éther, para lucir con nueva luz en la última y más hermosa festividad de la vida; y miéntras el mar retrata todos los resplandores de la celeste bóveda en sus movibles olas, un inmenso iris cruza la tierra, porque la luz ha querido ostentar todos sus colores en el instante mismo en que va á nacer el predilecto de tu omnipotencia, el que va á llevar á todas las cosas tu eterna palabra, y va á dar una interpretacion á todos los secretos, un sentido á todos los misterios que has ocultado en el seno de la naturaleza.

II.

El Eterno se inclinó sobre la tierra, perdida en las inmensas arenas de oro que forman los mundos y los astros. La luz resplandecia sobre su frente, y la palabra creadora vagaba aún por sus labios. Concentrábase más en sí mismo en este instante, que al crear todos los soles y dar su armonía y la gravitacion universal á las esferas. Los serafines habian callado, y miraban arrobados y estáticos el pensamiento que cruzaba por la eterna mente. Despues de haber creado los astros, los minerales, las flores, los seres que vagaban en los aires y en las aguas, parecia á las criaturas que la palabra divina no habia de producir una maravilla mayor en los espacios. Era aquella, sin embargo, la hora verdadera, la hora suprema de la creacion. Todas las formas se iban á enlazar en una forma; todas las sustancias se iban á condensar en una sustancia; todos los seres se iban á unir en un sér superior, que llevára eternamente en sí el reflejo de Dios y el eco de su palabra. La tierra, fraccionada como un

espejo que Dios hubiera estrellado contra los espacios, iba á entrar en la unidad de la vida. El Universo, alejado de su Creador, suspendido aún sobre el caos, con el cendal de su cuna á sus piés, iba á tener un lazo que lo uniera en dulce armonía á los cielos. Los seres organizados, que se esforzaban en vano para escribir un pensamiento, para modular una oracion, iban á trasformarse en el seno de la nueva criatura, destinada á levantarlos en sus brazos á lo infinito. El soplo de Dios tocó el polvo de la tierra, y un gran remolino se levantó hasta el cielo. En aquel momento la mirada divina inundó de luz la oscura nube de polvo, y sus átomos vinieron á caer enrojecidos sobre el Eden, como caen sobre el cráter las ardientes cenizas de la erupcion del volcan. En el mismo instante todos los ángeles, todos los serafines, todos los mundos, todos los seres prorumpieron en un cántico que inundó de alegría el cielo y la tierra, el universo y la eternidad. Á este cántico, la ténue materia, enrojecida con el fuego celeste, comenzó á irradiar la luz de la vida. El hombre se despertaba en la naturaleza, como se despierta una inspiracion en la mente del poeta. El último sueño de la nada se desprendia de su sér como una sombra. El entorpecimiento de la primera vida le tenia postrado como esas estátuas que necesitan el último golpe del cincel del escultor para irradiar una idea. Su organizacion se habia concluido. Se habian sus piés agarrado como dos raices á la tierra; se habian estendido sus brazos como dos ramas á las alturas; latia su pecho, recogiendo el primer suspiro de aire, con un anhelo infinito; habia su sangre abrasado con la primer combustion de la vida todo su cuerpo; habia oscilado por vez primera su corazon, como osciló el mundo

recien creado en los espacios; habia abierto sus ojos, iluminados ya por el albor del espíritu; se habia redondeado su cabeza, como el boton de una flor que guardaba en sí un nuevo Universo; y áun no se movia, y áun no sentia, aunque sus labios vibraban como si quisieran producir el último y más asombroso esfuerzo de la creacion, la ethérea, la impalpable palabra.

Los Seres inorgánicos.

Tú eres nuestro. Tu cuerpo brilla como brillan los metales. En tus ojos se ve engarzado nuestro cristal. Tus cabellos son hebras de oro que caen sobre tus espaldas. Tú eres un poco de polvo enrojecido en el gran horno de la vida. Hemos visto los átomos que te han formado, y te sentimos en nosotros, y nos sentimos en tí. Tú no has venido á dejarnos aquí frios é inertes, sino á despertar una nueva sustancia en nuestras moléculas. ¡Oh! El fuego de tu vida nos atrae. Dios ha oido nuestra oracion, y te ha mandado para que nos cinceles, para que nos dés tu forma, para que nos levantes hasta tu esencia, para que derrames por estas nuestras frias moléculas fodo tu fuego. Por eso ha hecho tus carnes de nuestros átomos.

Las Plantas.

El dueño de la creacion es una planta. Sus fibras son como nuestras fibras, su sangre es como nuestra savia, su aliento como nuestro aroma, su cabeza como nuestras flores, sus piés como nuestras raices, sus brazos como nuestras ramas, su cuerpo como nuestro fuerte tronco, y su crecimiento es como nuestra espansion en el espacio. Tú has

sido plantado en la naturaleza por el gérmen de la palabra divina, que áun guardamos en el rumor de nuestros bosques. Cuando sacudas tus cabellos, derramarás flores; cuando sientas y goces, una lágrima se suspenderá de tus párpados, tan pura como una gota de rocío. Tu aliento nos regocija, porque tú eres una planta, y escondes la cabeza en el cielo, y amas el aire libre, y te refrigeras con la lluvia, y recoges amoroso la luz; y por eso nuestras hojas, desprendiéndose sobre la tierra, formarán un lecho para tus amores, nuestra yerba se tenderá á tus plantas, nuestras copas serán tu hogar, nuestros arbustos tu apoyo, nuestros frutos tu alimento, y te gozarás en recoger la miel destilada de las flores, y la olorosa goma que corre por nuestra corteza.

Los Animales.

Ha venido á la tierra nuestro dueño. Reunámonos en círculo inmenso á su alrededor, para ofrecerle nuestra vida. Sus nervios, agitados por la electricidad, son nuestros nervios; sus músculos son nuestros músculos. Hemos ensayado en nuestras especies varias copias de un tipo superior, y hé ahí el que buscábamos, resplandeciente de hermosura. Insectos que vivís, átomos animados, en las fibras de las plantas; zoófitos que encendeis con vuestros cuerpos el polvo de la tierra; infusorios que os moveis en las gotas de agua; grandes cetáceos que agitais las ondas; aves que podeis cortar con vuestras alas los azules aires; cuadrúpedos que vivís en el seno de los bosques, venid, venid á ver el conjunto superior de todas las formas, el centro donde se reunen los rayos dispersos de la vida. El dueño de la tierra es más que una planta, más que un metal; es un sér ves-

tido con nuestras carnes, sustentado por nuestros huesos, movido por nuestros músculos, agitado por nuestra electricidad, encendido por nuestra sangre, animado por nuestro aliento. Por eso las mariposas vuelan á su alrededor como en torno de una flor; y las grandes serpientes forman círculo de brillantes colores á sus plantas; y el leon le lame las manos; y el tardo elefante le ciñe una corona de yedra y de violetas que ha traido en su trompa; y el ruiseñor gorgea dulces cantares en sus oidos; y la blanca paloma se posa sobre sus hombros; y la dorada abeja trae miel á sus encendidos labios; y el cisne se desliza á su lado ostentando sus plumas de nieve; y el águila, y el condor, y todas las aves abren las gigantescas alas sobre su frente, sellada con un beso de Dios.

La Naturaleza.

La vida impalpable que fecunda tantos seres, se irradia de mi seno, como la luz del disco del sol. Yo soy el ancho espacio en que se estienden todas las cosas; yo soy el tiempo que mide los latidos de los seres; yo soy la fuerza que sostiene los mundos y arroja los átomos en el hervidero de la materia, para producir nuevas sustancias. Todo se enlaza y se une y se identifica en mí. Yo soy desde el copo de nieve que cae en los montes hasta la corona de fuego que llevan los mundos, desde la gota de agua evaporada en el aire hasta el ilimitado Océano, desde el animal embrionario que se despierta en el barro de la tierra hasta la organizacion del hombre que se levanta en la cima de la creacion. Y he formado mis seres de una vez, en su totalidad, encerrándolos en los moldes inquebrantables de mis formas. Yo he ves-

tido de colores la flor, de espumas el mar, de matices las alas del ave; yo he pintado con el rayo verde de la luz las plantas, y con el rayo violeta he fecundado la corola de las flores, y con el rayo azul he inundado los cielos de ethéreas esperanzas. Pero la espontaneidad infinita de la naturaleza no puede bastar á la vida. Me he levantado desde unos seres á otros seres, desde unas organizaciones á otras organizaciones, para hacerlas digno santuario de la idea. Pero, Dios, eterno Dios, tengo sed del espíritu. Envíalo envuelto en tu fecundante soplo, y yo lo encarnaré en la más hermosa de mis formas. Yo creí haber producido el espíritu; en los átomos de la materia encerré aire, en los átomos de aire calor, en el calor electricidad, en la electricidad impalpable fluido magnético; y no he podido producir un espíritu, porque el espíritu sólo puede venir de Dios.

Los Ángeles.

Señor, ya lo oyes: la naturaleza tiene sed, y sed anhelante, del espíritu. Arroja sobre ella la cadencia más dulce de tus divinas armonías, la centella más encendida de tu amor, el soplo más vivificador de tus labios, la irradiacion más clara de tu palabra. ¿Qué son ante el espíritu todas las cosas? Los soles son como lágrimas de luz caidas en una eterna noche, los seres de la tierra como hojas secas arrastradas por un viento helado, el Universo como una sombra estendida en los espacios. La naturaleza sin el espíritu, es como el cielo, como la eternidad sin Dios. El mundo necesita recrearse contemplándose á sí mismo, dále un espejo; necesita unir todos sus seres dispersos, dále un tipo que sea resplandor de tu unidad maravillosa; necesita una voz que cuente sus dolo-

res y sus misterios, dále una palabra; necesita elevarse de la inmensa hoguera de sus grandes guerras á dulce paz, dále el espíritu. Todas las cosas se pierden y se disipan, como la nube que se levanta de las aguas precipitadas por los despeñaderos de una catarata, si no las ilumina el sol de una idea, si no las contiene el inmenso espacio del espíritu. La ola se estrellará contra la arena, la arena contra la roca, la roca contra la atmósfera, la atmósfera contra lo vacío, y al fin la vida será como la muerte, si no hay un sér que se levante más allá de los cielos, que cruce entre los mundos como la mariposa entre las flores, que deje tras sí los soles perdidos en su confuso movimiento como un monton de cenizas entre los torbellinos del huracan; y se acerque á tu esencia incomunicable, y se bañe en tu eterna vida, y reciba el resplandor de tu esencia que todo lo penetra, y pueda sentir en sí los latidos de tu amor; y trayéndote en sus alas el aroma de la materia, el rayo de la luz que ilumina la inmensidad, pueda purificar y renovar todos los dias la creacion en el seno del Creador. Todas las cosas tienen aspiracion á lo infinito. La semilla se rompe, y manda su tallo hácia el cielo. La flor se abre, y levanta al cielo su corola para recoger la luz. El árbol crece, y eleva y estiende en el cielo sus ramas. El agua corre, y disipa en el cielo el incienso de sus blanquísimos vapores. Las sustancias de la tierra se entrechocan, y envian al cielo la chispa de la electricidad. El ave abandona su nido, y estiende en el cielo sus alas. Pero la semilla vuelve á caer en el suelo, desprendiéndose de la planta; y la flor cierra su corola roida por el insecto; y el árbol sacude sus hojas secas; y el vapor se convierte en nube, la nube en lluvia que vuelve á la tierra; y

la chispa de la electricidad torna á su orígen convertida en rayo; y el ave pierde sus plumas y su canto, y muere; porque solamente el espíritu, luz de la luz, vida de la vida, esencia de la esencia, puede llegar hasta Dios.

La Naturaleza.

Señor, Señor, oye la voz de tus ángeles. El hombre está pronto, está preparado para recibir el aroma inmortal del espíritu. La materia abandonada á sí misma es el sueño de la vida. Mis fluidos, que corren disipados por los aires, son un esfuerzo impotente para ser espíritu. ¡Ah! sí; envia, envia tu más puro aliento, y el espíritu será como la última y más hermosa esplosion de la vida, y su calor vivificará de nuevo todo el Universo.

III.

El Eterno, oyendo la voz de la naturaleza, puso su mano sobre el corazon del hombre, nacido del polvo de la tierra. En el mismo instante sintió Adan el placer de vivir. La sangre corrió encendida por sus venas, como la savia de la primavera por la corteza del arbusto, que esparce su vida en flores. La respiracion comenzó á recoger aquel aire purísimo, perfumado por las emanaciones de los primeros árboles que levantaron sus ramas en la tierra recien creada. El corazon latió con la alegría infinita de la primera vida. Los ojos retrataron el primer albor de la luz que sonreia en los inmaculados horizontes. Su pecho se abrió para recoger el aroma exhalado de toda la naturaleza, y sus átomos se regocijaron al moverse en la elaboracion de la vida y absorber por sus poros las esencias misteriosas de todos los seres. Era aquel estado como una embriaguez de la vida, como una comunicacion del hombre con todas las sustancias primeras que

se derramaban, ávidas de una nueva trasformacion, por sus venas abiertas al mundo esterior; como un sueño magnético producido por el primer florecimiento de la existencia. La vida de la naturaleza era en sus labios lo que la primer gota de la leche maternal en los labios del niño recien nacido, é involuntariamente prorumpia en estas palabras, apegado como estaba al regazo de la tierra:

ADAN.

Soy el lago que retrata la luz, el ave que se pierde en el cielo, el soplo de aire que mueve las hojas de los bosques, la mariposa que se baña en el aroma de las flores, el leon que corre, el salto de la gran catarata que se desgaja entre las peñas. Toco cuerpos y más cuerpos, y no sé ni qué son, ni qué soy. Percibo aromas que me embriagan, y no acierto á distinguir si vienen de mí, ó vienen de las cosas. ¿El rayo de luz se exhala de mis ojos, ó son mis ojos los que recogen el rayo de luz? ¿El sol es mi retina que mira al cielo? ¡Oh! Me pierdo en el seno de todos los seres, en el polvo de luz que levantan los astros, en el movimiento perenne que produce la vida. Este peñasco es demasiado grande, y amenaza al hombre, tan pequeño. Esta catarata me asusta con su ruido. ¿Si querrá tragarme y confundirme en sus negros abismos? Este bosque es oscuro. Estas grandes serpiertes son las ligaduras que me van á atar á la tierra. ¿Qué soy yo? No lo sé, no lo sé, no lo puedo acertar. Siento el zumbido de la vida que vaga en mi seno; pero esa vida está fuera de mí. Naturaleza, seres que pasais en grandes torbellinos ante mi espíritu, recibidme en vuestro seno.

Los Ángeles.

El hombre se ha dejado caer, como poseido del vértigo de la primera vida, sobre un lecho que las flores han formado con sus perfumadas corolas. Áun no ha conciliado un dulce sueño, y ya siente un soplo consolador que acaricia su rostro. Incorpórase agitado, abre su pecho para respirar el nuevo aliento de Dios, destella de sus ojos una luz más clara, y muestra su faz radiante de alegría, como poseido de un estraño arrobamiento.

Adan.

Me siento crecer, toco ya con mis manos los últimos límites del sér, y veo á mi alrededor volar los astros como ántes volaban las aves, y me parece la tierra una sombra que se ahuyenta. ¿Qué música oigo? ¿Qué armonía rueda por mis oidos, como el rumor que la onda produce al estrellarse en la playa? ¿Por qué esta armonía penetra en mí, se derrama por mis venas, mueve mis átomos, impulsa mi sangre, y da á mi respiracion una alegría infinita? No acabes nunca, nunca, nunca, dulce cántico. Sigue, sigue, armonía delirante, que te exhalas de lo infinito, envolviendo los mundos como el torrente envuelve en sus espumas las hojas desprendidas de los árboles. Un negro velo ha caido de mis ojos, como se desprende la nada del Universo, la nada, que era el embrion del sér. Mi vista se dilata, se espacia en un mundo superior á este mundo, que nada en éther más luminoso que el sol y las estrellas. Y á su voz veo el tiempo, del cual pende el Universo, como una misteriosa lámpara, y veo el espacio como el Océano en que vagan per-

didos todos los seres. Ven, dulce inspiracion, toca con un beso mi alma, abierta á tu palabra, á tu cántico y á tus colores; ven, é impulsa con más fuerza por mis venas la corriente de la vida. Á tu aliento me alzo, me transfiguro, veo el Universo trasparentarse como una gran urna de cristal en cuyo fondo están tejiendo los hilos misteriosos de la vida las ideas primeras, las ideas madres de todas las cosas. En el fondo del arroyo veo una forma que se desvanece, y que produce las ondas á cada palpitacion de su seno. En lo alto del cielo veo un ángel que sacude su cabellera, y llena de astros lo vacío. En las fibras de la flor veo un sér que está tiñendo con su sangre los pétalos y perfumando con su aliento el cáliz. En los átomos del sol veo espíritus que corren, que vuelan, que suben, que bajan, y que viven contentos en la molécula del misterioso rayo, como el infusorio en la gota de agua. En el iris que forma la catarata al recoger la luz, en la espuma de que se corona la onda, en el giro azulado del viento, veo seres impalpables, ethéreos, que suben al cielo cuando el ruiseñor y todas las aves agitan la atmósfera en ondulaciones amorosas con sus cánticos. Mi forma, sí, mi forma, que ántes me parecia tan pobre, se estiende como un velo sobre todas las cosas. El cielo ha sacudido sus gigantes alas, y ha dejado caer las estrellas sobre mi seno, como la mariposa al volar deja caer los dorados átomos recogidos de las flores. ¿Qué delirio, qué delirio hay en mí? Yo quiero copiar mi forma en la piedra; quiero teñir con los colores de mi sangre, de mis venas, con el iris de mis ojos, las cosas; quiero dar mi voz, mi palabra á los séres que hierven á mi alrededor; quiero enrojecer en el fuego de mi vida la naturaleza. Pero ¿qué soy? ¿qué soy?

Los Ángeles.

Señor, ¿no oyes? Tu criatura predilecta delira: completa, completa tus dones. Arroja sobre él nueva vida. Óyenos, Señor, óyenos. ¡Ah! Tu mano se posa sobre su frente, como ántes se habia posado sobre su corazon. Ya se despierta en su seno nueva vida.

Adan.

¡Oh! ¡Y me dejaba llevar de la corriente de los hechos y de las cosas! ¡Yo, yo! ¿Quién de vosotros, seres de la tierra, puede pronunciar esta sublime palabra? Me veo á mí mismo, siento correr mi vida por mi alma, sí, por mi alma mucho más trasparente que el aire. Ya estoy cierto de mí, ya sé que soy y que existo. Todas las cosas cambian, se mudan, se trasforman, corren impetuosamente; y yo, en el centro de la creacion, las veo cambiar, mudarse, permaneciendo siempre el mismo, nuevo sol de la vida. Así, el mundo material crece, y se idealiza en mi mente por medio de la percepcion de mi alma. Yo penetro con mi idea en la naturaleza, sobre la cual se levanta mi conciencia, como la luz se levanta sobre todos los astros. La naturaleza era un misterio oscuro, indescifrable, hasta que ha venido el espíritu; y el espíritu como un fantasma, hasta que se ha replegado en el seno de la conciencia. Ya me recreo en contemplarme á mí mismo, en penetrar en mi esencia. Venid, seres de la tierra, venid, que yo os enseñaré el secreto de la vida. El mundo se ha doblado desde este instante. Así como la estrella luce en el cielo y en el lago que dulcemente la retrata, el Universo luce en el espacio y en mi conciencia.

Hora sublime de la vida, yo te bendigo, porque me has revelado el alma.

Los Ángeles.

Áun no te ha visto, Señor, áun no se ha levantado hasta tí. Envíale el rayo de tu mente, la luz increada de tu espíritu. Ya Dios nos escucha; ya una centella de su sér hiende los espacios, eclipsa los mundos, llega hasta la frente del hombre, que parece próxima á estallar como un volcan en el primer instante de una comprimida erupcion.

Adan (*cayendo de rodillas sobre la tierra*).

¡Ah! Ya te veo, Dios mio, ya veo la fuente misteriosa de la cual desciende la vida en que me regocijo. Delante de tí la tierra es como la flor que mis pisadas marchitan. Abres la mano, y caen torrentes de vida sobre los espacios; sacudes tu cabellera, y cada uno de tus cabellos es un huracan que agita la máquina del Universo; abres los ojos, y ofuscas y borras la luz creada; alientas un instante, y al recibir tu aliento, la nada se puebla de miriadas de seres que te aclaman y te buscan; andas sobre lo infinito, y dejas por huella un surco de soles, una estela de mundos. Tú eres la vida. El Universo, sin tí, sería una eterna tempestad revolcándose sobre la nada en oscuras ráfagas é impotentes lamentos. Sin tí, el espíritu sería como una inmensa telaraña estendida sobre la caverna del vacío. Tú me has dado la luz, por cuya virtud veo resplandecer todas las cosas. En tu seno mi espíritu y la naturaleza se penetran, se confunden, se armonizan como los aromas de dos flores, como dos gotas de rocío caidas en una misma hoja, como dos estrellas fosforescentes que

se funden para formar un nuevo astro. Ya sé quién tiene en sus manos el cincel que ha tallado los montes; ya sé quién ha pintado las flores; ya sé quién ha llovido el rocío de luz sobre los cielos; ya sé quién abraza en su seno el Universo; Dios, Dios que se ha revelado á mi espíritu. El mundo es á Dios lo que la gota de agua es al mar, lo que la hoja es al bosque, lo que el infusorio es al Universo. Señor, bendíceme, envía tu aliento sobre tu hijo que te llama, átomo de polvo perdido en la inmensidad. Tú eres sobre el Universo lo que es la conciencia sobre el espíritu. El trueno que la tierra hace estallar en los espacios, te llama; el relámpago luciente es el ala dorada de la naturaleza, que vuela en pos de su Creador á lo infinito. Seres de la tierra, venid. Abrasáos en el fuego del eterno amor, disipad vuestra sustancia en un holocausto, convertíos todos en una nube de incienso que se levante del altar de los espacios á Dios. Ya sé qué buscas, mar, con tus nubes y tus blanquecinos vapores, volcan, con tu fuego, ave, con tu cántico, flor, con tu aroma: buscais á Dios. Venid, venid. Dios se ha revelado á mi espíritu; yo le veo, sentado sobre lo infinito, envuelto en las ráfagas de la luz increada, coronado por la eternidad, exhalando de su aliento la vida; sosteniendo con una mano el Universo material, con la otra el cielo donde vagan los ángeles; esparciendo en cada latido de su corazon el infinito amor sobre la naturaleza; lanzando de su frente el rayo de la inteligencia; diciendo á cada astro la cadencia, la nota que ha de formar en la música de las esferas; encerrando en la eterna palabra, que ethérea se desprende y pura de sus lábios, el ideal de todas las creaciones posibles; penetrando con su providencia todos los seres; reuniendo en el foco luminoso de su idea increada las

ráfagas de todas las existencias esparcidas por los espacios; armonizando todas las obras en su eterno, en su absoluto, en su infinito sér. Dios mio, Dios mio, tanta grandeza agota mi espíritu. Esta vision puede romper y calcinar mi cuerpo, como la luz demasiado viva hace estallar el pobre sol que la contiene. Señor, callo, y oro.

LOS ÁNGELES.

La razon ha caido sobre el hombre, y lo ha levantado al cielo. Pende el espíritu humano de Dios, como la dorada fruta del árbol. Pero si el hombre, al brotar su vida, parecia el hijo de la naturaleza, hoy parece el hijo del cielo. Señor, hazlo dueño de sí mismo. Las cosas creadas obedecen ciegamente á la fuerza de la naturaleza. El hombre debe llevar en sí mismo una ley. Así tendrá una fuerza invencible para someter á su dominio todos los animales. Así la tierra será su peana, y el cielo su dosel. Así su vida irradiará sobre la naturaleza su fuego creador. Señor: acaba, acaba de perfeccionar al hombre.

ADAN.

Siento una nueva fuerza en mi seno. Mi vida, que se esparcia en la tierra, que se evaporaba en el cielo, se encauza como el torrente despeñado al tocar el llano. Soy yo, soy yo el rey de la naturaleza. Todos sus seres me obedecen, me siguen. El leon se acerca arrastrándose á mis plantas á lamerme los piés. El águila se pára cuando la miro, y se cierne sobre mi frente. La mariposa deja su flor para mecerse en mi aliento. El ruiseñor abandona el bosque para gorgear sus trinos en mi oido. El árbol se inclina para derramar so-

bre mi cuerpo sus hojas. El arroyo, al pasar, recoge mi imágen en sus fugaces ondas. El áura me besa los labios. Las estrellas me miran, y me parecen el rayo de la mirada de los ángeles. ¿Qué fuerza hay en mí, superior á las fuerzas de la creacion? ¿Qué elemento hay en mi seno, más poderoso que todos los elementos congregados? ¡Hay la libertad, sí, la libertad! Yo te bendigo, santa libertad, reflejo de Dios en mi mente, fuego del cielo en mi corazon. Yo te bendigo, libertad divina, que me has dado el dominio de la naturaleza. Por tí mi espíritu es fuerte y es activo. Por tí mi vida corre en suave movimiento, reflejando el cielo. Por tí me levanto sobre la cúspide de la naturaleza, y veo que mi conciencia es más luminosa que el sol, mis ideas más innumerables que las estrellas, mi fuerza más poderosa que la atraccion en los espacios, mi voluntad más incontrastable que los huracanes y la cohesion de las moléculas, mi sér más inmenso que el mar. Me he despertado en el seno de la creacion, me he creido uno de sus seres; he pasado por un vértigo producido por la primer gota del espíritu caida en mi cuerpo, que ha humeado como el árbol herido del rayo; me he replegado en mi propio sér, en mi conciencia; he ido en mi vuelo hasta Dios, y me he anegado en su vida, como la flor que nace en el fondo del lago; y ahora, ahora siento la plenitud del espíritu, conozco las armonías con la naturaleza y con Dios, porque siento despertarse en mí la libertad, sí, la libertad de mi sér, que me hace el dueño de la tierra.

Los Ángeles.

Alabad á Dios, todas las criaturas de la tierra, con el concierto inmenso de vuestras infinitas voces: alabadlo, alabad-

lo. Desde la esponja que nace en el fondo del mar, hasta el sol que corona los espacios, alabad al Criador, porque ha producido el espíritu humano, la mayor de sus maravillas. El espíritu retrata la creacion, como el espejo de los mares el cielo; cuenta con el tiempo el movimiento de las cosas; mide con el espacio los límites de los seres; sonrie con el brillo de la imaginacion sobre el mundo una eterna sonrisa de amor, envolviendo el gran conjunto de la naturaleza en sus trasparentes formas; interpreta el secreto que guardan todas las cosas, levantando la vida á lo infinito; reconcentra en su conciencia su propia sustancia, multiplicándola como el reflejo multiplica la luz; se alza más allá de los astros, hasta mirar frente á frente la eternidad; lleva en sí las ideas madres, los eternos tipos de la verdad, de la bondad, de la hermosura, que residen primordialmente en Dios; armoniza la naturaleza con el Creador; reune en sí todos los resplandores de la vida; pues, miéntras todas las cosas pasarán como fantasmas, miéntras la tierra se hundirá, y se apagará el sol, y se convertirán en átomos de cenizas las estrellas, y se replegará el cielo helado por la muerte, el espíritu estenderá sus gigantes alas sobre el Universo arruinado, y áun sobre aquella desolacion universal resplandecerá como resplandece el sol sobre las tempestades, y alabará al Creador. Bendecid, bendecid á Dios, que ha producido el espíritu, seres de la tierra.

IV.

El hombre debia sentir en su corazon un inmenso vacío. La naturaleza despertaba sentimientos misteriosos en su alma. La luz que baja del cielo, que inunda con su purísima vida toda la creacion, es el amor, sí, el amor universal, fecundando la flor, el ave, el agua, todas las cosas que se sienten heridas y animadas por su fuego. La flor tiembla, sacude sus pétalos palpitantes de placer, y arroja sobre la tierra la semilla, tributo de su amor. Los seres inorgánicos unen sus moléculas y hierven abrasados por la electricidad, que es el delirio del amor de la naturaleza. La luna va siguiendo á la tierra, y la tierra se regocija cuando el sol la besa, y el sol y las estrellas vuelan alrededor de Dios como la mariposa en torno de la llama, y los espacios son el inmenso lecho de amores de los mundos. Un astro manda á otro astro en el rayo de luz su ósculo de amor. El aire se suspende sobre la tierra, le cuenta sus amores en sus murmullos, le pinta ilusiones en sus azules horizontes, la empa-

pa con su rocío; y la tierra, absorbiendo su vida y trasformándola en el amor, se puebla de floridos árboles. Los seres ocultos en la gota de agua, en el grano de polvo, se reproducen y se aumentan al impulso de su amor. Las mariposas rompen su larva, estienden sus alas, y celebran sus amores con la flor, cuyos aromas las embriagan de placer. Allá, en el fondo de las cavernas, el leon, el tigre, el magestuóso elefante se entregan á sus amores, y sus hembras cuidan de sus hijuelos con el celoso espíritu de la maternidad, que se dibuja en la luz de sus ojos. El agua va corriendo sobre la tierra, retratando el cielo, para producir flores en su amor. El ave cincela su nido en la copa del árbol; arroja centellas de sus lucientes ojos; salta de rama en rama, como si fuera juguete de corrientes infinitas de electricidad; estiende sus alas agitadas en incesante movimiento; riza sus plumas, que parecen exhalar una gran combustion; empolla sus huevos en un éxtasis misterioso; vuela, y vuela en pós de la luz á las alturas; afina su garganta, y enseña en la soledad de los bosques á cantar á sus hijuelos en un gorjeo infinito que inunda de armonía los aires; y el movimiento que agita sus alas, y el calor que enciende su sángre, y la electricidad que sacude sus nervios, y el arpa que lleva escondida en su garganta, y el genio que le inspira sus cánticos, y la llama de la vida que arde en su breve y delicado cuerpo, es el amor, sí, el eterno amor de la naturaleza. La alondra, cuando al nacer el sol levanta su vuelo á lo infinito, va impulsada por el amor; la golondrina, cuando corta con sus negras alas rápidamente los aires, busca sus amores; el ruiseñor, cuando al morir el dia se suspende de las ramas de los árboles, y eleva su cántico melancólico, que va creciendo en

notas dulcísimas, como si quisiera herir los cielos, canta, canta su amor, y la palpitacion de ese amor conmueve, como si su corazon fuese inmenso, los aires. ¡Oh! El amor sostiene las estrellas en lo infinito, la atmósfera sobre la tierra, la molécula pegada á la molécula; enciende el gran horno de la vida, el fuego; abreva en su inmensa catarata, que viene de Dios, á todos los seres; dilata, estiende la luz en la inmensidad; derrama de su inagotable copa las semillas de todas las cosas, y palpita siempre uno, siempre idéntico, en el seno de la creacion.

¿Y el hombre habria de estar solitario, abandonado á sí mismo, en la naturaleza? La copa de la vida, que pasaba de sér en sér, ¿se habia de quebrar tan sólo al llegar á los labios del hombre? No, no. Esta soledad podia ser el más grande y más terrible de los tormentos. Ya era hora de que la palabra divina creára el alma de la mujer, la eterna mariposa destinada á recoger en sí los colores más espléndidos de la naturaleza; ya era hora de que viniese al mundo la esperanza de la renovacion de la humanidad; ya era hora de que se levantára la última y la más hermosa de las formas; ya era hora de que el espíritu del hombre tuviera un hogar, un templo, un santuario; ya era hora de que la eterna inspiracion se encarnára en una criatura; ya era hora de que el universal amor produjese al sér amante; ya era hora de que apareciese en el altar de la tierra, iluminada de esperanza, la más bella y la más santa de las obras de Dios, la mujer. Dios tocó el cuerpo del hombre, y despues el barro de la tierra. La mano divina dejó estampada una huella de luz en el polvo. En el mismo instante, como una de esas sonrosadas nubes que se levantan en el alba por

los horizontes del mar, la mujer se despertó á la vida; y modelada como una armonía, ostentó su cabeza, esfera hermosísima, resúmen de todas las líneas reunidas en el Universo; su seno palpitante, su seno, cuna de la humanidad, agitado ya por el primer amor que se confundió con el fuego de su sér; sus blancas formas esmaltadas por las azules venas, que dejaban entrever el hervor del alma como un ligero velo; de suerte que Eva, sonrisa de la naturaleza, ángel de paz, en su casta y virginal desnudez, en la inocencia que exhalaba su arrobado mirar, en la palpitacion de su pecho, en el resplandor celeste reflejado por su frente, mostraba haber nacido de un beso que el eterno amor diera á la tierra, para depositar en ella una copia del divino ideal de la hermosura. Pura, casta, luminosa, radiante de esperanza, Eva, vida de la humanidad, se levantaba en el Eden, trasparentando su conciencia como un lago cristalino que enseña su fondo; reuniendo en sí toda la hermosura de la naturaleza, lo blanco de la nieve en su tez, el carmin de la rosa en su primer rubor, el brillo del rayo del sol en su cabello, el centellear de las estrellas en sus ojos; destinada ya á sostener en sus rodillas la cabeza fatigada del hombre; á ofrecer la inspiracion en su ardiente fantasía; á ser la forma de la idea; á guardar bajo sus alas castísimas la frente de su compañero en las grandes tempestades; á purificar el instinto ciego del sentido con el amor del alma; á sonreir sobre toda la creacion, como la luz del espíritu; á sosegar la férvida naturaleza humana, como la brisa sosiega con su beso las alteradas ondas de los mares; á guardar en su corazon, vaso hermosísimo, la miel más dulce y más regalada de la vida. Eva, en

la primer noche del hombre, de pié como una blanca estátua, bajo un árbol florido, iluminada por el casto rayo de la luna, al lado de una fuente que murmura y refleja sus formas; contemplando las luciérnagas aladas, que parecen estrellas perdidas por los bosques; oyendo el cántico del ruiseñor, que se exhala de los arbustos como una plegaria; magnetizada por la dulce voluptuosidad de las áuras de la noche; pisando las flores abrevadas de rocío, siente en su seno, en su casto seno, arder el primer fuego del amor, vago como un ensueño, puro como una ilusion, reflejo de los rayos dispersos de la vida que se gozan en concentrarse en el último florecimiento de la naturaleza, en el cáliz que guarda la esencia más pura de la creacion, en la mujer, inundada de dulces sentimientos, misteriosas irradiaciones de su sér. Áun sus ojos no habian sacudido la tierra de que fueron hechos, y ya ardian con la luz del amor. Su primer sentimiento fué la contemplacion de sí misma, porque nada habia á su alrededor tan hermoso como su cuerpo virginal. El movimiento de la vida en su primer latido, el movimiento de la sangre en su primer combustion, el movimiento del aire que se espaciaba amoroso por su pecho, le inspiraban un goce infinito, porque nacia ya con la pura conciencia de la vida, y su espíritu se recreaba en contemplar absorto la hermosura de las formas con que el Creador la habia revestido, hermosura realzada por el resplandor de la inocencia. Áun no habia salido de esta contemplacion de sí misma, cuando se despertó la actividad de su espíritu en el deseo, sí, en el deseo infinito de apropiarse la naturaleza. Tenia sed, y bebió del agua de la fuente en el hueco de su blanca mano. Pero su sed era sed del corazon. Sintió hambre,

y libó la miel que destilaban las entreabiertas flores de sus pintadas corolas. Pero su hambre era hambre del espíritu. El amor encendia en ardiente llama su espíritu, y una lágrima, sí, una lágrima se suspendió de sus entreabiertos párpados, lágrima que reflejaba en su pureza toda la celeste tranquilidad de los cielos, lágrima que al caer sobre la tierra hacía brotar flores, y de las flores mariposas que se perdian en los aires, como la oracion esmaltada salida del vapor de aquella lágrima. Por fin, su mismo deseo la hizo andar, andar al acaso, como si una inspiracion hubiera herido su alma. El arroyo siguió su camino, las rosas se deshojaban á su paso ofreciéndole una alfombra, y las luciérnagas aladas se unian en los aires en círculo sobre su frente como una fantástica corona de estrellas. Casta, desnuda, envuelta en la luz de su rubia cabellera, con los piés hundidos en las flores y la diadema de estrellas sobre su frente, Eva, la primer mujer, parecia una ilusion que la luz de los astros formaba al herir los vapores de los lagos, una sombra nacida del beso de la luna en las hojas de los árboles, un ensueño vago de amor, un pensamiento del cielo que se habia encerrado en la más pura y más hermosa de las formas, y rodeada de los seres que su paso despertaba, y que parecian magnetizados por su mirada, se detuvo un instante ante una gruta en la cual dormia Adan. Su alma saltó de gozo en su cuerpo. El amor creció como una llama avivada por un gran elemento de combustion. Su corazon latió fuertemente. Entraron todos sus sentimientos en la ley divina de su verdadera naturaleza, y arrobada, estática, se acercó á la gruta, dobló la rodilla, é imprimió un beso en la frente de Adan, beso que resonó en las esferas, pues era como

una nota más de la armonía de los mundos, escapada del más hermoso de los seres. Adan se despertó: sacudió su sueño y miró estático á Eva. Sus dos almas se penetraron, se confundieron en una sola, al dulce beso del amor primero. No era aquel, no, el amor pasajero del sentido, que enciende un instante el cuerpo y lo deja cubierto de cenizas de la tierra, no; era el amor que vive en un contínuo anhelo; el amor que se alimenta del pensamiento; el amor que realiza las más puras ilusiones; el amor que no tiene ni eclipse, ni ocaso; el amor que es la vida; el puro, el purísimo, el inefable, el eterno amor del alma.

ADAN (*despertándose*).

¿Qué veo? ¿Eres una sombra de mi ilusion, una imágen fingida por mi deseo? ¡Oh! no, no. Eres la mitad de mi alma, la mitad de mi corazon, la mitad de mi sér. Yo en este mundo tan hermoso me sentia abandonado y triste. La flor que arrojaba sus semillas sobre la tierra, la gota de rocío que se perdia en el aire, la estrella que centelleaba suspendida sobre mi cabeza, el ave que cantaba en el bosque; todo, todo era una contínua espresion de amor. Ahora lo siento, lo veo en mí. El mundo, que ántes me parecia solitario, ahora me parece ya lleno y rebosando vida. Déjame mirar tus ojos, que me iluminan más que las estrellas. Déjame respirar tu aliento, que me embriaga más que la flor. Déjame sentir palpitar tu corazon, que lo creo más mio aún que el corazon que siento dentro de mi pecho. Aquí, en mis brazos crecerá tu sér; aquí, al estrecharte contra mi corazon, te daré la conciencia de tu espíritu y de tu vida. Ven. El calor que difundes me parece más grato que el rayo del sol. La

electricidad que tus manos al tocar mis manos despiden, me conmueve, me hace temblar como la hoja sacudida por el viento. Mi imágen toma en tí más fuerza, como el cielo se hermosea al reflejarse en los grandes y profundos rios que reverberan su luz. Aquí, los dos aquí encontrarémos en el amor una fuente de vida. Tú serás yo, y yo seré tú. Tú me traerás en tu perfume el aliento de Dios, en tus ojos la luz del cielo, en tus labios el eco de la palabra divina difundida aún por los espacios. Tú serás mi imaginacion, mi sentimiento. Sobre este mundo pintarás en tu fantasía otro mundo más hermoso aún y más esplendido, en el cual se anegarán mis ojos. Con tu sentimiento aumentarás el gran hogar de la vida, y mantendrás puro el fuego en que se abrasan todos los seres, el fuego del amor. ¡Ah! todo lo que hay de hermoso en la naturaleza, era el presentimiento de tu hermosura. El cáliz de la flor no es como tu cabeza, las estrellas no son como tus ojos, el aire no es como tu aliento, el sol no es como el fuego de tu mirada, ni el cielo como tu frente. ¡Qué felices vamos á ser en la tierra! Cogidos de las manos, apoyados uno en otro, subirémos á las altas montañas, y verémos las nubes cruzar bajo nuestras plantas. Nos esconderémos en la gruta, y el ruiseñor arrullará con sus endechas nuestros amores, y el leon nos guardará, y el águila abrirá sus alas más resistentes que el viento, y llevará á Dios la palabra y el suspiro de nuestras dos almas, confundidas en un éxtasis infinito. Ven, señora de la tierra, ven á tomar posesion de la naturaleza. Verás á la blanca paloma aletear sobre tu hombro. Verás cómo los brillantes insectos tejen con sus alas de mil colores, guirnaldas. Verás cómo llora la naciente mañana de alegría

al verte tan hermosa. Verás cómo la naturaleza se baña regocijada en el rayo de luz que tu alma de fuego le envia al través de tus pupilas. Ven, ven á tomar posesion de la naturaleza.

EVA.

Aquí, detengámonos aquí un instante. El amor me ha revelado mi espíritu. Yo soy el bálsamo de la naturaleza; yo soy la purificacion de tu vida. El cielo me ha enviado para renovar todos los dias con mi aliento tu alma; yo la conservaré pura, trasparente, para que refleje siempre el cielo. Las oraciones de todos los seres subirán á Dios en alas de mi amor. Yo seré en la vida el sentimiento, en el tiempo la esperanza, en el espíritu la ilusion, en la naturaleza la armonía, en el cielo la plegaria, delante de Dios la santa pureza de la tierra. Yo no he venido para encender el fuego devorador de un instante, sino para conservar reclinada sobre la urna inmensa del Universo la llama pura del amor divino. En tu alma será mi alma lo que la estrella en el lago. Yo besaré con mis labios tus labios, como el áura besa las flores para llevar su aliento al cielo. Yo, todas las mañanas, levantaré á Dios tu palabra, como la alondra levanta, al nacer el sol, la oracion de la naturaleza en su vuelo entre las nubes, en su cántico que rueda por la inmensidad de los espacios. Ven, el nuevo dia asoma; ven, y oremos de rodillas, con las manos plegadas, á Dios, que está en los cielos, porque yo seré la religion de tu alma.

ADAN Y EVA.

Señor: el sol sale por Oriente, inflamado como el Uni-

verso cuando lo envolvia la primera luz de tu palabra; los cielos saltan regocijados como el inmenso corazon de la naturaleza; los vientos pulsan su arpa, su arpa inmensa, para cantar un himno tonante; los gorjeos de las aves caen sobre los aires, y los estremecen como las gotas de lluvia estremecen los mares; los árboles sacuden sus copas y mandan á lo infinito sus aromas; y sobre toda esta alegría cae del cielo, Señor, la vida, tu vida inmaculada. En esta luz que sólo ha alumbrado nuestros amores, en este aire que sólo ha recogido nuestros suspiros, en estos aromas que parecen emanaciones de nuestras almas, te enviamos nuestra oracion. Haz que tu amor, tu divino amor lata siempre en estos dos corazones, haz que tu luz alumbre siempre nuestro camino, y con todos los seres de la naturaleza levantarémos al cielo un inmenso sacrificio, y enrojecerémos en el fuego de nuestro amor la tierra, para que puedas engarzarla como un diamante en tus sandalias. Nosotros, nosotros te dirémos lo que quiere el ave cuando canta, el aire cuando suspira, el mar cuando brama, el bosque cuando gime, el arroyo cuando susurra, el insecto cuando zumba, el volcan cuando hierve, la nube cuando truena, y la noche cuando calla: te dirémos el pensamiento que instintivamente se encierra en toda la creacion, y verás que es de amor, sí, de amor infinito para Dios. Para cumplir este fin, nos has dado el milagro siempre vivo de la palabra. Este soplo, que sale de nuestros labios modulado, encierra en sí los mundos. Por él la idea guardada en los abismos del espíritu se reviste de formas. Este leve fugaz soplo es la encarnacion eterna del espíritu, el Universo que levantamos sobre tu Universo. El instinto del sér se convierte en nuestro espíritu en pensa-

miento, y el pensamiento se realiza en la palabra. Sin la palabra humana, la naturaleza sería un desconcierto. Estas cadencias perdidas, estos ecos abandonados, estas armonías que se exhalan de las cien voces del inmenso concierto de la creacion que suena en los espacios, se unen, se concentran en una cadencia final, en la cuerda vibrante de la palabra, Señor, de la palabra. Los seres se unen á nuestro alredor, y nos miran, nos escuchan, y se dirigen al cielo para ver cómo se pierde la palabra, porque saben que es la interpretacion de su instinto, del secreto de su vida. Así como has unido nuestros espíritus á sus cuerpos, has unido nuestra palabra á la idea. Bendícela para que suba como una mariposa, llevando en sus alas todos los átomos de la creacion, y se pierda, y se abrase, y se consuma en el fuego de tu amor. Palabra, palabra humana, bendice eternamente al Creador.

¡Cuadro maravilloso era aquel! La tierra palpitante con el primer amor ; la luz besando la creacion con sus inmaculados resplandores; los montes heridos por la electricidad, humeando vida de sus cúspides coronadas de fuego; los bosques cantando con sus abetos, sus pinos, sus encinas, y los infinitos nidos guardados en sus ramas y fecundados por las armonías de las aves; los valles coronados de una plateada niebla como de un velo virginal, espaciando su vida en flores que disipaban el espíritu de la naturaleza en sus aromas; los torrentes sacando de los peñascos, de las piedras, notas roncas y gigantescas con sus espumosas hirvientes aguas; los animales bañándose y reproduciéndose en esta voluptuosidad, en este placer inmenso del mundo herido por el amor; el hombre y la mujer de rodillas, con la desnudez

de la inocencia, volviéndole al Creador la palabra creadora en la palabra de sus labios; el cielo esplayándose, estendiéndose en la inmensidad, agrandado por el eco de esta armonía; el Eterno inclinado sobre la creacion, respirando la nube de incienso que le envian todos los mundos, miéntras los ángeles pulsan sus arpas y derraman sobre esta union del espíritu con la materia, de la naturaleza con el Creador, un misterioso y sublime cántico, perdido en las brillantes ondas de luz del éther de la gloria.

V.

SATAN (*en forma de serpiente*).

Todo aquí es hermoso, todo aquí es bueno; auroras esplendentes, cielos clarísimos, lagos dormidos, flores virginales, bosques perfumados, nieve reluciente, luz inmaculada, cuadrúpedos bonachones é inofensivos, insectos dorados; y no les cansa, y no les hastía á estos señores de la tierra tanto bien, tanta hermosura, tanta gracia, tanta inocencia. Yo, bien al revés, me revuelco en un mar de fuego; llevo sobre mí un mundo de cenizas; tengo por cielo una inmensa telaraña, donde están pegados insectos asquerosos; mis alas son dos tempestades oscuras, sin relámpagos; mi boca un abismo del cual sale la noche; mi vientre una fragua en que miriadas de genios están forjando dardos y flechas, y á cada golpe que dan me despedazan una entraña, que renace para el dolor con más fuerza; mi porvenir, una eternidad caliginosa, siempre la misma, una hor-

rible eternidad sin esperanza, inmenso dolor de mi alma, superior á todos los dolores. Si pudiera, me arrancaria con mis aceradas garras el espíritu, y acaso, acaso descansaria así. Pero este dolor que nunca muere; esta lágrima de fuego que nunca se apaga; este hervidero de mi pecho que no se evapora; este dardo pegado á mi corazon, que el tiempo va hundiendo más y más; este contínuo frio, mezclado á un calor incandescente; este amor que es una voluptuosidad insaciable unida á una impotencia absoluta; este deseo de lo infinito, pegado á mis carnes como una túnica de plomo derretido; este recuerdo de mi grandeza, que pesa sobre mi frente como si tuviera sobre mi frente todo el Universo; esta fealdad asquerosa junto á un resplandor de hermosura que áun encierro en mis ojos para mayor tormento; esto de verme y mirarme y dudar de todo, ménos del mal, y no sentir sino el odio, y no esperar ni áun la muerte, y reirme siempre con esta carcajada epiléptica, horrible, que haria estremecer la máquina de los mundos; esto, esto es ¡ay! ¡ay! el terrible castigo de mi soberbia. ¿Y no podria yo clavar el diente en la creacion, y derramar por todos sus poros mi veneno? Entónces, entónces esa flor se deshojaria roida por el insecto; sobre ese inmenso cielo pasarian montones de negras nubes; ese árbol perderia sus hojas; esos vapores caerian en mares de nieve sobre la naturaleza; esos grandes cuadrúpedos se tornarian feroces y sangrientos; esas serpientes tan hermosas que descomponen la luz en su cuerpo, beberian amargos jugos; esa águila que se remonta al cielo, viviria de la destruccion y de la rapiña; esos campos se convertirian en inmensos cadáveres; ese sol tan puro abrasaria la tierra con sus rayos envenena-

dos por mi aliento, y la pálida muerte estenderia su huesosa mano, más horrible que una inmensa araña, sobre todo el Universo. Si yo pudiese enroscarme á la columna que sostiene á la tierra sobre los abismos, á la cadena de oro que tiene atado el sol de los cielos... Entónces, entónces mi voz resonaria como un trueno infinito sobre el gran todo; un soplo mortífero saldria de mi cavernosa garganta; frias nieblas se alzarian de los abismos de la nada; el Universo se revolcaria en los espacios como atacado de congojosa epilepsia; un silencio glacial reinaria donde hoy reinan las armonías de las esferas; los planetas se desharian en átomos de nieve sobre el infierno; los soles vendrian como aves nocturnas á esconderse en los pliegues de mi manto de tinieblas; el cielo se caeria como una ancha hoja marchita y helada; y sobre tantas ruinas me tenderia yo coronado por lo vacío, con la caña de la muerte en mi mano y el reloj del tiempo roto á mis piés, como un inmenso espectro que ocuparia el trono vacío de la naturaleza, riéndome de Dios, al verle temblar azorado del ruido que, al desplomarse, haria la fábrica maravillosa de la creacion, machacada entre mis dientes. Esto es la rabia de mi furor, el delirio de mi impotencia. ¡Qué feliz era yo cuando vagaba, apoyado en las blancas alas de los serafines mis hermanos, por toda la eternidad, envuelto en la luz increada, viendo el supremo bien y la eterna hermosura, recreándome en oir los conciertos celestes, y en respirar el éther misterioso de la gloria, y en atender extasiado á la voz de Dios, que llenaba con su eco lo infinito! Entónces acercaba á mis labios la copa cristalina de la vida, y bebia el rocío de la inmortalidad, que derramaba en mi espíritu el placer dulcísimo de

la esperanza. Entónces mi voz, más dulce que el áura de la noche mecida en los mirtos, se elevaba sobre los coros de los ángeles, cantando la palabra de Dios. Entónces veia yo este mundo en el ideal grabado en la mente divina, y sus armonías ya me recreaban, y su vista me extasiaba ya. Cuando mis labios secos bebian en las fuentes de la vida, parecíame que el amor inmenso de que estaba poseida mi naturaleza, me confundia, me abismaba en Dios. Caí de aquella inocencia, porque mi alma se enredó en la inmensa telaraña del límite que Dios se ha gozado en poner á los piés de sus criaturas. ¿Por qué, dí, Supremo Artista, por qué no nos hiciste como á tí mismo? ¿Qué te hubiera costado, sér egoista, sér solitario, haberte desprendido de un pedazo de tu inmensa naturaleza, y haberme hecho como á tí mismo? Yo, hecho sér infinito, no hubiera sentido deslizarse en mi alma la serpiente del deseo, que me atenaceó con sus mordeduras de fuego. Yo, no teniendo á qué aspirar, no hubiera nunca querido ser tú. Mi crímen ha sido mi grandeza. Me hastiaba de oir siempre cantar, siempre; y ahora oigo gemir, siempre gemir. Pero yo me vengaré, gran Dios, yo me vengaré. Todas las cosas, por limitadas, confinan con el infierno. Todos los seres, por finitos, son en algo esclavos del diablo. Tú mandarás á las flores que hagan miel, y yo mandaré á las víboras que hagan veneno. Tú mandarás á las estrellas que luzcan, y yo mandaré á las tinieblas que las oscurezcan. Tú depositarás la inocencia en la creacion, y yo depositaré el mal. Tú crearás ángeles modelados por el ideal de tu sabiduría, ángeles hermosos, con túnicas de mil colores, y coronas, y ojos resplandecientes, y labios que destilen palabras dulcísimas; y

yo haré mónstruos, endriagos, seres informes, todos dientes, todos garras, á ver si pueden herirte con sus envenenados aguijones, y arrancarte con sus colas, más largas que la eternidad de mi castigo, de la cabeza tu corona de soles, que ciega mi vista. Y ya que, para consolarte de mi pecado, has hecho al hombre, verás cómo me deslizo en su seno, cómo pongo lo amargo en sus alimentos, las lágrimas en sus alegrías, el dolor en su vida, el hastío en sus placeres, la repugnancia en sus gustos, la duda en su inteligencia, el error en su razon, la fealdad en sus sentimientos, el olvido en sus amores, la muerte á sus plantas, y el trabajo como una corona de hierro sobre su cabeza. ¡Ah! ya veo, ya veo venir á mí la mujer. Atacaré tu obra por la parte más hermosa, pero más débil. Me recreo oyéndola hablar. ¡Qué voz tan dulce! Si yo pudiera amar...

EVA.

¡Qué hermosa está la mañana! Los bosques rasgan su blanquecina niebla, y se muestran en toda su pureza. El rayo del sol parece que se esconde y se pierde en la corola de las flores, ansioso, anhelante de sus aromas. La luna, descolorida como una nube indecisa, se va hundiendo en el ocaso. El pájaro canta y aletea al ver la hermosura del cielo. Los animales todos me siguen, y contemplándome, se regocijan en mis miradas. Todos, todos se arrastran á mis piés, y me reconocen el sér superior á los demas seres. ¡Qué felicidad tan grande! Pero ¿qué veo, qué veo? Una serpiente está enroscada en uno de los árboles más corpulentos y más floridos del Eden. Su mirada brillante y profunda me atrae, me fascina.

SATAN.

Eva, Eva, eres muy hermosa. Tus ojos son dos globos tan bellos como dos estrellas. Yo no acierto á saber qué hay de misterioso en tus ojos. Debes sentirte arrobada cuando contemples la gracia, la hermosura de tus formas, lo blanco de tus carnes por las azules venas esmaltadas; cuando aspires el aliento embriagador de tus labios; cuando te envuelvas en la catarata de luz que cae de tu cabeza con las ondas de tu rubia cabellera. Si me dejáras, me acercaria á tí, me bañaria en tus miradas voluptuosas, me suspenderia de tus labios, me sumergiria en el placer que de tu sér exhalas, y así, así, mi vida, mi fria vida, mi sangre, mi helada sangre, cobrarian un hervor infinito, enrojecidas por el fuego de tus placeres.

EVA (*retrocediendo*).

¡Ah! No sé qué siento por todo mi sér. Esa serpiente me espanta. Me parece que veo salir de su piel chispas. Me parece que su boca, al abrirse, exhala un vapor negruzco. De sus fáuces sale un áspid que me aterra. Siento un olor... Pero me dice que soy hermosa, y me lo dice con tanta gracia... Cuando pronunciaba esas últimas palabras, un estremecimiento sacudia todo mi cuerpo, y lo regocijaba con un regocijo sin fin. Cuando me miraba, mi cabeza se iba, pero en un vértigo grato y dulce. No sé qué siento. Quiero oirla. Me atrae. Me atrae. Me fascina.

SATAN.

Eres muy hermosa, te decia, é ¡ingrata! te apartabas de

mí. Tú no has visto en la naturaleza un sér tan hermoso como tú, no lo has visto. ¿Dónde está la blancura de la paloma, cuando tú apareces? ¿De qué sirve el cántico del ruiseñor, cuando tú hablas? ¿Qué significa el movimiento de esa catarata que entre las rocas se despeña, comparado con el movimiento, siempre vivo, siempre igual, de tu seno? ¿Qué línea hay en la creacion que se ponga al lado del óvalo de tu rostro? Ni la esfera del cielo puede compararse con tu cabeza. ¡Qué digo, el cielo! Ni Dios, ni Dios siquiera.

EVA.

No digas eso, serpiente. Dios es la misma hermosura. Su palabra, su hermosa palabra ha dado sus armonías á la creacion, y su vida á mi alma.

SATAN

Yo no dudo que Dios ha hecho mucho por tí; no lo dudo. Tienes muchísimo que agradecerle. Estabas en la nada, y te ha llamado á la vida. Dormias ese pesado sueño del no ser, que es eterno, y te ha despertado sin consultar tu voluntad. Aquí te ha dado armonías, colores, miel, rocío, aromas, áuras, estrellas, flores; en fin, ha abierto su mano, y ha arrojado el bien en cada átomo del Paraiso. Pero, avaro, te ha ocultado la mitad de la vida. Tú no sabes lo que es amor, porque nunca has sentido odio. No sabes lo que es placer, porque nunca te ha atenaceado el corazon la mordedura del dolor. No sabes lo que es descanso, porque nunca has hecho el esfuerzo supremo del trabajo. No sabes lo que es verdad, porque no has visto deslizarse por tu conciencia las sombras espesas de la duda. No sabes lo que es bien, porque nun-

ca, nunca has sentido, Eva, el mal. No conoces el mundo.

EVA (*pensativa*).

¿Hay otro mundo, por ventura, detrás de esas montañas? Cuando la golondrina vuela y el aire juguetea, ¿van en pós de otro mundo? Yo creí que esos montes se alzaban en el límite de la tierra; creí que esas cataratas eran los torrentes de la vida que Dios enviaba sobre nosotros desde el último confin del mundo; creí que esta flor no podia nacer más que á mi vista; creí que estos bosques sólo podrian vivir donde alcanzára la luz de mis ojos y el aroma de mi aliento. Un árbol florido, un arroyo sosegado y manso, el beso de las áuras, el reflejo de la luz en el lago, el cielo claro y sonriente, la vista lejana de la montaña coronada de nieve, el aroma puro de la flor, el canto enamorado del ave sobre su nido, la savia que corre por las plantas derramando vida, han sido toda mi delicia en el Eden.

SATAN.

¡Insensata! ¿Y te has contentado con eso? En el espacio infinito ha esparcido Dios más cometas que plumas tienen las aves; más mundos que arenas encierran las playas; más soles que gotas guardan los lagos; torrentes de estrellas, cataratas de planetas, hervidero de vida que rebosa de la copa de zafiro que se llama cielo: y á tí, á tí, á quien ha elegido por su hija favorita, su más hermosa criatura, te ha encerrado en ese estrecho Eden, donde no se puede respirar, cuando debias tener un camino sembrado de estrellas, el cielo por vivienda, el mar por espejo, lo infinito por dominio, y la eternidad por corona, como Dios.

EVA.

¡Yo como Dios! ¿Y Adan se quedaria aquí solo? No, no quiero eso, no: quiero la estrechez de la tierra con mis amores.

SATAN.

Adan, Adan, que ahora es ménos que tú, deberia ser el primero de los seres. El cielo deberia dormir á sus plantas como un lago. Las estrellas deberian ir á sus labios á beber la vida, como van esas miserables abejas á la flor. El sol y todos los mundos deberian seguirle, como ahora le siguen los mansos corderos. Las esferas celestes deberian enroscarse á sus brazos como serpientes de luz. Y así, tú, compartiendo su grandeza, tendrias el acatamiento del Universo. La luna se engarzaria por sí misma en las ruedas del carro en que fueses á visitar los mundos. La luz, sí, la luz increada te daria sus rayos para tu cabellera. Juntos, entregados á vuestros dos corazones, teniendo por lecho lo infinito, sentiríais un amor ardoroso, inmenso, inesplicable; un amor de todo el sér, de toda la vida, que animaria con un volcan de placeres cada uno de los átomos de vuestro cuerpo, que concentraria en vuestro beso infinito todo el calor, toda la fiebre de la vida universal; y miéntras caian rotas á vuestras plantas las leyes de la creacion, y os suspendíais con vuestros labios de la eternidad, como dos corderillos hambrientos se suspenden de las tetas de su madre, el secreto de la vida se trasparentaria á vuestros ojos; y ese Dios, que no es más que la sombra proyectada por vuestro espíritu en el cielo, os dejaria su vacío trono, eclipsado y confundido por vuestra grandeza.

Y entónces, léjos de tener un límite, pondríais un límite á la eterna esencia; romperíais las relaciones de los seres, sustituyéndolas con vuestra voluntad y vuestro amor; apartaríais el mundo de su causa, dándole la eternidad de vuestra vida; colgaríais las estrellas á vuestro antojo en la inmensidad para que alumbrasen el lecho de vuestros placeres; haríais de las notas de los mundos una música reservada sólo para vuestros oidos; apagaríais con vuestro soplo para mayor divertimiento, cuando quisiérais, la luz; y encerrados en vuestro amor solitario, en vuestro egoismo infinito, coronados por un orgullo sin límites, en el centro de la creacion, dejando esa pureza, que es á vuestro poder lo que es la pobre larva á la mariposa, formaríais cuando quisiérais otro mundo, porque vosotros dos, solos, solos, seríais los tiranos del Universo, y aplastaríais bajo vuestras plantas la cabeza de Dios.

EVA.

¿Adan sería como Dios? ¿Adan?

SATAN.

Sí; tu Adan, tu Adan, Eva.

EVA.

Mi amor, mi amor. ¿Y cómo, cómo sería cual Dios?

SATAN.

Devorando la fruta de ese árbol.

EVA.

Dios lo ha prohibido.

SATAN.

Porque no quiere rivales.

EVA.

¡De ese árbol! Tengo miedo.

SATAN.

Y será Adan como Dios.

EVA (*cogiendo la fruta*).

Mi amor, mi eterno amor será como Dios.

SATAN.

Sí, sí.

EVA (*saliendo al encuentro de Adan*).

Toma, y come.

ADAN.

¡La fruta del árbol prohibido por Dios!

EVA (*cayendo de rodillas*).

Tú eres mi Dios. Tú serás el dueño de la naturaleza.

ADAN (*comiendo*).

¡Qué amarga está!

SATAN (*riéndose*).

¡Já, já, já! Han querido ser los tiranos de la creacion, y ya tienen la hiel, la primer hiel del mal en los labios.

Y la serpiente estendió sus alas, sí, sus negras alas, que oscurecieron el cielo y ocultaron por un instante el sol, y lanzando una estrepitosa carcajada que hizo temblar á la tierra, se precipitó en lo profundo.

VI.

EVA.

¡Qué noche tan serena y tan hermosa! Mira, Adan, mira conmigo el cielo. Las dulces sombras han envuelto la tierra, y sólo se ven lucir las estrellas, como mirándonos y sonriéndose de alegría. Más allá del límite donde alcanza nuestra vista, se distinguen nubes de mundos y de soles animados por una armonía sin fin, cruzando sus rayos en la inmensidad de los espacios. ¡Ah! esos mundos que oscilan en lo infinito, que se retratan en el lago tan dulcemente, son nuestros compañeros, nuestros amigos. Me parece que se detienen para oir mi palabra, que lanzan un rayo más animado como para besarme, y que tornan á emprender su vuelo infinito, para espaciarse en un amor tan profundo como nuestro amor. La hermosura de estas noches del Eden, en que los astros se retratan en las aguas, y quiebran sus tímidos rayos en las cataratas, y entonan esa dulce cadencia que nosotros escuchamos estáticos; la hermosura de estas noches inunda

de placer y de alegría el alma. Benditos seais, soles inmensos, mundos maravillosos, que bañándoos en la ethérea luz celeste, llenais de vida, de armonías, de cánticos, de amor, los espacios. Yo os saludo, mariposas de oro prendidas á la eterna flor de los cielos; yo os saludo, estrellas que me contemplais, que rielais en mi espíritu, llenándolo de placer y de alegría; yo os saludo.

SATAN (*invisible, y al oido de Eva*).

¿Saludas á los astros? ¡Infeliz, infeliz! No sabes lo que has hecho. Un astro es un poco de polvo, un poco de ceniza enrojecida en el fuego; un astro, aunque dure siglos de siglos, será siempre una centella que pasa. Pero un espíritu, un espíritu es más grande que todos esos cielos, más luminoso que todos esos brillantes soles; un espíritu tiene en sí más duracion y más vida que todo el Universo. Y tú, tú has manchado, has empañado el espíritu humano con tu aliento ponzoñoso. Si hubieras de un solo soplo apagado todas las lumbreras del firmamento, no hubieras cometido un crímen tan grande... Ahora, revuélcate en tu desesperacion, retuércete de rabia las manos, muerde como la víbora tus entrañas, llora lágrimas de fuego que caigan sobre tu seno sin quemarlo nunca, desafia al Universo entero, que ya se levanta del lecho del dolor donde lo has postrado, á maldecirte y azotarte con sus tempestades; porque esta noche que contemplas, es la última noche serena del mundo, pues ya sube, ya sube hasta los astros el hálito de tu culpa.

EVA.

¿Qué voz escucho? ¿Qué lamento hiere mis oidos? Nada,

no es nada... Dios nos ha prometido una felicidad sin límites, una vida bienhadada y dichosa. Hemos nacido para vivir eternamente unidos tú y yo, mi Adan. Aquí, en este Eden, dueños de la libertad, nos sonrie eterna paz; la vida arde en el fuego inmaculado de la naturaleza; el alma salta de alegría en el cuerpo; cuanto nos rodea se ofrece á nuestras caricias; el árbol baja sus ramas hasta los labios para regalarnos con sus frutas; el arroyo levanta sus gotas á la frente para refrigerarnos; el Universo entero se puebla de ilusiones, de encantos, de esperanzas; y el aire que respiramos, y la luz que vemos, y los sonidos que oimos, y la miel que gustamos, y la vida toda que sentimos derramarse por nuestras venas, es el infinito placer de la naturaleza, enamorada de los que han venido á sumergirse en las ondas de sus contínuas emanaciones.

SATAN.

¿Crees que vas á ocultar tu remordimiento? Aunque te bajáras á las entrañas de la tierra, allí estaria yo. Aunque arrojáras sobre tu conciencia toda la ceniza que puede producir el incendio del Universo, estaria allí tu mal y tu culpa presente siempre. Yo me he agarrado á tus entrañas, y atenacearé con mis uñas tu existencia. Has arrojado en la copa de la vida una gota de hiel, que ha amargado toda la existencia del Universo. En este barro por tí envenenado se ha de encerrar el alma de tus hijos, que al querer levantarse al bien se despedazará en su hondo y oscuro antro. Eva, Eva, esa armonía de la inocencia va á concluir. El cielo tendrá tempestades, las olas del mar amargura, la flor espinas, el bruto crueldad, la montaña abismos, el arroyo lodo,

el rio cieno, el insecto aguijon, el ave garras; y todos los seres vivirán de una eterna destruccion, de una eterna guerra, porque yo te he arrastrado á mí y te he vencido.

EVA.

Adan, Adan, ¿callas? Protégeme; protégeme. Siento un frio que no habia sentido nunca. Por vez primera agudísimo dolor traspasa mi corazon. Me parece que las estrellas llueven lágrimas; me parece que se deshacen sobre mi conciencia en copos de nieve los mundos. ¡Ah! ven, acércate á mí; tengo frio. Me pesa la atmósfera como si fuera de plomo. No puedo respirar. ¿Qué pasa, qué pasa por mí? Una negra sombra oscurece á un tiempo mismo el cielo y mi conciencia. Ven, acércate, porque siento temblar la tierra bajo mis piés, y yo, yo tiemblo tambien. Aquí, en este corazon tan dichoso, salta un mar de lava que va secando las flores de mi fantasía. De mis entrañas se levanta un vapor que oscurece mi pensamiento. ¿Qué he hecho yo? He probado la fruta de aquel árbol, que atraia mis ojos con su verdor, mi olfato con sus aromas, mi oido con las armonías producidas por sus hojas, que mansamente meneaba el áura. ¡Por tan pequeña falta este negro remordimiento siempre, siempre vivo en la conciencia!

ADAN.

El viento se estiende en negras ráfagas por las alturas, como si quisiera apagar para siempre la eterna luz: la onda, ántes dormida, que retrataba el cielo en su serena claridad, y mecia perlas y verdes yerbas, y dibujaba estelas, se levanta ensoberbecida, y muge, y hierve, y escupe ira á los

cielos: el volcan, que como una antorcha de amor reflejaba su luz en las sonrosadas nieves, se agita, tiembla, se bambolea como herido de un dolor infinito: las nubes ennegrecidas traen el hirviente rayo en sus alas, y queman mi frente: en el suelo volcanizado se alzan espinas agudísimas que me taladran los piés y los ensangrientan: la tierra me falta, como si un huracan la arrastrase en sus impetuosas corrientes; y en este gran estremecimiento de la naturaleza, en esta gran catástrofe, en que el mundo se desploma sobre mí con toda su fuerza, nada hay tan desolado, tan triste, tan negro como mi conciencia, que estalla en mi frente.

EVA.

Adan, Adan, la primer gota de hiel amarga mis labios, la primer lágrima de desesperacion quema mi rostro, el primer dolor taladra mis entrañas, la primer espina se ha clavado en mis piés, la sangre abreva ya la sedienta tierra, y todo, todo es pena; porque miéntras se desgaja la encina, y las anchas palmas se baten una contra otra, la flor, mi compañera, la tímida flor que nacia entre la yerba, cuidada por mí, por mí besada y bendecida todos los dias, cuando me guardaba en su corola un poco de miel, una gota de rocío y sus regalados aromas, único festin de mi tranquila existencia; la flor querida se deshoja, se pierde, y yo no puedo llorarla, porque en esta perturbacion, en esta angustia de todos los seres, en este revuelto, atroz torbellino que nos azota, ahora que cae sobre el Universo la ira de Dios, yo sólo tengo corazon para sentir tus penas:

que podrá mudarse toda la naturaleza, pero no se mudará nunca para tí mi amor.

ADAN.

El ángel del Señor baja del cielo, y con su espada de fuego azota nuestras espaldas. Alrededor de las estrellas, ántes tan lucientes, veo círculos negros que quieren sin duda encerrarlas en espesa oscuridad. Las gigantescas nubes, arrastradas por las alas del viento, vuelan por dó quier, ora condensadas, ora deshechas, derramando negro espanto. El relámpago que las ilumina con sus siniestros reflejos, finge en las nubes cordilleras de volcanes suspendidas sobre mi cabeza. El trueno, nunca ántes oido, el trueno terrorífico que habla en el seno de la tempestad, amenaza derrocar el firmamento sobre la tierra. El huracan me abofetea con las piedras que ha arrancado de su asiento y las hojas secas manchadas de lodo. Las ondas del mar se levantan en montañas fugaces que vuelven á desplomarse sobre la inmensa superficie, y su espuma hirviente moja mis labios, y los amarga con amarguísima amargura. Las aves, heridas por el rayo, lanzan agudos quejidos que me traspasan el pecho. Las montañas producen un sordo rumor, como si quisieran estallar al ímpetu de la desesperacion violenta que agita á la naturaleza. El rayo hiende la encina, que cae desplomada á los abismos, en cuyos negros antros hierve el mal. Toda la naturaleza se ha amargado; pero esa tempestad es plácida armonía en comparacion de la terrible tempestad de mi conciencia. Un torrente de hiel corre, se desploma de mi mente sobre mi corazon. He mordido el fruto del mal, y ha secado mis

fáuces, y ha envenenado toda mi vida. ¡Qué terrible desgracia!

El Ángel del Paraiso.

Señor, he cumplido tu mandato. Los ántes bienhadados mortales corren por la tierra sin encontrar una piedra donde reclinar la cabeza. Entre inmensas cordilleras, al borde espantoso de los abismos, bajo témpanos de hielo que amenazan sobre ellos desplomarse, hundiendo los piés en la nieve, azotados por el huracan que agita sus cabellos, heridos por la primera pena, recibiendo en sus desnudos cuerpos todas las inclemencias de los elementos por primera vez inclementes, apoyado uno en otro, derramando lágrimas que se hielan en sus rostros al frio beso de la noche, perdidos en la espesa oscuridad, sin más luz que el resplandor melancólico de la luna cuando alcanza á traspasar con sus rayos las espesas nubes; pálidos, trémulos, errantes, poseidos del miedo, recibiendo por sus poros abiertos el veneno con que el genio del mal ha empapado la tierra; su lamento, que el huracan me trae en sus giros, quebrantaria hasta las peñas, si fuese capaz de compasion la fria materia, pues en su dolor primero se encuentra el gérmen de todos los dolores. Alzados sobre los abismos lucientes por la nieve, é iluminados por la pálida luz de la luna, y agitadas sus cabelleras por el huracan, y heridos todos sus miembros, y mirándose compungidos ambos, cada uno de los dolores del otro, parecen dos sombras que van á perderse, que van á huir de la tierra. Compasion, Señor, compasion para ellos.

ADAN.

Esta montaña tiembla. La nieve nos envuelve. En algunos momentos la nube inflamada que pasa nos quema. En otros instantes el frio congela nuestra sangre. El huracan levanta en sus alas el mar como una inmensa tromba que intenta apagar la luz de los astros. El fugaz relámpago deja un surco de fuego en los cielos tempestuosos y oscuros. ¿Y no concluirá nunca este dolor?

EVA.

No desesperemos, Adan. Al través de esta oscuridad veo la primer estrella que se reflejó en mis entreabiertos ojos en el primer instante de mi vida. Estrella, baja y alúmbranos con tu luz. Bajo estos montes de nieve oigo correr el primer arroyo que me besó los piés cuando dí mi primer paso por la tierra. Arroyo, deshaz estas nieves, y enséñame de nuevo el camino del Eden. Sobre la rama de una encina desgajada veo un nido, que tal vez guarde los pajarillos que nos regalaban con su cántico. Venid, avecillas, venid á consolar mi duelo. En el fondo de esas cavernas dormirá el leon. Llamémosle para que nos caliente con su aliento. En lo alto de esos peñascos anidará el águila. Gritémosle para que venga á llevarnos en sus gigantes alas. Por estos espacios debe ir el elefante. Si nos ve, doblará la rodilla para sostenernos. ¡Oh! áun no, áun no hemos podido perder el dominio de la naturaleza, el amor de todos los seres.

ADAN.

El mal tenia hondas raices en mi alma, y se ha levantado,

y ha cubierto con su negra sombra todo el Universo. ¡Ay! El mundo, ya, Eva, no puede obedecernos. Ha concluido aquella pureza que hacía que el Universo se retratase inmaculado y divino en nuestras almas. Hemos roto la dichosa armonía en que vivíamos con la naturaleza, y la que ayer nos ofrecia el regazo de madre, hoy es nuestra enemiga. Un aliento no más, un aliento escapado de nuestros labios, ha cubierto de sombras espesísimas todo el cielo, para siempre empañado. Y aquí, aquí en mi cerebro, bajo los huesos doloridos de esta cabeza que ántes irradiaba la luz de la vida, siento alborotarse mi conciencia, que me abrasa todo el cuerpo como si fuera un océano de ardiente lava. Todo nos abandona.

EVA.

No lo creas, no todo nos ha abandonado. Áun no podemos haber perdido aquella virtud que nos atraia todos los seres. ¿Te acuerdas? Envueltos en la vestidura de oro que nos ceñia la primera luz, coronados por el cielo resplandeciente de inocencia, pisando las flores nacidas en la primera espansion de la naturaleza, arrullados por el cántico de todos los seres, bendecidos por los bosques, cuyas anchas hojas derramaban á torrentes la vida, que recibíamos como recibe el lago la lluvia del cielo; dó quier volvíamos la vista, encontrábamos la abeja que nos traia miel, la mariposa que respiraba nuestro aliento, el águila que se levantaba orgullosa y triunfante á los aires lanzando gritos de alegría, el leon que nos abria camino con sus garras y que venía con la cabeza baja á besarnos los piés, el tigre que saltaba de

rama en rama jugueteando, y se tendia en la tierra por el placer de que le pisáramos.....

ADAN.

Calla, calla. No encones así mi profunda herida.

EVA.

En aquella roca distingo un ave. Sus ojos brillan en la oscuridad como entre las rasgadas nubes dos tímidas estrellas. Ven, ave mia, como en los tiempos felices de mi vida, ven y escucha mi voz. Canta un himno de triunfo, de alegría, un gorjeo de amor para consolar la pena de mi amado; vé, sí, vé á los bosques, y trae en tu dorado pico frutas para saciar el hambre de mi amado; corre, corre por los campos, reune las hojas, los hilos de las plantas, y abrigaré contra el frio á mi amado; y despues tenderás tus alas, tus anchas alas dispuestas para surcar lo infinito, nos ofrecerás en ellas un lecho de amor, nos levantarás sobre los abismos y sobre los picos más altos de los montes, para que podamos regocijarnos en el primer sonrosado rayo de la mañana, á ver si rompemos las nubes, y salimos de esta oscura noche, y llamamos con nuestra voz y con tu cántico al sol, pues tarda tanto que parece haberse dormido de nuevo en el lago bituminoso del caos.

EL BUHO.

Yo no gusto de la luz que me hiere, de la luz que me ciega; yo soy enemigo del sol; yo me envuelvo en el manto frio de las tinieblas. Yo no sé cantar, yo no he cantado nunca : yo gimo siempre. Yo no sé compadecer penas, sino

causarlas; yo no sé vestir al desnudo, sino desnudar de sus carnes á los animales que puedo alcanzar con mis uñas. Yo, aquí, hijo predilecto de la noche, nacido en antro profundo, revolcándome en las frias tinieblas, fantasma terrorífico, guardo mis sedosas traidoras plumas, mi cortante y afilado pico, mis crueles garras, mi feo rostro, mis hundidos fosfóricos ojos, mi estrecho cráneo, mi sed de sangre, mi hambre de carne cruda, mi odio, mi eterno odio á todas las cosas, mi horror, mi eterno horror á la luz, á la vida, á la armonía; guardo todo esto para auxiliar esa contínua fuerza que está destruyendo y arruinando la naturaleza, porque yo he nacido de la primer gota de mal caida sobre la tierra. Apártate, pues, ó bajaré de aquí y clavaré mis garras en tu vientre, y hundiré mi pico en tus carnes, y beberé tu sangre, y respiraré el último soplo de tu vida, y batiré mis alas sobre tus estremecimientos de dolor, y mezclaré mi agudo ingrato gemido á tu postrer suspiro, y me gozaré en lo que aún no conoces, en la destruccion, en la muerte.

EVA.

¡Qué horror, Adan, qué horror! El ave, ántes tan hermosa, se ha vuelto deforme, horrible, carnicera. Me amenaza, me persigue, me acosa, me quiere herir. ¿El mal por todas partes habrá estendido sus negras manchas? ¡Oh! Pero estas aves siempre fueron altivas. Contentas con volar por lo infinito, siempre nos miraron con menosprecio. No, no es verdad. Deliro, desvarío. El primer desengaño ha traspasado mi alma, y ha traido lágrimas hirvientes á mis ojos; el desengaño, que es la esencia del dolor. Por allí veo saltar un tigre, uno de aquellos tigres que ju-

gueteaban en el Paraiso. Ven, escucha mi voz. Yo te llamo, fuerte animal, yo te llamo. Lame las heridas que las espinas han abierto en los piés de mi compañero. Caliéntalo con tu poderoso aliento, porque el infeliz está yerto y se muere de frio, sí, de horrible frio. Ven, síguenos como en aquellos tiempos en que sólo para alegrarnos jugueteabas, saltando de rama en rama con ingénuo contento. Ven, hermoso animal, ven y oye mi voz que te llama, y atiende á mi corazon que te busca.

El Tigre.

No te acerques á mí, porque te devoraré. Estoy harto ya del gran pasto de carne cruda que he tomado desde el instante en que he sentido en mí este instinto de destruccion y de muerte que me ciega. Y mi sed de sangre es inestinguible. Aunque esa catarata que cae de ese alto peñasco se tornára sangre, no estinguiria, no, mi ardiente sed. Este largo cuerpo, estas cortas patas, estos agudos dientes, estos perspicaces ojos, esta agilidad, esta fuerza de mis músculos pegados inseparablemente á mis huesos, esta fuerza invencible, esta hambre insaciable, esta sed de sangre inestinguible, este contínuo devorador instinto de aniquilamiento, me mueven, me agitan, me arrastran á cebarme en mis víctimas, á sumergir mi lengua de color de sangre en sus calientes entrañas, á revolcarme en sus miembros palpitantes; porque yo, yo tengo amor á la muerte desde el instante en que la primer sombra del mal ha cubierto mis pálidas pupilas, y ha ensangrentado mis torbas miradas, y ha caido sobre mi negro corazon, que es un pedazo de sangre coagulada. Acarícíame, y verás cómo de-

voro la mano con que me acaricias. Acércate, y verás cómo te desgarro, y arrojo por estos despeñaderos tus miembros palpitantes. Yo vengo á auxiliar con mis uñas y mis dientes al dolor y á la muerte.

EVA.

¡Ay! Adan, Adan. Por todas partes veo el mal, que no es más que la sombra de mi conciencia. Por todas partes veo desquiciado el mundo, y sus rotos fragmentos llegan á mis piés y los aplastan. Por todas partes encuentro el dolor que hirió mi pecho cuando apuré la copa que Dios habia reservado en el fondo del Paraiso. Un vértigo me posee. El dolor universal estalla en mi pecho, como esta tempestad en el cielo. ¡Ah! Pero allí veo la serpiente. Díme, serpiente, díme cómo he de volver al Paraiso. Enséñame el camino de la inocencia, como ántes me enseñaste el camino del mal.

LA SERPIENTE.

Eva, yo sólo puedo hacer el mal. Si quieres, me enroscaré al árbol de la vida, y clavaré más y más mi áspid venenoso en sus amargas frutas, para lograr que la nada reciba el Universo en su seno, el Universo desesperado y herido. Yo sólo podré fascinar con mis ojos, ahogar con mis anillos, herir con mi lengua, deslizarme tortuosamente por la tierra para sembrar el mal en mi camino. Aquí todo, todo es destruccion. La tierra es consumida por el vegetal, y el vegetal devorado por el insecto, y el insecto comido por el reptil, y el reptil destrozado por las aves, y las aves desgarradas en los aires por las uñas de sus hermanas rapa-

ces; y sobre todo este círculo de tinieblas, de odios, de feroces instintos, de destruccion, sobre esta gran pirámide de enemistades y de luchas, pirámide amasada con la sangre de todas las generaciones de la tierra, estiende sus oscuras alas el grande, el inmenso murciélago, la muerte.

EVA.

¡Qué horror! ¡Qué horror! Allá bajo, á la mustia luz de la luna, veo unos seres de mí desconocidos. Saltan, se agarran de las manos, se miran, ruedan, bailan, rien, se unen y se desunen, se persiguen, se abrazan, se columpian de los árboles, vuelven á la tierra jugueteando, andan en dos piés como el hombre, y se apoyan en un báculo. ¡Ah! ¿Si serán hermanos nuestros, que tendrán compasion de nosotros? Seres desconocidos, venid, venid; amparadnos.

ADAN.

¡Infeliz! Cree que en la naturaleza puede aún haber consuelos para nosotros. Todas las fuentes del amor, del bien, de la esperanza, se han cerrado; todos los manantiales de la vida se han estinguido. En el pecho de la dulce madre, que ántes vertia en nuestros labios regalada leche, sólo queda hoy acíbar y hiel. Ya veo volver á Eva azorada. ¡Habrá encontrado un nuevo dolor, se habrá herido en la realidad de la vida con una nueva espina!

EVA.

Vuelvo toda azorada. Allá, en el valle, á la luz de la luna, habia visto unos seres que me parecieron hermanos nuestros por su forma. ¡Qué horror! Andaban en dos piés,

y arrastraban largas colas por el polvo; sus ojos me miraban aviesos; sus rostros se parecian á nuestro rostro contrahecho; sus narices eran aplastadas, su boca sumida, su cuerpo ágil, sus vestiduras sucias pieles; y al acercarme á ellos, me miraron, me rodearon, me quisieron estrechar en sus inmundos brazos, me quisieron besar con sus asquerosos labios, me amenazaron, me persiguieron, se burlaron de mí con mohines sardónicos, formaron un círculo espantoso; y sus muecas, y sus miradas, y sus sonrisas, y sus saltos, á mis ojos son como una burla terrible con que insulta naturaleza nuestro dolor. Cuando el Universo lanza á sus hijos esa carcajada epiléptica, no queda ya en el cáliz de la vida ninguna esperanza. La gran persecucion es un castigo, pero la burla es un desprecio. El dolor solemne y triste es una lágrima que se une á nuestra lágrima; pero la risa sardónica es el dolor mismo que se burla de nuestra desgracia. ¡Oh! Naturaleza, naturaleza, por todos tus poros destilas tan sólo hiel y veneno.

ADAN.

¿Tú ves, tú ves esa burla? ¿tú oyes esa carcajada? Pues yo por todas partes veo las sombras de mi asqueroso delito. La naturaleza, con el mal en los labios, escupe amarga espuma. Aquí sólo veo, en vez de aquel océano de armonía y de colores, el erizo con su vestidura espinosa rodando hasta mis pies; la musaraña en un monton de inmundicias; los gusanos que salen de las hojas podridas pegadas por el viento en la nieve; millares de topos que se ahogan en las ondas de un rio cenagoso; bandadas de murciélagos que fingen negras nubes en el opaco horizonte;

osos hambrientos que saltan de roca en roca devorándose unos á otros y tiñendo con su sangre los témpanos de hielo; panteras manchadas que hacen resonar con sus mahullidos las oscuras cavernas; sapos que nacen de las huellas de mis piés; verdes cocodrilos que abren su boca para devorarme, enseñándome sus negras fáuces; aves de rapiña que vuelan sobre mi frente, amenazándome con sus garras; víboras que engendra mi amarga saliva cada vez que cae sobre la tierra; serpientes que se levantan sobre su cabeza y me azotan con sus ligeras y cortantes colas; y cuando para mi consuelo quiero recoger una lágrima tuya, sí, una lágrima de tus ojos, me abrasa y me devora con su fuego las carnes; y si cae sobre la tierra, levanta un vapor que me sofoca y que me roba el pensamiento, arrojándome en un horrible vértigo, y revelándome las espesas tinieblas donde nos hemos anegado.

EVA.

Á la luz del relámpago veo brillar el Océano que se acerca á nuestra montaña. Hablémosle. Lo infinito fué siempre generoso por ser grande. Azulado mar, no vengo á pedirte que reflejes en tus aguas todas las estrellas, como en las noches serenas, creando nuevos cielos en tus ondas; ni que mezcles el suspiro amoroso de tus húmedas brisas al suspiro helado de mi pecho; ni que me ofrezcas nacaradas conchas y albas flores; ni que entones esos cánticos de amor, cual hacias cuando yo te mandaba mis canoras aves á hollar, gorjeando, tu tranquila superficie con sus ligeras alas; ni que me guardes una gruta cristalina, azul, cubierta de musgo é iluminada con las fosfóricas estelas que

parecen huellas de la luna en tu seno; ni que me regocijes con una de esas noches serenas y espléndidas, en que todo el aire es amor, toda el agua alegría, todos tus rumores místicas plegarias, todos tus seres pequeños mundos inundados de luz, todas tus arenas como esas fajas de estrellas que cruzan los espacios; no vengo, no, á pedirte auxilio, sino compasion, compasion, para que humedezcas con un beso de tus espumas mis ojos, porque se ha agotado el manantial de mi llanto.

El Océano.

No puedo; estoy ardiente y rabioso como en el primer dia de la creacion al caer de la atmósfera encendida sobre mi lecho de lava. Mis aguas hierven azotadas por el rayo. En mi seno sólo guardo el abismo pavoroso, insondable, donde se entrechocan mis tonantes ondas rugiendo como una tempestad desencadenada. El viento que pasa me empuja, me ensoberbece, me levanta, y cuando voy á escalar el cielo para traerme entre los pliegues de mis torbellinos los astros, vuelvo á desplomarme impotente, escupiendo toda mi amarga espuma á lo infinito, que me oprime como un abismo caido sobre mis verdi-negras espaldas. Yo quiero deshacer en mi seno las montañas, rasgar con mi ímpetu la verde túnica de los valles, revolcarme en las eternas nieves para calmar mi ardor, apagar con mi saliva los volcanes, y quedarme solo, sí, solo en la creacion, como allá cuando tranquilo dormia entre el caos y la nada. Yo sólo puedo ofrecerte mis mónstruos, mis tiburones, mis abismos, mis tempestades, mis huracanes, los sacudimientos del terremoto, las tinieblas, las trombas,

la eterna horrísona guerra; porque quiero destruir todos los seres vivientes, para amasar las sustancias de la tierra, las fibras de las plantas, los huesos de los animales, y con la fosfórica luz que me dé su podredumbre descompuesta en mis aguas, formar más mundos que tienen los infinitos espacios, pues me siento hervir de celos y de rabia desde que los ángeles han derramado sobre mis ántes tranquilas ondas la ira de Dios, vaciando en mi seno hasta sus heces la amarga copa del mal.

EVA.

Adan, huyamos, huyamos. El mal está en toda la creacion. Aquí palpo una cueva. En su seno envuelto en tinieblas pasarémos nuestra vida. Dios ha arrancado para siempre el sol del cielo. Quiere que vivamos en esta negra oscuridad. Sólo el relámpago que pasa quemando nuestra frente nos recuerda que aún existe luz en la dormida naturaleza; pero luz pálida, maldita, que viene á acrecentar nuestro dolor; luz que es el destello de nuestro remordimiento reflejándose en el espacio.

ADAN.

No te lamentes; no llores. ¿Qué hemos de hacer? ¿Cómo nos revolverémos contra nuestra desgracia? Tu quejido se mezcla al mugir de las olas, al hervir de los volcanes, al rebramar de las tempestades, y aumenta el estruendoso ruido de la naturaleza. Callemos. En el abismo del silencio sepultarémos nuestro dolor. Lo has manifestado á la creacion, y la creacion entera se ha reido de tí. Guardemos nuestra pena aquí, mudos, inmóviles, frios como esas ro-

cas. Así los seres no se burlarán de este nuestro inmenso dolor.

EVA (*sentada á la entrada de la caverna*).

El quejido, Adan, es el único desahogo del dolor. El monte reventaria si no tuviese el respiro del volcan. Déjame sentir, déjame llorar. Esta noche eterna me hiela el corazon. ¿Qué veo? Un ligero resplandor atraviesa las nubes y se refleja en mi pálida frente. ¿Qué será? ¿Será un relámpago perpétuo que envuelve al cielo? ¿Será una pavesa que el sol habrá dejado caer sobre las nubes ántes de apagarse para siempre? ¿Será el reflejo de la espada del serafin, que vuelve airado á azotar nuestras espaldas? Crece, crece el resplandor. Esa luz que se suspende en las nubes, que se refleja en las eternas nieves, que aleja el ave nocturna, que se desliza entre las ramas secas de los árboles, que besa hasta la entrada de esta oscura caverna, que va matando el brillo del relámpago y descubriendo las alborotadas olas del lejano mar á nuestra vista; esta luz pálida ¿será un nuevo dia concedido á nuestro dolor? ¡Ay! ¡Adan, tengo hambre!

ADAN.

Y ¿dónde podré yo buscar para tí alimento? Desnudo, anhelante, herido y desgarrado mi cuerpo, sin esperanza de reposo, habiéndose roto mis huesos contra las rocas y deshecho mi carne en los torrentes de la lluvia; atormentado por el cieno en que me he hundido, por la tempestad que me ha abrasado la frente; perseguido por miriadas de insectos, que no me han dejado ni un átomo de mi cuerpo sin un

dolor profundísimo; amedrentado por los ahullidos de las fieras, que me amenazan con sus dientes; alejado de los rios hasta por los reptiles, que intentan envenenarme con su saliva maldita; incomunicado con la naturaleza por los bosques, por las montañas de nieve, por los abismos, por los despeñaderos; aterido por este frio universal que es la extincion de la vida, no sé dónde buscar alimento para tí, pues la creacion me está diciendo á voces que, en la contínua guerra de unos elementos con otros elementos, el hombre sólo puede alimentarse de la muerte.

EVA.

¡Ay! ¡Ay! ¡Infeliz! ¡Ni una gota de vida habrá quedado en el seno de la naturaleza!...

ADAN (*saliendo de la caverna*).

Por todas partes encuentro enemigos. Pero yo me levantaré contra ellos. Una fuerza invencible me ata al suelo, y si pudiera, la quebraria, arrancándome á su dominio para volar al cielo. ¿Por qué, mar, has de estenderte ahí orgulloso, impidiéndome caminar hácia adelante, como desea mi corazon? ¿Por qué, montaña audaz, montaña infranqueable, me has de cortar el paso con tus picos, que se hunden allá en las nubes? ¿Por qué, tierra, tierra desconocida, no te has de revelar á mi vista, en vez de ocultarte en esa nieve? Mas ya que así te guardas, tierra, del que fué tu dueño, yo te arrancaré por violencia el beso que ántes me dabas por amor. Buscar manantiales de vida en tu seno agotado, es imposible, sí, imposible, sin regar, sin empapar con mi sudor tus entrañas maldecidas. Nieve, apártate, apártate;

porque ya en tu seno he de encontrar mi alimento. Este esfuerzo de mi espíritu en lucha con la naturaleza, es la ley del trabajo que Dios me ha impuesto; ley tan necesaria á mi vida como el instinto al bruto, como el movimiento al agua. ¿No hay nada? Aquí encuentro unas raices. De esto me alimentaré. Esto arrojaré á Eva á su caverna. ¿Qué oigo? ¿Llora? Eva, Eva, aquí te traigo el alimento para este opaco dia, alimento arrancado á la tierra con el dolor y con el trabajo.

EVA.

Adan, Adan, he sentido un dolor en mi seno y una alegría inmensa en mi corazon. Se ha despertado en mis entrañas un fuego vivísimo, que ha encendido mi sangre, que ha iluminado mi mente. El placer me ha trastornado. El delirio del dolor se ha convertido en delirio de alegría. Aquí, en mi seno siento un nuevo sér. Su primer movimiento me ha inundado de amor y de esperanza. Nada podrá contra nosotros ya la naturaleza. ¿Qué sér se atreveria á devorar á una madre? Mi vientre es como el boton de una azucena, que guarda la futura vida. Sí, yo le he oido, yo le oido sollozar aquí. Su primer lágrima, al rodar en mi interior, me ha inspirado un éxtasis tan sublime como el que me inspiró el primer sentimiento de la vida. Desafio todos los elementos. Nada temo. La fuerza de mi amor es superior á los embates de las amargas olas del mar. El sollozo de mi hijo en mis entrañas ha apagado la voz del trueno. Mi amor es un rayo que subirá al cielo y desgarrará, al ménos de compasion, esas nubes tempestuosas que nos amenazan siempre. Ya no estamos solos. Nuestra vida se dilata y se aumenta. Nuestras lágri-

mas se unirán en un solo cáliz. Llevarémos en los brazos á nuestro hijo. El calor del amor de nuestros corazones volverá á cubrir de flores la tierra. Le daré á la vida con dolor, como Dios me ha dicho; pero bendeciré ese dolor, que me dará á mi hijo. Ven, ave nocturna á desafiarme; ven á herirme, tigre; ven, serpiente, á engañarme; ven, tempestad, á consumirme con tu fuego: ya no podeis nada contra mí, porque ya me siento madre. Conozco, sí, conozco los peligros de la naturaleza. La tierra se trasparenta á mis ojos. No me lanzaré al mar, porque podria lastimar á mi hijo. No bajaré por el borde de los abismos, porque podria despeñar á mi hijo. No iré á buscar á las fieras, porque clavarian sus garras en mi hijo. Ahora conozo que necesito vivir, que debo vivir, y viviré. ¿Qué sería de él sin mí? ¡Oh! Un hijo, un hijo. Delirio santísimo, yo te bendigo. Ven, Adan, nada temamos. Conciliemos el sueño reparador. Yo no puedo morir en esa eterna guerra de los elementos, porque yo llevo en mí la esperanza del mundo, la renovacion de la vida. Tú no morirás tampoco, porque mi amor, mi destino sublime de madre, me revela hasta lo porvenir. Mírame; mis pálidas mejillas se han sonrosado con el fuego de una nueva vida. Mis venas laten como si volviera á correr por ellas la savia del Eden. El frio se ha calmado con este santo calor de mi seno. Yo me siento regenerada y bendecida por Dios. Arrodillémonos, y oremos.

ADAN (*cruzando las manos*).

Bendito sea el Eterno.

VII.

El Eterno.

El hombre me ha faltado, y se ha herido contra el mal. ¡Ingrato! El Eden, que habia yo creado tan hermoso y resplandeciente, lleva una túnica de negras nubes; el Océano hierve abrasado por la tempestad, y se revuelca en su ancha copa, como queriendo salir de su centro; el genio de la muerte rueda en torno del Universo, cubriéndolo con sus negras alas; y la tierra se sumerge en la desesperacion, como el gran hipopótamo en su lecho de fango. ¡Oh! Una lágrima ha corrido por mis mejillas; una lágrima que, al evaporarse, ha derramado un mar de vida en los infinitos espacios. Yo habia hecho la criatura para el bien. Encerrado el hombre en la más hermosa de las formas, iluminada su mente por la claridad de los cielos, perfumados sus labios con el eco de la eterna palabra, encendido su corazon en el universal amor, compuesta su sangre de la savia más

pura de la naturaleza, renovada su existencia por el contínuo soplo de los aires, hecho su espíritu el único espejo bastante claro para reflejar en toda su magnitud la creacion, convertida su libertad en la fuerza sublime que elevaba hasta mí todas las criaturas animadas por el fuego del humano pensamiento; la armonía del Universo nunca se hubiera roto, y los infinitos tiempos habrian sido siempre testigos del eterno amor de la naturaleza con el espíritu; vívida llama á cuyo calor hubieran brotado miriadas de miriadas de nuevos mundos, tan benéficos para la naturaleza como la lluvia pura y fresca en el abrasado estío para las sedientas arenas del desierto. El hombre se ha clavado hasta el corazon la espina del mal, que yo habia escondido á sus ojos entre guirnaldas de flores; y ahora el camino al bien será lento; la tierra le ofrecerá por dó quier abrojos; la lucha con la naturaleza tomará el aspecto de una gran tempestad, en que el espíritu habrá de encender la mitad de la creacion para vivificar la otra mitad; el trabajo de las generaciones las dejará yertas sobre la faz de la tierra; un siglo alumbrará á otro siglo con las hogueras formadas de los huesos amontonados en los campos de batalla; la cuerda del dolor vibrará en la lira del arte, apagando el sonido de todas las armonías con que yo habia dotado la imaginacion del hombre; y á su paso por los montes, por los valles, por los desiertos, la humanidad dejará una huella de sangre, que no podrá borrar ni la eterna lágrima caida de mis ojos sobre el Universo. Venid, mis ángeles, venid; consoladme con vuestro cántico; repetidme con las notas de vuestras arpas el gran poema que yo escribí con signos de soles en la inmensidad; cantadme, cantadme las maravillas de la

creacion, ya que en este instante sólo se puede oir un sollozo en los abismos de la naturaleza.

El ángel Oriel.

El tiempo no habia aún desplegado las alas, ni el espacio habia estendido sus riberas para que corriese por ellas el gran rio de los orbes. Dios, en su soledad, dilataba su incomunicable esencia por lo infinito. El sér, en toda su sencillez, en toda su grandeza, estaba en Dios, como el vapor está en el agua y la luz en el sol. En Dios vagaba el eterno tipo del Universo, el eterno ideal de la verdad, el Verbo. Sobre el insondable pavoroso abismo, donde habia de hervir la futura vida y germinar el Universo, estendia el espíritu de Dios sus alas, como el águila de los vientos se estiende sobre su nido alzado en el pico desnudo y solitario de las montañas. El pensamiento divino quiso tomar forma, comunicándose con su eterna palabra. Entónces, desde la cima de la gloria cayó despeñada con grandioso rumor, alcanzado sólo por el oido de Dios, la gran catarata de los tiempos. El espacio se desplegó á su vez, como el ala escondida del tiempo que se abria en lo infinito, ansioso de recibir la lluvia de soles que sobre él iba á despedir la eterna palabra. En aquel instante floreció la gloria de Dios, y de sus flores salieron, como nubes de mariposas, los ángeles, cuyo cántico era la forma de las ideas divinas, arquetípicas, que habian de preceder á la espansion amorosa de la naturaleza. El pensamiento divino, arrojado en la palabra sobre los espacios solitarios, encendió el primer gérmen de la materia, el primer albor de la naturaleza. El éther, que, luminoso, impalpable, ténue como una idea, inundó los

abismos infinitos, rodó por los espacios como la áurea gasa que el sol estiende ahora sobre la naturaleza, y fué ensayando varias formas, ya nubes de fuego, ya arenas de oro, ya ondas luminosas agitadas por el huracan, ya átomos despedidos por el primer choque de la vida, que subia como una gran tromba en espirales á las alturas, arrastrando en el vértigo que inspiraba su grandeza hasta la mente de tus ángeles, y apagando con su voraz hervidero, magestuoso como la voz de todas las tormentas condensadas en una sola tempestad, el cántico de tu gloria, en cuyas esferas se reflejaba aquel gran semillero de mundos, que á través de la inmensidad, volando como una inmensa ave de fuego, y esparciendo cometas como plumas desprendidas de sus alas, buscaba el centro donde habia de posarse, y la ley divina de su naturaleza, para no desconcertar, Señor, tus eternas armonías. Entónces vimos el Universo en una inmensa esplosion de la vida, rodando en perpétuo movimiento sobre los espacios como el mar sobre su inmenso lecho de rocas y de arenas. Entónces, Señor, los átomos luminosos azotaron el rostro de tus ángeles suspendidos sobre la creacion, como ahora el polvo que el huracan levanta azota el rostro del hombre. Entónces tu palabra hizo que el árbol de la vida se agitára, y cayeran, como gotas de rocío desprendidas de sus hojas, los soles, que al tocar en el espacio sonaron como la gota de lluvia caida en el lago, y un cántico de triunfo se exhaló del seno de la materia en esta primera ebullicion de la vida. Nuestros ojos miraban extáticos el éther condensarse, los astros nacer como flores de oro, los soles oscilar sobre lo infinito, las esferas componer sus divinas armonías, los planetas atraer con su amor á sus tímidos sa-

télites, las pálidas nebulosas, como vapores de luz, ensayar gérmenes de nuevos mundos, los cometas arrastrarse en rápido movimiento como huracanes de fuego, las constelaciones revestir sus fantásticas formas y componer sus ideales figuras como bellos modelos de las creaciones venideras, la gravitacion universal arrojar aquellas miriadas de miriadas de mundos, de soles, de cometas, de astros, de luz, de fuego, de electricidad, como una onda sonora cuyo eco resonaba en lo infinito, besando las plantas del Eterno, que extático escuchaba aquella gran música de su creacion, radiante y hermosa en la primera espansion de la vida. Y entónces el Eterno señaló un mundo perdido en aquellas arenas de soles. Era la tierra. Nosotros la vimos sumergida en Dios como la esponja en el mar, hecha una gran masa ígnea, sobre la cual flotaba como purpúrea nube el rojo gas; dejando caer luégo del seno de esa atmósfera encendida el agua que la cubria con sus hirvientes vapores; forjando en sus hornos, entre horrísonos truenos y pálidos relámpagos, el granito; abriendo las cien bocas de sus volcanes, para mandar á las alturas el fuego que no podia contener en sus entrañas; enfriando con su soplo la materia incandescente, para convertirla en hermosas cristalizaciones; desarrollando las afinidades químicas de sus grandes sustancias, y componiendo nuevos cuerpos para aumentar las formas brillantes de la vida; levantando del seno de esta gran comunicacion de las aguas con el aire y con el polvo humedecido vegetales gigantescos, cuyas anchas hojas cubrian el suelo surcado por la tempestad; amasando con las aguas del Océano y las semillas sobre ellas caidas, y en ellas guardadas, la levadura de la sustancia animal; componiendo con las pálidas

centellas que salian de su electricidad, los primeros seres animados; levantando trombas de materia cósmica á lo infinito, que al caer sobre las aguas formaban montañas, islas, continentes; desarrollando la esencia que en su seno rebosaba, en seres deformes, inmensos, en mastodontes, en paquidermos que parecian á nuestros ojos montañas animadas y en movimiento, como ensayos toscos hechos en una gran matriz para preparar seres más perfectos; construyendo el círculo de la organizacion, desde la esponja al zoófito, desde el zoófito al pez, desde el pez al reptil, desde el reptil al ave, desde el ave al cuadrúpedo, para hacer con estos grandiosos eslabones de la cadena de los seres un pedestal inmenso al hombre, cuyo templo es la creacion, porque el hombre traia en su frente el espíritu; y despues de estas grandes y tremendas evoluciones que habian agotado nuestra admiracion y nuestro asombro, vimos á la tierra perderse en la inmensidad como una gota de la gran catarata de la vida, que el Eterno habia derramado, abriendo sobre lo vacío su mano omnipotente.

El Eterno.

Consoladme, mis ángeles, consoladme. Mi Verbo ha llorado, y su gran sollozo resuena aún en las profundidades inmensas de los cielos. Cantad, mis ángeles, cantad. Espíritus puros, luminosos, sois como los átomos de luz con que la aurora inunda el cielo, y llenais con vuestros cánticos el espacio que separa la naturaleza del Creador. En círculos inmensos, con los ojos alzados siempre á lo infinito, extáticos, embebecidos en el amor divino, volais, como irradiaciones de mi pensamiento, sobre el Universo. Vosotros

teneis en la mente gérmenes de nueva vida, en los labios palabras para alentar á los orbes cuando se desmayen cansados de su eterna carrera, en vuestro aliento aromas para perfumar las flores, en los ojos luz para teñir con nuevos y más suaves reflejos los hermosos cielos. Cuando os suspendeis sobre la creacion, abriendo vuestras grandes alas y exhalando vuestro cántico inmortal, y volais entre los torrentes de luz que la vida derrama por los espacios, los orbes se regocijan, se encantan, se magnetizan más, como poseidos de un inmenso amor. Vosotros, espíritus puros é incomunicables, os tendeis en las ondas del aire, palpitais en el átomo de luz que los soles mandan á los planetas, os encerrais en la gota de rocío que pende trémula de la hoja del árbol, vivís en toda mi creacion, y me traeis en vuestros labios el ósculo amoroso de la naturaleza. La creacion sería como un inmenso desierto, si entre el espacio que separa un astro de otro astro, un sol de otro sol, no hubiera arrojado esas nubes invisibles de ángeles, que son como los vapores del espíritu que todo lo llena, encendiendo el fuego del amor divino en el altar de la naturaleza. Desde aquí os veo descender de mi gloria, abrir vuestras alas en la inmensidad, correr de un mundo á otro mundo como la mariposa que salta de flor en flor, coronar vuestras sienes con un rayo purísimo de luz, agitar el éther de la vida con vuestro vuelo, pulsar vuestras arpas, cuyas notas conciertan con las notas de los mundos, y derramar en el gran conjunto de la naturaleza ese amor, ese fuego, esa armonía que habeis bebido en mi eterno seno. Si yo quisiera objetivaros, revestiros de formas visibles; si en vez de esos cuerpos trasparentes os encerrára en las manifestaciones de la materia cósmica, ahora mismo

levantaríais un nuevo Universo en las arenas de los astros, Universo cuya cúspide se perderia en mi trono. Entónces el mundo veria con sus ojos de carne todas las creaciones posibles, que estallarian espléndidas en la inmensidad. Pero ahora, ángeles, hermosos ideales de la vida, sois en lo infinito lo que la pálida nebulosa en el cielo, lo que la fosfórica estela en el mar.

ORIEL.

Señor: el ángel no siente toda la vida, no alcanza todo el sér. Yo he volado por lo infinito, y he visto salir de mis alas rizadas por tu aliento nubes de mundos. Yo me he ceñido mi túnica, y en el resplandor de sus gasas de luz he derramado el dia en horizontes oscurísimos. Yo he descendido hasta un astro y he llorado, y le he visto beber mis lágrimas como la paloma bebe el agua de la lluvia que se posa en los hoyuelos de las montañas. Yo he bajado hasta besar la flor, y he depositado en su cáliz mi aliento. Yo he pulsado el arpa de oro que me diste, y de cada una de sus notas he visto salir una estrella, que ha rodado dejando un rastro de luz en la inmensidad fecundada por tu aliento creador. Yo he estrechado contra mi seno á los ángeles mis hermanos, y juntos hemos subido hasta tu mente, ansiosos de perdernos en tu espíritu incomunicable, como el aroma se pierde en el aire y las gotas de lluvia en el mar. Y despues de haber sembrado en los surcos de los espacios los mundos que recibia de tus manos, despues de haber encendido por tu mandato con la antorcha de la vida los soles, despues de haber esculpido con el cincel de las formas las montañas, despues

de haber pintado las hojas de las flores, ¡ay! Señor, cuando vuelvo la vista al hombre, á mi hermano, y le veo llorar, me siento descorazonado y triste.

El Eterno.

Alégrate en el espectáculo de la naturaleza. Sondea las profundidades del cielo, mira el trasparente y claro espejo de los espacios; y una alegría infinita sacudirá todo tu sér, si contemplas el eterno crepúsculo de la luz increada que se refleja en todas las cosas; la gravitacion que une y armoniza un sol con otro sol; el fluido impalpable por el cual van como nadando los mundos, arrastrados por el amor universal; las grandes tempestades de magnetismo que ruedan por lo infinito; los haces de estrellas que cuelgan de las esferas como doradas espigas; los puntos luminosos que llenan la gasa formada por el éther cósmico; las auroras boreales que ciñen con su encendido carmin los polos de los planetas; el movimiento cadencioso de las esferas, que produce una mística armonía; las infinitas nebulosas, en cuyos senos disueltos y vaporosos hierven nuevos mundos que van á emprender su carrera triunfal por sus inmensas órbitas; el contínuo centellear de la luz en las estrellas, que ora las viste de rojo, ora las torna blancas como una pura ilusion, ora verdes como lucientes esmeraldas, ora del matiz misterioso de la violeta, ora como diamantes que reverberan por la virtud de su cristalizacion todos los colores; semejándose esos orbes, esos planetas, esas estrellas en sus revueltos torbellinos de electricidad y de luz, á brillantes alados insectos que nacen de la eterna corola de los cielos.

ORIEL.

En verdad es hermoso el cielo, y más hermosa aún tu suma esencia ¡oh eterno Dios! Volar entre los astros; oir las arpas de tus ángeles; bañarse en el éther de la gloria; mirar el ideal del Universo; encantar con los aromas despedidos de nuestros labios todos los espacios; bajar hasta los últimos límites del sér, donde sólo hay mares de nieve; subir hasta tu mente, donde hay mares de luz; impulsar á un mundo que se cansa; guardar las últimas centellas de un sol que se apaga; refrescar á la tierra con un beso de amor cuando el calor la enciende; abrir las manos y derramar flores; recoger un cometa perdido y llevarlo en nuestras alas á su órbita; sorprender un meteoro que cae y engarzarlo en su centro de gravedad; todo esto regocija el alma, porque es el cumplimiento de nuestro destino en la vida, y el cumplimiento de nuestro destino es el bien, manifestacion de tu eterna esencia. Pero, Señor, ¿por qué pusiste en mi pecho ese amor hácia el hombre? ¿Por qué dijiste que habíamos de seguirle en los senderos de la vida? ¿Por qué nos enseñaste la senda que habia de hollar, senda sembrada de flores? ¿Por qué nos llamaste sus ángeles custodios? Yo muchas veces he velado su dulce sueño, le he inspirado la oracion que pronunciaban sus labios, he infundido en su corazon tu amor, he penetrado hasta en su mente y le he dicho tu pensamiento; y ahora que padece, ahora que se ha clavado el mal en el corazon, ¿voy á dejarle abandonado á su desesperacion y á su dolor?

EL ETERNO.

Ántes el hombre era bueno, era inocente, y mis ángeles

podian comunicarse con él y derramar las balsámicas esencias de mi cielo en su camino. Pero ahora el deseo de la dominacion le ha convertido en un tirano soberbio, y querrá humillar, esclavizar á sus hermanos para poner sobre sus espaldas el trono de tinieblas que ha levantado sobre las flores marchitas del Eden.

ORIEL.

¡Ay, Señor! Cuando he dorado el astro, cuando he pintado la flor, cuando he puesto la lira en la garganta del ave, cuando he coronado de espuma el mar, cuando he desplegado el manto de tus cielos, cuando por tu mandato he ido colgando las gasas de las nebulosas en los confines del espacio; en medio de tantas y tan maravillosas obras tuyas, he sentido una inmensa tristeza, porque yo no he contribuido, yo, que auxiliaba á todas las creaciones, no he contribuido á crearme á mí mismo, yo no me he creado á mí propio; y un dolor inmenso ha traspasado mi corazon.

EL ETERNO.

¡Oh! Tú tambien me has faltado, tú. Baja, ya que quieres acompañar al hombre, baja. Ya que quieres contribuir á tu creacion, sabrás lo que te costará reintegrarte en la plenitud de un sér que vas á dejar entre las manos de los soberbios. Baja, baja, ya que quieres saber el esfuerzo que te costaria á tí mismo tu creacion.

LOS ÁNGELES.

Oriel ha desplegado sus grandes alas de luz, y ha hendido los espacios infinitos, alejándose de tu trono y buscan-

do en el hervidero de los mundos la tierra. Perdido en los cielos, la materia impalpable que la muerte ha derramado en el éther, y en la cual rozan todos los planetas dejando átomos de su vívida sustancia, le opone una inmensa resistencia; y su pecho, herido del amor humano, lucha con las pálidas ondas que le cercan, como el navegante que se ahoga. Le falta respiracion en su carrera, y llega á un astro y pliega sus manos, y se arrodilla en la cima de sus montañas, y dirige una oracion al cielo impregnada de lágrimas, miéntras su canto de amor espira en su garganta, y sus alas se caen poco á poco destrozadas por los huracanes de electricidad y de magnetismo que combate, y que lo arrastran en sus torbellinos como el viento arrastra la pobre arista del campo. Los habitantes de todos los planetas, de todos los mundos por donde va pasando, le saludan amorosos y le dicen: ¿Dónde vas perdido como uno de esos aereólitos que los volcanes de los satélites arrojan en la inmensidad; dónde vas como una ráfaga de huracan; dónde vas como un cometa errante que ha desconcertado la armonía de las esferas? Y baja, y baja, y se sumerge en el éther como la piedra arrojada al mar, y toca con sus alas todos los mundos que encuentra en su camino, como la mariposa atraida por la llama. En las ondas del tiempo van escondidos los orbes, como las arenas en las ondas del Océano. Y en esa revuelta confusion de olas de luz que se entrechocan, rueda su cuerpo, herido por todos los dolores juntos, destrozado por las grandes tempestades de las esferas celestes; y su voz no desmaya, pues á medida que el ruido de los abismos y el estertor del trueno retumban en sus oidos, canta un himno al Creador, como el águila grita audaz cuando se

encuentra perdida en el mar de fuego que entraña la negra nube cargada de tormentas. Su carrera en lo infinito es una carrera de amargura. Ya atraviesa un desierto en que el frio cuaja en hielo las lágrimas de sus ojos; ya se pierde en la materia incandescente donde hierven las nebulosas, y deja allí las plumas de sus alas consumidas por el fuego; ya choca contra los rayos de los soles, que amenazan fundir su cuerpo trasparente; ya se acuesta en una estrella errante y allí descansa un momento en lecho de oro, fatigado por su carrera; ya vuelve á hendir los espacios con sus alas tronchadas por el huracan; ya cabalga en la cola de un cometa que pasa á su lado, y mira con ojos radiantes de alegría los astros que cruzan por su camino entonando sus armoniosas plegarias; ya se arrepiente, y quiere volver á la gloria, no encontrando un punto donde apoyar su pié para tomar hácia arriba su vuelo; ya, atraido y llamado por el amor infinito que le posee, se deja caer como cuerpo muerto, y entra en la atmósfera de la tierra, y siente el frio que lo hiela, y aparta con sus manos los mares de electricidad que lo cercan, y rasga el velo de la nube oscura; y jadeante, herido, llega á la cima de la montaña, y mostrando sus alas caidas sobre la espalda, su cabellera de luz esparcida, sus ojos arrasados de lágrimas, sus manos plegadas, sus labios vibrando una oracion, dice: «perdonadme, Dios mio,» y un gran sollozo sube hasta lo infinito. Míralo, Señor, míralo, bajo un cielo oscuro, en el pico de una montaña nevada, rodeado de negras nubes que truenan á su alrededor, con la mirada perdida en lo infinito, llorando y diciendo á todas las cosas tu nombre, inundado por la luz del relámpago, á cuyo fulgor luce aún la hermosura celeste de tu

gloria, á pesar de que poco á poco su guirnalda de luz se apaga, sus alas se caen, su cuerpo trasparente se condensa y toma la forma humana, y con la forma humana siente clavarse en su corazon la primer espina de un infinito dolor.

El Eterno.

¡Sentia nó haberse creado á sí mismo! Ahora verá el dolor, el trabajo inmenso que le cuesta reintegrarse en su primitivo sér, en el sér sublime que recibió de mi creadora palabra. Mirad, mirad, ángeles, á la tierra.

VIII.

ABEL.

He venido á traer á la tierra la vida, y no la muerte. Errante por los bosques, he encontrado en mi camino la oveja inofensiva, inocente, que ha venido á calentar con su aliento mis miembros ateridos. Desde este punto la he sometido á mí, y la dirijo por montes y por valles. Cuando los primeros rayos de la aurora despuntan por el horizonte, borrando en sus albos reflejos las indecisas estrellas, y el cielo brilla con la dulce esperanza del nuevo dia, abandono mi cabaña, miro los presagios que los astros me señalan, reuno mi ganado, y lo conduzco á pastar la yerba cargada de rocío; cuando el sol calienta, lo llevo á la sombra de las encinas, donde sestea, metiendo cada oveja su cabeza bajo el vientre de su compañera, y entregándose todas á dulce reposo; cuando cae la tarde, lo guio por los campos á recoger el último rayo del dia, y me gozo en ver cómo los corderillos mansamente pastan la yerba del valle, miéntras

la ágil y ligera cabra clava su agudo diente en el arbusto que corona las cimas de las montañas, suspendida al borde oscuro de los abismos; hasta que, al venir la noche, lo vuelvo al redil, entregando la custodia de su tranquilo sueño al fiel perro que vela tendido á su presencia meneando la cola é hiriendo mi sueño con su ladrido y estirando las orejas en señal de vigilancia: dulce y tranquila vida, que en cambio de mis cuidados me ofrece paz en mi cabaña, blanca leche, sabrosa carne, pieles para mi cuerpo, víctimas que ofrecer á mi Dios en holocáusto, á cuyo humo confio mis oraciones, propicias á sus ojos, como nacidas de quien sólo desea paz y que naturaleza regale agradecida abundante pasto á su ganado.

CAIN.

Vengo cansado, jadeante, cubierto de sudor el rostro, encendida la sangre. He corrido por las montañas, oyendo gozoso el ruido de los vientos en los abetos y en los pinos. He recibido las gotas de la lluvia en mi rostro, y el huracan ha azotado mis espaldas, impulsándome á bajar al valle. ¡Cuánto he padecido en mi carrera! El torrente limitaba la tierra con sus aguas y el cielo con sus nieblas; las grandes encinas, fuertemente entrelazadas, me cercaban por todas partes y me oprimian con sus negras ramas, obligándome á arrastrarme por el suelo erizado de espinas; las serpientes levantaban sus áspides entre las yerbas, amenazándome con su ponzoña; los grandes peñascos apénas podian resistir mis pasos, y se precipitaban con horrísono estruendo en los abismos, que parecian llamarme á sí con su ronca voz; las oscuras cavernas despedian un aliento negruzco, derramando mares de lava que cubrian de ce-

nizas el suelo: todo era espanto, pues al par que arrancaba las zarzas pendientes de los árboles por no herir mi rostro, y rompia fuertemente la leña casi carbonizada en que se enredaban mis ensangrentados piés, veia de vez en cuando cruzar el rayo por las negras nubes, y escuchaba espantado el mahullido de la hiena hambrienta, ó el rechinar de los dientes del leon que rompian los huesos de sus víctimas; sin que fueran parte á detenerme y amedrentarme, ántes me escitaban á la lucha y á que desafiára con mi arco y mi fiera mirada el azote despiadado que sobre mí descargaba fuertemente naturaleza; gozándome, como el buitre, en ver la sangre, ya corriendo, ya coagulándose, y en respirar con anhelo infinito el asqueroso hedor de la negra muerte.

ABEL.

¡La muerte! ¡Oh! yo no puedo creer en la muerte. He visto secarse la yerba, he visto deshacerse la tierra en las grandes inundaciones, he visto á la mariposa abatir sus alas y rodar como una hoja seca, he visto morir al corderillo; pero no he visto morir al hombre. La muerte debe retroceder al querer besar con su negra ola nuestras plantas. En este mundo todo tiene el encanto de la vida. Yo veo que si la flor se deshoja es para dar fruto, y que si el fruto cae sobre la tierra es para nuestro alimento. Yo veo que si matamos al pobre animal es para darnos vida, y si le despojamos de sus pieles veo que es para vestirnos. Yo miro á todas las cosas que ruedan á mi vista, y á todas las veo dar de sí la vida. El arroyo, aunque corre, no desaparece; queda humedeciendo con sus aguas los campos. La semilla se rompe para dar el tallo. ¡Oh! yo, por las ilusiones que

se albergan en mi alma, por la esperanza que agita mi vida, por todo lo que veo, por todo lo que siento, no puedo creer en la muerte. Ven, dulce vida, que haces crecer los vellones de mis ovejas y dar rica leche á sus tetas, y brotas en las yerbas de los campos, y sonries en el alba, y lloras en el rocío, y centelleas en el astro; ven, y resplandece sobre la frente de mi hermano, y aliéntalo con tu dulce calor, para que no vuelva jamás á gozarse en el espectáculo de la muerte. Yo no puedo creer en la muerte. Si muriéramos, no sobreviviria nuestra madre. Tú la ves con cuánta ternura nos ama, cómo nos entrega su alma, cómo nos protege con su cariño, cómo siempre que nos ve derrama una lágrima de alegría, cómo se sonrie con nuestros juegos, y goza en nuestros amores, y padece si nos ve tristes, y se desasosiega si tardamos en abrazarla; y desde lo alto de las peñas nos mira sin apartarse hasta que nos ha perdido de vista; y cuando viene la noche, vela con amor nuestro sueño; y al amanecer nos enseña la oracion, que en sus labios parece áun más religiosa; y siempre vive de nuestra vida, porque si muriéramos, ¡ay! moriria ella tambien, y nuestra madre no puede morir, hermano mio. Cree, cree, pues, en la vida, y apártate con sigilo de la muerte.

CAIN.

¡Que crea en la vida! Si me vieras en lo alto del monte, arrancando los árboles, destruyendo los peñascos modelados por Dios, buscando las madrigueras de las salvajes alimañas, hiriendo las estrellas con mi grito; pronto siempre á la pelea, dispuesto á cebar mi rabia en todos los seres que me cercan; asestando la flecha contra la primer fiera que se presenta,

persiguiéndola por el rastro de su sangre que me vuelve el calor de la vida, saltando de roca en roca sobre los abismos para cortarle el paso, oyendo en el viento agitado por mi carrera el ahullido de su agonía, encontrándola despues ya exánime y envuelta en su sangre y sin aliento, mirándola con ojos más aviesos y más crueles que sus últimas vengativas é impotentes miradas, causándole con mi pié, que le hundo hasta en la garganta, un nuevo dolor en el último estremecimiento de la vida; si me vieras, cuando huye y no puedo alcanzarla, encendiendo todo un bosque para detenerla; y contempláras la pálida llama que sube hasta la copa de los árboles y los devora, los reptiles que mueren calcinados, los insectos que se consumen, las aves que van á volar y caen sofocadas entre lamentos en el suelo; el leon que quiere huir y se quema y rabia y ruge; la lluvia de ceniza, y las piedras que se abren gimiendo; entre el humo, entre el incendio, entre el estruendo de tantas catástrofes, entre el gemido de tantos seres, oyendo el resoplido de aquel huracan de fuego, amarias, como yo, con delirio la muerte.

ABEL.

Acuérdate de todo lo que hay para tí digno de ser amado en el mundo; acuérdate de nuestro padre que respetamos, del campo que cultivas, de tus hijos, de tu madre, de mí, Cain, de mí, que te amo tanto.

CAIN.

Mi padre es el huracan, mi madre la tempestad, mi vestidura la hoja caida de los árboles, mi campo las mon-

tañas, mi único hijo el arco, mi única compañera la flecha, mi incentivo el hambre, mi amor el fugaz instinto, mi trabajo abrir la tierra para depositar alguna semilla cuando me faltan presas; mi cántico el agudo grito que imita el gemido del buitre carnicero, ó el rugir hambriento del leon; mi vivienda la caverna ennegrecida por el rayo; mi placer mirar cómo se desgajan los montes cuando el volcan abre su boca, y cómo danzan fantásticamente las nubes cuando el viento las azota; mi único descanso el sueño conciliado sobre las pieles de los tigres y de los leones, arrancadas á sus huesos por mis propias manos; mi única vida arrojarme por el mundo con el impulso de mis pasiones, como la gran catarata que arrastra las piedras y arranca los árboles y suena tonante en los abismos, precipitándose ráuda y rugiente de los altos montes.

ABEL.

¡Qué vida tan triste y tan espantosa! ¡Cuánto mejor y más grata es á Dios mi vida! Me apoyo en el cayado; guio al inocente corderillo, que me regala con su blancura la vista, con su balar el oido; acaricio el perro, que menea la cola delante de mí, y me abre camino, y salta á besarme el hombro, á lamerme la mano; arrojo una piedra á la juguetona cabra, y me divierto cuando la veo lanzarse impetuosa á la carrera; me abrigo con las pieles que da mi ganado; bebo la sabrosa leche que manan las cargadas tetas de mis ovejas; levanto una tienda para guarecerme del frio y libertarme de las inclemencias de la noche, y allí reuno mi familia, mi mujer, mis hijos; y se espacía mi corazon viendo á nuestra madre que hila cuidadosa la tosca lana y enseña

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

oraciones á sus netezuelos, á duras penas por sus tiernos labios repetidas; miéntras nuestro padre atiza el fuego, y el pastor mi hermano, sentado á la entrada de la cueva, observa el curso de las estrellas, y me anuncia que han concluido los momentos de la velada y que debemos darnos al descanso; y me acuesto en mi cama de hojas secas, despidiendo al mastin, que me mira con agradecidos ojos, y al asnillo, que mete su cabeza por el primer agujero que encuentra, como si entendiera aquellos dulces coloquios que nos confunden á todos en el amor y en la dulce y descuidada alegría; y vivo así vida féliz, obediente al mandato de Dios, y dispuesto siempre á derramar el bien sobre la tierra, con el ánimo sereno y tranquilo y pura la conciencia.

CAIN.

Yo no quiero esa vida; yo quiero la muerte, el lamento, el estertor de la agonía, la lucha tremenda y sangrienta, el quejido, el último suspiro...

ABEL.

Dios te ha hecho agricultor; ama, pues, la vida del campo. Empapa el suelo con el sudor de tu rostro, y verás cómo brotan fragantes flores y buenas semillas. La vida que vas buscando audaz por los despeñaderos, está en tus brazos, que pueden recogerla á torrentes con herir el suelo. Nada hay más hermoso que abrir las entrañas de la madre tierra, depositar en ellas el grano, sentir la lluvia que cae para fecundarlo, ver cómo nace el tallo y va creciendo, contemplar las espigas que brotan cargadas de promesas de

nueva vida, asistir á los instantes hermosos en que el sol las dora con sus rayos, arrancarlas del suelo cuando se van á abrir para sacudirse sobre la tierra, llevarlas amarradas en haces sobre los lomos del paciente buey, alegrando así con estos riquísimos tesoros de vida á nuestra familia, que ve en el trabajo, en este rudo esfuerzo hecho para domeñar los enemigos elementos, la providencia que la sostiene, á la cual consagra amorosa todas sus bendiciones. El gran placer está en la vida, sí, en la vida que sonrie sobre nosotros, y no en esa muerte que vas buscando con criminal anhelo por esta nuestra tierra, sobrada de abrojos y bastante herida y castigada por las tempestades y por el dolor. Vuelve en tí, Cain, vuelve en tí.

CAIN.

¡Que vuelva en mí! Vestido con las pieles de las alimañas salvajes, tostado por el sol, herido por la tempestad, desgarrado por las espinas, dejando caer sobre los campos en el sudor gotas de mi hirviente vida, he forjado el hierro en el fuego, he abierto los surcos, he detenido la tierra, que se iba hácia el mar al impulso de las grandes y terribles inundaciones; he luchado brazo á brazo con el bravo toro de las selvas, y lo he traido del cuerno con mis fuerzas á lamerme los piés y mirarme de rodillas, aguardando la pesada carga; he desbrozado los bosques ferozmente, matando al águila y al cuervo que en ellos anidaban; y cuando he ido ansioso, despues de tantos trabajos, á dejar sobre los altares de Dios la corona de espigas que habia arrancado de los blondos cabellos de mi hija, la he visto despreciada, consumida del rayo, al paso que el humo de tus corderillos

en el fuego abrasados se perdia en las celestes ondulaciones del aire, por más propicio á los ojos de Dios.

ABEL.

Y si tenias esos pensamientos de muerte, ¿cómo habia de aceptar tus dones?

CAIN (*para sí*).

Todo es aquí muerte. El árbol vive de la tierra y del agua que consume; el insecto vive del árbol, el reptil del insecto; y cada sér vive de la muerte de los demas seres, cuyos restos esparce por la tierra. Todo se gasta: la catarata desgasta la peña; la tierra embebe el agua; la nube viene cargada de rayos; el volcan hace estallar los montes; el fuego se convierte en humo y se disipa; todo, todo es aquí muerte. Y el hombre, el hombre ¿morirá? ¿La muerte no se amedrentará al ver la luz de sus ojos, la hermosura de su frente, el resplandor de su alma, que se trasluce en su rostro? El que puede domar el toro, desgajar el árbol, torcer las corrientes, abrir profundidades inmensas á sus piés, ¿ha de perecer, ha de caer destrozado sobre la tierra que le sustenta? Pero ¿yo no crezco cual crece ese árbol? ¿No ha envejecido mi padre? Y esa vejez, esa vejez tan larga, ¿no ha de tener un límite? Pero si todo muere, si todo desaparece, ¿yo estaré siempre aquí, siempre en este mundo, viendo pasar los seres y las cosas en perpétuo movimiento, como pasa ese rio? Yo probaré si el hombre muere... Mi ofrenda á Dios era una ofrenda llena de vida, la flor del campo, la próvida espiga. Y Dios ha aceptado el sacrificio de Abel, que era un sacrificio de muerte. Le ha agradado ver cómo

la carne fresca se consumia en la hoguera, cómo la sangre se desvanecia en humo y los huesos se pulverizaban en ténues cenizas. Luego á Dios le es grato un sacrificio sobre el cual estienda sus negras alas con todo su horror la muerte. Yo te satisfaré; yo buscaré una víctima predilecta y hermosa, que, al exhalar el último suspiro en el ara encendida, se lleve consigo todo el dolor de la tierra. Ya que un apacible corderillo, de ojos pacíficos y dulce mirar, de blanco vellon, puro, inocente, ha satisfecho á Dios, más le satisfará aún el sacrificio de ese corderillo más puro y más inocente aún, de Abel. Así su virtud, su vida sencilla, sus dulces palabras no contrastarán con la indómita ferocidad de mi vida, con la eterna tempestad de mis pasiones, agitadas por un horror invencible á todo cuanto existe. Y cuando se apaguen sus ojos, cuando el dolor sacuda todos sus miembros, cuando la lívida muerte estienda su amarillo reflejo por todas sus carnes, yo le probaré que el hombre no puede burlarse de la universal destruccion y del odio que todo lo domina. Clavaré mi aguda cuchilla en su garganta, y me apercibiré á ver la última luz de la existencia en sus ojos, á mancharme con su sangre, á recoger su postrer suspiro, á mirar los estremecimientos de su cuerpo, que serán semejantes á los estremecimientos de la fiera herida por mi flecha; y así no podrá ofrecer un sacrificio que sea más grande ni sublime, ni más digno de ese Dios, que debe tener allá en su eternidad sed anhelante de sangre.

ABEL.

¿En qué piensas, hermano mio? Tu mirada es torva y sangrienta, tu respiracion fatigosa; tu corazon late con tal

fuerza, que su ruido desde aquí se oye como el eco de una gran tormenta. Cálmate, cálmate, hermano.

CAIN.

Mira. Aquí, entre mis manos, voy á deshacer tus huesos. Te arrastraré hasta el ara del sacrificio, y allí te arrancaré la vida. La muerte me ha dado esta cuchilla; la muerte. ¿La ves cómo reluce, herida por los rayos del sol? Yo la hundiré hasta el puño en tu vientre, y me calentaré los ateridos piés en tus entrañas humeantes. Yo me lavaré con sangre del hombre las manos manchadas por la sangre de los animales. Yo te mostraré que tambien la muerte puede herir por mi mano, y que el genio de la destruccion, que seca las hojas, y quema los bosques, y devora los animales, y se bebe las aguas, y oscurece los cielos, se ha concentrado en mi horrible naturaleza.

ABEL.

Cain, Cain, acuérdate, por Dios, de que soy tu hermano.

CAIN.

Muere, muere, muere. Ya cae bañado en sangre.

ABEL.

Maldito... no... no, Dios mio, perdónalo. Mi madre... ¡ah!... (*Espira.*)

CAIN.

Ya ha muerto. Tambien tras la sangre se va rápidamente su vida. Tambien lucha con las ansias horribles; tam-

bien el dolor sacude su látigo por todos sus miembros. ¿En qué te diferencias, hombre, del leon que se arrastra por las selvas, cuando mi flecha envenenada le hiere, y ruge y gime y se revuelca en su sangre, y arranca las piedras con sus garras, y se lame las heridas con su ancha lengua, y por fin, exánime cae y yerto, sin movimiento, sin vida? Pero ¿qué mal me habia hecho este hombre? ¿Pues qué? ¿no habia espacio para los dos en la tierra tan grande? ¿Necesitaba acaso yo, para respirar, el aire que él respiraba? ¡Y mis padres! Allí, allí los veo. Vienen. Huyamos.

EVA (*bajando con Adan de una montaña*).

En verdad, Dios nos ha castigado; pero junto al veneno ha puesto amoroso la dulce miel, y no ha arrebatado todo el bien á la tierra. Vamos á buscar á nuestro hijo Abel, santa compensacion de nuestras penas, que alegra con su amor nuestros dias, y es la esperanza de nuestra pobre vida. Abel ha sido como el recuerdo vivo de la tranquila felicidad del Eden, como la imágen de aquellas dulces horas que pasaban rozando con sus alas nuestra frente para renovar en todos los instantes del dia la vida y sus bienhadadas sensaciones. ¡Oh! ¡qué placer tan grande sentí en mi seno cuando por vez primera palpitaron en él mis hijos, doblando mi existencia! Me parecia que mi vientre era un santuario donde se guardaba el único resto de bien que el genio de las tinieblas no pudo arrebatarme con sus enemigas crueles garras. Cuando nació mi primer hijo, ¡ay! nació en él una nueva vida, una nueva alma para mí. Yo me inclinaba sobre el ternezuelo niño abrigado en mi seno, con un éxtasis más grande aún que el éxtasis divino que sentí cuando la vida se

despertó envuelta en el suspiro creador que exhalaba de sus labios el Eterno; y velando su tranquilo sueño, en su respiracion bebia nueva vida, y renovaba mi alma, ántes eclipsada por el mal, purificándola con su bendito amor. Cuando miraba su pura frente, sus ojos entornados, que dejaban entrever al través de sus largos párpados la alegría de sus azules pupilas más serenas que un lago del Paraiso; sus mejillas sonrosadas, más fragantes que la flor por la mañana; la sonrisa que vagaba en sus labios, la tranquila palpitacion de su pecho, sin atreverme á besarle por temor de que se despertára, le pasaba el brazo por la cabeza, para oprimirla más contra mi seno y acercarla más á mi alma; recogia el aroma que se exhalaba de su respiracion, para beber su vida; y me abismaba en una contemplacion infinita. Como si no pasase á mi alrededor el tiempo, sentia que toda mi vida estaba suspensa de aquella leve vida, y todo mi sér mezclado en aquel breve y pequeño sér; hasta que la viveza y la intensidad del sentimiento arrancaban á mis extáticos ojos una lágrima que al caer sobre su rostro le despertaba; y entónces sacudia el niño su dulce sueño, frotándose con sus manecitas el rostro, y me miraba sonriéndose, y se veia sin duda en mis ojos, porque estaba largo tiempo silencioso, fija en mí la tranquila vista; y en sus juegos me recordaba los ángeles que abrian sus alas sobre nuestra cuna de rosas; y con sus caricias me tornaba tambien á mí niña, volviéndome la perdida paz del alma, como si en sus rosados labios trajera la dulce esencia de nuestra primera vida.

ADAN.

Veo á Abel tendido. Estará dormido. Me parece que se

halla cubierto de sangre. Habrá matado muchos corderillos. ¡Abel! ¡Abel! Le llamo y no responde. ¡Abel! Bajemos prontamente, bajemos al pié del ara. ¡Qué horror! ¡Abel! Está frio. ¡Abel!... ¡Ah! le han muerto.

EVA (*cayendo sobre el cadáver de Abel*).

¡Mi hijo! ¡Mi hijo muerto! No respira; no se mueve su corazon, no brillan sus ojos, no laten sus sienes; su cuerpo está yerto, la sangre le cubre... Hijo mio, hijo mio, ¿no oyes la voz de tu madre? Estará dormido; un pesado sueño habrá caido sobre sus párpados. La fatiga, el cansancio del trabajo habrán entorpecido sus miembros. Levantémosle. ¡Ay! Vuelve á caer sin fuerza en la dura tierra, mi hijo, mi hijo. La vida no puede faltarle, no le faltará la vida, porque yo, que soy su madre, no lo consentiré. Si pudiera morir, le volveria la vida con la sangre de mis venas, con el calor de mis encendidas lágrimas. Abel, ¡no martirices á tu madre! Contesta, hijo mio, contesta á mi palabra. Tus labios, en cuyos besos bebia yo mi existencia, no se han cerrado para siempre; la luz de tus ojos no se ha extinguido, porque el mundo estaria en espantosa y espesa oscuridad; tú no has muerto, porque áun vive tu madre. En ese rostro pálido se ve el dolor y la amargura. Por esta herida sale tu sangre; acaso habrá por ella salido tambien tu vida. ¡Oh! ¿qué fiera te ha herido? Será más traidora que la serpiente, más feroz que el leon, más carnicera que el tigre, más horrible que el chacal, más fiera que todos los brutos que han sentido sobre sus anchas lenguas la amarga gota caida del seno del mal. Pero ¿será posible que no haya de volver á oirte? ¿Será posible que tu palabra no haya de

sonar nunca en los oidos de tu madre, tu palabra, más dulce que el cántico de los ruiseñores del Eden? ¿Será posible que no hayan de alumbrar tus ojos más, tus ojos, más puros que la inmaculada luz del primer dia de la creacion? No; me habria yo quedado ciega, porque yo veia de la luz que despedian los ojos de mi hijo. ¿Va á estar siempre así? Lo tendré aquí apretado contra mi corazon de fuego. Aquí estará, en mi seno, aunque ese sueño sea eterno. ¡Cuántas noches he pasado velando su tranquilo dormir! Pero estaba sosegado, sonreia dulcemente, y veia por sus mejillas correr calorosa la savia de la vida, tiñéndolas de rosado color. Ahora está frio, sus labios están contraidos, sus ojos apagados, su cuerpo yerto. ¿Y no le podré yo volver á dar el calor en mi seno? ¿Pues qué? ¿no le dí yo la vida? ¿No es su cuerpo la ceniza caida de la llama de mi amor? Yo te enrojeceré de nuevo entre mis brazos con el fuego de mi sér, y volverás á vivir más jóven y más hermoso. Si es preciso que mi sér se pierda, que mi vida se acabe, no importa, con tal que vivas tú. Hijo, hijo mio, ¿has muerto? ¿Y te pudrirás como la fruta caida del árbol, como el toro que mata Cain en sus correrías y deja abandonado en el campo? Pues si has muerto, yo me estaré aquí contigo, aquí, y el olor de tu corrompido cuerpo me parecerá más grato que el olor de la rosa en primavera. ¿Qué veo? ¿Qué veo? Una manada de cuervos me rodea graznando y queriendo cebarse en las entrañas de mi hijo. Los chacales rechinan los dientes en sus oscuras cavernas, en sus negras madrigueras, hambrientos de sus carnes. ¿Quereis arrebatármelo? Venid, venid, y con mis uñas desgarraré vuestras carnes; venid, y la leona cuando guarda sus cachorros

no será tan fiera como yo. Dejadme, dejadme, y no pidais para vuestros festines á mi hijo. Dejad que con mi cabellera seque su sangre, que con mis besos cure sus heridas, que con mis lágrimas le lave estas manchas lívidas que se estienden por su rostro. Pero, no, no ha muerto. Él se despertará, como se despertaba cuando era niño. Tambien dormia entónces mucho. Tambien creia yo que no iba á despertar de aquel sueño, y despertaba, y me tendia los bracitos, y me acariciaba, y ponia sus dulces labios en mis labios y en mis ojos, y se sonreia, y balbuceaba mi nombre, y movia la cabeza con una gracia... y no se moria por dormir mucho como ahora; no ha muerto, ¿no es verdad, Adan, que no ha muerto?

ADAN.

Eva, ¿te acuerdas de la sentencia de Dios?

EVA.

¡Ay! sí. Tiemblo...

ADAN.

Por nuestro pecado fueron condenados á muerte nuestros hijos.

EVA.

¡Oh!... Yo... yo... he matado á mi hijo. ¡Ay! (*Espira.*)

ADAN.

¡Maldito sea el primer asesino, el que ha arrancado la vida á mi Abel! Que cada uno de sus átomos se convierta

en cenizas encendidas, siempre desprendiéndose de sus carnes; que arroyos de sangre podrida manen de sus ojos; que la corriente de un rio de fuego lo arrastre con la impetuosidad de un huracan por la tierra; que cuando quiera reposar encuentre un lecho de espinas dispuestas para taladrarle de parte á parte los huesos; que un leon le desgarre las espaldas eternamente, y un tigre clave eternamente sus uñas en su despiadado vientre; que se le sequen las lágrimas, y si cae alguna sobre la tierra, que engendre serpientes destinadas á oprimirle con sus colas enroscadas la frente; que si tiene hambre, cada hilo de su paladar se convierta en una víbora, y si tiene sed, todos los arroyos, todos los torrentes se conviertan en hiel; y cuando envie sus sollozos, sus gemidos, sus lamentos al cielo, que le conteste la carcajada de Satan desde el antro de los infiernos.

CAIN (*saliendo de una caverna*).

Padre, padre, has maldecido á tu hijo.

ORIEL.

Señor, Dios mio, ¿he venido á la tierra para presenciar grandes crímenes, para ver negros males? Cain ha pasado á mis ojos como un relámpago siniestro de tu cólera. Le he visto, y estoy aún horrorizado y sin voz. Pálido, trémulo, desgreñado el cabello, torva la faz, hundidos los sanguinolentos ojos, abiertos los labios como para proferir maldiciones, ostentando desnudos los brazos y las piernas, envuelto el amoratado cuerpo en sucias pieles de tigre, roto el arco en sus espaldas, Cain es la imágen del crímen, que va quejándose de que el cielo está envuelto en una inmensa empol-

vada telaraña, y los astros se vuelven asquerosos insectos, y las piedras del camino carbones encendidos, y el aire inmensa nube de fuego, y los troncos de los árboles gruesas serpientes, y las hojas de las plantas dragones que abren contra él sus fáuces, y las aguas hiel y abisintho, y el sudor de su rostro sangre, y sangre sus lágrimas, y sangre sus huellas, y sangre todo cuanto ve, y sangre coagulada todo cuanto sus manos tocan. Señor, le he visto, y le he compadecido. Parece una nube oscura que pasa por tu cielo, y un leon herido que cruza por tus bosques, y una tempestad formada por los vapores de la sangre. Cuando escupe, se levantan de su saliva víboras. Cuando anda, proyecta una inmensa sombra en tus claros horizontes, la sombra de su remordimiento. Una nube pesa sobre su cerebro, y de esa nube salen millares de cuervos que, graznando, le quieren devorar, y le hieren sin rematarlo nunca, clavando las garras en su dolorido cuerpo. Sus piés están llagados, y cuando quiere enjugarlos en el musgo del camino, áun se abren más sus carnes. La naturaleza no le deja reposar. Si rendido de cansancio va á entrar en una caverna, el viento que se estrella en las peñas le dice: «¡fuera!»; si destrozado va á reposar en el tronco de un árbol, las hojas en su rumor le dicen: «¡léjos!»; si desesperado quiere posarse en una piedra, los átomos esclaman pulverizándose: «¡anda!»; si fuera de sí pide á una fiera la muerte, su ahullido le contesta: «¡padece!»; si en su afliccion aplica el oido á la tierra para sentir si guarda en su seno alguna tumba donde reposar, la tierra se rie de él con la carcajada de sus terremotos, diciéndole: «¡vive!»; y cuando alza al cielo sus ojos que destilan podrida y venenosa sangre, ve en el cielo

un torvo relámpago, de cuyo seno sale tonante la voz de Dios que le pregunta: «Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?» Entónces sus cabellos se erizan, sus miembros se contraen, su boca se abre para exhalar todo el fuego que arde en su pecho, sus ojos chispean odio, sus manos crispadas clavan las uñas en su rostro, la sombra de Abel herido se aparece á su vista, y la sangre derramada se queja con un largo lamento que el aire estrella en sus oidos, y que le impulsa á correr huyendo de sí mismo, y precipitando en su carrera peñascos, plantas, como una inmensa tromba que se esconde en el oscuro seno de los bosques, pero sin poder esconderse ni á la mirada de Dios, ni á la voz de su remordimiento.

Coro de Ángeles.

Oriel, Oriel, vuelve á tu patria, que está en el cielo. La tierra tiene sed ya de sangre, y aunque se abrieran las venas de todas las generaciones posibles, no se saciaria nunca su sed. Huye de esa tierra, cuyos hijos van á forjar una cadena para tus manos, un clavo para tus piés, y bajo el peso de tanto hierro van á quitarte la conciencia de tu sér y la libertad que recibiste de Dios. Mira cuán felices somos vagando por lo infinito. Hemos venido á tocar con nuestras alas tu frente, á secar con nuestros besos tus lágrimas. Recuéstate en nuestras espaldas, y te llevarémos en ráudo vuelo, á través de los mundos, á Dios, y Dios te perdonará. Nuestro paso por los infinitos espacios no será perdido para el Universo. Dorarémos, con la luz guardada en nuestros ojos, los astros que el aliento del mal ha tornado frios y opacos. Sembrarémos en las esferas nuevos mundos

con nuestras propias manos, como el labrador siembra los granos de trigo en los profundos surcos. Heriremos con las últimas plumas de nuestras alas, blancas y puras como una ilusion, la celeste superficie del mar, y la coronarémos de blancas espumas, que sean como una esperanza de mejores dias en la naturaleza. Y cuando, con el cántico en los labios, y la luz increada en la frente, y el arpa en las manos, y el manto celeste en los hombros, nos presentemos á Dios, desfruncirá las cejas, se sonreirá como en el último dia de la creacion, y volverá á recibirte en los coros de sus ángeles.

ORIEL.

Dejadme, dejadme aquí con el hombre. Por lo mismo que es desgraciado, debo enjugar con un pliegue de mi túnica sus lágrimas, y curar con mis propias manos sus llagas. Ya sé que no puedo darle ni una gota de la eterna vida, ni un rayo de la luz celeste, ni un eco de las armonías de las esferas, ni una sílaba de la palabra creadora de que germinó el Universo. Pero me arrastraré por el suelo para arrancar las espinas de su camino; derramaré una lágrima en las aguas que bebe para endulzarlas; cubriré con un giron del despedazado manto que he traido del cielo sus desnudas y heridas carnes; lucharé con mi brazo contra todos los elementos congregados en su daño; me posaré á la cabecera de su lecho para velar su tempestuoso sueño; recogeré en mis brazos sus hijos, sus pequeñuelos, para levantarlos á las alturas, á fin de que Dios derrame en ellos un reflejo no más de la inocencia que se apagó en el Paraiso; y si el hombre es á tantos bienes ingrato, continuaré practicando el bien, si no por amor al hombre, por amor á

Dios, que ha despertado en mi alma esta aspiracion incesante, infinita á la eterna verdad y á la eterna hermosura.

Coro de Ángeles.

Un silencio profundo se estiende por toda la creacion. No se oye ni el rumor del agua, ni el cántico del ave en el arbusto, ni el zumbido del insecto, y hasta los astros del cielo suspenden sus divinas armonías. De la copa de la vida cae sobre la tierra la gota de hiel que habia mezclado en su hirviente licor el amargo mal. Áun no toca el suelo de este oscuro y desgraciado planeta esa gota de hiel, y ya se levanta un negruzco vapor que oscurece los cielos. Los montes se animan como si el genio de las tinieblas se hubiera agarrado á sus entrañas, y danzan rápidamente en un círculo fantástico, cual negras nubes agitadas por el huracan. La tierra siente frio en este vértigo de todas sus criaturas, y las amargas lágrimas que llueve el cielo se congelan en las hojas de sus oscuros árboles. Espíritus impalpables salen por las grietas abiertas en los despeñaderos, como las hojas de una negra flor que hubiera roto su tosco capullo. Esos espíritus se visten formas humanas gigantescas, se envuelven rápidos en los vapores de los volcanes como en sudario de humo, levantan una fragua en el más alto de los montes, cogen una colina para que les sirva de martillo, y con el hierro depositado en las entrañas de la tierra forjan una pesada cadena que puede aherrojar todo el planeta. Al golpe que dan para concluir cada uno de sus eslabones, trabajados como blanda cera, el mundo se estremece y se queja, levantando una roja nube salida del

vapor de la sangre que cayó sobre su seno. Esos espíritus gigantes ruedan alrededor del volcan, enrojecen el hierro en su fuego, lo machacan con sus colinas, y á cada golpe que le dan, despide chispas que son como soles sangrientos desvanecidos en los espacios, abrasando en su rápida carrera hasta los aires, llenos de lamentos y de quejidos. Y cuando jadeantes, trémulos, agitados, concluyen este inmenso trabajo, reparan sus fuerzas en un festin espantoso. Bajan á las llanuras, ven á los hijos de los hombres que pasan, los cogen, los aprisionan en las esposas que han forjado, los llevan á lo más alto de la montaña, y allí los descuartizan, y ofrecen á sus implacables divinidades, que roncan en el hondo abismo del volcan, las entrañas de sus cautivos; hasta que devoran con hambre infinita sus demas miembros, bebiendo su sangre y limpiándose los labios manchados con las mismas cabelleras de sus víctimas. Los huesos humanos machacados entre sus dientes, al quebrarse, crugen con un ruido espantoso. Esto parece un delirio ideado por el genio del mal, una orgía de sangre, un festin de muerte; pues ya hartos de carne y ébrios se dejan caer en lecho de ceniza. Pero pronto se despiertan, y se levantan y emprenden su camino al través de las altas montañas, destrozando los bosques, persiguiendo á los hijos de los hombres. Huyamos, encaminémonos al cielo, como la golondrina que vuelve á su patria entre las tempestades y los huracanes y las rugientes olas, á descansar en el nido de los cielos.

ORIEL.

Señor, de rodillas en este monte solitario imploro para el hombre abandonado tu divina misericordia. Oye mi ora-

cion, que confio á tus cielos como los bosques sus rumores, como las aves sus cánticos. Tú solo, Señor, eres grande; tú solo eres hermoso y bueno sobre toda hermosura y toda bondad. Los cielos son un pliegue de tu manto, los soles son polvo luminoso que levantas cuando huellas lo infinito, y los vapores que exhalan los planetas son el oloroso incienso de tu templo. Recoge esta lágrima que pende pura de mis ojos, como el ave bebe la gota de rocío suspendida en las hojas de las flores. Señor, yo he recorrido todas las esferas, yo he conversado con todos los mundos, yo he surcado con mis alas lo infinito, yo he bajado á las profundidades pavorosas de la tierra, yo me he suspendido sobre la inmensidad de los mares; y el ruido de los astros al girar sobre su eje, y el concierto de un mundo con otro mundo, y la voz de los abismos, y el rugir de la tempestad, y el ruido de las olas estremecidas, no es más que una oracion inmensa, que de escala en escala, de esfera en esfera, de sér en sér, va subiendo hasta tí como una espansion amorosa de lo creado en su Creador. La tierra es tu altar; los bosques guirnaldas de ese altar colgadas; el mar la reunion de las lágrimas que todos los seres han vertido en una copa, al buscarte fatigados por los espacios infinitos; los astros lámparas que cuelgan de tu santuario; y todos los rumores, y todos los ecos del Universo, la música infinita de la naturaleza, que se esfuerza en vano por producir tu nombre en sus místicas armonías. Señor, escucha mi plegaria, que va unida á la voz de tu Universo. Salva al hombre, sálvalo de este nuevo dolor, de esta nueva catástrofe. La sangre vertida por la mano de Cain ha engendrado horribles mónstruos que van á devorar la humanidad. ¡Ah! Ya has oido

mi ruego; ya veo venir á los hijos de los hombres libres de los mónstruos. ¿Por qué traen, Señor, una cadena en la mano?

ENOCH.

Soy hijo de Cain, el fratricida. Voy á levantar una ciudad á cuyos muros baje á descansar el sol cuando la fatiga y el desaliento le venzan en su carrera diaria. Amasaré el barro para ese albergue con las lágrimas y la sangre que han derramado los hombres. Allí imitaré los esplendores del cielo; allí encadenaré los vientos; allí levantaré una segunda naturaleza, para que Dios se mire en ella suspenso y maravillado. Tendrá espesos muros contra los huracanes, pero anchas puertas para recibir á los mensajeros del cielo. Sus fundamentos serán más duros que el granito, y sus torres más aéreas que las gasas de las nubes. En su centro habrá un templo para Dios y un ara donde corra eternamente la sangre del sacrificio. La fundaré en la falda de un volcan, para que la ilumine en las oscuras noches con sus antorchas. Llamaré á todas las avecillas del campo, para que se posen amorosas en sus techumbres y desde allí eleven un concierto más sublime que el concierto que dan al sol en sus bosques. Y cuando pase un caminante, un estranjero, un sér de otra familia, le encerraré; porque allí, en las entrañas de la tierra, en lo más hondo y lo más oscuro, donde no podrá alcanzar casi el aire vital ni penetrar un rayo del sol, abriré un antro en que se palpen las tinieblas, en que se oiga eternamente el ruido de esta cadena forjada por mis enemigos los gigantes para mí, y por mí guardada para mis enemigos; pues la tierra, á pesar de la

luz, de los colores, de las armonías, de la vida que Dios ha derramado sobre ella, debe ser una eterna guerra. ¿Qué veo? Allí hay escondido un mortal que no pertenece á mi familia. ¿Qué haces ahí? ¡Oh infeliz! Para tí guardo esta cadena. En tu espalda levantaré mi ciudad.

ORIEL.

¿Qué nube cae del cielo sobre mi alma? ¿Qué negro vapor se eleva hasta mi conciencia? ¿Qué pasa por mí? Mis ideas caen y ruedan por el suelo como las hojas secas que sacude el árbol. La vision de Dios, presente siempre en mi alma, se oscurece. Mi razon pierde toda su vida. El frio que se ha apoderado de la naturaleza, se ha apoderado tambien de mi espíritu. Yo siento que el fuego, sí, el fuego aquel que calentaba todas mis moléculas y enrojecia mi espíritu, se ha apagado por el aliento de ese hombre. ¿Dónde estoy? La idea divina se hunde y desaparece en los abismos de mi sér, como el astro del dia en su negro ocaso. Se han caido mis alas.

TUBALCAIN.

Yo he encontrado el hierro. He querido tocarlo cuando el volcan lo vomitaba aún candente, y me he abrasado las manos. Pero como no hay triunfo sin lucha, ni premio sin dolor, ya tengo un auxiliar invencible para agarrarme á la tierra, que uniré á mí por este fuerte eslabon, por este lazo. ¿Quién me disputará el dominio de la naturaleza? El fuego se ha puesto á mi servicio y me ablanda con sus llamas el hierro. Así llegaré hasta el corazon de los animales; así tendré atada á mí la materia; así perseguiré y acosaré á

mis enemigos. Pero necesito un hombre que trabaje á mi lado, y que sea, no mi indómito compañero, sino mi instrumento. ¡Ah! Aquí hay un estranjero. Mira: este hierro afilado contra las peñas, puede ser para tu pecho. Entrégame la libertad, y te concedo la vida. Ayúdame á llevar este martillo.

ORIEL.

¡Ah! Pierdo mi voluntad. Soy como esa paja que arrastra el viento, como ese cuerpo que cae, como ese vapor que se levanta, como ese árbol agarrado á la tierra. Todos los elementos pueden ya hacer de mí lo que quieran. Yo ántes volaba de uno en otro astro. Ahora el huracan me levanta y me estrella á su antojo. Más libre es el ave que abre sus alas allá en las regiones celestes; más libre es la catarata que se precipita allá en los abismos; más libre es la fiera que puede ejercer sus instintos carniceros en las montañas, en las cavernas, en los bosques. Una sombra se ha interpuesto entre el cielo y mi conciencia; otra sombra se interpone ahora entre la tierra y mi voluntad. ¿Qué va á ser de mí?

JABEL.

Mi ganado ha crecido tanto, que no puedo yo solo guardarlo. Necesito un estranjero que corte el vellon de mis ovejas, que sepa uncir mis vacas, que sostenga el salvaje toro con sus fuerzas por los cuernos, y levante la tienda en el desierto, y busque el oásis y la fuente donde ha de pastar y ha de beber mi ganado. Yo en cambio le daré las sobras de mi comida, y le trataré mejor que á mis per-

ros. Él trabajará, y su trabajo será mi instrumento. Si me pierde alguna oveja, le partiré con la piedra salida de mi honda la frente. Dime, estranjero, ¿qué eres? Vente conmigo, y ayudarás á mis mastines á guardar mi ganado. ¿Quién eres?

ORIEL.

No sé quién soy. He perdido la conciencia. Aquí estoy como el árbol que crece y levanta sus ramas, y se llena de flores y despues de frutos, y los sacude en la tierra, y deja que le arranquen la corteza, que se lleven sus olorosas gomas, que lo despojen de sus hojas, sin dolerse, sin quejarse. Soy como la piedra que pisas y se deshace bajo tus plantas sin exhalar un lamento. Soy como el polvo que sacudes de la piel de oso en que airado te envuelves. Soy una de las infinitas cosas que pasan sin conciencia de sí en el mundo. He olvidado hasta mi patria, hasta mi nombre. No me preguntes quién soy, ni qué soy; porque no lo sé.

JUBAL.

He desgarrado entre mis manos una encina. De las tripas de los fieros tigres he con arrojo hecho cuerdas. He estirado las secas tripas del tigre sobre el leñoso fragmento de la encina, y han producido una vibracion que me ha agitado de indefinible placer. Sé ya cantar acompañado de mi lira. Reproduciré en ella el graznido del cuervo cuando agita sus dos negras alas sobre el cadáver abandonado en el campo; el fragor de la tempestad cuando se desata sobre los montes; el sonido de la ola en las playas; el hervidero

del volcan; los huracanes que se estrellan en los bosques; los torrentes de lluvia que caen sobre la serena superficie de los lagos; y la tierra tendrá un órgano más, una voz nueva con que contar al cielo sus dolores. Ven, estranjero que andas errante por estas selvas, ayúdame á llevar esta lira más gigantesca que el cedro que corona las cimas de las altas cordilleras. Ven, y serás el apoyo de mi lira, con cuyo peso irás cargado por montes y por valles. Si acaso sabes cantar, te arrancaré los ojos como al ruiseñor para que llenes de canciones melancólicas y dulces los aires.

ORIEL.

Yo no sé cantar. Mi voz se extingue en mi ronca garganta. No veo sobre esa nube otra nube sonrosada, ni sobre ese sol otro sol más brillante, ni sobre ese cielo otro cielo más claro; no veo nada más que la triste realidad de la vida. Pasan y pasan objetos ante mi vista sin detenerse, como las ondas pasan por un rio. Todo es soledad á mi alrededor, todo es soledad en mi alma. Las flores que habia en mi imaginacion, se han secado. Sólo veo mares de cenizas que envuelven mi espíritu. ¡Ah! El cántico de mi fantasía, que desplegaba sus alas y se perdia más allá de los astros, ha caido de nuevo sobre mi conciencia, que es un abismo negro é insondable.

ENÓS.

Todo cuanto los hombres han forjado, debe ser para Dios. Enoch, en tu ciudad levantarás un templo que toque á las estrellas. Tubalcain, en ese templo pondrás un candelabro de bronce, donde arda eternamente el fuego, que

es el alma de la tierra. Jabel, en el candelabro quemarás un corderillo más blanco que la nieve. Jubal, bajo ese templo entonarás tu cancion más fragorosa que una gran tempestad; y el dia en que Dios frunza el ceño y nos amenace con el látigo de sus rayos, le ofrecerémos entre la mirra y el incienso y el aloe, al compás de los ecos de tu arpa, el cuerpo de ese estranjero, que se perderá en los aires como fugaz nube disipada por las ráfagas de los vientos.

ENOCH, TUBALCAIN, JABEL, JUBAL, ENÓS.

Apoderémonos de ese hombre. Con el hierro enrojecido marquémosle la frente, y será nuestra propiedad. Sobre su alma, sobre su cuerpo, sobre su corazon se estenderá nuestro dominio. El hombre es enemigo del hombre, más que las fieras, más que el águila rapaz. Áun le favorecemos. Nuestros enemigos los gigantes, aquellos mónstruos nacidos del primer crímen que manchó la tierra, desgarraban al hombre y se lo comian en sus sangrientos festines. Apoderémonos de esta vida para ponerla á nuestro servicio. Como reinamos sobre el polvo de la tierra, y sobre el agua, y sobre los peñascos, y sobre los altos cedros que se levantan más allá de las tempestades, reinemos sobre este hombre que nos hemos encontrado en nuestro camino. Estranjero, recibe en tus espaldas nuestra cadena.

LOS ÁNGELES.

Nosotros que llevamos el arpa de las divinas armonías, no podemos consentir un crímen que desconcierte el espíritu y la naturaleza. Cain derramó la sangre de su hermano; pero su cuchilla no llegó hasta el espíritu. Vosotros vais,

hijos de los hombres, á derramar sobre la tierra la sangre del espíritu, que es la libertad. Detenéos, ó desencadenarémos los mares sobre vosotros, y harémos que os azoten las espaldas los huracanes, y os castigarémos como Dios castigó á Cain.

ENOCH (*á sus compañeros*).

¿No oís una voz estraña que me aterra?

TUBALCAIN.

No temas; es el hervidero del volcan.

JUBAL.

Es el balido de mis ovejas.

JABEL.

Es el viento que saca sonidos del arpa de los bosques.

ENÓS.

Es la naturaleza toda que murmura su plegaria.

ENOCH.

Acerquémonos á él: mirad; parece fuera de sí; miradlo.

LOS ÁNGELES.

¿Y para eso viniste á sostener al hombre y auxiliarle á llevar el peso de su trabajo? Despierta, Oriel, despierta. Áun puede levantarse de tu cuerpo el aroma del espíritu celeste, que has sembrado en tu carrera por lo infinito. Vuelve á ser nuestro. Cuando quieras ver al hombre, te

esconderás, espíritu puro, en las ondas del arroyo, en la corola de la flor, en los rayos de la estrella. Tú traias al hombre en tus labios la miel de los cielos que habias libado en los labios de Dios, y el hombre te guarda la hiel y el veneno de la tierra. Vuelve, vuelve á subir al cielo, apoyado en nuestras alas, que no se troncharán con el peso de tu cuerpo.

TUBALCAIN (*á sus compañeros*).

¿Teneis miedo de acercaros? Dadme los eslabones de esa cadena, y yo aprisionaré para siempre al estranjero.

LOS ÁNGELES.

Volemos; huyamos. No podemos evitar este gran crímen, que va á pesar sobre la humanidad como una capa de plomo, obligándola á encorvarse hácia las sombras de la tierra. ¡Infeliz Oriel! Los hijos del crímen te arrebatan el alma. Tu espíritu se ha dormido en el cerebro como en profundo y negro antro. Desde ahora, hasta que vuelva á despertarse, tu martirio no tendrá fin, tu pena no tendrá tregua. En vano buscarás á Dios en el cielo, porque tus enemigos te ocultarán á Dios, ennegreciendo tu conciencia. En vano pedirás á la tierra una gota no más de la fuente de la vida; tus tiranos te arrojarán, como á sus perros, las sobras de sus festines manchadas por sus venenosas babas. En vano trabajarás cincelando la tierra con tus brazos para hacerla digna de recibir el espíritu divino; tus enemigos cogerán las flores y te darán las espinas. En vano nacerá en tu pecho el amor; para tí no habrá hogar, no habrá familia,

no habrá más que eterna soledad y dolor eterno. En vano querrás tener puras de sangre tus virginales vestiduras; los soberbios de la tierra pondrán en tus manos un cuchillo para que derrames, eterno é inocente Cain, por todas partes la muerte. En vano intentarás descansar un instante á la sombra del sáuce ó del ciprés; porque tus señores, chasqueando el látigo sobre tu cabeza, te obligarán á ir de tierra en tierra, de gente en gente, cargado con sus penates, con sus ídolos de bronce, con sus aras y sus candelabros de hierro, con sus amuletos y sus esfinges, con las columnas de sus templos, con las espadas de sus ejércitos, con los instrumentos de su labranza, con el lecho de sus amores, con el pebetero de sus palacios, con la copa de sus festines, siempre cargado y trabajando, eterno testigo de sus placeres y eterno objeto de sus odios. Y llamarás á los vestíbulos de los templos invocando un Dios, y llamarás á las puertas de los hogares pidiendo una familia, y removerás el polvo de la tierra buscando una patria, y encontrarás siempre el silencio y la muerte. Y verás cómo empapas la tierra con tus lágrimas y tu sangre, cómo llenas el aire con tus suspiros, cómo te dejas en todas las zarzas del camino pedazos de tus carnes; y el oleaje de los siglos viene, besa tus piés, se lleva la tierra que pisas, y no escupe la hiel de la muerte á tu frente; porque no te trasformarás y te libertarás sino en el dia en que el espíritu de Dios fecunde tu vida con el soplo celeste, abriéndote la eterna vida para secar tus llagas y curar tus heridas con el cendal de su manto que envuelve al Universo. Volemos al cielo, llevando un eco del dolor de la tierra, una lágrima del amargo llanto que surca la faz de la naturaleza.

ENOCH, TUBALCAIN, JUBAL, JABEL, ENÓS (*remachando las cadenas*).

Ya tenemos nuestro esclavo. . . . . .

Á esta voz tremenda, que anunciaba al mundo un crímen tan grande como el crímen de Cain, las tinieblas se estienden por lo infinito, cual las negras alas de un inmenso cuervo; el sol descolorido y pálido apénas puede penetrar aquel fúnebre velo, como si su luminosísimo globo se hubiera convertido en pavesas diseminadas por el viento; el Océano, rompiendo sus valladares, salta sobre las montañas, sube y sube á las alturas, hirviente, escupiendo espuma, como una fiera acosada y herida por mil dardos; la noche cae, negro abismo desprendido del cielo, sobre el Universo, que se revuelca en los espacios acosado de un inmenso delirio, de una horrible fiebre; el relámpago se enciende y se apaga, como los últimos resplandores de antorcha funeraria sobre abandonado sepulcro; el rayo cae, serpiente de fuego que viene á devorar la tierra estremecida de espanto y oculta entre los pliegues de las espesas sombras; el trueno estalla, tétrico ronquido de anhelosa agonía; las gigantescas nubes, rozando con sus orlas oscuras las cimas de las montañas, despiertan á las aves nocturnas y carniceras, cuyas bandadas dispersas por los vientos en confusa gritería son tantas, que las nubes parecen aves negras, y las aves negras parecen nubes; los aires se condensan en aguas, y las aguas caen rugientes en lluvias, como en aquellos dias en que el mar estaba solo en el planeta; las grandes cataratas que bajan del cielo, y las amargas olas que suben de los abismos del

Océano, se encuentran, formando espirales en cuyo fondo abre sus fáuces la muerte; el rugido de las olas y el estrépito de la lluvia forman un concierto espantoso que aterra á los vivientes, arrastrados en aquella inundacion gigantesca, en la cual sobrenadan árboles arrancados de raiz, chozas, aras, ramas secas, que no parece sino que las hirvientes aguas van á sorberse el cielo como si fuese una pequeña hoja de rosa, segun devoran en su furor á los hombres, que corren y suben á las más altas montañas, y allí se ven rodeados de olas, cuyo tumulto ofrece la espantosa guerra de la muerte con la vida; pues si de una parte se ve un anciano que se hunde, un jóven que lucha nadando hasta que cae exánime, el cuerpo de una vírgen que flota destrozado, de otra parte se ve, ya un fiel perro que levanta su hocico para recoger un suspiro de aire; ya arrastrado por la corriente un nido de golondrinas, cuyos polluelos sacan la cabeza y pian como en las horas más deliciosas de la vida; ya un niño que bebe ansioso, pegados los labios al exhuberante pecho, la dulce leche que le da la vida, miéntras el agua llega amenazadora á las rodillas de su desesperada madre: negro, espantoso combate de truenos, de terremótos, de huracanes, de oleaje, sobre el cual vuela en vértigo de placer el genio del mal, contemplando aquella separacion, aquel divorcio entre el espíritu y la naturaleza.

SATAN (*riéndose*).

¿No es verdad que este Dios es altamente caprichoso? Ayer presentaba árboles, flores, bosques, perfumes, savia, rocío, todo un Eden; y hoy presenta guerras, hambres, inundaciones, hombres que se devoran unos á otros, tinie-

blas, destruccion y muerte, todo un diluvio. ¡Hermoso mundo, en verdad, es aqueste mundo! Creo que no lo cambiaria por mis dominios. El Señor de esta tierra debe llevar por corona lo vacío. Mas no creais que las aguas han llegado á todos los labios, y han hinchado todos los vientres, no. Esta lluvia que ha arrancado á tantos seres la copa de la vida, no ha anegado al esclavo. El esclavo, ese ángel caido como yo, está ahí atado con sus pesadas cadenas á un monte. Se ha salvado un hombre, y en él se ha salvado el eterno esclavo de la muerte, el esclavo, el único que podia necesitarla. Tú no encontrarás consuelo ni áun en la tumba. Para tí se cerrarán hasta las puertas de la eternidad. Tú andarás de region en region, siempre dolorido. Para tí no habrá esperanza; para tí no habrá consuelo; para tí no habrá nunca redencion. . . . . .

Áun no se habia oido resonar esta horrible y espantosa blasfemia del genio del mal, cuando descendió del cielo el Arcángel, en cuya presencia tiembla azorado Satan. Cortando las ondas de los soles, como el ave corta con sus aladas plumas las ondas del aire; alentado por la bendicion divina que habia recibido ántes de comenzar su carrera al través de los mundos; exhalando de sus labios entreabiertos la palabra que es como el centro de todas las esferas, de todos los círculos, de todas las armonías del Universo; resplandeciente con el reflejo de la eterna hermosura, del arquetipo que reside virtualmente en Dios, el Arcángel, mensajero de lo infinito, envuelto en un manto más trasparente que el cielo del Eden, coronado por su rubia cabellera, que cae sobre sus espaldas como los rayos del sol

sobre los espacios, circundado de azulada nube de incienso formada por las oraciones de todos los seres, arroja de su mirar sobre la tierra, áun calcinada por el rayo, la aurora de un nuevo dia, y ahuyenta con sus argentadas alas, más bellas que el resplandor de la luna, las espesas sombras, posándose tranquilo en un cedro del Líbano, como la paloma del valle cuando se recoge amorosa sobre su pequeño nido.

SATAN.

Veo aparecer á mi eterno enemigo entre las nubes tempestuosas del cielo. ¿Crees que vas á salvar al hombre de la esclavitud en que ha caido? La libertad huyó para siempre de la conciencia humana. Donde estaba su luz están ahora tan sólo mis tinieblas. ¿Podrá el hombre sacudir el mal con sus propias fuerzas? Yo le he arrancado el ideal de perfeccion, y ha descendido á perderse en el polvo como el último gusanillo de la tierra. La distancia que separa el mal del bien es infinita. ¿Quién llenará ese inmenso y pavoroso abismo? Ha violado la ley universal de la vida; ha desconcertado la armonía eterna de la naturaleza; ha puesto en el disco de su propio espíritu, más brillante que el sol, las nieblas del mal. ¿Quién podrá recomponer el espíritu humano destrozado por mis garras? ¿Quién podrá ir al bien por el camino de fuego del sacrificio? ¿Quién sacrificará el dia transitorio en aras de la eterna felicidad? El hombre es mi presa. Nadie puede arrebatármela; porque lo tengo entre mis garras y lo machaco entre mis dientes. Corre, Oriel, sér desgraciado, corre por la tierra, pária, ilota, esclavo, siervo, á ver si hay quien te quite del cuello la cadena.

Áun no habia proferido estas palabras, cuando el Arcángel elevó su dedo al cielo. Entónces se vió aparecer sobre la luna, vestida del sol, coronada de estrellas, una mujer divina que con su planta quebrantaba la cabeza de una serpiente. Sobre cuya frente se perdian, cerca ya de los últimos límites del Universo, dos ángeles que llevaban en sus manos una cruz de astros rodeada de coros de serafines, entonando melancólicos y sublimes cantares cuyos ecos conmovian el Universo, sobre el cual bajaba una lágrima vertida por el Eterno Verbo desde la region de lo infinito.

Apénas habia esta vision celeste iluminado el mundo, cuando surgió, sentado en tempestuosa nube, un anciano venerable, sobre cuya cabeza flotaba una aureola de luz, y á cuyos piés un ángel sostenia un gran libro, en el cual iba grabando con letras de fuego sus íntimos pensamientos. Veo, escribia, levantarse una torre cuya cima frisa con las nubes, cuyos cimientos se agarran á las entrañas de la tierra. Es un mundo levantado sobre este mundo. La tempestad cuando pasa se revuelca un instante en sus alturas, y el huracan se estrella contra sus fuertes inquebrantables muros. Allá en sus oscuros antros cree el hombre que se va á ocultar de su Dios, como si la mirada divina no penetrára esos muros cual penetra la pequeña losa del cráneo. Orgulloso está el hombre mirando su habitacion, como el águila mira altanera su nido. Pero de pronto un volcan estalla al pié de la torre, y sus piedras ruedan confundidas con las masas de lava que el volcan escupe, negra baba caida de sus oscuras fáuces. En el mismo instante, el huracan que de los cuatro puntos del horizonte se levanta, dispersa á los hombres, arrojándolos por apartadas regiones

de la tierra. Unos se pierden allá en un bosque inmenso y oscuro, donde al aspirar el aroma de sus mil flores se enervan con la pereza y se emponzoñan con el placer, que es miel para el labio y veneno para las entrañas. Otros se desparraman por los desiertos, en cuyas ardientes arenas encienden sus almas para una eterna guerra. Éstos se quedan casi helados entre las nieves eternas, y la soledad y el frio los obligan á calentarse en la hoguera de su propia alma. Aquellos audaces andan, andan, como si una espina se les clavase cada vez que quieren asentar el pié en la tierra. Todos buscan á Dios; pero todos tienen la frente sellada con la marca del primer delito. Allí, á un lado, tendido en tierra, veo un sér infeliz. Su cuerpo está despierto, sus brazos trabajan, se mueven sus piés; pero su alma duerme profundísimo eterno sueño. Dios habia hecho á todos los hombres iguales. Á todos les habia dado un sentimiento para que reflejasen la naturaleza, una fantasía para que creasen otra nueva obra dentro de la creacion divina, una inteligencia para que conociesen las armonías que enlazan todos los seres, una razon superior para que se perdieran en el cielo. Y el hombre se ha acercado al hombre, y en vez de llamarle hermano le ha llamado esclavo. El alma, que era una paloma, se ha convertido y trasformado en una serpiente. En la copa donde estaba la vida para todos, han vertido los hombres algunas amargas gotas de amarguísimo veneno. El esclavo, que habia venido á ser como el ángel custodio, se convertirá en la eterna víctima sacrificada en las aras de la tierra. En cambio de la vida que traia, le darán la muerte; pero no la muerte del cuerpo, que es de un dia, sino hasta la muerte del espíritu. El infeliz

no conocerá á Dios, no podrá espaciar en el cielo su alma, ni guarecerse en la esperanza. No podrá ir al seno del hogar á encontrar en brazos de la mujer amada un alivio á sus dolores y un paño para sus lágrimas. No podrá ver reproducida y aumentada su vida en sus hijos, porque le arrancarán sus hijos de los brazos y los venderán como vil mercancía. No sabrá quién es su madre, porque, concluida su lactancia, le apartarán como á la fiera de su madre. No sabrá lo que es el hombre, porque el hombre será para el esclavo como el cazador para la fiera. Y su alma caerá en postracion tan grande, que se dormirá contenta en ese calabozo. La libertad heriria al infeliz, como la luz del dia hiere la pupila del ave nocturna. La marca del hierro encendido que manchará su frente, quemará tambien su espíritu, evaporándolo como el fuego evapora el agua. Le parecerá que la cadena es parte de su sér, y la arrastrará por montes, por valles, por desfiladeros, sin quebrarla nunca, á pesar de que para quebrarla tiene el derecho en su alma y la fuerza en sus brazos. Y así andará de region en region, siendo su conciencia como un caos y su vida como un remordimiento eterno de la naturaleza. Sobre sus anchas espaldas estenderá la sociedad sus cimientos, y la sociedad lo olvidará. ¿Se acuerda, por ventura, el árbol de la tierra á la que toma su jugo? ¿Se acuerda el reptil del árbol de que se alimenta? ¿Se acuerda el ave del aire, ni el pez del agua? Pero no temas, hijo de la noche. Ya veo que las estrellas escriben allá en los espacios la palabra misteriosísima que va á esplicar toda la historia, la palabra «Redencion del Esclavo.»

EL PÁRIA.

JORNADA SEGUNDA.

I.

VALMILKI.

Aquí, en esta soledad, siento descender una voz del cielo que llena toda la tierra. En el seno de estos bosques cargados de rocío, teniendo por único templo el hondo valle, donde estoy más confundido con la eterna sustancia; bañándome en el agua sagrada del Tomoso, que tiene en sí disuelta la divina esencia; respirando el olor que me envia el sándalo, como una emanacion del espíritu guardado en su corteza; viendo el papagayo saltar de rama en rama, y el cocodrilo deslizarse por la yerba; mirándome en el lago que retrata mi pensamiento, y en el cielo que repite el eco de mi voz; coronado por las sagradas hojas del lotho empapadas en lágrimas de los dioses, repito la idea misteriosa que veo correr por mi mente como corre el pez por el agua,

el ave por el aire y la estrella por el éther. Aunque el mundo es en el espacio como los vagos sueños que pasan sin formas ni colores por los cerrados ojos; y la vida es como una gota de rocío suspendida á la flor del lotho, que el menor soplo del tiempo disipa y desvanece, yo, despues de haber domado mi carne por la maceracion y el ayuno, he visto pasar en las ráfagas del viento, en los rayos del sol, en los reflejos de la aurora, en el plateado rielar de la luna en el lago, todos los dioses, sí, todos los dioses, tejiendo los hilos de la vida, como la araña su tela, como la oruga su capullo. Allí está Ganesa acostado á las puertas del cielo, reclinada la frente en una almohada de estrellas, tendiendo sus cuatro brazos á los cuatro puntos del horizonte, para jugar con los vientos como el pastorcillo suele jugar con los polluelos del nido, escuchando á sus espaldas el ruido de la gran catarata del tiempo, que rebota en los espacios y le escupe blancas espumas recogidas en los labios del dios, por cuya virtud se trasforman en nieblas que llueven sobre la tierra la vida de los mortales. Por un lado del cielo pasa Indra con su corona de soles y sus piés de nubes, llevando en una copa más grande que la tierra el agua, sí, aquella primera agua con que el espíritu creador amasó el Universo, y seguido de estrellas que beben ansiosas en sus ojos el rayo de luz cuyo resplandor ilumina los abismos y las orlas del manto de la naturaleza, que al arrastrarse por lo infinito levanta polvo de soles y de mundos. He aplicado mi oido á las playas, y he escuchado el ruido del carro y de los caballos de Mahadeva, que al chocar en las olas levantan una tempestad de mágicas armonías, y vuelan arrojando de sus abiertas narices impetuosos huracanes que siembran

de trombas todo el Océano. En la cima del volcan, entre las llamas, envuelto en nubes de humo y de rojizos resplandores, saltando hasta perderse más allá del sol y cayendo hasta hundirse más allá de la tierra, he visto, vestido con su túnica de tinieblas, recostado en nubes negruzcas como el humo de una fragua, á Yama, de cuyas manos pende un espejo de azabache en el cual se reflejan nuestras obras, y cuyo negro color se torna entre verdoso y amarillo al recibir los remordimientos de los hombres. Quise apartar mi vista de este espectáculo, y ví surcando el azul del cielo, imprimiendo en la atmósfera su luminosa huella, con sus cabellos de oro que le caian sobre las espaldas, sus ojos más claros y más profundos que el verdoso Océano, sus labios más rojos que el coral; vestido con las nubes que habia recogido en las alturas, á Crichna, que libaba los besos que le daban las pastoras, y orlaba su frente con las flores recogidas de las orillas del Ganges, cuyos aromas perfumaron la cuna de la tierra en el dia de su nacimiento; y se ceñia al cuerpo la serpiente Calidusa, que luce escamas de mil colores, y esmeraldas, rubíes, diamantes, turquesas, perlas, todas las piedras que se encuentran en las plácidas olas del mar índico y en las prolíficas entrañas de Golconda. Por encima de los astros vuela Surga, muellemente reclinado en su carro de fuego, del cual van tirando verdes caballos que al hollar el éther levantan chispas, semillas de nuevas estrellas, y al relinchar enardecidos de alegría hacen temblar la tierra, y al arrojar de sus hijares blanca espuma argentan el Océano. Detrás va Rama con su maza más grande que un monte, seguido de los genios, de los vientos y de los espíritus de los bosques. Cerca de la tierra

vuela con amor la esposa de Siva, que tiene tres formas, y lleva á sus piés el pavo real, y vierte de sus pechos la leche de que se alimenta naturaleza, y se sumerge en una voluptuosidad infinita, y comunica con su beso de fuego el estremecimiento de su placer á todos los encendidos átomos de la materia, y va rodeada de las Apsaras, que llevan en sus alas de mariposa la inspiracion á la conciencia de los sabios, y abraza contra su seno á todas las criaturas, irradiaciones del eterno sér, embellecidas por el amor de la bendita diosa. Y no léjos de ella corre Deva con su túnica de blancas y rosadas nieblas, sus alas de céfiros, su arco de caña de azúcar en la mano, su carcax en las espaldas lleno de flechas que rematan en aromáticas flores, cuya esencia infunde ardientes pasiones y embriaguez y placer por donde quiera que pasa, pues el gran todo se vivifica y se enrojece en su amor. Por aquí se desliza Ushas abriendo las puertas de la mañana; por allí Varunha recolectando en su manto las estrellas como el espigador las espigas. Pero todos estos dioses que mudan tantas formas, que toman tan diversas vestiduras, que cambian de color y de matiz, como el Océano á cada beso de la brisa, son las gotas de agua en la lluvia, la onda en el rio, la hoja en el árbol, el rayo de luz en el astro, el grano de arena en la playa, el insecto en la hoja; son la vida que sube de uno en otro sér, la sustancia que se derrama por todos los cuerpos, como la humedad de la tierra por los filamentos de las plantas; la eterna esencia que se contiene en todas las formas, y en la cual se empapan todos los seres como las esponjas en el mar; porque plantas, piedras, animales, hombres, parecemos ante el gran Sér

como el polvo que el viajero sacude de sus sandalias, siendo solamente él, sí, él, verdadera sustancia, verdadera esencia, alma y forma, pensamiento y palabra de todo el Universo.

ARIUNNA.

Me alzo de la tierra como la niebla ¡oh Dios de los dioses! á saludarte. Tú eres el amor de la naturaleza que tiñe en su rojo color de sangre el volcan, la rosa, el clavel y el sol; tú eres la ilusion que esmalta de claro azul los cielos y de blanco las nubes; tú eres el corazon que palpita en los giros del aire y en las ondas del mar; tú eres el pensamiento que sacude sus alas sobre el Universo é inunda de astros las esferas y de gotas de rocío los árboles; tú eres el espíritu y la materia; la voz universal que suspira en las áuras y muge en los huracanes; el vientre de oro en que está contenido el huevo del Universo; el boton que guarda la semilla de todos los seres; el sacratísimo lotho encerrado en los profundos abismos donde hierven los tiempos; el alma única que corre sobre todas las cosas como las primeras brisas sobre las primeras aguas. ¡Ay! mi Dios, la adoracion que te consagro no tiene límites. Cuando sale el sol, me postro de rodillas y comienzo á pronunciar tu nombre hasta que el sol me abandona. Por la noche, si me reclino en el tronco del árbol para dormir un instante, sueño con tu nombre y con tu amor. En mis vigilias, el viento me trae tu voz, y el rumor de las hojas secas el ruido de tus pasos. Yo quisiera tener tanta voz como el trueno, y tanta celeridad como el relámpago, para llevar tu palabra á las alturas é iluminar con tu idea los abismos. Mis hijos, al balbucear

su lengua, sólo supieron decir tu nombre, y al espirar exhalarán tu nombre mezclado con el último aliento. He cogido un papagayo de plumas de mil colores con mis propias manos, y le he enseñado á decir tu nombre, y lo repite á sus semejantes, y puebla tu nombre hasta los bosques donde no han logrado penetrar nuestras pisadas. ¿Quién hubiera, como tú, creado el Universo? Allá en los abismos impenetrables del no sér estaba la nada, como las tinieblas en la noche, como la oscuridad en el antro; la nada, eterno sueño, eterna sombra, eterno silencio, eterna quietud, eterno vacío estendido á las plantas del Sér. Si habia semillero de mundos, capullo donde estuvieran guardadas las hojas de la flor de la vida, se encerraban en la profundidad de tu pensamiento, que como una inmensa y pálida retina se alzaba sobre el mar de tinieblas del no sér, sobre el hondo y pavoroso abismo de la nada. Tú ensayaste allá en tu idea profundísima el futuro Universo, y pasaron como gigantes las montañas y las nubes, y sacudieron sus ramas los árboles, y se levantó la adelfa, el sándalo, la canela, el bambú, y saltaron los animales, y el agua se tendió por los valles como una serpiente de plata buscando el lecho del mar, y el fuego se agarró á las entrañas de los montes como el feto al vientre de su madre, y la vida pasó encerrando mundos y mundos como la espiga encierra dorados granos de trigo, y el Universo entero anduvo sobre los espacios como el gigantesco avestruz sobre las arenas del desierto, y tendiste la mano para cogerlo, con el ansia con que coge el caminante la sabrosa y fresca fruta desprendida del cocotero, y palpaste tan sólo vagos y oscuros sueños, porque todo habia sido una ilusion

de tu fuerza creadora, la cual es tan viva y tan intensa, que produce hasta en la inmovilidad de su éxtasis y de su arrobamiento la imágen de la vida, como el alma enamorada reproduce en su memoria los rasgos del dulce objeto de su amor. Entónces vertiste una lágrima, y aquella lágrima, rodando de tus mejillas sobre el espacio, produjo las primeras aguas que cubrieron el sitio donde habia de surgir el Universo, aguas creadoras que llevaban en sus nieblas, en sus ondulaciones, en sus corrientes la esencia de la vida. Tu pensamiento atravesó lo infinito, que separaba de tí aquel Océano estendido sobre lo vacío, y depositó en él un huevo que fué fecundado por tu santo y universal amor. Y un dia el huevo se rompió, y su mitad de arriba fué el cielo, y su mitad de abajo la tierra; y apareció Brahama pequeño niño recostado en el cáliz de una flor marina, rubio como el sol, mostrando la inocencia de la vida en sus sonrosadas carnes, riente, purísimo, que llevaba su dedo á los pequeños labios como en señal de que el sér se encerraba en la contemplacion de sí mismo en este su primer arrobamiento. Pero el Dios, primer producto de la vida, no podia ser siempre niño, como no puede ser siempre tallo la planta. Y el Dios-niño creció y fué un gigante. Sus piés se hundieron en los abismos, su frente se elevó al cielo, el mar se suspendió como un manto de sus hombros, todos los volcanes hirvieron en su pecho, los bosques se entrelazaron para formar su túnica, los rios corrieron como ligeras cintas de sus grandes vestiduras, las estrellas se engarzaron en su corona como pequeños diamantes, los aires fueron sus alas matizadas de color celeste, la cadena inmensa de los seres el gran collar que pendia de

su garganta, el sol y la luna sus dos ojos que miraban á lo finito y á lo infinito, al tiempo y á la eternidad, los rumores todos del Universo su voz, y su lecho, el lecho donde se recostaba con la copa de la vida en la mano, los inmensos espacios. Pero al ver en sí mismo al mundo, Brahama se asustó pensando que no tenia fuerza alguna que conservára tanta vida; y entónces de sus labios salió una nube celeste, un espíritu ethéreo que dijo: «Yo.» Y al pronunciar esta palabra se derramaron por los espacios mil espíritus como gotas de rocío, como burbujas de aire, y de estos espíritus ténues y leves surgió la vida de los hombres.

BRAHAMA.

Esta es mi hermosa tierra de la India; salud, salud, divinos lugares. El Océano os cierra de un lado con su manto azul, y de otro el Himalaya ceñido de nieves; por vuestros valles corre el Indo, el sagrado Ganges, que alimentan con sus aguas la palmera, cuya verdosa corona se agita en los aires; el sándalo, que exhala de su corteza nubes de aroma; la canela, los bambúes, entre cuyas hojas y ramas corre la gacela, anda el camello y se detiene el tardo elefante, embebiendo todos la vida que emanan estas grandes regiones. ¡Oh! pais, hermoso pais de la India, tiende tus yerbas para que pueda yo tener un lecho; téjeme una vestidura con la pelusa de tus flores; úntame el cuerpo con tu blanco aceite de sésamo; cúbreme con las anchas hojas de tus árboles, que como grandiosos escudos me libertan de los dardos del sol; fabrícame un palacio con tus frondosas higueras; coróname con tu yedra y tus enredaderas floridas y llenas de celestes campanillas; renueva el aire con

los abanicos de tus palmeras y con las colas de tus pavos reales; mándame á los oidos el cántico de tus mil aves; regálame el olfato con la esencia más pura del almizcle que tienen tus más preciados animales; deslíe en la copa de oro que en Golconda forjas, ámbar amarillo, y escancíamelo con las aguas del Ganges, para que refresque mis secas fáuces; recoge las frutas que se derraman por tus campos, y ofrécemelas frescas, para que mate mi hambre; tráeme tus vacas con sus tetas rebosando leche, para que pueda continuar mi camino; y yo te bendeciré, cuna hermosísima, tierra privilegiada de la India, donde el sér vive en su plenitud, y se desenvuelve con todas sus virtudes la divina esencia.

El Brahaman.

Aquí estoy, á tu lado, hundidas las rodillas en un monton de arena, clavados los ojos en el sol que se sumerge en su ocaso, oyendo el rumor del rio que corre como nuestra vida, ceñida á la garganta la piel de una culebra, enredados los piés en zarzas floridas, bajo un arbusto que deja caer sobre mí sus hojas, sus flores, sus gotas de rocío, extasiado en contemplar tu faz, y de tal suerte alejado de todo movimiento y de toda vida, que las aves, tomándome por un tronco fuerte y seco, vienen á fabricar sus nidos en mis espaldas, porque yo no me muevo temiendo que el menor ruido me aparte de esta contemplacion de tu sér, en la cual embebo toda mi existencia, que no podria consagrarse á fin más digno, á un objeto más grande, pues en tu presencia todo sér es como un relámpago que se apaga,

como una ráfaga que huye. Cuéntame, Brahama, cuéntame tu vida.

BRAHAMA.

Estaba el Sér sobre las tinieblas ideando el Universo encerrado ya en la mente divina como el polluelo en la yema del huevo áun ántes de que el ave la fecunde con su vívido calor. Un dia el Sér arrojó de sí las aguas, que fueron la primer condensacion de su pensamiento. El espíritu invisible dejó en las aguas alteradas el gérmen de la vida. En seguida se movieron las aguas, aunque impulsadas por el segundo espíritu que vivia en ellas y que era una emanacion del Sér primero incomunicable y divino. Del amor de las aguas con los aires, de sus eternos besos nací yo, yo, Brahama, que venía á producir nuevos gérmenes y á idear nuevas creaciones. De mi frente, como el rayo de luz de la frente del sol, brotó el alma universal. Esta alma tomó todas las formas vitales, como la mariposa toma todos los colores del iris al recoger los átomos de las flores en sus blancas alas. El Universo se alimentó de mi sustancia, se vistió los colores que habia tomado de mis ojos. Al mirar el abismo de que surgia la tierra, derramé los relámpagos, los rayos, las nubes, los truenos, los cometas, las estrellas de mil formas y colores, todo, todo el hervidero de mi vida. Al estender mi mano, que el Sér Supremo agitaba, volaron las aves por el cielo, se arrastraron los reptiles por las yerbas, y recorrieron los peces las líquidas entrañas de los mares. Al andar cubrí de insectos luminosos, con el polvo que levantaban mis piés, todos los espacios de la tierra. Y en esta obra me animaron los

sabios que yo habia creado con un soplo no más de mis eternos labios. Y desde el astro hasta la luciérnaga que brota bajo la verde hoja de la yerba, desde el sol hasta la gota de rocío, todos los seres fueron como la organizacion, como la forma, como la vestidura de mi sustancia. El iris es mi arco de guerra, los rayos del sol mis flechas, las blancas nieblas mi ganado, que se alimenta sólo de las aguas disueltas en los aires; el relámpago es la chispa que arroja mi trono de pedernal; la tierra es el elefante que yo monto, las montañas las columnas que me sostienen, las ramas de los árboles mis abanicos, los pavos reales mis heraldos, los ruiseñores mis bardos, las águilas y las serpientes mis ejércitos, y el Universo entero el espejo en que se refleja mi esencia, el pequeño vaso de que rebosa mi vida.

El Brahaman.

Por aquí veo pasar otro Dios, sí, otro Dios sacratísimo.

Brahama.

Será una de las manifestaciones del sér. Yo tambien he tenido otras formas; tambien he dejado en mi camino otras vestiduras, como la serpiente deja su piel de mil colores en los bosques. Yo he sido un cuervo hambriento que abria sus grandes alas en los campos de batalla, y clavaba sus garras en las entrañas de los heridos, y bebia hasta la última gota de su caliente sangre con un ansia infinita. Yo he sido un pária sin conciencia, sin alma, vestido de esparto, cubierto de inmundicias, hablando por gemidos semejantes al eco del huracan que se estrella contra las cavernas, tenien-

do por único alimento las presas que me daba mi arrojo, siempre dispuesto á saltear el camino y despojar al caminante. Yo he sido un solitario, como tú, encerrado en el bosque, oyendo mugir al búfalo, ladrar al perro, rugir al leon, maullar al tigre, sin que los mil sonidos de la gran música de la naturaleza me hayan apartado de mi divina meditacion. Yo he sido un poeta, he visto bajar las inspiraciones celestes á mi frente, he tomado la hoja de la palmera que arrastraba el viento, y allí he escrito mis himnos de alabanza á esta creacion inundada de vida. Y cansado de tanta vida, me he vuelto á dormir en el cáliz del lotho, que me ha llevado sobre las aguas como la onda lleva su corona de espumas por la luz suavemente matizada, hasta que al fin un espíritu azul venido de lo alto estendió sus alas de mariposa, me llamó á ellas, y emprendiendo de nuevo su vuelo á las alturas, me dejó allá en aquellos bosques de oro, en que los árboles son los cielos y las frutas las doradas estrellas.

El Brahaman.

Dime, genio divino, ¿por qué, siendo tú tan bueno, existe el mal, por qué?

Shiva.

Á esa pregunta contestaré yo, que vengo del monte Merú, centro del mundo, donde se acuesta de noche el sol y de dia la luna y las estrellas; joyero hermosísimo en que está guardado el anillo nupcial que une el cielo con la tierra; lecho en que me engendraron la luz y el aire, cuando aquella bajaba de los palacios de los dioses y éste

subia de las profundidades de los abismos, y se encontraron en la inmensidad, y se dieron un beso de amor que fué el estallido de mi vida. Mírame de este lado, y me verás hermoso, con el círculo de la vida en la mano, el buey á mis plantas, la savia de la naturaleza en mis venas, la sonrisa de la aurora en mis labios, el agua del cielo inundando mi frente y deshaciéndose en pequeñas gotas de rocío pegadas á mis dorados cabellos; y de otro lado me verás deforme, horrible, envuelto en tinieblas, pisoteando el Universo como el pié hendido del elefante pisotea las casillas de los insectos, bebiendo las lágrimas y la sangre que los mortales vierten sobre la tierra, exhalando de mi boca, más negra que el abismo, fuego, adornada mi garganta con un collar de cráneos, mis brazos con víboras, mi cintura con serpientes, hundidos los piés en las entrañas de un tigre; porque yo soy la luz y las tinieblas, la gota de rocío y el grano de arena enrojecido en el desierto, la hoja de la flor y la espina, la víbora y la vaca, la muerte y la vida, la faz de esa eterna guerra que hay empeñada siempre en la naturaleza entre el mal y el bien.

El Brahaman.

Y despues de verte, ¿he visto yo toda la vida?

Vichnú.

No; porque te falta ver á Vichnú, á mí, que soy la forma visible de la vida. Yo he sido pez de mil colores que ha vagado en los azules abismos de las aguas; inmensa tortuga que ha sostenido en su dura concha todo el peso del Universo; blanco elefante de tres grandes trompas que ha

pisado los picos de las nevadas montañas y los hondos abismos de los valles donde no llega el rayo del sol; guerrero audaz montado en un caballo tan blanco cual la primera nube que salió de las primeras aguas, ostentando en mis manos por espada un dorado cometa; Brahaman que ha abierto con su hacha de oro en los bosques el camino del hombre; y en esta larga carrera, en estas innumerables trasformaciones, despues de haber convertido la tierra en una vaca y los mares en tetas llenas de leche, y de haberme largamente alimentado á sus pechos; bendecido por todos los seres, perfumado por la resina del sándalo, cubierto con los átomos que han dejado caer sobre mí todas las flores, abanicado con las ramas de todas las palmeras, precedido por las grullas que formaban un círculo sobre mi frente allá en los aires como una corona fantástica, acompañado de las negras gacelas que se tendian á mis plantas, acariciado por las brisas, aliento suave de las ondas, saludado por los pavos reales que levantaban entre las ramas floridas su azul y flexible cuello para mirarme, seguido por los becerrillos que traian guirnaldas de yedra y de enredaderas en sus cuernos, he tejido con los hilos de mis ideas y de mis sustancias el hermoso velo de las formas para arrojarlo sobre la esencia invisible de la vida.

El Brahaman.

¿Y áun habrá más dioses?

Brahama.

Hay más dioses que nubes de aromas en las flores y que átomos de luz en el sol; porque todo el mundo está impregnado de la divinidad, como de agua el lotho. Los

genios divinos están en el aire como los colores en los átomos de la flor. Mira la esposa de Shiva, á la cual tambien yo amé un dia, con la copa de ámbar rebosando el néctar de la vida en la una mano, haces de flores en la otra; recostado el mórbido brazo en robusta vaca, embebecida en mirar el rio sagrado que fluye á sus piés, coronada por la media luna, cuyo albo arco flota sobre su negra cabellera, iluminada por los resplandores del fuego creador que centellea en la alta cima del Himalaya como el sacrificio sobre el altar; diosa de amor que amamanta á sus pechos toda la naturaleza. Entre los arreboles sonrosados y de color violeta que el sol poniente con sus rayos de oro pinta en los nevados picos de los montes; al límpido reflejo de los lagos, sobre cuyas aguas trasparentes se suspende como una gasa de oro la última claridad del dia; junto á las toscas y agrestes cabañas que humean, envolviendo en sus nubes de humo los espesos bosques; al eco de la gran música que forman el canto del grillo, el mugido del toro, el último arrullo de la paloma torcaz, el primer grito del ave nocturna; cuando las estrellas de la tarde brillan indecisas en los pliegues del manto de los cielos, veo aparecer el gran cortejo de las divinidades, precedidas por Poleyas vestido de luz, acompañado de planetas, ornada su cabeza de elefante con madre-selvas, apoyado en su hermano Escanda que va caballero en un pavo real y seguido de un gallo y coronado por las grandes constelaciones; dioses infinitos, maravillosos, que estendiéndose por la creacion como los rayos del sol por los espacios, son los átomos de la eterna sustancia, la forma de la eterna idea, los ecos de la eterna palabra, las irradiaciones perennes de la eterna vida.

El Brahaman.

Y estos dioses ¿no se reunirán en un Dios superior?

Brahama.

Todo se reune en mí. La fuerza creadora de Vichnú, la fuerza destructora de Shiva se reunen, se condensan en mi sér. Vichnú va por los espacios sembrando vida, Shiva sembrando muerte; y en mi seno la vida y la muerte se dan un ósculo de paz. Vichnú arroja sobre el cielo el rayo del sol como el cazador su flecha, Shiva arroja las tinieblas como el sepulturero la tierra sobre el cadáver; y yo con la luz y las tinieblas formo el eterno crepúsculo llamado dia y las magnificencias de la noche. En Vichnú el sér es como un Océano hirviente y vívido, en Shiva la nada es como un abismo oscuro é insondable; en mí se juntan, se identifican el sér y la nada. Sobre esos dioses, sobre esos genios, sobre todas esas formas de la vida está la sustancia impalpable, ethérea de mi vida, que todo lo llena, desde las profundidades del cielo hasta las profundidades del mar. Vichnú hace brotar la hoja, Shiva la seca; yo soy la savia. Vichnú ilumina el astro, y Shiva lo cubre de sombras; yo soy el éther de que se ha formado la luz, y el vapor y el agua de que se han formado las nieblas. Vichnú rompe el huevo donde está empollada el ave, y Shiva envenena el dardo que en los aires hiere el ave; yo soy la yema del huevo y el jugo del veneno. Vichnú y Shiva luchan, se despedazan, quieren tener el dominio de todos los seres, cogen la vida humana el uno por la cuna, el otro por la sepultura; pero yo tomo los dos estremos, los uno, y formando de ellos,

como la serpiente que se muerde la cola, el círculo de la ley de todas las cosas, corono mis sienes con la vida y con la muerte, y me llamo la esencia, el sér.

El Brahaman.

Dime, ¿y cómo han nacido los hombres?

Brahama.

Mi boca es más olorosa que la flor en la primavera, y más rica que la primera fuente de que nace el Ganges, y más dulce que la miel guardada en el cáliz de los jazmines, y más alimenticia que las tetas de las vacas del Himalaya, y de color más bello que el sonrosado reflejo de la aurora en el cielo, y sus palabras más fecundantes que todas las semillas que el Sér-esencia sembró en lo infinito para que produjeran todas las cosas en el dia sagrado del florecimiento de la vida universal. Y de una palabra escapada de mis labios nacieron los Brahamanes, los predilectos de mi gloria, los ungidos con el óleo de la vida celeste, los destinados á guardar los libros santos, los mediadores entre mi sér y el sér de la naturaleza, los que han de conservar mis secretos, los que están formados de un espíritu más puro que la primer brisa del primer dia del mar, los que tienen un cuerpo hecho de la sustancia más santa de la tierra, los sacerdotes, en fin, elegidos para mandar á los demas hombres, como el pastor ha sido destinado á mandar el ganado. Y vosotros debeis dominar las conciencias, dispensar la vida y la muerte, atar á vuestro carro á todos los hombres, poner vuestras plantas sobre sus espaldas, hollar sus almas, vivir de su trabajo, arrancarles sus hijos si es pre-

ciso, velar la verdad á sus ojos, ser, en fin, sus dueños, sus señores, sus sacerdotes; porque vosotros habeis nacido de mi palabra, como la mariposa nace del cáliz mismo de las flores, y debeis de mí suspendidos libar la miel de mi vida y respirar el aliento de mi palabra.

LOS BRAHAMANES.

Sí, nosotros somos los elegidos de Brahama, nosotros los herederos de todos sus tesoros, nosotros su glorificacion en la tierra. Hemos sido tocados por el dedo de Brahama en la frente, y Brahama nos ha señalado para leer sus sacratísimos libros, sus sublimes dogmas. Todo cuanto Brahama ha exigido de nosotros, todo lo hemos hecho. Despues de salir el sol hemos sacrificado á su grandeza en el lugar sagrado donde se cria la gacela negra. Nuestras madres, al darnos á luz, perfumaron nuestros labios con miel y manteca guardadas en vaso de oro. En dia propicio de una nueva fase de la luna nos dieron un nombre armonioso y de una gran cadencia, para que fuera agradable al oido de Brahama y fácil á sus labios. Vistiéronnos de blanco lino, y colgaron de nuestros hombros doradas pieles de ciervo. Regaláronnos los bastones que llegaban hasta la frente, y que servian de apoyo á nuestras vacilantes fuerzas y de guia á nuestros primeros pasos. Dimos vueltas alrededor del fuego sagrado, como el sol en torno de la tierra. Comemos siempre con la cara vuelta hácia el Oriente, para prolongar nuestra vida y poder así cantar mejor tus alabanzas. Todos los dias, á todas horas hemos hecho las abluciones necesarias para purificar nuestro cuerpo, y de rodillas sobre el césped hemos pronunciado la sílaba

divina que es el resúmen de tu ciencia. Nuestra oracion ha durado tanto, que hemos visto muchas veces dormirse el sol y despertar las estrellas, dormir las estrellas y despertar el sol. Ayunos, para mejor comprenderlo, hemos leido desde la primera hasta la última palabra el libro de los Vedas. Y por seguir sus consejos hemos abandonado todos los placeres, el lecho del amor, el oro del avariento, el palacio del poderoso, el festin del gloton, y nos hemos entregado á leer y á meditar tu incomunicable palabra, que esplica todo el Universo, y que penetra, como el rayo del sol los aires, todo nuestro sér, toda nuestra naturaleza. Y despues, alejándonos de los hombres inferiores á nosotros, hemos tomado nuestra calabaza, nuestro plato de madera, nuestra cesta de bambú, y nos hemos ido al interior de los bosques á ofrecer los sacrificios que debemos cuando la luna llena se mece en el cielo y en el fondo del lago, ó viene el solsticio de verano y el de invierno, ó brota el tallo del naciente trigo; y allí no hemos comido sustancia alguna animal por no devorar un fragmento de Brahama, sino las frutas secas que se caen de los árboles; y no hemos andado por no matar los insectos que hay en el polvo; y apénas respiramos lo necesario para la vida por no sorber los seres que hay en el aire. Siempre macerados, en la estacion de las lluvias recibimos en nuestras carnes los torrentes que se desgajan del cielo, y en el estío sufrimos en nuestra frente los dardos del sol, y en el invierno gustosos nos envolvemos allá en los altos picos entre los montes de nieve; porque deseamos dejar esta piel que nos cubre, esta vida que nos ahoga, este mundo de un dia que pasa por el espacio como una sombra, esta vestidura de carne que es polvo, para beber

el alma universal, y bañarnos en la vida celeste, y sumergirnos en el sér de que fueron hechas todas las cosas, identificándonos por nuestras virtudes con el divino Brahama.

BRAHAMA.

Pues áun hay más hombres en la tierra, pero hombres inferiores á vosotros; hombres que han nacido de un esfuerzo de mi naturaleza, hombres que produje al retorcer en un gran trabajo mis brazos, hombres nacidos para la lucha, para la guerra.

LOS GUERREROS.

Nosotros hemos salido de los brazos de Brahama, y somos el asiento de su obra. Cuando el sacerdote y el ermitaño nos señalen un punto de la tierra donde haya enemigos de nuestro Dios, irémos á llevarles la muerte en nuestras flechas. Montarémos los grandes elefantes, y tomando la forma del rayo que cae de las nubes, hendirémos las haces enemigas, quemándoles hasta el corazon, hasta la sangre. No habrá quien pueda resistirnos, como no hay en los espesos bosques fuerte encina que pueda resistir la nube en cuyas entrañas arde el fuego. Nuestros dardos sedientos se pegarán á las venas de nuestros enemigos, y no se caerán hasta que se hallen ébrios de sangre. Volarán nuestras flechas por los aires como serpientes aladas, y sus mordeduras serán tan mortales como las mordeduras de la víbora. Y el nombre de Brahama será repetido en medio de la guerra, como es por el trueno repetido entre los grandes sacudimientos de la horrible tempestad. Y nuestro arco será tan reluciente como el disco del sol, y nuestra cuerda tan

hermosa como el rayo de oro de la luz. Y á pesar de nuestro furor, no heriremos ni al anciano, ni al niño, ni á la mujer, ni al enemigo desarmado, ni al que pida misericordia de rodillas, ni al que huya; porque somos como la nube, que si va arrojando rayos que abrasan los bosques, tambien llueve abundantes aguas que empapan la tierra y la preparan para dar vida á la semilla. Pero nosotros, seres inferiores, nos someterémos siempre á lo que quiera el sacerdote, cuyo pensamiento es el pensamiento de Brahama, cuya palabra es la luz del cielo, cuya vida es como la olorosa goma que destila el árbol en que se recuesta Indra, y á cuya sombra duermen todos los inmortales, que han hecho los Brahamanes de átomos de sus mismos cuerpos.

BRAHAMA.

Pues áun hay más hombres en la tierra; pero inferiores á vosotros, Brahamanes, que sois mi pensamiento, y á vosotros, Satrias, que sois mi fuerza. Y esos hombres serán mi trabajo. Un dia que andaba sobre los espacios, al moverme se desprendieron con grande estruendo de mis muslos sobre la tierra. Ellos son inferiores á vosotros, Brahamanes, que sois hijos de mi cabeza, y á vosotros, guerreros, que sois hijos de mis brazos.

LOS VASIAS.

Nosotros somos los comerciantes y los agricultores en tus dilatados dominios, ¡oh Brahama! Nosotros bajamos á recoger las perlas guardadas en el fondo del mar, y subimos á recoger las flores que se mecen sobre la cima del Himalaya. Nosotros sacamos con el sudor de nuestro rostro el

hierro que el guerrero usa en el campo de batalla, y recogemos la miel que liba la abeja y deposita en sus blancos y nevados panales. Trabajarémos, trabajarémos para tu gloria y para la gloria de tus Brahamanes. Tejerémos el lino para sus túnicas; recogerémos la gacela negra que se haya muerto en el bosque, para darles un manto; irémos á Golconda á buscar el oro para sus brazaletes y la esmeralda para sus resplandecientes aras; atravesarémos el desierto para arrancar las gomas olorosas de sus árboles solitarios y perfumar el aire que respiren; trabajarémos para sustentarlos, porque nada hay tan propicio á Dios como el alimento dado al Brahaman, al sacerdote; y cuando le veamos venir á nuestra presencia, cerrarémos los ojos para que su resplandor no nos ofusque, y nos arrojarémos en el polvo, llamándole á que pise con sus plantas nuestra cabeza, escabel de su poder y de su majestad, que puede llegar hasta eclipsar con su divino resplandor la claridad y los arreboles de los hermosos cielos.

BRAHAMA.

Áun hay otros seres que han nacido de mis plantas, última degeneracion de mi sér, último límite de mi vida; seres nacidos para llevar sobre sus espaldas todo el peso de la sociedad; trabajadores, que sólo sirven para la fatiga y para empapar con sus lágrimas y con su sudor la tierra. Esos son en la naturaleza como la pezuña en el elefante, como la garra en el águila, como la espada en el guerrero, como los dedos en el mono; son la planta de los piés de la sociedad, y han nacido para la servidumbre.

Los Sudras.

No nos atrevemos á hablar, porque no podemos pronunciar el nombre incomunicable que repiten las aves en sus cánticos y las fieras en sus ahullidos; nombre que profanaríamos con nuestros impuros labios. Haced, señores de la tierra, lo que bien os plazca de nosotros. Vuestra voluntad arrastra nuestras acciones, como el huracan la caña del bambú, que arranca con sus ráfagas á la tierra. Delante de vosotros somos como el insecto que pisa el tardo elefante, como el animalillo que vive en el polvo de la tierra. No nos maldigais, y de rodillas os seguirémos hasta el fin de la tierra.

El Brahaman.

¿Y no hay más razas?

Brahama.

Allá en el fondo de las cavernas hay un sér que no me atrevo á nombrar, y que ha nacido de los átomos de tierra que mis pisadas levantan; hijo de la noche, eternamente maldito.

Oriel.

Pária, pária me llaman todos espantados, y huyen, sí, huyen de mí que los amo tanto. Hasta la naturaleza dicen que me tiene horror. Si paso cerca de una cabaña, los mastines salen y me muerden los piés. Si encuentro un pequeñuelo y quiero besar sus sonrosadas mejillas, huye de mí llorando. Si me detengo un instante á preguntar á una jó-

ven la senda, el camino, me maldice y cierra los ojos para no mirarme. Si me acerco á las puertas de un templo, se suspende el sacrificio, y se dispersan los sacerdotes, y caen al suelo las ofrendas. Cuando paso á orillas de un rio y veo el agua trasparente que refleja el cielo y la luz, no quiero mirarme, no sea que me horrorice y tenga que huir de mí mismo, como huyen todos los hombres, todos los seres de la tierra. ¿Si envenenaré con mi aliento los aires? ¿Si será mi sombra ponzoñosa como esos árboles que matan al viajero que les pide un refugio? Por todas partes maldiciones, por todas partes ahullidos humanos contra mí, mucho más espantosos que los ahullidos de las fieras. ¿Para qué quiero vivir? Yo, que amo tanto, no tengo un amigo. Mis lágrimas caen sobre la tierra, y se pierden, y no fecundan ningun corazon, como la lluvia en los arenales del desierto. Nadie vela mi sueño, nadie me sonríe al despertar, nadie me acompaña, nadie llora conmigo; todos me desprecian, y ni siquiera encuentro quien me arranque el peso de esta vida. ¡Ay! ¡ay! Si al ménos tuviera un hogar, como tiene sus madrigueras el tigre, su nido el buho, su agujero la víbora, no podria quejarme de esta tierra despiadada, que me arroja de sí, negándome lo que concede á las fieras... Al ménos, una madre, sí, una madre como la tiene el polluelo cuando las plumas no han vestido su cuerpo. En su corazon, en su sonrisa, en el calor de sus sentimientos encontraria un poco de vida; porque lo que hoy veo, lo que hoy siento, es la muerte, sí, la muerte en todo su espanto, en toda su terrible realidad. Una familia compensaria este dolor inmenso. Las grullas pasan sobre mi frente componiendo una bandada. Las golondrinas cruzan

unidas los mares. Los elefantes huellan de dos en dos la tierra. Y yo aquí solo, yo, sin tener un hermano, ni una familia, ni un sér que me ame. Vosotros, los que llamais á las puertas de vuestras casas y veis salir una mujer que os aguardaba impaciente, un niño que os llama padre, ved mi soledad, y apiadáos de mí, si es que teneis corazon. Y yo nada sé de ayer, nada adivino de mañana. Veo á los hombres presentarse ante sus dioses, y les pido sus creencias y les digo que necesito orar, y me arrojan de sí y me condenan á este eterno silencio. Tampoco tengo religion, tampoco una esperanza más allá de la muerte. Habladme del cielo. Decidme qué hay detrás de ese horizonte, más allá de esos astros. Yo, que sólo veo en el bosque víboras, y en la tierra espinas, y en las frutas veneno, y en las montañas volcanes, y en el mar tempestades, y en el corazon de los hombres odio, yo necesito creer que allá en el cielo hay una fuente de misericordia y de justicia. ¡Oh! ¡Cuántas veces me he arrastrado á los piés de los Brahamanes, de esos sacerdotes á quienes proclaman llenos de virtudes, y por no contaminarlos con mi maldita palabra, les he pedido por señas un Dios, sí, un Dios á quien adorar, á quien confiar mis penas, y me han contestado con una maldicion! Aves, teneis más instinto que yo; fieras, sois más felices que yo; piedras que piso, os envidio. Yo no tengo más compañero que esta soledad negra é inmensa como un abismo. No vengas, aire, á secar mis lágrimas. No quieras distraerme con tus cánticos, ruiseñor que pendes de las ramas de la enredadera. No me envenenéis, palmeras que dejais caer á mis piés vuestro fruto, porque envenenarme es sostenerme, alimentarme en esta vida que detesto. Oigo rumor

de gente. Huiré, huiré á las selvas. Me asusto de mi propia sombra. ¡Oh! ¡Si pudiera huir de mí mismo, sí, de mí, que soy como un eterno sollozo de la tierra, como un eterno borron de la naturaleza! Ven, dulce y tranquilo sueño, único amigo de mi dolor y consuelo único de mis penas, ven, y envuélveme en tus sombras, y sumérgeme en tu olvido, y quítame la luz que ilumina este odioso mundo, y el pensamiento que ilumina esta oscura conciencia; ven, y si puedes ser eterno, derramarás sobre mí una felicidad incomparable, ya que el árbol, el insecto, la piedra fria son más libres que yo en este mundo; ven, y estiéndete por mis miembros fatigados, y cierra mis ojos que saltan de las órbitas, y refresca un poco al ménos con el aliento de la noche mi cerebro que se abrasa; pero no consientas nunca, nunca, cuando me haya dormido, que sueñe con mi horrible miseria, con mi degradacion, con mi soledad, porque entónces ni en el sueño hay para mis penas consuelo, para mis males el olvido que buscaria, si pudiese, hasta en brazos de la pálida muerte.

El Brahaman.

No oigais, Señor, el lamento de ese desgraciado que pasa, no lo oigais. El que arranca la hoja de un árbol será maldito, porque causa un dolor á una criatura; el que despoja de su cáliz á la flor será maldito, porque acaso de allí podria nacer una semilla que adornára con nuevas flores la tierra y aumentára los encantos de la vida; el que hiere á un lobo, á un leon, será maldito, porque el lobo y el leon vienen á ser el alma de las selvas, la voz de los bosques, y sus fuerzas necesarias á toda la creacion; el que

anda por la tierra y pisa un hormiguero, un nido de insectos, será maldito, porque en el bullir de esos animalejos hay tambien vida divina; el que disipa una gota de agua donde se mueven mil seres casi invisibles, será maldito, porque disipa una parte, aunque ínfima, del gran todo; el que maltrata cualquier forma de la naturaleza será maldito, porque la resina que sale del pino y del sándalo, el oscuro grano que deja caer la flor de la pimienta, la miel que destilan las plantas, el agua que brota de las peñas, la gota de rocío que amanece pegada á las hojas, son corrientes de la sangre de Brahama, que se vierten de sus venas heridas y entreabiertas; pero el que desprecia al pária, el que le escupe, el que le golpea, el que le hiere, será bendito, porque un pária es la eterna maldicion, el hijo de la noche, la escrecencia de la naturaleza, el límite de la vida, el mal, el enemigo de Brahama.

ORIEL (*pasando*).

Todos me maldicen. Mi crímen es no haber nacido en este pais, á la sombra de un sándalo, en la cabaña de un brahaman. Entónces me rociarian con leche de vacas, me darian á beber miel destilada de los jazmines y de las rosas, me untarian los labios y la frente con manteca, y llevándome en brazos al pié del ara perfumada por los lirios de los valles, me ofrecerian á los dioses, ciñéndome el cordon sagrado, signo de la vida.

BRAHAMA.

Para tí no hay esperanza, para tí no hay salud. El crí-

men más grande que puede cometerse en la tierra es mezclar una raza con otra raza, una casta con otra casta, una gente con otra gente. Así como en la tierra que está ocupada por las raices de la palmera no puede, no, brotar el plátano, en la mujer donde brota un brahaman no puede brotar un vasia. Si levantais una palma en las nieves, moriria de frio, como si levantais un pino en el hondo valle moriria de calor; y si mezclais al que ha nacido de mis labios con el que ha nacido de mis piés, tendréis un horrible mónstruo. Más le valiera haber nacido insecto, mosca producida por la corrupcion de un cadáver, ó cerdo sumido en la inmundicia. El que nace del contacto, de la mezcla sacrílega de las razas, y así turba la ley de mi vida, será maldito, su sombra producirá la muerte; y encorvado bajo el peso de su desgracia, pasará su vida, ó cantando para distraer su dolor, ó tañendo una campana para llamar á los fieles á una oracion de cuya virtud no participará; ya ocupado en partir las aguas con el pesado remo, ó en arrastrar las llaves de los hondos calabozos donde gime el criminal, ó en matar al que mi justicia condene á muerte; siempre alejado de la sociedad y de las ciudades, viviendo á la sombra de los grandes árboles, cerca del quemadero de los difuntos, para que se acuerden que son como sombras y vapores de la nada, pues la semilla que se arroja en la arena ó en la piedra, nunca, nunca producirá fruto.

El Brahaman.

Viviré meditando tu ley y haciéndola cumplir á los hombres.

El Satria.

Viviré peleando con tus enemigos.

El Vasia.

Viviré cambiando lana por ámbar, púrpura por oro.

El Sudra.

Viviré empapando la tierra con el sudor de mi frente.

Oriel (*alejado de todos*).

¡Ay!... ¡ay!... viviré muriendo... ¡ay! ¡ay! ¡ay!

II.

Las Apsaras.

Nosotras somos las mensajeras de los dioses. Hemos nacido de la primera palpitacion de las ondas al rodar sobre la tierra, de la primer neblina que se levantó de las aguas coronadas con los reflejos del hermoso iris. En la frente llevamos diademas de algas y de perlas; en los hombros blancas alas tan resistentes como las alas de las gaviotas; la túnica que vestimos es de esa niebla que corona, al nacer la mañana, las cimas de las montañas; un cinturon de verde musgo pende ondulante de nuestro cuerpo; círculos de cristal de roca adornan nuestros brazos; arpas cortadas de los sándalos despiden, pendientes de nuestras manos, armonías tan dulces como los rumores de los bosques cuando cae la tarde; y si volamos, al hollar con las orlas de los mantos de gasa la azul superficie de los lagos, los cubrimos de espumas que imitan en sus ligeras blan-

cas formas nuestra propia imágen, como si recordáran el dia feliz en que nos despertamos entre su verde limo á la vida. Somos invisibles á los ojos de los mortales, como ilusiones que pasan, como sombras que huyen, como esas pequeñas nubes que unas gotas de rocío forman y un rayo de la luna disipa; porque somos las aladas mariposas que vienen á recoger el aroma de la tierra, flor que flota en los espacios del inmenso Universo, y á libar la dulce miel de su vida. Nosotras nos encerramos en la corteza del árbol cuando el áura de la primavera con sus besos la llena de verdes hojas; nos confundimos con los aromas de las flores que se exhalan de los abiertos cálices cuando es la hora de su amor; nos envolvemos en la suave brisa que el mar suspira, y besamos sus ondas palpitantes; nos sumergimos en el arroyo y nos deslizamos en su tranquilo curso; nos envolvemos en las hojas de los bosques, y penetramos en la conciencia de los brahamanes y les referimos cuanto sucede en la morada de los dioses, donde están escritas en signos de diamantes las buenas acciones de los sacerdotes, que el gran Sér produjo con una palabra celeste escapada de sus labios. Por eso nos difundimos por la tierra como la luz del sol. Por eso los rayos de la luna, al penetrar en las azules grutas del Océano, se cuajan en perlas que suspendemos de nuestra rizada cabellera y que brillan como las gotas de rocío en los pistilos del lotho. Pero allí viene, coronada de resplandores celestes, nuestra amada Urvasia, la más bella de las Apsaras. Es erguida y flexible como una palma, es delicada como una rosa, es bella como el iris que brilla despues de la tempestad sobre las oscuras cimas del Himalaya, es para nosotras sagrada co-

mo la flor destinada al sacrificio de Indra. Su continente es tan majestuoso que nos revela una hija de los dioses, su pié tan breve que pisa las flores sin troncharlas nunca, su aliento tan aromático que atrae todas las mariposas del campo, su cabello tan negro como la sombra de la noche, su rostro tan blanco y tan pálido como la azucena, sus labios tan encarnados como el capullo del clavel entreabierto, sus dientes como los granos de la granada áun no madura, su cuello como el del cisne que se levanta á escuchar los rumores del cielo, sus ojos tan negros y tan profundos como un abismo; y toda su mágica figura como una de esas imágenes fugaces que los rayos de la luna fingen allá en las blancas nubes dispersas por las tímidas áuras, que son el suspiro embalsamado de los bosques, donde habitan en su eterna alegría los dioses. Miradla; se sienta al borde de una fuente, bajo un árbol cargado de flores, sobre lecho de musgo, y deja errar la tranquila mirada por el cielo, los pequeños dedos por el arpa que vibra; y recuesta la cabeza en su brazo de marfil, y pega sus labios á una rosa como para beber su aroma, y muestra la vida que hay en su seno, levantando con la palpitacion contínua de su pecho la túnica de lino que oculta como una blanca nube sus puras y seductoras formas. Medita, sí, medita profundamente. Al pasar por los bosques se habrá levantado alguna divinidad de las que hay ocultas en las sombras de los árboles, á decirle que la ama, porque hasta de los pliegues de su vestido exhala el aroma purísimo del amor.

URVASIA.

Siento una pena que me ahoga. No sé lo que pasa por

mí. La sangre palpita con fuerza en mi corazon y en mis sienes. ¡Ah! ¿Qué será de mí? Aquí, al borde de la fuente, viendo el azul lotho que abre sus hojas á los besos dulcísimos del sol, distraigo un poco la preocupacion de mi pensamiento. Bajo la rama de aquel árbol que la nube errante ha empapado con sus lágrimas, oigo cantar al ave sagrada de los bosques, y su cántico dilatado por las áuras es el gemido que su triste soledad le inspira, y que envia congojoso á su ausente amor, llamándolo para formar un nido en el cáliz más abierto de la más hermosa de las flores. Allá á lo léjos pasa un elefante saltando, que al romper las ramas entrelazadas de las selvas ha coronado su trompa de flores cargadas de rocío, y va ligero como una flecha y engalanado como una desposada, en pós de su compañera que le llama desde el fondo oscuro de su caverna. En el pico de aquella montaña, de la cual caen azulados torrentes, la cigüeña ha hecho su nido, y al compartir con sus hijuelos el insecto que ha cazado en el aire lanza un grito de amor. Sobre la copa de los más altos cedros y el cogollo de las más esbeltas palmeras se desliza una blanca nube henchida de amorosas lágrimas y coronada con los resplandores del iris, que parecen enredaderas entrelazadas á su virginal frente y caidas del árbol de los cielos. Aquí, á mi oido zumban las doradas abejas, pidiéndole al cáliz de la flor del bananero recamado de púrpura su dulce miel, que le pagan con una amorosa armonía, con un melancólico cantar. ¡Oh! Todos los seres se bañan en el rocío divino del amor. Las ninfas que pasan van dejando en la yerba huellas de goma laca, y los genios de las selvas besan esas huellas y aspiran con voluptuosidad sus aromas.

Dime, pavo real que pasas como una nube herida por el sol poniente; decidme, pájaros de mil colores que unís al matiz del azafran el verde claro de la esmeralda; decidme, abejorros de mil reflejos que llevais una túnica de azulada gasa, y vosotras, mariposas que pareceis pequeños pedazos del arco iris caidos sobre la tierra, ¿yo nunca he de amar?

LAS APSARAS.

Hemos volado hasta tí, asustadas al oir gemidos profundísimos en una caverna. Esos gemidos nos han dispersado como el silbido de la flecha dispersa á las palomas, como las ráfagas del huracan dispersan á las golondrinas. Pero al fin te hemos encontrado, y nos venimos á tí como las abejas á la planta que les da miel. La voz que ha resonado en la caverna ha puesto espanto en nuestro pecho, porque nos ha parecido la voz de Yama, del dios de los infiernos, enamorado de tí.

URVASIA.

He visto pasar á Indra coronado por la aurora, con la humedad del rocío en los labios, ceñido de su blanca túnica, sentado en un carro de nubes conducido por alados caballos que al hendir con sus piés el éther levantaban estrellas á las alturas, y al sacudir las crines despedian rayos de luz á la tierra; le he visto vertiendo de su copa de ámbar torrentes de cristalinas aguas sobre los abrasados campos, seguido de los cielos que parecian en su rápida carrera cintas azules atadas á su túnica, acompañado por los genios del aire que esparcian esencias en su camino y enseñaban con sus cánticos, al pasar, á todas las cosas la dulce plegaria de la

mañana; brillando, en fin, sobre el Universo como el sol que se levanta en el Oriente. He querido hablarle, y no me ha dado tiempo, pues pasaba con la rapidez del relámpago. No he podido decirle que dentro de mi pecho habia para él un altar, y en ese altar siempre ardiendo el fuego de mi amor. Despues ha pasado junto á mí el dios de los mares, danzando en mágico círculo con sus hijas las nubes. Los vientos son su cabellera que se agita, las ondas henchidas por el huracan sus plantas que se mueven, las algas y el ámbar y el coral y las conchas los brazaletes que le adornan, el lotho celeste sembrado de verdes peces la túnica que le viste, el firmamento el dosel que le cubre, las nieblas del otoño el manto que flota en sus hombros, y el ruido del mar al estrellarse rabioso en los altos peñascos de la ribera su potente voz que llena con sus acentos y sus ecos toda la tierra. Le he dicho que le amaba, y ha pasado sin mirarme, como pasa el huracan sobre la superficie del mar, y ha levantado con su voz de trueno las ondas de las pasiones en mi pecho.

LAS APSARAS.

Calla, Urvasia, calla. Los dioses suelen castigar ese amor tan intenso y tan rugiente como una tempestad. Y no sería mucho que tu lamento hendiera la tierra y penetrase hasta el infierno. Y entónces no habria para tí salvacion. El dios de la pezuña hendida, de los cabellos de víbora, de la negra horquilla en la mano, del manto de tinieblas, de la voz de volcan, te cogeria, llevándote á sus dominios á darte el agua del olvido para ese inmenso amor.

URVASIA.

¿Y bien? ¡Que venga! Al ménos ¡infeliz! si me veo herida, no me veré despreciada. No veré, sentada al borde del camino, pasar los dioses sin convertir á mí los ojos. Y en el infierno me gozaré en atormentar al dios Yama como los dioses me atormentan á mí, y ciertamente en un inmortal vengaré los desdenes de los inmortales. Venga Yama en buen hora, venga, venga.

LAS APSARAS.

¿Qué has dicho? ¡Tremenda evocacion! La llama del volcan que centellea sobre la cima de los montes como una antorcha, como una hoguera funeraria, despedirá pronto, cual un relámpago de tinieblas, al dios de los abismos. Y vendrá, y te envolverá en sus redes, y te abrasará como el calor del desierto abrasa las pobres flores. ¡Ay! ¡Qué hedor! Huyamos, huyamos. Despleguemos nuestras alas de mariposas, y perdámonos en las ondulaciones del aire. (*Huyen en tropel.*)

URVASIA.

Me han dejado sola. Quisiera andar, pero no puedo. Un olor venenoso me trastorna el sentido. Una corriente de negra lava pega mis piés á la tierra. Mis alas azules sembradas de átomos de azucenas se caen sobre mis espaldas. Dios del cielo, dios del dia, no me dejes arrebatar por el dios del infierno, por el dios de la noche. Oye mi súplica. Allí me traspasarán las entrañas con la horquilla enrojecida del dios, me atarán los piés con cadenas forjadas en

el yunque de los volcanes. Mi rostro se tornará pálido y verdoso al reflejarse en el espejo de azabache del dios. Me arrancarán mis vestidos celestes para ceñirme una túnica de tinieblas. Cocerán mi corazon en sus hirvientes calderas, y en vez de sangre lo llenarán de veneno, obligándome á pisar á todas horas los huesos de los condenados, esparcidos por aquellos desiertos de lava. Si en un instante mi ardorosa é hirviente sangre evocó el genio de las tinieblas, hablaron mis labios, y no mi voluntad. Protégeme, dios de la luz, protégeme. Tengo mucho miedo á á la celosísima Calí, á la esposa de Shiva destructor, que debe andar por el infierno espantando á todos los infelices con sus terribles formas, llevando por sarcillos dos cadáveres, por collar una sarta de cráneos, por cinturon manos de antiguos gigantes colgadas de las tripas que el dios guerrero les arrancó despues de un sangriento combate, diosa que me cogerá entre sus garras y chupará hasta la última gota de mi sangre. Protégeme, dios de la luz, protégeme.

YAMA (*saliendo de una caverna*).

Así como el elefante destila de sus sienes un jugo delicioso cuando está en amor, jugo del que beben los enjambres de las abejas para elaborar su miel, yo, el dios de los infiernos, soy hermoso cuando amo, y doy mi hermosura á las ninfas que me regalan un beso, pues las llevo á un lago donde hay cisnes negros para que las acompañen, las aguas del olvido para que no recuerden el mundo, y en cuya superficie brotan, en vez de ramas de plantas acuáticas, los brazos de un amante. No huyas, Urvasia. El que hizo tus ojos de azabache, tu rostro de un hermoso

nelumbo, tus dientes de jazmines, tus labios del boton de la rosa, tu cintura de la flexible palma, no pudo hacer tu corazon de las piedras. ¿Para qué quieres la vida sin amor? ¿Para qué quieren las abejas flores sin miel? Mira, viene la noche, el cielo va perdiendo su color, como una ninfa despues de una orgía pierde el sonrosado matiz de sus mejillas; vente conmigo, y pasarás el frio de la noche entre el fuego de los verdaderos amores. Tú amas, y no creas que habrá en la resina del sándalo virtud bastante para curar tus amores. El amor no se cura sino con el amor. Ven, pues, ven conmigo al infierno, allí donde arden todas las pasiones, todos los sentimientos y todos los amores juntos; ven, Urvasia, á ese nido en que encontrarás la flecha del placer pegada á tu corazon y derramando por tus venas toda su vida.

URVASIA.

Aparta, deforme dios. Si tus cejas son arcos, si tus miradas son flechas, mi corazon huye de tí como del cazador la gacela. Un beso de tus labios descoloraria para siempre mis labios. Un abrazo tuyo troncharia mi cuerpo, como el abrazo del rayo troncha las ramas de la palmera. En el infierno se acabaria mi vida, como se acaba la vida de la violeta cuando viene el seco estío. Huye de mí, deforme dios. Corro, y corro como la cierva herida. Las ramas de los árboles me cierran el paso, las serpientes tendidas en el camino me asustan, las ondulaciones de la yerba borran mi senda, las zarzas pendientes de los altos troncos me desgarran con sus espinas el rostro, la yedra y las enredaderas se

entrelazan á mis piés y me derriban en tierra. ¡Ay! ¡ay! ¡Cómo voy á pagar mi primer amor!

YAMA.

Ven, ven conmigo á la caverna. (*Entrase en la caverna con Urvasia en brazos.*)

LAS APSARAS.

¡Ah! Nos han robado á la hija de los bosques, á la mariposa de los valles, á la estrella de los cielos. Su corazon palpitaba como la catarata que baja de la montaña, sus ojos brillaban como el cielo cuando lo enrojece el sol naciente, sus labios llovian miel como las azules campanillas prendidas de las enredaderas en la estacion de los amores. ¿Y nadie podrá volvernos á nuestra compañera, á nuestra amiga? Volamos por estos anchos campos como las abejas por un prado sin flores, y queremos á la que es nuestra alegría, pues nos hallamos como la tierra sin sol. ¿No hay ningun brahaman que nos oiga? ¿No hay ningun solitario que conjure al dios de las tinieblas? ¿No hay ningun soldado que tenga un arco y una flecha? Allí viene el hijo de la blanca luna. Va en su carro por los aires, y levanta nieblas como el viajero levanta polvo en el camino. Las cuatro ruedas que lo sostienen son como cuatro estrellas. Sus caballos son azules como el viento. Su manto que flota al ímpetu de la carrera es como una nube tempestuosa orlada de una cinta de fuego. Ven, hijo de la luna, vuélvenos á nuestra Urvasia. Tu arco es como el horizonte, y tus flechas como los rayos del sol.

El Rey (*aparece en un dorado carro*).

Yo soy el rey de las mejores comarcas de la India; yo soy la hechura más perfecta de Brahama, despues de sus grandes sacerdotes. Mi cuerpo está formado de partículas de oro de Indra y de encendidos carbones de Yama; de átomos desprendidos de las coronas de todos los dioses y amasados con la primer agua sobre que flotó la cuna del Creador. Yo quemo como el sol, brillo como las estrellas, arrebato tras mí las cosas como el viento, refrigero al mundo como la lluvia, vuelo como la nube, ando como el elefante, castigo como el rayo, hablo como el trueno, tengo un arco más potente que la tempestad, una alfombra para poner mis piés más ancha que el Océano; y si algun mortal me contemplára frente á frente, quedaria ciego, por no poder sufrir la humana vista el resplandor de mi majestad y mi grandeza, pues yo en esta forma quebradiza y frágil encierro el espíritu de un Dios, alma suprema á que no podrá llegar nunca la débil alma de mis míseros vasallos, nacidos para obedecerme y temblar en mi presencia, como el agua del mar y la hoja del bosque cuando se desata el potentísimo huracan. Levantado sobre el mundo, teñida mi púrpura en la sangre de mis enemigos, sellada la frente con el sello de la eleccion divina, amaestrado en la ciencia de Brahama, ceñido mi cuello con el cordon sacratísimo que prescriben los Vedas, yo soy la vida, pues sin mí la grulla se llevaria del altar la ofrenda de arroz, el perro la ofrenda de manteca, el pária entraria en el templo á profanarlo, el sudra se levantaria contra el agricultor, y el agricultor contra el guerrero, y el guerrero contra el sacerdote, y el con-

cierto del mundo se acabaria; porque yo tengo en mi frente el pensamiento de Dios, á mis piés el genio de la venganza, en mi mano el látigo del castigo, en mi naturaleza las fuerzas necesarias para dominar el Universo, y con fruncir mis cejas todas las cosas entrarán en su órden, y el mundo descansará sobre su eterno asiento, que es la divina voluntad de Brahama. ¿Qué me quereis, pues, hermosas ninfas invisibles á los ojos de los demas mortales que no son vuestro rey, qué me quereis? Decid, hablad; que yo siempre estoy pronto á socorrer la hermosura.

LAS APSARAS.

Nosotras, hijas de las selvas, que hemos recibido de las nieblas de los lagos el cuerpo y de los rayos de la luna el alma, volamos á tu alrededor como las mariposas atraidas por el fuego. Y como las abejas y las hormigas no pueden vivir sin su hermana mayor, nosotras no podemos vivir sin Urvasia, que Yama, sí, el dios Yama nos ha arrebatado, encerrándola en aquella caverna, que no parece sino que la negra oruga ha resuelto tragarse el dorado insecto cuando desplegaba sus celestes alas entre los arreboles del aire y los reflejos de la luz. Sálvala, hijo de la luna, salva á nuestra hermana. Tu voz puede conmover á Yama, tu flecha puede penetrar hasta su corazon, tu mandato puede resonar como la voz del cielo en su negra caverna. Si nosotras nos acercáramos á pedirle gracia, nos llevaria á su nido como el buitre á las palomas.

EL REY.

Vuela, cochero, vuela, vuela. Déjate atrás el huracan

y el rayo y el pensamiento del hombre. Yo me acercaré á esa caverna, y Yama me devolverá su presa. Si no cede á mí de grado, cederá por fuerza. Ya monto mi arco, ya clavo en él mi flecha. Á la menor resistencia, mi mano arrojará dardos como arroja granizo la negra nube. Yo encenderé la caverna, yo, yo, el rey.

Las Apsaras.

El sol no sabe uncir sus caballos de luz como el rey, ni sabe acelerarlos como el cochero. El relámpago no anda tanto como ese carro de oro que despide chispas. El iris no es tan bello como ese arco de mil colores que el rey lleva en su mano. La tierra se estremece bajo sus ruedas, como si la hendieran de parte á parte. Bendito seas, hijo de la luna, por haber llegado ya á la entrada de la caverna.

El Rey (*dentro de la caverna*).

¿Quién habita estos tremendos lugares? Nada veo. El aire caloroso que hace de esta mansion un horno, sofoca el pecho y quema la piel. Unas gotas de agua hirviente caen del techo, y al tocar las calcinadas piedras del suelo se disipan en humo. No se ve por aquí más sér viviente que algun murciélago que cruza estendiendo sus calladas alas por estas tinieblas, como si gozára en vivir en tan dudoso crepúsculo... Pero allá en el fondo de la cueva veo relucir unos ojos encendidos y sanguinolentos que parecen los ojos del tigre cuando en noche de tempestad asoma su faz á la entrada de su madriguera acechando rabioso su presa.

YAMA.

¿Quién viene á interrumpir mi sueño? ¿Quién penetra en mis dominios? No vengais aquí, porque tengo mi horquilla de hierro candente en la mano, y os la clavaré en las entrañas. Dejadme reposar junto á Urvasia, mi presa, que yace desmayada, y que parece en mis manos lo que la paloma del valle, de blancas alas y matizado cuello, en manos del traidor raposo. Huid, huid; pues si llamo á mis vasallos, una nube de murciélagos arrancará vuestros ojos, y otra nube de arañas devorará vuestros piés.

EL COCHERO DEL REY (*á la puerta de la caverna*).

Mi señor no responde al insulto. Fiero, orgulloso, irguiendo la frente, mirando con desden el hondo lugar que exhala siniestros rumores, ajusta su dardo, monta su arco, echa el pié derecho adelante, y atrás el pié izquierdo, dirige su certero golpe al corazon enemigo sin moverse ni titubear un instante, despide la flecha que serpentea en los aires como la centella arrojada de la negra nube, como una culebra de fuego que se desliza entre las sombras, y que al clavarse en el cuerpo de Yama bebe con ansia su sangre, como no acostumbrada á beber sangre de inmortales; y por más que el dios de las tinieblas arroja de su boca entreabierta fuego, de sus torvos ojos saetas, el guerrero le cubre el cuerpo de dardos, le enciende el cabello, le rasga las venas, hasta que su arco se rompe produciendo el mismo estallido que la ola al quebrarse en los escollos; y entónces salta, se arroja sobre el cuerpo inanimado de Urvasia como el águila sobre la paloma, lo arranca á las garras de su si-

niestro carcelero, y viene con tan grato peso triunfante á su carro, sin curarse de la sangre que manan sus heridas, ni del sudor que cubre su hermosa frente coronada con los resplandores de la victoria.

LAS APSARAS (*en el bosque*).

Allí viene montado en su carro de oro, como el sol en su carro de luz. Trae en sus brazos á Urvasia sin sentido, descolorida como la luna cuando nada en los resplandores del dia. Alabémosle, alabémosle. Tejamos con la adelfa, con el laurel, con la palma una corona para que la cuelgue de su carro y la trasmita seca á sus hijos como un recuerdo de esta gran hazaña. El viento no es tan ligero como sus caballos, ni el cielo tan hermoso como su arco, ni el rayo del sol tan penetrante como su dardo. La luz no pudo entrar en la caverna, y la flecha del rey ha penetrado y ha herido á Yama, obligándole á soltar su presa. Nosotras temblábamos como tiembla el ave cuando ve desde su nido las fáuces de la serpiente que amenazan á sus hijuelos. Nosotras huíamos como huye el gilguero cuando ve en la callada noche los torvos ojos del buho. Pero ahora cantamos en loor del rey, volando regocijadas por los cielos, como la alondra al nacer la mañana eleva al sol en su ráudo vuelo y en su triunfante cántico toda la alegría de la naturaleza.

EL REY.

Venid, Apsaras, ninfas de los bosques, venid á contemplar á vuestra hermana. Sus sienes agitadas levantan la guirnalda de flores celestes que las ciñe; su seno palpitante agita la blanca túnica; su corazon quiere saltar del pecho,

como salta el ave herida de su tranquilo nido; sus largos y negros párpados ocultan una lágrima de dolor, como oculta el lotho, cuando cierra su cáliz, algunas gotas del rocío de la noche; su cuerpo está yerto, y la luz del espíritu vacila en su sér, como el fuego del sacrificio cuando el viento sopla sobre sus últimas llamas. Miradla; el desórden de su cabellera, el pálido color de sus mejillas, el tinte de rosa seca de sus labios, el anhelo de su pecho, el suspiro que se escapa de su garganta, la furtiva lágrima que cae de sus ojos, el frio que se estiende por todo su cuerpo como sobre el cuerpo de un dios abandonado de sus sacerdotes, aumentan su hermosura y el brillo de sus facciones, que parecen fieles copias de las facciones de los inmortales.

LAS APSARAS (*rodeando á Urvasia*).

Vuelve, vuelve en tí. Abre tus ojos, como el lotho abre su cáliz al morir la noche. Respira, como respira la brisa del mar despues de la tempestad. Colora tus mejillas, cual el cielo se colora con la rosada aurora despues que han pasado en tropel las sombras. Aquí estamos aguardando tu despertar, de la misma suerte que las avecillas guarecidas bajo la débil hoja aguardan el despertar del sol para saludarlo con sus arpegios y con sus gorjeos. Urvasia, vuelve, vuelve en tí, que te llaman tus hermanas.

URVASIA.

¡Ay!

LAS APSARAS.

Ya respira, ya respira.

EL REY.

Vuelve en tí. Tus hermanas te miran con amor, como el navegante mira la bendita luna despues de salir de un eclipse.

URVASIA.

¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?

LAS APSARAS.

Entre nosotras, entre tus hermanas, las ninfas de los bosques.

URVASIA.

¿Me ha salvado Indra, Indra, el rey del cielo?

LAS APSARAS.

No. Te ha salvado el rey de la India, que es igual á Indra.

URVASIA (*mirando al Rey*).

Brahama te bendiga, hijo querido de la luna.

EL REY.

¡Qué hermosa eres! Tus cabellos destrenzados han caido sobre tu seno aumentando su blancura, como la sombra que la luna estiende cual un pliegue de su flotante manto en el mar abrillanta más el rielar de sus rayos en las aguas. Tus cejas ligeramente pintadas por la tilaka del amor ocultan dos ojos más negros, pero más hermosos que

una noche de estío. Tu frente pálida, tus mejillas ligeramente sonrosadas, tus labios entreabiertos como la flor del granado, tu seno que palpita, tu aliento que perfuma todo el aire, tus miradas, en fin, me embriagan, pues me pareces una diosa inmortal que ha venido del cielo á hermosear y santificar la tierra.

LAS APSARAS.

Sosiega un poco, hermosa Urvasia, ese corazon agitado. Despues de la tempestad el sol esparce con más alegría sus rayos de oro por los espacios; despues de la tormenta el mar se duerme tranquilo y retrata todas las estrellas del cielo. Cálmate aquí, á la sombra del árbol del amor que sacude sus flores sobre tu cabeza, junto á esa fuente que murmura una cancion en tus oidos, á la orilla del lago de cuyo seno levanta su cáliz celeste el lotho para contemplarte y respirar tu aliento. Descansa, y cuéntanos tus desventuras, que deben haber sido rápidas como un relámpago.

URVASIA.

¡¡¡Rápidas!!! El tiempo no se cuenta en los profundos abismos como en la tierra, pues cada minuto guarda una eternidad allí, en aquel negro antro del dolor y del remordimiento. Mares de nieve cubren su entrada, que apénas iluminan algunas pavesas de mundos malditos caidas sobre su soledad más horrorosa que el sepulcro, y en cuyos caliginosos aires se ven volar sombras fatídicas que despiden lamentos de sus negras bocas y sangre corrompida y venenosa de sus heridos costados, y dejan huellas de azufre

al tocar el suelo con sus plantas, inmensas, afiladas garras que se clavan en el seno de los infelices condenados. Mi raptor me arrastró por una senda sin luz en que se veian cabezas amontonadas y enrojecidas en pálido fuego, calderas de agua hirviendo que cocian miembros de innumerables infelices, serpientes que se arrastraban cebándose en las entrañas de sus víctimas, víboras que se enroscaban á las plantas, aves de rapiña que hundian su pico en la cabeza de los desgraciados; y todo era un mar de lágrimas y de sangre, y un contínuo estallido de lamentos que me partian el corazon, moviéndome á envidiar la fria inercia de las piedras que no participaban de mi triste sentimiento. Un infeliz estaba allí sufriendo que una vaca de hierro le clavase en el vientre los cuernos enrojecidos en el fuego del infierno, por haber cometido el crímen nefasto de matar á la vaca de un brahaman. Á su lado habia otro cubierto de lepra, que al moverse, arrojaba de todo su cuerpo víboras, serpientes, y que pagaba el feo delito de haber comido, siendo guerrero, en la mesa de un esclavo, de un sudra. No léjos de allí, en un monton de inmundicias, se sentaba un infeliz cuyo vientre encerraba un volcan, cuyos labios despedian rios de hiel, cuyos ojos lanzaban saetas agudísimas que volvian á clavarse en su mismo corazon, cuya lengua era una inmensa serpiente que se enroscaba á su cuerpo dolorido, oprimiendo sus carnes y descoyuntando sus huesos. Éste habia cometido el negro crímen de mirar con ojos compasivos á un pária, miserable ceniza del gran fuego de la vida. Y así, en aquella larga y espantosa galería de remordimientos vivos, se descubrian por todas partes las sombras del mal y el veneno del vicio que emponzoñaba á

todas aquellos que habian violado los códigos escritos por la mano misma de Brahama y confiados á su intérprete Manú. Pero mi espanto llegó á su último estremo, mi terror á su postrer parasismo, cuando ví en una honda cueva, iluminada por los resplandores fatídicos de una hoguera que se apagaba, la diosa Calí devorando carne humana, bebiendo sangre, gozosa como una hiena que alcanza su presa y le clava la aguda garra, y hociquea en sus entrañas, y sumerge su lengua en la sangre caliente, y respira el hedor de la muerte, y se acuesta en los restos palpitantes, y satisfecha ya su hambre, rasga, destroza los filamentos de aquellas carnes, y los esparce, sólo por gozarse en atroz carnicería. Mi espanto creció cuando la ví levantarse, dirigirse á mí, contemplarme con su torva mirada de lechuza, y decir con risa epiléptica y sardónica: ¡qué buena presa! ¡qué grande y oloroso sacrificio! Entónces una nube me cubrió los ojos; sentia que Yama me arrebataba en sus brazos, me desplomé en ellos sin sentido, hasta que me he despertado aquí, viéndome feliz rodeada de todas mis hermanas, que con sus alas de mariposas y sus voces de ruiseñores me recuerdan que áun estoy en la primavera de la vida, llena siempre de encantos.

El Rey.

Óyeme, Urvasia, óyeme. El dios que tiene por atributo un pez de mil colores pendiente de un bambú, me ha herido el corazon con sus flechas. Yo te amo. Toda la miel que destilan todas las flores caida sobre mis labios no los endulzaria, si no los perfumase un casto beso de tus labios. Has tocado mi corazon con las alas de gasa de tu

alma, y lo has herido, y en vez de brotar un torrente de sangre ha brotado un torrente de amor más impetuoso que las cataratas. Nada puede consolarme. Ni la sombra del bosque, ni el agua pura y fria que surge de las fuentes, estinguirian el ardor que está dentro de mí, en mi corazon, en mi conciencia, y que sólo puede apagar una lágrima de tus negros ojos. Mira, yo, el guerrero, lloro, y esta lágrima de amor me regocija, y la bebo como bebe la pobre yerbecilla en el estío la lluvia de la tempestad. Sin tí no puedo atravesar la vida, como el nadador que lucha con un impetuoso torrente. ¡Ay! El viento arranca las hojas de los bosques, y no arrancará nunca de mi memoria tu recuerdo. Para mí ya no hay alegría. Ni la flor de la kururaca matizada de violeta y carmin, ni la celeste campanilla en cuyo fondo hay una perla, ni las enredaderas vestidas con todos los colores del iris, me parecerán nunca, nunca hermosas; porque sólo hay hermosura donde está tu amor. Ninfa de las arqueadas cejas, si no me amas, mi suerte será más negra que tus ojos.

LAS APSARAS.

Los dioses nos llaman. Urvasia no puede contestar hasta que no haya besado los piés de Indra. Volemos, volemos. Adios, adios. (*Desaparecen volando.*)

URVASIA (*al volar*).

Me he enredado en la yedra. Adios, adios. (*Desaparece con las demas Apsaras.*)

El Rey.

Bendita sea esa yerba, que me ha valido una mirada suya. Vámonos á mi palacio.

El Cochero (*entrando por las puertas de la ciudad*).

Á las orillas del rio sagrado se levanta la ciudad, cuya grandeza es tal, que doce jornadas no bastarian, en este carro rápido como el relámpago, para recorrerla; cuyas casas son tan altas, que en sus techos se acuestan las nubes y las estrellas; cuyos templos brillan cuando los rayos del sol hieren las piedras preciosas de que están cuajados sus muros, como el Oriente en el alba; ciudad sacratísima, conjunto de todos los seres privilegiados y felices de la tierra, por cuyas plazas y calles se ven los elefantes cargados de mercancías de oro y de perfumes embriagadores; los caballos que relinchan ostentando orgullosos la preciada carga de sus invencibles guerreros; los carros plateados como la luna en que van las grandes señoras medio cubiertas con sus blancos velos, brillando más así como el cielo entre las leves nieblas; las bailarinas que saltan al eco de melancólico cantar en danzas fantásticas como las que forman las nubes al chocar con los remolinos del viento; las procesiones religiosas en que los dioses cubiertos de perlas, de diamantes, de flores obligan á inclinar la frente y doblar la rodilla á todos los indios; los mil banquetes, reunion de hombres afortunados que al aire libre se entregan á sus fiestas devorando leche y miel y ricas frutas entre los perfumes de mil pebeteros y los aromas de las flores que ciñen sus cabezas; maravilloso espectáculo, animado, engrandecido

por el ruido de las carcajadas, de las bendiciones, de los gritos de los mercaderes; por el susurro de sus jardines, el rumor de los mil surtidores que escalan en sus columnas de cristalinas aguas los cielos, el estrépito de las armas, la cadencia de los bailes, los ecos de los cánticos religiosos de que está henchido el aire de la gran ciudad, á cuyos muros, puertas, templos y palacios se ven guerreros que la defienden, príncipes que la ordenan, sacerdotes que la unen con sus plegarias al cielo; príncipes guerreros y sacerdotes que la guardan, como la serpiente de tres cabezas guarda la fuente misteriosa del Ganges.

El Rey (*en los jardines de su palacio*).

¡Me ha abandonado! ¿Y para siempre? ¿Por qué, por qué quise salvarla? ¡Ay! La redimí del infierno, y he encerrado en mi corazon el infierno. Hermosísima rosa, yo te arrancaré á tu tallo, aunque me desgarres y ensangrientes con tus espinas los dedos, yo te arrancaré á tu tallo, para beber gotas de rocío y aspirar embriagadores aromas que calmen un poco el dolor de mi corazon. ¿Por qué, luna, penetras como todas las noches tan alegre entre las hojas de los plátanos y rielas en la fuente, cuando mi alma está desgarrada y mis ojos cubiertos de espesísimas tinieblas? ¡Qué noche tan serena! El cielo brilla como en los momentos más felices de la naturaleza; el áura ya corre juguetona entre los árboles, ya se suspende casi dormida sobre la corola de las flores; todo es tranquilidad, y mi alma estalla en tremendas tempestades como un cielo tormentoso y oscuro. Yo, cuando me paro un poco á contemplar mi suerte, sueño que te llevo, ceñida tu cintura con mi brazo, al

templo, á los altares para jurarte un amor eterno, ninfa divina de los bosques. Y me despierto, y sólo abrazo sombras; pero sombras que no son bastante espesas para ocultarme tu imágen. Te veo cuando la noche estiende sus tinieblas; te oigo cuando la naturaleza entera calla. Tu figura se dibuja en los rayos del sol y de la luna, en los pliegues de las nubes de polvo que levanta el viajero en el camino, y en las orlas de las nubes de agua que levanta Indra en los cielos. Amor sin reposo, amor sin esperanza, ¿por qué no puedo arrancarte de mi pecho? Pero no, no te vayas; más quiero padecer contigo, que ser sin tí feliz. Estoy solo, solo, solo. No me avergüenzo, pues, de llorar. Quisiera ser, ninfa bella, el aire que respiras, la suave luz que se refleja en tu retina, la túnica que vistes, el cinturon que ciñe tu flexible cuerpo, las alas que están prendidas á tu espalda, el cabello que ondea por tu seno, la corona de algas y de perlas que llevas en tu frente, la miel que libas para tu alimento, el águila en que recorres el cielo, la sangre calorosa que se estiende por tus azules venas, la...

El Bufon (*que sale de una gruta*).

Pues yo quisiera ser de medio cuerpo abajo confitura, para comerme á mí mismo. No hay amor comparable á un buen plato de legumbres. No es el corazon, en verdad, tan exigente como el estómago. Tenga yo el vientre lleno, y vengan sobre mí amores. Cuando me desespere, me sepultaré en la cocina, y allí en un jarro de leche y miel ahogaré todos mis dolores. Calla, pues, ¡oh rey! con ese lamento...

El Rey.

Déjame. Tu barbarie me cansa. Tus estupideces me hastían. Que se apague la lumbre en mi palacio, porque no quiero comer. Que se cierren las fuentes de mis jardines, porque no quiero beber. Que se dé libertad á mis fieras, porque no quiero juegos. Que se rompan las flautas y las arpas de mis conciertos, porque no quiero más música que el eterno quejido de mis dolores. ¿Por qué soy omnipotente? ¿Por qué me llaman rey?

Urvasia (*invisible en los aires*).

Ni la miel que destilan los árboles del Narana, ni el rocío que llueve el cielo, ni la grata sombra de la eterna bóveda, ni la música que las estrellas forman en sus grandes y suaves conciertos, ni el lecho de flores en que duermo, ni las águilas que me llevan ráudas por los vientos, ni la presencia de los inmortales, ni las alhajas que me ha regalado Indra formadas de rayos de la luna y de hermosas estrellas, ni las enredaderas que en los bosques bienaventurados crecen con su color celeste y puro, han podido calmar un poco el ansia, el anhelo infinito de mi amor.

El Rey.

Me parece que oigo una voz dulcísima. Será el eco de mis propios recuerdos. Será el ruiseñor que suspendido de una pequeña rama mira anhelante á su compañera, regalándole un cántico de amor. Será la alondra que bate ya sus alas y afina su garganta, esperando ansiosa el primer

albor del nuevo dia. ¿Y cuándo, cuándo amanecerá mi amor?

URVASIA.

Le participaré en esta hoja de boj mi pensamiento, ya que tan grande como el mio es su amor.

EL REY.

¿Qué veo? ¿Qué ha caido del cielo? ¿Es la piel de una serpiente? No. Es una hoja de boj. Hay en ella signos. ¿Qué dice? Á la luz del alba que empieza á despuntar, y de la clara luna que luce más que nunca, puedo leer... Pero ¿qué leo? ¿qué leo? ¡Oh! ¡oh! ¿Será verdad? ¿será verdad? « Consagrada al culto del Sol, sus rayos no tienen bastante fuerza para vivificar mi corazon. En mi lecho de olorosas yerbas sembradas de flores de Pariyata no encuentro reposo. Las brisas de Nandana me parecen llamas. Necesito de tu amor.» ¡Oh! Mis brazos serán tu lecho, mi corazon tu paraiso, mi aliento la brisa que refresque tus sienes. Ven, hermosa ninfa, mírame aquí de rodillas implorando tu auxilio.

URVASIA (*aparece á los ojos del Rey rodeada de las Apsaras*).

Aquí estoy. Nuestro amor será eterno, eterno. He abandonado por tí la morada de los inmortales. He roto contra el suelo de cristal la copa hecha de un astro en que los dioses me regalaban el néctar destilado de los árboles de Nandana. Y vengo á buscarte, á gozarme en tu bendito amor. Las ramas de las selvas formarán un lecho de amores. La soledad nos tenderá su manto. La callada noche ve-

lará nuestros amores; y juntos un dia nos sorprenderá la muerte.

El Rey.

¡Ah de mis guardas! ¡Ah de mis sacerdotes! ¡Ah de mis ministros! Dad libertad á todas las aves prisioneras. Mandad que la ciudad santa sea un continuado banquete. Enseñad á todos los papagayos de mi reino y de sus bosques á decir el nombre de Urvasia. Esparcid el oro de mis arcas por el suelo para que lo recojan mis vasallos. Que se alegre el mundo entero como se alegra mi corazon. Disponed á Brahama ochenta mil sacrificios.

Las Apsaras.

Ha llegado la hora feliz en que deben unirse para siempre el rey de los hombres y Urvasia la diosa de los bosques. Los pages del rey sacan el toro y la vaca para el sacrificio, coronando sus astas con guirnaldas celestes y rosas blancas. Las arpas de las vírgenes rompen á una en sus cuerdas de oro himnos voluptuosos que imitan el placer infinito derramado por toda la naturaleza; y al compás de sus armonías las bayaderas danzan, formando con cintas de encendida púrpura mágicos círculos, en que se pierden de vista, merced á la rapidez del baile. Los músicos reales armados de sus trompas y de sus flautas llenan los aires de alegre música, acompañados por los gorjeos de las mil parleras aves encerradas en jaulas de oro y suspendidas con sus nidos en los bosquecillos de los jardines. Los guerreros montados en caballos y elefantes cantan sonando sus armas y sus escudos con grande y marcial estrépito. Los neó-

fitos, futuros brahamanes, ornados con sus túnicas blancas y sus mantos de piel de gacela negra, ceñido el cuello con el cordon sagrado, resplandecientes de santidad y de juventud, entonan himnos á los dioses protectores del primer amor. Los sacerdotes vienen detrás de ellos, y en su reposado continente, y en su mirada que se pierde en los cielos, y en el dulce y compasado movimiento de sus labios muestran que ruegan por los que van á ser esposos. Los vasias cubren las calles con telas de mil colores, para que los rayos del sol no ofendan á la multitud y la ciudad resplandezca con todos los matices del arco iris. Los labradores arrojan por el suelo rosas, jazmines, azucenas, flores de bambú y de granado, azafran, pimienta, mil plantas aromáticas que perfuman los aires con voluptuosos aromas. Las jóvenes más hermosas de la ciudad, pintadas sus cejas y sus mejillas, coronadas de flores de enredaderas, agitando en sus manos pequeños instrumentos músicos que despiden gritos de alegría, se asoman á las áureas ventanas y enardecen con sus negros ojos los placeres de tan grandiosa fiesta. Urvasia se presenta vestida de blanco, cubierta con un manto de lana celeste, ceñidas las sienes de guirnaldas de flores, la hermosa garganta con un collar de perlas que parecen lágrimas de la aurora cuajadas en su seno, los torneados brazos con brazaletes de oro semejantes á dos rayos de sol ó dos cometas; y pisa con descuido las coronas que arrojamos á sus plantas, y estremecida por el sentimiento del placer que sacude todo su cuerpo, realza su hermosura con el rubor que cubre sus mejillas y su frente, entre cuyo fuego resaltan sus negros ojos como dos abejas encerradas en las corolas de dos encendidas rosas. Por otro lado se presenta el rey. Una túnica

con todos los colores de las plumas del pavo real le cubre, un manto carmesí pende rozagante de sus hombros, una corona de oro que semeja la luna llena orla su cabeza, y sandalias prendidas con cintas de plata de Golconda cubren sus piés, que se hunden al andar en alfombras de mil gayas flores. El rey se adelanta y saluda á Urvasia, y se sientan ambos en su carro de oro, pareciéndose al mar y al astro de la noche cuando surge encendido entre las ondas. Por fin llegan al pié del ara. Un respetable brahaman atiza el fuego del sacrificio que brilla como el sol naciente, y arroja en la llama granos de trigo y manteca derretida, que levantan á los aires una nube indecisa y azulada como las ilusiones del primer amor. Los dos amantes toman al fuego sagrado que centellea en el ara por testigo del fuego que arde en sus dos corazones. En seguida se dan las manos, y al tocarse una con otra, se estremecen, tiemblan como dos arbustos sacudidos por el rayo; y ardientes lágrimas se asoman á sus ojos como esas gotas de lluvia que la tempestad deja pendientes de las ramas de los árboles. Despues de haberse dado las manos, ruedan juntos en torno de la piedra del sacrificio, como el círculo que forma la noche con sus estrellas y el dia con su sol rueda en torno del monte Merú, centro de la tierra. Y acercándose Urvasia al fuego, arroja nuevos granos y manteca derretida, que alimentando las llamas hacen que tomen la figura de un purpurino lotho. Y con esto concluye el sacrificio. Todos los que los ven tan hermosos, los saludan y los comparan al amor y la felicidad unidos, que los dioses crearon con toda la hermosura imaginable para que dieran seres felices á la tierra. Id, reyes, á vuestro lecho; gozad en paz de vuestros santos amores. Que el sol os ilu-

mine; que la luna recoja vuestros suspiros; que os unais como la flor al tallo, como el tallo al tronco, como el tronco á las raices, como las raices á la tierra. Sed, sed felices.

El Rey (*dirigiéndose á su aposento*).

Pronto, pronto huirá todo este cortejo. Entónces, amor mio, la soledad nos cubrirá con su manto. Esta pasion que nos ha consumido, que ha calcinado nuestros huesos con su fuego, se tornará dulce y tranquila felicidad...

Urvasia.

Calla, calla... nos oyen... y... no... no me hables de tu amor. Nos oyen.

El Rey.

No temas. El ruido de las músicas y de los cánticos y de los gritos atruena los aires, y nada se oye.

Urvasia.

¿Qué pasa por allí? Los sacerdotes se cubren el rostro con las manos. Las jóvenes cantoras se desmayan. Las bayaderas huyen. Las Apsaras vuelan dando grandes lamentos. ¿Qué pasa? Veo correr un jóven, medio desnudo, envuelto en una piel de tigre...

Oriel (*cayendo á las plantas de los Reyes*).

¡Perdon! ¡perdon! Pero decidme dónde está, dónde está vuestro Dios.

Urvasia.

¡Maldicion! ¡Un pária, un pária en este instante supre-

mo! ¡Oh! Es la reprobacion de Brahama que cae sobre nuestra frente. Huye de mí, rey de la India, huye. Pisoteo mi guirnalda de desposada. Me arranco mis perlas, que deben ser hechas de lágrimas de cocodrilos; tiro mis brazaletes, que me abrasan como serpientes de fuego; rasgo mi manto celeste, que acaso sea un paño mortuorio. Si despues de haber visto en este instante un pária fuéramos á nuestro lecho, engendraríamos un mónstruo del infierno. Adios, adios. Me acuerdo ahora de la mansion de Yama, de los tormentos que padecian los que se atrevieron á mirar un pária. Estendéos, mis alas de gasa; volad, volad al paraiso. (*Vuela y se pierde en los aires.*)

INDRA (*en los aires*).

Ven aquí á mi carro, hija de los dioses, pues no has nacido para la tierra. Yo he tocado secretamente en el corazon á un pária para que interrumpiera tus bodas y te apartára de los hijos de los hombres. Volemos, volemos al cielo, donde la luz es eterna.

EL REY.

¡Y ha huido! ¡Y me ha dejado despues de tantos dolores! ¡Oh aparicion del infierno! El infame Yama se ha vengado enviando un pária á que se arrojára como una serpiente en mi camino. Ya no quiero corona, ya no quiero trono, ya no quiero la vida. Allá, retirado en un bosque, al pié de un árbol sagrado, sin comer más que raices, sin beber más que las aguas de las fuentes, sin vestir más que las hojas de las palmeras, sin dormir en ningun lecho más que en el duro suelo, arrastraré la vida del solitario,

macerando estas carnes que el fuego de un placer burlado abrasa con terribles dolores. Huid, sacerdotes. Dejadme, guerreros. Retírese todo el pueblo. Voy á mi aposento á devorar mis lágrimas. Si el dolor mata, dentro de algunos instantes mis lágrimas, que son veneno, habrán devorado mis entrañas, cayendo una á una dentro de mí, que soy el más desgraciado de los mortales. Preparad, preparad la hoguera funeraria para vuestro rey. Apercibidlo todo para los grandes banquetes fúnebres. ¡Maldicion! ¡Maldicion! ¡Y tú áun estás ahí, pária infame, hijo de la noche y del crímen! Aguarda, y verás cómo mi espada te traspasa el corazon. Huye... huye... Abrid la tierra para recibir las cenizas de vuestro rey. (*Se desmaya.*)

ORIEL (*huyendo*).

Por todas partes llevo la desgracia. Mi sombra es maldita. Los hombres al verme huyen. El mundo entero me maldice. ¿Qué mal he hecho yo? ¡Si al ménos me hubieran enseñado lo que se esconde tras esos cielos! ¡Si al ménos tuviera un dios amigo, una esperanza! Yo creí que aquellos seres felices tendrian por mí compasion. ¡Me he engañado! Como les oí llamar superiores á los mortales, imaginé que serian superiores por sus sentimientos. ¡Siempre en esta soledad! ¡siempre en esta desgracia! Al fin he logrado libertarme de los hombres. Mil espadas se han asestado contra mi cuerpo. Pero como mis perseguidores cerraban los ojos por no verme, no me han alcanzado más que algunos golpes. La sangre cae de mi frente y nubla mis ojos. Yo soy el más infeliz de la tierra, y merezco sin duda serlo, porque nací en esta raza maldecida. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

III.

Coro de Guerreros.

Allí viene el guerrero de incontrastable fuerza. El arco es en sus manos como el rayo en manos de los dioses. Va en un carro incrustado de oro, pisa las banderas de los enemigos, vuela arrastrado por caballos que desafian al viento, y sus armas suenan como la nube tonante. La cólera guerrera ilumina su rostro y enciende en rojizo fuego sus negros ojos. Su cabellera flota como la guedeja del leon cuando corre por los bosques desafiando á todos los animales. Su majestad es como la majestad del rey de los elefantes. Apénas pisa el suelo con su planta, pues parece que le ha robado al águila sus alas. Cuando entra en los bosques, arranca con su fuerza los árboles, ahuyenta con su mirar los tigres y fascina las serpientes. Cuando manda las batallas, su voz domina el estrépito de las armas como el trueno que rueda sobre las ondas alteradas. Ven, llega, hijo de reyes,

llega á donde están tus guerreros. El aire que cortas en tu carrera silba como la flecha, la tierra que pisas levanta una nube de polvo como para envolverte en un misterio. No dejes nunca de llevar tu arco, pues acaso algun dios envidioso te querrá detener en tu rápida carrera, temiendo que escales algun dia los cielos.

NALA.

No digais mis alabanzas. ¿De qué serviria el domar á mis enemigos en los campos de batalla, si no fuera capaz de domar mis sentidos en la lucha eterna de mis pasiones? Y estoy triste, y ha caido sobre mí una negra noche. Pasaba un estranjero, y le he detenido para prestarle hospitalidad un instante á fin de que prosiguiese en paz su camino. Le dí leche de mis vacas, miel de mis abejas, harina bendecida por mis brahamanes, sandalias para que no se hiriese los piés, un báculo para sus manos y un manto de lana para que se preservase del frio. Al despedirse me dijo: «Bendito seas. Debes procurarte hijos que te se parezcan. Allá donde el sol se pone, en dilatado reino sembrado de palmas, escondida en los bosques como la paloma en su nido, hay una princesa hermosa por su cuerpo, pero más hermosa aún por sus virtudes. La he visto vestida de blanco, ceñida la frente de azules enredaderas, acariciando una tórtola que respondia á sus caricias con arrullos, rodeada de corderillos que la miraban con agradecimiento, pues les repartia flores, coronada por un círculo de cigüeñas que en los aires batian sobre ella sus alas, consagrada solamente á conservar la vida que pura baja en raudales del cielo. Sus sienes latian; el ligero cendal que ocultaba su pecho se movia como la onda

de un tranquilo lago; y sus mejillas se coloraban con hermoso matiz parecido al primer reflejo de la aurora en el Oriente. Al verla tan hermosa, «tú debes amar» le dije.—¿Y qué es amor? me preguntó con inocencia. — Entónces le mostré un ruiseñor suspendido de la rama de un árbol, que gorjeaba un cántico amoroso, vehementísimo, alegrando á su compañera, cuyas alas agitadas de un estremecimiento contínuo se estendian sobre el nido. La doncella lanzó un suspiro más dulce que la melancólica y suave cadencia del arpa de los bosques; y yo proseguí mi camino, guiado por la voluntad de Brahama.» ¿Y quereis que no me apasione este relato? ¿Y quereis que no arda yo en amor? ¡Oh! Si encontrára en la realidad de la vida la imágen que en la mente pintan mis sueños, sería el más feliz de los hombres; y no cambiaria una cabaña bajo un plátano por la cima del Himalaya bajo el dosel de los cielos. Compadeced, guerreros, compadeced mi pena. Brotan mis lágrimas como un torrente de mis turbios ojos, y escaldan mis mejillas abrasadas como el desierto.

Los Guerreros.

Pasa sin mirarnos, como si fuéramos sus enemigos. Se ha internado en los bosques, tal vez buscando en las vivas y claras aguas algun calmante á su dolor, algunas gotas de rocío que caigan de las hojas de los árboles sobre su frente encendida por un fuego voraz. Adios, desgraciado descendiente de los reyes; el amor que te ha poseido te atormentará toda la vida; adios. Divinidades de Merú, enviadle algun consuelo, alguna esperanza.

NALA (*solo en un bosque*).

Entro en este bosque, porque la soledad es amiga del dolor. La menuda grama que lo cubre; sus corpulentos entrelazados árboles; las flores que perfuman sus aires; la luz que se quiebra en sus hojas formando como un dulce eterno crepúsculo; las mil aves que gorjean esparciendo por doquier sus armonías; la hermosa resplandeciente superficie de sus lagos, en cuyas ondas flota el lotho que exhala de su cáliz celeste el aliento divino; las mil gacelas que saltan; la alegría de la vida que veo correr, palpitar por todos estos lugares como la sangre ardiente y encendida por las mejillas de una vírgen enamorada, me recuerdan la angustia de mi corazon, la soledad de mi pensamiento. Más quisiera en verdad luchar con los tigres, con los leones, derribar una hueste de elefantes en el suelo, aprisionar en cadenas por mí forjadas á todos mis enemigos, y correr la tierra y llegar hasta la negra boca del antro donde se guarecen á la vista de Brahama los demonios, y vencerlos, que no sostener esta viva lucha con mi corazon, con mis pasiones. Pero allí veo unas cigüeñas que me cercan; yo las alcanzaré, y aprisionándolas lograré con su dolor distraer mi dolor.

LAS CIGÜEÑAS.

No nos persigas, no. En esta soledad, bajo las anchas y umbrosas hojas de los árboles, en el limo primitivo áun empapado de agua y de tierra á medio formar, entre las raices de las mil zarzas y enredaderas y verde yedra que se entrelazan con los árboles, en ese hervidero de vida na-

cen mil insectos venenosos, enemigos del hombre, que estirpamos metiendo nuestro pico en la corola de las flores que los guardan y levantándonos en ráudo vuelo á las alturas para lanzar un grito de triunfo que ensordezca los aires, miéntras cernemos de nuestras alas como arenas de carmin y oro los átomos de las flores en ellas prendidos, produciendo una lluvia que viste de los matices del iris la ondulacion contínua de los vientos, más agradecidos que tú, pues nos pagan dando impulso á nuestro ráudo vuelo el bien que hacemos á la madre comun naturaleza. ¿Y tú suspenderás nuestra carrera, nos sepultarás en el barro, cuando sabemos que amas? Líbranos de tus flechas, y llevarémos á Damayantia, tu amada, que habita en los bosques de Occidente, el placentero, el grato mensaje de tu amor.

NALA.

Ya que soy esclavo, sed libres, hendid los aires, posáos á las plantas de mi amada. Llevadle el suspiro que me habeis oido. Bebed esta lágrima que cae por mis mejillas, nunca por las lágrimas surcadas. Escuchad, escuchad el latido de mi corazon, para que le lleveis un eco no más de la inmensa tempestad de mi sér. Decidle que habeis visto al invencible, al guerrero llorar como el dia en que nació. Referidle que me habeis visto solo, desesperado, herido por las espinas de las selvas, disgustado de todo placer humano, absorbido en la contemplacion de su ideada imágen, sin más pensamiento que el sueño constante, infinito de este amor, cuyo fuego, abrasándome las entrañas, hará que se disipe mi vida. (*Las cigüeñas toman el vuelo hácia Occidente.*)

DAMAYANTIA (*en los bosques de los jardines de su palacio*).

¿Qué hago yo aquí, pobre mujer, corriendo tras una ilusion sin forma ni colores? Mi única alegría es oir el canto contínuo de las aves. Ese gorjeo infinito es el eco de Brahama; la voz que se eleva acompañada por la música de los campos; la espansion melodiosa del alma de los bosques; la eterna cadencia de las infinitas armonías que ruedan en ondas sonoras sobre la creacion; el pensamiento que las flores llenas de aromas en la primavera lanzan á lo infinito; la espansion de la alegría delirante en que se baña naturaleza cuando la savia rebosa por sus venas y el primer reflejo del calor enciende en ella nueva vida; la plegaria de todos los seres que el ave recoge en su arpada garganta y lleva al cielo, cuando serena, tranquila, abre sus alas y se pierde en los aires, reflejando, como una estrella que oscila en lo infinito, la luz en sus pintadas plumas, inundándolo todo con su bendito, con su melancólico canto de divino amor. ¡Ah! ¿Qué palabra he pronunciado? ¡Amor! ¡amor! Desde el momento en que aquel misterioso viajero me mostró el ave cantando sobre su nido, he visto que la armonía de estos conciertos de los bosques, el aroma de estas flores perdidas entre la verde yerba, el murmullo de estos árboles agitados por las áuras, no es más que amor, sí, amor que abrasa tambien mi corazon, que se estiende por mis venas como la savia por las plantas, como el fuego por la naturaleza.

LAS CIGÜEÑAS (*cayendo á los piés de Damayantia*).

Venimos á traerte un mensaje, á responder con un amor inmenso al amor de tu corazon. Hemos visto en Oriente un

príncipe que brilla entre los hombres como la luna entre las estrellas. Dispuesto al bien, sólo habla con los buenos y sólo quiere á los que cumplen los preceptos de Brahama. Respetuoso con los ancianos, obediente á los sacerdotes, pronto á bendecir, tardo en imprecar; más amante de la ciencia de su alma que de la corona de su frente; caritativo con todos los seres, desde el águila hasta el insecto; dueño de sus sentidos, señor de sus pasiones; dispuesto á sacrificar todos los goces de la vida, pero nunca la verdad ni el bien; hábil en manejar el arco, certero en asestar la flecha; gran cabalgador de caballos y elefantes, Nala es la gloria de la tierra, la envidia de los cielos; y rinde todo su poder, toda su ciencia á tus plantas. Nosotras le hemos visto en el dia de su consagracion, en que iba á compartir el trono de su padre. En aquel dia la ciudad brillaba como un lago sembrado de lothos abiertos, sobre cuyos cálices se ciernen cantando mil aves embriagadas de amor. Nala se encerró en su blanco palacio semejante en la tierra á un gran monton de nubes en el cielo, y despues de haber arrojado en el fuego sacro de sus dioses la manteca clarificada, que subia en una columna de humo á la mansion de los inmortales, se recostó en su lecho de verbena para pensar en Narayana y darse á la oracion y al ayuno. Si le hubieras visto en el instante de la consagracion, te hubieras quedado estática. Hubieras visto á todos sus vasallos que entonaban un inmenso coro; á los sacerdotes que leian el libro incomunicable de los Vedas; un áureo trono levantado en el centro del palacio y cubierto con pieles de leon; urnas de plata coronadas de yedra y de madre-selva y llenas de aguas dulces de la confluencia del Ganges con el Yamuna, y de aguas saladas traidas de todos

los mares; limones, granadas, miel, leche, todo esparcido como tributos de la naturaleza; un cetro cubierto de pedrería tan resplandeciente como la porcion de cielo sembrada de más hermosos astros; un abanico ornado con una radiante guirnalda de flores de oro y tan bello como la luna en el lleno; un quita-sol tan verde y tan claro como una de esas grutas formadas por las ondas en que se esconden las ninfas de los mares; toros blancos, caballos negros, majestuosos elefantes, pavos reales, papagayos de mil colores; y allá en el fondo del palacio, entre los bosques de los jardines, hermosas ninfas que entonaban un cántico melancólico, acompañado por las cítaras de los bardos, cuyos ecos llenaban de armonías todo aquel ambiente cargado de aromas de las plantas, de perfumes de almizcle, de clamores de entusiasmo, y de ese fuego de los corazones que se comunica hasta los pliegues del aire en una infinita y delirante vibracion de entusiastas pasiones. Pero nunca le vimos como ayer en su bosque, melancólico, distraido, pronunciando palabras inconexas y escribiendo un nombre en la corteza de los árboles. Nosotras miramos el nombre que escribia, y era tu dulce nombre, Damayantia.

DAMAYANTIA.

¡Yo, yo amada! Bendita sea la hora en que esto he oido. Bendito sea el sol que nos alumbra y el aire que respiramos. Benditas sean esas flores, que han abierto más sus cálices al oir la palabra «amor.» Ya no estoy sola, y esta tristeza que me consumia se disipará como las sombras de la noche cuando la aurora tiñe con sus sonrosados dedos el Oriente. Yo creí que mi amor se consumiria en mi pecho, que mi

vida, deslizándose como ese arroyo por la tierra, se perderia en el olvido. Me habeis hecho feliz. Vuestras palabras han caido sobre mi corazon como el primer rayo de luz sobre los ojos del ave que atemorizada vive bajo las hojas de los árboles, temiendo que la serpiente devore sus polluelos en medio de las sombras. Levantad vuestro vuelo, y decid á Nala que le amo con todo mi corazon, y que le espero como espera la yema del árbol la primavera, y la alondra el albor del nuevo dia. Id, mensajeras de la felicidad, y contad lo que os he dicho á mi amado.

LAS CIGÜEÑAS (*tomando la forma de Apsaras*).

Nosotras somos las ninfas de las aguas, que hemos tomado la forma de cigüeñas, porque, hijas del cielo, podemos tomar todas las formas y revestirnos con todas las gasas que hay esparcidas por la naturaleza, como la gasa de oro del sol y la gasa de plata de la luna. Pronto verás en tu reino á tu amado, muy pronto, y le verás más fuerte que el leon, más blanco que el cisne, más hermoso que los dioses. Quédate en paz, Damayantia, y no dejes de pensar en el jóven que te ha destinado Brahama. (*Se pierden en los aires.*)

NALA (*atravesando los bosques en su carro*).

Vuela, cochero, como vuela mi deseo. El corazon me salta del pecho. La sangre quema mis venas. El aguijon de la impaciencia me hiere y me estimula á correr hácia el bosque de mi amada. La veré, la veré. ¿Será posible? ¿Y no se ha de consumir mi pupila con el fuego de su mirada? ¿Y no caeré inerte al verla sonrosada por el rubor que aumenta la hermosura? ¡Qué camino tan largo! Si pudiera, cabalga-

ria en una nube, y arrastrado por el huracan me posaria en su palacio como la golondrina cuando vuelve cansada de remotos climas. ¡Oh! Mi mente la pinta allá en mi interior con toda la viveza de sus colores. La veo, sí, la veo como el viajero sediento ve un lago á lo léjos en las abrasadas arenas del desierto. Vuela, cochero, vuela como mi deseo, como mi pensamiento.

Los Dioses (*invisibles en el aire*).

¿Un mísero mortal triunfará de Damayantia? Miradla. Su seno late al través de su cendal de blanco lino; sus cabellos caen sobre la espalda como la luz cae del disco de la luna; sus labios entreabiertos son el boton de una flor que guarda trémula el primer beso de la mañana; su mirada es tan vaga como los cielos; sus piés dejan huellas de ámbar y rosa; y su voz tiene tan dulce melodía, que al oirla abandonan las tórtolas y los ruiseñores sus nidos, los pavos reales las ramas de los árboles, y la siguen, porque se alegran con su presencia; y si no las contuviéramos, hasta las aves celestes bajarian á verla desde el pico más alto del Himalaya, despreciando el néctar que les damos en las copas de oro, por un suspiro de sus labios. Miradla ahora bajo un plátano, al borde de la cascada, hundiendo sus piés en yedra y madre-selva, con una guirnalda de flores en la frente; miradla cómo acaricia una paloma que se ha posado en su hombro, y da flores á un corderillo que ha ido balando á sus piés; y decid si la creamos tan hermosa, si le dimos la más pura sangre, el color de nuestras blancas nubes, el matiz de nuestras rosas, para que fuese prenda de un mí-

sero mortal. ¡Oh! No, no. Detengamos á Nala que en su carro tan rápido como un relámpago va en pós de Damayantia.

NALA (*irritado*).

Cochero, ¿quién detiene tus caballos? Anda, anda, ó asesto mi arco á tu pecho, que así se opone á mi deseo. El ardor que me consume no me deja sentido bastante para pensar lo que hago. Anda, ó te mataré con mis flechas, como ayer maté irritado la grande y esmaltada serpiente que tendida en el camino y con sus fáuces abiertas y chasqueando su cola queria cerrar nuestro paso y retardaba la hora feliz en que debia ver el objeto de mi amor.

LOS DIOSES (*tornándose visibles*).

No achaques á un mortal lo que es obra de los inmortales. En vuestro orgullo os creeis solos en la tierra, y no pensais que el aire, el agua, los átomos todos que componen la creacion, están llenos de dioses, cuya voluntad, como divina, es incontrastable y superior á la voluntad de los hombres. Los caballos no han podido andar, porque nos hemos interpuesto en su camino. ¿Por ventura nos amenazarás como al cochero, ó nos matarás como á la serpiente?

NALA.

De rodillas imploro vuestra misericordia. Ya sé que no debemos respirar un mismo aire, pues vosotros habitais las cimas celestes del Himalaya y yo soy un gusanillo de la tierra. Si vivo y respiro, es porque me prestais vuestro aliento, porque me sumergís en vuestra vida, porque me ilumi-nais con vuestros ojos, porque habeis puesto un átomo de

vuestra sustancia en mis carnes y una gota de vuestra sangre en mis venas. Yo estoy mirándoos deslumbrado y estático. Los mantos sembrados de estrellas; los cetros de diamantes que recogen todos los rayos de la luz; los carros de nubes que vuelan sobre las cimas de las montañas como inmensas águilas; las coronas de rayos que parecen un volcan eterno ceñido á la frente de los dioses; los caballos de color verde que se mueven á compás como las ondas del Océano; las serpientes de fuego que se deslizan entre los arreboles del aire; las guirnaldas de flores divinas que se entrelazan á vuestros piés y á vuestros brazos; los vientos que mecen lechos nupciales formados con las hojas de los árboles del Himalaya; los pavos reales que abren los abanicos de sus colas matizadas de colores nunca por los hombres soñados; las Apsaras que vuelan sobre la tierra como las blancas mariposas en primavera sobre el florido arbusto; los céfiros que juguetean esparciendo por do quier esencias y aromas recogidos en los bosques sagrados; la música infinita que producen las alas de vuestras aves, las ruedas de vuestros carros, las cuerdas de vuestros arcos, las flechas que llevais en vuestro carcaj; todo, en fin, todo cuanto veo y cuanto oigo, me está revelando la omnipotencia de los dioses.

Los Dioses.

Pues si te revelan nuestra omnipotencia, no querrás oponerte á nuestros deseos, que han de concluir por vencerte y dominarte. Ya que tan orgulloso caminas hácia la corte de Damayantia, dile en nuestro nombre que los dioses de las alturas del Himalaya la aman, y que elija uno por esposo; que allí tendrá, para beber, el primer rocío de la mañana; para

comer, la fruta incorruptible de los árboles divinos; para vestir, la gasa de las nubes; por joyas, luminosísimas estrellas; por guirnaldas, flores nunca marchitas; y para amar, el corazon infinito de los dioses, donde reina una pasion inmortal.

NALA.

¡Oh dioses! Mandadme que detenga las ondas del mar, y me veréis sumergirme en sus profundos senos. Mandadme que vaya á la selva á contener el tigre, y me veréis pronto á arrancar la lengua al más fiero de los animales y arrojarla á vuestras plantas. Mandadme que suba á la cima de los montes á estinguir con mi saliva un volcan, y dejaré que el fuego me consuma. Pero ni ahora ni nunca podré consentir que se disipe la única esperanza de mi vida, que se acabe la única alegría de mi corazon, que se pierda la única luz de mi existencia, que me arranqueis á Damayantia, cuyos hermosos ojos han alumbrado mil veces ya mis sueños.

LOS DIOSES.

¿Pues no decias que estabas pronto á prestarnos tu obediencia religiosa? ¿Y eres tú el mortal virtuoso, el que nunca desobedeció á los brahamanes, el que acata la ley de los Vedas, el que sigue con paso seguro el camino de la virtud y del bien? Tú eres un mortal orgulloso que se levanta con ánimo de escalar los cielos, un rebelde que irá á los profundos abismos de Yama...

NALA.

Callad, callad. Obedeceré vuestras órdenes, seguiré

vuestra voluntad con todo su fatal impulso. Diré á Damayantia que la amais, aunque el pronunciar esta palabra me haya de costar la vida. Separémonos, inmortales. Quiera el cielo que no sea á otros hombres tan funesto como á mí vuestro encuentro; quiéralo el cielo. Anda, cochero, anda á la corte de Damayantia; pero despacio, muy despacio, cochero.

DAMAYANTIA (*desde el terrado de su palacio*).

Allá le veo, á lo léjos, en su carro, y mi corazon me lo habia dicho ántes que lo dijeran mis ojos. Sí, aquel es mi amado. Su frente brilla como el cielo; sus ojos buscan ávidamente mi imágen adorada entre los arreboles del aire. Aquí, aquí te espero, sin poder contener el movimiento de mi corazon, que me salta del pecho. Sin tí, yo, pobre mujer, sería como la yedra sin tronco, y la estrella sin cielo, y la paloma sin nido, y las raices sin tierra. Tal como eras en mi ardiente pensamiento, te veo en mi vida, te miro en el mundo. Sí, tú eres la forma de mi ilusion, la imágen de mis ensueños, la palabra de mi idea, la realidad del sér que yo veia en las neblinas del rio, en las sombras del bosque, en los rayos de la luna, en los rosados resplandores de la aurora. Te conocia, sí, te conocia, sér adorado, porque muchas veces te habia visto pasar en las nubes, y desprenderte de las hojas caidas de los árboles, y flotar en los velos del alba, y mirarme desde alguna estrella; y cuando las sombras caian sobre mí y se cerraban mis párpados, te veia en mis ensueños.

EL REY.

Ven, hija mia, salgamos á recibir á un príncipe que vie-

ne en pós de tu amor. La fama de tu hermosura ha llegado hasta los estremos de la tierra. Bendito sea Brahama que me ha dado una hija más hermosa por sus virtudes que por las gracias de su cuerpo. Dios la bendecirá, para que sus hijos sean buenos y felices y se parezcan á su madre. Tu amor, hija mia, será más dulce que la miel guardada en las flores, miéntras resplandezcas por tus virtudes. Ven, hija mia, ven.

NALA.

Damayantia, ya te conocia ántes de verte. Tú eras la luz que iluminaba el mundo, tú eras el aliento del áura que respiraba mi pecho, tú mi eterno sueño; y al verte no hago más que resucitar mis recuerdos... Pero ¿qué digo? Estoy demente. No me creas. Yo no debo amarte. Los cielos me lo han prohibido. Yo vengo á decirte que allá, en los picos más altos del Himalaya, entre los sonrosados arreboles de la eterna aurora, bebiendo siempre el rocío celeste y devorando los más ricos frutos del árbol de la vida, coronados de luz, vestidos con el celeste manto de los más claros celajes, reclinados en almohadas de estrellas, están los dioses que te aman y desean llevarte en los carros de sus nubes á su encantada mansion, para ofrecerte tesoros, joyas de estrellas para tu garganta de cisne, brazaletes de luz para tus brazos de alabastro, gasas de mariposas para cubrir tus formas, flores caidas del cielo para coronar tus sienes; y yo, que no me atrevo á competir con los inmortales, ni á robar tu felicidad, que es mi vida, deseo verte en el cielo, aunque sin ti caiga para siempre en el infierno.

El Rey.

Ya lo oyes, hija, los dioses tambien te aman. Allí tendrás por trono el Himalaya, por dosel los cielos, por palacio el Universo, por vasallos los mundos, por sandalias doradas estrellas, por manto las nubes sonrosadas, por lecho todas las flores de la tierra, por espejo el mar, por zarcillos las primeras perlas que el Creador arrojó á las ondas puras y los primeros diamantes que encerró en los montes, por cortesanas las ninfas de las aguas y de los vientos, que entonarán para embelesarte una cancion más dulce que el ruido de la lluvia en el lago; y todas las sustancias de la naturaleza se derramarán por tus venas para formar tu vida, que será eterna como el color de los horizontes, como la luz del sol.

Damayantia.

Padre, padre, callad. No así me hagais imaginar que la ambicion, y no el amor, mueve vuestros labios. El Universo entero no podria llenar un corazon vacío. El mar con todas sus aguas no es tan grande como una lágrima de amor que cae de los ojos abrasados. El cielo es fugaz como una hoja de rosa junto al pensamiento que recuerda el objeto amado. Todas las estrellas engarzadas en un collar no valen lo que unos brazos amantes. Todos los mundos diseminados á los piés como esclavos no los quiero, si me falta el corazon que deseo oir siempre latiendo á mi lado. Las armonías de toda la naturaleza no son tan dulces como el cantar melancólico de la serenata que interrumpe el sueño en que veo y siento á mi amor. Todos los dioses con su eterna serenidad,

con su paz eterna, no podrian darme la ventura que me daria en la tierra una hora de dudas, de celos, de desesperacion, de esas tempestades que concluyen por una lluvia de lágrimas. Déjame, padre mio, déjame con mi amor.

EL REY.

Damayantia, no debes despreciar así la felicidad.

DAMAYANTIA.

Yo no he nacido para diosa. Así como Brahama te castigaria si intentases desposar á tu hija con un pária, te castigará si intentas desposarla con un dios. No debemos romper la esfera en que nos ha colocado el Creador.

NALA (*cayendo de rodillas*).

Bendita seas, mujer. El espíritu celeste que salió de los labios de Brahama cuando acostado en el lotho flotaba sobre las aguas, ha ido á refugiarse en tu seno.

EL REY.

No te envanezcas tan pronto, mancebo. Todavía falta la eleccion pública y solemne de mi hija. Áun han de pasar ante sus ojos príncipes de mil regiones, que llevarán preciosas joyas, y carros, y camellos, y oro, y elefantes, y papagayos, y pavos reales, y cetros más hermosos que tu cetro. ¡Ah de mis ministros! Anunciad á los príncipes que va á elegir mi hija un esposo.

DAMAYANTIA (*mirando á Nala*).

Ya lo ha elegido mi corazon.

Los Dioses (*invisibles*).

¿Elige á Nala? Pues no lo consintamos. ¿De qué ha de servirnos tanto poder? Arrastrémosla de grado ó por fuerza á nuestros palacios de estrellas. Allí vivirá feliz. Y para mejor persuadirla, engañémosla, tomando todos la figura de Nala. Así creerá ver en todos nosotros á su amado, y nos elegirá figurándose que somos Nala. ¿Cómo nos va á conocer? Y prendida la infeliz en las redes que le tenderémos, vendrá al pico del Himalaya á respirar la vida de los dioses.

Coro de Ninfas (*en los picos del Himalaya*).

El cielo brilla deslumbrador. Lanza el sol sus más ardientes rayos. Las nubes vuelan como una manada de águilas por los límites del horizonte. Los altos picos del Himalaya centellean cuajados de nieve con su color violeta. Las grandes aves de las montañas abandonan sus nidos lanzando agudos gritos y cerniéndose gozosas en los aires. Los lagos acostados entre las colinas como una hoja caida de la flor de los cielos brillan reverberando la luz. Los altos pinos apénas pueden sostener en sus ramas los copos de la nieve. Los cedros suspendidos sobre los abismos murmuran con el ruido y el movimiento de sus hojas una oracion melancólica. Los volcanes despliegan en las cimas de las montañas sus abanicos de fuego. Los abismos abren sus negras bocas entre el follaje de los bosques. De un lado se ve levantarse la serpiente á los aires como una rama animada, y de otro hundirse el torrente en lo profundo como el águila cuando se lanza sobre su nido á defender sus polluelos. Los cañaverales susurran doblegados por el viento, y las cavernas

lanzan estraños rumores como si un contínuo terremoto rodára por sus oscuros senos. Y todo es aquí hermoso: los árboles cargados de flores; las rugientes cascadas; las grutas cubiertas de yedra; las cavernas que lucen con el fuego del volcan; los picos de los montes que se pierden coronados de nieve en los cielos; los lagos cubiertos de lothos y festoneados de toda clase de plantas acuáticas; los amarillos canarios suspendidos del cáliz del clavel; las grullas que forman círculos misteriosos en los aires; las cigüeñas que se alimentan de los insectillos perdidos entre las yerbas; los cisnes que cruzan como espuma animada por las aguas; los gamos que saltan de roca en roca; los elefantes que andan por do quier con majestuoso paso; los papagayos que son como alados ramilletes; la vida en todas sus formas, con todos sus encantos y con sus misteriosos resplandores. Aquí se reunen los héroes, los hijos de los reyes, aguardando á que Damayantia elija esposo. Son los guerreros que han peleado en cien combates, que han avivado con su soplo cien sacrificios, que han coronado con sus manos cien aras, que han sometido cien pueblos, y que vivirán más de cien años. Entre todos se distingue Nala, como el cedro en el bosque y la palmera en el valle. Pero Nala tiene á su alrededor seis que son como él, que tienen su misma figura, su misma forma, su mismo rostro, su mismo trage, de tal suerte que no se puede saber cuál es el verdadero Nala. ¡Infeliz Damayantia! Vendrá con el corazon rebosando amor, los ojos despidiendo fuego; y al querer elegir á su esposo, al que es la imágen de sus ensueños, la esencia de su vida, la sangre de sus venas, el aire de su pecho, la luz de sus ojos, se encontrará con que no puede conocerlo. ¿Quién sabe si en vez de elegir á Nala

elegirá al dios enemigo que ha tomado su forma? La heróica y divina asamblea está conmovida esperando la aparicion de la doncella que reina en todos los corazones. Miradla; allí viene tan hermosa como la gloria que baja sobre la frente del guerrero, como la diosa que sube al cielo, como un rayo de la luna, como un altar preparado para el sacrificio, como un lago cubierto de lothos, como un rio henchido por las lluvias, como una noche cargada de estrellas. Su frente parece el cielo; sus negras trenzas caen sobre sus espaldas, aumentando la sonrosada blancura de sus carnes; sus ojos brillan entre los párpados cargados de lágrimas de alegría, como el antílopo entre flores cubiertas de rocío; su seno palpita como la nube en que hierve el rayo; y las guirnaldas que se entrelazan á sus sienes, y la vestidura de blanco lino que la cubre, y el collar de perlas que ciñe á su garganta, y los brazaletes de oro que cubren sus brazos, y las sandalias que encierran sus breves piés, y los adornos que esmaltan su hermosura, aumentan sus gracias, como las hojas verdes que rodean á la rosa aumentan el brillo de su corola. Viene apoyada en su padre, que lleva una tiara de oro cubierta de diamantes, y mira con ávidos ojos á todos los príncipes que componen esta gran asamblea de pretendientes á su amor. Un sordo rumor de admiracion se estiende de boca en boca; rumor que cesa desde el instante en que suena la música y se levanta un inmenso coro de mil voces. Damayantia se desprende del brazo de su padre, y se pasea sola alrededor de la asamblea, con el rostro cubierto de encendido rubor y los ojos puestos en la tierra que pisa. Va meditabunda, y su rostro indica que mil pasiones se desencadenan en su alma. Todos, todos los príncipes tiemblan. Allí á un

lado están los seis que tienen la forma de Nala. Damayantia llega, se suspende, duda, da algunos pasos, retrocede, y por fin se cubre desesperada el rostro con las manos, y una sonrisa cruza por los labios de sus falsos engañadores. Pero ¿cuál será el verdadero Nala?

DAMAYANTIA.

¡Oh! Mis ojos buscan afanosos el lugar donde se levanta mi amado, y donde se fijará mi eleccion como está fijo mi pensamiento. Yo no quiero el oro, los diamantes, las perlas que me ofrecen todos estos príncipes de las varias regiones de la India, no los quiero. Lo que yo deseo es amar, lo que mi corazon busca es una pasion inmensa, infinita, que llene toda mi vida y que encienda más el fuego de mi sér. ¿Dónde, dónde estará mi amado? Acaba de sonar la hora de mi felicidad, y sin embargo tiemblo, y vacilo, y dudo, y tengo frio. Dejemos á estos príncipes, que me llevarian á un trono, pero nunca al logro de mi ventura. No miremos á esos mancebos dados al juego y á las fiestas. Nala el guerrero, Nala el victorioso debe ser mi amado. Pero ¿qué veo, qué veo? ¡Oh fatalidad! Los dioses que me aman, y que quieren darme un amor celeste, cuando yo siento y deseo un amor humano, los dioses se han ceñido las formas de mi amado. ¿Cómo conocerle? ¿Cómo elegirle? Si elijo á uno de ellos, habré elegido á un dios y habré despreciado al sér que me ama y que llena toda mi alma. Dejadme en paz, dioses de Merú; os lo pido por vuestra misma divinidad. Á vosotros que teneis flores purísimas, espumosas cascadas, árboles llenos de flores, diamantes purísimos, astros que engarzar en vuestra corona, la hoja de todos los bosques

para vuestro lecho, ¿de qué os sirve el amor de una débil mujer, flor perdida en vuestros bosques, gota de rocío caida en vuestros torrentes? Dejadme el amor humano con su incertidumbre, con sus dudas, y hasta con su dolor. Más quiero un amor desdichado en la tierra, que un amor sereno en el cielo; porque el primero sería un amor nacido de mi naturaleza, y el segundo un amor incomprensible para mi corazon, superior á mis sentimientos. ¡Oh! Por piedad, muévaos el llanto de una mujer, que ablanda hasta las duras piedras. ¿No me oís? Inmóviles ahí, ¿no os apiadais de mí, no sentís mi voz que hiere las estrellas, no recogeis mi llanto que podria con su fuego derretir hasta el hierro? Yo pediré consejo á mi instinto de mujer, y me salvará mi instinto. ¿Quién de vosotros será el verdadero Nala? Todos decís «yo, yo, yo,» y no puedo creer á todos. En esos rostros brilla una serenidad celeste. Esos ojos nunca han sido nublados por el dolor. Esos labios vibran como agitados de una risa eterna é incesante. Vosotros no habeis nunca sentido el dolor, porque no sois hombres. Ya sé dónde está Nala. Sí, Nala es aquel guerrero empolvado, macilento, que tiembla y que contrae sus ojos para no verter una lágrima que á sus párpados asoma. Bendito sea el llanto que me ha revelado á mi amante, al que será mi esposo. (*Cae en brazos del verdadero Nala.*)

NALA.

¡Oh! Soy feliz.

LAS NINFAS.

Los dioses asustados vuelven á tomar su verdadera for-

ma. La sabiduría del corazon de una mujer ha vencido toda su astucia divina. Ganesa toma sus dos rostros, y vuelve á mirar á las dos corrientes del tiempo. Indra monta en su carro de nubes, y surca los cielos. Mahadeva empuña su tridente, y aguijonea á sus caballos verdes para que lo lleven á sus grutas oceánicas. Crichna corre por los campos con su pellico formado de nieblas y bordado por los rayos del sol. Mahader vuelve á tomar sus alas para perderse en los astros como mensajero de los dioses. Surga ha subido en su carro de fuego, y azotado á sus siete caballos verdes que lo vuelven al sol. Y Nala y Damayantia, uno en brazos de otro, se sonrien con una alegría que de seguro resuena en los cielos.

Los Dioses.

Consolémonos de nuestra desgracia comiendo la celeste ambrosía, este manjar que salió del Océano cuando acababa de producir las Apsaras, y que sostiene siempre hermosos nuestros cuerpos, y rientes y puras siempre nuestras almas. Os acordais seguramente de la guerra tan cruel habida contra los inmortales por la ambrosía, que es como la esencia del sér; y sentís aún cuán agradecidos debemos estar á Indra, que precipitó en lo profundo á nuestros enemigos, trayendo en sus manos el plato, más ancho ciertamente que la tierra, donde estaba guardado el divino manjar. Áun debemos recordarnos unos á otros que en aquel dia encerramos para siempre en los abismos el pez de fuego ardiente como el sol, que intentaba destruir, aniquilar la máquina de los mundos, á tanta costa por el Creador levantada en la inmensidad de los espacios. Entónces no temblába-

mos, ¿y habíamos de temblar ahora? Nosotros tenemos á los piés la serpiente Vasúgui; y por más que se hinche hasta formar un monte, y se enrosque en espirales hasta querer con la cabeza sostener el cielo y colgar de su cola toda la tierra, y abra sus cinco bocas mostrando sus rojos áspides más largos que los cometas, y se estienda por los espacios como una cinta de fuego, será siempre el escamoso trono donde se asiente nuestro poder, y lloverá sobre nuestros enemigos toda suerte de males. Es necesario que el gran Vichnú nos preste la serpiente, para arrojar veneno en el lecho donde Nala y Damayantia van á ser felices. Mirad; ya han convenido los dos en que sus genealogías son iguales; ya traen los criados de Nala, con gran arrogancia, gordas vacas coronadas de yedra, y los demas regalos de boda. Las vacas son hermosas. Sus rojas pieles lucen con deslumbrantes resplandores, sus tetas apénas pueden detener la leche que en ellas rebosa, sus ojos son serenos, su andar majestuosísimo, y cada una lleva tras sí un becerrillo que puebla los campos con sus primeros balbucientes mugidos. Ya Nala y Damayantia, ricamente vestidos, se dan la mano, ruedan en torno del fuego, mirándose estáticos cual se mira una pareja de ruiseñores cuando hacen su nido, y escuchan los cánticos de los brahamanes mezclados con los conciertos de timbales y liras, y ven caer sobre sus cabezas la lluvia de granos benditos y de flores que les arrojan las ninfas de los bosques; y despues de haber recibido las bendiciones de sus padres, se van, apoyados uno en otro, á gozar en la soledad de sus felices amores. ¿Y hemos de consentir nosotros tanta felicidad? Las horas no pasan para ellos, que sólo necesitan de la hermosa luz de sus mútuas miradas; no

pronuncian más que la palabra « te amo », y sus corazones laten con igual impulso y con idéntico latido, y el aire que respiran está impregnado de sus dulces suspiros, y no saben andar sino apoyados uno en otro, y les parece que el mundo está lleno de su espíritu, y á cada instante sus labios se juntan en un beso casi nunca interrumpido, y esta pasion les abrasa á ellos en amor, á nosotros en rabiosos celos. Arrojemos á Nala una de las flechas que lleva en sus escamas la serpiente Vasúgui, arrojémosela; y otra pasion más ardiente y más intensa que la pasion de Damayantia llenará todo su corazon, que rebosa ahora en amor, obligándole á despeñarse en abismos insondables, en cuyo fondo hervirá su mal y nuestra venganza.

DAMAYANTIA (*paseando por el bosque con Nala*).

¡Qué felices somos! Las ramas de los árboles se inclinan para recoger nuestro aliento y con él perfumar las flores, porque el aliento del amor está impregnado de aromas. Las aves cantan melancólicamente en la enramada, y sus contínuos gorjeos quieren repetir nuestra voz, porque la voz de los enamorados es un cántico. Ven, reposemos aquí sobre la yerba mullida para mejor mirarnos. ¡Ah! La vida se pierde cuando el corazon no ama. Sólo ahora, sólo en este instante siento correr por mis venas la sangre, y latir mis sienes, y palpitar mi corazon, que es todo tuyo. Sí, Nala, sí, todos mis deseos se han cumplido, todos mis sueños se han realizado. Ya, ya somos felices. La naturaleza entera escucha nuestro juramento de amor.

NALA.

Te amo como ama la flor el rocío. Te amo como ama el ave el rayo de luz que la despierta y le vuelve el placer de cantar al nuevo dia. Te amo como ama el águila su nido. Te amo como ama la onda la playa que besa eternamente. Te amo como ama el viajero perdido la luz que ve á lo léjos y le promete un asilo. Te amo como ama el árbol la tierra de que bebe su jugo. Te amo como ama la yedra el tronco á que se enlaza. Te amo como ama toda la naturaleza, toda la vida, con un amor tan grande y tan divino como el conjunto de todos los amores de todos los seres que el Creador esparció en los espacios.

DAMAYANTIA.

¡Cuán feliz soy! La naturaleza toda me sonrie con sonrisa de amor.

NALA.

¿Qué siento en mi corazon? Quisiera que fuéramos á nuestro palacio.

DAMAYANTIA.

¿Te cansa ya esta soledad? ¡Ingrato! ¡ingrato!

NALA.

No, no. Estarémos aquí, porque aquí está toda mi vida.

DAMAYANTIA.

Mira cómo todos los seres se alegran con nuestra alegría.

NALA.

Vámonos, vámonos.

DAMAYANTIA.

Otra vez! Vamos. ¿Estás demudado? ¿Qué sientes?

NALA.

Déjame ir donde están los mancebos de mi edad, á distraer un instante mi pensamiento.

DAMAYANTIA.

¡Vé, vé en buen hora, ya que así lo deseas. ¡Oh amor fugaz!

LOS MANCEBOS (*jugando*).

Vengan los dados. La vida es un juego, el mundo una ilusion, todos nosotros desvaríos del acaso, fantasmas con que Brahama divierte sus ocios allá en el cielo. La vida pasa como las ondas del rio, y se pierde en el mar. Si un instante hay de placer, ese es el único instante verdadero de la vida. Juguemos, juguemos, para ir luégo á sumergirnos en un mar de voluptuosidad y de placeres. El Creador juega con los mundos como nosotros jugamos con el oro; el elefante juega con las piedras como nosotros con los dados; el mar vive jugando con las arenas como nosotros jugamos con todo. Juguemos, pues. La suerte nos lleva de aquí para allá, como el arroyo arrastra la hoja que cae sobre sus ondas. Juguemos. No hay nada tan placentero como el juego, que á todos alegra.

NALA.

¡Oh! Una fuerza irresistible me arrastra al juego. Yo necesito sentir algo más que el amor, algo que abrase toda la vida y todo el sér. ¡Siempre consumido en un mismo pensamiento! ¡Siempre amando! Así no se puede vivir mucho tiempo. La vida consiste en la variedad infinita de emociones. Por eso los dioses han dicho que nuestra vida es un juguete de las fuerzas todas de la naturaleza, una de las infinitas gotas de rocío que el sér ha llovido sobre nuestro mundo, y no una corriente siempre igual y perenne. El arroyo más límpido que por el campo corre, se enturbia. Entúrbiese, pues, en buen hora esta vida, que no es superior al arroyo. Mancebos, juego, juego. Como querais; juego, juego. Necesito enloquecerme.

LOS MANCEBOS.

¿Un príncipe feliz, amado, dueño de la hermosura más celebrada de estas regiones, viene á jugar? ¡Oh maravilla!

NALA.

¿Qué quereis? Me divierte mucho el juego. El ruido de los dados, la mirada curiosa de los jugadores, los sentimientos que se cruzan por todas partes, el temor, la alegría, la duda, la ansiedad, el desaliento me embriagan, como el estrépito de las armas, y el clamoreo de los soldados, y el relincho de los caballos, y el ruido de los elefantes, y el gemir de los moribundos me embriagan en un campo de batalla. Juego todo el oro que llevo en esta bolsa.

LOS MANCEBOS.

Tirad los dados. ¡Oh! Perdió.

NALA.

¡Mala suerte! Perdí. Tomad mi oro, y no olvideis que es mucho.

LOS MANCEBOS.

¿Os habeis acobardado por una primer desgracia?

NALA.

No me conoceis bien, no, compañeros. Juego todo cuanto me dió mi padre contra todos vuestros patrimonios juntos.

LOS MANCEBOS.

Pues lo perdiste, lo perdiste. Así lo quiere el destino. Pero eres rico, y no importa.

NALA.

¡Oh! Adelante, adelante. Juego mi palacio con su jardin y su bosque.

LOS MANCEBOS.

Una, dos, tres. Perdiste.

NALA.

Juego mis alhajas, mis vestidos, y las alhajas y vestidos de mi esposa.

LOS MANCEBOS.

Los perdiste, los perdiste.

NALA.

¡Ay! ¡Y no me queda nada!

LOS MANCEBOS.

Juégate la mujer, la mujer, que es tu mejor alhaja.

NALA.

¡Callad! ¡callad, infames! ¡Oh! He perdido cuanto hay que perder, mi patrimonio, mi palacio, mi jardin, mis vestiduras, mis joyas; todo, todo os será entregado. Quedáos en paz.

DAMAYANTIA (*en su habitacion adornándose*).

Me adornaré con mis mejores joyas para recibir á mi amado y presentarme al pueblo. Este manto celeste sembrado de estrellas de plata; estos brazaletes de oro que parecen serpientes luminosas como las que hay en el cielo; estas ricas perlas cogidas entre las celestes ondas de los mares; el topacio, lágrima caida del sol; la verde esmeralda engarzada en mis sandalias; el cinturon de rubíes prendido á mi túnica de blanco lino, aumentarán sin duda mi hermosura, como el tímido centellear de la luz aumenta la hermosura de las estrellas en serena noche. ¡Me he llamado hermosa! ¡Oh rubor! Pero no deseo ser por mí hermosa, sino por su amor, por su bendito amor. ¡Ah! Le veo venir. Bendito sea el dios que lo guia á mis brazos.

NALA.

¿Por qué te adornas así? ¡Qué hermosa estás! Las perlas son sobre tu frente como la blanca espuma que corona la celeste onda; las piedras preciosas diseminadas por tus vestiduras, como los rayos del sol en las claras aguas. Déjame mirarte. ¡Ah! ¡ah! Mis ojos se cubren de lágrimas. Arráncate esas perlas, deja ahí esos collares, despójate pronto de ese manto, tira esa diadema de tus sienes, porque nada, nada es tuyo. Todo lo hemos perdido, todo lo he perdido al juego; la casa de mis padres, los bosques donde corrió mi infancia, el nido en que nací, los carros y los caballos que me llevaron á la victoria, el cetro de oro, la corona de diamantes, las ricas vestiduras que eran para mí como la luz para el cielo, las mil joyas con que ornas tu hermosura, nuestros esclavos, nuestros elefantes, hasta el traje que vestimos; y si hubiera podido, me hubiera jugado la sangre de mis venas y el aire que respiro. ¡Oh desesperacion!

DAMAYANTIA.

Pero no te has jugado el corazon. Lo demas ¿qué importa? Pronto me arranco estas joyas. No hay diamante que luzca como una lágrima de amor. No hay palacio como una gruta para los amantes. Las palomas sólo necesitan un nido en una rama. Ménos aún hemos de necesitar nosotros dos. El que viste las plantas, nos vestirá. El que alimenta en el bosque á la serpiente, ¿no ha de alimentar á los míseros humanos? Ninguna riqueza hemos menester, teniendo la riqueza de nuestro amor. Vamos donde quieras. Yo te seguiré por montes y por valles, desafiaré la tempestad, los hura-

canes, los torrentes, las lluvias, y me creeré feliz si cuando viene la negra muerte me sorprende á tu lado. Huyamos donde quieras. Ocultemos pronto en el fondo de los bosques nuestra desgracia.

NALA.

¡Seguirme á los bosques, donde me arrastra mi triste suerte! ¡Oh! no puede ser. Nuestra lengua ha llamado á los bosques con una palabra que espresa toda suerte de peligros ó de males. En sus madrigueras nos acecharán los tigres, y en su soledad nos amenazarán los elefantes; el frio y el calor nos azotarán con todas sus calamidades, el hambre y la sed con todos sus dolores; los escorpiones levantarán contra nuestras plantas sus áspides venenosos, ocultos entre las oscuras yerbas, y las serpientes chasquearán contra nuestros rostros las cortantes colas, enroscadas en las ramas de los árboles; los rugidos de los leones, y el maullar de los chacales, y el mugir de los toros, llenará el aire de siniestros ruidos y el corazon de más siniestros horrores; el oso y el jabalí nos amenazarán con sus colmillos desde las oscuras enramadas, y los reptiles venenosos se clavarán en nuestro cuerpo desde el candente polvo; zarzas, espinas, abrojos será lo único que nos ofrezca el camino, y árboles y cadáveres de árboles nos cerrarán el paso; sábanas de arenas abrasadas, sin un árbol; lagos corrompidos, sin una onda; lodazales inmundos, sin una piedra donde fijar el herido pié, se presentarán para más atormentarnos; nuestra bebida será agua venenosa, nuestro alimento acres raices, nuestro lecho el duro suelo; y no puedo consentir que tú, tan hermosa, pierdas tu blancura, el

sonrosado color de tus mejillas, la morbidez de tus carnes, la alegría de tus ojos, y te quedes como el esqueleto de un anacoreta, por seguir la suerte de este infeliz á quien han maldecido los dioses.

DAMAYANTIA.

¿Qué me importa, qué me importa todo eso? Soy tu esposa, y debo seguir tu misma suerte, sea cualquiera nuestro destino. Á tí me han unido los dioses, y solamente los dioses pueden de tí separarme. Hay una fuerza superior á todo, y esta fuerza es mi amor y el juramento que te he prestado. Así como feliz te hubiera seguido al trono, desgraciado te debo seguir al desierto. Y no habrá ni tempestad en la naturaleza ni dolor en el corazon que sean bastante fuertes para separarme de tí. Á donde vayas irá contigo la mujer que elegiste entre todas la mujeres para tu esposa. No busqué tu poder ni tus tesoros al llamarte esposo; busqué tu corazon, y tu corazon no me ha de faltar en el desierto.

LOS JUGADORES (*entrando en el palacio de Nala*).

Todo esto es nuestro, y todo lo hemos ganado al juego, es decir, de una manera santa, que nos da un título sagrado. Danos, Damayantia, tus vestidos de seda amarilla, tus mantos celestes, tus abanicos de cisne, tus diademas de perlas, tus sandalias de oro, tus collares de esmeraldas y tus magníficos brazaletes, hasta el que llevabas el dia de tus bodas; porque todo es nuestro. Este palacio con muros de color de púrpura, con torres del color del sol, defendido por fosos llenos de agua y esmaltados de nelumbos, variado por arcos

de oro y pilares de plata maciza, defendido por soldados tendidos en carros de marfil y cubiertos con pieles de tigres, perfumado de áloes, lleno de férreas lanzas, de nobles elefantes, de caballos con ricos caparazones, de estandartes cogidos en cien batallas, de jardines, de pavos reales, de vasos de ámbar que rebosan espirituosos licores, de lechos cubiertos de tapices variadísimos; este palacio tan hermoso es nuestro, lo hemos ganado, y venimos á que nos lo entregue su antiguo dueño.

DAMAYANTIA (*saliéndoles al encuentro*).

Tomad mi diadema, mi manto, mis sandalias, mis collares, mis esmeraldas. Me basta por diadema el amor, por manto mi cabellera, por collar los brazos de mi esposo.

LOS JUGADORES.

Vas á dejar tu aposento de corales, las ventanas de lápiz-lázuli en que muestras tus gracias al pueblo; tus macetas de cristal en que cultivas las flores para tejerte guirnaldas; los reclinatorios de marfil en que pides proteccion para tu reino á Indra; los tapices de mil colores donde están bordadas las tierras de tus perdidos dominios; los mil pajarillos cuyas parleras lenguas desde las jaulas de oro te saludan con un arpegio infinito de amor; los surtidores de estas fuentes que suben á los cielos y se arrebolan con los resplandores de la luz; las mil pomadas con que untas el cuerpo de tu esposo; el lecho de bambú en que recibiste el primer beso del amor; las lámparas que despiden por la noche una luz azulada y tibia como la luz de la luna; toda tu ventura, todo poder.

DAMAYANTIA.

Pero no á mi amado.

LOS JUGADORES.

Desceñíos el trage, que es nuestro.

DAMAYANTIA Y NALA.

Ya os hemos dado nuestros mantos, nuestras diademas, nuestros collares.

LOS JUGADORES.

Ciertamente. Pero no podeis llevar ni áun ese vestido que cubre vuestras carnes, porque nos pertenece. Desnudáos.

DAMAYANTIA.

¡Cielos! Nunca, nunca. Vámonos. Ya es de noche. La oscuridad protegerá nuestra fuga. Allí os dejarémos colgados de un sáuce nuestros vestidos. ¡Oh! Adios, adios, mansion de mis amores.

NALA.

Adios, dichoso palacio, adios para siempre. Aquí se queda ¡oh dioses! mi corazon. Me parece que veo levantarse á mis hijos maldiciéndome y preguntándome qué hice del patrimonio que debia conservarles. Huyamos, ya que quieres seguirme, á ocultar en los bosques nuestro dolor y nuestra vergüenza.

Los Dioses.

Ved, ved á Damayantia y Nala perdidos en el desierto. Sin ruta, sin camino, sin direccion ninguna; desnudos, espuestos á las contínuas picaduras de los insectos; desgarrados sus piés por las zarzas; azotadas sus espaldas por las plantas parásitas que penden de los altos árboles; heridos ora por los rayos de un sol abrasador, ora por las frias ráfagas de viento de una noche tormentosa; hollando ya volcanes no apagados cuya ardiente lava los abrasa, ya inmensos lodazales en que no pueden dar un paso; asaltados á cada instante por la tempestad que truena y surca con el relámpago los negros cielos y enciende con el rayo los bosques; amenazados por los aullidos de todas las fieras, que arrojan sobre ellos las maldiciones de la naturaleza; sin más alimento que raices, sin más abrigo que fugaces hojas, sin más asilo que la cabaña de troncos secos levantada hoy para caer mañana, parecen dos imágenes del dolor y de la desesperacion errantes por la tierra.

Nala.

¡Oh Brahama, no me escuchas! Todas las nubes que el sol ha arrancado á los mares, se amontonan en nuestro camino y se precipitan en lágrimas sobre nuestra frente. El suelo es un inmenso lago que ha borrado todas las sendas, y el cielo es un inmenso abismo que se ha sorbido todos los astros. De vez en cuando las ráfagas de tempestuoso viento disipan ligeramente las nubes, y el sol nos muestra su rostro pálido como si tomára parte en nuestras penas. No podemos acercarnos á los cañaverales, porque guardan coco-

drilos, ni á las cuevas, porque encierran tigres, ni á los troncos de los árboles, porque tienen serpientes; y por do quier la vida nos rechaza de su seno. ¿Por qué, por qué no mandas una de tus negras flechas para que se clave en nuestros corazones, y beba nuestra sangre, y acabe para siempre con esta vida, que es un contínuo dolor? Entónces nuestros espíritus, perdidos en el gran todo, derramados por las venas de la naturaleza, alimentarian con su savia los lothos, con sus dulces suspiros los aires, teñirian con sus reflejos los cielos, bordarian con las chispas de su luz las estrellas, y no serian eterna noche iluminada sólo por una desesperacion infinita y eterna. ¡Oh! La vida nos rechaza de su seno.

DAMAYANTIA.

No te desesperes. Cuando cese la lluvia, el sol vendrá á besarnos el rostro macilento, deslizando sus brillantes rayos entre las verdes hojas; y por la noche nadará la luna en el cielo sereno, coronada con una guirnalda de estrellas. La humedad hará que broten flores para la purificacion de los aires, y las flores darán frutos que vengan ya maduros á caer por su propio peso á nuestras plantas. El lago sereno y libre de la tempestad contínua que ha descargado sobre él sus torrentes, lucirá blancos lothos, purpurinos nelumbos y ninféas celestes. Por las aguas cruzarán cisnes, y por los aires palomas. El desierto con toda su majestad será nuestro templo. Los troncos de los árboles cubiertos de resinas atraerán mariposas, abejas y toda suerte de pintados insectos, como estrellas perdidas en la claridad del dia entre las sombras de los bosques. Y con flexibles palmas nos ceñirémos un traje, y con las celestes campanillas hermosas coro-

nas, y con los rojos granos de la zarza-rosa ensartarémos collares que den al coral envidia; y en una cabaña alzada en los desfiladeros, junto á los torrentes, al pié de una palmera, podrémos entregarnos en paz á nuestros amores, comunicándonos más de cerca con el eterno espíritu que está derramado en toda la naturaleza.

NALA.

Por allá veo el tigre, que nos mira con traidores ojos y muestra sus amenazadoras quijadas. ¿Dónde están mis hábiles cazadores? El elefante celoso arranca en aquella selva árboles de raiz, y pronto vendrá á cebar en nosotros su rabia. ¿Qué se hicieron mis soldados, grandes domadores de elefantes? No nos acerquemos á aquel árbol, no sea que se despierte una serpiente allí dormida. ¿Por qué, por qué perdí al juego mis arcos y mis flechas? El rio nos cierra el paso, y entre sus espadañas se esconde el cocodrilo. ¡Ay de mis tranquilos estanques! No andes, Damayantia, porque por todas partes puedes pisar víboras. ¿Quién llevará nuestras sandalias de oro? El viento desencadenado levanta olas de arena que azotan nuestro rostro. Este viento, al llegar á nuestros dominios, será como una brisa dulce que mueva blandamente las hojas de los plátanos llenos de ruiseñores y canarios. Aquel volcan despide lava que llega derretida como una negra culebra hasta nuestros piés. Huyamos, huyamos. ¡Oh! Cuando salíamos á pasear, nuestros vasallos arrojaban una alfombra de rosas en el camino. El sol lanza sus rayos, que tuestan la piel. ¿Dónde estará el quitasol de púrpura que arranqué al más poderoso de los reyes en una batalla campal? Cielo despiadado que nos envias insectos

cuyos aguijones envenenan nuestras carnes, acuérdate, para compadecerme, de aquel tiempo en que las más hermosas doncellas que han alumbrado tus astros hilaban lino para mis túnicas. ¡Ay! Ahora de todo estamos desnudos, hasta de la misericordia de los dioses.

DAMAYANTIA.

¿Qué veo? El aire ha levantado una porcion de hojas secas que ocultaban un viejo manto. Con él podemos cubrirnos los dos un poco á las inclemencias de la naturaleza.

NALA.

Los príncipes de la India, los que pisaban seda y tenian el palacio más hermoso del Oriente, ahora se alegran de encontrar un pobre y roto manto perdido por algun desgraciado, víctima de las fieras, como acaso lo serémos nosotros mañana.

DAMAYANTIA.

Pero, amado mio, no te han de faltar nunca, miéntras yo viva, mis brazos que se suspenderán á tu cuello, mi seno donde puedas reclinar tu herida frente. No hay medicina para el cuerpo, ni consuelo para el alma, como los cuidados de una esposa.

NALA.

Tus cuidados son mi único alivio; tus ojos la única estrella que brilla en esta oscuridad.

DAMAYANTIA.

¿Quieres que vayamos á los dominios de mi padre, y nos arrojemos á sus piés pidiéndole perdon?

NALA.

No. ¿Cómo quieres que me presente yo, ántes feliz, á tu padre, para mostrarle la indigencia y la desgracia en que te he precipitado? Nunca, Damayantia, nunca. Ántes quiero la muerte.

DAMAYANTIA.

Reposemos un instante. El sueño endulzará un poco nuestras penas... (*Se duermen los dos bajo un árbol.*)

ORIEL.

Allí veo dos infelices. Duermen sobre las hojas diseminadas por el viento, y en sus rostros se ve un dolor infinito, á pesar de la tranquilidad de su descuidado sueño. Nunca el sueño abandona á los humanos, ni áun en medio de sus más grandes y más acerbos dolores. ¡Ah! Todos hemos nacido para padecer; todos llevamos marcada la frente con el sello de una reprobacion que no se borrará nunca. Pero yo he visto al rey en su palacio, al sacerdote en su templo, al guerrero en su carro ó en su elefante, al comerciante en su tienda, al sudra, al trabajador en su cabaña; y no he visto sér ninguno tan desgraciado como yo. Mi vida es la soledad, mi habitacion los bosques, mis compañeros los brutos, mi trabajo errar sin guia por esta tierra á merced de sus inclemencias. Si al ménos, al levantarse el sol, ó al tender la

luna sus plateadas gasas, ó al abrir las flores sus corolas y gorjear las aves en la enramada, ó al sonar la tonante tempestad en los montes, supiera quién mueve el sol, quién platea la luna, quién abre las hojas del cerrado cáliz, quién llena de armonías la arpada garganta del ave y de horrísonos truenos la tempetuosa nube, tendria un sér á quien comunicar mis dolores, y cuyo seno me serviria de refugio y de consuelo. Muchas veces, en la puerta del templo, escondido á la vista de los fieles, trémulo, anhelante, he visto el ara coronada de flores, el fuego brillando alimentado por la manteca que se perdia en humo entre los aires, el dios cubierto de pedrería; y cuando he querido llamarme tambien hijo de aquel dios, recibir su luz, participar de sus ceremonias, me he encontrado con que á latigazos me arrojaban del templo, suspendiendo por nefasto aquel sacrificio que yo habia manchado con mi sombra. Escondámonos, sí, escondámonos. No quiero interrumpir el sueño de estos infelices; porque si los despertára, se horrorizarian de verme. Son desgraciados, andan errantes y desnudos por los bosques, duermen á la intempérie, muestran en los círculos morados que rodean sus ojos la desesperacion de sus ánimos; pero, al ménos, son dos, y no como yo, que ando solo, siempre solo, por montes y por valles. ¡Infeliz de mí! ¿Dónde hay dolor semejante á mi dolor? Pero me esconderé, no sea que se despierten y se horroricen al verme.

NALA (*despertándose*).

¡Oh! ¡qué sueños tan funestos! Avisos son sin duda de los dioses, que me dicen cuán desgraciado soy. Me incorporaré. No puedo, no, dormir. Al dolor se une el remordimien-

to. Tú duermes tranquila ¡infeliz! amparada por las blancas alas de tu inocencia. ¡Qué hermosa está! No se despierta. Su seno palpita con el movimiento de la vida; su respiracion es como la de un niño en la cuna; sus párpados apénas pueden ocultar ni entre las sombras del sueño la luz de sus ojos; y sus carnes, amoratadas ántes con el azote de los elementos, han tomado en brazos del reposo toda su tersa trasparencia, mostrando el movimiento de su sangre como la clara lámpara trasparenta la luz que guarda. ¿Por qué te hice infeliz? ¿Por qué unió la suerte una diosa de Merú á un vil que merecia ser pária? Te has sacrificado por mí. Yo no puedo consentir este sacrificio. Mi corazon me dice que serás desgraciada miéntras te alcance mi sombra. Si me aparto de tí, las Apsaras te bajarán del cielo ricas vestiduras, los dioses te tomarán por esposa; ese duro suelo en que duermes, se tornará en lecho de placer; y ese manto rasgado y viejo, una tela celeste sembrada de estrellas de plata, como la que caia rozagante de tus hombros en el dia de nuestras bodas. Te amo como el viajero perdido en abrasado desierto ama la fuente y el oasis; pero, porque te amo, debo abandonarte. Sí, me despido de tí para siempre, para siempre, en justo testimonio de mi amor. ¡Oh! Y abandonada á su triste suerte, caerá entre las garras de las fieras. Sola, errante, cuando venga la noche, se morirá de terror. El hombre es un estranjero en la tierra. Puede el ave dormir en una rama, sin más techo que la hoja suspendida sobre su cabeza, y el hombre necesita apartarse de la naturaleza, encerrándose en una cabaña honda y oscura. ¿Quién recogerá sus amargos suspiros? Si yo la abandono, ¿quién la guarecerá contra todos los ele-

mentos desencadenados en su daño? Sér débil, en una gota de agua se ahogará, si le falta el calor de mi alma, que es el fuego de su vida. ¡Oh! No, no me separaré de tí. Ántes mil veces aguardaré aquí el frio paso de la muerte, que oigo resonar ya en la tierra. Sí, muramos juntos, muramos, y al ménos bajarémos, ya que los dioses nos maldicen, unidos al profundo abismo, donde nos aguarda un dolor sin límites y una noche sin término. Pero ¿preferiré nuestra union á tu ventura? Si me quedo aquí, veré cómo se apagan sus ojos, cómo el rosado carmin de sus mejillas se desvanece, cómo su voz espira en su garganta, cómo aquella hermosa criatura que yo estreché tantas veces contra mi amante corazon, se vuelve un asqueroso esqueleto; y su sangre que ahora late, se pierde; y su aliento que me embriaga, se disipa; y su corazon se pára; y se quedan yertas sus carnes, y se corrompe á mi vista, sin que pueda yo hacer más que morir con ella, renegando de todo, maldiciendo mi destino. No puede ser. Yo te abandono. Siento un dolor tan grande como si viera tu cuerpo en la hoguera funeraria, pasto de las llamas que te convirtieran en cenizas para difundirte por otro cuerpo y por otros seres. (*Se levanta, dispuesto á partirse.*) ¡Oh! Una fuerza superior clava aquí mis plantas. No puedo moverme. Tú me atraes con la atraccion de tu amor. Mis labios buscan tus labios, como la abeja busca la corola de la flor para libar su miel. ¿He de verte morir? No; muere en paz, muere léjos del que ha sido causa de tu desgracia. Para siempre, para siempre nos separamos. (*Se va, y vuelve.*) ¿Y la voy á dejar aquí? Estará abandonada al calor, al frio, á los insectos, á las tempestades, á la muerte, á la dura muerte. ¡Cuando se despierte, me maldecirá! Pero

¿y si en mi presencia anochece su vida? Yo no puedo tolerar este dolor. Muera yo solo. Tal vez los dioses la protejan. Tal vez las alimañas feroces la compadezcan al verla tan hermosa. Sí, separémonos. Mi corazon queda aquí, mi amor se cierne sobre su frente; pero no puedo ver, no, mi propia víctima morir en mis brazos. Dudo, vacilo, tiemblo. ¡Oh! No. Para siempre, para siempre, para siempre. Me arrancaré la vida. (*Se pierde en el bosque.*)

ORIEL (*saliendo de la caverna*).

¡Y la ha dejado sola! ¡Bárbaro! Dormida, dormida... Parece un inocente niño en una cuna de flores, que acaba de dormirse tranquilo sobre el maternal regazo. Su rostro inundado con la luz de purísima hermosura; sus ojos entornados; sus labios ligeramente abiertos como para recoger un beso del aire; su pecho que apénas se levanta á impulsos de su dulce respiracion; su corazon que palpita con celeridad, contando los sentimientos que lo mueven; el velo de sus formas, cándido como el tejido que cubre una azucena, revelan un sér superior á mí, que no me atrevo á mirar, temiendo quedarme ciego con la viveza de sus resplandores. ¿Se habrá acaso encerrado en ese hermoso cuerpo el secreto divino que busco por las selvas? (*Se arrodilla.*) Dime, hermosísimo sér, ¿eres tú la luna, que ha bajado á la tierra? ¿Eres una de esas estrellas que veo yo desde la puerta de mi choza, y que me llaman muchas veces con su dudosa luz? ¿Eres una de esas fantásticas fugaces figuras que mis secos ardientes ojos ven perderse en las ráfagas del viento que sobre los abismos azota la copa de los cedros? ¿Eres una de esas ilusiones que las mariposas forman suspendidas sobre los

floridos almendros? Si te despertáras y quisieras venir conmigo por las selvas, sería feliz. Yo te alojaria bajo las sombras de los aromáticos magnolios, cuyas hojas perfuman hasta los cielos; te mostraria desde lo alto de los peñascos las nubes rozando tus plantas como una bandada de palomas; te llevaria á la orilla de los lagos para que mirases en su azul superficie tu hermosura; recogeria la miel que las abejas depositan en la corteza del sándalo, para perfumar tus labios; fabricaria con hojas de cedro, y palma, y mirtos, y flores de azahar, un lecho para que reposáras tranquila; te pasaria á nado por los rios, y en hombros, cuando te cansases, por las selvas; te enseñaria cómo nace y muere el sol, cómo se llena el cielo de estrellas, cómo la luna se mira en las aguas; y tú en cambio levantarias un altar coronado de flores, y entre el fuego y el humo del sacrificio me enseñarias los dioses de tus gentes y de tu patria. Pero... se despierta... huyamos, huyamos.

DAMAYANTIA.

¡Qué feliz soy! He soñado que estaba en los jardines de mi padre, bajo un granado cubierto de flores, á orillas de un arroyo, mirando la melancólica faz de la luna, y oyendo el cántico del ruiseñor, apoyada en tí ¡oh Nala mio! como la yedra en el tronco del cedro, y mezclando á los tuyos mis suspiros, como se mezclan los aromas de dos flores nacidas en un mismo tallo, y que beben á un tiempo el rocío del cielo. Pero ¡qué veo! ¡Nala! ¡Nala! No está, no está, no está. Le habrá devorado alguna fiera. ¡Qué horror! ¡Nala! ¿No oyes mi voz que te llama con lacrimoso clamor? ¡Nala! ¡Nala! ¡Ah! sí, me contesta; su voz, más dulce que el cán-

tico de la alondra en la mañana, responde amorosa desde el seno de aquella gruta cubierta de enredaderas, á mi amante voz. ¡Nala! ¡Oh! Me he engañado. No es él, no es él. Es el eco que repite mi clamor, el eco cruel que se burla de mi lamento. Como yo, fiel esposa, he entregado el corazon á mi esposo, le he seguido á todas partes, le he imitado en todas sus acciones, he bebido en mis ojos su mirar, he modelado mi naturaleza por su naturaleza, he sumergido mi existencia en su existencia, he mezclado mi sér con su sér, cual se mezclan dos gotas de lluvia caidas en una misma hoja; mi voz me parecia su voz, pues no se distinguen nuestros acentos, como no se distinguen nuestras dos almas reunidas en una sola, á la manera que dos nieblas arrastradas por los vientos y venidas de distintos puntos del cielo se reunen amorosas en una sola nube. Levantémonos. Se habrá escondido para burlarme, queriendo ver en mi pena un testimonio vivo de mi amor. Pues no te daré ¡ingrato! ese placer. Sé que estás aquí. Tal vez te hayas ocultado tras este cedro. ¡Ay! no, no. Sólo veo el verde lagarto que se desliza entre las zarzas. ¿Estará en aquella caverna? ¡Óyeme, óyeme! ¡Oh! Sólo oigo el mugido de la pantera. ¿Se habrá subido á algun árbol? Sólo veo el papagayo que salta, el colibrí que se pierde como una estrella en el éther, y el mono que se apoya en una rama seca y se burla de esta mujer abandonada. ¿Qué he dicho? ¡Abandonada! Sí, sí; me ha dejado en los bosques, á merced ¡oh crímen! de las fieras. Montes que hundís en el cielo vuestra frente; árboles que agitais vuestras ramas; cataratas que descendeis con sublime rumor desde las altas sierras al profundo abismo; aves que volais gozosas entre las ráfagas del viento; sol, almo

sol que alumbras toda la tierra y todas las acciones de los hombres; seres de la naturaleza, si algo amais, si algo sentís, si algo sois, compadeced á una mujer que llora, y decidle dónde, dónde se oculta su alma, que ha perdido en el bosque. ¡Oh! Nada dicen. ¿Hay, hay dioses en el monte Merú, hay allí dioses, y callan? No tendrán corazon, no tendrán espíritu. Dioses, si no habeis hecho el Universo para vuestro divertimiento; si no habeis arrojado los mundos en los espacios como el jugador arroja al acaso los dados sobre el tablero; si no habeis querido que los hombres pasáran la vida en la tierra danzando siempre como los monos en los palacios de los reyes; si teneis allá en vuestras almas alguna nocion de justicia, y en vuestro pecho alguna ceniza apagada de amor al bien, bajad, bajad, dejad un instante vuestras delirantes orgías, y abridme un camino para que encuentre á mi esposo. Indra, que llevas en tu mano la copa de la vida, y en tus alas el viento, y en tus ojos la luz de los astros, desciende á mí compadecido en tu carro de nubes, y llévame á través de los espacios al lugar donde se encuentre mi amado; y en agradecimiento coronas de verbena penderán puestas por mi mano en tus altares, y fuego sagrado encendido por mi soplo arderá en tus aras, y mil holocáustos llenarán tus templos, y seguras plegarias perfumarán mis labios consagrados á celebrar tu memoria... El cielo me desoye. ¡Abandonarme, abandonarme! No puedo llorar. Mi dolor se ha convertido en una de esas tempestades que truenan y relampaguean sin verter una gota de lluvia. Mi desesperacion se ha tornado ardiente nube de fuego. Si ahora le viera, si ahora se apareciese el fementido á mi vista, me lanzaria sobre él como una hiena, y abriéndole el pecho con mis pro-

pias manos, le arrancaria el duro corazon, esprimiendo su negra sangre en la tierra, para que no volviese á latir una vida que es ponzoña del infierno. ¡Ah! No, no; si le viera, enlazaria mis brazos á su cuello, suspenderia mis labios de sus labios, mulliria un lecho de flores para sus cansados miembros, y con mi propia cabellera secaria sus piés, si estaban ensangrentados de los abrojos esparcidos en el camino por donde huyó de mí. La nube corona el monte, y monte y nube se confunden allá en los espacios; el aire besa el árbol, y árbol y aire se aman; el arroyo riega las raices de las flores, y flores y arroyo se consuelan; la paloma arrulla á su amado, que le trae yerbas para el nido en el pico, y los dos son felices; la yedra se enlaza al tronco, y tronco y yedra viven de una misma vida; y en toda la naturaleza yo aparezco el único sér solo, el único sér abandonado. Mis débiles manos, acostumbradas ántes á tronchar flores en mis jardines, y ahora rasgadas entre los riscos; mis piés, que no han pisado más que alfombras, cubiertos ahora de espinas; mi cuerpo, envuelto ántes en ligera seda, y hoy desnudo; mi vida, conservada á tanta costa por los solícitos cuidados de mi madre, y hoy abandonada como una corriente sin cáuce; mis ojos, que siempre han visto miradas de amor, hoy descubriendo por todas partes amenazadores odios, tigres hambrientos, serpientes que mueven contra mí sus colas, víboras que levantan sus áspides, insectos que me persiguen con sus aguijones; ¡ah! todo esto, sí, todo debe ser el presagio de mi muerte. ¡Padre, padre mio, si vieras á tu hija, no la conocerias! Un tigre abre sus fáuces desde aquella caverna... ¡Qué horror! ¡Como no tengo quien me defienda, clavará sus garras en mis carnes! Y yo te seguí, Nala, y tú me aban-

donaste. La tempestad, tambien la tempestad avanza contra mí. Las aves huyen á sus nidos, las fieras á sus cavernas; la naturaleza calla, como si recogiera su aliento para escuchar mejor la voz del espíritu universal; el trueno retumba y saca de las selvas sonidos aterradores y sublimes, que son los ayes y lamentos de todas las cosas; los lagos se hinchan, se levantan, se coronan de hirvientes y rabiosas espumas, cual si intentáran escalar los cielos; las nubes se espesan y bajan sombrías á la tierra como una bandada de cuervos sobre infecto cadáver; los vientos con sus ráfagas alzan los riscos, abren los senos profundos de los bosques, mostrando nuevos desiertos; el rayo enciende los árboles, y el relámpago los cielos; y por do quier en aires y aguas se refleja el fuego que convierte al mundo en una inmensa pira funeraria; y el estrépito del trueno, y el graznido de las aves carniceras, y el rumor de los bosques, y el rebramar de las aguas, y el resoplido del incendio, y el choque de las olas en los lagos, forman el eco de un feroz combate entre la tierra y los dioses, lucha horrible en que yo, sólo yo seré inocente víctima. ¿Dónde ir? ¿Dónde guarecerme? ¡Ay! Me entrego á mi destino. Correré por los bosques huyendo de mi propia sombra, hasta que exánime caiga en brazos de la muerte. Ven, muerte, ven por la víctima que te señala el cielo. (*Corre sin direccion por los bosques.*)

ORIEL (*desde una altura*).

Anda la hermosa mujer abandonada y errante como una paloma estraviada entre las negras nubes de la tempestad. Á la luz del relámpago su cuerpo brilla más, como la nieve

de las altas montañas brilla entre los reflejos del volcan. Su voz llena los bosques, y compite con el estampido del trueno como el cántico melancólico y plañidero de la corneja, ó el grito audaz de la gaviota sobre el estruendo de las ondas. Entre los témpanos de hielo, y las lavas de los volcanes, y los pinos salvajes, y los cedros cubiertos de yedra, y los torrentes espumosos, y las selvas encendidas por el rayo, anda como si fuera el blanco espíritu de la naturaleza. Se detiene un instante, y llora, sin duda porque ha visto en un árbol dos tórtolas que se arrullan y se protegen mútuamente contra la tempestad con sus trémulas alas. De allí no puede pasar, porque hay un abismo. Desnuda, sin más adorno que su negra cabellera caida en desórden sobre la espalda, hundidos los piés en la yerba y alzadas las manos al cielo, inclinándose sobre los abismos, iluminada por el relámpago, coronada por las flores que los árboles al pasar han dejado caer sobre su frente, su hermosura, sin velos que la oculten, brilla con todo el candor y toda la inocencia de la naturaleza. Pero de pronto, entre los juncos y las espadañas que crecen á la orilla de los torrentes, sale amenazadora, luciendo sus escamas de mil colores, levantando su venenoso áspid más ligero que la flecha, una serpiente que se dirige contra la hermosa jóven, abriendo sus terribles fáuces. ¡Ah! No tiene salvacion. De un lado el abismo, de otro el cruel reptil, que llega serpenteando hasta sus piés, y que la ha fascinado con sus ojos de esmeralda. Ya estiende su cuello, ya toca con su cola venenosa las puras carnes de la hermosa mujer, que ni siquiera respira, petrificada de espanto. Vuelo á su auxilio. Monto mi arco. Si mi flecha no alcanza, seré su víctima. No importa. ¡Ah! He herido al terrible animal, que

cae por los abismos como la hoja de un cedro arrancada por el huracan. La he salvado.

DAMAYANTIA.

¡Ah! ¡Ah! (*Cae desmayada.*)

ORIEL.

Mi corazon te sigue, y mi brazo te salva. No siente, pero respira. Al tocar con mis encallecidas manos este delicado cuerpo, siento derramarse por mis venas el fuego de una nueva vida. Su aliento, más perfumado que el aliento de las madre-selvas, me produce un vértigo. Hermosa criatura, tú que pareces una ilusion formada por los rayos de los astros al cruzarse en los espacios; tú que eres tan pura como la luna que vaga por los cielos; tú que guardas el aroma de todas las flores; tú tan delicada y tan aérea como el vapor que se levanta del lago, sonrosado por la luz indecisa de la mañana; tú no abandonarás á este infeliz que te ha salvado, y que necesita un corazon donde verter las lágrimas que le arrancan sus acerbos dolores. ¡No se despierta de este sueño! Refrescaré su rostro con esta agua cogida por mi mano del torrente.

DAMAYANTIA.

¡Ah! ¡Próxima á morir... y sin él á mi lado! Pero ¿quién me salvó?

ORIEL.

Yo, yo te salvé; yo, que espero de tí lo que no he encontrado en la tierra, compasion.

DAMAYANTIA (*mirando á Oriel*).

¿Quién eres? ¡Oh, mi salvador!

ORIEL.

Soy un desgraciado que ando, como tú, errante.

DAMAYANTIA.

¿Quién eres? ¡Ah! ¿Eres hijo de algun dios, que te ha mandado desde una estrella en mi auxilio? ¿Eres acaso uno de los habitantes del monte Merú, que se ha deslizado en espíritu entre las espumas de esta catarata? Con ese arco en las manos, ese carcaj á las espaldas, esa piel de tigre por la cintura, esa corona de flores en la frente, me pareces el dios Crichna que se ha compadecido de mi tormento. Si eres algun inmortal, dime, sí, dime dónde está mi esposo, y guíame á la gruta que le habrá guarecido contra esta horrible tempestad.

ORIEL.

No soy sino un hijo de estas selvas. Mi vivienda son las cavernas; mis compañeros los tigres y leones; mis delicias el rumor de las cataratas mezclado al cántico de las aves; mi ocupacion la lucha con las serpientes; mis grandes espectáculos la tempestad; mi único afan subir al monte más alto de la tierra, entre las nieves eternas, para ver si descubro allá en los pliegues del cielo un dios que me ampare bajo su manto y me defienda de los hombres. Pero ahora, en este instante, no tengo más vivienda que este árbol bajo el cual te he estrechado contra mi corazon; ni más compañero

que tú; ni más delicia que el eco de tu voz; ni más ocupacion que servirte; ni más espectáculo que ver cómo brillan tus ojos, cómo palpita tu pecho, cómo se desliza tu blanca figura entre las selvas; ni más deseo que oir de tus labios dónde, dónde está el dios que acaba de encender esta nueva vida en mi corazon, suspendido amoroso de tí como la fruta del árbol, como la estrella del cielo. Sígueme, y tendrémos por lecho las flores, por palacio los bosques, por concierto el gorjeo de todas las aves y el rugido de todas las fieras y el rumor de todos los torrentes, por túnicas nupciales las palmas que el huracan arranque con sus alas, por altares las altas montañas donde hierve el volcan y se forjan los rayos; y tú, á la luz del relámpago, entre el estruendo de la tempestad y los estremecimientos de la tierra agitada, me mostrarás tus dioses, para que yo los adore, colgando de sus aras, que serán los riscos, las serpientes de que haya purgado con mi brazo á la tierra.

DAMAYANTIA.

Pues ¿tú no tienes dioses?

ORIEL.

He perdido la memoria de todo. Allá en los abismos de mi alma cruzan algunas reminiscencias que no puedo nunca reunir, y que me hablan de otra vida que no alcanzo, de otro sér que no conozco. Le he preguntado á la estrella que centelleaba en el cielo quién la ha dorado; y ha seguido, sin responderme, su camino derramando luz. Me he acercado al torrente, y al verlo descender de las alturas cubierto de espuma, le he dicho: ¿qué mano te lanzó á los abismos? y ha

seguido moviéndose por su cáuce, y reflejando al cielo. He oido en la hermosa tarde, al caer el sol, gorjear á las aves, y de rodillas y con los ojos llenos de lágrimas les he preguntado qué nombre divino formaban con sus deliciosísimas armonías; y han continuado, sin escucharme, su cántico. He visto al astro del dia surgir entre las ondas, resplandeciente, coronado de fuego, lanzando rayos de vida, envolviendo en una alegría infinita á todos los seres; y al verlo subir majestuoso por los espacios, arrastrando en pós de sí las esencias de todas las cosas, beber en la copa de los mares los vapores de todas las aguas, cubrir con su manto de luz todos los astros, le he rogado que me dijera quién le impulsaba en su carrera, quién le sostenia en el zenit, qué mano le bajaba hasta los abismos, qué voz le despertaba todos los dias; y no me ha oido, embebecido sin duda en escuchar la música con que el Universo entero le saluda en su triunfal carrera. Y héme aquí sumergido en la vida, como la esponja en el mar, como la piedra en el arroyo, como la negra lava en el volcan, como el insecto en el polvo, sin saber ni de dónde vengo, ni á dónde voy, ni qué será de mí mañana, ni qué fué de mí ayer, odiado de los hombres, maldecido del cielo.

DAMAYANTIA.

¡Tú tan bueno, tú que pareces un dios! ¡Oh!. ¿Qué hubiera sido de mí, si no te hubiera encontrado? Ahora ya no tendria esperanza de tornar á ver á mi esposo, sepultada en el vientre del inmundo reptil. Los hombres que te han maldecido no conocen la justicia. Tú eres aquí en este bosque más hermoso que un rey en su palacio. La naturaleza ente-

ra se doblega bajo tus plantas, como la erguida rosa cuando se pára un gilguero sobre su corola.

ORIEL.

Pero ya bendigo mi desgracia. Lo que no me han dicho las estrellas, me lo dirán tus ojos; lo que ha ocultado la catarata, podré sentirlo en la palpitacion de tu pecho; lo que no me han revelado los gorjeos de las aves, me lo revelará tu dulce voz; lo que no he visto en el disco del sol, lo veré en el cielo de tu frente. Porque ¿no es verdad que tú no puedes separarte nunca, nunca de mí?

DAMAYANTIA.

Valeroso jóven, yo nunca podré olvidarte. Que me devore este abismo á cuyo borde me has salvado, si soy contigo ingrata. Pero yo pertenezco á otro hombre. Allá, en apartadas tierras, tengo un padre en un trono. Yo iré de rodillas, si es preciso, á pedirle que premie tus virtudes y el beneficio que has hecho á su desgraciada hija. Pero no puedo ofrecerte que no me separaré de tí, porque ando por los bosques, por los valles y por los montes, en pós de mi esposo, del hombre que ha elegido mi corazon, y á quien no debo abandonar, aunque él me haya abandonado, porque entónces ¿qué derecho tendria yo á quejarme? ¿No me contestas? Pensativo y silencioso, ¿nada me dices?

NALA (*á lo léjos, sin ser visto de Damayantia*).

Venid, venid, mis guerreros. Volemos á encontrar á mi esposa. Ya que mi padre me rescató de la miseria, quiero volverla á su palacio. En un instante de horrible desespera-

cion la abandoné á su triste suerte, porque no tenia corazon bastante para verla morir. Pero he derramado tantas lágrimas como gotas de agua derrama el arbusto despues de la tempestad, cuando el ala del céfiro roza en sus húmedas hojas. Ya iba á espirar de dolor y de miseria, cuando os encontré ¡oh mis huestes! que me buscábais, trayéndome la corona que se cayó de mis sienes sobre el tablero del juego. Volemos á encontrarla y á decirle que el genio de la felicidad abrirá sus sonrosadas alas cerniéndose sobre el lecho de nuestros amores. Sí, Damayantia, Damayantia debe hallarse por estos bosques. ¡Oh! No me castigueis, dioses, con una nueva desgracia.

DAMAYANTIA (*á Oriël*).

¿Qué piensas? Por tu frente pasa una nube que oscurece tus ojos, como la niebla que se levanta del lago oscurece la luz del sol.

ORIEL.

Cuando la blanca luna huella los azules cielos; cuando el sol se levanta sobre los coros de los mundos, que se ocultan en su luz como la piedra caida en el mar; cuando las aves cantan, y las cataratas braman, y los insectos zumban, y los bosques murmuran, y los volcanes hierven, y aullan las fieras, yo no puedo unir mi voz al concierto de la naturaleza, porque no sé dónde está el sér que todas las criaturas adoran. ¿No calmarás con tu palabra esta sed anhelante de mi alma?

DAMAYANTIA.

Veo tu dolor, y conozco cuánto padecerás. Mas no es bien que una débil mujer te revele secretos guardados en la profundidad de la conciencia de los hombres más santos que habitan en la India. Si quieres saber misterios de los cielos, nombre de dioses, ceremonias sagradas, corre á las montañas que embriagan con sus perfumes suaves, á la confluencia de los rios, donde las olas se entrechocan levantando blancas nubes, produciendo sublimes rumores; y allí encontrarás, al pié de los copudos y umbrosos árboles, entre las zarzas, la yedra y las enredaderas, los piadosos ermitaños, de rodillas, con el azadon á un lado y la cesta de mimbres á otro, vestidos de hábitos de corteza, ceñidos con ásperas sogas, absortos en profunda meditacion, macerados, pensando siempre en Dios, profiriendo religiosos conjuros; y tu corazon se quedará allí confundido, y tu pensamiento absorto, contemplando el Dios revelado por las palabras de aquellos seres, cuya virtud es tal, que hasta las aves se suspenden sobre su cabeza, y las ligeras gacelas se tienden á sus plantas, atraidas por sus piadosas plegarias, que envuelven en la luz esplendorosa del espíritu á toda la naturaleza. Vé, pregúntales por los dioses, y ellos esclarecerán tu entendimiento.

ORIEL.

¡Vano empeño! He ido á la puerta de sus chozas, al pié de sus altares, y me han rechazado con profunda indignacion, y no han querido revelarme sus secretos, ni iluminar mi alma. En vano he querido regar con lágrimas sus piés;

en vano he estado inmóvil y de rodillas pidiéndoles misericordia; en vano he intentado ver sus ídolos: implacables y crueles me han dejado en mi tormento, y se han reido de mis dolores, mostrándose más fieros que las alimañas de estas selvas.

DAMAYANTIA (*anhelante*).

Algun crímen has cometido ¡infeliz! cuando así te tratan los varones más virtuosos de la India.

ORIEL.

¡Ah! Sí. Tienes razon. Yo debo ser muy desgraciado. He cometido el crímen de haber nacido pária.

DAMAYANTIA (*retrocediendo horrorizada*).

¡Un pária! Dioses, ¿qué he oido? Veo el infierno abrirse á mis plantas, y al dios Yama estender sus alas de murciélago sobre mi cabeza. ¿Dónde me purificaré? Huiré, huiré. Ántes el abismo que tu presencia; ántes el vientre de la serpiente que tus brazos.

ORIEL.

Escúchame, mujer. (*Acercándose á Damayantia.*)

DAMAYANTIA.

Recibid ¡oh dioses! el sacrificio de mi vida, para que, cuando vuelva á renacer de mis cenizas, no encerreis mi espíritu en el cuerpo de un cerdo. (*Se precipita por el abismo, y muere.*)

ORIEL (*corriendo fuera de sí por las selvas*).

Yo llevo por todas partes el mal. Yo soy la muerte. Mi sombra es venenosa como la de esos árboles malditos de los cuales huye el viajero. Como los más horribles reptiles, mato con la vista. ¡Ah! No basta mi dolor, no basta mi tormento; es necesario que todos los que me vean participen de mi horrible pena. ¿Por qué todo cambia, y yo sólo vivo? ¿Por qué no me disiparé como la nube? ¿Por qué no me he de esconder en las entrañas de la tierra, como el rayo? ¿Por qué no me he de secar como la flor? ¿Por qué no he de caer á los abismos, como la catarata? ¿Por qué el tiempo que pasa apagando astros y volcanes, no ha de tener un soplo para este incendio devorador de mi vida? ¡Ah! ¡Maldicion, maldicion sobre mí! Yo debo haber cometido un crímen muy grande, cuando así me castiga la naturaleza entera, cuando así me aborrecen los hombres.

NALA (*al borde del abismo con sus guerreros*).

Ya lo habeis visto. Los dioses hasta el fin han sido conmigo implacables. En el momento de llegar, hemos visto caer á mi esposa en los abismos, como una blanca paloma herida por la flecha de un cazador. Yo la abandoné, y yo soy su asesino. La sangre de esta hermosa mujer, esa roja sangre que veis correr por los riscos y teñir los arroyos, ha caido por mi frente. Yo no puedo ofrecer más holocáusto que mi vida. El fondo de ese abismo será nuestro palacio, la muerte nuestro tálamo nupcial. (*Los soldados quieren detenerlo; pero Nala se precipita, y va á morir al lado del cadáver de Damayantia.*)

ORIEL (*desde los altos picos del Himalaya*).

Desde aquí oigo los dulces gorjeos de las aves confundidos con el grito audaz del águila altanera, y veo los cedros ceñidos de una guirnalda de yedra y zarza-rosa florida, los bosques por mil insectos de varias y matizadas alas esmaltados, los árboles del pan que se doblegan bajo el peso de sus dorados frutos, las abejas zumbando en numerosos enjambres y cubriendo los riscos de pura miel cuyo brillo semeja á oro derretido, el pavo real ostentando en su abierta cola todos los colores, los papagayos que pintan sus plumas en el zumo desprendido de las resinosas cortezas, el cisne que atraviesa como una espuma el arroyo, el tardo elefante hendiendo con su dura planta las piedras, las negras gacelas que corren presurosas entre la yerba; y al pié de cada árbol veo un lecho de flores, y á la entrada de cada gruta un lago, y entre las sombras de cada abismo los plateados vapores de un torrente, y sobre las sienes de cada montaña una diadema de nieve; y entre tanta vida y tantos y tan diversos seres, sólo mi alma está solitaria y abandonada y triste, mi alma, que es una negra sombra, una maldicion, una mancha caida sobre la tierra.

IV.

ORIEL.

Despues de tanto caminar por montes y por valles, al borde de los abismos, á orillas de los rios, bajo las nieves eternas, en pós de una verdad, de un rayo de luz, de un Dios, la soledad que me rodea es mi consuelo, y el diálogo con la naturaleza la única ocupacion de mi alma. Desde aquí, desde esta altura veo á lo léjos las grandes ciudades, donde el hombre se encierra como la hormiga en un monton de polvo, guardando sus misterios y sus secretos celestes. Yo nada puedo saber, nada alcanzo. No entiendo ni el rumor de los bosques, ni el susurro de las aguas, ni el hervir de los volcanes, ni el grito que lanza el águila cuando se cierne audaz allá en las últimas regiones de los vientos. Todo mi trabajo consiste en romperme la frente contra las paredes de esta cárcel, para preguntar en vano qué hay más allá de sus tinieblas y de sus espesos muros. ¡Ah! En la cúspide de la montaña, bajo un sombrío pino, junto á la catarata que se

desploma rabiosa en los abismos; acariciado por el contínuo beso de las áuras; viendo el sol oscilar en su ocaso y reclinarse en el dormido lago que limita el horizonte, miéntras la luna llena se levanta por Oriente como el blanquecino vapor de un sacrificio, y la primer estrella de la tarde rasga con su luz indecisa la gasa de los cielos: en esta hora solemne y sublime, cuando la naturaleza entera se sumerge en profundo silencio, pregunto á la sombra que se levanta de los valles, á la luz que baja de los cielos, al ruiseñor que entona su primer gorjeo, al águila que lanza su postrer grito, si todo está vacío, si en las ondulaciones del aire, en los pliegues de las sombras, en los sonidos que despiden las gargantas de las aves y las hojas de las selvas movidas por el viento, se esconde un sér, el cual compadezca al ménos mi tormento. Por allí veo pasar un hombre absorbido en su pensamiento. Á cada paso que da, se arrodilla, levanta sus brazos al cielo, y llora. ¡Qué feliz! Áun tiene lágrimas. ¡Dichoso estado del espíritu, aquel en que el manantial del llanto brota de los ojos con la misma facilidad con que brota el agua de la fuente! La naturaleza halla un desahogo en las lágrimas. Yo no puedo llorar, yo no volveré á llorar. Mis ojos están abrasados por el dolor. Voy á hablarle. —Dime, dime, caminante, ¿qué soy yo?

VIASA.

Calla, calla. No hables, porque Dios está dormido, y el mundo y el Universo velan su tranquilo sueño. Aquí, en el espacio por donde fluye la vida, no hay más que un sér que todo lo llena, y que desciende como el sol desde lo infinito á las profundidades más oscuras de la tierra. En este sér se

envuelve todo, como la arena removida en las ondas de la playa. Yo no sé más, no puedo saber más, sino que ese grandioso sér pasa sobre la tierra, y la agita; sopla sobre los mares, y los subleva; sube á los cielos, y los ilumina; baja á los abismos, y los llena; entra en el corazon, y lo enamora; se derrama por el cerebro, y lo enciende. Yo le he visto sublime, encerrado en un foco de luz, dictando leyes á todas las cosas, y tejiendo con el jugo de su propia sustancia los hilos invisibles de las formas para todos los seres. ¿Y me preguntas tú, tú, ¡miserable! qué eres? Un poco de polvo, un soplo de aire, el pólen caido de la flor, la tosca lana que el cordero deja prendida de las zarzas, la espuma que arrastra el arroyo, el reflejo de un astro en el cielo, el brillo del relámpago en la noche, la leve pluma que el ave sacude de sus alas, el velo ligero de la niebla que el rayo del sol disipa y arroja á los abismos; nada, nada, la gran escrecencia de la creacion.

ORIEL.

Pues si soy nada, si soy ménos que todos esos seres, ¿cómo el polvo se disipa, el soplo del aire pasa, la espuma se desvanece, el vellon de la tosca lana se pierde, la luz del astro se apaga, la leve pluma huye entre los giros del viento, el velo de la niebla cae sobre la tierra en lluvia, ó sube hasta el sol arrebatado en sus rayos, y yo quedo siempre esencialmente el mismo, pegado á mi dolor?

UN BRAHAMAN.

El mundo es como una nube arrojada en los espacios. Por todas partes no hay en él más que torbellinos, tempes-

tades, dolores, desesperacion y muerte. La vida es una inmensa corrupcion, y los seres montones de estiércol. Yo he querido buscar el secreto del orígen de la vida, y sólo he hallado la podredumbre produciendo negras sabandijas á las que el orgullo humano ha llamado espíritus. Sobre la hirviente materia he visto jugar á la ciega casualidad, que modelaba en sus flacas manos á su antojo todas las cosas, arrojándolas por el espacio, como los niños en sus juegos arrojan las bolas de nieve por los despeñaderos de los altos montes. No hay más que materia, y siempre materia. Todas esas ideas que el hombre ha querido levantar á lo infinito, son como las figuras fantásticas que los ojos secos por una gran calentura ven flotar en los aires. El mundo material, con todas sus limitaciones, con todos sus dolores, será siempre como un frio cadáver, en cuyas entrañas en vano buscaréis el calor de la vida, el hervir de la sangre; pero será el único sér, la única existencia. Todo el jugo que en la vida hay, está encerrado en esos licores hirvientes destilados de las frutas, que reflejan la luz en su líquido seno, que brillan como piedras preciosas derretidas, y que al derramarse por las venas hacen temblar de placer al cuerpo y lo embriagan, despertando un espíritu que con la embriaguez se desvanece. No creais que más allá de esta cárcel hay algo. Yo he bajado á los profundos abismos, y he visto en ellos la nada suspendida como una inmensa telaraña; he subido á las nubes, y he visto que el sol y todos los astros estaban colgados de la nada.

ORIEL.

No, no puede ser eso. Esta gigante lucha que en mí esta-

lla, me dice que hay algo á través de los cielos. Yo he visto un amigo en el sol, una mirada de amor en la luna; he sentido un beso infinito en el suspiro del áura, una pasion inmensa en las palpitaciones de las ondas y en el hervidero de los volcanes. Yo creo en algunos instantes que este mundo es muy estrecho, y busco ávidamente con los ojos del alma un sér allá, sí, allá en los cielos. ¿Por qué, si no, este contínuo combate?

CAPILA.

Si habeis visto alguna vez las cataratas descender con gran golpe de aguas, y dividirse en los aires como por encanto en gotas menudas que rocían las plantas, en argentados vapores que cubren de ligeras gasas los aires, tendréis una idea de la virtud con que el sér se estiende y se dilata por los espacios, fecundando amoroso cuanto besa con su vida, y levantando nuevas formas con que tejer la trama de la naturaleza. Pero si alzais un poco no más la punta del velo que envuelve la creacion, encontraréis en su seno una guerra sin descanso ni tregua del aire con las aguas, del frio con el calor, de la luz con las sombras, del mar con los huracanes, del ave con el insecto, del insecto con la planta, de la planta con la tierra; lucha inmensa, gigantesca, en que cada sér pugna por salirse de su centro, por entrar en las esferas de sus contrarios, por romper su límite; pero lucha que es el trasunto de las dos fuerzas existentes en la naturaleza, de las cuales la una enciende el sol, y la otra teje las tinieblas; la una pinta la flor, y la otra desprende de sus dedos la negra oruga; la una perfuma de aromas el bosque, y la otra llena de miasmas el lago; la una

es el ave que canta, descomponiendo en sus alas de mil colores la luz y hechizando el aire con su arpada garganta, y la otra es el reptil venenoso que se arrastra en el polvo y que muestra en la punta de su aguijon la muerte.

ORIEL.

Pero el reposo debe existir, porque yo lo anhelo y no puedo desear lo que no existe. ¡Oh! Si yo conociera, como vosotros, al sér que todo lo esplica; si yo hubiera recibido una educacion religiosa, no temeria esta inmensa soledad de mi alma; porque allá en los bosques, léjos de los hombres, levantaria un altar, cubriéndolo de flores, poblándole de aves, y uniria mi voz al concierto de todas las cosas, en loor de mi eterno consuelo, de mi eterno amigo.

UN IHOGUI.

¡Infeliz! Cree encontrar reposo, cuando los labios secos en vano buscan por toda la redondez de la tierra una fuente de consuelo. ¿Sabes, por ventura, dónde reside el orígen de la vida? Tú no puedes conocer si ese mundo es realidad, ó fugaz ilusion de tu mente. Detrás de las nubes veo fantasmas, detrás de los astros leves mariposas, sobre los cielos un Océano ideal que se mueve como si quisiera reventar en su límite y anegar toda la creacion. Pero yo no he podido averiguar nunca, nunca, si el mundo estaba sumergido en mi conciencia, si el mundo era una ilusion fugaz de mi espíritu. ¿La luz está en el sol, ó está en mis ojos? ¿La creacion es una idea, ó un hecho? ¿El Universo es un sistema que mi mente, abrasada por el calor de su propia vida, ha escrito con la sustancia de mi cerebro en los espacios? Nada, nada

sé. Todo se apaga á mi alrededor, todo huye á mi vista, mundos, ideales de mundos; y en mi conciencia no hay más que una espesa sombra y una larga noche.

ORIEL.

¿Y este es el consuelo de vuestra ciencia? Por todas partes la duda, por todos los caminos el mal. Tened piedad, piedad de mí. Voy buscando la verdad con la sed devoradora, infinita del alma. Yo pliego mis manos y doblo mis rodillas, y pido verdad, verdad á vuestra sabiduría.

ARIUNNA.

Allá en la cumbre del Universo, léjos de las sombrías nubes de la tierra, coronado por lo infinito, está el Sér absoluto, que habla por el órgano de sus tempestades, que brilla por el resplandor de sus soles, que siembra en los cielos miriadas de mundos, que irradia de su mente almas y de su corazon amores, que en perpétuo movimiento cubre de ráfagas de seres todas las esferas, y se ciñe á sus brazos, más largos que los rayos del sol, la serpiente del tiempo, y se sienta como en su trono sobre los espacios; pues su vida, que todo lo llena, es como el abismo luminoso á que van á parar todas las cosas, como el semillero de que nace el Universo; y su divina sustancia, que se derrama por los montes, y produce los bosques; por los prados, y mueve los arroyos y alimenta las flores; por el Océano, y tiñe de color de esmeralda las ondas y las corona de espumas; por los cielos, y los hace florecer en mundos y mundos; es la sangre que palpita en las venas de nuestra madre naturaleza.

ORIEL.

No os entiendo. ¿Y cómo ese gran Sér no ha venido hasta mí? ¿Cómo no se ha derramado por mis venas esa ardiente sustancia que late fuertemente en toda la creacion? Yo soy el único sér que está léjos del calor de la vida, y apartado de los límites del Universo, yo. Sér á quien todos estos hombres adoran, ¿por qué no bajas á mi corazon desolado? ¿Por qué yo, sólo yo en la tierra ni te siento en mí ni te conozco?

GOTAMA.

El mundo es una ilusion, la luz pura fantasía, los coros de los astros música engañosa, los seres fantasmas que cruzan por lo infinito como figuras fingidas por el insomnio, Brahama una inmensa sombra que duerme allá en el abismo de la eternidad, y que en sueños calenturientos idea orbes, creaciones, mundos, que son su eterno delirio, del cual se rie la nada, abriendo sus negras fáuces al pié del Universo. Sobre este mundo que vemos con nuestros ojos y palpamos con nuestras mismas manos, veo flotar en confusion informe lo único que hay de real y verdadero en la naturaleza, los fantasmas de las ideas. Este mundo esterior que se dilata por los espacios, no es más que la ilusion engañosa de la vida, tan fugaz como el brillo que el remo produce en la onda, y tan engañosa como el fantástico mar que fingen los rayos ardentísimos del sol de estío en la abrasada arena. No hay más realidad que el espíritu, no hay más vida que la idea, no hay más Universo que la inmensa, la infinita conciencia. El mundo

es una flor caida del espíritu, que el espíritu huella indiferente en su triunfal camino. No hay, no, más realidad que la idea.

ORIEL.

Todos estos seres han pasado á mis ojos diciendo sus ideas, y no he podido entenderlos. Todos me han visto llorar, y ninguno ha secado mis lágrimas. Todos han oido que mis clamores les pedian un Dios, y todos me han dejado en esta orfandad del alma... ¡Ah! Allá léjos descubro un hermoso palacio. Me acercaré á ver si encuentro algun sér compasivo que enjugue mis lágrimas, sí, mis lágrimas, que vuelven á correr por mis mejillas como un rio de fuego.

EL REY AZOKA (*en su palacio*).

Cesen los cánticos, callen los instrumentos, apáguese la voz de los festines. Mi corona de oro pesa demasiado sobre mis sienes, y las aplasta; mi manto sembrado de diamantes hace encorvar mis espaldas; mi cetro es asaz grave para mis flacas manos. Yo, rey, que soy más que todos los hombres, más que todos los dioses; yo que veo hormiguear á mis ojos los esclavos; yo que no engarzo las estrellas entre mi diadema porque no quiero; yo que llevo un manto azul más grande que el mar; yo no puedo cubrir con miriadas de esclavos, con cetros, con coronas, con trofeos este vacío infinito de mi despedazado corazon. Miradme aquí con poder para destruir y sin poder para crear. Yo quise arruinar en un dia mi palacio, y lo arruiné. Quise despues levantarlo en un dia, y no pude. Yo mandé matar á mis hermanos, y en una hora perecieron todos ménos

uno. Fuí despues á sus tumbas á buscarlos, y en vano conjuré sus cenizas para que se despertáran á la vida que les concedia mi voluntad de nuevo. En un dia de hastío degollé las seiscientas mujeres que habian sido las delicias de mi vida; y á los pocos instantes, cuando el deseo del placer volvia con sus golpes á llamar en mi corazon, quise poner aquellas cabezas sobre sus gargantas, aquellos brazos en sus hombros, animar con un soplo de vida los pechos destrozados, dar movimiento á los corazones exánimes, difundir por aquellos hermosos troncos yertos el calor de la sangre; y en vano derramé esencias, aceites olorosos, aromas sobre sus heridas; en vano desangré robustos mancebos para infundir su sangre por las heladas venas de mis víctimas; en vano las llamé á gritos con toda la desesperacion de mi rabia; pues yo, que tan poderoso habia sido para precipitarlas en la muerte, no lo fuí para traerlas nuevamente á la vida y libar en sus labios la miel de nuevos amores. ¡Oh rabia! ¡oh rabia! Abrid, abrid, bufones, esas ventanas, para que pueda mirar un poco mis jardines. Pero ¿qué veo? Ni un árbol, ni una flor, ni un ave que cante, ni una fuente que murmure, hay en mis jardines. ¿Por qué, por qué?

El Bufon.

¡Señor, señor!

Azoka.

Decidme pronto por qué no hay árboles, ni flores, ni fuentes, ni aves en mis jardines. Todo cuanto me rodea es un sepulcro. Todo cuanto veo y toco es la muerte, sí, la

pálida muerte. ¿Y esto sucede al rey, al rey que puede ahora mismo mataros? Sí, sí, matarlos, matarlos: hé ahí lo único que puedo. ¿Por qué no hay verdura en mis campos?

El Bufon.

El rey olvida que un dia, disgustado de tanto verdor, de tantas flores, de tantos arroyos, de tanta hermosura, quiso estender un desierto alrededor de su palacio. Y para eso mandó cegar las fuentes, quemar los bosques, y dejar tan sólo por los campos el hisopo y el espino.

Azoka.

Es verdad; y yo no tengo en mi pecho un soplo para volver su frescura al aire, ni en mi sangre una sustancia para pintar de nuevo las flores, ni en mis arcas tesoros que me den ahora mismo un bosque donde estaba el desierto, ni en mi mente fuerza creadora para volver á la vida las aves que mi capricho vió caer abrasadas entre el humo y las llamas; y yo, yo que soy tan miserable, tan impotente, yo me llamo rey.

El Bufon.

Señor, allí viene vuestro único hermano.

Azoka.

Es verdad, es verdad. Ese es el único sér que yo amo en el mundo. Vestido de sayal, ceñidos los riñones con una soga de esparto, apoyado en un báculo, descalzo, encanecida la cabeza, luenga la barba, pálido el semblante, hundi-

dos los ojos, iluminado por el resplandor de un espíritu que se ve brillar al través de sus huesos y de su tostada piel, mi hermano es la imágen de la virtud.

El Eremita (*delante del Rey.*)

He abandonado mi retiro para decirte por última vez la verdad, ¡oh hermano mio! Hasta mi soledad ha llegado el eco de tus festines, el reflejo de tus incendios y los ayes de tus víctimas. Yo tenia hermanos, por cuya salud rogaba todos los dias á Brahama, ignorando que todos ellos eran mártires, y el mayor de todos su verdugo. Cuando lo supe, lloré más por tu crímen que por su muerte, y compadecí más al asesino que á sus víctimas. Jefe de los creyentes, elegido por Brahama, anegado en resplandores, envuelto en nubes de incienso que levantan mil pebeteros; siempre tendido sobre el plato, y con un hambre insaciable; siempre rodeado de mujeres desnudas, y con una lascivia inestinguible; siempre con la copa del licor en los labios, y devorado por una sed infinita; siempre mandando, y con una ambicion nunca satisfecha; perdida la frente en rayos de oro, hundidos los piés en las entrañas calientes de mil víctimas, teñido el manto en la sangre de una generacion; tú que has domeñado los leones, que has satisfecho de carne cruda á los tigres, que has volado en tu carro sobre los campos de batalla como el cuervo, que has estendido tu dominio desde los picos del Himalaya, donde el sol tiene su cuna, hasta los estremos de los mares, donde el sol tiene su sepulcro; tú, tú que has formado un ejército de aves de rapiña para limpiar la tierra de los cadáveres amontonados por tu rabia; tú, ahí tendido en tus cojines de oro, respi-

rando el aire por mil abanicos renovado; tenido como un Dios por millones de vasallos, que al oir tu nombre bajan sus frentes hasta el polvo, creyendo que tienes el mundo por peana, el cielo por corona, la muerte por esclava y el hombre por juguete; eres más desgraciado y más miserable que el insecto nacido y criado en el inmundo fango, que al fin algun bien hace en la naturaleza.

AZOKA (*temblando*).

¡Oh, hermano mio! ¿Así insultas á tu rey, á tu hermano, que te ama sobre todo en el mundo? Tú, tú eres el único sér á quien he querido en esta mi triste y desolada vida: tú que has representado á mis ojos la virtud, amable á todos, pero más aún al que la conoce y no la practica.

EL EREMITA.

Tú verás correr en sueños un rio de sangre, y te ahogarás en él sin morirte nunca, para mayor tormento. Tú, en las negras nubes que la tempestad aglomera en el cielo, verás colgadas tus víctimas, y en el siniestro resplandor de los relámpagos la mirada de Dios que te busca para confundirte y anonadarte. Tú, cuando el cielo esté tranquilo, creerás descubrir en cada astro una retina que te mira y que penetra hasta en el fondo oscuro de tu conciencia. Tú que has andado sobre vientres despedazados, sobre miembros esparcidos, como sobre una alfombra, en la callada noche oirás el gemido de los que has martirizado; y cuando el áura se suspenda amorosa para todos los seres en la superficie de los lagos, y rice la corola de las flores, y saque sonidos melancólicos de las ramas de los árboles, mentirá

un lamento en tu conciencia. Tú que has abierto el vientre de tus mujeres, que has bebido la sangre de tus hermanos, que has paseado tu mirada triunfante sobre provincias destruidas y desoladas por un puro capricho, que has asesinado á los pequeñuelos en el seno de sus madres, que no has querido perdonar ni á tus hijos, que has llenado de cadáveres los campos, que has pisoteado generaciones como el labrador pisotea los racimos en el lagar, que eres triste como la muerte y asqueroso como la lepra, que has ulcerado tu corazon con todos los males y has sumergido tu conciencia en las espesas tinieblas del infierno, debes sentir en tus entrañas todos los puñales que te han valido para tus sacrificios, y sobre tu cerebro las víctimas que pueblan tus oidos de ayes, tu corazon de dolores, y el aire que respiras con su último aliento, pernicioso y letal, porque conservándote el cuerpo, te asesina el alma.

AZOKA.

Hermano, hermano, sálvame, sálvame de mis remordimientos.

EL EREMITA.

Quédate ahí en tu dolor y tu desesperacion. Yo te he advertido el mal que va á caer sobre tu frente. No te arrepientas, y tu alma en el dia de las grandes injusticias irá á una sabandija ó á una víbora. (*Sale del palacio.*)

AZOKA.

¡Ay! ¡ay! Me ha herido en el alma.

El Eremita (*á la puerta del palacio*).

¡Qué veo! La imágen de una mujer desnuda, tendida en un lecho de mirtos, con la sonrisa del placer en los labios y el reflejo de ardiente voluptuosidad en los ojos; agitada por el fuego de todas las pasiones; convidando con sus sonrosadas carnes, mal envueltas entre sus negras trenzas, al vicio, y vertiendo por todas partes el veneno y la ponzoña de un amor ardiente que escita los sentidos y los obliga á nadar en soñadas delicias... Eso es, eso todo lo que se adora en este palacio, impura mancebía donde se han aunado el capricho de un déspota y la paciencia de sus vasallos, para sembrar la tierra de males y ofender con mil insultos á los dioses. Caiga, caiga este impuro ídolo, en cuya contemplacion se extasía un tirano; caiga, y no ofenda así á los cielos, en cuyos senos hierve ya el rayo que ha de herir tanta iniquidad. (*Rompe la estátua.*)

Los Guardias.

¿Qué has hecho? Herir el ídolo es herir al rey.

El Eremita (*huyendo*).

Los dioses le castigarán por mi mano; porque así como mandan el invierno á la tierra cuando el fruto cae del árbol, mandan el castigo á la conciencia cuando la virtud cae del corazon. Yo espero que no ha de tardar mucho el golpe sangriento y seguro de la justicia.

Azoka.

Mi cabeza hierve como el volcan. El mundo se desploma

bajo mis plantas. El cielo está á mis ojos negro, y me parece un cuervo que quiere clavar su pico en el cadáver de mi conciencia. Mi corazon se agita y tiembla como una nube henchida con las lágrimas de la tempestad. El campo me parece un sepulcro. ¡Aire! ¡aire! Abrid mis ventanas de lapislázuli... Pero ¿qué veo? ¡Destrozada mi gran estátua, destrozada!... ¡Qué atentado!

Los Cortesanos.

¿Quién habrá quebrado la estátua del placer, de la hermosura, diosa que guardaba la puerta de este templo del rey?

Azoka.

Estátua mia, ¡cuántas veces te he creido inmortal! Habias sido, es verdad, un pedazo de piedra que las aguas del Ganges regaban, y que perfumaban los sagrados bosques del Himalaya; pero merced á un mandato mio, la mano del artista te despertó á la vida, y te dió la misma idea y la misma forma que yo guardaba en el secreto de mi pensamiento. Yo te ví desde entónces hermosa, rodeada de la aureola de mi recuerdo, como la montaña ceñida por los reflejos de la aurora boreal, y la blanca luna circundada de estrellas. Tú únicamente no eras ingrata para este desgraciado; tú sonreias siempre con sonrisa de amor, tú velabas mi sueño, tú eras la forma de mi pensamiento, tú permanecias fiel y obediente á mi conciencia, diciéndome con tus labios lo que deseaba mi corazon que le dijeses. Por eso en un instante, movido con súbito ardor por tus gracias y por tus amores, quemé en tus aras á mis seiscientas concubinas, y las ví

BIBLIOTECA · Granada · PICATOSTE

entre las llamas quejarse y maldecirme, sin temblar ni estremecerme, porque eran un holocáusto á tu culto y á tu amor, único pensamiento puro de esta conciencia tan sombría como la tempestad y tan negra como la caverna donde forja Yama los dardos de la muerte.

Los Cortesanos (*entre sí, y á hurtadillas*).

¡Está loco! Dejémosle. ¡Infeliz! está loco.

Azoka.

¿Qué decís, qué murmurais?

Los Cortesanos.

Decimos que en el mundo no hay rey como tú; que el cielo no es tan grande como tu frente, ni el sol tan luminoso como tus ojos, ni el Océano tan profundo como tu pensamiento, ni la tierra tan hermosa como tu palacio, ni Brahama tan poderoso como tu brazo, que puede sostener todos los mundos y todo el Universo.

Azoka.

No me decia eso mi hermano, ¡ay! mi hermano, el único sér que yo amo en la tierra. Mi hermano y mi estátua eran los dos sentimientos de mi corazon, los dos recuerdos de mi memoria, las dos alas de mi alma. Mi hermano ha huido. Mi estátua está quebrada.

Los Cortesanos.

¡Gran desgracia ha sido, gran desgracia! ¿Quién habrá

osado poner su mano sobre esa estátua, á cuyos piés hemos visto orando nosotros al mismo Indra?

Los Guardias del palacio.

Un eremita que ha pasado por aquí.

Azoka.

¡Oh! Merece que le saquen los ojos, que le corten la lengua, que le taladren las manos y los piés, que le arranquen la piel de la carne y la carne de los huesos, que le espriman el corazon, y ántes le den á beber la sangre de sus hijos, atormentados y muertos en su presencia entre dolores acerbos y angustias horribles, para que se una el dolor interno al dolor de su propio castigo, y padezca y se aniquile todo su sér, toda su existencia. Ahora mismo, decid á mis ministros que, do quier éntre un eremita, sea degollado y presentada á mí su maldecida cabeza. (*Se deja caer desvanecido por la rabia.*)

El Eremita (*perdido en un campo*).

Me sentaré en esta piedra á meditar en mi doctrina y en mis creencias. Un rastro de sangre me precede. Mi hermano ha mandado matar á todos los eremitas de la India. ¡Matarlos! No temo á la muerte. Todo hecho es pasajero, todo sér una sombra, todo deseo una rebelion, toda ciencia nos lleva como de la mano al aniquilamiento de nosotros mismos, para que viviendo separados de esta vida fugaz, no necesitemos de las formas esteriores, pesadas cadenas que nos atan á la estéril tierra, y que no consienten á nuestro

espíritu sumergirse en la esencia ethérea é impalpable de la verdadera sustancia, á la cual no podemos unirnos sino atravesando la negra hendidura que el tiempo ha abierto en la eternidad, hendidura que el miedo de los hombres ha llamado muerte, y al través de la cual veo yo un mar de inefables delicias con la pérdida de mi conciencia y de mi sér. La muerte es el sueño, es el olvido, es la eterna tranquilidad, el eterno reposo, el silencio, la paz, el ósculo del sér con la nada, el lecho de adormideras donde toda lucha concluye y toda existencia se evapora. ¿Qué gran rumor se oye á lo léjos? El sol se ha hundido en su ocaso á dormir el sueño de todos los dias en su lecho de argentadas espumas. La noche ha tendido sus negras alas sobre la tierra. La tempestad hierve y brama en los últimos límites del horizonte. El relámpago, no tan ardoroso como mi pensamiento, quema mi frente. Pediré asilo á esta cabaña, donde viven unos labradores, únicos habitantes de este desierto. Las órdenes de mi hermano de seguro no han llegado hasta aquí, y me dejarán dormir en paz, porque el sueño pesa con inmensa pesadumbre sobre mis fatigados párpados. ¡Buenas gentes, recibid en paz á un eremita, y Crichna, protector de los pastores, os ampare, y haga que nazcan gordos vuestros corderos, y se llenen de leche las tetas de vuestras ovejas, y se aumente la verde yerba de los prados, y se purifiquen los arroyos, y se cubran de dorada miel las piedras de vuestros campos.

El Labrador.

Así sea, así sea. Entrad, entrad.

El Eremita.

La paz reina en esta casa. El techo de paja, el suelo de madera, las paredes de caña, la resinosa tea ardiendo, el vaso lleno de leche sobre una piedra, el cayado del pastor en el rincon, las flores del campo suspendidas de un pequeño y limpio altar, el perro tendido y meneando la cola, dos palomas en una cesta de mimbres entregadas á tranquilo sueño, dos sonrosados niños tendidos en un monton de paja, una mujer que hila, un pastorzuelo que atiza la lumbre, la esquila del ganado que suena, algun balido que se pierde á lo léjos, me dicen que esta mansion es de paz y que en su amigo asilo puedo entregarme á mi tranquilo sueño. Crichna, el rubio pastor, os dé buen sueño, hermanos. (*Se duerme á la entrada de la choza profundamente.*)

El Labrador.

Oidme. El rey ha mandado matar á todos los eremitas que se guarezcan en las chozas ó que se vean por los campos. Y hemos de cumplir su mandato. Ese infeliz ha de perecer á nuestras manos, porque nosotros obedecemos ciegamente las órdenes que nos dan, todas encaminadas á la mayor gloria de los dioses y al cumplimiento de su incontrastable voluntad en la tierra.

La Labradora.

¡Y vamos á matarle! Ha venido aquí confiado en nuestra hospitalidad y en el amor que todos nos debemos. Su hermosa frente, su larga y blanca barba, las arrugas de su rostro, su tosco sayal, su báculo de caña, sus piés ensan-

grentados, nos dicen que estamos delante de uno de los varones más santos de la India. ¡Y vamos á matar á los que pasan el dia en el ayuno, la noche en la oracion, la vida entera contemplando á Brahama! No, no puede ser. Mira y oye. La lluvia amenaza anegarnos. El huracan arranca de raiz los árboles, y tal vez arranque de cuajo nuestra cabaña. El trueno es la voz amenazadora de los dioses. El incendio ilumina los bosques y se refleja en los lagos. Las aves se han despertado, y gritan, poblando los aires de prolongados gemidos. No, no tentemos á los dioses.

El Labrador.

La tempestad ruge enfurecida, porque no hemos cumplido la voluntad sacratísima del rey, que es la voluntad de los dioses. (*Coge un hacha, y á la luz del relámpago hiere al eremita.*)

Azoka (*tendido en su lecho á las altas horas de la noche*).

¡Dioses! ¡Qué terrible sueño! Venid, venid, guardas; venid á ver á vuestro señor. He visto cruzar por los aires en una nube mi hermano asesinado, enviándome de una herida abierta en su frente un chorro de sangre que caia sobre mi boca, y la amargaba de tal manera, que parecia tener en mi todos los tormentos del infierno y todas las penas que hierven juntas en los hondos abismos donde el mal habita. Y en verdad, en la ley general que dí para aniquilar á todos los eremitas de la India, no he esceptuado, como debia, á mi hermano, al sér que amo en la tierra. Ahora mismo, decid que el único eremita que se liberta de la comun sentencia es él, sí, él, mi hermano, pedazo de mi propio corazon. ¡Oh! Si

le matáran, no me consolaria nunca. Yo habria asesinado al eremita á quien respetó y venero. Dadme, dadme un sorbo de cualquier licor, para reparar mis fuerzas abatidas y rehacer mi apocado ánimo. Atrás, atrás. ¿Qué me traeis en esa copa de oro? ¡Sangre, sangre! Apartad de mis labios la sangre. Traedme en un vaso formado de un diamante agua pura, agua sagrada del Ganges. Ven, bendita agua, ven y derrámate por mi cuerpo, como se derrama el rocío por los filamentos de las plantas. Mas ¿qué veo? Tambien, tambien el agua se ha tornado sangre, sí, amarga sangre. Abrid, abrid las ventanas, para que á la luz de la blanca luna vea resplandecer á lo léjos el lago azulado y tranquilo. Cerrad, cerrad pronto. El lago es un mar de sangre. ¡Oh! ¿Qué ruido es ese? ¿Qué ruido es ese?

UN ARTESANO.

Los soldados juegan con la cabeza de un eremita, que dicen fué el destructor de la estátua; cabeza traida por unos campesinos.

AZOKA.

Mostrádmela.

UN SOLDADO (*desde la plaza*).

Para que el rey la vea más pronto, ahí va la cabeza del primer eremita sacrificado. (*La arroja, y va rodando hasta los piés de Azoka.*)

AZOKA.

¡Dioses infernales! ¡La cabeza de mi hermano! (*Cae sobre el lecho sin sentido.*)

ORIEL (*escondido en uno de los ángulos esteriores del palacio.*)

He visto desde este rincon solitario y abandonado cosas horribles: un rey demente, un pueblo envilecido, unos sacerdotes entregados á sus placeres, un eremita virtuoso cuya cabeza ha rodado á los piés del rey, que ha reconocido en esa cabeza á su propio hermano. ¿Y no habrá en el Universo para tantos crímenes un castigo? Ya se preparan los funerales, porque el tirano cree aplacar á los dioses con ofrendas y sacrificios. Ya robustos guerreros sacan el cuerpo del eremita, envuelto en un sudario de púrpura que parece en la propia sangre del mártir enrojecido; ya se oye el cántico solemne de los sacerdotes, que se pierde en las selvas y en las concavidades de los montes. Diez mil guerreros custodian el cuerpo, dos mil doncellas lloran desgreñadas tras de su ataud, mil sacerdotes entonan el último cántico de despedida, y el pueblo se hunde en el polvo como para anonadarse en la desesperacion. En un solio, conducido por sus ministros, va el rey, con sus vestidos rasgados, sus piés desnudos, su pecho descubierto y herido por sus propias manos, cual si quisiera sacarse el corazon para mostrar á todo el pueblo la intensidad de su dolor. Los campesinos traen sobre sus hombros haces de sándalo y de áloes para perfumar la última morada del que fué en la tierra cáliz donde se guardaba el aroma de la virtud. Todos los que acompañan el cadáver, han empapado en aceite de sésamo sus vestiduras, para lavarse de sus terrenales manchas y esparcir un olor suave en los aires que han de recoger las oraciones y las lágrimas consagradas al que ha muerto. Los artesanos van en tropel arrojando per-

las y diamantes al pueblo, porque el rey ha querido que se tiren riquezas que ya no le son gratas, alhajas que no han de volver á ornar su cuerpo dolorido. Al pié de algunos umbrosos árboles, y sobre las colinas, se detiene el gran cortejo, á fin de que todos oigan los méritos que el alma del eremita tiene para merecer un cuerpo más puro y una vida más santa en la contínua trasformacion de la sustancia. Cada vez que se detiene el cortejo, los gritos y lamentos que lanza la multitud son tales, que no parece sino que sollozan los vientos. En una isla rodeada de blancas espumas, en medio del rio sagrado, se levanta sobre una alfombra de flores la pira de sándalo, de cedro, en cuya cima está el lecho que espera el cadáver. Los guerreros tienden sus armas, los sacerdotes se arrodillan, las doncellas aumentan sus clamores, el yerto cuerpo cae en su eterno asilo, y el rey sollozando aplica la tea á la gran hoguera, que brilla como si el sol hubiera bajado un instante á la tierra. Todos en tan solemne ocasion se levantan, corren presurosos, se arrojan al rio, y allí sobrenadan en confusion, purificándose para el dia en que llame á la puerta de sus viviendas la inexorable muerte. Los lamentos universales, los cánticos sagrados, el ruido de las olas, el hervir del incendio, las nubes de humo que se pierden allá en los cielos, las lágrimas que corren por todos los semblantes, el cuerpo que se consume, la eternidad que se abre, el pensamiento de lo infinito que se eleva y se cierne sobre este gran cuadro, sumerge al ánimo en una soñolencia infinita; porque parece que el alma de todos se escapa de los cuerpos y acompaña el espíritu sombrío del sér que va á presentarse en su último juicio.

Azoka (*acercándose á la pira*).

Hermano, hermano, si te levantáras de tu hoguera, yo daria para tu cuerpo la sangre de mis venas, para tu pecho el aire que respiro.

Coro de Brahamanes.

El alma se ha separado del cuerpo del justo. La necesidad que rige con ley inexorable todas las cosas, ha aplastado la frente sagrada del eremita. Cantemos, cantemos los triunfos de la muerte. Su mano cae sobre el corazon, y lo seca; sobre el cerebro, y lo aplasta; sobre los ojos, y los apaga: pero cuando el espíritu, escapado del cuerpo, toma el camino de la eternidad, va á bañarse en el océano de vida, en que flotan todas las cosas y en que ondean todas las formas de los seres. Allí Brahama ceñirá al mártir una vestidura más hermosa, una forma que sea más digna de su arrogante espíritu. Al escaparse del cuerpo de barro, habrá tomado otro cuerpo más trasparente. Acaso el sér que lloramos con nuestros mortales y oscuros ojos sea el soplo de aire que nos besa el rostro, el ave que canta henchida de amor entre los arreboles del cielo, la estrella que empieza á bordar el horizonte, la flor del lotho que levanta su perfumada corola del fondo del rio, y se espacía en el amor, y abre su cáliz, y dilata sus hojas cargadas de rocío. La muerte sólo es muerte para el que no tiene fé. Veamos al santo eremita perderse en el centro de la creacion y renacer en los gérmenes de una nueva vida.

AZOKA.

Oigo un rumor como si fuera la voz de mi hermano que me llamára. Cada una de las chispas que lanza esa inmensa hoguera, en que arde un bosque entero, se clava en mi cuerpo y lo atormenta con un ardor intensísimo. En las revueltas nubes de humo veo la imágen de mi hermano, que me agarra por fuerza de los cabellos y quiere llevarme al lugar donde él será bendecido y yo condenado y maldito. Ese rumor ¿no es su voz que me llama? Ese rio ¿no es la sangre que sale á borbotones de su herida? Esa flor del lotho ¿no guarda en el cáliz su corazon, que salta de horror cada vez que me acerco á tocarlo? Ese sol ¿no es su retina que me mira sañuda, implacable, y que perforando mi cabeza, entra en mí y devora y consume hasta mi conciencia? Esa áura que sube del rio, ¿no es su aliento que me envenena con su amorosísimo soplo? Le veo, le veo. Es mi hermano. Sus piés se hunden allá en los abismos, y aplastan mi corazon; su cabeza ciñe una guirnalda de estrellas, y despide un rayo de luz que me abrasa las entrañas; sus hombros, en vez del sayal, llevan las tinieblas de la noche, en cuyos pliegues se hielan mis manos, que inútilmente se juntan para pedir misericordia y perdon. Hermano, por piedad, no me mates. Yo huyo de tí, porque quiero la muerte, porque deseo reposar en la eternidad. Pero no, tampoco quiero morir; porque si muriera, al dejar mi vestidura mortal y desceñirme de esta forma, la justicia divina me encerraria en el cuerpo de algun tigre, siempre rabioso, siempre sediento de sangre. ¡Ah! ¡Qué mancha de sangre tengo en las manos! ¡Qué hilos de sangre me caen de los ojos! ¡Qué huellas de sangre dejo en

la tierra! ¡Qué manto teñido de sangre llevo sobre los hombros! La tierra que piso es cieno mezclado con sangre coagulada; el cieno de mis vicios, la sangre de mis víctimas. ¡Oh! Perdonadme, perdonadme. No me mateis, no me mateis. ¡Morir ahora es morir dos veces! Perdon. Me ha herido, me ha herido mi... mi... remordimiento. Me parece que llevo una túnica de plomo derretido pegada á mis carnes. ¿No veis una nube?

Los Cortesanos.

El dolor le ha robado el juicio.

Azoka.

¿No veis una nube? ¡Ah! Es un cuervo más grande que el Himalaya. Su cuerpo está envuelto en las tinieblas; pero sus garras son de fuego, y su pico duro como el diamante y afilado como una espada. ¿No lo veis?

Los Cortesanos.

No, no vemos nada. Debe ser una imágen fingida por la fuerza del dolor y por la intensidad de la calentura.

Azoka.

Abandona las vacías alturas, como el águila abandona la cumbre de los montes, y baja apagando soles y oscureciendo cielos. Por donde quiera que pasa, deja una huella negra y abrasada como la hirviente lava que el volcan escupe. Cuando se acerca, me mira con sus ojos profundos como abismos, y me habla con su pico, que al abrirse muestra una lengua de serpiente, destilando la baba de un

negro veneno. Lanza gritos más agudos que la tempestad, más prolongados que el huracan, más luctuosos que las olas, más profundos que el terremoto, más dolientes que el quejido del viento al estrellarse en los inmensos desiertos. Pero ¡ah! clava sus garras en mis entrañas, su pico en mi cabeza, sus ojos en mis ojos; me envuelve con sus alas, me aplasta con su cuerpo, me repite en los oidos el nombre de mi hermano, y me ahoga, y me sofoca, y me mata, y quiere arrastrarme á los infiernos con Yama. Defendedme. Clavad en ella vuestros puñales. No, no. Yo me defenderé. Muere, muere... ¡Ah! (*Saca el puñal, y clavándoselo en su propio corazon, espira.*)

ORIEL (*solo, en la isla donde se han celebrado los funerales del eremita y ha muerto Azoka*).

Aquí estoy abandonado. El sol se oculta, la palmera se cimbrea, el limonero abre sus flores, la goma corre por los troncos, el incienso crece en las yerbas, el ave se pára en la rama cantando, y el cielo se mira en las tranquilas ondas del rio. La naturaleza está serena, cuando tantos crímenes acaban de perpetrarse en su presencia, y tanta sangre de sus hijos acaba de beber con anhelo infinito, con sed rabiosa. Pero hay una justicia invisible que yo no alcanzo, y que me revelan en su mudo lenguaje todos los hechos, porque cada hecho es un grito con que avisa y enseña naturaleza á sus hijos. ¡Ah! un crímen se ha cometido, y ese crímen no ha quedado impune. Azoka, herido por sus remordimientos en el alma, y herido por su puñal en el pecho, me enseña que hay justicia, que hay un sér de cuya mano pende la espada del castigo. Mostrádmelo, mostrádmelo, seres de

la tierra. No me abandoneis á la soledad de mi corazon... Oigo el eco de cánticos religiosos que salen de aquel templo. Allá, allá me encamino. ¡Oh! ¿No calmarán mi ansiedad?

CORO DE BRAHAMANES (*dentro del templo*).

Espíritus que habitais en el fuego, en el aire, en las aguas, en la tierra, venid á visitarnos, y derramad vuestra miel en los labios, vuestros suspiros en el pecho de los míseros mortales. Vosotros, espíritus puros, teñís el Oriente con su color sonrosado, y el cáliz de las flores con sus matices, y el cielo de azul claro, átomos de que se amasa la creacion. Ya que vais envueltos en las ráfagas del viento, venid á besarnos con un beso regalado de amor. Ya que flotais en el rayo del sol, penetrad hasta el fondo de la conciencia, y allí inundad con vuestra luz nuestro sér. Espíritus puros, vosotros sois el fuego que centellea en la estrella de oro perdida en los espacios; vosotros sois el aroma que exhala de su cáliz la flor abandonada en el campo; vosotros sois la espuma que corona la onda cuando besa la playa; vosotros el mar de soles y de mundos que besa las plantas de Brahama, pues vosotros tejeis en constante trabajo los velos de las formas para tenderlos por los espacios y hacer visible y palpable la eterna sustancia encerrada en lo infinito. Espíritus invisibles, descended presurosos del cielo, y lleváos en vuestras alas de rosa la oracion que consagramos al Creador al pié de sus altares.

ORIEL (*á la entrada del templo*).

Este es el templo, infinito como mi aspiracion, misterioso como mi alma. Sus bóvedas están abiertas en una mon-

taña. Las generaciones infelices que me han precedido en el tiempo, han tallado ese templo en la roca con sus propias manos, y no han conocido su dios, y no han visto su culto. Entraré y me deslizaré en las sombras, por si acaso una pilastra, un elefante, una hoja de acantho cincelada, uno de esos becerros de bronce que duermen al pié del ara, se despiertan y me dicen algo de mi Dios. El templo es una montaña; la bóveda suspendida sobre mi cabeza es como un cielo oculto entre nubes; tortugas talladas en piedra, elefantes de granito sostienen como pesarosos en sus inmensas espaldas tan grave pesadumbre; lothos, palmeras, acanthos, pavos reales, cisnes, monos, todos cincelados, adornan los muros, cuyo espesor es tal, que me creo encerrado en las entrañas de la tierra; figuras de mármol negro, de marfil, de oro macizo, cubiertas de diamantes, levantadas unas sobre otras en inmensa pirámide, ceñidas con esplendentes diademas, habitan estos lugares sombríos; cariátides cuya boca es un abismo, cuyos ojos son dos cavernas, sostienen los altares; cipreses, magnolias, palmeras crecen do quier puede llegar un rayo del sol y un beso del áura; arroyos de agua lustral corren murmurando al pié de cada arco, y colinas cubiertas de musgo cubren la raiz de cada pilastra; bueyes, becerros, corderillos andan errantes entre las naves, miéntras allá en la cúspide anidan las palomas y las tórtolas; espumosas cataratas desprendidas de fuentes ignoradas, cubiertas de higueras, de yedra, de cedros, de palmas, forman arcos de cristal de roca, perdiéndose bajo el pavimento con asombroso mugido; el címbalo y el salterio suenan por do quier, dando una voz á cada piedra, una palabra á cada dios; vírgenes vestidas de blanco y coronadas de rosas y jaz-

mines cantan y danzan, semejándose á mariposas que vienen á libar la miel espiritual encerrada en este lugar de los misterios; sacerdotes con las manos llenas de ofrendas, los labios agitados por una plegaria religiosa, y la mirada perdida en misterioso éxtasis, murmuran la incomprensible salmodia de sus oraciones; las aras centellean con el fuego sagrado; los nichos de corales brillan al resplandor de las lámparas; el polvo que se estiende al pié de cada ídolo reluce cubierto de arenas de oro; escudos de bronce pendientes de las paredes vibran; culebras de oro cuelgan de los techos y serpentean como un rayo en los aires; huevos de avestruz convertidos en lámparas reflejan una luz misteriosa; dioses de marfil con cien cabezas se levantan sobre un pedestal de negro mármol: y tantos símbolos, tantos misterios, tantas imágenes, tantos ídolos que no comprendo, nada dicen á mi corazon, nada me revelan, envueltos como en espesa nube en sus embriagadores aromas. Pero oigamos, perdidos en las sombras, el cántico de estos sacerdotes, que están embebidos en un sacrificio.

Los Brahamanes.

Preparemos, preparemos el sacrificio. La luna, al pasar por el cielo en la plenitud de su luz, enviándonos un beso de amor, nos ha dicho que esta es la hora solemne y sagrada del sacrificio próspero y santo. Venid, artesanos, albañiles, carpinteros, cómicos, bailarines, todos los trabajadores que se necesitan para hacer más esplendente el solemne rito y más gratas á los inmortales sus ceremonias. Venid á orar, brahamanes que conversais con el cielo; satrias que purgais con vuestras flechas la tierra de mónstruos; vasias que re-

partís entre los hombres los frutos del trabajo; sudras que pasais la vida encerrados, empapando con vuestro sudor el campo para que brote á torrentes de su seno la vida; reyes de la tierra, venid en vuestros carros de oro, ya del Oriente, ya del Mediodia, ya del Norte frio, ya de las tierras donde el sol se duerme. El dia de hoy es feliz, y la constelacion que en el cielo brilla es favorable. Encended la madera de áloe para que arda el fuego sagrado en que el astro del dia deposita un rayo de su luz, como la vírgen deja despues de orar en el altar un rizo de su hermosa cabellera. Levantad el fuego, como el Océano levanta sobre sus verdosas espaldas la sonrosada aurora en el Oriente. Cumplid todos los ritos de los Vedas. Pero ántes intentemos expiar nuestras faltas en la pura agua lustral, aplicando los labios á la copa de oro que guarda el licor purísimo de una nueva vida. Traed la manteca clarificada, arrojadla en el fuego, y miéntras su humo se pierde indeciso en las bóvedas del templo, y los inmortales lo aspiran, nosotros referirémos cómo se abrió el capullo de la materia para dejar paso á la creacion, y los poetas cantarán cómo se derramó por la inmaculada naturaleza el espíritu de los dioses. Ya se oye el rumor del rezo de los Vedas que todas las bocas murmuran, como el zumbido de un enjambre de abejas parado en la siesta de un dia estival sobre arbusto lleno de dulces frutas. Venid, los que sabeis las seis angas, venid entre las columnas de mirto, de palmas, de higuera, de pino, y apoyando la frente en ellas, y sobre todo, besando la columna de oro que hay en el centro, preparáos á enviar á Brahama vuestras plegarias. El santuario brilla como si estuviera sembrado de kalpas, de ese árbol misterioso de los cielos. Ya traen

los sabios en procesion el caballo blanco, ornado de flores y de cintas, ceñido de preciosísimas guirnaldas. Rociemos con el agua bendecida las aves que cortan los aires, y los insectos que viven allá en el polvo; los cuadrúpedos que saltan por montes y por valles, y los reptiles que se arrastran por la tierra; los animalillos casi invisibles que habitan en los arroyos, y los cetáceos y todos los peces que tienen por vivienda el Océano. Arrojemos doscientas cabezas de ganado al pié del ara, para que las consuma el fuego santo. Degollemos al caballo, que ha trazado su círculo misterioso alrededor del altar, y vayan sus huesos á aumentar la sacra lumbre.

ORIEL.

Detenéos, brahamanes, detenéos. Escucho vuestras voces resonar bajo las bóvedas del templo como una tempestad; pero no sé lo que dicen. Veo arder sobre el ara ese fuego; pero no veo á quién alumbra. Oigo el cántico sonoro de vuestras oraciones; pero no entiendo el nombre del sér á quien está consagrado ese cántico. Contemplo cómo mueren las víctimas, y cómo corre la roja sangre sobre el ara; pero no veo, no, el genio que pone en vuestras manos la cuchilla del sacrificio. No querais envolver en el misterio para una clase de mortales lo que debemos saber todos, sí, todos. Maldecidme si os place, arrojadme de vuestra presencia, poned mi cabeza al pié del ara, como poneis la cabeza de ese cordero en cuya garganta habeis hundido la cortante cuchilla; pero ántes que se cierren mis ojos, que se extinga mi aliento, dadme, para apagar esta sed que me devora, un Dios, sí, un Dios, y rasgad el velo que oculta vuestros misterios.

LOS BRAHAMANES.

Atrás, atrás, profano. Para tí no hay Dios, para tí no hay religion, para tí no hay cielo, para tí no hay ni recuerdo ni esperanza; porque tú eres la escrecencia de la creacion, la sombra de la vida, la mancha, la eterna mancha estendida por Yama sobre la India. Huye, estranjero, huye, y no profanes el santo lugar del sacrificio. Ya el templo está impuro, y el holocáusto no puede continuar, por haberlo manchado tu venenosa sombra. Apagad el fuego del sacrificio, volved las ovejas á su redil, las vacas á su establo, los caballos á sus cuadras, porque no puede haber sacrificio: deshojad las flores, y esparcid la manteca derretida, y estended un velo negro sobre la fuente que mana la pura agua lustral. Nosotros nos darémos á nuestras penitencias, para que los inmortales se apiaden de su pueblo y no vuelvan á enviarle un pária que manche el ara, que interrumpa las ceremonias. Arrojadle de aquí, arrojadle con varas que arranquen sangre á sus espaldas, gritos de dolor á su pecho. Perseguidle hasta que se refugie en los bosques con sus compañeros los tigres, las serpientes, los leones. Huye, huye de aquí, desgraciado, huye. Más te valiera haber nacido con cuerpo de cerdo, que con cuerpo de pária.

ORIEL.

¿He elegido, por ventura, yo mi nacimiento?

LOS BRAHAMANES.

No le oigais; arrojadlo, arrojadlo del templo.

ORIEL.

Otra vez perdido en el bosque, otra vez abandonado á la soledad de mi sér y á la tristeza de mi dolor. ¿Dónde, dónde voy? Ni en el cielo ni en la tierra hay para mí un amparo. Sólo yo no tengo padre, ni madre, ni esposa, ni hijos, ni vida. Allá veo á lo léjos dos guerreros que se miran con rabia y se empeñan desde sus carros en singular batalla. Sus rostros son cetrinos y sus cabellos dorados; sus pechos hierven como dos volcanes, y se crispan sus manos; llevan por escudos dos como rocas de hierro, y por armas dos troncos de palmera recien arrancados de la tierra; escupen de sus bocas rabiosas espumas como la ola al estrellarse en el escollo, y levantan bajo sus piés una nube de polvo; mueven sus cuerpos para huir sus sendos golpes, como la gacela que corre por el desierto, ó como el tigre que lucha con el leon de los bosques; rechinan sus dientes como la tierra, cuando en sus grandes convulsiones hace chocar unas contra otras las piedras; brillan sus negros ojos como la nube que despide el relámpago; y de cada una de sus heridas brota la sangre, y sobre sus cabezas revolotean los cuervos, y á sus piés aullan los chacales, aguardando hambrientos al primero que caiga en la pelea para sepultarlo en sus vientres. Voy á ponerme en medio, y á parar sus golpes, y á salvarlos de una muerte cierta. Guerreros, detenéos, detenéos y haced paces, porque la paz es la luz y el cielo de la vida.

LOS GUERREROS.

Huyamos, huyamos; porque pelear delante de un pária,

de un miserable, sería como entregar nuestros despojos al infierno.

ORIEL.

Por otro lado veo un comerciante, un vasia, que lleva un camello cargado de incienso, de roja púrpura, de oro. En su rostro se pinta la alegría y en sus ojos la paz. Lleva sin duda en esa carga la riqueza de sus hijos, el porvenir de toda su vida. Sin embargo, un tigre le acecha y le mira con aviesos y sanguinolentos ojos. El infeliz no le ha visto, y sigue su camino descuidado y en paz, confiado sin duda en alguna de esas deidades tutelares que son el sol de la vida, sol sin ocaso para el que las siente y las conoce. Pronto, pronto se turbará la tranquilidad que ahora goza. El tigre salta, se suspende á las ancas del camello, le hunde las garras, lo derriba dolorido en tierra, hociquea por sus entrañas buscando un punto en que clavarle los dientes, rasga la piel, aspira con ansia la humeante sangre, y dirigiéndose despues al vasia, amenaza herirle tambien y devorarle, sin que tenga defensa, pues se le ha roto el arco en el momento de asestar la flecha. Pero no, no temas, caminante: ahí voy yo á salvarte. Corro...

EL VASIA.

Un pária viene, un pária: prefiero encontrar la muerte en las garras del tigre, á deber la vida á un pária.

ORIEL (*despues de haber vencido al tigre*).

He luchado con el traidor de los bosques. Toma tus mercancías.

El Vasia.

Ántes mil veces las arrojaré al cercano rio. Yo no toco nada que haya tocado tu maldita sombra. Huye, huye de mí. El tigre que tienes muerto á tus piés me parece más humano que tú. Huye, huye de mí.

Oriel.

Ni hacer bien es posible al desgraciado. Hasta el remedio, hasta la salud rechazan de mis manos. Por allá oigo el eco de un melancólico cantar.

Una Pastora.

Soy la piedra del hogar. Mis manos sólo sirven para atizar el fuego en la cabaña y para ordeñar las vacas. Mi padre ha puesto el ramo á la puerta de casa, y ningun caminante lo ha mirado, ninguno ha querido llevarme á su lecho. Y yo, cuando me miro en la linfa tranquila del corriente arroyuelo, me creo hermosa. Y sé todo lo que debe hacer la mujer para agradar á su marido. Sé limpiar el dintel de la puerta, sé hacer unas sandalias, sé llevar sobre mi cabeza una carga de lino para lavarla en el rio, sé hilar y tejer, sé buscar las dulces yerbas para sacar de ellas el zumo de una grata bebida, sé poner las raices de las plantas alimenticias en la hoja del bananero, sé limpiar el sudor de la frente y besar los piés del que vuelve al hogar á caer en brazos de la mujer que ha elegido, y hasta sé las flores que he de oler en el hondo valle para ser fecunda y dar á mi familia robustos y hermosos hijos.

ORIEL.

¡Oh hermosa aparicion, apiádate de mí! Hundidos los piés en la fresca yerba, clavados los ojos en el cielo, llenas de flores las manos, sonriendo paz y amor, ¿eres una fantástica figura que el rayo del sol ha fingido para mi consuelo en los giros del aire? Yo no me atrevo nunca á creer que sea verdad ninguna ventura; porque, si lo creyese, pronto se desvaneceria. No te vayas, no; espera un poco para oir el lamento de este sér desgraciado y errante, á quien más han compadecido aún las fieras que los hombres. Yo te daré en cambio para tus negros cabellos una guirnalda de rosas en que mis lágrimas se mezclen á las gotas del rocío, y el aliento de mis besos á los embriagadores aromas. Déjame al ménos la felicidad de seguirte y contemplarte, que tiene el último de esos corderillos que con tus manos acaricias; deja que mi cántico se mezcle á sus balidos y al rumor misterioso de las selvas. Yo te seguiré con los ojos arrasados de lágrimas; y si lo mandas, subiré á las montañas como el águila, ó me arrastraré por la tierra como la serpiente. Las enredaderas se entrelazan á tus piés, el sáuce te sirve de apoyo, y el ruiseñor se cierne gorjeando sobre tu cabeza. ¿Por qué, por qué? Porque toda tú eres amor. Ya el sol se pone, ya el ave lanza su último gorjeo, y la dorada abeja su postrer zumbido, y el humo sube de las cabañas, y las sombras bajan á la tierra, y la primera estrella rasga el velo que la envuelve, y las nubes del ocaso se enrojecen, y el áura de la tarde, precursora de la fresca noche, sacude los árboles y saca melancólicos gemidos del arpa de la naturaleza: sentémonos descuidados en esta hora del amor bajo la copa del sáuce, como esos

dos ruiseñores, que, dueños del aire y del cielo por sus alas, se contentan con reposar en sus pequeños nidos.

La Pastora.

En la puerta de mi cabaña hay un ramo. Ese ramo quiere decir que mi padre me vende. Si tú tienes oro para comprarme, entra, págame, y mi padre me llevará de la mano á tu vivienda. Y serémos felices, muy felices. Yo te prepararé todos los dias el necesario alimento, miéntras tú trabajas en el campo. Yo ordeñaré las ovejas, cuando vuelvas sudoroso y jadeante de tu trabajo. Yo te seré fiel hasta la muerte, y despues de la muerte me arrojaré á una hoguera sobre tus mismas cenizas... Pero allí viene mi padre.

El Sudra.

Hija, hija mia, no hables, no, con ese infeliz, que es pária; no hables, que su mirada quema, y su mano profana y corrompe todo cuanto alcanza. Pobres, sin propiedad ninguna, entregados á trabajar para los sacerdotes ó los guerreros, el cielo nos ha favorecido por estremo, no haciéndonos párias. Aunque hayamos nacido de los piés de Brahama, somos una parte de su cuerpo, un fragmento de su organizacion divina. Es verdad que vivimos trabajando para nuestros señores, comiendo sus sobras, encorvados bajo la pesadumbre de nuestra carga como el camello, heridos por su látigo, constantemente apartados de toda ventura; pero tambien es verdad que todo lo debemos sufrir, por ser la voluntad divina, y que si resignados á nuestro destino y obedientes á nuestros señores vivimos, podemos esperar despues de la

muerte renacer en una casta superior, en la cual sea la vida más llevadera, y el trabajo más leve, y la recompensa más cierta. Pero si habláramos con el pária, pronto tambien nos convertiríamos en párias. Huyamos.

ORIEL.

Todos, hasta los desgraciados, me maldicen. Cielo que tienes lluvias para las plantas, aire para los animales, calor para todas las cosas, sólo para mí eres duro, sombrío, implacable. Yo necesito un Dios, único refugio de este corazon atribulado. Estrella de la tarde, que brillas en las indecisas gasas del cielo, que te retratas en el dormido lago, que vas dejando una huella de luz en tu misterioso círculo, que entonas allá en las esferas un cántico divino; tú, estrella, fuego de eterno sacrificio, lámpara de eterno templo, topacio engarzado en la diadema de la tierra, centella que nadas amorosa en el éther despedida acaso de la eterna lumbre, pensamiento de amor siempre luciente, ¿por qué no me dices si tú eres un Dios?

LA ESTRELLA DE LA TARDE.

Yo no soy Dios. El soplo que me encendió sobre la nada, puede envolverme en la nada. Algun dia esta luz se apagará, y una túnica de tinieblas envolverá en sus pliegues mis tibios resplandores. Algun dia estos átomos de oro que encantan la soledad de la noche, caerán como lluvia de cenizas sobre lo infinito, y serán esparcidos por los cuatro vientos. Yo no fuí ayer, yo no seré mañana. Sube más, sube más en la escala de los seres, y acaso encuentres á Dios. Pero las estrellas que hormiguean como dorados insectos en la celeste flor

de los cielos, no pueden ser dioses. ¡Ah! Acaso cada una de nosotras sea tan sólo una lágrima que se resbala por la mejilla de Dios, y que al resbalarse alumbra al mundo. ¿Quién sabe si nos apagarémos mañana, como se apaga la luciérnaga bajo su verde hoja?

ORIEL.

No, no, estrella, tú no puedes ser Dios; mi conciencia me lo dice, porque te apagas. Pero ¿y el almo sol? Tú, sol, que derramas la luz y la vida; que despiertas las aves y les enseñas sus dulces cánticos; que pintas, al deslizarte entre los bosques, las hojas de los árboles y de las flores; que bebes en la copa del Océano la esencia de las aguas; que envuelves en tu manto de fuego los astros, y al despedirte para dormir en el ocaso, los sacudes como un poco de polvo recogido en tu inmortal carrera; tú eres mi Dios. Voy á ceñirte una corona con las flores que has pintado, á lavar tus aras con el agua que has vertido desde tus nubes sobre las peñas, á ofrecerte las piedras preciosas en que se encierran rayos de tu corona, y á sacrificarte todas las aves que te deben sus cánticos y sus amores y el calor de su vida, para que naturaleza entera sea tu espléndido holocáusto.

EL SOL.

La eterna tempestad del tiempo, que se agita sobre mi cabeza, me arrancará la corona de fuego que en los primeros dias de la creacion ciñó el Eterno á mis sienes, cuando estremecido de amor arrojaba de sus manos los mundos, que caian en los espacios como las gotas de la lluvia en el sereno lago. Yo, en mi eterno solio, he visto

deshojarse tantos árboles, morir tantas generaciones, caer unos sobre otros tantos imperios, pasar y desvanecerse tantos cometas, hundirse en la eternidad tantos mundos, que á cada instante tiemblo, temiendo que cualquier soplo que pasa por mi disco sea el hálito de la muerte. Las estrellas vienen á rozarme con sus alas de oro los labios, y se consumen prontamente en mi fuego como inocentes mariposas. Las flores levantan sus corolas para teñir con un rayo mio la pompa de sus hojas, y caen desmayadas y secas al contacto de mis ardientes besos. Las aguas se estienden bajo mis rayos, reflejan mis resplandores, y les arranco su vapor y lo disipo para formar el blanco lecho de mis nubes. Ilumino la cuna de todas las cosas, pero tambien su sepulcro. Enciendo en el Oriente la sonrosada luz de la aurora, y en el ocaso la antorcha funeraria de la muerte. Algun dia el soplo del Eterno que me encendió, me apagará, y mis cenizas cubrirán lo infinito, y el Universo volverá á cubrirse y envolverse en su negro sudario. ¿Y cómo ha de ser Dios quien teme á la muerte?

ORIEL (*dirigiéndose á la cabaña de un solitario*).

¿No habrá en tí, virtuoso eremita, un resto de corazon? Mírame buscando mi Dios, como el perro perdido en el desierto y separado de la caravana busca jadeante á su amo. He creido que mi Dios sería la estrella, y cuando la he visto perderse, he alcanzado que no podia ser un Dios aquella luz que se ocultaba. Al nacer la mañana he adorado el sol que las aves y las flores saludaban, y al morir el dia he visto que no podia ser un Dios aquel astro que se desplomaba en su ocaso. Por la noche, cuando el beso del áura me despertaba, y

veia la luna en el cielo, quebrando sus rayos entre las ramas de los árboles, bañándose en el rio, envolviendo en su tibia luz todas las cosas, la tomé por mi Dios, y luégo sentí que, si podia ser Dios la luna llena, no podia ser Dios la luna menguante. Despues de la tempestad, cuando los árboles humedecidos llovian menudas gotas, y las pardas nubes se disipaban por los cuatro puntos del horizonte, creí ver un Dios en el iris que teñia de varios colores las nubes, y al ponerse el sol sentí que el astro del dia se habia llevado consigo aquel arco, colgado un instante como una aljaba de mil flechas sobre las espaldas de la tierra. Al llegar cansado al pié del arroyo y beber sus claras aguas, al oir el cántico del ruiseñor en la callada noche, al respirar la esencia de la flor, al contemplar la ola que besaba el escollo, encontraba allí dioses; pero pronto, al ver que todo pasaba sin tener un instante de duracion, he creido que debia buscar á Dios en el templo, en el libro de los sacerdotes. Mas los sacerdotes me han rechazado por el enorme crímen de haber nacido pária. Y héme aquí sin luz, sin idea, sin esperanza, aguardando á que el hombre sea más compasivo conmigo que la naturaleza. ¡Oh! Tú, tú me escuchas. Es la primera vez que me ha sucedido. Piedad, piedad de mí. (*Cae á los piés del solitario.*)

El Solitario.

La conciencia me ha iluminado un instante, descubriéndome un rayo de verdad. Eres pária, pero eres hombre. Entra, entra en mi pobre templo. Yo te diré quién ha roto el huevo que contenia el espíritu del hombre; yo te enseñaré á leer el nombre sagrado que forman con su luz las estrellas en la celeste bóveda. Ven, pária; el único sér que no te mal-

dice en la tierra soy yo. Tú eres pária, pero eres hombre.

ORIEL.

Pídeme sangre, vida, cuanto soy. Si me quieres sacrificar en aras de tu Dios, aquí tienes mi garganta; clava el cuchillo, y ofréceme como víctima propiciatoria en tus altares. Vamos, vamos pronto á conocer á tu Dios.

EL SOLITARIO.

Vamos. Trae tu mano, y entrarémos juntos. Voy á rasgar el velo de la verdad á tus ojos.

EL JEFE DE LOS BRAHAMANES. (*Aparece á las puertas del templo*).

¡Detenéos, no profaneis el templo! ¿Dónde vas, solitario hasta hoy santo, con un pária?

EL SOLITARIO.

Voy al templo á enseñarle la verdad, toda la verdad que se oculta entre los arreboles del cielo.

EL JEFE DE LOS BRAHAMANES.

¡Infeliz! Más te valiera no haber nacido. Ya que has intentado romper las leyes de la casta, serás castigado, yendo á caer en la última degradacion, en la postrer miseria. Huye, huye de nosotros. El templo se desplomará sobre tu frente, la tierra se abrirá á tus plantas. La nube tempestuosa vendrá á quemar tu frente, y los venenosos insectos á emponzoñar tus carnes. El agua será para tí hiel, los rayos del sol dardos, la lluvia amargas lágrimas, los dioses enemigos im-

placables, Brahama tu atormentador, el altar tu cadalso, y la dignidad que has perdido tocando á un pária, tu remordimiento y tu castigo. Los hombres todos de la India, ántes huirán de tí que del perro rabioso. Nada tendrás, nada poseerás, ni la limosna de la palabra divina. Tu habitacion será la madriguera del tigre, tu compañía los brutos, tu alimento las raices que encuentres en tu camino, tu vestidura los hábitos de los muertos, tu vida una eterna maldicion y una eterna congoja. Tus hijos serán peores que los cerdos, y lo mismo los hijos de tus hijos. Y despues de muerto, cuando llega para todos los humanos la hora del descanso, Yama te sacará los ojos, calcinará tu cabeza en sus hornos, te arrancará las carnes con garfios, alimentará sus hógueras con tus huesos, hará un estandarte para reunir á sus vasallos con tu piel, se adornará el cuello con tus dientes, beberá tu sangre, y morderá y mascará tu corazon palpitante, entregando á los brutos tus entrañas, que serán su pasto en toda una eternidad de dolores.

ORIEL.

Callad, callad. Yo he causado su desgracia, yo. Huiré de esta tierra de la India. Allá hácia Occidente he oido rumor de armas, y estrépito de escudos, y sonido de cascos de caballo en el suelo. Iré allí á buscar el aliento de vida que me negais aquí. ¿No oís la trompa guerrera? ¡Oh! Me precipito hácia el lugar en que resuena ese marcial estrépito. No me maldigais, no me maldigais. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Se pierde en los últimos límites de Occidente, lanzando agudos quejidos.*)

El Eterno.

Aquí, fuera del espacio, léjos del tiempo, en la eternidad, donde brillan todas las ideas que son los tipos de las creaciones posibles, resuena como un eterno sollozo de la naturaleza el quejido del esclavo, desnudo, errante y hambriento, víctima que el hombre ha sacrificado á su propio orgullo. El sonido de la tempestad no será tan pavoroso como el eterno lamento del esclavo. La lluvia contínua de luminosos mundos que lanzo á los espacios, no es tan caudalosa como sus lágrimas. El hondo abismo donde la nada habita, con las fáuces abiertas para tragarse el Universo, no es tan oscuro como su alma. La copa de hiel donde el mal amasa el brevaje con que envenena todas las cosas limitadas y finitas, no es tan amarga como su boca. ¡Infeliz, infeliz!

El Verbo.

Señor, una lágrima rueda por mis mejillas al ver el esclavo en la tierra. Redímelo, redímelo.

El Eterno.

Áun no ha sonado la hora de la redencion.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

EL ARA DEL SACRIFICIO.

JORNADA TERCERA.

I.

Los Magos de Babilonia (*en lo alto de una torre*).

Desde aquí descubrimos la reina del Oriente, la ciudad de las ciudades, coronada de estrellas. En sus espacios las esfinges duermen un sueño divino, los dragones de piedra guardan pensamientos del cielo, y el unicornio de oro medita en silencio sobre el altar de marfil los misterios de lo porvenir, en tanto que al pié de las aras corren abundosas y claras fuentes, repitiendo el eco del primer rumor que oyeron los tiempos, cuando el mundo y los orbes se precipitaron como inmensa catarata de las manos de Dios. Ciudad bendita, Babilonia sagrada, tus hijos han sembrado de polvo de carmin y oro las orlas del desierto que te rodea como un manto; tus sacerdotes te han dado templos para que reclines la sien, agobiada por el peso

de tu diadema de mil torres; tus reyes han colgado de tus brazos, como canastillos de flores, pintados jardines; el Eufrates se goza en lamerte los piés, como el perro del ganado á su pastora: y los sáuces y los paraisos, de cuyas ramas cada pueblo al pasar ha suspendido una lira, te saludan y te arrullan con eternos cánticos. Ciudad de los mil templos, Nemrod ha teñido tu púrpura en la sangre de todos los pueblos, y Belo ha arrancado el sol de las alturas para engarzarlo en tu corona. El desierto impulsa sus olas de arena para acercarse á tus piés, y cada uno de sus átomos, encendido por la luz, semeja una estrella caida del manto de la noche, que viene á decirte secretos de lo infinito. Algun dia, una tras otra, las ciudades de Oriente dejarán en tus gradas de mármol y al pié de tus puertas de bronce sus ídolos, sus diademas, sus escudos de hierro, su incienso, su mirra y su áloe, sus pebeteros de ámbar, sus pirámides de granito, sus copas de oro rebosando agua de sus rios y de sus mares, las túnicas de sus sacerdotes, y hasta las cabelleras de sus doncellas; porque todas las ciudades sentirán que Babilonia les da una gota de su sangre, un átomo de su cuerpo, un suspiro de su vida, cuando sus hijos al cruzar el desierto en sus caravanas encuentran en esta tierra de los misterios un lecho de amor y una hora de placer. Estrellas de la noche, que henchidas de un espíritu divino surcais los cielos, formando en vuestros círculos misteriosísimos un pensamiento divino, nunca, nunca abandoneis á Babilonia; y despues que al pasar por la fuente de la vida os hayais bañado en la primera luz del Universo, bajad á contarnos nuestro porvenir y sus misteriosos secretos, como el águila que se ha cernido en

lo infinito desciende con su presa en las garras al nido de sus hambrientos hijuelos. Mundos que flotais en el éther, estrellas misteriosas perdidas en la inmensidad, ondas de soles que besais las plantas de los dioses, nubes de ethérea impalpable materia que allá en los límites del Universo colgais vuestros indecisas gasas de luz como el caminante su tienda, cometas que sois la espada de fuego de los ángeles invisibles que guardan envueltos en su túnica de zafiro la entrada de la creacion, no olvideis que sólo Babilonia, nunca dormida, absorta en contemplar vuestros horizontes, velando siempre para contar vuestro número y sorprenderos en vuestro camino, sabe el secreto que ocultais á los mortales.

NINIAS (*que aparece trémulo en la torre*).

Magos, magos del Oriente, amparadme.

LOS MAGOS.

¡El rey! ¡El rey.

NINIAS.

He venido á turbar vuestra meditacion, porque un centauro de las tinieblas ha querido apagar en mi alma el fuego y la sonrosada luz de la vida. Soñaba yo que habia roto el círculo de cristal en que el Tigris y el Eufrates me aprisionan, y que habia ido hasta los más remotos paises de la tierra. Allí habia hecho de todos los templos un templo, de todas las ciudades una ciudad, de todos los hombres un solo esclavo, y levantando con los escombros hacinados un altar, y ciñéndome por manto los azules aires, y tomando en mi

mano un haz de cometas de fuego; yo, yo soy vuestro Dios, decia á las naciones. Y las naciones callaban y se sometian. Mis ojos se paseaban ávidos sobre aquellas cabezas hundidas en el polvo; mis plantas se apoyaban en aquellas espaldas encorvadas; mis oidos recibian con voluptuoso placer el rumor de la adulacion que producian todos los labios; y mi corazon no cabia en mi pecho, ni acaso hubiera, de orgullo hinchado, cabido en el Universo. Yo ví pasar los hijos del Indo, que me traian presentes de oro de Golconda; los habitantes de Thebas y de Menfis en su carros de guerra, arrojando á mis piés sus momias y sus esfinges; los de Bactrias, que me regalaban amuletos y filtros para hacer perenne mi vida; las vírgenes del templo de Militta, coronadas de verbena y rosas, ofreciéndome los encantos de sus amores; los magos, que me daban una estrella para cada una de mis sandalias; las caravanas de Tiro, que me presentaban un manto en cuyos pliegues podia ocultarse la tierra; las tribus de Iram con sus espadas más ardientes que el rayo; los descendientes de Abraham, que al compás de sus cadenas entonaban una cancion triste como el canto del buho en la noche, ó el siniestro quejido de la corneja en el bosque: y mi alma henchida de placer salia de mi cuerpo, como el Tigris sale de madre cuando recibe en la estacion de las tempestades los torrentes de los montes y las lluvias de los cielos.

Los Magos.

Afortunado señor, Belo te conserve esos sueños.

Ninias.

¡Oh! No, no. De pronto se apagó el sol; la luna, que

intentó resplandecer un instante, arrojó un color rojizo y se perdió muerta en los abismos de los cielos; las estrellas se dispersaron como una bandada de palomas que oyen la flecha del cazador en los aires; y cada uno de los hijos de los hombres sacó un martillo de los pliegues de su manto, y comenzaron todos á destrozar los muros de Babilonia, cuyas piedras arrastraba el rio en compasado movimiento. Y de la ciudad no quedó huella, como no queda huella del camello en el desierto; y donde ántes se alzaba mi trono vinieron á anidar las víboras y á escarbar sus madrigueras los tigres; y en vano, atormentado de dolor, pedí de rodillas compasivo refugio á la muerte, porque una inmensa boca abierta en los negros cielos se reia con risa convulsiva y sardónica de mi ambicion y de mi impotencia.

Los Magos.

Esas son aprensiones de vuestro espíritu. No temais, señor; ni el huracan ni el rayo podrán nada contra Babilonia. Mirad: el sol se despierta en el Oriente; el rio sigue su carrera, sereno, besando las hojas de los sáuces; el desierto se desciñe su turbante de nieblas; la palmera se cimbrea arrullada por el áura de la mañana; los ganados pastan la yerba humedecida por el rocío; las avecillas abandonan sus nidos y gorjean sus amores; y miéntras á nuestros piés los guardas de vuestro palacio hacen mil brillantes evoluciones blandiendo al aire sus armas, allá á lo léjos se ve cruzar la caravana errante, el camello cargado de riquezas, el mercader y su tribu vestidos con los pintorescos trages del Oriente. Todo es paz en la naturaleza. Suena la hora de recibir á vuestros sátrapas que os esperan.

Los Sátrapas (*en los salones del palacio*).

El sol se ha despertado; pero no se ha despertado el verdadero sol de este palacio. Nosotros no queremos ver la luz del cielo el dia en que no hemos visto los ojos de nuestro señor. Con sus dos brazos puede tocar el rey de Babilonia de Oriente á Occidente. Cuando anda, sus pisadas hacen temblar á los abismos. Su sonrisa oscurece la sonrisa de la aurora. Una lágrima suya caida en el mar lo tornaria dulce. Una palabra suya haria benéfico al tigre, inofensiva á la víbora. Su cuerpo es tan puro como el cuerpo de Belo, su alma tan vívida como el alma de la naturaleza. Allí viene. Lleva una túnica blanca sembrada de oro, que parece el Tigris iluminado por el suave resplandor de la luna; de sus hombros cae un manto de púrpura tan encendido como el último reflejo del sol en Occidente; una tiara de oro y esmeraldas ciñe su cabeza; y sandalias de plata aprisionan sus piés, formados para andar sobre las espaldas de los hombres. Al verlo pasar, las esclavas de su serrallo, prisioneras entre doradas rejas y olorosos arbustos, levantan sus mustias cabezas, y se sonrien, y le envian un beso de amor, como las flores marchitas cuando el áura fresca y regalada murmura entre sus hojas. Ven, rey de Babilonia: el cielo puede vivir sin astros, el desierto sin arenas, el rio sin agua, el bosque sin árboles, más fácilmente que nosotros sin nuestro señor, sin nuestro amo.

Ninias.

Salud, sátrapas de mis reinos; que os guarde Belo. Au-

helantes por saber de mí, venís todas las mañanas á despertarme con vuestras dulces palabras. Yo os lo agradezco, y el sol, mi compañero en el dominio del mundo, os lo agradece tambien. Nada deseo, nada quiero, nada me hace falta. Los pueblos vienen á mí como las palomas á la fuente, como los ganados á las sombras de los sáuces en el estío. El labrador llena de vino mis copas de oro legadas por Nemrod; el comerciante descarga sus camellos á la puerta de mi palacio; el guerrero me regala esclavos que yo mutilo para el serrallo ó destino para el sacrificio; el industrial me alarga la mitad del oro que ha recogido en las aguas de los grandes rios; las doncellas cuelgan de mis ventanas túnicas de lino por sus blancas manos hiladas; los sacerdotes queman el incienso y la mirra en mi trono, y me dejan la mitad de sus ofrendas: porque vidas, tierra, cielo, almas, todo es mio: que todo lo ganó la espada de mis abuelos, más larga y más cortante que las colas de las serpientes. Así, nada tengo yo que hacer. Mis antecesores llegaron hasta bañarse los piés en el hermoso lecho del sol y beber las aguas del Indo. Yo no he encontrado un pueblo que vencer, ni he visto más que esclavos, así en mi palacio como en mis reinos. Pero el cansancio me mata. Me hastía el serrallo. Las mujeres enviadas de todas las regiones de la tierra no guardan para mí un placer. Los esclavos sólo saben bajar la frente y adular á su señor. Cuantas veces he salido á campaña, no he encontrado ni un enemigo con quien luchar, ni una victoria que recoger. Mi cuerpo enflaquecido, cansado, exháusto de sangre, consumido en el placer, poco á poco se va estinguiendo, como el fuego del sacrificio cuando le falta combustible. Yo quisiera desear, quisiera querer, quisiera luchar,

quisiera trabajar, para salir de esta triste y pesada soñolencia, que tanto se parece á la muerte.

SÁTRIAS (*el primero de los Sátrapas*).

Señor, si quereis luchar, ancho campo se abre á la gloria allá en los últimos límites de vuestro reino. Allí hay pueblos bárbaros. Nacidos en carros de guerra, amamantados con leche de panteras, criados entre los aullidos y el polvo de los combates, montados siempre en caballos negros como la noche, vestidos con los despojos de las fieras que han cazado con sus propias manos, ligados los brazos con la piel adobada y curtida de sus enemigos, ciñendo á sus gargantas por único adorno los dientes de sus víctimas, adorando una espada y una flecha, y ofreciéndole libaciones de sangre en las calaveras encontradas en los campos de batalla; aquellos hijos de la guerra, cuyas bocas escupen hiel, cuyos ojos despiden sangrientos reflejos, cuyas manos sólo saben dar la muerte, cuyo constante trabajo es la pelea, caen sobre vuestras tribus y las aniquilan, como el monte de arena que el huracan levanta en el desierto abrasa, desplomándose sobre el tranquilo oasis, sus yerbas y sus flores. Ceñíos vuestra armadura, colgáos de la espalda el arco, envenenad vuestras flechas, reunid los grandes y pesados elefantes, haced sonar los instrumentos guerreros con marcial estrépito, llamad vuestros millones de soldados, que aplasten con sólo andar á todos vuestros enemigos, y sobre vuestra tiara de oro ceñíos para mayor esplendor el rojo cometa de la guerra.

Bien pensado, no merecen tan bárbaros guerreros un enemigo tan ilustre, tan grande como yo. ¿Qué les sucede en realidad á mis pueblos? Nada. En la regularidad de su vida, viene un guerrero de esos feroces á divertirlos con una orgía de sangre. ¡Oh! Si llegáran hasta aquí; si se esparcieran por las riberas del Eufrates; si cortáran sus bosques de sáuces; si destruyeran sus jardines colgantes; si arruináran las torres que tocan al cielo, y demolieran los templos sostenidos por tortugas de granito; si destrozáran con sus hachas las puertas de bronce, y rompieran los siete muros de mi palacio, é incendiáran hasta mis serrallos: entre el humo y el polvo, entre los lamentos de los vencidos y los gritos de los vencedores, entre el estruendo y el terror, yo sentiria algo más que esta vida perezosa y uniforme; y revolviéndome audaz entre la gran catástrofe, olvidaria este aguijon, esta llaga desconocida que tengo en mi pecho, y que si no mana sangre, mana la vida de mi alma y la esencia de mi sér. ¡Oh! Yo no he visto ningun gran espectáculo. Los magos cuentan que un dia se juntaron las aguas del Eufrates y el Tigris, y ahogaron á millares de criaturas; que otro dia se abrió la tierra y vomitó fuego, y consumió ciudades, y encerró en sus entrañas templos; que un cometa bajó hasta la torre de mi palacio, dejando por toda Babilonia rastros de negra sangre; que una nube inmensa se abrió, y trajo millones de cuervos hambrientos que devoraron á innumerables criaturas; que un monte de arena levantado por el huracan convirtió provincias deleitosas en áridos desiertos; que el sol se durmió un dia más tiempo del

que debiera, y los hombres, creyéndose ya abandonados de la luz, se mataron unos á otros con feroz encarnizamiento: y yo, infeliz, he visto siempre las mismas estrellas, los mismos cielos, la tranquilidad inalterable de la tierra, la sucesion regular de las estaciones, sin haber presenciado ni un incendio, ni un terremoto, cuando tan aterrador y sublime debe ser el lamento, el sollozo de todo un pueblo. Pero llamad á mis mujeres, para que canten un poco y me distraigan. ¿Ha llegado ya esa esclava estranjera, Sátrias?

SÁTRIAS.

¡Oh tormento! ¡No poder ocultarla, no poder! Ha venido, señor.

NINIAS.

Que entren mis esclavas y entonen un coro.

SÁTRIAS.

Esclavas, venid á regalar el oido del rey.

CORO DE ESCLAVAS.

Hijas de la aurora, que nos ha teñido las mejillas con sus rosados dedos, cantemos, ya que el cielo es un eterno concierto y la vida una armonía deliciosa. El Creador de los dioses y de los hombres arrojó á los espacios el mundo envuelto en las cadencias de un cántico y en las melodías de su lira de tres cuerdas; y por eso la música hace oscilar á las estrellas, volar al sol, moverse á los seres, y concierta en leyes divinas todas las cosas; que el Universo entero ha sido ordenado por la sublime música. Los siete planetas

que coronan la tierra; los signos del zodiaco que ruedan en eterno compás; la sucesion de los dias en constantes períodos, las fajas de mundos que se pierden por los límites del Universo; los rumores que pueblan la tierra desde el horrísono trueno hasta el sonido de la gota que cae como una lágrima en el sereno lago; el canto del insecto bajo la verde hoja y de la estrella en el azul firmamento, son ecos, cadencias, armonías de la música que ordena todas las maravillas de la naturaleza, y que se exhala del gran instrumento de la creacion, para unir el tiempo á la eternidad y las criaturas á su Creador. Al eco del cántico, la aurora se sonrie, el sol pulsa su lira de fuego, los genios de las estrellas soplan en sus flautas, el mar levanta sus trompas de cristal incrustadas de perlas, los planetas ruedan en suave y concertado movimiento, el rio arrastra sus ondas en infinita cadencia, la flor abre su corola, y el ave afina su garganta, en tanto que la música, despues de flotar sobre la tierra y resonar en las pedregosas montañas y en las lóbregas cavernas, va en alas del céfiro á perderse en el cielo, donde se mueve el ciclo de las horas, que en su rueda de luz mide las armonías de la gran catarata de los tiempos.

NINIAS.

¡Oh! Hermoso cántico, á tu dulce compás mis penas olvidaba, y me sumergia en un sueño voluptuoso, más grato que la árida realidad de la vida, y más poderoso para la felicidad que mi impotente omnipotencia. Pero ¿dónde está la hermosa mujer, la gran princesa que habeis traido cautiva?

SÁTRIAS.

Señor, señor, pronto... pronto... vendrá.

LOS SÁTRAPAS (*entre sí*).

La ama, y no quiere presentarla á Ninias.

NINIAS.

¿Por qué no viene ahora mismo? Llámala, llámala, ó si no, caerá tu cabeza.

SÁTRIAS (*horrorizado*).

Señor, aquí está Hifalia.

NINIAS (*tomando de la mano á Hifalia*).

Ven, acércate á mi trono; no temas que el poder consuma tu alma, como la llama del ardiente pebetero consume las alas de la mariposa. Tú puedes hacer feliz á un rey que no ha visto colmados sus deseos con millares de imperios, ni con serrallos de hermosas mujeres, ni con festines en que ha gastado las riquezas reunidas en dos siglos, ni con inmensas conquistas, ni con ese constante rumor de adulacion que sube hasta sus oidos; porque en todos esos placeres no hay ni un suspiro de amor, ni un destello de verdadera vida. Tu hermosura me sonrie como el alba al caminante perdido en el desierto; en tu frente leo un pensamiento de amor; tus ojos penetran hasta mi alma y encienden ardorosos mi corazon; tus labios, como roja flor, guardan la única dulzura de la vida; y en tu seno, que palpita como la onda del rio, encontrará un regazo este sér

que vive en la triste soledad de un trono. El amor ¡ay! el amor está sobre todo en la tierra. Una corona quema la frente, un cetro descoyunta las manos, un trono es un desierto; el carro de guerra no da un paso sin aplastar la cabeza de cien criaturas, y la espada sólo se sacia con sangre; la vida del altar se evapora en el misterio y se apega á dioses siempre mudos á las oraciones y á los votos de los hombres; el cortesano se encorva hasta la tierra, y acostumbrado á mirar al suelo, no ve la luz que baja de las alturas: pero el que ama, el sér feliz que siente ese dolor infinito, esa pasion inesplicable, en el suspiro que le lleva el áura, en la huella que un pié adorado deja en la arena, en la furtiva mirada que se escapa al través de misteriosa celosía, en la trasparente lágrima que cae sobre la marchita flor de un recuerdo, en el rizo arrancado de la cabellera y todos los dias bendecido con ardientes ósculos, en la palabra indiferente, en la cancion apasionada, en el eco del arpa, en el ruido de los pliegues de una túnica, en la esperanza, en el dolor, en la duda, en todos los instantes de su existencia, recoge, absorbe un sentimiento que centuplica su sér, que eleva su alma, que da el fuego de todos los placeres á su vida. Si yo encontrára en tí esta ventura, que en vano he pedido mil veces á la solitaria implacable tierra, te daria mi tiara, mis elefantes, mis carros de guerra, mis armas, mis esclavos, mis cortesanos, mis tesoros, los montones de esmeraldas que trajo Semíramis de la India, las ricas telas que arrancó Nino á los hombros de los príncipes de Persia, la copa de oro en que bebia Nemrod, los ídolos de ébano y de plata que vinieron cautivos del Egipto, los gigantes monumentos bajo cuyas bóvedas cabe un cielo, las torres de granito desde cuya cima

mis magos conjuran las estrellas, los lagartos y los cocodrilos de bronce, las águilas de plata, las serpientes de oro que hay sobre mis altares, los arcos, los acueductos, los puentes, los jardines colgantes en que los ligeros surtidores riegan con perpétuo rocío los árboles siempre en flor, Babilonia entera, y con Babilonia mi corazon y mi vida. Dime que me amas, y mañana te rodearán todos los placeres. Tendrás salones incrustados de perlas, lechos de marfil y púrpura, eunucos traidos de Etiopía, esclavas sirias que te regalen los oidos con suaves cánticos y renueven el aire con abanicos hechos de las pintadas plumas de pavo real, barcas doradas y ceñidas de guirnaldas de rosas que te arrastren por el límpido Eufrates, mil pebeteros para perfumar el aire que respires, collares de perlas para tu garganta, y un cendal como no lo ha ceñido ninguna mujer en la tierra, para envolver tus delicadas formas, que han de ser la envidia de todas mis mujeres, no acostumbradas á tener por rival la perfeccion de la naturaleza.

SÁTRIAS (*para sí*).

¡Oh rabia! ¡oh celos! Ántes que caer en tus brazos, mi cautiva caerá en brazos de la muerte. Mi pecho arde, se encienden mis ojos, horrible vértigo se apodera de mi cabeza, mi mano acaricia involuntariamente el puñal. ¡Oh infame Ninias! No sabes que ese amor será tu perdicion.

HIFALIA (*al Rey*).

Señor, yo nací bajo una palmera, sobre las flores, al borde de una fuente, entre el zumbido de las abejas y el cántico de los ruiseñores, en un pais abundosísimo, donde

todas las cigüeñas y todas las golondrinas se gozan en posarse cuando vienen de remotos climas, donde el suelo retrata al estrellado firmamento en la callada noche con sus mil luciérnagas, y los arroyos se desatan en tortuosas corrientes por los sinuosos valles poblados de árboles que con su sombra quitan sus ardores al sol y convidan al reposo; tierra de bendicion en que la vida es una primavera continua, un eterno amor. Pero un dia el hado enemigo llamó á las puertas del palacio de mi padre, que era el príncipe de aquella tierra. Aunque nuestro palacio era de cañas, lucia con todos los ornamentos de la naturaleza. Á su entrada surgia una fuente; por sus paredes se entrelazaban las enredaderas con la fresca yedra; el pavo real adornaba con sus sedosas plumas las ventanas; la rosa y el clavel abrian sus encendidas corolas por todas partes; el musgo estendia verdes alfombras en el suelo; las aves más raras pendian en jaulas de mimbres cubiertas de flores; do quier la vista encontraba descanso, y el oido armonía, y el olfato suaves aromas en aquel ameno y delicioso apartamiento. No quiso la suerte que allí corriesen tranquilos mis dias al lado de mis palomas y de mis mariposas, al pié del altar de los paternos dioses. Un conquistador vino en un carro de oro, taló nuestros campos, quemó nuestras cabañas, y me arrancó en su soberbia de mi floresta, despues de haber asesinado en mi presencia á mis padres. Desde entónces no tuve hora de felicidad, momento de reposo. Me llevaron á un mercado y me vendieron. Despues fuí á Egipto. Allí me consagraron á los templos. En Thebas cuidaba el carnero que adoraban sus moradores, y ceñia guirnaldas de verbena á sus dorados cuernos; en Cynofis velaba al perro sagrado,

que tenia un inmenso templo, y que me devolvia mis cuidados con su amistad sin igual; en Ligcópolis, el lobo del altar, cuando me veia ir á su dorada jaula, se tendia para que le acariciase con mis manos; en Thamuso guardaba los verdes lagartos que vivian en jardines deliciosos consagrados á los animales inmortales que retratan en su organizacion todas las formas de la vida y muestran todo el poder de los cielos. Un dia los sacerdotes me regalaron á otro templo, hasta que se turbó la serenidad de mi vida por el ruido de nuevas guerras; y desde entónces pertenezco á Sátrias. Sátrias es mi dueño. Si él me cede al jefe de su religion y de su pueblo, al señor de toda su vida, al dueño de su alma, al sol de sus ojos, al verdadero Dios de su existencia, á Ninias; yo, señor, seré vuestra, y vuestros caprichos serán mis leyes, y vuestra voluntad mi voluntad, y vuestra vida mi vida.

NINIAS.

¿Pues qué, no sabe Sátrias que cuanto hay en Babilonia es mio? ¡Sátrias, Sátrias!

SÁTRIAS.

¡Señor! Yo obedezco á vuestra voz, como el pequeño arbusto al viento que segun su capricho lo doblega.

NINIAS.

Esta mujer es mia

SÁTRIAS.

¡Señor, yo deseaba tenerla en mi aposento, por parecerse tanto á la hija que perdí!

NINIAS.

No, no oigo reparos, no oigo escusas á un deseo que no es mi deseo, á una voluntad que no es mi voluntad. ¿Cómo te atreves, gusano miserable, á amar lo que ama tu señor? ¿Cómo hablas cuando tu señor habla? Las avecillas callan cuando truena la tempestuosa nube en los abismos del cielo.

SÁTRIAS.

Señor, para desagraviarte, ya que una palabra mia te ha agraviado, te regalaré un esclavo.

NINIAS.

¡Un esclavo! Deseo verlo. ¿Es raro?

SÁTRIAS.

Ha sido aprisionado cerca de aquellos paises á donde llegó la mano poderosa de Semíramis, cuando los reyes de Babilonia guerreaban y eran temidos en el asombrado mundo.

NINIAS.

¡Que venga ahora mismo el esclavo, que venga!

SÁTRIAS. (*Hace una señal.*)

Le verás, señor. Apénas habla. Sus ojos están siempre arrasados de lágrimas; pero es hermosísimo.

NINIAS (*viendo entrar al esclavo*).

¡Hermoso jóven! ¿Dónde has nacido?

ORIEL.

No sé, no sé dónde he nacido.

NINIAS.

Desde hoy eres mi propiedad.

ORIEL.

Mandad, señor, mandad; pero que no me peguen tanto.

SÁTRIAS (*al Rey*).

Es hora de ir al templo, señor.

NINIAS.

Voy. Pero ántes, sátrapas, saludad en Hifalia á una princesa de Babilonia. (*Se oyen rumores de descontento.*) ¿Qué es eso? ¿Murmurais? Pues así como los dioses pueden hacer de un poco de polvo una vírgen hermosa, yo puedo hacer de una cautiva una princesa. Y así como los dioses pueden con el soplo de la muerte hacer del hombre más poderoso un monton de polvo, yo puedo, señores, hacer de mis sátrapas un monton de cadáveres. (*Los sátrapas caen de rodillas.*) Levantáos, vámonos al templo. Tú, Sátrias,

quédate ahí para arreglar el salon en que Ninias va á guardar á su Hifalia. (*Vánse todos, ménos Hifalia y Sátrias.*)

SÁTRIAS (*mirando con recelo el sitio por donde ha salido Ninias*).

¡Oh! El tirano, el tirano cruel, coronado de rosas, vestido de lino, afeminado, sin sangre en el corazon, sin fuego en la mente, juguete vil de sus caprichos, sin fuerza para sostener el cetro de un reino entre sus manos de niño, es la sombra que se levanta en el camino de mi felicidad, en el eden de mis amores. No, no lo consentiré. Salta mi corazon, ruge mi pecho. Ven, Hifalia, ven á mi lado. Yo no tengo más pasion, ni más idea, ni más esperanza, ni más recuerdo que tú, amor mio, tú. Y quiere arrancarte de mi lado ese imbécil de Ninias. El tigre herido, el águila de sus polluelos despojada, el leon hambriento, no son tan feroces como yo celoso. Una chispa no más de este incendio que me abrasa el alma, puede devorar á toda Babilonia. Aquí, en mi corazon hay más fuego que en hirviente volcan, y en mi lengua hay más veneno que en las fauces de las víboras. Ántes que consentir en que sus impuros labios se posen con amor en tus labios, le arráncaré el alma. Babilonia me lo agradecerá. En este imperio, un rey flaco enflaquece á su pueblo, un rey caprichoso lo mata. Y Ninias está demente. El poder se le ha ceñido á la cabeza como una serpiente. Mi brazo se ceñirá á su corazon, y lo estrujará, y lo aniquilará.

HIFALIA.

Cálmate, cálmate, por piedad.

Me dices que me calme, que me sosiegue, cuando el alma estalla en mi herido cuerpo. Tú le amas. Tú ¡infeliz! te has dejado seducir de su grandeza. Te ves ya con una corona de perlas en la frente, y me olvidas, porque me crees hundido en el polvo. Has escuchado la palabra de un rey, y le has seguido, como el ave inocente sigue el reclamo del cazador. Bien; algun dia, cuando la flecha envenenada llegue hasta tu corazon y lo traspase, yo te veré exánime en el polvo, y mi corazon, este corazon que te ha amado tanto, rebosará de alegría. ¡Oh! Tú no sabes lo que puede mi ira, lo que guarda mi venganza. Si conviertes al rey los ojos, te arrancaré la vida. Caerémos juntos en la eternidad, como esas gotas que las rocas destilan sobre los abismos. Tú podrás abrazarle hoy; pero mañana abrazarás la muerte. El soplo helado de mis labios exánimes estinguirá tu sér y mi sér, tu alma y mi alma. Yo prefiero la nada á tu desvío. Todos los tormentos de la tierra juntos son dulces en comparacion de estos furiosos celos. Deja que te mire; deja que me pierda en esas pupilas ardientes como el desierto; deja que respire tu aliento, y con tu aliento la voluptuosidad de amoroso delirio. Huirémos ántes que venga el rey. Pero ¿á dónde huir, si su brazo alcanza á todas partes? Contra un déspota no hay más refugio que la eternidad. Mira este puñal. Si te arrastra hasta su lecho, te lo clavo en el corazon. ¡Pobre flor, nacida en los desiertos para morir en los palacios! ¡Pobre avecilla, que debia surcar el cielo y está aquí aprisionada y herida! Como la cigüeña que desafia la tempestad, vas á consumir tus alas en el fuego del cielo. ¡Luchar, lu-

char con un rey, con el dueño de todas las almas, con el señor de todas las voluntades! Pero hay un rey más poderoso, más grande, más incontrastable, y es, Hifalia... este puñal.

HIFALIA.

Tu corazon es más impetuoso que el torrente. Cuando abandoné mis palacios de Egipto por seguirte; cuando desde el punto en que te ví en tu áureo carro de guerrero te amé; cuando te he acompañado por los bosques, por los desiertos; cuando á tu lado he visto correr la sangre en los campos de batalla; cuando me he entregado al placer en tu tienda, oyendo los quejidos de tus víctimas derramados por los aires; cuando nada han valido para mí ni los templos, ni los jardines, ni las riquezas en comparacion de tu amor; cuando he mirado indiferente morir á mis bienhechores sin consagrarles una lágrima, porque mis bienhechores se oponian á que te siguiese, dudar de mi corazon, no conocer hasta el último secreto de mi pensamiento, es, ó una gran torpeza, ó un gran crímen.

SÁTRIAS.

Perdóname, Hifalia mia, perdóname. Yo no he nacido en esta tierra maldita de Babilonia, donde es un culto y una virtud la prostitucion de las mujeres. Yo he nacido para amar mucho á un solo sér, á uno solo, sí, ¿lo entiendes? á un solo sér. Si vieras los templos, te horrorizarias. Allí, en los jardines, bajo el oscuro ciprés, sobre un lecho de flores, recostada la frente en el cuerpo de la esfinge de mármol, envuelta en la nube de humo que despide el pebetero de oro, cubierta de blanco cendal, coronada la sien de verbe-

na, ceñida la garganta de perlas, la vírgen ruborosa, con las mejillas encendidas y los ojos arrobados, conmovido el turgente pecho por loca impaciencia, cortado el aliento por contínua incertidumbre, acalorada la fantasía por los sueños de voluptuoso amor, espera que el estranjero, el caminante que pasa un momento bajo los muros de Babilonia, libe las primicias de su amor; y conseguido su intento, se levanta, y de rodillas ante los piés de la diosa Militta, le pide que bendiga su seno fecundado por el amor de un hombre á quien acaso no volverá á ver en su vida, profanada así por cultos bárbaros y criminales dioses. Yo, que he nacido léjos de aquí, en otras tierras, en otros climas, donde el sol es más ardiente, y la vida más intensa, y las pasiones más tempestuosas, no puedo querer á mujeres así profanadas. Y mi corazon se ha unido á tí como la raiz de la planta á la tierra, como la luz de la estrella al cielo. Tú eres la única imágen de amor que se desliza sobre esta gran ciudad, que es la torpe prostituta del Oriente. Si tu amor me faltára, me faltaria la vida. ¡Oh! No, no. Ninias te amará un instante para olvidarte despues. Su corazon está agotado. Su alma no puede amar. El trono es en Oriente un tormento en que se pierden las fuerzas. El poder es una flor venenosa que mata hasta el alma. Tú y yo tan sólo podemos amar aquí.

HIFALIA.

Oigo un rumor... un cántico que no puedo interpretar.

SÁTRIAS.

¿Esperas impaciente á Ninias? ¡Infame!

HIFALIA.

Tú no me amas. Si me amáras, verias la luz de mi pasion en mis ojos, la trasparencia de mis deseos en mis mejillas y en mi frente. Tu sér temblaria delante de mí como la rama del árbol sacudida por la lluvia del cielo. Al mirarme, verias los latidos de mi corazon, que me están diciendo siempre tu nombre. Y en esta turbacion que me asalta, en estas lágrimas que se desprenden de la tempestad de mi alma, conocerias mi ardiente amor. No dudes, por piedad, de mí. Sálvame de ese rey, cuyo cuerpo perfumado, cuya cabeza ceñida de flores, cuyas manos cubiertas de diamantes, cuyas pálidas mejillas, cuyos apagados ojos, cuya risa convulsiva y siniestra me repugnan con invencible repugnancia. Huyamos de aquí. Vagar por los bosques, oir el arrullo de las palomas torcaces, beber el agua recogida del torrente en el hueco de la mano, adorar los dioses que hablan en el estampido del trueno y en el bramar del huracan, ceñir á la frente las flores cargadas de rocío, despertarse con la aurora que tiñe de sonrosado color los horizontes, dormir en lecho de palmas recogidas en el desierto cuando el sol se pone, confiarse enteramente al amoroso regazo de la naturaleza, tan próvida y tan buena para sus hijos, es un placer que no pueden sentir los que en estos altos palacios no han visto más rayo de luz que el mustio resplandor que atraviesa los espesos muros, ni han respirado más aire que este soplo de muerte perfumado por pebeteros, cuyas nubes de humo no tienen tantas esencias como la última florecilla del campo. Huyamos, huyamos.

SÁTRIAS.

¡Infeliz! ¿Crees posible huir? ¿Crees que allá en el seno de la naturaleza encontrarias libertad para tí, paz para tus amores? La sombra del rey á todo alcanza. Su voluntad puede emponzoñar esas fuentes que habian de apagar tu sed, y secar esos frutos que habian de saciar tu hambre. Aquí, hasta la tierra muda y fria se modela por la voluntad del rey ó por su capricho. Esa sombra levantada en la cima de una sociedad que es un sepulcro puede oscurecer hasta el cielo. Y si huyeras de él, te seguiria como el eco sigue á la voz. Por eso en estos palacios no hay más salvacion que el puñal. La muerte puede más que el rey. Un puñal se esconde en cualquier parte. El gigante que anda descuidado, sin mirar en su orgullo el polvo de la tierra que remueve, puede sentir que una víbora imperceptible le clava hasta el alma venenoso aguijon.

HIFALIA.

Se oyen los cánticos y músicas que se acercan. El rey viene rodeado de su corte. Las flautas, las trompas, las arpas resuenan como un coro sin fin bajo los arcos de este gran palacio. Los diamantes, el oro, las perlas deslumbran como si el cielo hubiera descendido á estos salones. Y tantas riquezas no pueden llevar un átomo de paz al espíritu que quiere oir otros cánticos y volar por otros horizontes.

CORO DE DONCELLAS (*entrando en el salon*).

La fiesta ha concluido, y los dioses del cielo han gozado y se han sonreido al contemplar nuestras ofrendas. Mi-

litta, la andrógina Militta, sentada en su trono de rosas, ceñida de rayos de oro la frente, acompañada por las blancas palomas que la arrullan amorosas, luciendo á sus piés peces de variadas escamas, ornada con collares de algas y de perlas, envuelta en celeste manto recamado de plateadas espumas, despide ya de su corazon, más lleno de vida que el nublado cielo de agua, las emanaciones del amor universal, que acercan un astro á otro astro, una flor á otra flor, un ave á otra ave, un átomo á otro átomo, y cubriendo con el tejido de las formas todas las cosas, encienden ese fuego, que así colora las mejillas de la vírgen con encendido rubor, como los inmensos cielos con los reflejos de la aurora, y así se oculta en el seno del rutilante sol, como en las frias moléculas de los metales, esencia misteriosa del alma de la naturaleza. Al lado de Militta hemos visto á Thamo, al eterno amante de la tierra. Los signos del zodiaco le servian de corona, el sol de carro, y en su rápido curso por los cielos levantaba astros, como el caminante levanta polvo en el desierto. Sus ojos iluminaban los abismos, su mano pintaba las flores, su aliento, deslizándose como un suspiro sobre las aguas, las rizaba en una ondulacion contínua que producia misteriosa música. Pero pronto descendia de aquel asiento de fuego á la tierra, y tendiéndose en un carro tirado por alados bueyes, derramaba semillas en el surco abierto por el labrador, flores en los jardines de Semiramis, aves en los bosques, gotas de lluvia en el rio, que producian como un armonioso coro; porque es el artista que hermosea con su cincel la naturaleza. En sus manos, más blancas que la argentada espuma, el eterno Belo ha depositado el sacro fuego en que vive la tierra, y en que

toman sus colores y sus matices todas las cosas. Mas ¡ay! que la diosa de la vida, envidiando nuestra ventura, nos lo arrebató con su soplo, como el ala del céfiro se lleva la gota de rocío prendida, al nacer la mañana, en la flor del almendro. El lloro que su muerte ha arrancado, se oye en el mar de Eritrea, empapa con lágrimas el hisopo y la mirra de Palestina, suena como una catarata henchida por las lluvias del invierno en el monte Líbano, y cubre de tinieblas el templo de la diosa de Afaza, que en vano busca, herida de espinas, á su amado por los umbrosos bosques. Nosotras, dios del amor, te guardamos en el santuario de nuestra memoria. El primer beso que recibamos de nuestro amante, lo ofrecerémos en holocáusto á tu nombre; y el primer hijo que palpite en nuestro seno, se parecerá á tí en el color de oro de la ensortijada cabellera. Nosotras cincelarémos tu faz en los vasos, en la puerta de nuestros apartamientos, en el altar de nuestra casa, en la cabecera de nuestro lecho, en la joya que prendamos á nuestras gargantas, en los brazaletes y en las sandalias, para que custodies nuestros corazones; y todos los años, cuando la primavera nos anuncie con sus flores y sus parleros arroyos y el cántico de sus aves, tu bendito nombre, mullirémos un lecho de mirtos y arrayanes, tenderémos en él tu estátua, colgarémos á tus piés un rizo de nuestras cabelleras, harémos que las golondrinas rocen con sus alas humedecidas en las aguas del Eufrates tus entornados párpados, cubrirémos tus cejas y tus mejillas con el áureo polvo caido de las alas de las mariposas, pondrémos palomas á tu cabecera para que velen tu sueño de muerte con sus arrullos, agitarémos en nuestras manos palmas y ramos de granado, y entonando

un himno voluptuoso como tu nombre y ardiente como tu recuerdo, nos entregarémos al vino para mezclar nuestra sangre con tu sangre, y al amor para imitar en nuestra breve vida tu feliz existencia, que fué un placer infinito y sagrado. Ámanos, Thamo, ámanos, porque sin tu amor no puede ser bella ni fecunda la hija de Babilonia.

Coro de Sacerdotes (*entrando en el salon*).

En el principio de la vida, cuando lo vacío se estendia como un sudario sobre los espacios que más tarde habia de llenar la naturaleza, solamente Belo existia, recostado en su eterno lecho, meditando en sueño delirante y febril el mundo de lo porvenir, que se dibujaba en su mente. Las tinieblas caian de la eternidad, envolviendo en sus pliegues el embrion del espacio y ocultando las primeras palpitaciones del tiempo. El dolor de su profunda meditacion arrancó á Belo una lágrima, que difundiéndose y dilatándose creó las primeras aguas donde el genio divino habia de ensayar con estelas y espumas los borradores de las futuras creaciones. Entónces el espíritu de la vida, encerrado en el Océano, comenzó á sacudir las ondas y á pintar sobre la superficie, más ligera que una ilusion, formas y más formas de seres. El Océano engendraba cuerpos rudos, troncos animados, corazones separados del pecho, ojos que flotaban como escamas caidas de un pez, centáuros, esfinges, mónstruos, fantasmas producidos por el primer enrojecimiento de la vida, que tenia la duracion del relámpago. Por fin, el espíritu creador, concentrándose, arrojó sobre el limo, sobre las algas marinas, sobre las arenas, en un es-

fuerzo supremo, serpientes, cocodrilos, peces, que aleteando entre las aguas despertaron con el ruido de las palpitaciones de su reciente existencia á Belo, que estaba sumido en su eterno sueño. Entónces la diosa Thalate, la celeste mar, incorporándose sobre los abismos y levantando al cielo su frente ceñida de argentadas espumas, presentó al Creador en los pliegues de su manto, más ligero que el aire, las formas de todos los seres creados, que brillaban como las centelleantes y blanquecinas estelas en la callada noche. Belo vió con su mirada intuitiva, divina, las formas todas de la vida en el mar, la arcilla que se condensaba en islas flotantes, el coral y las algas que ensayaban los primeros árboles, los minerales que corrian disueltos en las aguas como las estrellas en el éther celeste, los animales que saltaban gozosos, la serpiente enroscándose á los árboles marinos, el pez flotando en los verdes abismos, el cetáceo queriendo ya respirar en otra vida mejor, la blanca gaviota que abria sus triunfantes alas en los aires; pero vió que faltaba el espíritu. El próvido Dios cayó en un vértigo, y herido por el amor á la vida, arrancó de sus venas la más pura sangre, consagró con ella la tierra condensada sobre los mares, y brotó, más pura y rutilante que la aurora, la alma inteligencia sobre el mundo. Apénas el fuego de la inteligencia habia enrojecido á la tierra con esa fuerza infinita y divina que sólo puede poseer el espíritu, cuando del seno de la materia, á la sazon más lozana que la flor en primavera, comenzaron á levantarse, cual blancas mariposas que sacuden sus larvas, los demiurgos, ideales flotantes de los soles, de los astros, de los mundos, de todas las formas y todas las esencias de la vida; y al punto dejaban caer en su ca-

mino estrellas, mujeres aladas que se mecian en los aires, hermosos mancebos que convertian los espacios vírgenes en un lecho de amor, ángeles, todas las formas, todas las organizaciones más perfectas y más radiantes del eterno sér. Á su impulso, el sol osciló en lo infinito, los coros de estrellas se esparcieron por los cuatro puntos del horizonte como doradas abejas, los cometas soltaron su flamígera cabellera, el zodiaco se enroscó á los cielos como una serpiente de fuego, y la vida quedó completa, y las esferas deslindadas, y la tierra en el centro de los astros como el broche que enlaza el collar de una vírgen. Por eso nosotros adorarémos siempre á los astros, y creerémos que la tierra es un altar dónde deben levantarse eternamente sus holocáustos y sus sacrificios. Nosotros aspiramos á lo infinito. De los abismos de la eternidad descendió, despues de concluida y cimentada la creacion, una blanca nube que llevaba en su inmenso seno, hirviente como un volcan, la fuerza que agita todas las cosas, y que se llama deseo; y cayendo el deseo sobre la naturaleza, la hizo levantarse en su lecho, arder, rebramar en su límite como el mar y como el viento, y aspirar á lo infinito en la espansion de su vida; y así, nosotros, polvo de la tierra, nos dejamos llevar en alas de esa fuerza á las regiones donde habita el verdadero centro de la vida.

NINIAS. (*dejándose caer en un almohadon*).

¡Oh! Las fiestas me hastían. Esas trompetas, esas arpas, esos cánticos, esos coros nada dicen al corazon desolado. Despojémonos del manto: pesa como una capa de plomo. Dejemos á un lado esta resplandeciente tiara, que descoyunta y aplasta los huesos de mi cabeza. El aire,

perfumado por mil pebeteros, me ahoga. Feliz pastor, que en tu oasis, al pié de clara fuente, viendo tu ganado, sin recelos ni zozobras, respiras el aire humedecido por el rocío, perfumado por las flores, que da aliento al pecho, alegría al espíritu; é ignoras cómo abrasa este aire cargado de adulacion, cómo martiriza esta vida aislada en la cúspide del poder, cómo atormentan estas miradas siempre bajas y avergonzadas, cómo desgarra el corazon esta desconfianza que nos cerca, y cómo á medida que se va levantando la vida á las esferas superiores, todo se pierde, todo se esteriliza, cual sucede en esas altas montañas, cubiertas de bosques en sus piés y ceñidas por desiertos de nieve en sus elevadas cimas, que bañadas por los rayos del sol, brillan y deslumbran al que de léjos las mira, y matan al que cree encontrar una vivienda en sus desolados hielos. Sacerdotes ó sacerdotisas, dejadme, dejadme; necesito paz, necesito conciliar un poco el sueño para olvidarme de todo. (*Se van todos.*) ¡Qué gran pena es la soledad del poder! El espíritu se acostumbra á creerse superior á todo, á tomar su idea por medida de todas las cosas, á imaginarse dueño de la naturaleza, á luchar con las fuerzas ciegas de la materia; y de esto nace el vértigo que nos trastorna y nos arrastra en un instante al crímen para grabar en la mente un sombrío remordimiento que recuerde nuestra impotencia. Yo he desolado una ciudad por el placer de mirar una gran catástrofe; he abrasado un ejército en hogueras que encendí como un círculo de fuego alrededor de un campamento; he dejado morir de hambre en hondos calabozos á millares de esclavos que acompañaban con sus lamentos y con sus últimos quejidos mis festines y mis orgías. Cuando recuerdo esto, un

velo de sangre cubre mis ojos, un vértigo infinito posee mi espíritu, las esfinges se animan reconviniéndome, los toros de bronce mugen, las águilas de oro agitan sus alas, los cocodrilos de granito abren sus fáuces, y las grandes columnas se cimbrean como si fueran todas á caer sobre mi conciencia para aplastar mi cabeza y estinguir mi espíritu. ¡Qué dia aquel tan terrible, en que perecieron todos mis esclavos por un capricho mio! ¡Me dijeron que la esterilidad iba á subir hasta mi palacio, que el descendiente de Semíramis no iba á tener pan que llevarse á la boca! En tal apuro, decidí matar de hambre á mis esclavos, y los enterré á todos en los hondos subterráneos de esta gigantesca mole. Yo fuí á ver aquel monton de cadáveres, cuando creí que en todos se habia estinguido hasta el último calor de la vida. Unos estaban caidos sobre otros en actitudes horribles. El hambre se dibujaba en aquellos rostros lívidos y espantosos, iluminados por una pequeña antorcha que yo llevaba en mi trémula mano. Algunos se habian dado muerte mútuamente en una lucha en que ni el odio ni la venganza les movia, sino la compasion; y otros habian perecido con los labios puestos en el cráneo de sus compañeros, cuya sangre habian bebido para apagar su sed. Veíanse en las paredes sesos pegados de los que se habian roto el cráneo buscando una muerte más pronta y más segura. Algunos se habian desgarrado el vientre, y sobre el frio pavimento humeaban aún sus entrañas. Un hedor asqueroso hacía apartar la vista de aquel gran acerbo de seres segados en un dia por un capricho. El silencio que allí reinaba, el frio que hacía en aquella profundidad, el hedor de la corrupcion, los cadáveres amontonados, la sangre por do quier coagulada,

los miembros esparcidos de los infelices que se habian adelantado la muerte, los animales inmundos que se reunian para saborear aquel festin de carne humana, los murciélagos que revoloteaban en las tinieblas como sombríos espíritus escapados de aquellos cuerpos helados, el remordimiento que trastornaba mi conciencia, el vértigo que me causaba cuanto veia, los dolores de mi corazon, me forzaron á quedarme clavado, inmóvil, á la puerta; cuando de pronto se levanta un infeliz manchado de sangre, cubierto de heridas, lívido, agitado por convulsivo temblor, y apartando con ambas manos el cabello que le caia sobre el cadavérico rostro, y poniendo en mí sus siniestros ojos que despedian su última luz, y alargando sus descarnados brazos: «Maldito seas, me dijo con ronca voz, maldita sea tu raza, que algun dia ha de tener en Babilonia un tormento más horrible que este tormento, y un sepulcro más frio que este sepulcro;» y cayó haciendo un ruido espantoso como el de una piedra que rueda en el abismo, ruido que me pareció un eco de las puertas de la eternidad que á mis espaldas se cerraban para sepultarme con mis víctimas. Este gran terror me hizo arrojar la antorcha y quedé á oscuras en aquel cavernoso antro de muerte. Entónces comencé á correr al acaso, sin ver nada, cual si me poseyera insensata locura. Mis piés se resbalaban en la sangre, mi boca mascaba aquel aire de corrupcion, mis ojos sólo descubrian la siniestra mirada de algun buho perdido en la oscuridad, imágen viva del remordimiento; mis manos tocaban los helados cuerpos; mi pecho se ahogaba; hasta que al fin caí envuelto en los cadáveres, sin sentido, no despertándome de aquella febril calentura sino cuando mis ma-

gos me sacaron al aire libre, viniendo á buscarme aterrorizados de mi larga estancia en tan sombrío lugar. Desde entónces no pasa una hora sin un remordimiento, sin que esté fijo mi recuerdo en tan horrible espectáculo y atenaceada mi conciencia por tan negros horrores. ¡Ah! Distraigámonos un poco. ¡Ah de mis guardias! El esclavo que me ha regalado mi sátrapa Sátrias, que venga á mi presencia ahora mismo. Hablaré con él. Acaso me distraiga. ¡Qué hastío!

EL GUARDIA.

Entra, maldito, entra. (*Le cruza la cara con un látigo á Oriel.*)

NINIAS (*meditando*).

¿Qué somos? Átomos caidos de los cielos que el viento arrastra á su antojo por la tierra, ceniza de un incendio apagado, granos de arena de un desierto cuyos límites no conocemos, pobres hojas de una flor agostada, semillas que el cáliz de la vida sacude para que den tan sólo la muerte. Este cielo siempre igual, este desierto inmóvil, este rio que serpentea como una culebra, estos sáuces que gimen con monótono gemido, estos jardines que no saben crear una flor nueva, estas esfinges me cansan y me desesperan con su constante uniformidad. Algunas veces quisiera volar hasta los astros y tener por carro de guerra una dorada estrella; y otras veces golpeo con mis plantas la tierra, pidiéndole un sepulcro, y en el sepulcro un sudario de negras y frias tinieblas. Nada tengo que desear. Coronas, reinos, esclavos, mujeres, riquezas, elefantes, armas, ejércitos,

jardines, palacios, todo, todo me sobra; y todo, todo me hastía. Si yo pudiera desear; si aquella nube que en los primeros dias de la creacion vagaba por los espacios infinitos llevando en su oscuro seno el deseo, bajára hasta mí, y me diera una aspiracion eterna hácia algo imposible que animára un poco mi corazon, sería feliz, libertándome de esta indiferencia, que es la muerte eterna de mi alma. Pero me olvidaba que estabas ahí. Esclavo, acércate.

ORIEL.

No me atrevo. Todos me maltratan; todos me hieren. Tus soldados dejan caer sus lanzas sobre mi espalda. Tus sátrapas me escupen á la cara. Tus cortesanos me azotan con sus látigos. Muchas veces se olvidan en este palacio que el infeliz esclavo está allá en el hondo y negro antro de sus cimientos, esperando un amargo bocado para satisfacer su hambre. Cuando vuelven de dar la comida á tus perros, me arrojan, señor, las sobras. Y yo no me quejo. Sé que me han formado de una carne distinta de vuestra carne, que me han infundido un espíritu diferente de vuestro espíritu. Sé que vosotros habeis nacido para ser poderosos, felices, y yo he nacido para esclavo. Vuestros dioses cogieron el aire más puro que vagaba sobre la tierra, y crearon con tan vívido elemento á los poderosos. Y cogieron negro barro, y formaron con tan impura materia á los esclavos. Por eso vosotros habitais en los palacios, y nosotros en las cuevas; vosotros vagais por los jardines, nosotros por las sombras; vosotros bebeis ricos licores, nosotros amarga hiel; vosotros teneis dioses, nosotros instintos; vosotros mandais, y nosotros obedecemos; vosotros vivís vida feliz, y nosotros

con la cadena al pié, llevando las piedras á los grandes edificios en nuestras espaldas, componiendo las argamasas con el sudor de nuestra frente, levantamos estas grandes fábricas para vuestro gozo y vuestro recreo. Alguna distancia ha de haber del que ha nacido en rico lecho de púrpura, al que ha nacido en pobre monton de hojas secas; del que habita estos palacios dorados, al que habita una cabaña de paja y de heno en la orilla de un torrente ó en el borde de un oasis. Si al ménos nuestros señores nos dejasen allí...

NINIAS.

Tú deseas una cabaña de paja. Yo no deseo nada. Aquí, en esta altura eminente, hay más soledad que en el desierto. Al ménos el habitante del desierto puede correr á su antojo por aquella inmensidad, perdido en un templo cuyas lámparas son estrellas, cercano á las fuentes de vida de nuestra madre naturaleza, á quien nunca se le pide en vano un consuelo. Pero yo aquí, entre estas riquezas, en esta nube de humo que forma el incienso, rodeado de cortesanos que me adulan, de mujeres que me entregan su hermosura, de sacerdotes que me llaman Dios, de magos que me ofrecen el filtro de su ciencia, de guerreros que me defienden con sus armas; aquí no tengo libertad.

ORIEL.

¿Y qué es libertad?

NINIAS.

No debes saberlo, para no ser más desgraciado.

ORIEL.

¡Más desgraciado! ¿Pues qué, cabe más dolor en el mundo? Yo no tengo patria, no tengo una piedra donde reclinar mi cabeza. No sé qué calor se siente en el dulce regazo de una madre. No sé cómo se descansa bajo el techo del propio hogar. No he recibido en mis heridas una lágrima, ni en mi frente un beso. Jamás en las grandes tempestades de la vida he visto una mirada dulce y cariñosa, como el polluelo ve la mirada de su madre que aletea sobre el nido, y el cachorro los ojos de la leona tendida en la madriguera. Cuando me vuelvo á todas las regiones de la naturaleza, encuentro seres más felices que yo, y envidio al tigre que corre por el bosque y que tiene una compañera y una caverna. Yo he dejado por la tierra un reguero de lágrimas, un surco de sangre. Iba al fondo de una cueva, y allí tenia por compañeros el viento que mugia, el torrente que bramaba, las ramas de los árboles que producian melancólicos rumores, el lagarto que se deslizaba á mis piés, el águila que hacía su nido sobre mi cabeza. Pero la soledad me atormentaba. No oir los latidos de un corazon querido, no ver nuestra propia imágen retratándose en amorosa mirada, no compartir con ningun sér la palabra que involuntariamente cae de nuestros labios, no unir nuestras fuerzas á otras fuerzas para trabajar sobre la tierra, es la más acerba de las desgracias; porque el corazon se ve solo, miéntras en el seno de la naturaleza mira hojas pegadas á las ramas, ramas unidas al tronco, el tronco alimentándose de la tierra, la tierra embebeciéndose en el amor del cielo, el cielo ostentando estrellas, y esas estrellas ca-

minando unidas por el éther en eternos y maravillosos conciertos. Decidí bajar de mi soledad al mundo, de mis cavernas á las ciudades, del trato con la naturaleza al trato con los hombres. Nunca lo hubiera pensado, nunca. Al ménos en la soledad oia el cántico de la alondra por la mañana y del ruiseñor por la noche, bebia el agua pura destilada de las peñas y recogida en el hueco de mi mano, devoraba con hambre el sabroso alimento que próvidos me ofrecian el cocotero y la palmera, respiraba las esencias de las selvas que contínuamente esparcian aromas en mi camino, reposaba en una cabaña de yedra, á cuyo techo venian á anidar las palomas, y á cuya entrada dormitaba el perro; y vivia tranquilo, sin carecer de un abrigo que me ofrecian las hojas y las plantas, comunicándome con un dios, con un genio superior que mi instinto encontraba en el estremecimiento de la tempestad ó en las magnificencias de estrellada noche. ¡Cuán otro fuí desde el punto en que bajé al mundo y quise ver á los hombres! Si me acercaba á la puerta del templo para decirle al sacerdote que me mostrára su Dios, y diera esa luz, ese resplandor del cielo á mi alma oscurecida, el sacerdote me cerraba las puertas, suspendia el sacrificio, y me arrojaba de su presencia, hiriendo mis espaldas con su látigo y manchando mi rostro con su saliva. Si me sumia en el polvo al ver pasar al monarca, y con las manos plegadas, trémulo, convulso, le decia que me admitiera en su reino, que me dejára reposar un instante en compañía de los hombres, que me cediera al ménos un monton de polvo donde tender mis miembros fatigados, al punto un gran tormento caia sobre mi cuerpo y una gran maldicion sobre mi alma. Si encontraba al guer-

rero, y acercándome á su carro y deteniendo sus elefantes, le decia que me llevára consigo á la guerra y á la muerte, sardónica risa contestaba á mi demanda, y atroz lanzada heria y ensangrentaba mis carnes. Si veia al caminante andar fatigado con el peso de alguna mercancía sobre sus hombros, y me acercaba, y de rodillas le pedia que me cediera aquella carga, se apartaba de mí desalado, y corria á la próxima fuente, al rio, á lavarse los ojos y el cuerpo, profanados por mi sombra. Y cuando, cansado de llamar á todas las puertas, de recurrir á todas las castas, de pedir compasion á todos los hombres, de arrastrarme en el polvo, iba al último refugio del corazon, á las clases pobres, á los seres inferiores, tan aherrojados como yo y tan aborrecidos, en vez de encontrar consuelo, hallaba hombres oscurecidos que se apartaban de mí, ¡ay! de mí, que no habia cometido más crímen que ser, como ellos, desgraciado. Y cuando algunas veces he encontrado la pastora guiando por el campo su ganado, y atraido por el encanto que su presencia me inspiraba, he ido á ofrecerle mi brazo para defenderse del lobo, mi manto para abrigarse contra el frio, mi choza para guardar sus corderillos, mi corazon para compartir el dolor de la vida, me ha dicho que sus dioses le mandaban no oirme, y se ha ahuyentado de mí con más presteza que de las fieras, sin atender á mis súplicas, sin conmoverse á mi llanto. ¡Cuántas veces he deseado hacer bien, y no he podido hacerlo; he arriesgado mi vida por derramar un beneficio, y ha sido rechazado como el más funesto de los dones, condenándome la fatalidad á envidiar á los seres que no aman, como la piedra fria, ó á los seres que llevan en su instinto el odio, en sus garras la muerte, como

la pantera, como el tigre, más compasivos á mis ojos que el hombre! Por eso he ido al desierto, y le he pedido la amistad que me negaba el corazon humano; he ido á la fuente, y he encontrado una lágrima; al bosque, y he oido una voz amiga; á la caverna, y he tenido un asilo; á las montañas, y he visto en ellas un trono más alto que el trono de los reyes; á los torrentes, á los volcanes, á los valles, á las selvas, y he sentido que la naturaleza entera con sus rumores, con sus ecos, acompañaba mi voz y esparcia mi oracion y mi plegaria entre los arreboles del cielo. Pero no tener una choza donde me aguardára una mujer querida, no oir un suspiro de placer en mis horas de felicidad, ni un suspiro de dolor que acompañára en mis horas de desesperacion mis penas; encontrarme solo y desamado en un mundo en que todos los seres aman; ver mi conciencia sin Dios, mi espíritu sin ideas, mi corazon sin esperanza; herido siempre por los elementos y por la naturaleza; falto de compasion é imposibilitado para el bien; pugnando en vano por sacrificarme á los piés de los hombres, que me rechazaban de sí; maldecido, condenado por todos; con el estigma de los sacerdotes en la frente, con el desprecio de los reyes en el encendido rostro, con las lanzadas del guerrero en el pecho, con los latigazos de todas las clases en mi amoratado cuerpo, he entrado en este palacio, donde me ha arrastrado la fuerza, y me he visto relegado á las sombras, con una cadena al pié, trabajando sin descanso, durmiendo en un antro, devorando como sabroso manjar las sobras de los perros, sin atreverme á lanzar un quejido, porque sé que desde el dia de mi nacimiento llevo á mi lado esta sombra, esta reprobacion, la cual me sigue á todas partes, y me

acompañará hasta la muerte, si es que hay para los desgraciados muerte.

NINIAS.

¡Oh! Me has hecho derramar una lágrima. Arrancar de mi corazon una lágrima, es como arrancar un torrente á las arenas del desierto.

ORIEL.

¡Una lágrima! ¿Habeis derramado, señor, una lágrima? Jamás en mi larga vida ha caido sobre mí una lágrima. Ese precioso tributo de compasion que vuestros ojos despiden, me inunda de vida, llega hasta el seno del alma, que se renueva como la pobre flor agostada reverdece y se levanta erguida cuando cae sobre su corola una gota de rocío. Señor, aquí, aquí estoy á vuestros piés, dispuesto á recoger esa lágrima y á engarzarla en mi memoria, donde será un brillante más puro que los quebradizos que adornan vuestra corona de rey. Esa lágrima, bebida por mi alma, la dulcificará siempre, siempre. Señor, un instante de compasion hace feliz á un desgraciado.

NINIAS.

Calla, calla. He llorado... Ja... ja... ja... Pues ya me rio. Llorar yo, y llorar por un esclavo, ¡qué afrenta!

ORIEL.

Así como los rios no pueden volver á su fuente, esa lágrima de compasion que ha caido sobre mí no puede volver á tus ojos.

NINIAS.

Esclavo, Ninias ha hecho derramar muchas lágrimas, pero no ha llorado nunca.

ORIEL.

Las lágrimas son un rocío del cielo, que sólo caen cuando no está abrasada y seca el alma.

NINIAS.

No me recuerdes que he llorado.

ORIEL.

No lo recordaré. Le basta á la flor recoger la gota de lluvia, y encerrarla en su cáliz, y esparcirla por sus hojas, para que le dé vida.

NINIAS.

Ahora mismo voy á entregarme al placer, para apagar todos estos sentimientos de compasion que se levantan en mi alma. La noche viene sobre nosotros. Voy á preparar un gran festin. Allí habrá copas rebosando vino, música alegre, sacrificios á los dioses, danzas lúbricas, orgías insensatas. Y voy á mandar poner el lecho para mi esclava Hifalia. Las manos del celoso Sátrias lo han de mullir y han de colgar en sus almohadas la corona de mandrágoras destinada á embriagar con sus perfumes. Sacudamos todo sentimiento triste. Vivamos, porque al fin no hay en la tierra más vida que el placer. Yo necesito embriagarme, perderme en los placeres, para olvidar que soy Ninias. (*Se va,*

dejando su manto y su corona sobre el lecho donde estaba tendido.)

ORIEL (*solo*).

La noche viene, y envuelve á la naturaleza entera en su manto. Mi corazon está más tranquilo. Es la primera vez que he visto llorar por mí. Esta lágrima no se borrará nunca, nunca de mi corazon, que la guarda como el único tributo de compasion alcanzado en esta larga y tempestuosa vida, llena de dolores. Lágrima bendita, refrigera un poco mi vida, abrasada en los profundos y oscuros calabozos donde mi esclavitud se arrastra.

SÁTRIAS (*seguido de Hifalia, y sin ver á Oriel*).

¡Ah! La serpiente de los celos me ha mordido el corazon. Entregarte al rey, á sus caricias, no lo hará nunca, por su vida, Sátrias. Ántes buscaré en tu pecho el corazon, y arrancándotelo con fuerza lo arrojaré á las plantas de ese imbécil. ¡Tú en sus brazos, tú prodigándole caricias, tú animando aquel pecho yerto!... Te tratará como trata al mullido almohadon que le sirve para calentarse los piés, ó al pintado abanico que le renueva el aire, ó al pebetero que perfuma su estancia. ¿Y para eso te arranqué yo de los altares de Egipto con mi espada, que no podria levantar del suelo ese tirano? Una nube de sangre oscurece mis ojos. Mi pensamiento desvaría. Todos mis instintos se sublevan y rebotan en mi cuerpo como la onda que penetra en una caverna impelida por el huracan. Me parece que le veo tender sus brazos por tu cuello de cisne, fijar sus mortecinos ojos en la lumbre de tus ojos, arrancar palabras de amor

á tus labios, y reanimarse de alegría y de placer. ¡Oh! No sucederá. Ántes arruinaré á Babilonia, ántes descenderá Belo de los astros á aniquilar á todos los hombres con su espada de fuego. Si viene, mi mirada le matará, como la serpiente mata al pajarillo. El rey tambien tiene pendiente de un hilo su vida. La punta de este puñal bastará para cortar ese hilo. Cuando caiga su cadáver á mis piés, ¿quién sabe si serás tú reina de Babilonia?

ORIEL (*para sí*).

¿Qué oigo? ¿Qué oigo?

SÁTRIAS.

Se imagina que lo puede todo. Vida, alma, dioses, todo lo hemos entregado á ese imbécil, que nos cree un hato de ganado. Yo le enseñaré que no puede llegar hasta el corazon con su cetro, que no puede dominar el alma con su imperio. Cuando crea encontrar un placer, se encontrará un dolor. Cuando crea que te va á abrazar, abrazará un esqueleto. Cuando imagine tenderse en su lecho, caerá en el sepulcro. Esta noche de amor va á ser la última noche de su vida. Su manto nupcial será el sudario, su lecho será la tumba, su anillo será el lazo de la muerte, su amor la negra nada. En vez de encontrar una mujer ardiente y hermosa, encontrará la fria y descarnada imágen de la muerte. Y esta mano mia, esta mano que él menosprecia, tiene el depósito de su vida. Ardo, ardo en celos. Mi corazon se consume. Mi vida se apaga, si no apago la vida del rey. Hifalia, ¿lloras?

HIFALIA.

¿No he de llorar al verme tan desgraciada? Mi única ventura es tu amor. Todavía me parece que te veo entrar por las puertas de mi templo, jadeante, cubierto de sudor, iluminado por el reflejo de la victoria, despidiendo de tus ojos el relámpago de la guerra. Todavía guardo en mis labios la impresion de tu primer beso de fuego. Todavía recuerdo con placer aquellas batallas en que yo iba á tu lado sobre el carro de guerra, que corria como tempestuosa nube desafiando las lanzas y las flechas. Todavía oigo tu voz que me decia: «vivirémos y morirémos juntos.» Y ahora voy á abandonarte, á obedecer la voluntad de otro hombre que me arrojará entre sus favoritas, allá en dorado serrallo, sin libertad, sin vida, más triste aún que el ave apartada de sus bosques y recluida en una jaula, contra cuyos hierros por fin estrella su cabeza. Sálvame, Sátrias, sálvame de ese hombre que va á ser mi verdugo. Yo no tengo más esperanza que tu valor, ni más refugio que tu corazon.

SÁTRIAS.

Te salvaré, y salvaré á Babilonia. Esta gran ciudad, reina del Oriente, necesita un rey guerrero que lleve su nombre hasta los confines de la tierra. Las ciudades que no pelean, y se encierran en su serrallo, y se coronan de rosas, y se embriagan, y se entregan al placer, flacas y envilecidas, no tienen fuerza para moverse el dia que blanden sobre su cabeza audaces enemigos sus afiladas lanzas, y dejan caer de sus sienes la corona que les ciñeran sus héroes

y sus dioses. Yo veo á Babilonia vacilar como el ave que lleva oculta en sus alas ponzoñosa flecha. Yo la veo descender una á una las gradas de su trono, y oigo resonar el eco de sus sandalias de mármol en la oscura eternidad. Yo la veo pugnar en vano por erguir la frente, sí, la frente ántes altiva, que cae por su propio peso lánguida y fria sobre el pecho, arrojando así á los abismos la corona en que cada rey ha puesto un diamante más claro que luminosa estrella. Yo oigo en la callada noche, cuando el viento del desierto choca en los siete muros de Babilonia, un prolongado lamento que se pierde en la inmensidad, como si un dios se quejára con luctuoso quejido de muerte. Y salvaré á Babilonia con esta arma.

HIFALIA.

¡Oh desengaño!

SÁTRIAS.

¿Qué dices de desengaño? Acaso pensabas engañarme; acaso creias que no era yo capaz de matar á Ninias; acaso te imaginabas ya á su lado reina de Babilonia, sentada en su trono, con mil esclavas á tus piés, con guardias á tu lado, con una corona de perlas en tu frente, arrastrando rozagante manto de púrpura y siendo dueña del Asia. Te engañabas, infame, te engañabas, tú que aumentas con venenoso soplo el fuego de mis celos.

HIFALIA.

No entiendes mi corazon, no conoces mi alma. Vosotros, que juzgais á la mujer esclava por su naturaleza, destinada

á satisfacer vuestros instintos, no mirais nunca al fondo de su pensamiento, ni os curais de las palabras que pueden herirla de muerte. Cuando yo creí que tu furor, tu rabia, tu deseo de venganza no tenian más orígen que tu amor á mí, veo dolorida aparecer en las sombras una gran rival, Babilonia. Y eso me desgarra el pecho, porque tambien yo soy celosa. Tú no aborreces al rey porque ama á Hifalia, sino porque posee á Babilonia; tú no le maldices porque me arrastra á su lecho, sino porque atormenta á tu ciudad; tú no le matarás por ser mi amante, sino por ser tu tirano; tú no buscarás el corazon del jóven que ama á tu cautiva, sino el corazon del rey que cautiva á Babilonia. Y ya ves que Babilonia es rival más temible, mucho más temible que Ninias. El rey es un jóven desmayado, trémulo, moribundo, que desaparecerá pronto de esta tierra, cancerada su frente por la corona y su corazon por el placer; y Babilonia es una hermosa reina, eterna, con mil coronas, con inmensos dominios, con millones de esclavos, y con un trono que es dueño del Asia. Dime, Sátrias, si la pobre Hifalia no debe recelar de la eterna Babilonia.

SÁTRIAS.

No receles, Hifalia, no receles de tu amante, que daria Babilonia por un beso de tus ardientes labios. Yo he visto á ese rey vestido de mujer, acostado en un lecho de rosas, con la impura copa rebosando vino en la mano, los piés hundidos en las entrañas humeantes de una pobre mujer sacrificada á sus insensatos delirios, dejando que los bárbaros arrojáran sus flechas contra sus ciudades y se abreváran en la sangre de sus vasallos, indiferente y

helado como una esfinge, corroido por el placer, pálido como el remordimiento, y nunca me he movido á libertarme de él y libertar á su pueblo. Pero ahora que ha puesto sus ojos en tí, que te quiere fascinar como la serpiente, que se tiende en mi camino para robarme la felicidad, ahora le aplastaré bajo mis piés, porque yo no puedo consentir que manche con su venenosa baba la flor de mis amores, en cuyas hojas duerme y descansa mi alma. Ya lo verás, ya lo verás. En estos palacios de Oriente no se puede habitar sino teniendo por compañero el crímen. Con mujeres prostituidas y esclavas, con sátrapas ambiciosos, con cortesanos inmundos, con guerreros viles, con tiranos imbéciles, no puede haber más relacion que el miedo, ni más salvacion que el puñal. Pero yo miraba al tirano indiferente, hasta que el tirano te ha mirado á tí. Desde este punto, la idea sombría de su muerte ha penetrado en mi conciencia, y tengo que refrenar mi brazo, porque, cuando le veo, el mismo puñal salta en mi cinto como una víbora ansiosa de morder. Créeme, Hifalia: en tus aras voy á sacrificar una víctima como no la ha tenido igual ningun dios de la tierra; en tus aras voy á sacrificar un descendiente de Semíramis, un hijo del Sol, un rey de Babilonia.

ORIEL (*para sí, y sin ser visto*).

¡El rey que ha derramado sobre mis dolores una lágrima! ¡Nunca, nunca!

UN ESCLAVO (*que aparece á la puerta del salon*).

Ninias manda á Sátrias que estienda el lecho de Hifalia, que lo cubra con cendal de blanco lino sembrado de estre-

llas de oro, que esparza flores de mandrágora, y que reuna todas las esclavas para que entonen un coro voluptuoso á Militta, miéntras se entrega á sus amores. (*Váse.*)

SÁTRIAS.

Ántes mil veces le arrancaré el corazon. El cendal que yo estenderé será el sudario; el lecho que prepararé será el sepulcro; las flores que esparciré tendrán escondido en sus cálices un puñal; y el único coro que haré resonar bajo las bóvedas del palacio, será el coro fúnebre que anuncie á Babilonia la muerte de Ninias. Huye, Hifalia, y ocúltate, miéntras yo aguzo mi puñal y espero al rey, que está en la torre de los magos. (*Se va Hifalia, y se esconde Sátrias.*)

ORIEL (*para sí*).

¿Y no he de pagar yo una lágrima? Ninias ha llorado sobre mi corazon, y ese lloro ha sosegado mi espíritu, como la lluvia del cielo sosiega las alteradas ondas de los mares. Una lágrima de un rey bien vale la vida de un esclavo. ¿Qué haré? ¿Cómo le voy á salvar de una muerte cierta? ¿Iré y le diré lo que maquina contra su vida Sátrias? ¡Oh! No, no. Yo no puedo olvidar que Sátrias fué mi primer dueño; yo no puedo levantarme contra mi señor natural, contra el que me arrancó del desierto y me trajo á este palacio. Sabiendo que va á morir, ¿dejaré inerme al rey? No puedo. Aquella lágrima que cayó sobre mi corazon como celestial gota de rocío, tornaríase en mi pecho veneno de víboras. Yo no puedo ser ingrato. Pero ¿cómo salvarle sin perder á Sátrias? Revelar el crímen, es tanto como matar á Sátrias; callarlo, es tanto como matar á Ninias. Entre

estos dos sentimientos lucha mi corazon, está suspenso mi ánimo. Yo no puedo matar al que ha sido mi dueño; pero tampoco puedo matar al que ha llorado sobre mis heridas y ha calmado con ese lloro mis dolores. ¡Oh! Mi alma concibe un pensamiento salvador. No muera el rey, no muera Sátrias; pero muera yo. Al fin, en la vida no dejo ningun corazon que me ame, ni sobre la tierra que cubra mis cenizas caerá nunca, nunca amarga lágrima. Yo respiro un poco de aire que puede ser para otros mortales más felices, ocupo en la tierra un lugar inútil, y ni mi vida es necesaria, ni será sentida mi muerte. Vivan en buen hora los que son felices, los que tienen gran poder, los que se ven amados, los que cuentan padres, hijos, cuyos corazones desgarran con su muerte: que yo soy sombra vana que pasa errante sobre el mar de la vida sin dejar ni una huella. ¿Qué más me da este palacio que el sepulcro? Allí será la soledad tan triste como aquí; allí reinará el mismo silencio que reina aquí en torno del esclavo; allí encontrará mi cuerpo gusanos que lo devoren tan sucios como los corazones de aquí; allí se estenderán tinieblas que acaso no sean tan espesas como las tinieblas en que hoy vive sumergida mi alma; y si eterno sueño pesa sobre mis ojos huecos y vacíos, y eterna inmovilidad sobre mi cuerpo, pegado á la tierra como el fruto maduro caido del árbol, no tendré en cambio este contínuo tormento de horrible y opresor trabajo. ¿Qué doy yo con mi vida? Nada, nada. Un pensamiento ilumina mi alma. Sátrias está allí escondido esperando al rey. La noche es oscura. El salon está oscuro tambien. Solamente la luz de la luna, que rasga el velo de las nubes, ilumina estas inmensas estancias. Si me pongo el manto, si me ciño la tiara que

Ninias ha dejado ahí sobre ese almohadon, y salgo por esa puerta, y doy la vuelta al palacio, y entro por la galería, al ver Sátrias brillar los diamantes y el manto al opaco resplandor de la luna, me toma por el rey, se lanza sobre mí, me sacrifica, y le doy tiempo para salvarse, para ponerse en cobro, tal vez para decir, si se ve perdido, que me asesinó porque yo habia profanado la púrpura colgándola de mis hombros; y así libertaré á Ninias de la muerte, y le pagaré con mi vida la amarga lágrima que vertiera sobre mi corazon despedazado, única muestra de cariño y de lástima que he recibido en mi lánguida vida. Decídome por fin, cubro mis sienes de esclavo con esta diadema, me envuelvo en este manto, y voy á inmolarme por Ninias. Acierta, Sátrias, acierta á mi corazon con tu hambriento puñal. (*Se va, ornado con el manto y la corona, por distinta puerta de la que está Sátrias.*)

SÁTRIAS (*acechando*).

Mi corazon tiembla. El puñal me abrasa la mano. Parece una serpiente que se enciende en ira miéntras reune su veneno para infiltrarlo en las venas de la víctima en cuyas carnes va á clavar sus mortales mordeduras. Líbreme yo de ese rival, y librese Babilonia de tal rey. Su muerte es segura. Un solo soplo mio basta para apagar aquella alma, cuyos últimos resplandores ya se estinguen. Yo dejaria su castigo encomendado á la guadaña del tiempo, si él no quisiera aspirar el aroma de la flor de mis amores y deshojarla entre sus impuras manos. Pero esta noche de amor para él y de angustias para mí sería la última noche de mi vida... ¡Ah! Le veo aparecer allí. Apénas le haya cla-

vado el puñal en el pecho, me declararé rey de Babilonia, sin que nadie me corte el paso, porque en estos pueblos todos adoran al audaz y al fuerte. Se detiene en las ventanas, y mira al rio. Parece como que duda. Vuelve á andar, y retrocede. La luna brilla en las piedras de su corona y en el oro de su manto. Pronto su corona se habrá desprendido de sus sienes, y su manto le servirá de sudario. ¡Ah! ¿Por qué estará allí detenido tanto tiempo? Corre ahora, corre como un insensato. Pues bien, muere, muere, rey de Babilonia. (*Le da dos puñaladas.*)

ORIEL.

¡Ay! ¡ay! (*Cae teñido en sangre.*)

SÁTRIAS (*gritando desde una ventana*).

Sátrapas de Babilonia, guerreros, cortesanos, vuestro señor ha muerto, herido por el rayo de la justicia de Belo. Creia poder jugar con nuestras cabezas á los dados, y la justicia divina, por mi mano, le ha dado el castigo que merecia. Si hubiese vivido un dia más, Babilonia, la ciudad de Belo y de Semíramis, hubiera perecido enflaquecida por el filtro que le daba rey tan vicioso. La serpiente ha sido aplastada. Buscad otro señor que arme los carros de guerra, enmohecidos y trocados por lechos de prostitucion. (*Se oye gran rumor, é innumerables hachones iluminan el salon.*)

VOCES CONFUSAS.

¡Viva Sátrias! ¡Viva Sátrias! Ha muerto, ha muerto Ninias.

NINIAS (*aparece en el fondo*).

¿Yo, yo he muerto? Pues si he muerto, los dioses me han resucitado.

SÁTRIAS.

¡Maldicion! ¡Maldicion!

HIFALIA.

¡Sátrias! ¿Eres ya rey de Babilonia?

SÁTRIAS (*cogiendo á Hifalia con furor*).

Ven, y muramos juntos. (*Se arrojan por la ventana.*)

VARIAS VOCES.

Han ido á caer al rio que lame los muros del palacio. Nadan los dos. La luna ilumina sus rostros, cubiertos de una inmensa ansiedad. Hifalia lucha con la muerte. Pero Sátrias la arrebata en sus brazos y la suspende en el aire. Ya vuelven á desaparecer. Los dos se ahogarán.

NINIAS (*con ansiedad*).

Se ahogarán, y se librarán de mi castigo, de mi venganza.

VARIAS VOCES.

Han llegado los dos á la orilla del rio. Hifalia tiende los brazos al cuello de Sátrias, y deja caer su cabeza sobre el pecho de su amante. Se ha desmayado. Sátrias la coge en sus brazos y la lleva al palacio de los sátrapas.

VOCES CONFUSAS.

¡Viva Ninias! ¡Muera Sátrias! ¡Viva Ninias! ¡Muera Sátrias!

NINIAS.

Se han encerrado en el palacio de los sátrapas. Bien. Ya han caido los dos en mi red, ya son mis prisioneros. No atrae con tanto placer la serpiente á sus negras fáuces la blança paloma, no se ceba el trigre con tanto furor en sus víctimas, como yo me cebaré en esos dos malvados, que así han querido pagar mi amor y mis afanes. Ven, tú, primer eunuco de mi serrallo, y oye mis órdenes.

EL EUNUCO.

Mandad, jefe de los creyentes, sol de los cielos, antorcha de toda la tierra, fuente de todos los bienes del mundo.

NINIAS.

Todos mis sátrapas deben reunirse en ese palacio. Inmediatamente que todos estén reunidos, pon fuego á los cuatro puntos del palacio, para que ninguno quede á vida, ninguno. ¿Lo entiendes? No quiero más traidores en esta tierra de Babilonia.

EL EUNUCO.

Pero, señor, ¿todos han de pagar la falta de uno?

NINIAS.

Calla, blasfemo. No hables cuando tu rey habla. ¿Quieres, por ventura, perecer con ellos?

EL EUNUCO.

Señor, obedeceré ciegamente vuestra palabra, tan luminosa como un rayo del sol.

NINIAS (*mirando á Oriel*).

Ese esclavo... ¿qué hace ahí ese esclavo, envuelto en mi manto, y con mi corona á los piés, y tendido en tierra?

ORIEL.

¡Ay! ¡ay! Te... te... he salvado.

NINIAS.

Comprendo, comprendo. ¿Te has sacrificado por mí? ¿Te has ceñido ese manto para que hiriese tu seno el puñal dirigido á tu rey?

ORIEL.

¡Ay! ¡ay!

NINIAS.

Has cumplido con tu deber. Que lo aparten de ahí y lo bajen á su cueva, y lo curen con más cuidado que á mis camellos. Aunque en el mercado los fenicios me dieran en cambio de él un elefante, no lo vendia. (*Se llevan á Oriel.*)

Los Cortesanos.

¡Buen rey! ¡Misericordioso rey!

Ninias (*tendiéndose en su lecho*).

Pronto voy á gozar el gran espectáculo.

Un Esclavo (*desde la puerta*).

Señor, los sátrapas quieren verte sano y salvo, quieren abrazar tus rodillas, recoger tu mirada.

Ninias.

Díles que no quiero que me vean, y que se vayan á su palacio.

Los Sátrapas (*desde fuera*).

Señor, señor, sin verte no podemos vivir, no podemos vivir. Señor, dígnate mostrarte un instante, aunque luégo nos mates.

Ninias.

Decidles que callen, que se retiren á su palacio.

Los Sátrapas.

Señor, señor, no podemos irnos sin verte.

Ninias.

Decidles que, si no se van, mando á mis esclavos que los echen á latigazos.

El Esclavo.

Ya se van.

Ninias.

No pueden huir, no pueden escapar á mi furor.

El Eunuco.

Señor, ya están Sátrias é Hifalia presos.

Ninias.

Arroja unos granos de incienso en las aras de los dioses por tan fáusta nueva.

Coro de Magos (*delante del ara de los dioses*).

Cuando la noche estiende sus negras alas sobre la tierra como el cuervo sobre su nido, en los espacios del cielo aparece la casta luna, luciendo en su frente el beso de su amado el sol, que la acaricia y la enamora desde su lecho de blancas y ligeras espumas: que sólo el amor fecundiza y hermosea á nuestra madre naturaleza. Pero sobre la luna está la diosa del cielo, con los piés hundidos en los abismos de las tinieblas y la frente perdida en la eterna luz; teniendo por cabellera los rayos del sol, por manto el cielo, en el cual están bordados los astros, los cometas, los mundos; llenando con su aliento vivificador todas las cosas; produciendo con su cántico las armonías de todos los seres; dando con su mirada la luz al Universo: diosa que es la gran nodriza de la naturaleza, pues en sus pechos, más blancos que el globo de la luna llena, el Creador depositó el jugo nutritivo de

la vida. Y tú, celeste diosa, que invisible en las alturas haces visibles todas las cosas, que mueves con tu aliento las ondas de los mares, que palpitas en el cántico universal de la creacion, que estiendes en la tierra el Eufrates como una cinta de tu blanco ceñidor, y dejas en los bosques por huellas flores, y en el cielo astros, y mereces un altar siempre coronado de mirto y de violetas, y tiñes con sonrosado color las mejillas de las vírgenes, y con encendido matiz la aurora en el Oriente, recibe el voto de gracias que estos tus hijos te envian por haber estendido tu manto entre el rey y el puñal del asesino, haciendo que la víbora haya mordido al esclavo, en vez de morder al que es ornamento de la tierra, alegría de Babilonia, luz de nuestros ojos, estrella de nuestra vida, envidia de todos los reyes, feliz descendiente de Nino y de Semíramis en este trono hermoseado con todos los resplandores del poder y con toda la hermosura de la gloria. Sí, diosa del cielo, el rey te consagra el incienso y la mirra de sus altares.

NINIAS.

¡Ah! Ya lo veo, ya lo veo. El rio me anuncia mi venganza. Mirad esa roja culebra que se estiende por las aguas del Eufrates como una gran mancha de sangre, miradla, que es la cólera de Ninias. El incendio devorador que abrasa todo un palacio y á los que dentro de él se encuentran, y se refleja en el rio, es una centella no más del fuego de odio que consume mis carnes y calcina mis huesos; fuego que no daria ni un destello para encender una lámpara, porque, si quema, no ilumina. Ese negro penacho de humo,

que parece el aliento de un volcan, y sube, y sube, y estiende negro velo en el horizonte, como un paño mortuorio que envolviera á los astros, es la imágen fiel de mi alma, presa de horrible desesperacion, de eternos odios. La cólera que me posee, que me arrebata, que desgarra mis entrañas, que turba mi vista, que hierve en mi corazon, no cabe en mí, como el Océano, cuando el huracan lo azota, no cabe en sus límites, y escupe á los cielos amargas espumas que vuelven á caer sobre sus hirvientes aguas para más alterarlas. ¡Ah! ¡ah! Orgullo mio, levántate, levántate henchido de tí mismo, escala los cielos, paséate entre los astros, y dí á los dioses que tambien tú dispones á tu antojo de la vida de los hombres, y que sobre el orco se estiende tanto tu cetro como la telaraña de la muerte. Y en prueba de ello, la muerte llevará en sus hombros á todos mis sátrapas y á esos dos amantes que le he arrojado para entretenerla y lograr así que no se acuerde en mucho tiempo de mí. ¡Cómo habrán Sátrias é Hifalia padecido! ¡Cómo se habrán tostado sus carnes! ¡Cómo habrán caido juntos diciendo: nos amamos! ¿Habrán dicho eso? Y yo no lo podré decir en el dia de la muerte. Mio es el Tigris, mio el Eufrates, mios los palacios de Nino, mios los jardines de Semíramis, los templos de Belo, el arco y la copa de Nemrod, mios los bosques y los montes, mios millones de hombres que bajan la frente en mi presencia, mia la naturaleza entera; pero no hay mio ni un solo corazon. ¿Dónde está, pues, mi poder? ¡Ah! Aquí viene el jefe de mis eunucos. Cuéntame, cuéntame mi venganza. Mis enemigos han ya perecido, aniquilados por el soplo devorador que los ha abrasado como el viento del desierto abrasa las espigas verdes y tiernas.

Cuando mandaste que todos los sátrapas fueran perseguidos y acosados hasta encerrarlos en su palacio, dí tus órdenes á la ciudad. Los desgraciados se resistian, é iban á pedir refugio á la choza del pobre para libertarse de las iras del rey. Mas arrojados de todas partes, perseguidos como fieras, acorralados, casi exánimes de puro gritar «¡misericordia!» se encerraron en su palacio, que bien pronto se habia de convertir en funeraria pira. Al entrar quisieron despedazar á Sátrias y á Hifalia y enviarte sus cabezas en señal de su fidelidad, añadiendo así á su cobardía el crímen. Pero las palabras severas de Sátrias y las ardientes lágrimas de su hermosa cautiva les apartaron de cometer un atentado completamente inútil, y se apercibieron á morir, si bien lanzando lastimeros aullidos. Entre aquellos hombres, que unos bramaban rechinando los dientes, y otros oraban temerosos diciendo con voz cortada tristes plegarias, y otros se rasgaban las vestiduras y se herian con sus armas las carnes y se partian las venas, gozándose en mirar cómo manaba su sangre, y otros pedian desde las ventanas perdon, misericordia; sólo Sátrias se mostraba sereno, impasible, recostada la cabeza en el regazo de su amorosa Hifalia, mirando con fria sonrisa los preparativos de su muerte. Mas pronto la esclava echó de ver cuán próximo estaba su fin. El ardor juvenil, las esperanzas de su edad, las pasiones de su pecho, el hervor de su vida, el miedo á un horrible suplicio, el sentimiento de abandonar un mundo en que todavía le aguardaban encantos y placeres, todas estas ideas, todos estos instintos agol-

pados en su corazon le hicieron desear la vida y estender los brazos con furor por las ventanas pidiéndonos perdon é implorando nuestra clemencia con palabras tales, que parecian conmover hasta las sombrías piedras de la fortaleza. Entónces, y sólo entónces, ví correr por las tostadas mejillas de Sátrias una lágrima sin duda tan ardiente como las gotas de lluvia que la tempestad derrama en el desierto.

NINIAS.

¡Hifalia! Se me olvidó esceptuarla del castigo y traerla á mi palacio. Siento que haya sido víctima de un olvido.

EL EUNUCO.

Sátrias la cogió fuertemente del brazo, y arrastrándola hácia sí, la obligó á sentarse á su lado. Hifalia dejó caer la cabeza sobre las manos, y se dió á sollozar lastimeramente. En tanto tus esclavos habian apilado una inmensa hoguera en torno del palacio. Un bosque entero arrancado á las orillas del Tigris iba á consumir á los señores más poderosos de tu reino y á una débil mujer. Al ver los preparativos de aquel horrible tormento, se lanzaron todos á pedirnos otro género de muerte más dulce y más pronto. Nosotros ni siquiera les oimos, empeñados en nuestro gran trabajo. Hubo alguno que nos arrojó su espada, pidiéndonos que le atravesásemos el corazon y nos compadeciésemos de sus últimos instantes. No se oian más que maldiciones. Los lamentos de Hifalia dominaban aquel coro de imprecaciones, como en el bosque los gorjeos del ruiseñor suspendido de la rama del cedro flotan sobre los rugidos del tigre que tiene su aposento en el tronco. Oprimido el corazon de Sátrias por

aquellos lamentos, desenvaina su puñal áun manchado con sangre, y dirigiéndose á Hifalia, quiere en aquel punto rematar sus dias. La pobre mujer forcejea, y horrorizada pide perdon, invocando un recuerdo de sus amores. Sátrias la estrecha contra su corazon y le pide que espere con serenidad la muerte. En este momento encendimos la terrible hoguera, que rodeaba el palacio de un círculo de fuego. Lamentos, imprecaciones, gritos furiosos, clamores de muerte, rechinamiento de dientes, ruido de armas, suspiros ahogados, palabras angustiosísimas poblaban los aires al mismo tiempo que se veian las primeras chispas de aquel voraz incendio. Todos instintivamente subieron á la terraza del palacio. Envueltos en humo, iluminados por el pálido reflejo del incendio, semejaban sombras vagas é indecisas que subian la escala de la eternidad. El fuego quemaba sus cabellos, sus cejas, y todavía conservaban voz y fuerza para maldecir tu nombre y renegar de Babilonia. ¡Terrible espectáculo! Ya unos huian del fuego que avanzaba por un lado, y caian de espaldas sobre cercana hoguera; ya otros se clavaban sus puñales hasta el mango y morian exhalando un espantoso rugido; éstos se mataban mútuamente luchando entre sí con sendas puñaladas, como si fueran mortales enemigos; aquellos caian ahogados levantando con furor los brazos al cielo; unos cuantos se reunian, se abrazaban, y con furor ciego se arrojaban á las llamas, pronunciando mezclados á los nombres de sus dioses los nombres de sus hijos: en medio se habia formado un monton de cadáveres, porque aquellos que más habian resistido el fuego y el humo subian sobre los calcinados cadáveres de sus compañeros para buscar en las alturas un poco de aire

que les diese un instante de vida, cuando vimos á Hifalia, roto el trage, ardiendo el cabello, que tendia sus secos labios sobre un cadáver, sí, sobre el cadáver de Sátrias, é imprimia en su boca un ardiente beso, y desaparecia entre las llamas como blanca azucena abrasada por el rayo.

NINIAS.

Calla, calla: que un sudor frio cubre mi frente. ¿Y qué daño me habian hecho mis sátrapas? ¿No podia haber entre ellos un traidor sin que ellos lo supiesen? ¿Por qué los he matado? Mis lejanas provincias están huérfanas. El bárbaro vendrá, y violará sus hijas, y talará sus campos, y despojará sus templos, y quemará sus palacios, y Babilonia no tendrá un pecho que la escude. ¿Por qué, por qué los habré matado? Si pudiera volverlos á la vida, los volveria. ¿Qué haré? ¿qué haré? Entreguémonos á la orgía y al festin. Este es el único remedio de mis males.

LOS MAGOS.

Desechad esas aprensiones, señor. En la tierra no hay más voluntad que vuestra voluntad, ni más poder que vuestro poder. Los dioses celebran todas vuestras acciones, porque sois su hijo. Desde que el sol alumbra al mundo está levantado este trono de Babilonia, y todos los reyes no han tenido más ley que su voluntad, y todos han sido inmortales.

NINIAS.

¿Inmortales? ¿decís inmortales? He ido á buscar los restos de los poderosos reyes de Babilonia. He levantado la

losa de sus sepulcros. He querido interrogarles sobre la eternidad. Sus coronas estaban allí, sus espadas tambien, sus mantos de púrpura áun existian; pero cuando quise buscarlos á ellos, no encontré más que un poco de polvo que disipó en los aires el aliento de mi pecho al reclinarse sobre sus sarcófagos. Esa es ¡oh magos! la inmortalidad de los reyes, esa la vida que nos han dado los dioses, ese nuestro poder. (*Se rie con risa convulsiva.*) Hablemos de otra cosa.

LOS MAGOS.

Señor, nosotros harémos siempre lo que nuestro rey quiera. Su voluntad será nuestra ley. Pero nos duele que un descendiente de Belo crea que su voluntad puede ser alguna vez contraria al bien, ni su pensamiento opuesto á la verdad. Donde está tu mirada, allí está la luz del sol. Donde llega tu palabra, allí llega el gérmen de la vida. Babilonia no quiere vivir sin tí; y si algun dia le faltas, rey inmortal, se envolverá en su manto y morirá la ciudad más maravillosa del Asia.

NINIAS.

Quiero sacudir de mi memoria el horrible recuerdo de esta noche. Ya en mis dominios no hay nobles. Sólo existe Ninias y sus esclavos. ¡Oh! Yo soy el rey de Asia que más esclavos tiene. Reúnanse los quinientos que sirven mis festines, los mil que son mis cantores y músicos, los doscientos que se renuevan para sostener la rozagante púrpura de mi ancho manto, los cien que están consagrados á tejer coronas de flores para mis sienes, los cincuenta que cuidan de mi tiara de oro, los dos mil que limpian mis camellos, mis

elefantes y mis carros, los novecientos que condimentan y aderezan mi comida, los cinco mil que guardan mi palacio, los innumerables que me llevan al baño, que riegan mis jardines, que recortan mis árboles, que recogen mis frutas, que celan las puertas de mis serrallos, que me siguen desde léjos de rodillas, que oran por mi salud, que construyen mis palacios, que cultivan mis bosques, que guardan mis doradas barcas en el Tigris y el Eufrates, que están consagrados á mi voluntad y mi capricho. Quiero ver celebrar, en obsequio del esclavo que me ha salvado la vida, las fiestas saceas, establecidas por mis predecesores, en que los esclavos son amos y los amos esclavos, y uno de ellos se viste de rey con nuestro manto y nuestra propia corona. (*Los esclavos presentes palidecen.*) ¿Temblais? ¿Creeis que os va á tocar á alguno de vosotros ser rey? Sosegáos, sosegáos. En esas fiestas habrá orgías, mujeres hermosas entregadas á vuestra lascivia, cánticos delirantes, coros voluptuosos, suculentos manjares, mesas llenas de vasijas de oro, lechos de púrpura y marfil, hirvientes licores que trastornen el seso, luminarias más numerosas que las estrellas del cielo, fuentes que manen leche y miel, sacrificios humanos á Baal, sacrificios voluptuosos á Militta, el placer en todas sus formas, el delirio en todo su vértigo, una cena como no la tuvo Belo cuando dió á beber á los mortales su propia sangre en un festin celebrado en el mar, donde tenia por copas las estrellas y por compañeras las ninfas de las aguas.

Los Esclavos.

¿Y quién, señor, será el designado para vestir tu manto y ceñir tu corona? (*Con ansiedad.*)

NINIAS.

¿Quién? El esclavo que me ha salvado la vida.

LOS ESCLAVOS (*con alegría*).

Respiremos, respiremos.

LOS MAGOS.

¿Olvidas, Ninias, que el esclavo que lleve tu manto y ciña tu corona en las fiestas saceas, debe ser inmediatamente sacrificado á los dioses en las aras del templo de Belo?

NINIAS.

La prueba de que no lo olvido está en haberle designado.

LOS MAGOS.

¿Irás á darle muerte en recompensa de su abnegacion?

NINIAS.

De todos modos debia morir. Ningun mortal puede ceñirse mi corona ni envolverse en mi manto. La corona en las sienes de un sér inferior á mí, muerde. El manto es como una hoguera para el que no ha nacido de la sublime descendencia de Belo. Si osó hacer lo que á ningun mortal le fué nunca consentido, que pague con su vida su atrevimiento. Yo no hé menester de la sangre de ningun esclavo para vivir. Me basta mi prosapia. Prepárese todo para la fiesta.

ORIEL (*tendido, presa de horrible calentura, en un antro de los cimientos del palacio, y á su lado un esclavo*).

¡Oh! No me atormenteis más, sueños espantosos, horribles sueños. Ya ceden, ya ceden á mi voz. La inmensa telaraña en que veia prendida una negra mosca, se convierte en sonrosada nube, de cuyo centro se levanta hermosa mujer, casta, pura, que sonrie con amorosa sonrisa, y que trae en sus manos una flor fragante y aromática, sobre cuyas hojas esmaltadas de rocío revolotean gorjeando sin fin dos ruiseñores. Dame esa flor, y beberé su rocío, y aspiraré sus aromas, y escucharé el cántico de los ruiseñores, y me quedaré extasiado mirando tus azules alas, el ceñidor de blanca niebla que te envuelve, tus breves piés que brillan en los aires como la media luna en el cielo, tu frente pura y hermosa, tus ojos que retratan el arrobamiento del amor divino, el arpa de oro que llevas en la mano, la corona de estrellas que luces en la frente, la sonrisa de tus labios, que si no es la aurora del sol, es la aurora del espíritu, el nombre de Dios, que se escapa de tu boca y queda escrito con letras de soles en los claros y vagos horizontes. Sí, háblame de otra region. Yo no he nacido aquí, donde el cielo llora, y los astros se apagan, y el dolor de la naturaleza estalla en grandes tempestades, y el aire gime, y la tristeza es universal, y el odio levanta un elemento contra otro elemento, un hombre contra otro hombre, y la muerte cubre toda claridad de tinieblas y roe con sus mil gusanos todo cuerpo: yo he nacido allá en la region en que no hay noche, en que brota la fuente de la luz, en que la alegría estalla en coros sin fin, en que el aire arrebolado y

puro trasparenta nuestros espíritus, en que el amor es eterno, en que la vida corre por márgenes de flores, reflejando en sus cristales la mirada de Dios. Dame la mano, y subiré contigo; y despues de oir los coros de los mundos, y de volar á mi antojo en lo infinito, sostenido por el aliento de Dios, que me levantará á sí como la nube que sorbe el agua de los mares, podré estinguir esta horrible sed que me devora y me martiriza, en las claras fuentes de la eterna vida. Sí, dame á beber una gota no más del rocío del cielo.

El Esclavo.

¡Qué horrible calentura! ¡Cómo delira! Yo no le entiendo; pero el sonido de su voz me parece más dulce que el eco de un arpa. ¡Infeliz! Te has sacrificado por tu señor. Has vertido tu sangre, y héte aquí solo, abandonado, sin ningun alivio, sin ningun consuelo. El pobre esclavo que ha visto tus ojos abrasados por la fiebre, y ha oido tus palabras perdidas en el delirio, viene á contemplarte, sin poder hacer nada más que llorar contigo. Al fin tú vas á morir. Pero el que tiene delante de sí una larga vida, y ha de regar esa vida con lágrimas y con sangre, es más desgraciado que tú. Encerrados aquí, nunca vemos el sol. Si salimos á respirar el aire, es para levantar un palacio y llevar sobre nuestras espaldas sus pesadas piedras. Trabajando siempre, encorvados bajo el peso de nuestros dolores, devorados por el hambre y por la sed, reclinados en estos antros donde la noche es eterna, heridos por el látigo que arranca sangre á nuestras espaldas, abandonados en medio de los hombres, somos la maldicion de la tierra. Si me

fuera dado volver á mis montañas, tener una choza levantada con los troncos heridos por mi hacha, vivir entre las alimañas salvajes, vestirme de palmas, beber el agua de los torrentes, alimentarme con los frutos que próvidas bajaban las ramas de los árboles hasta mis labios, errar á mi antojo por la cima de las montañas acompañado del huracan, alumbrarme con el reflejo de los volcanes, sería feliz, encontrando un regazo en el blando seno de la naturaleza. Pero aquí, aquí, ¿qué soy? Una sombra, una mancha, una maldicion. Este infeliz, que ha interpuesto su pecho entre el corazon del rey y el arma de su asesino, está ahí tendido en un monton de paja, reclinada la frente sobre una piedra, entumecido por la humedad, encerrado en este antro, sin más compañeros que el murciélago y la araña, sin más consuelo que las ilusiones que evoca á sus ojos su febril delirio. ¡Y éste es el salvador del rey? Si hay dioses tras esos implacables cielos, ¿por qué, por qué ántes que consentir esta ignominia y este dolor, no nos arrancan del pecho el corazon? Pero oigo ruido. ¿Quién viene?

El Jefe de los Eunucos.

Recoged al herido. Derramad, esclavos, por su cuerpo estas esencias. Untad con esta pomada sus heridas. Ceñidle esta túnica de hermoso lino. Peinad sus cabellos. Ceñid á su cintura este cordon de oro. Ponedle las sandalias de púrpura. El rey le destina para ceñir su corona y llevar su manto en las fiestas saceas. Sacadle al aire fresco, para que se reponga un tanto y pueda ser el rey del festin.

ORIEL.

Oigo una voz que me llama. Me parece que viene una estrella á ofrecerme un lecho de luz. Las nubes pasan, me tocan la frente con sus humedecidas alas, y dejan en mis labios una gota de agua. ¡Ah! Mi calentura cede. Parece que me despierto de un letargo. ¿Quién me ha vestido así? ¿Por qué me han quitado mi sayal? Me duelen mis heridas. Decidme, decidme, ¿por qué me habeis puesto esta ligera túnica de lino, y me tratais con tanto cuidado? ¿Os habeis compadecido ya de mí?

EL ESCLAVO (*que acompañaba á Oriel*).

Ya se alivia; ya cede un poco su fiebre. Los bálsamos, los aromas le vuelven el sentido que perdia. Sacadle á respirar el aire libre y á ver un rayo del sol.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Sí, todo lo necesita, porque va á ser por el rey servido en las fiestas saceas.

EL ESCLAVO.

¡Qué oigo! ¡Oh! ¿Y será posible? ¿Y le quitaréis la vida? ¿Y clavaréis en su garganta la cuchilla del sacrificador? Piedad, compasion para este generoso jóven. No sé qué hay en él de superior á nosotros; pero atrae los corazones. ¿Y el rey lo sacrificará así, cuando se ha interpuesto en el camino del crímen para salvarle de la muerte? ¡Oh! Compasion, piedad para él. Si quereis, si os da lo mismo,

aquí está la sangre de mis venas. Tomadla, tomadla; pero dejad su vida.

ORIEL.

¡Matarme! ¿Qué he hecho yo para que me maten? ¿Qué he hecho yo? Decídmelo.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Colgaste de tus hombros la púrpura real, ceñiste á tu frente la corona de Ninias. Y este gran delito se paga en Babilonia con la vida. ¿Así puede un esclavo profanar las insignias de un rey?

ORIEL.

Las profané para salvarle.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

La ley ni áun para eso lo consiente.

ORIEL.

El rey me salvará.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Desde que te ha nombrado rey de las fiestas saceas, no puede salvarte, porque eres ya de Belo.

CORO DE ESCLAVOS (*en la sala del festín*).

Cantemos, cantemos la gloria de esta noche y las maravillas de sus festines. El salon es tan grande como el campo, y tan elevado como el cielo. Sus bóvedas azules, por

mil luminarias esmaltadas, fingen con sus planetas, sus estrellas, sus constelaciones, sus rojos cometas, que se mueven segun las leyes dadas por los magos, un cielo como no alcanza á verlo la vista humana en las azules soledades del espacio, sembradas de mundos por la mano próvida de Belo. En las estremidades del salon se ven bosques llenos de limoneros, de mirtos, de sáuces, de magnolias, en cuyas ramas se esconden toda suerte de pintadas aves, y sobre cuyas copas suben arrogantes las aguas del Eufrates en atrevidos surtidores por los reflejos del iris esmaltados. Sobre los altares cubiertos con grutas de arrayan, donde anidan blancas palomas, se ven serpientes de bronce, toros coronados con diademas de oro, unicornios de mármol, vacas de jaspe, esfinges con la frente ceñida de laurel y rosas, ídolos de marfil, elefantes de granito, inmensas águilas de plata con sus plumas recamadas de esmeraldas, estátuas de Nino y de Semíramis, en cuyas manos brillan los signos de sus victorias, y á cuyos piés las grandes bocas de gigantescos cetáceos arrojan aguas de los rios que encadenaron y sometieron al dominio de Babilonia. Por las paredes se hallan esculpidos en gigantescas figuras indios con sus trages blancos, con sus pesados elefantes; fenicios envueltos en su púrpura y recostados en la proa de sus doradas naves; egipcios montados en sus blancos bueyes y seguidos de sus verdes cocodrilos; escitas desnudos, con su arco de ébano y hierro sobre el hombro, caballeros en tigres de mil colores; los símbolos, en fin, de todos los pueblos y de todos los dioses que Babilonia ha encerrado en el mágico círculo formado por las claras aguas del Eufrates y el Tigris. En el fondo se ve sobre un altar de oro, entre cien pebete-

ros, bajo arcos de gayas flores, la diosa de Babilonia, con su corona de torres, su manto bordado de estrellas, sentada sobre un leon, retratando en sus ojos arrobados el amor universal que hace con su vívido fuego germinar todas las cosas en el seno de la naturaleza. Las flores que llueve la techumbre, que de vez en cuando se abre para dar libertad á mil aves prisioneras; las nubes de aromas que suben de los pebeteros; los coros que suenan al compás de arpas y de cítaras; los sacrificios que sobre cada ara ofrecen los sacerdotes; el rumor misterioso de las fuentes que refrigeran los aires; el ruido de las ramas de los árboles mecidas mansamente por las áuras; la vista de las mil luminarias que fingen guirnaldas de estrellas; los jarrones de oro esparcidos por do quier, que rebosan aromáticos vinos; los innumerables esclavos vestidos con túnicas de color de rosa y coronados con azucenas; las vírgenes con sus trages blancos y sus cabellos dados al viento y entrelazados con guirnaldas de verbenas; el ruido de las copas, el eco de los ardientes besos, el placer que todo lo anima, la orgía delirante que todo lo enciende, el baile que á todo presta su movimiento, las lúbricas y ardientes canciones que provocan á nuevos goces; todo, todo hace que el corazon estalle de alegría, aunque sea esta noche de desenfreno la última noche de nuestra breve vida.

CORO DE ESCLAVAS.

Cantemos el placer y el amor, la vida y la alegría. El cielo es jóven, y la tierra es su desposada, que le espera con los brazos abiertos y la frente ceñida de flores, palpitante de amor, en el inmenso lecho de los espacios. La sangre

hierve en las venas de la tierra como el espumoso licor en la áurea copa, y la embriaga para que se incorpore y se levante á recibir en su frente el sol, que es el beso de fuego de su amado. Nuestro espíritu, que está prendido de la tierra como la fruta del árbol, como la estrella del cielo, se siente enardecido por el amor delirante que centellea en la naturaleza. Y así como el sentimiento de la tierra se ve por la primavera en el boton que palpita lleno de savia, en la yema que se rompe para dar la hoja, en la flor que esparce á los vientos sus aromas, nuestro amor se siente en los latidos de las sienes y del corazon, en el vértigo de la mente, en el arrobamiento de los ojos, en la vibracion de los labios, que sólo quieren decir palabras dulces envueltas en suspiros de nuestras almas. Por eso, cuando viene la primavera, y la noche estiende su velo sembrado de estrellas, y la luna camina cérca de la tierra en su carro de plata, y el espino se cubre de flores que el ala del zéfiro sacude sobre la verde grama, y la mirra y el incienso derraman las lágrimas de sus olorosas gomas en el ambiente; nosotras, las hijas de Militta, vamos con el cabello suelto, la blanca túnica desceñida como ligera nube, las manos ocupadas con las áureas cítaras, á buscar en el fondo de las cavernas el alma de la naturaleza, para confundirnos con su amor y tomar su fecundidad; y en esta adoracion, en que nuestros labios se pegan á la tierra, la esencia de la materia, absorbida por nuestras venas, se derrama con vívido calor en el alma; y un cántico delirante se exhala de nuestra garganta, cántico voluptuoso que llama á nuestros amados, y que se mezcla con el plañidero gorjeo del ruiseñor perdido en el seno de los bosques. Como la estrella busca su constela-

cion, y la mariposa la flor, y la planta la luz, y el ave el aire, buscamos nosotras el amor. Toda la creacion está inundada de placer. Si pudiéramos, tomaríamos las alas del águila, y subiendo al nido de los cielos, sorprenderíamos los amores de la casta luna, y deshojaríamos sobre su lecho las rosas de nuestros bosques. ¡Ah! En la verde grama, en el árido desierto, en las orillas del rio encontramos huellas de nuestros amados que nos buscan para fecundar la tierra y llenarla de nuevos seres. Militta, hermosa Militta, tú proteges bajo tu manto nuestros amores, y así cada uno de los besos que reciben nuestros labios son un holocáusto á tu bendito, á tu sagrado culto.

ORIEL (*en un trono en el centro del salon*).

¿Qué veo? Me parece cuanto presencio un vértigo producido por la ardiente calentura que me devora. Las jóvenes más hermosas de Babilonia tendidas á mis piés, recibiendo el impuro beso de sus amantes; los esclavos entonando himnos orgiásticos; los guerreros danzando como energúmenos; el rey sirviéndonos de rodillas; su manto, más pesado que si fuera de plomo, sobre mis hombros, y su corona, abrasadora como hierro candente, sobre mis sienes; los dioses todos y los sacerdotes de Babilonia á mi vista; los magos profiriendo sus hechicerías; la orgía delirante rodeándome con sus encantos; y yo, que estaba lleno de vida, próximo á ser sacrificado á Belo, y más frio, más indiferente á mi triste suerte que esas pálidas estátuas. ¡Ah! Yo, que en el contínuo anhelo de mi espíritu, en la ardiente sed de mi conciencia he buscado siempre un Dios, y me he postrado ante el bosque, ante el torrente, ante el volcan,

ante los astros, ahora el primer presente que voy á tener de Dios será el frio cuchillo del sacrificador cayendo en mi garganta. Y mi vida se perderá para siempre, como se pierde la hoja desprendida del árbol, que en sus revueltos torbellinos arrastran las ráfagas del viento. Yo he visto la planta seca volver á dar sus hojas, la flor marchita sacudir su semilla, la niebla desprenderse en gotas de lluvia, el insecto romper su larva y tomar matizadas alas, el ave dejar en sus hijuelos su propia imágen y su propio canto, la vida estenderse, perpetuarse en el círculo de la materia; y en el movimiento de tantos seres no he creido nunca que sólo yo pudiera ser arrastrado á la muerte. ¡Ah! Sí; tambien el ave corta con sus alas el aire, y la flor esparce sus aromas en el cielo, y el bruto corre á su antojo por el bosque, y las aguas ruedan siguiendo su impulso por la tierra, y yo, yo soy esclavo, y no gozo de la felicidad concedida á los demas seres de la creacion. ¿Qué me importa la muerte? ¿Habrá noche más espesa que esta noche, dolor más grande que este dolor mio, tumba más fria que este palacio, y muerte más cierta que esta vida? Venga pronto la cuchilla del sacrificador, venga pronto; pero ántes quiero saber una palabra. (*Llamando á un mago que pasa.*) ¿Quieres esplicarme una palabra, mago?

El Mago.

El rey de las fiestas saceas no debe rogar, sino mandar.

Oriel.

Ya sé que me llamais rey para mayor escarnio. Ya sé que por todo premio me guardais la cuchilla del sacrifica-

dor, y por todo porvenir las tinieblas del sepulcro. Ya sé que me coronaréis de flores, me vestiréis de lino, y entre músicas y coros, cuando yo quiera levantarme á respirar un poco de aire, de ese aire de la vida que ansioso y anhelante absorbe el jóven cuando la sangre hierve y el corazon late con fuerza, me precipitaréis herido en brazos de la fria muerte. Lo sé, y me resigno. El esclavo besa la mano que le hiere. Pero díme, mago, díme, tú que estudias los astros, díme qué quiere decir una palabra que me sonó al oido con mágica armonía; díme ¿qué es libertad?

El Mago.

¿Dónde, infeliz, has oido esa palabra?

Oriel.

Un dia la oí en labios de Ninias. Desde aquel instante perdí la tranquilidad. Sonaba en mis oidos esa palabra con una magia celeste. Cuantas veces la pronunciaban los labios, se iba tras ella el corazon. Un instinto confuso me decia que esa palabra ininteligible encerraba algun secreto de mi vida, algun misterio de mi sér. ¡Libertad! ¡Libertad! Nunca he escuchado este vocablo. Nunca el aire le trajo á mi oido en sus blandos y regalados suspiros. Jamás ninguno de los seres dijo cosa que fuera tan grata á mi corazon. Yo no entiendo lo que quiere decir esa palabra, y sin embargo, la guardo en mi conciencia, la pronuncio en mis aflicciones; y mi pecho se ensancha, y una brisa del cielo sosiega mis instintos y apaga un poco el incendio de mi mente. ¿Qué será libertad?

El Mago.

Palabra tan misteriosa preguntas, que acaso no la sepa modular el Oriente. Dirígete á sus templos, y oirás el nombre de Dios resonar bajo sus bóvedas. Habla á las esfinges y á los ídolos, y te contarán los misterios del cielo. Sube á las altas torres, y sabrás por qué oscila sobre lo infinito la estrella, y por qué el mustio rayo de su luz baja hasta besar tu frente. Desciende á los abismos, y en el centro de las cavernas verás una gota de agua que cae, y que es la eterna lágrima de la tierra. Piérdete en sus bosques, y respirarás esencias misteriosas que renueven tu vida. Pregúntale á esta region misteriosa por Dios, y te contestarán sus cocodrilos, sus unicornios, las piedras de sus templos, el incienso y la mirra que se pierde en sus aires. Pregúntale por la vida, y oirás un concierto de voces que la revelan, desde el cántico de la cigarra escondida en el polvo, hasta el grito audaz del águila que gira en los torbellinos del viento. Pero si hablas de libertad, sólo oirás un gemido, un lamento, el rumor de la cadena, el chasquido del látigo, el grito que se pierde en la caverna, la eterna lágrima que cae en los abismos. El Oriente, cuando le hablas de libertad, está mudo y frio como sus esfinges. El hombre no ha nacido aún aquí. Como la cabeza de sus estátuas está pegada al cuerpo de los animales, la vida del hombre está confundida en la vida de la naturaleza. No quieras levantarte más allá del monte ó del bosque, no intentes romper el velo de estrellas que oculta la verdad, y no levantes nunca la bóveda de tu cerebro para mirar lo que oculta, porque encontrarás la muerte.

ORIEL.

¡La muerte! El reptil sabe la hoja bajo que ha de vivir; el ave busca alcteandó en la tierra la semilla que ha de sustentar á sus hijuelos; el insecto conoce la flor cuyos aromas han de sustentarle un dia; el pez busca en el fondo del agua la rama de coral que ha de servir para su alimento: y el hombre, que tiene en sí todas las formas de la vida, todas las escelencias del sér, ¿no sabrá nunca, nunca, dónde se oculta la idea misteriosísima que ha de ser el sustento de su alma?

EL MAGO.

Si quieres saberlo todo, encontrarás en todo el dolor. En el polvo se ocultan las víboras, en las hojas de las flores los insectos, en las enredaderas que penden de los árboles las serpientes, y muchas veces no vemos el mal que nos guardan, y andamos descuidados por los bosques, y salimos ilesos de sus mordeduras. Si lo supiéramos todo, la vida sería un desencanto contínuo. No andaríamos por no pisar las víboras, no entraríamos en el bosque por no encontrarnos con la serpiente, no cogeríamos la flor temiendo que se nos clavára el aguijon de la abeja. Pero la ignorancia envuelve en sonrosado velo todas las cosas, y nos preserva de grandes males. Si viéramos el esqueleto que el velo de nuestras formas encubre, el heridero de la vida que la corteza de la tierra oculta, acaso sentiríamos un dolor infinito, una contínua congoja, al contemplar que somos un poco de ceniza y que dimanamos de la universal corrupcion y podredumbre. El tiempo oculta muchos misterios bajo sus alas.

Si quieres robarle esos misterios, acaso el tiempo mismo te ciegue, como el águila arranca los ojos al pastor que intenta robarle sus polluelos.

ORIEL.

Pero así como el águila deja un dia que sus hijuelos abandonen su nido y se lancen á los vientos, el tiempo dejará escapar sus misterios; porque, de otra suerte, la vida sería como eterna noche. Interroguémosle, pues, miremos el nido en que se ocultan sus grandes secretos, para que no se pierdan á nuestra vista.

EL MAGO (*moviendo la cabeza*).

Mas para saber lo que preguntas, necesitas vida, larga vida. ¿Qué te importa á tí esa palabra que con tan solícito afan indagas? Cuando se apaguen estas luces, cuando callen estas músicas, cuando se harten estos glotones, y se sacien de placeres todos, serás despojado de tu manto y de tu corona, conducido entre los sacerdotes á las bóvedas del templo, donde aguardarás á que la cuchilla del sacrificador siegue tu garganta y te arranque la vida.

ORIEL.

¿Y sólo viviendo podré saber lo que es libertad, libertad, esta palabra misteriosa que arrebata tras sí el alma?

EL MAGO.

Sólo, sólo viviendo.

ORIEL.

Pues deseo vivir. Quiero más armonías en la naturaleza, más colores en la corola de la flor, más gotas de rocío suspendidas de las hojas de los árboles, más formas de la inagotable naturaleza, más corrientes impetuosas despeñándose por los desfiladeros, más movimiento de seres y de mundos, más consonancias entre el ruiseñor que canta en el árbol y el arroyo que se desliza por las pintadas guijas, más amores entre las plantas y los astros, más ebullicion de la esencia de las cosas, mayor florecimiento de astros en el cielo; vivir, sí, vivir más tiempo, para perderme y confundirme en la inmensa y vívida creacion.

CORO DE MAGOS (*á Oriel*).

¡Infeliz! No pienses en la vida cuando sobre tu frente cierne sus negras alas ya la muerte. Piensa que al pié de cada hombre hay un gusano roedor, que es el tiempo. Cuando te asomes á mirar tu porvenir, en el fondo de toda tu vida verás el negro abismo de la muerte. Cuando levantes los ojos al cielo, á pesar de la luz del sol y del centellear de las estrellas, verás en la noche, más allá de todo sér, el negro, el espeso velo de la muerte. Sobre el gran templo del Universo hay un mónstruo que vive rumiando seres. En sus fáuces se perderán las estrellas como gotas de agua, se estinguirá el sol como débil pavesa, se desvanecerá el gran todo como las sombras del sueño. El hombre es un caminante perdido, errante, empeñado en olvidar que su albergue, su morada paterna es el sepulcro. ¡Cuántas veces hemos visto una estrella fija, rutilante, que

creíamos eterna, y despues el tiempo se la ha llevado en las negras orlas de su manto de tinieblas! Como alrededor de cada sér hay un límite, y alrededor de cada astro en la callada noche una sombra, alrededor del Universo está la muerte. Cada paso que das te aleja de la cuna y te lleva al sepulcro. Cada dia es un pedazo de tu sér que rueda á la eternidad. Mira, ¿ves aquel monte? Pues allí duerme Semíramis. Removió el mundo, despertó razas con su espada, llegó desde las orillas del Mediterráneo hasta las orillas del Indo, ocultó en su manto el Asia como el ave oculta bajo sus alas el nido, derramó sangre de todos los pueblos, trajo á este palacio coronas de todos los reyes, guió su carro sobre las ruinas de mil templos, holló con los piés de sus elefantes los cadáveres de mil generaciones de dioses, puso montañas sobre montañas y lanzó los rios por sus cimas; y á pesar de tanta grandeza, un soplo del aire, la respiracion de un insecto puede esparcir y disipar sus cenizas. La vida es una copa en cuyo fondo está siempre la muerte. Una hora ménos de vida es una hora ménos de padecimiento. En la naturaleza, todo lo que se muere es hermoso: el sol poniente, la flor que se deshoja, la tempestad que se despide con el iris, la estrella de la mañana que se borra en la luz, el ave que lanza en su última hora sus últimos gorjeos.

ORIEL.

Pero yo, yo quiero vivir, porque no conozco todos los secretos de mi existencia. Los seres se despedirán de la vida cuando hayan cumplido su fin y realizado su obra. Pero yo ¿me he de morir sin saber un secreto que llevo

dentro de mí mismo? No. Yo amo la vida. El cielo riente, el sol, el cántico de todos los seres, los colores de la naturaleza, la armonía universal, el placer, el amor, mi sangre que hierve, me convidan á vivir. Quiero vivir. Miéntras yo no sepa lo que es libertad, la cuchilla del sacrificador se embotará en mi garganta. Sólo muere el hombre cuando ha perdido la última esperanza, como sólo muere la flor cuando se ha secado la última gota de su savia. Y yo no moriré. El aire brilla en cambiantes de luz. Las estrellas se sonrien. Los sáuces sacuden de placer sus ramas sobre las aguas. El rio va murmurando palabras de vida. Allá á lo léjos se ven blancas nubes argentadas por el rayo de la luna, que parecen una bandada de palomas. Las flores rompen su capullo y se abren al beso de la noche y al arrullo del áura. La vida centellea por do quier. Y en medio de tanta vida, ¿he de perecer yo, yo que me siento crecer? No, no. Nadie podrá arrancarme la hermosa luz de la existencia.

NINIAS.

Jóven esclavo, tu muerte está decretada por los dioses. Pronto irás, vestido de blanco lino, perfumado de misteriosas esencias, ceñido de flores, á prepararte en el templo para morir sobre el ara del sacrificio. Los dioses á que te consagro son dignos de tí. El mayor entre ellos es aquel Belo, que lanza de su frente la luz, que sostiene en sus manos las riendas del tiempo, que dirige con su voz las ruedas de los carros de oro en que duermen los genios de los astros, y lleva consigo á su esposa Belgad, más bella que la luna llena, cuyo velo de argentada luz envuelve en misteriosa

gasa el amanecer, y la tarde en indeciso crepúsculo, cuando los molocs con cabeza de vaca andan entre las sombras de los bosques, y los nergales convidan con el canto del gallo á dormir á los hombres, que viven sin cuidado bajo el amparo de Belo, cuya fuerza creadora ha infundido la vida á todas las cosas, y cuya poderosa organizacion se envuelve los espacios infinitos como un manto y se ciñe como un collar á su garganta todas las constelaciones del cielo. En el templo donde se ha de consumar tu sacrificio verás orgías infinitas, esclavos desnudos azotándose hasta sacar de su cuerpo sangre, mujeres que entreguen á los sacerdotes las ofrendas de su amor, danzas ardientes acompañadas con los conciertos de las flautas y los ruidosos ecos de los atambores. Y tú al pié del ara, despues de haber ofrecido incienso y mirra á tus dioses, perecerás, y tu alma se perderá en los espacios como la nube de humo del sacrificio. Así lo pide la religion, así lo manda tu rey. Vé, pues, á morir. Te entrego á mis magos, á mis sacerdotes.

ORIEL.

Rey de Babilonia, que no tienes una gota de sangre en el corazon; que derramaste sobre mí la última lágrima de tus ojos; que mandas hombres á la muerte con la misma indiferencia que los esclavos de tu cocina mandan bueyes al matadero; que juegas con tu corona y con tu cetro á los dados, entregándolos al vario giro de tus caprichos; que no tienes ni una pavesa de fe en el oscuro abismo de tu alma, ni un aliento de esperanza en tu consumida existencia, ¿cómo te atreves á consagrar á tus dioses un esclavo que los detesta, que los maldice, y que, al morir, escupirá

á su frente toda la hiel que atesore en su larga, en su prolongada agonía? Déjame vivir en paz. Yo no te quito ningun pedazo de cielo, ningun suspiro de aire, ningun rayo de sol, ningun lugar del espacio, ningun sentimiento del alma. Déjame vivir en paz, con mis ideas, con mis esperanzas, al ménos hasta que sepa qué es libertad, esa palabra recogida de tus labios para mi tormento.

LOS MAGOS.

Infame esclavo, ¿sabes lo que has dicho? Gusano de la tierra, ¿te has atrevido á levantarte hasta el sol? Baja de tu orgullo: que el sol te reducirá á cenizas.

NINIAS.

Callad. Yo le perdono. Pero arrancadle pronto de aquí, lleváoslo en buen hora, y mañana, que es el dia destinado para el holocáusto, sacrificadle á los dioses.

LOS MAGOS.

Cese el festin. Apáguense las luminarias. Callen los coros y la música. El rey de Babilonia quiere quedarse solo. Llevemos en procesion la víctima de las fiestas saceas á su ara y á su altar. Démosle esta noche para que medite en los misterios de la muerte y en los secretos del sepulcro. Andad, andad, y entonad el último coro que despida esta noche de placeres. (*Vánse todos, ménos Ninias.*)

EL CORO (*se oye á lo léjos*).

La noche de placer ha pasado, y viene el dia á iluminar nuestro hastío. Todo dura en la naturaleza, ménos el hom-

bre, fantasma que se borra de la tierra como la nube del cielo. El sol brilla siempre, los horizontes centellean con eterna alegría, el Eufrates se espacía por los prados con sus inundaciones, el Tigris se hunde en su profundísimo cáuce, la catarata se lanza con igual impulso de las altas rocas, las estrellas se bañan en la suave luz; y el hombre, sólo el hombre muere. Cuando la mariposa pliega sus alas y se pierde, sabe que, suspendida su semilla de la hoja del árbol, ha de dar nuevas larvas, de las cuales saldrá, tiñendo sus alas en más espléndidos colores y embriagándose en más suaves aromas; pero cuando el hombre rueda en la eternidad, no sabe qué será de su existencia, misteriosa estela pronto borrada. Y el sepulcro es un lecho donde las sienes agitadas descansan y el corazon deja de sentir la tempestad de las pasiones. Sobre sus frias tinieblas se sacude la flor de la vida, y aunque el tiempo busque el recuerdo de los seres que se estinguen, sólo encuentra frios y quebrados huesos. Flor, tú tienes semilla; árbol, tú tienes yemas que te den nuevas hojas; estrella, tú tienes el sol que te presta siempre luz: pero el hombre no lleva en sí más porvenir que la muerte. Preparad el ara, ceñidla de flores, encended los pebeteros, derramad esencias, reunid los sacerdotes, y que la sangre del esclavo suba en espiral de humo á las alturas, á fin de satisfacer un poco el olfato de la muerte, que va siempre husmeando cadáveres para hartar su insaciable hambre.

NINIAS (*solo*).

Las luces se apagan, los vapores del vino se disipan, la música se pierde á lo léjos. La luna brilla y lucha con los

primeros albores del nuevo dia. Desde esta ventana descubro toda Babilonia; á lo léjos los canales llenos de dorados barcos, separándonos de las hambrientas tribus de los bárbaros; más cerca los diques levantados por infinitas generaciones y cubiertos de aromáticas flores y de verdes enredaderas; en el centro los azules lagos engarzados como esmeraldas en las sandalias de la gran ciudad; enfrente el templo de Belo con sus esfinges que duermen, la torre de los magos, sobre cuya cima flotan como un blanco velo las gasas de las nubes, el santuario de Militta con sus techumbres doradas, las puertas de acero que parecen espadas pendientes de un cinto, el fuerte de Nemrod que se pierde en los cielos, gigante que vela el sueño de Babilonia; y alredor de todos estos edificios, que cada uno representa el pensamiento de una edad y el alma de un genio, la palmera que destaca en el horizonte su verde copa, las espigas de sésamo, el sáuce á cuya sombra duermen las palomas, el ciprés melancólico y sombrío, la orla de vegetacion encerrada en los inmensos desiertos donde crece el incienso y llora amargas lágrimas la mirra, como para enseñar á todas las razas que pasan en sus camellos cuán cerca está la muerte de la vida. ¡Qué alegre es la gran ciudad! El aire exhala suspiros de amor, los jardines embriagan con sus aromas, la vida es contínuo festin, el culto ardiente orgía, la mujer vaga siempre en sueños voluptuosos, los navegantes cantan en los canales las amorosas canciones del Mediodia, los viajeros que vienen de los cuatro puntos del horizonte buscan aquí reposo y contento: que Babilonia es pebetero que perfuma los cielos, lecho que convida á todos los placeres, jardin donde vuelan todos los amores, palacio

de incesantes fiestas, hermosa reina que atrae con sus besos á todas las razas de la tierra, ansiosas de reclinar la frente en su amoroso seno. Ninguna ciudad puede igualarte en hermosura. Tú oyes todas las lenguas; tú guardas todos los dioses que has visto pasar errantes por el desierto; tú ciñes á tu cuerpo el lino de la India y la púrpura de Tiro; tú llevas en la mano cañas cinceladas donde están las maravillas de todos los héroes; tú te asientas sobre piedras que el Eufrates ha arrastrado y que el genio de tus hijos ha convertido en animales simbólicos; tú apoyas los brazos en cilindros de jaspe ornados de estrellas de oro que parecen caidas del cielo; tú llevas pendiente de la garganta un collar de zafiros, de esmeraldas, y cada hijo del Asia engarza una joya en tu corona, y se lleva en sus sandalias un poco de polvo de tus calles para cubrir sus sepulturas y consagrar sus templos. Pero ¿qué voz plañidera viene á quejarse en mis oidos? El viento que se levanta en el desierto es un largo gemido. Y ese gemido me dice que algun dia se emponzoñarán las aguas del Eufrates, y caerán una tras otra las piedras de los templos, y se fundirán los ídolos de bronce, y se quebrarán las esfinges de mármol, y se perderán las tablas en que mis magos graban las palabras escritas por Belo con signos de estrellas en el firmamento, y desaparecerán los jardines de Semíramis, y en ese rio cubierto de barcas sólo anidará el cocodrilo, y en este floreciente espacio se estenderá un sudario de arena, y en los cimientos de estos templos harán sus madrigueras los tigres, y en las terrazas desplomadas sólo se oirá el cántico del buho, y Babilonia, la Babilonia que ahora habitan todas las razas y saludan todas las gentes, será un de-

sierto donde no encuentre el caminante ni un oasis para levantar su tienda. Pero ¿quién podrá arrancarte, ¡oh esfinge coronada de flores! de ese pedestal en que desafias á los siglos? ¿Quién hará cimbrear estas columnas, que son más fuertes que montañas? ¿Quién podrá hacer envejecer á Militta, que resplandece con eterna hermosura? ¿Quién arrancará de las manos de Belo sus sangrientos cometas? ¿Dónde está la fuerza que se atreveria á acercarse hasta el lecho de Thamo, ó que pueda arrojar á los abismos los cocodrilos de bronce, las serpientes aladas, las mariposas de oro, las águilas, los elefantes, los animales que representan las varias formas de la vida? No, no; vuestro rey no lo consentirá. Pero ¿qué pasa por mí? Á la luz de la luna, entre las dudosas sombras, veo las esfinges mover sus alas, los dioses reirse de mí, las serpientes de bronce morderse las colas, todos los animales simbólicos danzar en un círculo mágico; y de cada altar, de cada piedra se levanta una voz que me aterra, y una música que me embriaga y que me produce un vértigo tal que creo que se va tras ella mi alma. Decidme, decidme el secreto de este delirio.

Las Esfinges.

Nosotras estábamos encerradas en la naturaleza como la flor en su capullo, sin conciencia de nuestro sér, sin presentimiento de nuestra vida, cuando un soplo del espíritu nos despertó en los espacios, nos dió este hermoso rostro, nos ciñó coronas de laurel, y nos destinó á guardar el sueño de los dioses en los altares de Babilonia. Pero nosotras no podemos, no, vivir así; porque si nuestra cabellera bri-

lla como el rayo de la luz en la frente de la estrella, si nuestros ojos son azules como átomos de los cielos, si nuestros labios son fragantes como la primer rosa que se abre en la primavera, si nuestro pecho palpita como el arbusto animado por la encendida savia; nuestro cuerpo está aún atado á la materia, sujeto á la tierra, y no podemos volar, no podemos bañarnos en el primer albor con que la aurora tiñe los horizontes, ni respirar el aire perfumado en que vagan las nubes, ni espaciarnos oyendo el cántico del ruiseñor y entrelazando las coronas de verbena en el seno de los bosques, ni rejuvenecernos recibiendo las irradiaciones de la vida universal. Una voz del cielo ha bajado á nuestros oidos, nos ha hecho suspender nuestra oracion, y nos impulsa camino de Occidente por los espacios del desierto. Nosotras llevarémos en nuestras garras la guirnalda de flores que ha de unir un mundo con otro mundo, una forma de la vida con otra forma nueva, la edad pasada con los venideros tiempos; porque el secreto del Oriente palpitará en nuestras sienes y se exhalará como un himno de nuestros rosados labios. Al llegar al borde del desierto, cuando sintamos derramarse por las venas el licor de la nueva vida que ha de ser nuestra gloriosa trasformacion, darémos un «adios» á estas noches del Asia, embalsamadas por el incienso, henchidas de suspiros de amor, arrulladas por los rumores de los bosques, engrandecidas por las meditaciones místicas de mil pueblos, consagradas por los pensamientos divinos que los orbes trazan en los cielos con sus cadencias y sus armonías. Y al sentir el aliento de la nueva vida, el calor del nuevo mundo, el suspiro de la nueva edad, el cántico de las nuevas generaciones, así como la

mariposa, cuando siente el tibio soplo de la estacion florida, sacude su largo sueño, rompe su larva, toma alas de gasa, las pinta con los colores del iris, y vuela libando las esencias de todas las florestas, errante de árbol en árbol, y de capullo en capullo, y de flor en flor, nosotras nos desceñirémos de estas formas, dejarémos este cuerpo, sacudirémos estas diademas, y tomando vestidura más espléndida, y estendiendo nuestros brazos á otras regiones, como el ave que va á levantar su vuelo, nos perderémos en mares de nueva vida, trasformadas en radiantes diosas. Pero no llores, no, rey del Oriente; porque ántes de abandonar el Asia depositarémos como ofrenda al pié de los nuevos altares la lámpara llena de aceite de sésamo para iluminar el templo, la copa de oro para dar de beber á los pueblos el jugo de la antigua vida, y así no se perderá ninguna hora del tiempo. Si quieres, pon sobre nuestras espaldas tu dios, que nosotras lo llevarémos donde suenen arpas más armoniosas, y crezcan flores más pintadas, y canten vírgenes más bellas, y haya altares más sublimes levantados á orillas del celeste mar en las cumbres de las montañas coronadas de mirto y de lentisco. Al deslizarnos en las ondas y ceñirnos la corona de espuma, como guardarémos aún el secreto de lo pasado, los pueblos de la orilla nos llamarán para preguntarnos lo porvenir, y escribirémos con estelas, con rayos de la luna en la superficie del mar nuestro secreto, como escriben los dioses en el cielo con estrellas su pensamiento. Y al acercarnos á las costas con un cántico de amor en los labios, del seno de ignorada tierra, como del fondo del caos, surgirá un mundo hermosísimo que será el arpa de la creacion, el bosque de los dioses; y al estallar en la playa co-

ronado de guirnaldas de flores, levantará á los cielos en la primera irradiacion de su vida inmaculados pensamientos Y de cada grano de arena de aquellas playas, de cada gota de agua de aquel mar, de cada hoja de aquel bosque, de cada suspiro de aquellos aires surgirá un dios; y todos esos dioses llenarán como nubes de pintadas mariposas los cielos. Y nosotras, vestidas de espumas, coronadas de algas y de perlas, con las brisas por alas, el iris por arco, el rumor de las olas por cántico, y las luminosas estelas por dorado cinto, nos mecerémos en las celestes aguas, velarémos el sueño del sol, danzarémos en torno de la cuna del astro de la noche; y el navegante al pasar encenderá la resinosa tea en la proa del barco y quemará en nuestro loor rosas y verbenas; porque nosotras, hoy inmóviles y pesadas esfinges, oprimidas bajo el peso de la materia, pegadas á este pedestal, mudas, informes, nos trasformarémos en las hermosas sirenas que, ligeras como las gasas, móviles como las ondas, impalpables como las áuras, han de ser en el seno de los mares la riente primera ilusion del alma de la naturaleza. Adios, rey de Babilonia: que vamos á tomar el camino del desierto.

NINIAS.

¡Irse! No. ¿Quién sostendrá mi lecho? ¿Quién podrá llevar sobre su frente el peso de los altares? ¿Quién velará á la entrada de los templos el sueño de los dioses? ¿Quién sostendrá á Babilonia? ¡Oh! Babilonia sin esfinges será un cielo sin astros. Detenedlas, columnas gigantescas, ya que de vuestro seno han nacido, detenedlas.

Las Columnas.

Un cántico se eleva de nuestras piedras para anunciarnos que tambien tendrémos florecimiento y nueva vida. No hemos de vivir siempre pegadas al muro, esclavizadas, recibiendo inertes el geroglífico que escriban al pasar las generaciones. Si el viento se levanta y en sus ráfagas trae montes de arena para precipitarlos sobre Babilonia, el suspiro del espíritu difundido por toda la creacion nos dará una nueva forma y nos envolverá en nuevas vestiduras; porque si los imperios mueren, no mueren los dioses. Nosotras, hoy hundidas en tierra, sosteniendo montañas inmensas en nuestras gigantes espaldas, representamos la inmovilidad de esta vida oriental. Pero si se han de borrar los imperios como se borra el paso del caminante en el desierto, no se han de borrar, no, las ideas que viven radiantes en nuestras piedras, y que se exhalan de nuestra superficie como la luz del disco del sol. Y cuando el tiempo, armado de su martillo, venga á demoler á Babilonia, irémos camino de Occidente en hombros de los pueblos que nos han tomado por signos de sus ideas y por jalones de su peregrinacion á través de la tierra. Y sacudirémos esta pesada capa de argamasa, y nos limpiarémos de estos oscuros geroglíficos, que caerán de nuestras piedras como caen las hojas secas en otoño de los gigantescos árboles; y tomarémos la forma hermosísima de la mujer, dejando la tosca forma del elefante y la tortuga; y nos levantarémos al cielo solas y erguidas como la palmera; y sostendrémos ligeras cornisas como una diadema cincelada; y nos ceñirémos floridas guirnaldas entrelazadas con la espinosa hoja

de acantho; y siempre de pié, verémos acercarse á lamer nuestro zócalo de mármol las ondas de los siglos, que se retirarán reflejando nuestras líneas, admiradas de la hermosura y de la armonía de nuestras formas. Y así habitarémos un mundo de armonías, guardarémos dioses risueños y hermosos, vivirémos en perpétua comunicacion con la naturaleza, como si su savia se derramára tambien por nuestras moléculas, sostendrémos el templo sagrado en que ha de centellear el fuego del nuevo espíritu, y serémos una nota más, una cadencia más de ese eterno cántico que de esfera en esfera sube á los cielos como la oracion del alma de la naturaleza.

NINIAS (*cayendo de rodillas ante el altar de Thamo*).

Dios, dios protector de mi pueblo, ¿va á morir el Asia? ¡Ay! Si sus árboles pierden las hojas, ¿dónde encontrarémos abrigo? Si sus palmeras se tronchan, ¿dónde irémos á buscar el signo de la victoria? Si sus elefantes perecen, ¿qué sosten podrá tener el guerrero? Si se secan sus flores, ¿con qué se adornarán las doncellas? Los altares de los templos no tendrán incienso, los mantos de los reyes no tendrán púrpura, las túnicas de los sacerdotes no tendrán lino, las coronas de los dioses no tendrán ni ópalos ni esmeraldas. Va á morir esta tierra en que las montañas llevan una diadema de eternas nieves, en que los bosques entrelazan á la encina y al pino el limonero y el granado, en que el desierto estiende su manto de oro y los lagos sus verdes y claras aguas, en que el volcan encierra la antorcha del primer fuego de la creacion, y las llanuras van á perderse blandamente en bra-

zos de los mares, en que la naturaleza ha cincelado sus más gigantes obras, capaces de albergar una nueva generacion más grande que estos pobres parásitos que viven soñolientos en sus inmensos espacios. Muerto el Oriente, no habrá un pebetero que perfume la tierra, no habrá un sacerdote que hable de Dios á los hombres, no habrá un mago que cuente las estrellas, no habrá un oráculo que interprete todos los misterios, no habrá ni un árbol á cuya sombra reposar en paz. No lo consientas, no, Thamo, no lo consientas. ¿Rodarán por el suelo las piedras de tus pirámides? ¿Se romperán una contra otra las puertas de acero de tu templo? ¿Caerán en el polvo los altos muros que se burlan del tiempo? La mano del estranjero, del que no oye hablar de Babilonia sino con pavor, ¿será osada á destrozar tu lecho? Tu imágen de oro, que se alza en el altar más alto del templo, ¿será arrastrada en los carros de los bárbaros? ¿El sol se dormirá para siempre, sin querer defender con sus dardos de fuego la ciudad sagrada? ¿Hera tendrá dormida en su seno la serpiente cuando vengan sus enemigos á herirla? ¿Rhea no azuzará sus leones de oro? ¿No querrás defender los cráteres de plata, los pebeteros de ámbar? Los animales trazados en las paredes de tu templo ¿no se despertarán á perseguir á los que vengan á turbar su largo sueño? Nemrod, el gran Nemrod, que ahora duerme bajo una montaña, rodeado por las aguas de dos rios que se entrechocan á sus piés, ¿no levantará con su cabeza el gigante peso; y teniendo su arco más grande que un cedro, no derribará en el polvo á todos sus enemigos? Thamo, no te vayas. En ninguna region de la tierra tendrás agua tan pura, flores tan olorosas, templos tan grandes, altares tan

lucientes, pebeteros tan perfumados, ni doncellas que canten tu vida y lloren tu muerte como en Babilonia.

THAMO.

Quiero una primavera perpétua, y aquí los árboles se agostan, los rios se secan, y el desierto viene á más andar á tragarse los muros de Babilonia. Un rayo de la luna me llevará á otra region, y la blanca espuma del mar se tenderá á mis piés como una barca de plata, para mecerme sobre las ondas y conducirme á mis nuevos altares. Esta mañana han venido todos los dioses del Oriente: el que tegió las formas de todas las cosas, el pastor de la cabellera de luz, el que habita en las nubes, el que centellea en el relámpago y habla en la tempestad, el cocodrilo que venía cansado de Egipto, la culebra que traia en su piel flores de la India, el ibis y la grulla sagradas que murmuraban en mis oidos palabras del cielo, Indra coronado con los rayos del sol y tendido en las nubes que resbalaban sobre los espacios, Militta ceñida de áuras y agitada por el amor, Anaitis coronada de rosas, que destilaba de sus labios la miel de la esencia de la vida; Belo, que traia enroscados los signos del zodiaco; el coro de las Horas, que danzaban en suave concierto sobre mi frente; y todos me han dicho: «Ven donde el sol se pone: que allí renacen los dioses con nueva vida, y aquí se mueren de muerte inevitable, porque una espada de fuego se estiende sobre el Asia.» Y en una vision que pasaba por los ojos del eterno Brahama he descubierto una tierra que se mecia como cuna de azucenas en un mar celeste, y allí he presenciado el nacimiento, la irradia-

cion contínua de nuevos dioses. El genio del porvenir, que flotaba sobre el coro de las divinidades orientales, me ha dicho que en esa tierra tendré un carro de labranza tirado por bueyes, un haz de dorado trigo donde sentarme, coronas de amapolas para mis sienes, vestiduras de yedra y de pámpanos, vírgenes que en mis aras quemarán coronas de verbena, una lira para entonar mis eternos cánticos, y amores en mi vida y lágrimas para mi sepultura. Pero mi muerte será como es para los mortales el sueño, y me despertaré con más fuerza, con más vida, con más lozana juventud. Y la diosa de la hermosura, de rodillas á mis piés, me contemplará dormido, llorará mi largo sueño, hará que sus ninfas entonen himnos para arrullarme; y cuando abra yo los ojos, me llevará consigo al fondo del Océano, á sus palacios de cristal, á su lecho de espumas. Sí; los dioses emigramos como las golondrinas, porque hemos menester el calor del espíritu, y aquí el espíritu se pierde y se evapora. Este templo es demasiado grande para mí, y tengo frio. Aquí me cuesta mucho trabajo hacer brotar la vida en la naturaleza. Déjame partir á otra tierra. En aquellos mares, en vez de boas, habrá nereidas. En aquellos rios se reflejará el cielo con perenne alegría. En aquellos campos, si no crece la palmera, crecerá el laurel. Yo necesito una montaña celeste, un mar tranquilo, un riachuelo que se pierda cantando entre las guijas, la grata sombra del limonero perfumado de azahar, la vista de los bosques de adelfas, el arrullo de la paloma, el sueño tranquilo sobre la yerba, el lejano rumor del mar que regale con los ecos de sus ondas y de sus brisas mi amor sublime por la naturaleza.

NINIAS.

Tú tambien nos abandonas. ¿Crees que vas á encontrar otra vida en la nueva tierra que te llama con el reclamo de sus brisas? ¡Infeliz! Detente. No te vayas. ¡Ah! Los dioses me parecen espectros. Ruedan en torno de mí como los vagos fantasmas de un sueño. Se van, se van en larga procesion. Parecen esas bandadas de grullas que al caer la tarde levantan su vuelo hácia Occidente. ¿Y nos dejais, nos dejais? ¿Quién os abrigará? ¿Dónde volveréis á respirar el olor balsámico del incienso? ¿Quién os ceñirá una corona de perlas y de esmeraldas? Los altares, las aras, los templos caerán bajo el peso de vuestros pasos. Segaréis en flor todas las ideas religiosas. Con ese camino contínuo vais á hacer del mundo un gran ateo que se ria con sus convulsiones de vuestro poder y escupa al cielo la amarga espuma de sus mares. Detenéos: y si os vais, no os lleveis el espíritu de Babilonia, porque la gran ciudad caerá en el desierto como el camello que muere de sed y de fatiga. ¡Oh Anaitis, diosa de la naturaleza! Tú jamás podrás abandonarnos. Tú no tienes hijos, porque las formas de todos los seres nacen de tu esencia sin que las engendres; tú no tienes tampoco esposo, porque tu fecundidad está en tu misma sustancia, en tu propio sér. No, no abandones á Babilonia; porque si tú la abandonas, contigo la abandonará esta tierra en que se levantan los cimientos de los templos y de los palacios. Quédate tú, y al ménos se quedará contigo la naturaleza.

ANAITIS.

Yo tambien me voy, porque el suspiro de la brisa me acaricia el rostro y me llama hácia Occidente con los sonidos que derrama en torno de mí y con las esencias que trae en sus ligeras y celestes alas. Yo, que soy madre de la naturaleza, no puedo vivir aquí produciendo sólo seres inmensos, deformes, gigantescos, borradores de la organizacion, ensayos de la vida, preludios roncos de la verdadera armonía. Aquí habeis sepultado mi espíritu, que ansía volar, en una piedra negra más pesada que la losa de un sepulcro. Dejadme que la rompa como la semilla rompe su película, como la hoja su yema, como la flor su capullo, como la mariposa su larva. Yo que veo en el seco tronco derramarse la savia, encender todas las moléculas, brotar en verdes hojas y gayas flores, circular con perpétuo movimiento, correr desde la última fibra de la raiz hasta la última hoja de la copa que se pierde en el cielo, esparcirse en los aires como un espíritu alado é invisible con las esencias y los aromas; yo he de creer en la renovacion de la vida divina, en el florecimiento de los dioses, en la primavera de la vieja theogonía del Oriente. Déjame, pues, déjame que gima en bosques rientes; que me lave los piés, manchados con las arenas del desierto, en claros arroyos; que me duerma al pié de los mirtos, viendo el sol relucir en el mar y escuchando el cántico de la cigarra; que me desciña de estas pesadas vestiduras de piedra, y tome por túnica la celeste áura; que me arranque las diademas de ópalos y esmeraldas, y me corone con una guirnalda de azucenas, de cuyos cálices salgan volando pintadas mariposas;

que abandone estos templos inmensos, gigantescos, estas pirámides, estos geroglíficos, para ir á otro templo cuyas piedras sean las notas de un cántico, y cuyas columnas los árboles de un bosque, y al pié de cuyos altares, hechos de blanco mármol y levantados en los altos promontorios, se oigan los coros de las vírgenes mezclados con el eco de las olas. Nosotros, los dioses, no gustamos de los sacrificios de Oriente. Ahora mismo, bajo las bóvedas de los templos orientales, al pié de sus altares, un desgraciado, pálido, delirante, aguarda á que llegue el sacrificador y le clave la cuchilla en la garganta, para caer sobre el ara y entregarnos su sangre en holocáusto. Y los dioses que no son antropófagos como eran sus padres en los bosques, huyen á otra tierra más plácida, dejándose aquí sus formas, como la serpiente se deja su piel en el desierto. Ya no queremos libar en la copa del sacrificio más sangre.

NINIAS.

¡Ah! Es verdad. La sangre de mi esclavo va á correr en los altares de Belo, y los dioses no quieren ya oler sangre humana. Detengamos, suspendamos el cruento sacrificio. Voy á decir que no preparen el ara, que no afilen la sangrienta cuchilla. Detenéos, sacerdotes, detenéos. No inmoleis de ninguna suerte á ese hombre, porque los dioses no quieren sacrificios humanos. ¡Ah! Mi mente desvaría. Mis sentidos se oscurecen. Me falta tierra bajo las plantas, y aire para respirar. Veo andar los cocodrilos, huir las esfinges, volar los dioses, quedar desiertos los altares, vacías las aras. Detenéos. No os trasformeis, dioses de mis padres. Y se van cantando, con la alegría pintada en el rostro. ¡Ay!

Quisiera detenerlos. Suspended, suspended vuestra carrera. (*Va á andar, y cae.*) Parece que un rayo me ha herido en la frente. Veo sobre mí estenderse una negra nube, y en sus ondulaciones y en los pliegues de sus tinieblas dibujarse, como el rojo carmin del sol sobre el ocaso, como el relámpago en la tempestad, genios de mí desconocidos, envueltos en mantos de púrpura, sostenidos por alas de fuego, armados de cometas, soplando en unas trompas negras que fingen el ruido de un mundo que se desploma, despidiendo de sus ojos encendida cólera, y de su pecho gritos que me hielan de espanto y que me anuncian la destruccion de Babilonia, próxima sin duda, porque de otra suerte no volarian sobre su cadáver esos seres, que suben al cielo como sube de las entrañas de la tierra á los aires el fuego del volcan. Callad, callad: que me partís el pecho, mensajeros de la cólera celeste.

Los Ángeles.

La cólera de Dios se cierne sobre Babilonia como el águila hambrienta sobre su presa. El rayo hierve en los abismos, y serpenteando en lo infinito, cae sobre la corona de la gran ciudad, y la convierte en polvo. En vano amontona para defenderse sus altares, sus dioses, sus carros de guerra, sus escudos; porque de todo la despoja el soplo abrasador de la divina ira, como el huracan que se levanta en las arenas del desierto, respirando fuego, despoja de sus verdes galas al orgulloso cedro. ¡Babilonia, Babilonia! Tu rio se sumerge en un lecho de fango, tus sáuces se despojan de sus verdes vestiduras, tus edificios ruedan en el polvo, tus dioses cansados se van hácia Occidente á

renovar su vida, tus diademas pasan á las sienes de otros reyes, tus templos desaparecen como la tienda que el árabe ha plantado por la noche en el campo desaparece al dia siguiente, tus hijos huyen diseminados por la fatalidad como las hojas secas desprendidas del árbol, y el desierto se levanta y viene con sus leones y sus tigres, y su hisopo y sus amargas lágrimas de mirra á tenderse sobre tus ruinas. Babilonia, no llames á las estrellas, porque no te oirán, embebecidas en cantar sus amores á Dios; no asestes el arco de Nemrod, porque es muy pesado para tus enflaquecidos brazos; no te ciñas la armadura de Nino, porque te descoyuntarás los huesos podridos por eterna prostitucion; no montes el blanco elefante de Semíramis, porque duerme el sueño de la muerte sobre la tumba de la reina: no saques la espada forjada por tus predecesores, porque nada podrá contra estos cometas de fuego que blandimos sobre tus sienes; no quieras andar, porque envuelta en esta nube y perdida en el desierto, irás dejando tus dioses, tus aras, tus esfinges, tus filtros, tus misterios, como el avestruz deja diseminados los huevos de su nido. Babilonia, reina de Oriente, que has recibido en tu lecho los besos de todos los reyes, que has estrechado contra tu corazon los hombres de todas las razas, que has convertido tu vida en eterna noche de placer, que has visto en cada astro una lámpara destinada sólo á iluminar tus amores, que te has embriagado apurando la copa de oro al calor de la delirante orgía, que has vivido entre azucenas dormitando; Dios te va á borrar de la tierra, porque no tienes fuerza para blandir una espada; y de tus piedras hará el pueblo nómada su aduar, y de tus cintras de bronce y tus láminas de

plata hará el pueblo guerrero su espada, y de tus ánforas y tus cráteres de oro hará el pueblo sacerdote sus sagrados vasos, y de tu púrpura hará el pueblo comerciante su fardo, y de tus símbolos, de tus tablas astronómicas hará el pueblo marinero su guia, y de tus cañaverales el cocodrilo hará su nido, y de tus cimientos el tigre su madriguera, y de todos tus espacios la muerte su dominio. Arrodíllate, arrodíllate en el polvo, levanta al cielo tus dioses, tus misterios, tus secretos, las verdades que has arrancado á los astros, los bienes que has hecho á las razas; díle si has protegido algun caminante estraviado, si has dado de beber á algun camello sediento, si has recogido algun niño abandonado en el desierto, si has orado alguna vez con fervor en tu vida, y se salvará de la muerte algun suspiro, algun reflejo de tu alma. Pero pronto, pronto, porque ya se hunden tus rios, se desploman tus edificios, crugen tus carros de guerra, aullan los tigres hambrientos de tus despojos, hierve el huracan sobre tu sepulcro, y se esparcen por los aires tus cenizas; porque la cólera divina nos ha dado estas espadas de fuego para que borremos de la tierra esta mancebía de los reyes.

NINIAS.

¡Piedad, piedad!... (*Queda sin sentido.*)

ORIEL (*recostado en una ventana del templo*).

Me destinan á la muerte, al sacrificio. Al fin, un continuo é inútil sacrificio ha sido mi vida. He buscado anhelante la idea de Dios, y la primera vez que me encuentro solo en un templo es para prepararme á la muerte. El Dios de

estos pueblos se me va á revelar en el brillo de una cuchilla, se me va á aparecer en la agonía de mi postrer suspiro. ¿Por qué amarémos esta vida angustiosa, llena de lágrimas y de dolores, por qué? ¡Ah! La aurora resplandece en Oriente, los pájaros se despiertan, las flores abren sus corolas, el árbol agita sus ramas cargadas de rocío, y el aura se mece suspirando sobre los campos, como si fuera el alma de la naturaleza. Todos vivís y os agitais de placer, y yo, sólo yo muero. Pero ¿moriré para siempre? ¿Me convertiré en alguna de esas aves que gorjean en la enramada? ¿Seré al ménos despues de mi muerte un suspiro del aura que vaya á orear una lágrima en las mejillas de una vírgen? Ó cuando mis ojos se apaguen y calle mi corazon, ¿se apagará el sol y callarán conmigo los rumores de la naturaleza? Morir, morir, exhalar este aire que respiro con tanta felicidad, verter esta sangre que me anima, quedar frio y yerto desposeyéndome de este calor de la existencia, es triste, tristísimo. ¿Por qué habrán puesto en mi conciencia esta voz que tan poderosamente me llama á la vida? Yo no tengo ningun lazo que me ate á la tierra. ¡Ah! Siento á lo léjos una cancion tan dulce...

SARA (*que vuelve de la fuente cantando*).

La golondrina viene y humedece las puntas de sus alas en la flor de agua para continuar su camino. Vé en paz, mensajera mia, vé en paz á la tierra sagrada de mis padres. Si llegas allí, lleva al aire, á la luz este suspiro de dolor que exhalo. Revolotea un poco sobre las rosas de Jericó, baña tus alas empolvadas en el mar de Joppe, bebe las claras aguas del torrente Cedron, escucha un instante

el cántico melancólico del pescador que tiende sus redes en el dormido lago, y anida en las cabañas que se acuerdan de los primeros patriarcas, para que tus hijos y los hijos de tus hijos sean sagrados. Entra, entra en el paterno hogar y aunque esté solitario, y la yerba crezca en las junturas de sus piedras, y el viento corra á su antojo por las hendiduras de los muros, y el frio silencio se estienda donde ántes se levantaban los cánticos de los sacerdotes, detente ante aquel santuario, y recibirás el aliento de Dios y el suspiro que exhaló en el primer instante de la creacion el mundo, que todos los dias se renueva en aquellas sagradas fuentes. Vé, golondrina errante, vé en paz á la tierra de mis padres. Y si despues de haberte posado en la tostada higuera, y de haber bebido las gotas de agua del torrente en los hoyuelos de las piedras, quieres bajar hasta la tierra donde mis mayores duermen, roza con tus alas aquellas sepulturas abandonadas, y te llevarás la bendicion de Dios. Pero, golondrina, golondrina, si bebieras esta lágrima que rueda por mis mejillas, acaso sabrias cuán amargo es no tener patria, y se lo dirias así al aire sagrado que vas á cortar con tu tranquilo vuelo. Adios, golondrina errante, adios; vé en paz á la tierra de mis padres.

ORIEL.

Veo una hermosa jóven que vuelve de la fuente cantando plañidero cántico. Una túnica blanca la cubre, un manto de lana azul cae de sus hombros, ligera toca envuelve su cabeza; su tez morena, sus negros ojos, sus encendidos labios, las sedosas trenzas que caen sobre su pecho, la ligera huella que sus piés desnudos dejan en la arena, el

crugir de sus vestiduras, el eco de su tristísimo cántico, mueven mi alma dolorida á infinita tristeza. Erguida, esbelta, andando majestuosamente con el cántaro lleno de agua sobre la cabeza, me parece la imágen de otra raza, de otra gente tal vez desgraciada como yo. Mujer, da á este esclavo sediento, próximo á morir, un sorbo de agua. ¿Quieres?

SARA (*deteniéndose*).

Debo hacerlo. Mi ley me manda que apague tu sed. Si alguna vez hubieras ido á la tierra de mis padres, y hubieras entrado en la tienda del patriarca, que se apoya en el tronco de la palmera y se alza al lado del pozo, te hubieran mis mayores limpiado el sudor de la frente, el polvo de los piés; te hubieran dado pura agua, leche de las vacas, miel vírgen recien sacada de los panales, tortas hechas en la piedra del hogar; porque en mi tierra el leñador deja haces en el monte, el segador espigas en el campo, el vendimiador racimos en la viña, para que los recoja el estranjero y el caminante: que todos nacemos hijos de Dios, cuyas caricias son tan dulces como el regalado ósculo impreso por una madre en la frente del pequeñuelo que á sus pechos amamanta. (*Da de beber al esclavo.*)

ORIEL.

¡Ah! La clara agua de tu ánfora ha vuelto su frescura á mi pecho, encendido, abrasado por el dolor; pero las dulces palabras de tus labios han vuelto la esperanza á mi espíritu, devorado por la duda. ¿Tienes una patria donde el hombre compadece al hombre, donde se acuerdan del peregrino y del caminante? ¿Tienes un Dios dulce y misericor-

dioso? ¿Y dónde, dónde está? Yo sólo he visto dioses crueles que me han arrojado de sus templos, y que si hoy me reciben, es tan sólo para respirar el olor de mi sangre y gozarse en mi muerte. Háblame, pues, de esa patria que es ya la patria de mi corazon, de ese Dios que es ya el Dios de mi espíritu. Díme: y en esa tierra, de que por tu desgracia estás ausente, ¿anidará el amor?

SARA.

En la estacion en que madura el primer fruto de las higueras y sacude su flor la viña, cuando tras caluroso dia viene la noche á refrescar los aires y sólo se oye el grito del buho ó el arrullo de la tórtola, el amante, llevando una corona de anémonas en la mano, va al pié de la ventana de su amada, y al eco de la cítara le cuenta sus amores que los ecos de la montaña repiten; y la vírgen se levanta del lecho, se envuelve en blanco cendal, y vierte sobre la cabeza de su amado una copa llena de olorosa mirra, recuerdo del aroma de sus amores, y le regala un lirio cogido de su jardin y regado con sus lágrimas.

ORIEL.

Díme dónde está ese pais, el único donde se ama en la tierra. Revélame ese Dios misericordioso y bueno. Quiero seguir tu ley, quiero abrazar tu religion. Si creyera las verdades que tú crees, si amára el Dios que tú amas, si estuviese dispuesto á sacrificarme por esa patria que tus ojos arrasados de lágrimas buscan al través del lejano horizonte, si fuese fiel á la memoria de tus padres como el último de sus hijos, ¿tú, cautiva, amarias á este desgraciado?

¡Oh! No te sonrojes. Mi amor sería puro como mi pensamiento.

SARA.

Cautiva arrancada por la ley de la guerra al hogar de mis padres, debo por mi ley aborrecer al estranjero. Su alma está oscurecida por el amor á los ídolos, y su cuerpo manchado por impuras abominaciones del culto. Los que no han nacido en mi patria son adoradores de las estrellas, y los adoradores de las estrellas sólo ven el escabel de Dios. Las promesas del Eterno nunca podrán alcanzarles, y no tendrán el reposo de una muerte tranquila, ni la ventura de una larga generacion. Pero si te entregas á mis sacerdotes, Dios te dará nuevo espíritu, y nueva vida mi patria. Y entónces serás mi amado, y yo tu amada. Y guiarémos nuestros ganados por las colinas, y los llevarémos á beber en los torrentes, y orarémos ante el Arca de la Alianza, y oirémos la voz de los profetas, y cuando, bendecidos nuestros amores, tengamos hijos, los llevarémos al templo, presentándolos acompañados de cándidas palomas. En memoria de esta mañana, á la luz del sol naciente, que es como sombra delante de mi Dios, toma esta reliquia, donde están escritas algunas palabras de mi ley. Persevera, sí, persevera, y serás nuestro, y te llamarémos prosélito de justicia. Adios, adios. Aguárdame, que yo volveré con un sacerdote de mi raza. Te lo juro. (*Se va cantando.*)

ORIEL.

Gracias, cielo para mí implacable, gracias. Ya tengo una esperanza, ya he encontrado un corazon en esta vida

tan desolada y tan triste. La imágen de esa mujer que ha calmado la sed de mi espíritu se desvanece, y su cántico se pierde. Pero yo no olvidaré nunca esta reliquia, ni la dulce esperanza que me ha infundido con sus amorosas y severas palabras. Nuestros dos pensamientos se han encontrado, y se han confundido en una nuestras dos almas. Mi vida, que se hundia en los abismos del olvido, riéla ya la luz de una esperanza. Habitar en los campos, tener un ganado, guiarlo para que paste la yerba cargada de rocío, levantar una cabaña, vivir en ella con la mujer querida, espaciarse en el seno de amiga religion, ver un Dios amoroso, escuchar los grandes profetas, vivir para el bien y esperar renacer en nuestros hijos, es toda la felicidad que puede tener nuestra existencia. ¡Ah! Ya siento apacible dicha. Mi espíritu atemorizado se duerme en el seno de la esperanza. Mi razon que desvariaba ve ya una luz en la vida. Dejadme, pensamientos lúgubres que venís sobre las almas doloridas como los buitres sobre los cuerpos muertos; dejadme. Ya soy feliz, y desafio con frente altiva y ánimo entero todas las desgracias. ¡Ah! ¿Qué digo? ¡Infeliz! ¿Qué digo? Para mí no hay amor ni esperanza ni salvacion posibles. Yo soy la sombra errante de una existencia. No puedo ofrecer mi trabajo, porque mi trabajo es de mi dueño. No puedo ofrecer mi vida, porque de mi dueño es tambien mi vida..... ¿He dicho mi vida? ¡Oh! Me olvidaba, me olvidaba de que mi vida es toda entera de los sacerdotes, que pronto, muy pronto van á clavar, segun sus ritos, la sagrada cuchilla en mi garganta. ¡Morir, y morir con una esperanza! Si al ménos ninguna ilusion quedára en mi vida, sería mi muerte como el sueño tranquilo que asalta al ter-

minar los trabajos del dia. Pero morir amado; morir cuando voy á estrechar contra mi seno á una mujer querida; morir cuando entreveo el Dios que en vano he buscado por la tierra; morir con el corazon rebosando sangre, con el espíritu lleno de ilusiones, con la existencia cubierta de flores; morir así ¡ay! es morir mil veces. Yo no puedo resignarme á morir, no puedo. Me levanto contra la ley fatal que me subyuga, y muerdo esta cadena que me ata. Pero así como mis dientes se quebrarán en el hierro, mi voluntad se embotará en la fria cuchilla que penetrando en mi garganta ha de acabar mi existencia. ¡Y es posible qne sea tan miserable nuestra existencia, tan pobre y mezquina nuestra vida, que amores, ilusiones, ideas, esperanzas, todas las fuerzas del sér hayan de morir, cortadas por una mísera cuchilla! No hay remedio. La luz se apagará en mis ojos, la sangre caerá de mi corazon, la respiracion se extinguirá en mi pecho, y mi vida entera pasará y se desvanecerá. Pero ¿en dónde, en dónde se desvanecerá? No lo sé. Nada me han enseñado estos sacerdotes, nada me han dicho estos sabios. Ignoro si mi cuerpo, esta pobre organizacion, caerá, se descompondrá en cenizas, yendo á alimentar insectos y á perderse en la corrupcion universal que origina la vida. No sé tampoco si algo superior á mi cuerpo se desceñirá de estas ligaduras de la materia é irá á unirse con el áureo éther de la luz, con el vago suspiro del aire, con la esencia de la flor, con todo lo que hay de impalpable en la naturaleza. Al ménos, el que va á morir y sabe cuál ha de ser su porvenir allende la muerte, aguarda sólo una trasformacion maravillosa, y presiente que despues del dolor ha de sentir venturas ciertas; pero el que se acerca á la tumba

y sólo ve tinieblas, incertidumbre, es el más desgraciado de los mortales. Dios de esa mujer que acaba de hablar, Dios que alboreas ya por el amor en mi alma; si no te es indiferente la suerte de un infeliz, si no ha llegado hasta tí la implacable dureza con que todos los seres me tratan, ¡ay! sálvame, sálvame. ¡Inútil ruego! Morir es mi destino. El sol se levanta y da verdor á los prados, matices á las gotas de rocío, aromas á las flores, cánticos á las aves, plateados reflejos á los arroyuelos, vida á todos los seres; pero no esperanza á mi corazon. Resígnome á morir. Como no es mio el trabajo, no es mia la vida. Disponga en buen hora mi señor. Pero tengo frio. Mi alma se hiela. ¿Qué va á ser de mí? Vida hermosa y grata que palpitas en toda la creacion; vida que subes desde la raiz del árbol hasta el águila, hasta la estrella; vida que centelleas con tantos colores y revistes tantas formas; vida que alimentas desde la luciérnaga escondida entre las piedras de un arroyo hasta el sol; para este sér desgraciado no tienes un suspiro. Pero ¿qué oigo? Se mueven las puertas, se oye un cántico lejano. Son mis sacrificadores que se acercan. Ha llegado mi última hora. Adios, naturaleza. Te sonries tan serena como si no se cometiera en tu presencia ningun gran atentado. Muere uno de tus hijos, ¿y ries? ¿Para qué me has engendrado? Vida mia, aunque tan triste y tan oscura, debo decirte que es aún más triste y más oscura mi muerte.

CORO DE SACERDOTES (*entrando en el templo*).

Cantemos, cantemos con delirio. El sol se levanta de su lecho, lleno de alegría, tendido en su carro de oro y arrastrado por sus caballos de fuego. Desde la cúspide de

las montañas hasta las ondas del rio, naturaleza sonrie de plácida alegría y se embriaga en goces infinitos. Ha sonado la hora del sacrificio. Rompan en un coro las arpas, canten y gorjeen las flautas, truenen los atambores, dancen las doncellas, y la alegría se estienda por todos como se estiende y se dilata la clara luz del sol. Dancemos nosotros tambien, formando un círculo en torno del fuego sagrado, como danzan las estrellas en torno de la tierra. El templo brilla, el altar de Belo se cubre con nubes de incienso, el ara con flores que acaban de abrir sus corolas; envolvámonos tambien nosotros en el sentimiento del placer. Así como el jugo de la vida pasa de sér en sér, de la tierra á los árboles, de los árboles al aire, del aire al cielo, del cielo á las estrellas, de las estrellas á los dioses, y lo enciende y lo anima todo, la sangre del esclavo que vamos á verter se estenderá por todos, y á todos nos animará, y á todos nos alegrará con una alegría infinita y divina. Nuestros padres eran más gratos á los ojos de los dioses, y su vida más propicia, porque en su ruda fe no dudaban un punto en sacrificarles todos los enemigos que caian en sus manos en los campos de batalla. Acerca, pues, Belo tu ancha copa, y recibe la sangre de un esclavo, y abreva en ella nuevos seres que en los limbos de la naturaleza dormitan faltos del licor de la sangre, que enciende las venas y enrojece la vida. El humo que de la caliente sangre subirá hasta tus abiertas narices, te embriagará en una embriaguez divina. Preparad, sacerdotisas, el ara, llevad las ánforas y los cráteres, encended los pebeteros de ámbar, apercibid la cuchilla del sacrificio, coronad la víctima de flores: que va á correr sangre del esclavo en justa ofrenda á nues-

tro padre Belo. Cantemos, esclavos, cantemos con delirio.

ORIEL (*á los Sacerdotes*).

¿Y será posible que lleveis vuestra religion hasta inmolar en sus aras un infeliz esclavo que ningun daño ha hecho á vuestros dioses? ¡Oh! No me mateis, no me mateis. Si las divinidades que adorais tienen algun instinto de justicia en su conciencia, más os agradecerán la vida que la muerte de este miserable. Al fin, mi vida es tan insignificante y tan pobre como la vida de la luciérnaga que se esconde entre las piedras. El vapor de mi sangre no llegará al cielo. El último quejido de mi pecho se perderá en el espacio como se pierde el zumbar del insecto en el desierto. Dejadme esta vida que para vuestros tutelares genios debe ser bien mezquina ofrenda, dejádmela, y yo levantaré un holocáusto de amor en mi corazon á vuestro culto. Necesito ver el cielo, abismarme en contemplar el sol, respirar el beso del áura que refresca mi rostro abrasado, hundir mis piés en la yerba humedecida por el rocío de la noche, vagar por la cima de las montañas errante, bañarme en el tibio resplandor de la luna, oir un juramento de amor, y dejar alguna huella de mi sér en la vida. Ayer hubiera muerto contento, hoy no puedo morir. Al despedirme de la existencia para siempre, cuando creia que nada me quedaba en la tierra, que mi fin se habia cumplido, que toda esperanza era muerta, en tan mísero estado, en que pasar de la vida es casi indiferente, ví brillar una luz que me inundó de alegría, que me despertó de mi letargo, que fué como la trasformacion de mi sér, que vino á mostrarme que áun podia yo amar; y, como vosotros sabeis, morir, mo-

rir amando es imposible, porque sólo se muere cuando está seco el corazon y agotada el alma. ¡Oh! Perdonadme. Una corona de flores, un poco de miel, los inocentes corderillos, las blancas palomas deben ser objetos más gratos á vuestros dioses que la negra vida de este mísero esclavo. Dejádmela, dejádmela gozar en paz, y una bendicion eterna subirá de mis labios en vuestro loor á los cielos. Mi juventud, mi amor, el apego á la existencia gritan desde el fondo de mi corazon y me dicen que viva. ¿Y vosotros me abandonaréis? Teneis hijos. Mañana puede un conquistador llamar á la puerta de vuestro templo. Y acaso, esclavos tambien, con la cadena al pié, hundidos en la miseria, obligados á trabajar noche y dia, alguna vez el capricho de sus señores los condene á muerte; y entónces quizá pidan con lágrimas, con sollozos, con lastimero clamor, como yo, justicia y misericordia. ¿Y querríais vosotros que fueran tan sanguinarios los dioses de vuestros enemigos, y tan despiadados sus sacerdotes, que los entregáran á la muerte?

Los Sacerdotes.

Cantad, sacerdotisas, cantad, y no oigais las quejas de este infeliz.

Las Sacerdotisas (*á Oriel*).

No escuchamos ningun gemido, no vemos ninguna lágrima. Los dioses mandan que mueras, y has de morir en sus aras. Cuando el Universo se abria por vez primera como una flor acariciada por el áura, y lanzaba á los cielos en sus grandiosas esplosiones mundos y mundos como el volcan lanza su fuego y sus negras piedras, la soledad cubria

todos los espacios, hasta que Belo arrojó sobre la materia sedienta una gota de su sangre, y entónces nació el espíritu que debia ser la animacion de la naturaleza. Y desde tal instante nosotras debemos al Supremo Hacedor, que con su fuerza incontrastable creó todas las cosas, mucha, mucha sangre: que nada hay tan grato á su omnipotencia. Cantemos, dancemos, bebamos los ardientes licores, enardezcamos nuestras pasiones, avivemos nuestros sentidos, lancemos gritos de alegría, y en este culto delirante que interesa toda la vida, hundamos la cuchilla en la garganta del esclavo, para que al brotar la sangre y correr sobre el ara vea Belo que la tierra le devuelve en cruentos holocáustos la esencia de su sér que próvido vertió de sus venas sobre la naturaleza. Esclavo, tu padecer será de un momento. Se nublarán tus ojos como en el instante en que tus párpados no pueden levantarse bajo el peso de terrible sueño. Resígnate, pues, á morir: que vale más morir en aras de los dioses que vivir en la esclavitud y en la miseria. Mira cómo resplandece el templo, y el fuego centellea en el ara. Prepárate á morir: que tu muerte es el holocáusto de un Dios.

ORIEL.

¿Vosotras, débiles mujeres, tambien os gozais en la muerte? ¡Ah! No. Vuestro corazon es un vaso que al frio de la crueldad se quiebra. Ese delirio, esa fiebre de vuestras palabras me está diciendo á voces que no quereis, que no podeis querer mi muerte. Dar vida en vuestro seno es el destino que os ha encomendado el cielo, y no podréis olvidarlo hasta matar á un infeliz que en nada os ha dañado.

Vosotras amais. ¡Habréis suspirado, habréis llorado tantas veces! Pues yo, yo soy amado. Respetad en mí el sello del amor. Cuando me arrastren al ara del sacrificio, podeis clavar el cuchillo en mi garganta; pero lo clavais en el corazon tambien de una infeliz mujer. Por piedad, por piedad, salvadme de la muerte. Vuestro Dios no querrá que perezca un infeliz y que al par de ese infeliz perezca una mujer. Si no me salvais por mí, salvadme por la inocente que esta mañana al salir el sol me ha jurado amor. Dejad, pues, que apague la luz de mis ojos el que me ha dado esa luz, que disipe la vida de mi sér el que me infundió esa vida. No os interpongais entre el cielo y mi existencia. Si debo perecer, el rayo del cielo quemará mi frente y me aniquilará. Si debo vivir, ¿por qué me habeis de arrancar la vida? ¡Piedad! Si la mujer no es piadosa, es el mónstruo más horrible de la tierra.

El Pueblo (*entra con gran confusion y espanto en el templo*).

¡Horror, horror! Del cielo descienden horribles nubes que parecen volcanes errantes. De su seno exhalan sonidos espantosos como si sobre ellas cayeran en ruinas los mundos. De vez en cuando despiden una llamarada como la siniestra lumbre de un sol que se apaga entre los pliegues de su manto de tinieblas. La tierra tiembla, las aves se encierran en sus nidos, las fieras aullan desde sus madrigueras, y el desierto se levanta por do quier en espirales de calcinadas arenas. Entre las sombras se ven soldados que parecen cabalgar en alas del huracan; una nube de cuervos les precede lanzando siniestros graznidos y olfateando campos de batalla. El horror es tal, que esos guerreros

hambrientos, casi desnudos, que blanden una espada en sus manos tintas en sangre, parecen descender del seno mismo de las nubes. Babilonia, Babilonia, tu última hora se acerca. La venganza del cielo viene á interrumpir tus festines. ¿No oís? Las altas pirámides, las grandes columnas se cimbrean al empuje del huracan como los cipreses mecidos por las áuras. Belo, Belo, no abandones á tu ciudad.

CORO DE SACERDOTES Y SACERDOTISAS.

El cielo se irrita porque no le hemos sacrificado su víctima propiciatoria. El esclavo de las fiestas saceas le ha pertenecido siempre. Y el sol, alma del mundo, al ver que dudábamos en darle lo que es suyo, se ha airado, y las nubes de la ira han cubierto su rostro. Apresurémonos á desagraviarle. Ven, ven, esclavo, al ara, y correrá tu sangre, y Belo apagará su sed y nos devolverá su amor, que es la luz del dia. (*Arrastran á Oriel hasta el ara.*)

SARA (*anhelante entre la muchedumbre*).

Ya le atan las manos. Ya le obligan á doblar la rodilla. Ya le ponen la venda en los ojos. La sacerdotisa limpia el ara con el agua lustral. El mago pronuncia las fórmulas del sacrificio. Las doncellas enlazan guirnaldas de flores alrededor del altar. El gran sacerdote, vestido de blanco, prueba la cuchilla para rematar pronto la víctima. ¿Y yo he de ver todo esto serena é impasible? ¡Oh! No, no. Sacerdotes de Belo, vosotros creeis sacrificar á un Dios, y sacrificais al mal. Belo no es el genio de la luz, es el genio de las tinieblas. No le entregueis, por piedad, esa víctima.

Compadecéos del sollozo de esta infeliz mujer. Las lágrimas que vierten mis ojos son tan encendidas que desharian una piedra. ¿Y no desharán vuestros corazones? Soy una mujer de una tribu errante arrancada por vuestros soldados á la tierra de Canaam.

Los Sacerdotes.

Aparta, estranjera. ¿Qué sabes tú de nuestros dioses? Ni siquiera conocemos el nombre de tu oscuro pueblo.

Oriel.

Muero contento, porque muero llorado. Esas lágrimas harian palpitar de alegría mis cenizas en el fondo de la tierra. Mujer, ruega por mí á tu Dios.

Sara (*á los Sacerdotes*).

¿No oís la tempestad? Ese trueno es la voz de mi Dios que hiende los espacios, ese relámpago el reflejo de su mirar airado, esas nubes el carro en que viene á traer su castigo, ese huracan las alas de fuego de los ángeles de sus venganzas, y pronto seréis todos consumidos.

Los Sacerdotes.

Acabemos pronto, pronto el sacrificio.

Sara.

¡Piedad, piedad!

Los Ángeles (*invisibles en los aires*).

Mirad á Oriel, al elegido de Dios, que en la noche tre-

menda del caos agitaba con sus celestes alas todas las tinieblas, y entre sus manos modelaba como blanda cera los candentes mundos, y los doraba con el rayo de luz recogido en la mirada de Dios, y los esparcia por los espacios vírgenes, enseñando á cada uno á murmurar una plegaria y á producir en su primer movimiento una dulce mística armonía que era como la cándida ilusion del Universo, como la primera festividad de la vida. Recordadlo, cuando envuelto en su túnica celeste, coronado con los rayos de la luz increada, embebido en reflejar la divina esencia en sus ojos, agitando sus blancas alas que producian armoniosas cadencias en el éther, primera esplosion de la materia enrojecida aún en el fuego de la palabra divina, sembraba en lo infinito por mandato de Dios mundos y soles, depositando en ellos el divino ideal de toda la creacion, y elevándolos como sagradas hostias en sus inmaculadas manos al Eterno sobre el divino altar de la naturaleza. Ese es aquel que vagaba por lo infinito, que señalaba á cada sol su centro, á cada mundo su órbita, y colgaba allá en los confines del Universo, como blanco velo nupcial sobre casto lecho de amores, las plateadas gasas de las estrellas nebulosas, semillero de mundos, primeras palpitaciones de vida, estelas perdidas en el océano de lo infinito. Nosotros, ángeles del cielo, le seguíamos de léjos, perdidos en las áureas sonrosadas nubes de la primera inmaculada materia, y oíamos extáticos las ardientes notas que con sus dedos arrancaba á su arpa de oro, y el cántico infinito con que las estrellas del cielo acompañaban su voz cuando se suspendia sobre el Universo recien creado como la mariposa sobre la flor. Y el que asistió á la primer mañana del

mundo; el que enseñó sus armonías á los globos de luz que ruedan por los espacios infinitos; el que llevaba la palabra del Eterno en sus rosados labios á toda la naturaleza; perdida su hermosura, arrancadas sus alas, extinguido su cántico, rota en sus manos la lira, sin conciencia de lo que fué, sin esperanza de lo que puede ser, sin recuerdo alguno de aquel cielo donde nació, sin idea del Eterno, en cuyo blando regazo reclinaba la frente cuando volvia de su largo camino por los espacios; está ahí, con las manos atadas á la espalda, las rodillas hundidas en el polvo, los ojos sin luz, el corazon aprisionado en falsos amores, aguardando á que un sacerdote le clave la tajante cuchilla é inmole sin piedad una vida que era la exaltacion y la gloria del Universo. Señor, Señor, ¿consentirás que perezca? No: salvémosle.

ORIEL.

Oigo una armonía deliciosa. La vida se despide ¡ay! de mí con sus más hermosos y regalados cantares. Pronto, pronto deberá caer la cuchilla sobre mi cuello. Adios, último reflejo de la esperanza, que te apagas con el último destello de la existencia.

EL GRAN SACERDOTE.

Levantemos la cuchilla. (*Brilla un relámpago.*) ¡Qué horror! La cólera de Belo se refleja en las negras nubes. (*Suenan prolongados truenos.*) La tierra, envuelta entre nubes, parece el leon calenturiento que ruge de rabia en su oscura madriguera. ¿Qué nos querrán nuestros dioses, cuando tan irritados hablan por la voz de sus tempestades?

(*Se oye gran rumor de armas.*) Los bárbaros llegan hasta la puerta del templo. ¡Ah! Ya la rompen. Ya cae á los golpes de sus hachas. Entran, y á todos hieren, y todo lo profanan. Belo, Belo, sálvanos. (*Arroja la cuchilla y huye. Oriel se levanta. Innumerables guerreros inundan el templo con espadas ensangrentadas en las manos.*)

LOS GUERREROS.

Desnudos, montados en nuestros caballos salvajes que vuelan como el viento, hiriendo con nuestras armas la tierra que despide chispas cual la tempestuosa nube ardientes centellas, perdidos en las abrasadas espirales de las arenas del desierto como en la cólera del genio de las tinieblas, bebiendo á torrentes la sangre repartida de mano en mano en los cráneos de nuestros enemigos, hemos aniquilado pueblos como el incendio consume árboles en el bosque, hemos aplastado bajo nuestros piés vientres humanos como el labrador aplasta uvas en sus lagares, hemos talado campos dejándolos yermos para siempre á manera de voraces langostas, hemos iluminado nuestro camino con el fuego prendido á las ruinas de mil ciudades; de suerte que la destruccion ha sido nuestro númen, el incendio nuestro guia, la sangre nuestra bebida, y la muerte nuestro triunfo. Y en esa larga carrera, ébrios de sangre, desvanecidos con el olor de los cadáveres, aturdidos con los gritos y las maldiciones de nuestras víctimas, sofocados por el humo de los incendios, heridos por las alas de los cuervos que venian al olor de la matanza, locos por nuestras victorias y el placer de derribar ciudades como el segador derriba con su hoz espigas, un grito escapado de todas las roncas gargantas

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

nos alentaba; el grito de Babilonia, reina de Oriente, que habia de ser el primero y el más grande de todos nuestros despojos. Y aquí hemos pisoteado reyes, hemos violado hermosas vírgenes cuando estaban en el estertor de la agonía, hemos bebido sangre en los vasos de los templos, hemos calentado el veneno de nuestras flechas en hogueras alimentadas por cuerpos de esfinges y de dioses. Derrocarémos estas pirámides, esparcirémos las piedras de estas capillas, fundirémos al fuego en que arde la ciudad sus mesas y sus cráteres de oro, pulverizarémos sus grandes colosos, romperémos las tablas astronómicas, desbandarémos sus sacerdotes, arrojarémos á las hogueras sus vírgenes, y en torno de esta inmensa pira, que cubrirá con sus nubes de humo el cielo, danzarémos aullando, como el feroz tigre ya harto hunde sus uñas en la presa por el contento que le causa revolcarse en los miembros palpitantes y respirar el hedor de la sangre.

ORIEL.

Me han salvado. Pero ¡qué horror! Las espadas de esos bárbaros se clavan en todos los pechos. Las vírgenes caen sobre el ara exánimes. Los sacerdotes quieren huir, se resbalan en la sangre que corre por el pavimento, se desploman, y son inmolados por la hambrienta espada de sus enemigos. El pueblo, horrorizado, sin saber defenderse, entrega el cuello como la oveja al sacrificador. Un grito horrible puebla los aires. Un rio de sangre empapa la tierra. Bandadas de gente dispersa corren por todas partes. Las madres se llevan sus hijos en los brazos, y á lo mejor un soldado se los arranca del maternal regazo y los arroja á las

llamas. ¡Qué horror! ¡qué horror! Valdria ántes cegar que ver tantas víctimas, tanta sangre, tantas cabezas rodando, tantos miembros mutilados, tanta desesperacion y amargura.

UN GUERRERO (*acercándose á Oriel*).

Tú eres aquí estranjero.

ORIEL.

Sí.

EL GUERRERO.

Te libertamos de la comun desgracia, y serás desde hoy esclavo de mi rey.

OTRO GUERRERO (*que trae á Sara*).

Esta mujer es tambien estranjera. Al carro de guerra, porque es un don para el rey. (*Sara y Oriel son maniatados en carros de guerra como despojos de la batalla.*)

ORIEL (*á los Guerreros*).

¿Y Ninias?

UN GUERRERO.

Ha muerto herido por mi flecha.

ORIEL.

¿Qué gran clamoreo es ese?

UN GUERRERO.

Es el confuso graznar de los cuervos que hambrientos se ceban en el cadáver de Babilonia.

LOS ÁNGELES (*subiendo al cielo*).

Señor, ¿ha sonado la hora de la redencion del esclavo?

UNA VOZ EN LA ETERNIDAD.

No... No...

LOS ÁNGELES.

Anda, mísero esclavo, sobre la tierra empapada con tus lágrimas. Rodarán los imperios en el polvo, pasarán como bandadas de buitres los señores del Asia, caerán unos sobre otros los templos como los árboles de un bosque azotado por los huracanes, huirán los dioses del Oriente como del nido huyen los pajarillos que ven crecidas sus alas, y tú, pobre esclavo, negra piedra, seco tronco, sobrevivirás á tantas ruinas, viendo trasformarse todo en el Universo, ménos tu dolor, eterna gota de hiel que siempre quedará en el fondo de estas sociedades. Sigue tu camino sembrado de abrojos. El sacerdote de estos ídolos te arrastrará á sus aras para ofrecerte en holocáusto; el déspota te hará instrumento de sus crímenes y de sus venganzas; el guerrero te llevará ceñido á la cola de su caballo para que estermines á sus enemigos; el sabio pasará por tu lado menospreciándote, sin comprender el misterio que llevas en tu conciencia, más sublime que los misterios de los astros en el cielo; el mercader te arrastrará á sus mercados á venderte por cual-

quier precio, y todas las razas de la tierra escupirán hiel á tu rostro, maldiciones á tu alma. Y ninguno de los que pasen á tu lado comprenderá que tu alma es más pura que la primer luz que brotó sobre el Universo, y tu aliento más vivificador que el primer soplo de brisa que exhalaron los mares al rodar en los espacios, y tu idea más luminosa que el primer sol que se alzaba en la inmensidad desierta sacudiendo mundos y cometas de su agitada cabellera de fuego, y tu orígen tan divino como el orígen de los ángeles que llevaban en sus alas al través de las trombas y de los torbellinos bituminosos del caos la bendicion de Dios á la naturaleza. Sigue, sigue tu camino. Las castas te despreciarán, y ni siquiera dejarán escrito tu recuerdo en la conciencia de la humanidad. Pero algun dia te vengará la eterna justicia, revindicando para tí el númen de los tiempos y de las civilizaciones. Y cuando se desentierren las piedras de los templos y de los palacios, y se vea en ellas las manchas de tu sudor y de tu sangre; y se busquen los cimientos de los imperios, y se vea que el único cimiento eran tus espaldas; y se escarbe en la arena para encontrar los restos de los dioses, y se revele con asombro que tu cincel era la inspiracion y la vida; el mundo te levantará un altar, la humanidad llorará con lágrimas y sangre tus dolores, las arpas de los poetas entonarán eternas elegías á tu historia, y merecerás que el mismo Dios abandone su trono de nubes, su corona de estrellas, para redimirte y exaltar á su verdadera dignidad tu oscurecida naturaleza. Sigue, sigue tu camino. Áun te quedan largas horas de martirio. Te encontrarás en el desierto, y cuando suene la trompa guerrera y se lancen furiosos unos contra

otros los ejércitos, como el viento se lanza sobre las olas y las olas se arremolinan en el viento, creerás que del choque de las espadas, de las centellas que lanzan los escudos, de la nube de polvo que cubre el horizonte, del encuentro de los encendidos carros, va á salir una llama que derrita tus cadenas, y sólo alcanzarás sentirlas con mayor pesadumbre en tus destrozados hombros. Te hallarás en un bosque, libre, errante, viendo á tus piés el mundo y sobre tu cabeza el cielo, entregado á escuchar el ruido de la sonante catarata, el concierto que elevan en alas de las áuras á Dios todos los seres, desde el insecto que zumba en el polvo hasta el cuadrúpedo que aulla en la selva, y desde el cuadrúpedo que aulla en la selva hasta el ave que canta en los vientos; y cuando creas segura allí tu vida, se arrojará sobre tí el bandido de los cercanos pueblos, y con una argolla al cuello te llevará al mercado para venderte por un pedazo de lino que cubra sus carnes, por un bocado de pan que mate su hambre. Vagarás por los mares en las naves que el hombre te obligará á formar de los grandes pinos y de los altos cedros. Y al ver la inmensidad sobre tu cabeza y bajo tus piés, los húmedos vientos que vuelan levantando espumas, las olas que hierven, los astros que se retratan en la líquida superficie, las celestes aguas que se pierden allá en los ilimitados horizontes; al oir el ruido del mar que habla con la voz de sus corrientes y de sus brisas, la tempestad que muge y hace palpitar los abismos del Océano; en aquel templo donde lo infinito se revela con toda su majestad al hombre, te creerás libre, y al querer usar de esa libertad te hallarás más esclavo que el pólipo pegado á la roca ó la cinta de alga vomitada por las aguas en la are-

nosa ribera. Llegarás á un bosque de mirtos y lentiscos, cubierto de yedra y de azules campanillas que broten de las hermosas enredaderas, y entre las sombras que las verdes ramas estiendan en la yerba bordada de flores y ceñida de parleros arroyos que compitan en sus blandos susurros con las canoras aves, verás tendidos, pulsando arpas y cítaras, coros de poetas que llenen los perfumados aires con los lamentos de los grandes dolores; y al mostrarles tu corazon herido, tu alma oscurecida, la cadena que se ha clavado hasta en tus huesos, el reguero de lágrimas y sangre que has dejado sobre toda la tierra, no sabrán sacar de tus dolores ni un cántico, y continuarán sin derramar por tí una lágrima, cantando otras penas que no son tan duras como tu horrible pena. Descubrirás en tu larga peregrinacion una inmensa hoguera alimentada por los yertos troncos de cien generaciones de pueblos, y alrededor de esa hoguera danzando legiones de guerreros que á la ardiente lumbre forjen sus espadas más encendidas que el rayo vibrado por la mano de Dios; y cuando veas arrojar en esa ardiente hoguera dioses, aras, cetros, templos, razas, como el leñador arroja ramas secas á la lumbre que vuelve las perdidas fuerzas á su aterido cuerpo, creerás que va á salir de allí una luz de libertad, y sólo aparecerá inmensa nube de humo, entre cuyas sombras se abrazarán y se confundirán las gentes como se abrazan en la desierta orilla dos navegantes que se han salvado de horroroso naufragio. Pero tu libertad, tu derecho, tu familia, tu hogar, tu pensamiento, tu conciencia, tu Dios, sólo podrás encontrarlos el dia que caiga sobre la tierra una lágrima bastante á lavarla de sus manchas, y se celebre en el altar de los cielos un

sacrificio inmaculado, y una gota de sangre dulcifique toda la amargura de la vida, y un rayo de luz encienda en divino amor el alma; y al llamar al dintel del sepulcro alcances que se abren las puertas del cielo para que renazcan tus alas de gasa, tu guirnalda en la frente, y vuelvas á agitar con tu vuelo reposado y tranquilo el luminoso éther, que animado por el amor florezca en nuevos mundos, cuyos conciertos produzcan en las esferas, incomunicables y divinas armonías como nuevo y no aprendido canto de la restaurada naturaleza. En tu noche, pues, brilla alguna estrella. En tu desierto brota alguna flor. En tu tristeza cae alguna lágrima. En tu dolor se ve brotar alguna esperanza. Para tu esclavitud habrá, sí, habrá REDENCION. Sigùe, mísero esclavo, tu camino por la tierra empapada en tus lágrimas.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.

EL CAMPO DE BATALLA.

JORNADA CUARTA.

ORMUZD.

Mi túnica es el aire, la luz mi manto, el cielo sembrado de estrellas mi escudo, el sol mi casco, la aurora mi lecho, los cometas mis espadas, el rayo la chispa de mis armas, el trueno el ruido de las ruedas de mi carro, el espacio mi templo, el dia mi celeste mirada que inunda de rosados reflejos los horizontes, y los átomos de éther en cuyos luminosos resplandores todas las cosas se bañan, son los genios que me sirven, los espíritus que me obedecen y que llevan á la naturaleza el eco sagrado de mi bendita palabra. Dioses del Oriente, ya habeis dormido largo tiempo en vuestras aras, en los altares de piedra, entre el humo de los pebeteros, poseidos por una meditacion divina, embriagados con el aroma de los sacrificios; dispertáos, y acudid á mi llamamiento, que va á interrumpir vuestro sueño para que os lanceis sobre el mundo como la catarata sobre los abismos, como la luz del dia sobre las espesas sombras,

La inmovilidad es la muerte, la meditacion sin las obras es la esterilidad. Y el templo se queda desierto, y el ara abandonada, cuando los dioses, léjos de moverse y andar, se paran, como el árbol que yace petrificado despues de luengos siglos en las rocas no da ni flores ni frutos, ni siente derramarse por sus secas fibras la vívida savia. Venid, venid, pues, montados en alas del huracan, precedidos de los negros caballos de la tempestad, arrastrando en las orlas de vuestro manto las estrellas como el viento arrastra las amarillas secas hojas, blandiendo los inmensos cinceles con que habeis tallado el mundo en la soledad del espacio, mugidores como ondas de ideas que se arremolinan sobre la naturaleza, iluminados como el Oriente al despuntar el sol, y someterémos toda la tierra á nuestro dominio, para cuya obra mando yo caballos con diademas de oro, bueyes cubiertos de púrpura, serpientes con alas de serafines, cocodrilos, ángeles con centelleantes y aterradoras espadas, inmóviles y hermosas esfinges ceñidas de guirnaldas de flores, los tipos de todas las cosas, los ideales de todos los mundos. Yo, suspendido sobre lo infinito, coronado con la primera luz que doró el mundo, rodeado de estrellas como de abejas la flor que guarda dulce miel en su cáliz, agitando la tempestad, tendiendo la luz del relámpago sobre los abismos á donde no alcanza el fuego de la vida, levantando con el choque de mi cetro en las alturas nuevos seres, os llamo á este festin de la vida universal, á esta esplosion de nuestra misteriosa esencia. Venid, pues, dioses del Oriente, venid, y nos esparcirémos por los pueblos como se esparcen las mariposas en primavera por un campo cubierto de pintadas y aromáticas flores.

AHRIMAN.

No, no se estenderán por la tierra; que yo lo impediré. Encerrado en mi negro antro, cubierta mi frente de tinieblas, perdidas mis plantas en la nada, ateridos mis miembros de frio, congeladas mis lágrimas en mi barba de víboras, rodeado de tigres y de chacales que rompen con siniestro ruido huesos humanos entre sus dientes, produciendo con mi aliento escorpiones, con mi avieso mirar espesas sombras, dejando la esterilidad donde quiera que pongo la planta, la muerte donde quiera que pongo el pensamiento; yo he nacido para luchar, para revolcarme en la sangre, para alzar mi soberbia hasta el sol y arrojarlo en lo profundo como una pobre pavesa: que bajo mi dominio tengo las tinieblas, el amargo mal, veneno con que puedo emponzoñar todo el Universo. Mira mis ejércitos hambrientos de matanza. Son la víbora que lleva en sus fáuces amargo veneno, el lobo que aulla hociqueando en las entrañas calientes de sus víctimas, el tigre que acera sus uñas para lanzarse sobre la codiciada presa, el buitre que grazna en los festines de carne cruda, el insecto venenoso que roe los troncos de los árboles, las langostas que esterilizan los campos, los murciélagos que sólo pueden vivir entre tinieblas, el buho traidor, la siniestra lechuza, las sombras que oscurecen las estrellas, las aviesas pasiones que agitan el corazon del hombre; cortejo de males que se lanzan á una voz mia sobre la tierra, y la maltratan, y la hieren, y la arrastran en larga y dolorosa agonía, y la cubren con las cenizas de la muerte. Hiende, Ormuzd, con tus flechas de luz los espacios, llama al mágico sonido de tu

voz los coros de las estrellas, canta sobre las nubes, ya argentadas por el rayo de la luna, ya ceñidas de púrpura por el resplandor de la aurora, sumérgete en el rocío que al nacer la mañana humedece los campos, baña tu alma en las esencias de las flores que agitadas de amor abren al dulce beso del áura sus corolas, en tanto que yo tejo con los hilos de mis sombras, con las telas de mis arañas, con las alas de mis murciélagos, con las pieles de mis ratas, con los negros vellones de mis negras tempestades, un sudario que, arrojado sobre tu luz, tus armonías, tus ilusiones, las aniquile, y sólo deje de tu existencia un poco de ceniza que mi soplo arrastre á los abismos de mi reino para que en ellas se revuelquen mis tigres. Y cuando despues de esta guerra yo recorra triunfante en alas del viento mis dominios, en vez de sol habrá una inmensa y negra araña envuelta en tinieblas, y en vez de astros montones de lava fria, y en vez de tierra un sepulcro entreabierto lleno de gusanos, y en vez de ángeles con sus coronas de oro buhos y murciélagos que agiten las tinieblas con sus alas, y en vez de esa alegría que derramas por toda la naturaleza, mi negra desesperacion. Vamos, vamos á la guerra.

Los Persas (*en el campo de batalla*).

La trompa guerrera va á sonar. Comencemos la batalla por una oracion á todo lo creado. Bendito sea el primer rayo de luz de que se armó el sol, el primer espacio de cielo que se estendió sobre la tierra, las flores que abrian sus cálices al primer suspiro del áura, el mar que se tendió celeste y puro sobre su lecho, el primer torrente que se despeñó reproduciendo en el estruendo de sus aguas

las armonías dulcísimas de la creacion, la primer mariposa que se levantó de la flor, la estrella que trazó su huella con el resplandor de la luz inmaculada, la gota de rocío que lloró la primer aurora del Universo en los bosques agitados por una plegaria religiosa, la creacion ideal y divina que se cierne sobre esta creacion transitoria y fugaz como la idea sobre la estátua, como el espíritu sobre el cuerpo.

Los Escitas (*que pasan corriendo por los límites de un campo de batalla*).

Ven, viento del desierto, y tráenos en tus alas el grito de guerra. Venid, chispas de nuestras espadas, y guiadnos al campo de nuestros enemigos. Tinieblas del abismo, envolvednos como el ave nocturna, para que clavemos las garras en el vientre de nuestras víctimas. Espada, ten hambre de carne; flecha, ten de ardiente sangre ardiente sed. Vestido de cuero que nos cubres, pronto te vamos á dejar para vestirnos con la piel curtida de nuestros vencidos. Hacha que centelleas en nuestras espaldas, tu reflejo brilla en la batalla como el relámpago en tempestuosa noche. Lanza que vibras en nuestras manos, tu punta es más acerada y más terrible que la punta del rayo. Sí; al lanzarnos sobre el enemigo hambrientos, lucharémos para vencer, y despues de vencer tendrémos un festin de carne de caballos y leche de camellas. Y en medio del campo cubierto de cadáveres, sobre la pira formada de leños secos levantarémos nuestro único dios, nuestra espada, ofreciéndole sacrificios de víctimas humanas y libaciones de hirviente y negra sangre. Y vencedores volverémos á la choza de nuestros padres, entre el polvo del combate, llevando en el cuello de

nuestros negros caballos las cabezas de los rotos enemigos, y en el carcax que cubre nuestras espaldas sus manos derechas, y en los hombros el pellejo arrancado á sus cadáveres. Gritemos como el cuervo hambriento, rujamos como el leon en su calentura. Corramos á la batalla con la ligereza del viento, con el furor de la negra tempestad.

Los Persas.

Aparejemos nuestros carros de guerra, y arrojemos en ellos nuestras mujeres, nuestros hijos, nuestros ídolos. Corramos á encontrar á nuestros enemigos. Que la cólera sea el aguijon de nuestros pasos. Venid pronto, soldados de los campos y de las ciudades, y aguzad vuestras armas. Venid, quiliarcas persas, más temibles en la batalla que el fuego de la tempestad en las selvas. No reposemos un instante, y lancémonos audaces sobre los enemigos de nuestra raza, sobre los que no quieren reconocer nuestro incontrastable dominio. Sígannos á la batalla todos nuestros grandes y formidables tributarios: los indios cubiertos de blanco lino, montados en sus elefantes; los etíopes que llevan sobre sus negras carnes doradas pieles de leon; los pueblos cazadores que acometen sin armas y á bocados á sus enemigos; los medas cubiertos de púrpura y oro, resplandecientes de riqueza; los hijos de las líbicas regiones, tendidos en sus carros, destellando odio y venganza de sus ojos; los árabes en sus erguidos camellos, lanzando gritos agudos como el buitre sobre el cadáver, y moviéndose como la abrasada arena en los remolinos del viento; los esclavos fenicios á quienes por compasion no hemos arrancado los ojos, y que sobre su yunque nos forjan escudos y ar-

mas; todos arrójense audaces sobre su presa, para dar un tributario más á la reina de las gentes, á la Persia.

Coro de Esclavos.

Abrid paso al rey de los persas, al hijo de los dioses, al más grande y más sublime entre los hombres, al que tiene en sus manos nuestra vida y guarda en su arco nuestra muerte. Corre, señor, con la celeridad del luminoso relámpago por este campo, donde tu voz despertará todos los corazones, como el primer rayo del sol despierta á las aves dormidas en los árboles. Á una palabra tuya, á una señal de tus manos, los caballos volarán como las negras nubes en alas del huracan, los arcos lanzarán más flechas que átomos de luz el radiante sol, las espadas destilarán sangre enemiga de sus cortantes filos, resonarán los escudos como las nubes por la tempestad estremecidas, y los campos quedarán cubiertos de bárbaros que reconocerán en su agonía todo el poder de tu brazo, toda la fuerza de tu incontrastable voluntad. Miradlo: su túnica de seda está tejida en Babilonia; su manto de púrpura teñido en Tiro; sus sandalias de oro hechas en Bactriana; las perlas de sus brazaletes pescadas en los mares de Chipre; las esmeraldas de su corona arrancadas á las tierras de Golconda; el carro de guerra es de los reyes de Nínive; el arpa de oro que lleva á su lado, de los despojos de los hebreos; la silla de marfil en que se sienta es del botin de Egipto; las flechas que penden de su espalda son de Etiopía; el escudo de acero que vibra en su brazo ha sido forjado en Persépolis; las guirnaldas de flores que á sus piés se estienden, entrelazadas por las manos de sus esclavas sirias; el quita-sol que le

da sombra, arrancado con la vida en el campo de batalla á un rey de la India; los negros caballos que le arrastran, robados al árabe errante en el desierto; y los esclavos que le siguen, traidos de todas las regiones de la tierra, que se postran asustadas ante su inmenso poderío. Corre, señor, que el mundo entero te saluda. Mezcla en tu copa gotas de sangre de todas las razas, reune en tu ejército soldados de todos los pueblos, guarda en tu serrallo mujeres de todos los climas, pelea con armas usadas por todos los guerreros, corre á tu antojo por el mundo sin que te detenga ni monte ni rio ni mar, convoca en tu templo los dioses de todas las religiones, y arrojando á tus piés todos estos elementos, crea con su ebullicion una nueva vida. Postráos, soldados, confundíos en el polvo, bajad vuestra frente, cerrad vuestros ojos, porque el rey que pasa, ciega con sus lucientes resplandores, como el sol, á cuantos le miran cara á cara. Bendito seas, bendito seas de generacion en generacion y de gente en gente, tú que has domado todas las razas y que tienes por escabel toda la tierra; bendito seas, señor de los persas.

KAI-KOSRU.

Sátrapas, soldados, oidme, que soy rey de reyes. Ya sabeis que hemos corrido el Asia en alas de nuestro poder y de nuestra gloria. La Siria nos ha ofrecido sus palmas, la Media sus negros caballos, la Lidia los tesoros de sus reyes, Babilonia los secretos de sus magos, el Egipto la ciencia de sus sacerdotes, Nínive el arco y las flechas de sus héroes, la Arabia sus tribus errantes, la Etiopía sus negros esclavos, la India sus flores, su oro, su lino, sus

dioses, y hasta las tribus bárbaras que viven apartadas y recluidas en negras madrigueras, han reconocido nuestro poder, se han sujetado al yugo de Persia, aunque jamás vieron la sombra de nuestras banderas. Solamente los Escitas, engendros de la noche, que han sido ennegrecidos por las tinieblas, sedientos de sangre, hambrientos de carne humana, creen que pueden desafiarnos, porque Arhiman les ha envenenado sus flechas, sin saber que nosotros llevamos en el pecho la luminosa coraza de Ormuzd. El mundo entero es una lucha: de un lado están los genios de las tinieblas, escupiendo la noche de sus fáuces, armados con el puñal de la muerte, habitadores de los negros abismos, que se estienden sobre el espacio como la negra lava escupida por el volcan sobre las flores; y de otro lado están los ethéreos hijos de la luz, con sus alas de áuras, sus coronas de estrellas, sus túnicas de color del cielo, sus labios sonrosados por los besos de la aurora, vertiendo la luz en su camino y llenando de armonías el Universo; y en esa lucha de la luz con las tinieblas debemos mezclarnos, confundirnos los que hemos nacido de los amores del sol con la tierra, para auxiliar al bien á que precipite al mal en sus negros y pavorosos abismos. Vamos, hijos de Ormuzd, nacidos del rayo de sol que ilumina los espacios, vamos á esterminar á nuestros enemigos. El cielo nos guia, y el infierno en que Arhiman yace encadenado hierve bajo nuestras plantas. ¡Á la guerra, á la guerra!

ORIEL (*tendido á un lado sobre un escudo*).

¡Ah! No puedo más. He corrido tras ese carro, envuelto en una nube de polvo, cargado con este inmenso escudo,

Si me detenia un instante á recoger aire en mi pecho para continuar mi carrera, los soldados que me seguian cruzaban mi desnudo cuerpo con sus látigos. Si iba á beber en algun arroyo, los caballos de los medas saltaban sobre mi cabeza y me herian con sus cascos la frente. Si pedia un poco de alimento para reponer mis fuerzas, me contestaban los cortesanos escupiéndome al rostro y burlándose de mi debilidad y de mi flaqueza, en tanto que devoraban riquísimas viandas. ¡Y yo, yo obligado á batirme en estos campos, en estas guerras, sin amor á los que me mandan, sin odio á los que me combaten! Y bajo este ardoroso enrojecido sol, en esta tierra candente, rodeado de hombres que aullan como fieras, que beben la sangre de sus enemigos, yo, yo me veo obligado á asestar mi flecha, que no sé dónde va á parar ni en qué cuerpo se clavará, y soy ¡ah! soy asesino inocente. ¡Cuántas veces, al pasear mi lacrimosa mirada por los desolados campos, y ver tantos cadáveres, pálidos, teñidos en sangre, un negro remordimiento ha asaltado mi conciencia, un dolor agudo ha herido mi corazon, y de rodillas, les he hablado como si fueran capaces de oirme, y les he dicho que me perdonáran por si acaso mi flecha les habia dado la muerte, que yo condenaba con todo mi corazon, con toda esta voluntad, que no es mia, sino de los que se llaman mis señores; y absorto en estas reflexiones he derramado sobre los yertos troncos un mar de lágrimas, que por su calor hubieran podido devolverles la vida! Cuando se oye la trompa guerrera, cuando resuenan las voces precursoras de la batalla, los caballos relinchan, los elefantes sacan su inmensa trompa, los soldados gritan y mueven sus armas, todos los ojos lanzan relámpa-

gos siniestros, todos los corazones se enardecen; y yo, frio, indiferente á la lucha, sólo siento que cada gota de sangre derramada cae sobre mi corazon como una gota de plomo derretido. Para mí no hay más que dolores, no hay más que tormentos en esta larga ascension á mi martirio. Cuando corro por el campo de batalla, do quier veo un cadáver, me paro á considerar cuántos corazones habrá herido con su muerte, cuántas almas habrá oscurecido; y envidio al que muere con la dulce esperanza de recibir en sus frias cenizas una calorosa lágrima. Seres que en el horror de la batalla habré muerto con mis flechas envenenadas por mis señores, mi voluntad os deseaba la vida, miéntras mi brazo os daba la muerte. Mirad si hay dolor comparable á mi dolor. Al ménos vosotros, en la tumba fria, en brazos de la muerte que todo lo descompone y sobre todo arroja el negro sudario del olvido, sois felices, y no teneis sobre vuestras espaldas el látigo, ni sobre vuestra alma el desprecio de estos déspotas. Morir, dormir en el polvo es descansar para siempre; en tanto que vivir así, dolorido, sin voluntad, sin conciencia y sin esperanza de redencion, es arrastrarse en la muerte, pero en una muerte tan negra y desesperante, que nos aniquila para toda alegría y para todo bien, dejándonos solamente vivos para el dolor. ¡Qué desgraciado nací! Veo á mi lado pasar las generaciones, renovarse las olas de los siglos como se renuevan las ondas del mar, caer unos dioses y de sus ruinas levantarse otros dioses, huir las ideas de la conciencia como huyen barridas por el huracan las nubes del horizonte, derretirse las coronas en la frente de los reyes, desaparecer los ejércitos vencidos y los ejércitos vencedores y hundirse todos en la sima del olvido, borrar-

se los templos del espacio como se borran del desierto las huellas de la errante caravana; y en esta renovacion universal, en este cambio y movimiento constante de todas las cosas y de todos los seres, cuando espero que la muerte venga y me dé su ósculo, y me haga apurar hasta las heces su cáliz, y me recline en su regazo, y me arrulle con su frio aliento, y me dé ese eterno envidiable sueño en que todo mi sér se borre, y con él se borren todos mis dolores, permanezco aquí mudo é inmóvil, semejante á la eterna esfinge que lleva sobre sus espaldas un templo, cual si de mí toda la vida y todo el sér de esta sociedad dependiese. Y hay que luchar, porque así lo mandan mis señores. Y hay que matar, porque mis señores lo dicen. Oigo resonar los instrumentos bélicos. Una inmensa y confusa gritería llega hasta las estrellas. Nubes de polvo cruzan en todas direcciones, envolviendo en sus torbellinos los negros caballos que vuelan como el huracan. ¡Ah! La muerte se levanta, estiende sobre el campo sus alas de murciélago, y arroja de su boca su envenenado soplo. ¡Oh muerte! ¡oh muerte!

Un Soldado persa (*que tropieza con Oriel*).

Levántate, levántate, esclavo. Más valiera que oyeses el son de la guerrera trompa que te llama al combate. Corre, vuela, ó de lo contrario te azotaré con mi látigo. ¡Oh! La muerte siempre nos ha de herir á nosotros, hijos de las montañas, nacidos en Persia, y ha de respetar á los esclavos, á los hijos de los estranjeros que tal vez en la guerra azotaron á nuestros padres. Levántate, perro vil, levántate, y sígueme á la lucha, á la batalla.

ORIEL.

Soy esclavo del hijo mayor del rey. Me ha mandado detenerme aquí, y aquí me detengo; y cansado de mi larga carrera, me tiendo sobre este escudo. Si me he tendido aquí, ha sido por su voluntad, no por la mia, que es ninguna. Jamás, jamás tuve yo voluntad. Si en algo, soldado, por estar ahí te he ofendido, perdóname. Ya sé que debo agradeceros mucho el pedazo de pan que como y el suspiro de aire que respiro, porque nada, nada merezco, de nada soy digno, como engendrado en la desgracia y nacido para la servidumbre.

EL SOLDADO PERSA.

Toma, y calla. (*Le da con su espada unos golpes en la espalda, y sigue su camino.*)

ORIEL.

Todos me maltratan, y yo no tengo ánimo siquiera para mirar á los que me maltratan. El menosprecio de todos, el látigo siempre chasqueando en mis oidos é hiriéndome en todo mi cuerpo, las maldiciones de los pueblos, el hábito de la servidumbre, de tal suerte han clavado hasta mi corazon las cadenas, que al ver un hombre que se pertenece á sí mismo, que tiene voluntad y hogar y familia y dioses, tiemblo en su presencia, y creo que puede golpearme, herirme en justicia, porque él es poderoso y yo soy esclavo; y así mi vida es un largo martirio sin tregua ni descanso, y el olvido de todos es mi único refugio, mi consuelo único. El ejército enemigo avanza. El rey se apresta á la lu-

cha; su hijo, que es mi dueño, tambien; corramos, esclavos, corramos al campo de batalla.

El Jefe de los Escitas (*á sus gentes*).

El relámpago de la guerra brilla presagiándonos la gran tempestad. Sonad los atambores mágicos hechos con la piel de nuestros enemigos. El campo de batalla nos ofrece gran botin, montones de riquísimos despojos, hermosas mujeres, vino para embriagarnos, carne cruda y sangrienta para hartar nuestra rabiosa hambre. Fruncid las cejas como los genios de la guerra cuando van á blandir el rayo sobre sus enemigos; despedid de los sanguinolentos ojos siniestros y tétricos resplandores como la nube tempestuosa despide el relámpago, y arrojáos sobre los persas como las ondas abrasadas de arena sobre la errante caravana, ahogándolos en el humo de vuestro encendido furor. Cuando el arco se quiebre, cuando la flecha esté saciada ya de hirviente sangre, cuando la espada se haya roto de quebrar huesos, arrojáos sobre los árboles del camino, arrancándolos con esa fuerza indomable que os dieron nuestros genios guerreros; aplastad al enemigo, hasta ver si machacais contra las piedras la cabeza coronada de Persia. Cuando no hay armas, las rocas sirven para aplastar á los enemigos, las rocas despeñadas de las altas montañas por la ira, como las piedras que en su ímpetu arrastran los torrentes. Así nos llegarémos á los muros de sus ciudades, arrancarémos sus pesadas puertas de acero, demolerémos sus orgullosos templos que desafian al cielo, cargarémos nuestros caballos con sus ídolos de oro, harémos nuestras esclavas á sus mujeres, y hervirán sobre sus ciudades nues-

tros odios como hierve el mar cuando sepulta una isla en sus amargas espumas. Corred por la llanura como corre el viento por el desierto. Azotad á vuestros caballos para que se lancen sobre el enemigo como la nube oscura sobre la tierra; y allá, al fin de la batalla, os aguarda el premio más hermoso. Repartiréis la púrpura de esos príncipes; os enriqueceréis con sus piedras preciosas; el trono de oro en qne se asientan servirá de lecho para vuestros placeres, sus palacios y sus templos de cuadras para vuestros caballos, sus pueblos de esclavos, sus dioses de juguetes para vuestros hijos, sus armas de pira para vuestros altares, y os gozaréis en descuartizar un imperio y arrojar sus miembros destrozados á las panteras y á los tigres del desierto. Asestad, asestad vuestro arco y despedid vuestra flecha: que pronto veréis por tierra derrocado el gran coloso, terror de vuestros padres. Ahuyentaréis á sus defensores á poca costa, como se ahuyenta con un grito á un cuervo. No temais. No hay caballo tan ligero como el caballo del desierto, no hay flecha tan venenosa como vuestra flecha, no hay arco tan potente como vuestro arco, no hay, no, guerrero que pueda ponerse sin temblar delante del escita, que hace á sus dioses libaciones de sangre. Corred, corred á la pelea, hijos del desierto.

KAI-KOSRU (*desde el campo persa*).

Venid, ejércitos mios, seguidme á la pelea. Ningun poder de la tierra ha reunido como yo tantos pueblos bajo los pliegues de su manto. Los que bebeis las claras aguas del Oronto; los que habitais en los picos del Líbano en compañía de las águilas; los que me debeis, hijos de Palestina, que haya roto vuestras cadenas y os haya devuelto á vues-

tro inmenso templo; los que nacísteis en las altas montañas que son como el lazo de todas las cordilleras del Asia; los habitadores inquietos del desierto, que envueltos en vuestros mantos de lana blanca pareceis entre el polvo del combate ardientes nubes que rozan las abrasadas arenas; los que respirais las frescas áuras del Indo y venís armados de vuestro arco á la pelea, seguidme: que vamos á esterminar á esos bárbaros escitas, que quieren sacrificarnos en aras de sus horribles divinidades sedientas de nuestra sangre. Mirad su jefe, con su arco á la espalda, su cuerpo cubierto de pieles de tigre, sus piés y sus brazos desnudos, sus mejillas pintadas de sangre, su mano agitada por la rabia, y su labio vibrando palabras de maldicion contra nuestro poder, palabras hirvientes como un rayo y tempestuosas como la cólera de la naturaleza; y á su grito salvaje todos los pechos roncan y hierven como roncan y hierven los abrasados volcanes en las altas cimas de las montañas coronadas de fuego. Lancémonos corriendo á la pelea: que al fin de nuestra carrera está la victoria. Corred, corred al combate; seguidme, pues ardo en anhelo infinito de cebarme en esos pueblos, los únicos que han resistido hasta hoy el poder de mi brazo, capaz de remover las piedras de los cimientos donde se asienta el Asia. Seguidme, seguidme, y volad, soldados, en alas de vuestra ira. Corred conmigo á la pelea, hijos de la guerra.

ORIEL.

¡Oh! La fatalidad me impulsa á la guerra. Ya se encuentran los dos enemigos y chocan fuertemente con horrible estruendo. Un clamor espantoso, un clamor de odio

puebla los aires. Los dientes rechinan de furor, y las armas se encuentran centelleando á la luz del sol con terribles fulgores. El escita llega, se acerca, asesta su flecha, aplasta con su maza á su enemigo, y vuelve la espalda en rápida carrera, montando el arco, en tanto que nuevas bandadas vienen á cebarse en el combate con la ferocidad de hambrientos tigres, sin dejar punto de reposo á sus enemigos, ántes de contínuo escitando su ardiente rabia y moviéndoles á enardecerse en la feroz pelea. Los escitas gritan odio y venganza. Todos ellos pelean. Sus ojos arrojan rayos, su boca espuma, su garganta roncos gritos, sus manos flechas, sus rostros asustan con su fealdad; movimientos convulsivos les asaltan en sus caballos voladores como el huracan, que se defienden tambien á coces, como si tomáran parte en la feroz pelea, siendo así sus ojos, sus dientes, sus brazos, todos armas. Ya no se oye más que el ruido que produce una gran catarata ó una horrible tempestad. Gritos, chasquidos de látigos, silbidos de flechas, arcos que se quiebran, escudos que vibran, caballos que relinchan, cuervos que graznan, moribundos que se agitan en la agonía, voces de mando que ruedan sobre el estruendo como la tempestad sobre el mar; toda esta gran confusion me parece un inmenso gemido lanzado por innumerables gentes, que espresan una pasion indigna del corazon humano, el siniestro, el terrible odio. ¿Y será posible que todos, todos no obedezcan más que á la ira? ¿Y lo pregunto yo? ¿No estoy yo aquí, con mis flechas envenenadas á la espalda, mi arco en la mano, mi espada al cinto, esperando que me toque la hora de matar? Y yo no siento odio en mi corazon. Si pudiera, salvaria á esos infelices, á quienes

amo mucho más que á mis déspotas y mis señores. ¡Y cuántos infelices serán movidos, como yo, á entrar en la atroz batalla contra su voluntad, cuántos! ¡Matar sin pasion, matar sin odio! Pues si el instinto de la vida no fuera superior á todo, ¿no deberia yo en este instante matarme ántes que matar? ¿Cuándo ¡oh cielo! acabará mi martirio?

KEKOBAD.

¿Qué haces ahí, esclavo? ¿No oyes el ruido de la pelea, que suena como la tempestad? Levántate, anda, y piérdete en el combate como el águila se pierde en las nubes. Respira sangre, vierte sangre, ahoga en sangre á tus enemigos, porque con sangre se amasan los imperios. Yo, tu amo, hijo del fuerte é invencible rey Kai-Kosru, yo voy á la batalla como el tigre va sediento de sangre á buscar en los bosques su presa para alimentar á sus hijos. Los pueblos viven de despojos de pueblos, como las fieras de los miembros de animales. Sígueme, armado de tu arco, porque la espada no puede caer en tus malditas manos, sígueme á disipar esa nube que quiere destruir á Persia. Y en la pelea, entre el centellear de las espadas, el silbido de las flechas, el resuello de los elefantes, el relinchar de los caballos, el grito de los heridos, el ¡ay! de los moribundos, entonaremos el cántico que celebre la victoria alcanzada sobre las ruinas de tantos y tantos pueblos. La guerra es todo. En sangre se tiñen nuestros mantos, con tripas de nuestros enemigos se hacen las cuerdas de las liras para nuestros festines, sobre vientres humanos ruedan nuestros carros de guerra, con cabezas separadas del tronco levantamos nuestros altos tronos, porque la muerte es la más fiel y la más

segura aliada de estos grandes imperios. Sígueme, esclavo, sígueme á la guerra.

ORIEL.

Señor, perdóname. Ya sé que me han regalado á tu padre, y que tu padre me ha regalado á tí; lo sé, y soy tuyo. Pero te ruego que no me mandes matar hombres á quienes mi corazon no aborrece. Si el númen del odio inspira al guerrero, correrá, se abrazará á sus enseñas, y morirá contento sobre el enrojecido polvo de la pelea. Pero entrar sin pasion en la ardiente lucha, combatir sin odio, asestar la flecha sin voluntad, temer herir, llorar al ver caer al contrario, correr á recogerlo, á levantarlo del suelo, á derramar en sus heridas bálsamo, no es propio de la guerra, y yo haria eso, porque yo no detesto á tus enemigos. ¿Qué me importa el imperio? Para mí el imperio es un calabozo. ¿Qué tengo yo que ver con tus dioses? Para mí tus dioses son verdugos. ¿Qué sentimiento de amor á este suelo ha de asaltar mi corazon? Este suelo para mis piés sólo tiene agudas, agudísimas espinas. No es ciertamente esta la tierra en que nací. No me une á ella ninguna raiz, porque ni sé mi cuna, ni conozco á mis padres, ni tengo conciencia de mi vida de ayer, ni presiento mi vida de mañana. No puedo entrar en la pelea, ni con amor, ni con odio. Y sin amor ni odio no es dable combatir, aquí donde todos sienten, donde todos aborrecen. Mándame lo que quieras, pero no me mandes que haga traicion á mis sentimientos. Pide, sí, pide tú de mí lo que yo mismo puedo pedir de mi naturaleza. Pero pedir que odie, que aborrezca á hombres que ningun mal me han hecho, es pedir más de lo que yo pue-

do hacer. Compadécete de mí. Perdóname. ¿Quieres que vaya al combate, sediento de sangre, anhelante de matanza, como el cazador va al bosque á matar fieras sólo por el placer de matarlas? Entónces, yo únicamente sería criminal. Mis manos serian las únicas manos manchadas de sangre en la pelea. Y de tantos ejércitos, de tantos soldados, el único asesino sería el esclavo, el inocente esclavo, que no tiene ni templo que salvar, ni altares que defender, ni patria que guardar, ni familia que proteger, y que sólo tendria corazones que herir. Perdóname, señor, pero yo no puedo ir á la pelea. Mira cómo en el rostro del soldado se pinta la ira y el odio que le mueven á la matanza. Yo no peleo, porque yo no odio.

KEKOBAD.

Infame sapo henchido de veneno, que en tu esclavitud y en tu abyeccion te ensoberbeces con tu estúpido orgullo, calla, y corre á la pelea. ¿Quién eres tú para negarte á las órdenes de tu dueño, quién eres? Tú no puedes amar, no puedes aborrecer. El esclavo es en el reino ménos que la espada en manos del guerrero. Tú eres un instrumento, y nada más que un instrumento de matanza en la pelea. Como la flecha al salir del arco no pregunta si va á herir, si va á beber mucha sangre, si va á extinguir alguna existencia, tú, que eres ménos que la flecha, no debes pensar qué vas á hacer en la pelea. El perro de caza no pregunta á su dueño el destino de la codiciada presa, y cuando la ve caer tinta en sangre, salta, corre, olfatea por todas partes, y si la encuentra, la lleva á los piés del cazador, meneando la cola contento y agradecido, bien pa-

gado, aunque se muera de hambre, con una sonrisa. Ea, pues, á la lucha, á seguir jadeante mi caballo, á clavar la flecha en el corazon enemigo, á respirar la sangre: que con vapor de sangre se enardece la vida. Corre, corre, porque tú no tienes más ley que la voluntad de tu dueño.

ORIEL (*en medio del combate*).

Por fin me han arrojado en el seno de la pelea. La voluntad que me domina y que me arrastra, me ha sumido en este lodazal de sangre coagulada. ¡Qué horror! Las flechas cruzan por mi lado silbando como serpientes. Las espadas no brillan ya, porque han tomado el color mismo de la sangre. Un lamento infinito se eleva al cielo, que se oscurece como si quisiera llorar oculto y recogido tanta y tan fiera matanza. Aquí cae un infeliz que tal vez tenga madre. Allá otro se siente herido en el corazon, se lleva la mano al pecho como queriendo contener la sangre, y al despedirse de la vida mira con afan los aires, buscando acaso en la última hora de la existencia una imágen adorada. Entre la horrible pelea, entre las armas, en los indecisos pliegues de una nube de polvo se ve una mujer que mira un cadáver. Es su compañero de toda la existencia. La pobre mujer lleva una criaturilla en los brazos, y la mira, y al verla sonreir, deja caer sobre sus labios una lágrima tan amarga como el dolor del alma. La débil criatura, ántes sonriente, llora como si aquella lágrima le hubiera quemado el rostro. Y la madre infeliz, al ver que una nube de enemigos se acerca, tal vez para llevarse el helado cuerpo y repartírselo como un despojo del combate, coge á su hija, la oprime contra su corazon sollozando, la ahorca con las trenzas de

su misma cabellera, y despues busca la espada del que ha muerto en el polvo, la encuentra, se traspasa el pecho, y cae exánime, lanzando tal vez una maldicion contra un mundo que necesita esos sacrificios, contra una tierra que nunca se sacia de sangre. ¡Quién me diera ahora volver á los bosques, desde la colina mirar nacer la melancólica luna, contemplar cómo la flor se abre al beso de la noche para ofrecer por la mañana las gotas de rocío á las canoras aves en su cáliz, oir el torrente despeñarse, temblar la caña, y en las oscuras hojas escondido piar el pajarillo recibiendo de su amorosa madre el último alimento de aquel dia, en tanto que por los celajes oscuros aparecen tímidas las estrellas, que se retratan en el sereno lago, saludadas por el cántico del ruiseñor, que es como la pasion de la naturaleza! En medio de este gran estrépito creo divisar las mil ilusiones que en mi larga vida han besado mi frente y han enjugado con sus celestes alas mis lágrimas. Genio desconocido que has sido el protector de mi corazon, el númen de mi inteligencia, no me abandones en este supremo instante de mi vida. No te conozco, pero te siento en mi alma. Los hombres me han faltado siempre; tú nunca, nunca me has faltado. Recibe esta lágrima ~~escaldada~~ encendida que se desliza por mis mejillas y que cae en mi seno. Tal vez al perderse, arrebatada por el aire, te encuentre donde mi espíritu no te encuentra, y te lleve el secreto de mi existencia. Retumba el combate como la tempestad en los espacios. La tierra tiembla convulsa bajo mis plantas. El cielo se oscurece. Toda la naturaleza se sacude como la hoja del árbol estremecida por el viento. ¡Oh! ¿Y será posible que la ambicion, el odio, el rencor, la ira, lleven así los hombres á

la muerte? ¡Qué veo! Allí viene la reina de los escitas. Su cara tostada por el sol de las batallas despide relámpagos de ira, sus ojos parecen dos volcanes de odio. En sus manos vibra el arco jamás cansado de escupir flechas, y sus piés se hunden, como en blanda alfombra, en el vientre de un cadáver que áun conserva el calor de la vida. Sus desnudas piernas están teñidas de sangre, cómo las piernas del que pisa las uvas en el lagar están teñidas del hirviente zumo de las uvas: tantos vientres habrá pisoteado. Su pecho ronca como la nube que trae una tempestad en su seno. Iracunda, convulsa, tendido el cabello que flota como el ala de un cuervo, desnudo el seno, mal envuelta en su manto manchado de sangre, agitando con su tempestuosa voz sus caballos que al tirar de su carro parecen como el mal y la noche, vibrando el arco, seguida de guerreros que aullan y despiden la muerte de sus fáuces, destruyéndolo todo por donde quiera que pasa, es el genio de la matanza y de la guerra condensado en el débil cuerpo de una mujer poseida por el odio.

THOMIRIS (*reina de los Escitas*).

Corred en pós de mí, hijos del desierto, á devorar á los enemigos de nuestros dioses y de nuestra gente. Ese emperador es un asesino, y sus soldados vestidos de resplandecientes telas son mujeres. Sus afeminadas armas se tronchan contra nuestros pechos de hierro, sus atiplados aullidos se estrellan en nuestros corazones de piedra. Corred y matad; si no os basta el arco, crispad los puños; y si no os bastan los puños, aunque más fuertes que mazas de hierro, afilad los dientes, y á bocados destruid esos

engendros del crímen. Yo me atrevo á machacar con mis quijadas sus miserables cabezas, como las ruedas de mi carro machacan los huesos de los cadáveres. Corramos; y cuando triunfemos, cuando hayamos derribado en este inmundo lodazal de vientres despedazados, y miembros palpitantes, y tripas deshechas y rotas, al gran enemigo, levantarémos un altar de cadáveres, encenderémos en su cima una hoguera; y al reflejo de la indecisa luz, en la callada noche, ofrecerémos á la espada, que es nuestro Dios, una libacion de sangre en el cráneo de nuestros enemigos; y los espíritus de los que se han sacrificado á la guerra, agradecidos á este recuerdo, vendrán del negro abismo á rozar nuestras frentes con sus sedosas alas de murciélago.

KAI-KOSRU (*desde su carro de guerra*).

¡La reina de los escitas! Esa debe ser la víctima que sacrifiquemos en aras de nuestros dioses. Cuando la tierra ha temblado muda y asombrada bajo mis plantas; cuando el Océano se ha plegado á mi voz ofreciéndome su corona de espumas para mis sienes; cuando los pueblos me han seguido como sigue el pajarillo fascinado á la serpiente, tú, bárbara reina, y las sangrientas y crueles tribus que te obedecen, resistís á mi voz, que es la voz del cielo y el mandato del destino.

EL JEFE DE LOS ESCITAS (*que llega jadeante*).

Deten, Thomiris, tu carro, detenlo: que vas á caer en manos del enemigo.

THOMIRIS (*dando repetidas vueltas alrededor del carro de Kai-Kosru*).

Te veo con el placer que ve el buitre á su presa. Te has sumido en un lodazal de sangre, y en rios de sangre vas á morir ahogado. Tú, bárbaro, viniste á turbar la paz de los que vivian tranquilos en sus desiertos y en sus bosques. Tú sembraste de desolacion las florestas, y atrajiste sobre un pueblo feliz todos los cuervos de la tierra. Muere, esclavo de la muerte, muere. (*Dispara una flecha, que hiere al rey de los persas.*)

KAI-KOSRU (*cae desplomado en su carro*).

¡Ah! Me ha herido. El imperio persa cae herido conmigo. ¿Dónde, dónde están los mios? Mi ardor me ha separado de ellos, y vengo á morir entre los bárbaros. Kekobad, Tanyojarces, hijos mios, acudid á recoger la corona que se cae de mi herida frente. ¡Oh! Esta flecha bebe mi sangre con anhelante y rabiosa sed. Se turban mis ojos. Huye el mundo... No... no... debo morir. ¡Ay! (*Espira.*)

THOMIRIS (*saltando gozosa al carro del rey*).

Ha muerto. Mi flecha le ha llegado al corazon, y le ha mordido, arrancándole anhelante la vida. Ahí teneis el rey que quiso envolver al mundo en su manto y ceñir su corona como una serpiente á la tierra; ahí le teneis exánime. Pueblo mio, aulla de alegría. Tu gran enemigo es un cadáver. Dentro de poco no quedarán de él ni las cenizas. Arrancadle la cabeza. Coged un cubo de sangre, ya que tanta corre por estos campos, y sumergid esa cabeza, para que

apague la sed de toda su vida. Encended la pira, sonad las guerreras armas, coged los cráneos de los enemigos, llenadlos de sangre, y ofreced al dios de la guerra libaciones mezcladas con cánticos que semejen al graznido de los cuervos en los campos de batalla.

KEKOBAD (*que llega estraviado de la batalla*).

¡Qué veo! ¡Mi padre, mi padre muerto! ¡Ah! ¡Qué horror!... Pero ya soy rey de los persas.

THOMIRIS (*jugando con su lanza*).

¡Rey! ¿Le has pedido permiso para ser rey á esta lanza? La vida de tu padre, que no cabia en el mundo, se ha apagado con un soplo no más de mis labios, con una flecha despedida por mi arco. ¿Crees que te respetará mi lanza? Ha sonado la hora de tu raza y de tu imperio.

LOS ESCITAS (*rodeando á Kekobad y danzando en torno de su carro*).

¡Un rey muerto y otro rey prisionero! Nuestros dioses nos amparan. Guardarémos esta nueva presa para ofrecerla á la sangrienta espada que nos han trasmitido nuestros padres, y en cuyo gastado hierro se alberga el genio de nuestros dioses. Le despojarémos primero de su manto de púrpura que arrojarémos á las llamas, y despues de la piel pegada á sus carnes, y la curtirémos para hacer un manto á nuestra reina. Darémos su carne á los perros, y su sangre á las hienas y á los tigres. Destrozarémos sus huesos como el leñador el tronco del árbol, y nos servirán para hacer sonar nuestros atambores en el campo de batalla.

¡Hurra, escitas, hurra! El mundo es nuestro. Los reyes de Persia son esclavos. ¡Hurra! En el campo de batalla no hay más dios que la victoria.

ORIEL (*escondido tras de un árbol, viendo el peligro de Kekobad*).

El rey ha muerto. Su hijo, mi señor, está rodeado de escitas, que aullan y se disponen á matarlo. ¿Qué hacer? Si le abandono, muere. Pero abandono á mi enemigo, abandono á mi verdugo. Muera, muera... ¡No, no! ¿Qué digo? He comido el pan de su casa, aunque amasado con lágrimas. He bebido el agua de sus fuentes, aunque mezclada con hiel. He dormido en la paja de sus campos, aunque llena de espinas. Soy suyo; y si vivo, por su voluntad tan sólo vivo; y si respiro, sólo por su voluntad respiro. ¿Cómo dejaría yo de servirle? El genio desconocido que desde el cielo me ha cobijado con sus alas, me abandonaria á mi desgracia y á mi tormento. Corro, corro en su auxilio. Pero ¡solo! ¿Qué haré solo contra tanto y tanto bárbaro? ¡Ah! Un grupo de persas corre desbandado. Soldados, seguidme, por vuestros dioses, ó Kekobad muere. Si no me seguís, su sangre caerá sobre vuestras cabezas. (*Los soldados le siguen, penetran en el círculo de los escitas, los desbandan, y salvan á Kekobad.*)

KEKOBAD.

Me habeis salvado, sí; habeis salvado al rey de los persas. Esclavo, has cumplido tu deber dando vida al señor cuya es tu vida. Los enemigos huyen como negra nube arrastrada por el viento de la tempestad. Yo me alzo sobre

este carro para deciros que me reconozcais por rey de Persia.

LOS SOLDADOS.

¡Rey de Persia! ¿Y Kai-Kosru, nuestro rey?

KEKOBAD.

Mirad, mirad su tronco. Los bárbaros se han llevado su cabeza.

LOS SOLDADOS (*arrojándose en tropel sobre el cadáver*).

No ha muerto un rey, no; ha muerto un dios. En su mano vibraba el rayo, en sus ojos lucia una lumbre más clara que la luz del sol; sus piés volaban sobre la tierra como el viento y las nubes en el horizonte; su escudo era como el cielo estrellado, su manto como el mar; y en su corazon cabia la tierra. Lloremos la muerte del dios de Persia. Las naciones habian caido de rodillas á sus piés. Los guerreros habian visto sus armas tronchadas como cañas por su soplo. Los dioses habian abandonado sus altares para que él los ocupára, como más grande que todas las divinidades; á cada uno de sus pasos temblaba el infierno, y Ahriman, el genio de la oscuridad, se revolcaba impotente en su lecho de tinieblas. Y ha muerto, ha muerto. Gritemos, llamémosle, que acaso estará dormido, ó enterrémonos con él en las profundidades de la tierra.

KEKOBAD.

Ya soy rey; ya es mia la Persia. Todos sus poderosos reinos han caido en mi mano. Los bosques de la India baja-

rán sus ramas para servirme de dosel. Los mares de Fenicia se levantarán para besarme con sus espumas las plantas. Las estrellas de Babilonia me tejerán con sus rayos de suave luz una guirnalda. Los espacios inmensos del desierto repetirán mi nombre. El árabe se postrará para adorarme. Y el griego y el hebreo temblarán de mi furor y de mi ira, que caerá sobre ellos como una lluvia de fuego.

Los Soldados (*incorporándose y mirando á Kekobad*).

Sí, sí, buen rey. Tuyo será el mundo, porque tuya es nuestra espada, bendecida por tu padre.

Kekobad.

¡Ay! ¡Mi hermano, mi hermano! Me acuerdo de mi hermano con amor; (*para sí*) con odio!!!

Los Soldados.

Tu hermano debe compartir contigo el dominio del mundo. Tal era la voluntad de tu padre. Gloria eterna, gloria á Tanyojarces.

Kekobad (*para sí*).

¡Nombre fatal! ¡Horrible nombre! Me priva el sueño y la tranquilidad de la vida. El inmenso imperio de mi padre, dividido, sería un imperio muerto. Yo me deshonraria de llamarme el hijo de Kai-Kosru. Nunca, nunca lo consentiria Orzmud, mi defensor y mi guia. Ese jóven no puede llevar en sus débiles sienes una tan pesada corona. Ántes la muerte, sí, la muerte para él. ¡Esclavo! (*dirigiéndose á Oriel.*) La noche avanza. El infierno ha dispersado el ejér-

cito persa. Ahriman ha estendido su soplo desolador sobre mi ejército. Tiemblo, porque tal vez haya muerto mi hermano. Vé á buscarlo por esas selvas, por las orillas de esos torrentes, para que lloremos juntos la muerte de nuestro padre y nos repartamos las coronas de estos reinos. Corre, corre, perro fiel, cumple el mandato de tu amo.

ORIEL (*perdido en oscura noche en las selvas*).

La noche es muy oscura. La blanca luna ha ocultado su faz, como si no quisiera ver los destrozos de la batalla; viento siniestro mueve las ramas de los árboles, que mezclan sus rumores con el quejido del buho; algunas luciérnagas bordan con su indecisa luz las hojas caidas, que el rocío de la noche humedece; y el murmullo sordo de la naturaleza se confunde con los ayes de los moribundos, cuya intensidad disminuye á medida que va teniendo nuevos triunfos la muerte. Voy en pós de un príncipe en esta gran batalla perdido. Una sombra más espesa que la sombra de la noche cubre mi conciencia. ¡Cuántos infelices habrán muerto de las flechas que ha despedido mi arco! Pero ¿hay en realidad muerte? La naturaleza sigue en su invariable curso y movimiento. El arroyo serpentea entre las guijas, y el torrente se precipita por las peñas; la luna arrastra su plateada túnica por los cielos, y las estrellas oscilan en lo infinito; el árbol se reviste de hojas, y la flor vuelve á brotar de la misma semilla que ha sacudido sobre la tierra. Nada pasa. La perpetuidad en el movimiento, la eternidad en la vida. ¿No he visto yo caer al rey? ¿Y no veo tambien sobrevivir al esclavo? Muerte, que si eres eterna debes parecer un leve

sueño al desgraciado, ven y pósate en mis párpados. ¿Qué gemido oigo?

UNA VOZ QUE SUENA A LO LÉJOS.

Huye, noche, huye. El tigre ama tus sombras, y el buho en tus sombras canta su cántico siniestro. Pero yo me regocijo cuando la aurora pinta con sus rosados dedos los bordes oscuros del Oriente, y la gota de rocío pende trémula de la hoja del árbol agitada por el áura matinal, y la alondra desde su nido de barro se levanta á los espacios celestes, saludando con su cántico la suave luz y llenando con sus armonías lo infinito como la primer plegaria de la tierra inundada de amor y de esperanza. Huye, noche, y llévate la túnica de sombras, las orlas de espesas nubes; interrumpe tu silencio amenazador, y muéstrame en mi soledad el rostro de alguna diosa perdida en el aire, arrebolado por los resplandores de la luz. ¡Ay! Me he perdido: ¿quién, quién me socorrerá? Huye, noche, huye. El tigre ama tus sombras, y el buho en tus sombras canta su cántico siniestro.

ORIEL.

¡Una voz dulce y regalada! ¡Una plegaria sencilla y tierna á la naturaleza! No veo. Las sombras son espesas.

LA VOZ.

¿Ni siquiera, cielo, anda perdida por tu soledad, como yo por este bosque, la diosa de la noche, con su rostro pálido como la mujer enamorada, y su túnica blanca como la

vírgen casta en el dia de sus bodas? Mándame un beso de luz, si no quieres que muera como la flor bajo la escarcha.

ORIEL.

El cielo ha oido su plegaria. Un rayo de luna ha atravesado las nubes como la aguda lanza que rompe un escudo. Bajo un pino solitario, cuyas ramas vibran como una lira acabada de pulsar, veo una jóven angustiada y llorosa. Su túnica blanca, que apénas oculta sus gracias, muestra en sus pliegues la palpitacion de su pecho acongojado. Su cabellera, que con los rayos de la luna puede competir por su color y su lustre, casi la envuelve en un manto de oro. Sus labios vibran agitados por una plegaria religiosa. Una lágrima rueda por su mejilla, tan pura como la gota de rocío que el amor de la mañana deja escondida en el cáliz de la flor. Y en su actitud, en su recogimiento se ve que perdida por las selvas no teme ni los peligros de la noche, ni las asechanzas de las fieras, confiada tal vez en algun genio ó en algun dios, que será tan sólo su misma inocencia. Hermosa jóven, si no desdeñas la compañía de un esclavo, de un sér desgraciado, me acercaré á tí, y con mi aliento te calentaré los piés ateridos de frio, y en mis hombros te llevaré al través de las selvas, y en mis espaldas te pasaré á nado los rios, contentándome sólo con que un rizo de tu rubia cabellera roce mi frente como el ala del ave roza la superficie del arroyo cuando va á apagar en él su sed, ó un suspiro de tu pecho se una á mi aliento como el aroma del jazmin se une al olor de la amarga retama en las selvas.

La jóven (*acercándose á Oriel*).

¿Quién eres tú, que así vienes á mi encuentro cuando perdia toda mi esperanza? ¿Eres algun dios que las nubes han dejado en la tierra para mi amparo y mi defensa? ¿Te ha formado acaso algun rayo de la luna con los vapores de los arroyos y los aromas de los bosques? ¿Eres tú uno de esos genios que escondidos cantan en las ramas de los pinos, ó que se deslizan entre las ondas y las blancas espumas de los impetuosos torrentes? Tu voz me parece tan dulce como el áura que se duerme en el lago y lo riza con sus besos perfumados por la madre-selva. Sí, ampárame, ampárame; que me he perdido en las selvas.

Oriel.

¡Infeliz de mí! No sabes con quién hablas, no lo sabes. Más te valiera hablar con el reptil que se arrastra en el polvo ó con el buho que se esconde en las sombras. Al ménos esos seres tienen por suyo el espacio, y pueden vivir en el agujero de una roca ó debajo de una piedra, y pueden sentir algun amor, y pueden reproducirse y renovarse en sus hijos. Yo, no. Á mí todos me escupen á la cara, todos me hieren las espaldas, todos me cruzan con sus látigos el cuerpo, todos me miran con desprecio, todos me consideran á padecer nacido por los decretos del implacable hado. Mira; las lágrimas se han secado en mis ojos, la vida en mi corazon. La cadena se ha pegado á mis carnes, y me parece un pedazo de mi propio cuerpo y una parte de mi sér. No, no te acerques á mí, porque yo soy desgraciado. No me hables, no, porque yo soy esclavo. El esclavo no

puede amar, el esclavo no puede ni siquiera moverse como se mueve ese torrente.

La jóven.

¿Y por qué no? ¿No es, por ventura, inmensa la tierra? Los torrentes nos guardan agua; las palmeras dejan caer á nuestros piés su fruto maduro; las hojas secas que el viento arremolina son un blando lecho; los juncos y cañas sirven para una choza que bien pronto cubren de verdor la yedra y las enredaderas, y de vida y de arrullos las palomas que en sus techos fabrican amorosos nidos; las flores del campo con sus matices nos ofrecen adornos; y de las fibras de las plantas se hilan y tejen vestiduras para cubrir nuestra desnudez: que los genios maravillosos ocultos en cada sér de la naturaleza velan por nuestra existencia, y bajo sus alas invisibles guardan nuestros sencillos corazones. Yo no sé qué quiere decir esa palabra «esclavo.» Yo he nacido en las selvas. Unos pocos juncos arrancados á la orilla del rio han sido mi cuna, la fruta que mi madre traia del bosque mi alimento, los hilos que las plantas despiden mi vestidura, la miel que corre por los troncos de los árboles depositada por las abejas mi regalo, la yedra que se ciñe al cedro mi corona, y mi vivienda la cima de las montañas calcinadas por el rayo, ó la sombra de los pinos que vibran armoniosos como si el viento eternamente se columpiára en sus ramas. Esta vida es mi vida. Jamás me atemorizó naturaleza, jamás. Es mi madre, y me duermo tranquila en su regazo como el niño en su cuna. No de otra suerte el avecilla que nace en su nido formado de pajas y hojas se-

cas vive del grano de trigo que recibe de sus padres, aprende á piar, se levanta á las alturas, y henchida de amor deja en el aire que corta con sus alas un gorjeo, teniendo por suyos los vagos y ethéreos horizontes.

ORIEL.

Esa vida no puede ser mi vida. Yo no me pertenezco á mí propio. Los poderosos de la tierra han creido que es suya mi vida, suya mi libertad, suya mi conciencia, y me han arrebatado mi sér, que está entre sus garras. No he podido esperar, no he podido creer, no he podido, sobre todo, amar. Alguna vez ha cruzado por los horizontes de mi vida una esperanza, alguna vez he visto mujeres tan hermosas como tú; pero al querer adorarlas, al querer decirles que tambien yo amo como la flor, como el ave, como esas nubes que en lágrimas se deshacen sobre la tierra, se han ahuyentado como se ahuyentan las vanas sombras que los rayos de la luna forman entre las ramas de las selvas. Y desde entónces sólo he sabido llorar, sólo he sabido quejarme. Nunca, nunca se ha levantado en mi seno un deseo tan poderoso de cambiar mi vida, que me haya llevado á combatir con ánimo resuelto y fuerte á mis señores. Pero tú, mujer, si no eres alguna ilusion que mis ojos secos por la calentura del dolor proyectan en los espacios, tú me has recordado la vida de la naturaleza, la contínua comunicacion con los campos, y el cántico de triunfo que todos los seres dueños de sí mismos exhalan á los espléndidos cielos por donde me parece que apoyado en tí volaria ¡oh mujer! mi corazon... ¿Cómo te llamas?

La jóven.

Mis desgraciados padres, que el hierro de los conquistadores arrebató á la vida enviándoles á dormir en el seno de los genios de la luz, me llamaron Iria.

Oriel.

¡Iria, Iria, sér feliz, consuela á un desgraciado; prométele derramar una lágrima sobre las heridas de su corazon! Alguna vez, si has atravesado el desierto, habrás visto una de esas amarillas flores que nacen tristes entre sus salvajes y oscuras plantas. Su corola se eleva al cielo como en demanda de un beso del aire, de una gota de rocío, de un suspiro, y muere deshecha, abrasada por los ardores del sol y las calientes arenas que el viento arroja sobre sus hojas. Esa es mi vida. Pero si alguna vez el sol arranca á las áridas entrañas del desierto unas gotas de agua, y la nube que rápida pasa en alas del huracan las deposita sobre la corola de la amarilla flor, levanta sus hojas, sacude su cáliz y templa con amor la ardiente sed de la avecilla errante, que le devuelve su regalo cortándola con su pico y conduciéndola á su nido para que sea testigo de su agradecimiento y abrigo de sus hijuelos. Tal puede ser para mí tu existencia, genio de amor y de consuelo, único sér que se ha detenido un instante á mi lado en este largo y penoso martirio de mi vida.

Iria.

Como el anciano há menester del báculo para apoyarse, como el niño del cuidado de su madre para vivir, necesita-

mos las débiles mujeres el apoyo del hombre, cuyo corazon es siempre nuestra cuna. Yo te seguiré donde me lleves; besaré tus huellas; y compartir tus dolores será mi alegría. Nosotros vivíamos contentos en nuestras montañas. No conocíamos más mundo que la tierra estendida entre esos riscos donde el sol nace y aquel rio donde el sol se pone. Oir las avecillas, recoger nuestra pobre cosecha, guiar el ganado á través de los valles, dar de comer á las palomas los dorados granos de trigo en el hueco de la mano, seguir con anhelante mirada el curso de la luna, era toda la ocupacion de mi vida, que mansamente corria como el tranquilo arroyuelo. Pero súbito vino la guerra desoladora, y sus tempestades quemaron mi frente. Dos poderosos enemigos entrechocaron en mis campos y se esparcieron, como la nube devastadora que arroja rayos y granizo, por nuestras ántes tranquilas cabañas. Perdí á mis padres sacrificados á la voracidad de los bárbaros. Perdí á mis hermanos inmolados tambien. Pude salvarme apelando á la fuga por los montes, sin más auxilio que el auxilio del genio poderoso cuya es la vida de la naturaleza. En este gran dolor te encuentro, y te sigo. La pobre golondrina errante, perdida en el bosque, cuando el estío á más andar avanza con sus crueles ardores, aguarda piando á que pase una bandada de compañeras suyas, y al verlas venir las sigue, y se entrega á los vientos, que la llevan donde pueda hacer nuevos nidos y entregarse á ese amor que ha producido todas las cosas y es el secreto y el misterio de la vida universal. Yo soy tuya, yo te sigo. Llévame donde quieras. No me abandones, no, á la soledad de mi corazon y de mi tristeza.

ORIEL.

¡Seguirme, Iria, seguirme! ¡Ay! Me parece imposible. Yo no te puedo llevar por la cima de las montañas, por las orillas de los torrentes, por el verde prado, donde á un tiempo escuches los últimos zumbidos de los insectos que se apagan con el dia y los primeros conciertos de los ruiseñores que comienzan con la tranquila noche. Yo sólo puedo llevarte á un calabozo, á dormir sobre pajas, á respirar el aire fétido de las tumbas, á arrastrar por el suelo una cadena, á ser, no mia, no, de mi bárbaro señor.

IRIA.

No importa. Yo te seguiré donde quiera que vayas. No necesito oir el torrente, si oigo tu voz. La honda cárcel me semejará una montaña dorada por el sol. Tu aliento arrullará mi frente más que el áura de los bosques. La voz de tu pecho me parecerá más dulce que el gorjeo del ruiseñor en clara noche de estío. Tu amor, te lo juro por el alma de mi madre, que debe vagar en las ondulaciones del aire, y que acaso sea el soplo que mece mi cabello, tu amor convertirá el más estrecho recinto en un mundo más dilatado que toda la naturaleza. Hermano mio, te amo.

ORIEL.

¿Te amo, me dices? ¡Ay! Yo nunca, nunca habia oido esa dulcísima y santa palabra. Jamás habia soñado que pudiera un corazon latir al par de mi corazon, y lágrimas agenas mezclarse y confundirse con mis encendidas lágrimas. Yo me creia destinado á caminar solo por la tierra, entera-

mente solo, como una sombra evocada del sepulcro. Tu palabra me eleva sobre mí mismo. Me parece que desde el punto en que has dicho « te amo » ha caido de mis hombros la pesada cadena que sobrellevaba. Repite, repite esa palabra nunca ántes oida. Dí que me amas, y una alegría indecible, infinita llenará de vida todo mi corazon.

IRIA.

Te amo, te amo.

ORIEL (*estrechándola contra su corazon*).

Me amas, y ya no pasaré mi vida en la soledad; me amas, y sentiré un corazon latir siempre á mi lado; me amas, y veré en tus ojos mi luz y mi esperanza; me amas, y desearé vivir para amarte más; me amas, y trabajaré para darte algun consuelo; me amas, y mi alma, cansada de luchar en mi cuerpo y estrellarse en los huesos de mi cabéza, reposará en tu seno; me amas, y podré verme agrandado, reproducido en mis hijos... (*Calla un momento, y despues lanzando un agudo y lastimero quejido dice:*) Pero mis hijos serán esclavos. ¡Ay! Apártate, mujer. Podemos crear nuestra felicidad, pero al propio tiempo la desgracia de seres inocentes, que ántes que nacer para la esclavitud, deben dormir en el no ser.

IRIA (*de rodillas, tendiendo los brazos á Oriel, é iluminada por la luna*).

No me abandones. Sálvame. El dios que se oculta en la flor y la gota de rocío, cuidará de nosotros. ¿Querrás que muera esta débil mujer? Tengo miedo. La soledad, que án-

tes de conocerte me parecia grata, ahora me aterra. No cierres tu corazon al amor. La paloma no deja de fabricar su nido porque más tarde sus polluelos sean presa de la fascinadora serpiente. ¿Quién sabe, pues, dónde estará nuestra salvacion? Ven, une tus labios con mis labios, y este primer beso de amor subirá como un holocáusto purísimo á nuestros dioses, que se esconden sin duda en los rayos de la luna, dulces testigos de nuestros cándidos amores.

ORIEL.

Sí, te amo, te amo. Ven, reclínate en mis brazos. Bendito sea el rayo de luna que te alumbra, bendito el aire que respiras, bendito este pino que cobija nuestros dulcísimos amores.

IRIA.

Uniré mi suerte á tu suerte, mi vida á tu vida, como la yedra vive pegada al tronco del árbol. La flor se marchita pronto si es arrancada de su tallo. Así hubiera perecido yo sin tí, que eres mi único amparo, mi único salvador en la tierra. Llévame donde quieras. En las profundas cavernas que el fuego ha abierto en las entrañas de las rocas viviré feliz. Tus ojos serán mi luz, y tu aliento perfumará mi existencia más que el áura regalada de la primavera.

ORIEL.

Apóyate, y vamos á través de los bosques, subiendo las montañas, bajando á los profundísimos valles, en busca de un príncipe estraviado en los combates.

IRIA.

Donde me lleves iré, bendiciendo al genio de mis padres, que nos protegerá en nuestro camino. (*Se oye rumor de gente y pisadas de caballos.*)

UNA VOZ.

Aquí tendrémos asilo.

OTRA VOZ.

¿Se habrá perdido para siempre el imperio de los persas? ¿Habrá triunfado Ahriman?

ORIEL.

He oido la voz de mi príncipe. Déjame acercarme. Señor, soy un esclavo de tu hermano Kekobad. Tu padre ha muerto en el campo de batalla. Orzmud, tu dios, se lo ha llevado para ornar su palacio, más luminoso, segun vuestras creencias, que al medio dia el sol. El imperio de los persas no ha muerto. Segun la voluntad de tu padre, espresada delante de sus sátrapas, la mitad del imperio es de Kekobad, la otra mitad es tuya. Sígueme, pues, á la tienda de tu hermano, donde te espera el dominio de Bactriana y de los paises de Oriente, príncipe feliz que vas á llevar el sol engarzado en tu espléndida tiara.

TANYOJARCES.

Tus palabras han puesto terrible espanto en mi pecho. La muerte de mi padre en la tremenda batalla es un mal augurio para este inmenso imperio. Vamos á recoger esa

corona que las negras alas de una inmensa tempestad han arrojado á mis plantas. Señálame, esclavo, el camino de la tienda, y no me acompañes, porque tu compañía puede ser otro mal agüero para mí y para mis reinos. Un esclavo todo lo oscurece con su sombra.

KEKOBAD (*tendido en su carro sobre un cojin de púrpura, con la tiara persa á un lado. El ejército duerme*).

Estás cerca de mí, corona de mi padre, tan grande como la tierra y tan luminosa como los astros. Deja que te abrace, que te estreche contra mi corazon. En la tempestad de mis deseos te pierdes, corona, como una piedrecilla entre el tumulto de las olas y las sinuosidades del Océano. Y en cada una de tus puntas hay engarzada una gran nacion, la inmensa Babilonia, los negros reinos del Ocaso, los áureos paises del Oriente. El escita, cuando te ha querido mirar de cerca, ha huido ciego á sus desiertos y á sus espesos bosques. Desde lo alto de mi frente verás arrastrarse á tus piés como tímida gacela del desierto la India; ofrecerte sus amores y sus caricias Lidia, levantándose de su lecho de arenas y de sus almohadas de mármol, coronada de torres, para consagrarte un sacrificio; tender sus lonas con amor los pueblos que bañan sus plantas en las aguas del mar, y regalarte los aromas de todos los campos que besan con sus barcas; arrojarte esfinges y dioses Menfis, incienso é hisopo el arábigo desierto; Jerusalen, la ciudad de los misterios y de los secretos, iluminarte con sus lámparas; y hasta las islas de Grecia, tan alejadas de tu brillo, volar en torno de tus resplandores como una bandada de palomas. ¿Quién más grande que yo, quién más poderoso? La tierra es mi

lecho, el cielo mi palacio, las estrellas mis lámparas, el sol mi corona, y los dos mares las esmeraldas que he engarzado en mis sandalias. Pero todo lo que soy, corona, lo soy por tí, por tu brillo. Tú eres toda mi vida, toda mi alma. ¡Ah! ¿Y no habia pensado que te quieren quebrar y quieren arrancar la mitad de mi frente para dársela á mi hermano? Destrozar la corona de Persia, repartir sus diamantes, rasgar en dos pedazos mi manto de púrpura, quebrar como frágil caña mi invencible lanza, dividir mis ejércitos como hato de ganado, decir á los dioses que hay dos señores en la tierra, y á la naturaleza que tiene que alimentar á otro que no sea yo, ¡ah! todo esto es horrible, y no lo consentirá nunca mi incontrastable poder, mi voluntad, que siente la fuerza de un dios en su seno. Pero alégrate, corona mia, alégrate. No serás dividida. He contado mis ejércitos, y no he visto á mi hermano. Habrá muerto, como mi padre. Habrá muerto, como hubiera muerto yo sin el auxilio de mi esclavo. Corona, corona, eres mia. No habrá en la tierra más que una sola palabra, un solo señor. La naturaleza entera sabe que todos sus frutos son mios. La tierra es una copa en que yo sacio la sed inextinguible de mi ambicion. No serás, no, corona, dividida. Orzmud, que sólo quiere una imágen suya en la tierra, habrá arrojado á la voracidad de Ahriman la presa de un príncipe, para tejerme á mí un manto de luz, una corona de estrellas. Cuando el esclavo no vuelve, no habrá encontrado ni siquiera su cadáver. Oigo ruido... Son pisadas de caballos... ¿Qué escucho?... La voz de mi hermano. ¡Maldicion! Corona, corona mia, no te separarás de mi frente... ¡Oh! ¡Súbita idea! ¡Guardas, guardas de mi tienda, el enemigo, el enemigo!... Corred; por allí

suenan sus armas. Asestad las flechas... Sí; ahora caerá. Ya se oyen lamentos. En esta oscuridad gano mi corona. (*Un rayo de luna atraviesa las nubes é ilumina el campo.*) ¡Oh reina de la noche, me has vendido! Te has entregado á mis contrarios. Yo levantaré un monte de cadáveres para subir hasta tí y ahogarte en sangre. No te desposarás, reina de la noche, con el rey de Persia. ¿Lo oyes? Somos enemigos, enemigos. ¡Oh! Corona, corona, vas á caer de mis sienes, ó vas á ser toda mia.

LOS GUARDAS.

Señor: era tu hermano, y hemos muerto á más de uno de sus sold...

KEKOBAD.

¿Á él, á él tambien?

LOS GUARDAS.

No; vive, vive.

TANYOJARCES (*abrazando á su hermano*).

Kekobad, hermano mio, hermano mio, hasta al llegar á tí me recibe la muerte y me arrebata á mis compañeros, á mis amigos. Fatales presagios son estos, que anuncian irreparables desgracias para nuestra heróica raza, para nuestro inmenso imperio. Murió aquel que con su poder llenaba toda la tierra y con el esplendor de su nombre oscurecia hasta las estrellas del cielo; murió nuestro padre. La tierra, al recibir tan gran cadáver en sus entrañas, habrá temblado, porque es harto mezquina para encerrar á ese gi-

gante. ¿Y cómo llevarémos nosotros, tan débiles, su inmenso imperio? Si sus anchas espaldas se encorvaban al peso de su manto, si su gigante cabeza se doblaba con la gravedad de su corona como el cedro ceñido por las ráfagas de la tempestad, si no podia contar sus reinos y sus gentes, ¿cómo nosotros, débiles hijos suyos, vamos á sostener este imperio?

KEKOBAD.

No te fatigues por eso; nosotros somos de la misma naturaleza que nuestro padre. Vé, vé á descansar un momento.

TANYOJARCES.

Harto lo necesito.

LOS GUARDAS.

Salud al rey de Bactriana.

KEKOBAD.

Retiráos, guardas. (*Se retiran.*) ¡Rey de Bactriana! No, no lo será miéntras yo viva. Ó el reino entero, ó el sepulcro. Al ménos en el sepulcro dormiré en paz, sin necesidad de sentir esta ambicion que me roe, que me cancera las entrañas. Yo, rey solo, rey con todas mis fuerzas, montaré mi arco, azotaré mis caballos, y rápido como el viento que corre por el desierto, me lanzaré al Egipto; y de sus pirámides, de sus estátuas, de sus esfinges y unicornios, de sus vasos sagrados, de los muros de sus ciudades me construiré un trono bastante á llegar hasta las estrellas, que

vendrán á engarzarse por la virtud de mi nombre y de mi fuerza en mi diadema. Pero á todo se opone ese mancebo que me roba la mitad de mi reino, la mitad de mi alma. Muera, muera en buen hora. Hagamos ese sacrificio á los manes de mi padre y á la salud de mi reino. Cielo, inspírame una idea para acabar con ese inocente enemigo de mi poder, con esa sombra que empaña mi corona. El cielo se oscurece más, las nubes se arremolinan como ejércitos de fantasmas; de sus inmensos senos, semejantes á las bocas de innumerables volcanes, surgen lívidos relámpagos; algunas gotas de lluvia negruzcas y calientes caen sobre mi rostro y lo abrasan; la inmensidad pesa sobre mi cabeza y aplasta mi corazon; y no parece sino que el aire, habiendo bebido sólo sangre en los campos de batalla, vuelve á llover sangre sobre la sedienta y abrasada tierra. Del seno de una nube negra, inmensa, más grande que mi reino, amenazadora como la espada del genio de las tinieblas, veo salir el rostro de mi padre, que me mira ceñudo y me lanza de sus labios una horrible maldicion... ¡Ah! Estoy demente... ¿Tambien yo tengo remordimientos, como si fuera uno de los míseros mortales? Ja... ja... ja... Responda mi epiléptica despreciativa risa á esas visiones. ¿Pues qué, no soy yo dueño de Oriente? Y el dueño de Oriente ¿no puede disponer á su antojo de reinos, de provincias y hasta de la vida de los hombres? Yo soy seguramente un dios. La espada de Orzmud está en mis manos, la corona del sol en mi frente. La vida del mundo es mia, y yo la puedo esprimir toda en mi copa, y dejar que se mueran de hambre todos mis vasallos. Al fin, sobre cuerpos mutilados, sobre cráneos, sobre cadáveres, sobre pueblos convertidos en inmenso pu-

dridero han de correr las ruedas de mi carro, que se teñirá de sangre hasta los ejes. Una gota más no importa nada. Matémosle. Pero yo no debo manchar mis manos. Entregaré tal ministerio á mi esclavo predilecto, que debe haber llegado al campamento. Él me devolvió la vida, y él puede tambien devolverme el reino. Si cuando estaba en medio de los bárbaros no hubiera venido en mi socorro, mi cabeza rodaria ahora en los campos de los escitas. Me dió la vida, y ahora me dará el reino. Todo lo fio á su puñal. Guardas, traedme una copa de vino, y buscad al esclavo que ayer me socorrió, y que debe haber vuelto al campo esta misma noche. (*Los guardas le traen la copa de vino.*) Ven, licor sagrado, tú que eres el calor y la vida de la naturaleza, derrama en mi cuerpo la fiebre del crímen, que es la esplosion más alta y mas brillante de la vida.

ORIEL.

Señor: sé que me has mandado llamar, y vengo á tu presencia, confundido, ofuscado como la débil mirada humana cuando intenta recoger la esplendorosa luz del sol. Ya sabes que en tu aliento respiro y que de tu vida vivo. Ya sabes que nosotros, los míseros esclavos, somos ménos que el pobre insecto perdido en el polvo de la tierra. Ya sabes que á cada instante vemos la muerte cernerse sobre nuestras cabezas, porque el dia que nos abandonases, pereceríamos. Rey de Persia, el mísero esclavo no sabe qué decirte, y calla, como el ave oculta en las ramas del bosque calla profundamente cuando en los cielos habla la majestuosa tempestad. Soy tu esclavo, eres mi señor; ya he dicho toda mi humildad y toda tu grandeza.

KEKOBAD.

Eres mi esclavo. Tu vida es mia. Si alguna vez has fijado los ojos en los muros de mis templos y de mis palacios, habrás visto que do quier ha llegado el persa, ha inscrito en símbolos, en figuras el derecho que sus reyes tienen á la vida de sus cautivos, hijos de Ahriman, miserables engendros de la noche. El mundo está dividido en dos grandes fuerzas, una que pinta de púrpura la flor, y otra que pinta de negra sombra las alas del cuervo; una que dora las estrellas, y otra que estiende el manto de la noche; una que deja correr la miel por la corteza de los árboles, y otra que en los filamentos de muchas plantas esconde el amargo veneno; una que sonrie, que alegra, que vivifica, y otra que llora, que ennegrece, que mata. Pues bien, vosotros sois hijos de la fuerza que corrompe, de la fuerza que envenena, de la fuerza que mata; y sólo yo, sí, yo, que he recibido del cielo una virtud sublime, que tengo en mis ojos los resplandores de Orzmud, puedo gloriarme de someter á tantos esclavos, soldados de las tinieblas, hijos del mal, que pululan por mis montes guardando el ganado, por mis valles fecundando la tierra, por las cuevas de mis palacios tejiendo mis mantos, por mis tesoros guardando mis riquezas, por todos mis dominios; siendo como las piedras donde los persas ponen sus plantas, como la base de los edificios escondida en la soledad y en la oscuridad de las profundas entrañas de la tierra. Sin embargo, no puedo olvidar que en el instante supremo, cuando el cuerpo de mi padre palpitaba aún á mis piés, cuando su lívida cabeza era abofeteada por los bárbaros, cuando la aguda lanza de

Thomiris se acercaba á mis ojos como el venenoso aguijon de una serpiente, cuando los aullidos, las maldiciones, las miradas de odio y de horror, las gotas de sangre que manchaban mi rostro, me producian un vértigo semejante al vértigo de la agonía, tú, saltando sobre vallados de espadas, me salvaste de la muerte, ahuyentando con un prodigio de audacia á mis feroces enemigos.

ORIEL.

Señor...

KEKOBAD.

Calla, calla. Has cumplido tu deber. Has sido buen esclavo. Nada te debo; porque en realidad, si algo has hecho, Orzmud te ha movido, Orzmud te ha arrastrado. Tú no has sido más que el instrumento ciego del Dios que está en las alturas, y que es mi aliado y mi amigo. Pero así como se acostumbra en mi reino á colgar del templo el escudo que nos ha guarecido, que nos ha salvado de nuestros enemigos, así quiero yo consagrar tu felicidad, tu dicha á los cielos, y pide, pide cuanto quieras del omnipotente rey de los persas.

ORIEL (*cayendo de rodillas*).

Señor, deja que bese tus piés, deja que ponga mis labios al ménos en el polvo que pisas. Si algo vale la condicion del esclavo, mi vida será una contínua bendicion para tí. Si algo puede la oracion del esclavo, mi palabra será una contínua oracion por tí. ¡Que pida lo que desee! Señor, señor, pregúntale al ave encerrada en la jaula qué

desea, y te dirá: luz, aire, pintar mis plumas en las hojas de las flores, beber ansiosa las frescas gotas de rocío pendientes de las ramas del árbol, y entregar á la soledad y á lo infinito mis gorjeos. Pregúntale á la fiera que encerrada tienes en tu palacio qué desea, y te dirá: correr por los bosques, tenderme á mi antojo en las grutas, abrir con mis uñas la madriguera donde guardar mis cachorros, moverme, espaciarme, gozar, abriendo las narices, del aire que libremente corre por los campos. Yo, señor, deseo una cabaña á orillas de murmuradora fuente, bajo copudo árbol, con un pedazo de tierra donde plantar algunos granos de trigo, cabaña, en cuyo techo aniden las aves del cielo, para que allí, entregado á la soledad de mi pensamiento, pueda sacudir esta cadena que ha llegado hasta mi corazon, hasta mi conciencia, y recibir en mí el aliento de un dios que me dé lo que no he conocido, un instante de amor, una hora de dulce y tranquila esperanza.

KEKOBAD.

Segun eso, tú amas tambien.

ORIEL.

Señor, he encontrado á una pobre é inocente jóven perdida en el bosque, y la amo. Vuestra esclava es tambien. No ha dudado en dejar sus bosques y sus selvas por mis calabozos y mis cadenas, como esas pobres aves que al ver sin libertad al compañero de sus cánticos y de sus correrías por los aires, se precipitan sobre los hierros de la jaula, áun á riesgo de estrellarse; propio milagro del amor, que todo lo vence. Desde el zumbido del insecto hasta el

cántico melodioso y triunfal del ave; desde la indecisa luz de la luciérnaga que hace al borde oscuro del arroyo, hasta el esplendor mágico del astro que se baña en el éther; desde la pobre violeta que dura un dia, hasta el cielo azul y eterno, en todo cuanto vive, en todo cuanto se mueve, hay un espíritu invisible que ha producido todas las cosas y las mantiene, que da calor á la creacion y la tiñe y la enrojece en su fuego; espíritu que es el amor, y del cual no puede eximirse el esclavo, cuando no están exentas ni las bestias.

KEKOBAD.

Esclavo, serás feliz. ¡Cuántos grandes reyes darian su corona por empequeñecerse hasta llegar á encerrarse en tu corazon, y tener por única ambicion una cabaña, por único cetro el cayado del pastor! Serás feliz. Te daré una cabaña apoyada en un cedro. Te daré tierras donde puedas coger sabrosos dátiles y blanco pan. Te daré ovejas para que puedas tejer una blanca túnica de lana á tu amada. Te daré un camello que te acompañe, por si alguna vez intentas atravesar el desierto. Te daré hasta una espada para que te defiendas de tus enemigos y te ennoblezcas á mis ojos. Cuanto desees, cuanto pidas te daré yo, tu amo, tu rey.

ORIEL.

¡Oh! Me parece imposible; gracias, señor, gracias.

KEKOBAD.

Te daré vida que no tienes, felicidad que no has conocido jamás; pero dame tú en cambio...

ORIEL.

¿Qué, señor, qué?

KEKOBAD (*señalando al carro donde duerme su hermano*).

Dame todo el imperio de Persia.

ORIEL.

¿Yo que no tengo ni aire que respirar, yo que vivo de tu voluntad y de tu capricho, yo que ni siquiera poseo un pedazo de tierra donde fijar la planta en esta inmensa naturaleza; yo puedo darte toda, toda esa inmensa corona que ha caido de la cabeza de tu padre; yo, mísero esclavo?

KEKOBAD.

Tú, no; pero sí esta corta espada. (*La arroja á sus piés.*)

ORIEL.

¿Esta espada? No comprendo, señor.

KEKOBAD.

Corre, y clávala en el corazon de mi hermano, que duerme en aquel carro de guerra.

ORIEL (*arrojando la espada*).

¡Oh! Nunca, nunca. Me quema la mano como si fuera el aguijon de una víbora.

KEKOBAD.

¿Te atreves á desobedecerme? ¿Resistes á mi voluntad y á mi palabra? Mísero insecto, ¿no sabes que te puedo

aplastar bajo mis piés? Yo soy el rey. Yo tengo una corona más luminosa que la corona del sol. La tierra se estremece de espanto si yo ando. Los hombres no se atreven á mirarme, porque mi resplandor no les ciegue. Las estrellas se darian por honradas con engarzarse en mi diadema. Mi manto es más necesario á la naturaleza que el manto de oro de la luz. La vida entera puedo yo apurarla en un festin. Ahora mismo un mandato mio precipitará en el sepulcro á millares de hombres que moririan ignorados, como ignorado muere el nido de hormigas que pisa el gigantesco elefante en su camino.

ORIEL (*plegando las manos*).

Mandadme que muera, y moriré. No me mandeis que mate, porque no mataré.

KEKOBAD.

¡Oh! Nunca le pregunta el camello al caminante dónde va. Nunca al áuriga le pregunta el caballo dónde le conduce. Nunca se resiste la piedra á caer cuando la despide la mano del hombre. Nunca la espada se resiste á matar cuando la mano del hombre la esgrime. ¿Y tú, miserable, tú que eres menos que el camello y el caballo en mi reino, y estás áun más sujeto á mi voluntad que la piedra y la espada, tú me desobedeces, tú desobedeces á un rey en cuya presencia van á temblar muy pronto los reyes de la tierra desde el Oriente hasta el Ocaso? Instrumento mio eres, y si alguna vez te considero inútil, te mataré, como quiebro la copa de barro despues de haber apurado el vino que contiene.

ORIEL.

Señor, yo no sé lo que pasa aquí en mi corazon; pero una voz secreta que no puedo desoir, una voz más poderosa que el estruendo del huracan, más sublime que el rumor de las olas en la playa, me está diciendo con inflexible severidad que no te obedezca, porque me mancho con un crímen y me atraigo un eterno remordimiento. Perdóname, señor; pero mi voluntad no es bastante á cerrarme los oidos para que no escuche esa tremenda voz.

KEKOBAD.

¿Qué voz puede ser esa? No hay más voz, no hay más eco en todo mi reino que mi voz y mi palabra, que son tus únicos códigos. ¡Yo, rey de Persia, yo, detenido delante de un esclavo! Toma esa espada, tómala, y vé, y cumple tu deber, que es obedecer á tu señor á ciegas. Sé tan fiel á mí como será fiel esa arma al impulso de tu brazo.

ORIEL.

No, no.

KEKOBAD.

Pues verás á esa mujer que has encontrado por compañera de tu vida, desnuda, herida, desgarrada, espuesta en una cruz á que el sol curta su piel y los insectos chupen su sangre y devoren sus carnes; y en su agonía te maldecirá á tí, que por desobedecerme serás causa de su suplicio y de su muerte.

ORIEL.

No más, no más. Cúmplase tu voluntad. (*Se arroja en el carro donde está dormido Tanyojarces.*)

KEKOBAD.

¡Un esclavo quiere tener voluntad, quiere tener conciencia un esclavo! No sabe que nada es, que su voz debe ser ahogada, que su corazon no tiene más movimiento que el movimiento que le consienta su amo. ¡Ah! Pronto voy á ser dueño de todos los dominios de Persia.

ORIEL (*en el carro donde está dormido Tanyojarces, le contempla*).

¡Morir! ¡Matar! Soy ménos, mucho ménos que la espada cuyo filo va á cortar los dias de este hermoso príncipe dormido en su inocencia. La blanca luna, que ha estado luchando con las sombras toda la noche, muestra un instante su faz, como si quisiera por última vez besar al que va á ser para siempre arrancado de los brazos de la naturaleza. Ocúltate, diosa de la noche, ocúltate; no ilumines mi crímen. El corazon del ambicioso es más profundo que la tumba, es más voraz que la muerte. ¡Cuán fácilmente respira! Sus ojos entornados que casi dejan entrever sus pupilas, su frente sin la arruga de un remordimiento, la trasparencia de su rostro, el encendido color de sus mejillas, su candor que resplandece en este profundo sueño, dan señales de una vida

poderosa, exuberante. ¡Y todo va á ser aniquilado por el filo de esta espada! ¡Y todo va á morir por el impulso de este brazo! ¡Oh! Mi crímen me seguirá como una sombra. Mi vida será una vida maldita. Al ménos ahora, en la soledad de mis calabozos, entre el ruido de mis cadenas, no oigo ninguna voz que me turbe y emponzoñe más aún mi dolor y mi desgracia. Pero si no le mato, ¿qué será de Iria, de mi amor? Acabémosle. ¡Ay! ¿No amará tambien, no amará? Al herir su corazon, tal vez heriré otro corazon. ¡Oh! Jamás. Despierta, príncipe, despierta, y huyamos, que te quieren matar.

TANYOJARCES (*despertando*).

¿Quién, quién me llama?

ORIEL.

Huyamos, huyamos.

KEKOBAD.

¡Ah, traidor esclavo! No le salvarás, no le salvarás.

TANYOJARCES.

Hermano mio, ¿es hora de partir á...?

KEKOBAD.

Á la muerte, á la muerte. (*Clava la espada en la garganta de Tanyojarces, que lanza el último suspiro.*)

ORIEL.

¡Horror, horror! ¿Qué has hecho? Era tu hermano.

KEKOBAD.

Si esto hago con un hermano que me amaba, imagina qué haré con un esclavo como tú, que me desobedece.

ORIEL.

¡Piedad, piedad!

KEKOBAD.

Te concedo cabaña y campo, á pesar de no haber querido matar á mi hermano; te concedo que vivas con la mujer que amas.

ORIEL.

¡Ah!... ¡Señor!

KEKOBAD (*para sí*).

No conoces aún mi venganza. Despertad á mi ejército, guardas. Decidle que mi hermano ha muerto de las heridas recibidas anoche, y que se prepare para ir en alas de la victoria á la conquista de Egipto.

FIN DE LA JORNADA CUARTA.

EL MERCADO.

JORNADA QUINTA.

IRIA (*en una cabaña; á su lado un niño dormido sobre palmas*).

¡Qué feliz soy en el campo, á orillas del mar! Á la derecha de mi cabaña se levantan altos montes vestidos de cedros, coronados de nubes y de nieves; á la izquierda se estiende la campiña, en que la dorada espiga se dobla al beso del áura como la flexible caña, y el limonero atrae á sus frutos las abejas, á sus flores las mariposas, y el granado ostenta sus guirnaldas de púrpura, y la palma se mece orgullosa en las alturas, y la yedra se abraza á los troncos al par de la verde parra; y miéntras el arroyo susurra, y el áura murmura en las hojas, y el cordero llena con sus balidos el prado, y el ave canta en la oscura enramada

donde anidan sus polluelos, las ondas del lejano mar me envian, al estrellarse en las arenas, el cántico de sus sonoros ecos y el beso de sus húmedas brisas; de suerte que mi pensamiento, ya vuela como la paloma por los campos, ya como el alga se mece entre la espuma y la ondulacion de las aguas. ¡Oh! Cuando derramo los dorados granos de trigo, y llamo á las palomas á que los recojan en su pico á la puerta de la cabaña; cuando trenzo con amapolas una corona para mi amado; cuando á la luz de la luna salgo á recibirle, al verle volver, ora cargado de frutos, ora de yerba para nuestro ganado, ora de peces que saltan entre las redes; cuando nos partimos un pedazo de pan en frugal cena, y despues al resplandor de encendida tea yo hilo copos de lana y él compone sus redes, y los dos cantamos una plegaria á los dioses ocultos en el centellear de las estrellas, me hallo más contenta y más feliz que todas las mujeres, y nada ansío en esta tierra, cuyo límite á mis ojos es el mar que besa el pié del valle, y el monte que lo corona con sus selvas. ¡Hora feliz aquella en que encontré á mi amado en la oscuridad de horrible noche! Desde entónces sólo he sentido felicidad y paz. Él siega, y yo espigo. Él planta, y yo riego. Él recoge la cosecha, y yo la guardo. Él pesca, y yo voy con mi cesto de peces en la cabeza al mercado. Él trae en sus hombros el corderillo recien-nacido, y yo ordeño la oveja. Él riega el trébol, arranca el ajo, y yo hago la cena. Él cuida del árbol, y yo lo sacudo para que despida la madura fruta. Él duerme la siesta, y yo velo dando de comer á los polluelos, á las palomas, á todos los animalejos que viven con nosotros, y como nosotros son felices. Pero donde nuestros ojos se paran, donde se mezclan nues-

tras lágrimas, donde se confunden nuestros labios, donde se unen nuestros corazones, ¡ah! es en el rostro adorado del tierno niño hijo de nuestros cándidos amores. Las caricias de sus tiernas manecitas nos encantan, sus balbucientes labios nos arrancan miles de besos, su dulce sonrisa nos alegra como el sol á los campos despues de la lluvia, su lloro nos pone olvido de todo, su tranquilo sueño nos arroba, y su mirada dulce, inocente y amorosa mantiene siempre vivo el fuego de nuestros amores. Yo he aprendido del árabe del desierto que viene á vender dátiles, muchos cuentos para entretenerle; del sacerdote asirio que tiene un templo en el Líbano, muchas oraciones para implorar la proteccion de los dioses; y he encargado al navegante fenicio que de la hermosa tierra donde el sol se pone, de la feliz Iberia, traiga una medalla de oro tocada en el altar del Hércules de Gades, para colgársela del cuello y preservarle del mal y de las tinieblas. Hijo mio, cada vez que te doy un beso, me parece que mis labios se purifican y se anima toda mi existencia. Hijo mio, hijo mio, dulce felicidad de tu madre. Oigo cantar. Es él, es él. ¡Qué feliz soy!

ORIEL.

Vengo del mar, de recoger en mi pecho sus brisas, de bañar mis miradas en sus horizontes. La ola que coronada de espumas besa la arena y se retira, y hierve, y escupe sus gotas á mi frente; la planta marina que vive sobre los abismos, recamada de colores, vestida de espléndidos reflejos; los aires que vuelan á su antojo por la celeste superficie, encrespándola y tiñéndola con varios cambiantes de luz; el ave que huella con el borde de sus blancas alas el agua,

y mezcla su grito agudo al rumor de las brisas y de las olas, repetido por las hondas cavernas; la espléndida luz del sol, que al difundirse por aquella inmensidad finge un cielo sembrado de fugaces estrellas; la vida que tantos seres allí escondidos guardan; el aliento de amor y de paz que se levanta del choque de las corrientes; el eterno cántico siempre repetido con que los líquidos abismos llaman á las alturas; el horizonte en que agua y cielo se confunden, se pierden como dos recuerdos amantes, llenan mi corazon de alegría, que henchido de vida canta en la orilla como las aguas, como las brisas, como las aves marinas, como el eco en el fondo de las cavernas, y se estiende hasta lo infinito, y se dilata como el mar. Todo es allí hermoso, todo. Arrojo mis redes en las aguas, y pronto se llenan de peces que traigo aquí saltando, peces que en sus escamas tienen todos los colores del iris, y que son el sustento de mi familia. Mi vida está consagrada á la naturaleza. Cuando por las mañanas me levanto y abro la puerta de mi cabaña, y veo á la rosada aurora teñir con sus primeros albores el mar, pongo la cara hácia sus brisas para que me den un beso, y muevo por vez primera mis labios para enviarle una bendicion. Cuando en las noches de luna cierro mi cabaña para acostarme, no puedo ménos de convertir los ojos al dulce rielar de la suave luz, que parece como un pensamiento amoroso y triste, como el reflejo de esa melancolía interior que la felicidad causa, estendido en la naturaleza. Campo, mar, sois mi felicidad y mi sustento, y la felicidad y el sustento de mi compañera y de mi hijo. Ningun tapiz he visto en los palacios de los reyes como el verde espléndido de vuestras hojas y de vuestras olas; ninguna lámpara como

el centellear de las estrellas de vuestro cielo; ningun diamante como la luciérnaga ó la fugitiva nocturna estela; ningun espectáculo como vuestros árboles cargados de flores, ó vuestras olas coronadas de espumas; ningun amor como el amor que centellean vuestros celestes horizontes; ningun manjar como el fruto maduro que cae á nuestros piés, ó el pececillo asado en la hoguera hecha de plantas saladas de la ribera; ninguna vida como la palpitacion de vuestra savia y de vuestras aguas. Iria, bendigamos juntos á los genios, á los dioses que se ocultan en la corola de las flores, en las ondas de los mares, en el rumor de las brisas, en la blanca espuma, en los rayos del sol y de las estrellas, en el sosegado curso del arroyuelo, en la honda caverna donde hierve la levadura de la vida de la naturaleza, para que vengan á proteger bajo sus alas el nido de palmas donde tranquilo duerme nuestro hijo.

IRIA (*de rodillas*).

Diosa y madre de las montañas, tú que vas por los bosques con la cabellera suelta, la frente inundada de luz, los labios agitados por convulsa y delirante risa, las manos ocupadas con una antorcha; envuelta en blanca túnica de nieblas que los rayos del sol bordan con todos sus matices; delirante, frenética de amor, entonando una cancion á cuyos acordes ecos todas las cosas se mueven y se agitan; recoge en tu copa de oro las espumas de los mares, el rocío de los bosques; líbalos con el voluptuoso frenesí que da la ardorosa vida guardada en tu seno, y ven despues á depositar un beso en los labios de mi hijo, como la abeja deposita en el blanco panal la miel que lleva en su aguijon;

y así será digno de tí, y cuando la sangre de la juventud enardezca su corazon, te seguirá amoroso por las selvas, uniéndose á los coros de tus sacerdotes y de tus adoradores. Yo le enseñaré á respirar tu aliento en el húmedo beso de las brisas, á sentir tus amores en el calor del medio dia, á libar tu vida en el ardiente licor que la uva desprende ó en la sabrosa miel que la flor guarda, á ver tu mirada en el plateado disco de la luna, á sentir las palpitaciones de tu inmenso corazon en el movimiento de las olas, á besar como la orla de tu manto el aura cargada de aromas que hace estremecer de amor los árboles floridos en la primavera, á perderse en tu seno como el rio se espacía y se pierde en la inmensidad del mar. Pero en cambio, diosa de Fenicia, dále fuertes brazos para trabajar con ardor y extraer la vida de la naturaleza; dále audacia para desafiar á los vientos y á las olas; dále esa mirada penetrante que lee en las estrellas la ruta por el desierto de los mares; guárdale para el porvenir una cabaña, y toca con tu vara mágica la tierra para que nazca una mujer que le ame como yo amo á su padre.

ORIEL.

¡Oh amor mio! La felicidad, que yo habia creido alejada para siempre de mí, me sonrie con sonrisa de amor. Mis brazos ya no tienen cadenas, mi cuerpo ya no se tiende en el húmedo lecho de oscuro calabozo. La soledad que ántes desolaba mi alma, ha huido á la luz de tus ojos, que fecundan mi corazon como el sol fecunda los campos. Aquí, en el campo, en la cabaña, trabajo y vivo. Donde quiera que pongo la mano, allí brota la vida. Cuando despues de

haber herido largo tiempo la tierra el sudor me cubre el rostro, viene el aire del mar, y me orea, y me devuelve la agilidad y el movimiento. Cuando llega la hora del descanso, te encuentro aquí, y tus cánticos y tus palabras, y la sonrisa y las caricias de mi hijo, me devuelven la paz y renuevan la vida. ¡Bendita sea esta cabaña!

Iria.

Nuestro hijo se ha despertado. ¡Oh corazon mio! ¿Has dormido? Me parece que veo todo el cielo en tus azules ojos. Tus labios brillan como una flor entreabierta. Bésame, bésame, amor mio, y besa tambien á tu padre. Te guardo una corona de flores, un dátil, una manzana y una rosa. Mira á tu padre, que está contemplándote extasiado. Bendito seas, hijo mio; bendita sea la hora en que viniste á la tierra.

El Niño.

Quiero el nido que ayer me trajo el pastor; sí, lo quiero.

Oriel.

No, hijo mio, no. El nido ha vuelto al árbol de donde fué arrancado, para consolar á la pobre ave que se dolia y se quejaba, pues los pajarillos eran pequeñuelos como tú, y su madre amorosa como tu madre. Tú no sabes lo que cuesta al ave del cielo fabricar su nido; ¡ay! casi tanto como á tus padres levantar esta cabaña y darte ese lecho de palmas sembrado de odoríferas plantas. Primero la pobre avecilla busca un lugar escondido, muy escondido, entre las hojas con que la primavera ha cubierto el ántes

desnudo árbol. Allí va llevando en su pico lana que los corderillos han dejado en los espinos, hojas secas desprendidas de los árboles en el último otoño, hilos de las plantas, y las pajas que el aire dispersa, y que si bien parecen perdidas é inútiles, son la felicidad de esos cantores de los bosques, cuyos gorjeos tantas veces te han dejado embebecido, obligándote por su sentimiento á confundirlos con la cancion de tu madre, dulce arrullo de tu tranquilo sueño. Reunidas tanta lana y tantas hojas, llevadas al árbol y puestas sobre la yema que brota savia, bajo la corola de la flor que exhala aromas, la avecilla pugna con sus patitas, con su pico, para juntarlas, para unirlas, para darles fuerza, perfeccionando su obra con su pecho, con sus alas, con el movimiento de todo su cuerpo, dolorido por el trabajo y palpitante de amor y de esperanza. Despues, con gran cuidado, deposita el huevo; y aquel alado sér, que vive del movimiento, que se cierne sobre las nubes, que se pierde vagando en el infinito y luminoso éther, sin darse punto de reposo, siempre en perpétua agitacion, se detiene, se posa, encoge sus patas, deja caer sus alas ántes rizadas por los vientos, se queda inmóvil, y se consagra á concentrar sobre el nido todo el calor de su sangre, todo el fuego de su vida, miéntras el compañero de sus penas en el vecino ramo puebla los aires con las endechas inspiradas por sus melancólicos amores. Y tras tantos cuidados y dolores, vienen los pobres pajarillos, y rompen la corteza del huevo, y nacen desnudos como tú naciste, y tienen hambre como tenias tú; y entónces sus padres los cuidan como nosotros te cuidamos, los abrigan como te abrigamos nosotros; y en tanto que la madre procura que el frio no les moleste, ni los amenace ningun reptil, ni les

falte un instante el calor, ni caiga sobre sus cuerpecitos la lluvia de la tempestad ó el rocío de la noche, velando sobre el nido como tu madre sobre tu cuna, el padre, el trabajador de la familia, va, como yo, por el campo á buscar un gusanillo, una semilla, un grano de trigo, para dar de comer á sus hijuelos que pian como tú lloras; y ni padre ni madre descansan un punto hasta que han cubierto de vistosas plumas las tiernas alas de sus hijuelos, y han enseñado todos los arpegios del cántico á su garganta, y los han conducido á buscarse por sí mismos el necesario sustento en el campo, y los han levantado á los cielos, adiestrándolos en volar para que se pierdan en las ondulaciones del aire y en los arreboles de la luz. Y tú, pobre niño, no puedes querer la desgracia de esa pobre ave que se quejaba en el bosque, la pérdida de su amor, la muerte de sus hijuelos, que hubiera sido su muerte. Esos pobres alados seres son nuestros compañeros; purgan de insectos las plantas y las flores; anuncian con su vuelo la lluvia, con su lamento la tempestad; pueblan el aire de armoniosos cantares; y cuando la luz del dia se alza tiñendo cielo y tierra, consagran al sol naciente una oracion en sus gorjeos animados por el amor. Su vida es como nuestra vida. ¿Y tú quisieras que un guerrero viniera y talára nuestros árboles, y destruyera nuestra cabaña, y te arrancára del regazo de tu madre, y te pusiera en cadenas, para no volver á vernos más en esta vida?

El Niño (*llorando*).

No, no, madre; no, padre mio.

ORIEL.

Pues bien; mira allí el ave que habia hecho la mano del pastor desgraciada. Salta de rama en rama cantando, bate sus alas con placer, enseña ya á sus hijuelos á salir del nido, les lleva granos de trigo y los reparte entre todos, y se queda por último extasiada mirando el cielo por do van á vagar, y oyendo cómo ensayan sus primeros cánticos, no de otra suerte que el labrador se enternece cuando ve cargado de flores y prometiendo numerosos frutos el árbol por su mano con afan plantado, ó la madre llora cuando ve crecido ya al hijo de sus entrañas y cercano á comenzar el verdadero camino de la vida. No turbemos, pues, el reposo de los seres que nos rodean. Tú no sabes lo que esconde el mundo, no lo sabes. Aquí en la tierra hay tiranos, aquí en la tierra, hijo mio, hay esclavos. Tu padre no se pertenece á sí mismo, no sabe qué será de él mañana. Un rey le ha dado esta cabaña, esos ganados, el campo que ves, la choza que habitas, los árboles que se inclinan para ofrecerte sus frutos, las palomas que vuelan por las alturas, la libertad de correr por las orillas del mar á oir el cántico de las olas y de las brisas y á tender sus redes en las verdosas aguas. Este es el premio que me concede por haberle salvado la vida. Pero ¿quién sabe si mañana se cansará, y me llamará á su palacio, y me encerrará en sus hondos calabozos, y me volverá á poner en cadenas, y me azotará con su látigo, y me separará de esta cabaña, y del corazon de mi mujer, y de la vista de mi hijo?...

IRIA.

Calla, calla. No imagines tan triste é imposible caso. Él nos ha dado esta cabaña y estos campos á orillas del azulado mar de Fenicia, y no podrá quitarnos lo que es nuestra vida, cuando tú le salvaste de los bárbaros. Desecha tan tristes pensamientos. Todo nos sonrie, todo nos alegra. El mar se riza al dulce aliento de los aires y se corona de espumas. El cielo brilla tan puro como los ojos de nuestro pequeñuelo. El árbol se llena de flores que sacuden sus aromáticas hojas sobre nuestra frente. La linfa del arroyo serpentea en un lecho de musgo, ceñida de verdes y lozanas plantas esmaltadas por las gotas de rocío. La juguetona cabra salta sobre los abismos, el corderillo pace la fresca yerba en el prado, las golondrinas dan de comer á sus hijuelos en los nidos fabricados en el techo de la cabaña, la cigüeña desciende á limpiar de insectos los campos, bajo la rosa purpurina canta el ruiseñor sus amores, en tanto que el águila caudal se alza á los vientos y grita de alegría en las altas regiones, bañándose como todos los seres en los mares de luz y de vida que inundan el Universo.

ORIEL.

Yo he sido muy feliz, sí, muy feliz. Mi corazon, árido como un desierto, se ha vivificado al rayo de tu mirada. El sentimiento, que no se levantaba de mi sér sino para maldecir al impío cielo de bronce, sordo á mis quejas, ha volado lleno de alegría por las alturas como blanca mariposa que nace de una flor muerta. Las lágrimas negadas á

estos ojos, secos por la calentura de la desesperacion, han corrido sobre el rostro de mi hijo en el retiro de mi cabaña. El trabajo, ántes tan duro, tan triste y tan penoso, ha recogido con placer el grano de trigo, la fruta madura caida del árbol, el plateado pez que salta en la red, las cañas con que hemos levantado esta choza, las lanas de los corderos con que hemos cubierto nuestra desnudez, la miel que ha sido el manjar de nuestros campestres festines. Y si alguna vez he trabajado algo más, y he padecido, y he sudado mucho sobre mi campo, ó en el mar, desafiando con mi barquilla las alteradas ondas que amenazaban sumergirme en los profundos abismos: al volver por la noche á esta choza, y ver la tea encendida, mi hijo dormido sobre las palmas, la cena humeando, el perro tendido á mis piés, tú, sí, tú, amada compañera mia, disponiéndolo todo y arreglándolo todo con tu trabajo, una lágrima de alegría ha asomado á mis párpados, é involuntariamente mis labios han modulado una oracion, cuyo eco ha ido á perderse en los arpegios del ruiseñor y en el ruido melancólico del mar. (*Se oye sonido de trompetas.*)

IRIA.

¿Qué ruido es ese que viene á turbar nuestro reposo? Las parleruelas aves callan y se refugian en sus árboles, las ovejillas vuelven al aprisco, y el perro escucha el siniestro son y hiere los vientos con sus ladridos.

ORIEL.

Por la verde ladera de la montaña avanzan guerreros armados de todas armas, desplegando al aire enseñas de

varios colores, caballeros en blancos caballos, y muy ocupados en soplar, sin darse punto de reposo, largas trompetas que resuenan con siniestro sonido en el valle y en el monte. Detrás de ellos, en larga procesion, descubro una cadena de esclavos, que desnudo el pié, descubierta la cabeza, vestidos sólo con ligeras túnicas de lino que al ampo de la nieve se asemejan, menean ramos de laurel en la mano derecha libre de argolla, y entonan un cántico triste como el lamento del prisionero. Síguenles con tardo paso y humilde continente los compañeros del hombre en el desierto, los incansables camellos, que de vez en cuando levantan con sus resoplidos en la tierra una espesa nube de polvo, pues apénas pueden sobrellevar la inmensa carga de púrpura, de ricas telas con que vienen como agobiados. Vénse detrás levantando sus trompas los gigantescos reyes de los bosques, los elefantes cubiertos con ricos tapices y sustentando en su lomo á los sátrapas del imperio, que miran indiferentes las galas de los campos y el hermoso espectáculo de los mares. Síguenles en numerosas cuadrillas guerreros de todos paises, indios vestidos de lino, árabes caracoleando en sus caballos negros como la noche, escitas cargados de flechas y de arcos, abisinios que aullan, salvajes de los desiertos que saltan y corren como poseidos de febril locura, ricos medas cubiertos de telas de oro, formando entre todos inmensa confusion de razas y de pueblos. En ricos carros de marfil y oro, tendidas perezosamente entre pebeteros que exhalan suaves aromas, coronadas de perlas, vestidas de ricas telas de plata, se ven venir las esclavas favoritas del rey, que entonan un cántico dulcísimo parecido al del ruiseñor que ha dejado su libertad en las doradas rejas

de los palacios. En pós de las esclavas se ven los magos, tambien perezosamente tendidos en deslumbradores carros en los cuales van las divinidades que protegen el imperio persa, y las ciudades tributarias del imperio. En un lecho que semeja al sol viene recostado el dueño del mundo. En su cabeza luce la tiara persa, en sus piés sandalias de oro, en sus hombros el manto de púrpura, y de su costado está pendiente la espada de Orzmud, más luminosa que un cometa. Es el rey de Persia.

KEKOBAD (*dirigiéndose á sus magos*).

Quiero ir á Egipto. Niño, jugué en mi cuna con sus serpientes de bronce y con sus cocodrilos de piedra. Jóven, he oido el cántico de sus esclavas esparcido por mis palacios como un clamor del desierto que me llamaba á sus voluptuosas noches, á sus ardientes amores. Rey, creo que mi corona es frágil y pálida si no se pierde en los sombríos misterios de sus templos, en las cavernas de sus sepulcros. Quiero libar el oloroso vino en las copas de aquellos altares, y embriagarme al son de aquella música, aguda como un gemido del desierto, cadenciosa como el ruido de las aguas del Nilo al morir en el mar. La tierra de los misterios me dará en su silencio religioso, en sus nubes de incienso y de mirra, en sus holocaustos, el espíritu de un Dios, que necesito para hollar la frente de las naciones y las espaldas de los pueblos. Allí, reclinado en sus altares, hundidos los piés en las flores sagradas traidas de las márgenes del Nilo, apoyados los brazos en las esfinges de mármol, envuelto en el sudario de alguno de esos dioses que duermen siglos y siglos en las pirámides; oyendo la cata-

rata de los tiempos pasados rodar al pié del ara desde los labios de las primitivas esfinges, embebido en descifrar los secretos de la naturaleza que guardan los misteriosos geroglíficos, podré ver á la tierra subir hasta mis piés, desciñéndose su túnica como la esclava que se entrega á su señor, y al cielo bajar hasta mis manos como el pajarillo fascinado baja á las fauces de la serpiente; y seré Dios, y las naciones me parecerán despreciables hormigueros, y la tierra un monton de cenizas que ni siquiera sea bastante á empolvar las orlas de mi manto. Yo soy desgraciado. Los pueblos caen uno tras otro en mi espíritu como piedras en el mar, y ni siquiera oigo su ruido allá en los profundos abismos de mi pensamiento, y ni siquiera los veo dibujarse en los horizontes de mi fantasía; pues arrojar á mi ambicion el mundo, es como arrojar un insecto al leon hambriento. Quiero ser Dios; sí, quiero ser Dios. El ruido de estos festines me hastía cuando lo comparo con el cadencioso cántico que deben formar las estrellas en los espacios celestes; el hirviente vino me parece insípido y frio cuando pienso en el hervor del néctar de la vida que debe guardar Orzmud en su cáliz; la luz del sol es á mis ojos como espesa noche cuando evoco la primera aurora de la primera luz que debió amanecer sobre la primera ebullicion de la sustancia del Universo. Sacudiendo el sueño de la tierra, despues de largo embrutecimiento en el seno de la materia fria é inerte, quise volar como el águila por las alturas, y tomando alas de mi pensamiento, menosprecié reinos y coronas de oro, y me perdí en el celeste vago éther, y quise, yo, rey omnipotente, tocar con mis manos los límites del Universo, abrevarme en la copa donde está guardada la vida, ver la

fuente misteriosa de la luz, y abrasar allí mi tosco cuerpo como la mariposa sus alas de gasa en el fuego de una lámpara, para tomar otra naturaleza, y sentarme entre los dioses, y ceñirme los mundos como un collar de topacios á mi garganta. Pero bien pronto caí de mi ilusion. Y soy poderoso, y todo me domina; y no puedo comer sin que venga el empacho, ni beber sin que me tome la embriaguez, ni amar sin que me posea el hastío. ¡Oh rabia! Por eso quiero ir á Egipto, por ver si en aquel suelo sagrado y religioso troco mi frágil naturaleza de hombre por la pura y vívida y ardiente naturaleza de Dios. Vamos, pues, vamos á Egipto.

El Gran Mago.

Kekobad, tu ambicion es justa. La conquista de Egipto ha sido el eterno sueño de Persia. Mas tu tesoro está completamente vacío. La guerra se ha llevado consigo todas tus riquezas. El hambre comienza á reinar en tus dominios. Al llegar á Tiro, á la ciudad mercantil del Asia, el dueño de Asia no tendrá lo que acaso tenga el último de sus mercaderes. Armar naves, ejércitos, caer sobre un gran pais, conquistarlo, sujetar su indómita independencia á tu pujanza, es difícil cuando tal obra se prepara y se emprende con las manos vacías de oro. Y no podemos tratar á estos mercaderes de Fenicia como tratamos á los pueblos del corazon del Asia. Allí vamos armados de nuestras armas, y los cazamos como fieras, obligándoles á ofrecernos todas sus riquezas, todos sus frutos. Mas estos señores del mar, que parecen tener por alas el viento, cuando se ven oprimidos se pierden con la rapidez del relámpago en el lejano horizonte, y en cualquier peñasco aislado en medio de las olas

alzan su nido como la gaviota ó como la golondrina. Es necesario dar con el pié en tierra para que brote oro.

KEKOBAD.

Búscalo tú. Hiere la tierra con mi cetro, y de la tierra saldrá un raudal de diamantes. ¿Pues qué, no ha de haber oro en el mundo para el descendiente de Orzmud, para el hijo del Sol? El oro es un rayo de luz que se ha cuajado en las entrañas de los montes. Y la luz es toda mia, toda de mi poder y de mi dominio.

EL GRAN MAGO.

Es verdad. Mas hoy no tienes oro. Y sólo hay un medio de tenerlo pronto, y de tenerlo como no lo tuvieron nunca tus gloriosos predecesores.

KEKOBAD.

¿Cuál es ese medio? Dílo, dílo.

EL GRAN MAGO.

Vamos á Tiro, á la ciudad mercantil del Asia. Allí se reunen todas las caravanas, allí tocan todos los navíos, allí se citan todos los mercaderes, allí corre el oro como las arenas en el desierto. Y puesto que el número de tus esclavos es tan inmenso, esclavos de tu palacio, de tu templo, de tus jardines, de tus cuadras, de tus montes, de tus bosques, de tus rios; esclavos en Media, en Bactriana, en Persia, en Nínive, en Babilonia, en Fenicia; véndelos, sí, véndelos, y recogerás el oro á manos llenas, y podrás clavar tu espada en el corazon del Egipto. Mira (*señalando la cabaña*

de Oriel); ahora mismo pasamos por una choza de esclavos. Véndelos, véndelos; que donde quiera que vayas, tendrás por esclavos reyes, príncipes, guerreros y sacerdotes.

KEKOBAD.

Vende, sí, vende todos mis esclavos. (*La comitiva se pierde á lo léjos, despues de haber pasado por delante de la choza de Oriel. Este, su hijo é Iria han estado de rodillas desde que han descubierto al rey hasta que lo han perdido de vista.*)

ORIEL.

¿Has oido? ¿No ha llegado una voz lúgubre, un acento desgarrador hasta tu alma? Me pareció que el mar se levantaba un instante sobre su lecho, como un ébrio que quiere incorporarse y cae vencido por el sueño. Me pareció que el sol se ocultaba como avergonzado de lo que va á suceder, y que por no mirar nuestra desgracia se envolvia en sus nubes, como la vírgen tierna y sencilla se cubre con su manto de lino por no ver un asesinato. Me pareció que al ir á beber un gilguero en el arroyo se apartó con terror, porque el arroyo le dijo: « Soy una lágrima, y como lágrima soy amargo. » Me pareció que el aire, al chocar en las rocas, lanzaba un lamento tan profundo, que hasta las piedras se abrian de dolor y gemian. Me pareció que los árboles desesperados sacudian sus hojas para derramar en el suelo sus frutas y sus flores, deseosos de condenarse á eterna esterilidad. Me pareció que en esta tierra cubierta de verdor por nuestro gigantesco trabajo, en esta tierra sobre la cual llovia el cielo sus más puras aguas, y en cuyos árboles cantaban con tan dulces armonías los ruiseñores, en

esta tierra de lagos, de bosques, de montañas coronadas de nieves, de mares azules como el cielo, de abejas doradas como las estrellas, de mariposas de mil varios matices, se tendia el desierto con toda su infecundidad, y anidaban como sus únicos habitantes las víboras. Y me parecia que mi corazon saltaba del pecho, mis ojos de su órbita, mi idea de mi cerebro, mi vida de mi cuerpo, tú de mi lado, y mi hijo, mi hijo, de tu seno. Y todo fué porque al pasar junto á nosotros el carro del rey, del bienhechor que nos ha dado estos campos, oí una voz aterradora que decia con siniestro acento: «vende, vende todos mis esclavos, véndelos.» ¡Oh! ¡Gustar un instante la felicidad, para despues perderla! ¡Cuánto mejor no era el oscuro antro y la pesada cadena! ¿Por qué he gustado la felicidad un instante?

IRIA.

No temas, no tiembles. ¿Cómo habian de venir á arrancarnos de aquí? Esta tierra está encantada por nuestros amores. Cuando la ola viene á morir en la playa y nos ve, deja el aire sembrado de rumores y de ecos, la tierra de conchas y caracoles, como si tomára parte en nuestra felicidad. Cuando el arroyo siente que nos acercamos, detiene un poco su curso, y en el remanso de sus aguas, donde se miran las plantas y las flores, retrata nuestros rostros radiantes de felicidad. Cuando el árbol florido, el temprano almendro nos cobija, se entrega á su amor con el aura, y al estremecimiento de su pasion deja caer sus flores sobre nuestras cabezas para coronar sin duda nuestra felicidad. Cuando la paloma siente nuestros pasos al lado de la cabaña, aumenta sus melancólicos arrullos, como diciendo á su

compañero que aprenda amor de nuestro amor, felicidad de nuestra felicidad. Cuando la luna en la callada noche nos ve correr á regar una flor, á respirar un beso de la brisa, á recoger una luciérnaga que brilla entre la yerba, á dirigir una oracion á los astros que centellean en los indecisos matices del azulado horizonte, torna su luz más suave, baña con más melancólicos resplandores las hojas de los bosques, desliza entre las sombras con más cuidado sus rayos, baja á los lagos, al mar, como ansiosa de ver de cerca nuestra felicidad. Cuando el ruiseñor está sobre la rosa bebiendo la gota de rocío guardada en su corola, aspirando sus aromas, columpiado por el aura, cerca de su nido, y nos ve inclinados sobre las palmas donde duerme nuestro hijo, velando su dulce sueño y oyendo su tranquila respiracion, siente crecer su paternal amor, afina su garganta, y llena los aires de cánticos, cual si quisiera acompañar nuestra felicidad. ¿Y el hombre, sólo el hombre será capaz de deslizarse en esta cabaña, que es paz y virtud y amor, para turbar nuestra felicidad?

ORIEL.

Repite esa palabra felicidad, y mira. (*Señala unos soldados que se dirigen á la cabaña.*)

IRIA.

¡Ay! ¿Qué idea siniestra ha cruzado como un relámpago por mi alma desolada? Arrancarme de aquí, venderme, no, no puede ser. Dioses que flotais en el aire, genios escondidos en las espumas del mar, venid en mi socorro. Mi hijo, mi hijo debe crecer en esta cabaña, al pié de estos ár-

boles, en el seno de estos amigos campos, unido á su madre. Los soldados se adelantan con ferocidad, aullando como una bandada de cuervos que se arrojan sobre un cadáver. ¿Á qué vendrán aquí con sus armas, con sus odios, aquí donde sólo reinan la paz y el amor?

ORIEL.

Permíteme un recuerdo, Iria, un recuerdo de amor. Estabas tú, en la noche de nuestro encuentro, bajo los cedros, iluminada por la luna que habia atravesado el espeso velo de las nubes, respirando el dulce aliento del aura que parecia dormirse en tu seno; y me jurabas, delirante de amor y de esperanza, por el Dios que hablaba en el susurro de las selvas, ser mi eterna compañera. Y yo, que respiraba tu aliento perfumado, que bebia en tus ojos la luz de una nueva vida, que caia en un vértigo cada vez que un rizo de tu flotante cabellera rozaba mi frente, agitada y encendida como si la tocára el ala misteriosa del dios de los amores; yo, al estrecharte en mi delirio contra mi pecho palpitante vivificado por el fuego de mi pasion, al unir mis trémulos labios con tus labios; en aquel momento supremo, propio sólo para desvanecer todo recuerdo, para matar todo asomo de dolor, sentí una mano de hierro, fria como el hielo, que paraba los latidos de mi corazon, una sombra negra como las tempestuosas nubes, que oscurecia todo mi pensamiento, y me acordé con horror de que era esclavo, y te rechacé de mi seno maldecido, porque sólo esclavos podian dar nuestros amores á la tierra. (*Iria lanza un grito de dolor, y abraza á su hijo.*) Y hé ahí nuestro hijo, la única víctima inocente de nuestro amor. Ha nacido libre, y ahora va á ser esclavo.

Ha corrido por el campo como la mariposa, y ahora llevará una cadena al pié, una argolla en la mano. En esos labios, en esas rosadas mejillas tantas veces cubiertas por nuestros besos, se cebará el látigo de su amo, sin duda más cruel que una serpiente. Esos ojos que son nuestra delicia, de puro llorar concluirán, como los mios, por secarse cual un desierto; horrible aridez de sentimientos que tambien llegará al corazon. Y tú lo habrás parido con dolor, lo habrás cuidado con el celo de madre, habrás secado sus primeras lágrimas con tus besos, le habrás dado toda tu vida en tus pechos, le habrás tenido siempre en tu seno, por creer dura cualquiera cuna para tu hijo, y frio cualquier lugar donde no esté el calor de tus sentimientos de madre; y ahora lo arrojarán á una caverna, lo dejarán desnudo á la intemperie, le darán el alimento sólo necesario para mantener su vida de amargura, le maltratarán, le cargarán como una bestia, le despreciarán si enferma; y así vivirá sin amor, y morirá sin que caiga sobre sus cenizas ni una lágrima; y su última palabra será tal vez una maldicion para los despiadados que le dieron el sér.

Iria.

¡Qué horror! Esclavo, esclavo. No, no. Ántes mi mano le dará la muerte; ántes le arrojaré en el no ser. Hijo mio, hijo mio.

El Niño.

Madre, ¿por qué lloras? Oye el ruiseñor que canta; mira el arroyuelo que corre; huele, huele esta flor que se abre. No llores, madre, no llores. Todo está tan hermoso

como siempre, todo. ¿Por qué lloras? Dame, padre mio, un beso. Si llorais porque quité el nido, os digo que ya no quiero más nidos. Mira; el avecilla canta allí. Está muy alegre. Sus pequeñuelos pian, y levantan y sacuden ya sus alitas. ¿Por qué llorais vosotros? ¡Oh! Me haceis llorar á mí tambien. Hasta el corderillo viene balando á preguntarme qué teneis. Se acercan unos hombres. ¡Qué relumbrantes vienen! ¡Qué hermosos! Míralos, madre, míralos. Levanta los ojos y no llores. Son muy hermosos.

IRIA.

¡Inocente, inocente! ¡Ay! ¡Ay! (*Se cubre el rostro con las manos, y oculta entre los pliegues de su vestido á su hijo, al llegar los soldados.*)

UNO DE LOS SOLDADOS.

Esclavos de Kekobad, veníos con nosotros. El rey ha dispuesto vender todos sus esclavos, y manda que salgan de su habitacion todos, y todos vayan á la plaza pública al mercado. Cumplid, pues, sus órdenes. ¡Ea! Pronto, pronto. Mirad; por aquella ladera bajan tambien esclavos que estaban guardando los ganados del rey. Pronto, pronto; al mercado de Tiro. Todos vais á ser vendidos.

IRIA.

Por piedad, os ruego que me salveis. Á un dueño del mundo, á un señor de tantos hombres y naciones, ¿qué le importan estos tres pobres seres perdidos en sus dominios como tres granos de arena en el desierto, como tres gotas de lluvia en el mar? Dejadme aquí. En la madriguera de

una leona, comiendo las raices de los árboles, somos felices los tres, completamente felices, porque toda nuestra dicha consiste en vernos, en oirnos, en besarnos. ¡Ah! Si ese rey tiene vida, la debe al compañero de mis dias, ¡y así le paga! Decidle que nos atormente con garfios encendidos, que nos mate si le place, pero que no nos separe. Valdria más que viniera y abriéndome el pecho me arrancára el corazon á pedazos, ántes que apartarme de mi hijo. Mirad mis lágrimas que corren á torrentes, mis lágrimas que ablandarian una piedra. Oid mis gemidos que arrancarian sentimientos compasivos y tiernos á las entrañas de un leon. Pensad en vuestra madre, si es que teneis madre. ¿Quién no compadece, quién no ama el corazon de una madre? ¡Oh! La muerte me pareceria poco por mi hijo. Al fin la muerte es un sueño. Yo le seguiria de rodillas por toda la tierra; yo beberia sus lágrimas; yo bajaria al hondo calabozo donde le encerráran, para mirarle, al ménos, en el postrer momento de mi vida, en el último trance de mi existencia. Nadie puede en el mundo separar un hijo de su madre. Venid, venid, y acabaré con vosotros. La rabia, el dolor pondrán el veneno de la víbora en mis fauces, en mis dientes, en mis ojos; y al arrancármelo, con miraros no más, os mataré. Atrás. No sabeis lo que puede el corazon de una madre. Hijo, hijo mio, tú no serás esclavo, ¡no! ¡no! ¡no!

ORIEL.

Soy culpado, lo soy. Yo únicamente, yo soy el autor de vuestra desgracia. Yo te he asesinado, mujer, y yo he asesinado á mi hijo. ¿Qué importa la vida sin libertad?

¿Qué vale sin libertad el amor? Le he dado á mi hijo un cuerpo, pero no le he dado un alma. Le he dado el sentimiento para padecer. Le he dado la vida para que de ella viva un déspota. ¡Oh! Maldito sea el instante en que te engendré. Yo, loco de mí, siempre me dejo seducir de una ilusion que el fuego de la calentura levanta en la soledad de mi alma. Una luz engañosa, más brillante que la estela en el mar, pero tambien más fugitiva, me dice que soy de otra patria, que hay otro mundo, donde para siempre dejaré rota y deshecha mi cadena; y lo creo, y espero, y á cada resplandor de esta creencia, de esta esperanza, imagino que ese mundo va á surgir, trayéndome un aliento, un suspiro de libertad. Y ahora me veo próximo á ir á un mercado como una bestia, con la mujer que he amado casi sin vida á mis piés, y mi hijo herido ya en su alma por eterna esclavitud. ¡Oh dolor! Resignémonos á nuestra eterna desgracia.

IRIA.

¡Resignarnos! Muramos ántes mil veces. Yo no me resigno á ver en cadenas á mi hijo; yo no me resigno á que me separen de tí. No puedo hasta ese punto mandar en mi voluntad. No puedo reprimir mi corazon, que estalla. Si tengo fuerza, que la tendré, cogeré las trenzas de mis cabellos, ahorcaré á mi hijo, y me arrojaré al hondo mar; pues más le quiero pasto de los peces que esclavo de orgullosos señores. Hijo, hijo mio.

EL NIÑO.

Madre, no llores. Mira, no temas á esos hombres. El

Sol, que tantas veces me has enseñado á adorar, se ve en sus pechos de acero. Muy buenos deben ser, cuando el Sol tanto los quiere. No llores, madre, no llores. El cielo está tranquilo. No se oye el ruido del trueno. El mar está en calma, y no amenaza, como otras veces, sorberse la barca de nuestro padre, que se halla á nuestro lado, libre del viento y de las olas. No llores, madre, no llores.

Uno de los Soldados.

No queda tiempo que perder. Vamos, vamos pronto. El esclavo que se resista, será desnudado, herido con un clavo en las manos y en los piés, azotado y puesto una noche á la intemperie, y encerrado en un tronco hueco, de donde sólo pueda sacar las manos y los piés y la cara, y se untarán piés, manos y cara de miel, á fin de que alzado en una eminencia, á los ardientes rayos del sol, vayan las moscas y los tábanos y las hormigas y toda clase de insectos á chuparlo y roerlo hasta que espire entre desesperantes dolores.

Iria.

¡Oh! Callad, callad, por lo que más en la tierra ameis.

Uno de los Soldados.

Y al pié del suplicio del esclavo se encenderá una hoguera alimentada por maderas del Líbano, y en esa hoguera serán arrojados sus hijos, para que mueran abrasados como un holocausto grato á los dioses de Tiro, que aspiran con placer el olor de los sacrificios humanos, y muy espe-

cialmente el humo que levanta la inocente sangre de los niños.

IRIA (*estrechando á su hijo*).

Vamos, sí, vamos donde querais. Ya no me resistiré más; vámonos. El que me compre en el mercado, ¡oh! me comprará con mi hijo. No me separaré jamás de la prenda de mi corazon. Corramos, corramos á la ciudad, á donde querais. ¡Un suplicio! ¡Un sacrificio! Hermosos campos nido de mis amores, recibid la última despedida de un corazon desgarrado.

ORIEL (*marchando con todos hácia el mercado*).

Campos, hermosos campos, testigos de mi felicidad, compañeros del único dia de paz que me ha sonreido en la vida, os dejo para siempre, y vuelvo á ser desgraciado, á vivir arrastrando mi eterna cadena. Ya no aplicaré el oido al tronco del árbol recien plantado, para sentir si por sus filamentos corre la vida. Ya no libaré en mis labios el primer aroma de la flor entreabierta por el beso del aura, erguida sobre el ramo cual si llamára á sus festines y á sus amores á las mariposas y á las abejas. Ya no oiré el pino que vibra como un arpa en los altos montes, el impetuoso rugir de la catarata que salta por las breñas, el susurro de los cedros agitados por el viento, el cántico del grillo y de la cigarra, la primer oracion de la alondra en el alba y el último gorjeo del ruiseñor en la tarde, el agudo piar de la golondrina que avisa á los polluelos y á los gallos dispersos por los alrededores de la cabaña la venida del águila rapaz, cuyas alas flotan como una blanca nube en los aires,

miéntras la paloma y la tórtola se acogen á sus nidos y contrastan el grito odiado de las aves de rapiña con sus largos y melancólicos arrullos, semejantes á un coloquio de amor. Cabaña, cabaña mia, alzada en los riscos, escondida entre pámpanos y olmos, hecha de pajas y de cañas por mi mano sembradas y por mi mano cogidas, nido de golondrinas y de mi familia, único santuario de felicidad que he encontrado en la tierra, pronto, pronto la soledad te devorará, te pudrirá la lluvia, te abrasará el fuego del sol, y vendrás á ser madriguera de tigres y leones. Mar, amado mar, tanta hiel hay en mi corazon como agua en tu inmenso séno, y más tempestades hay en mi vida que en tus profundos abismos y en tus libres vientos. Adios. Ya no vendrá la ola á besar mis piés, ni la brisa á orear mi frente, ni la nocturna estela á encantar mi vista, ni el ruido de las gotas que se desprenden del remo á regalar mi oido, ni el ave marina á llevarse en su raudo vuelo mi pensamiento, ni tus corrientes ni tus huracanes á levantar una tempestad, una ambicion gigantesca de lo infinito en mi alma de esclavo. ¡Cuántas veces, al oir el bramido de las olas, el estruendo de los vientos, el hervir de las aguas en los abismos, el eco prolongado en las cavernas, el clamoreo de las gaviotas que rozan con sus alas fugazmente las espumas, el ruido de las piedras de contínuo removidas, he sentido que en mi sér habia algo más que este pobre cuerpo frágil como un vaso de barro; y me he levantado á contemplar dentro de mí mismo un mundo inmenso como el mar, agitado como la tempestad, oscuro como el abismo; mundo que no he podido comprender, y cuya grandeza sólo he adivinado por su misma oscuridad; mundo que se levanta so-

bre todos los seres como la luz sobre la naturaleza; mundo esclarecido sólo por un deseo ciego que hay en mi alma de poseerse á sí misma, de ser dueña de su vida; mundo interior, universo indescifrable, en cuyo seno se refugia la perseguida, la anonadada libertad de mi sér! ¡Ah! ¡Qué palabra he pronunciado! No quemes, no, mis labios, palabra vedada por todos los tiranos. Nidos de palomas, enramada donde el ruiseñor se refugia, tronco en cuya resina fabrican sus panales las abejas, riscos por do salta la cabra montés, prado en que pace el manso corderillo, tosco barro de donde se alza á recibir el primer beso del nuevo dia la alondra, techo de paja en que se refugia la golondrina, surco abierto por el buey, monte en que canta el pino y anida el águila y muge el torrente, playa sonora cubierta de arenas y de conchas, hirviente mar coronado de espumas, recibid la última despedida de un alma que va á hundirse para siempre en la eterna oscura noche de negra esclavitud. (*Se pierden todos á lo léjos camino de Tiro.*)

Coro de Sacerdotes (*á la puerta de un templo de Tiro*).

Cantemos á Tiro, reina de los mares. Las nubes son su diadema, los vientos sus alas, el celeste mar su inmenso templo, los huracanes y las tempestades su música, las estrellas las letras doradas del libro de su ciencia. Su Hércules ha recorrido los mares, ha levantado en cada escollo un templo, ha encendido sacrificios en la cima de las islas con la lumbre robada al mismo sol. Las olas clamando con su contínuo cántico á nuestras montañas y acariciándolas con sus ósculos, consiguieron que el cedro del Líbano se entregára á sus brazos, y lo llevaron en triunfo

hasta los últimos límites del mundo, como un testimonio y un recuerdo de sus eternos amores con la tierra. Y despues el hijo de Fenicia, que nace á las orillas del mar, que pasa toda su vida peleando con las olas y los vientos, animó el tronco inerte del cedro, dándole en la vela de lino un ala más ligera que el ala de la gaviota, é infundiendo con el viento recogido en los pliegues de esa vela un espíritu tan poderoso y movible como el espíritu del hombre. Deja, Tiro, que los reyes de Asia caigan como buitres sobre las entrañas de los pueblos, y se embriaguen de sangre recogida en los cráneos de sus enemigos, y se gocen con los lamentos de los moribundos, y tengan por trono inmensa montaña de cadáveres, y por corona el oscuro vacío de la tumba, miéntras que tú, bendecida por las olas y cantada por las brisas, llevando en tus manos el remo pacífico que hiende los mares, te coronas de algas y de perlas, y te vistes tu púrpura, y compartes con todos los hombres las riquezas del comercio, diosa del trabajo. Tú has abierto un fondeadero para todas las naciones. Los abetos de Samos te dan tablas para tus naves, los cedros del Líbano altos mástiles, las encinas de Basan fuertes remos, la India popas de marfil blanco cual la nieve, Egipto lino para tus velas y colores para dar á las velas todos los matices del iris, los habitantes de Sidon marineros, los magos de Oriente pilotos; y Cartago te llama hermana; y Grecia viene, como una sirena perdida entre las ondulaciones del mar, á entonar acompañada de su lira un cántico en tus oidos; y Thogerma arrastra de la rienda impetuosos caballos para tus carros de plata; y Siria siembra de perlas tu camino, como la aurora de gotas de rocío la cuna del nuevo dia;

y Judea llena de trigo tus trojes y de oloroso aceite tus cristalinas lámparas; y Damasco vierte en tus copas de oro ibérico su purpúreo vino; y Arabia deposita en tus aras sus corderillos y sus dátiles, y Sabá su mirra y sus aromas; y el guerrero de Persia cuelga sus escudos de tus templos, y los hijos de Arad sus aljabas de tus torres; y tú, agradecida, tiñes en tu púrpura los mantos de todos los reyes de la tierra, y cobijas á todas las naves del mar, como el águila cobija á sus hijuelos allá en las alturas bajo sus blancas alas. Corónate, hermosa ciudad, con las perlas y los topacios y los diamantes y los carbunclos y el zafiro y la esmeralda que te traen tus hijos, para que brilles sobre todas las ciudades como brilla el sol sobre los astros. Al fin, ninguna diosa podrá presentar como tú un collar de perlas, un velo de espumas, una túnica celeste como el mar, un cinturon de corales y una diadema en que están engarzados los astros. Tú tienes dos cielos, el que se estiende sobre tu cabeza, y el que retrata el mar cuando huellas las olas tendida en tu nave de marfil y cedro. Tú unes como un anillo el Oriente y el Occidente. Tú recibes al navegante que viene mojado de luchar con las olas, y al errante conductor de la caravana que viene empolvado de luchar con el desierto. ¡Salud, salud á Tiro!

Un Mercader de lino. (*Todas las escenas siguientes pasan en el mercado de Tiro.*)

Estamos en el gran mercado de Tiro, do se confunden todas las lenguas, y se mezclan todas las razas, y se juntan todos los productos del humano trabajo. Al pié de la alta montaña se ve descender la caravana que ha atravesado el

desierto, y al mismo tiempo al lado de la tranquila ribera se ve la nave que ha atravesado el mar y pliega su vela como la gaviota encoge sus alas al llegar á su nido. El caminante entona un cántico agudo, melancólico, monótono como el ruido del viento que se estrella en las arenas, y el navegante entona un cantar vario, ligero, gracioso como el choque de la onda en la proa de su barca; y el eco de esos dos cantares son el himno triunfal del trabajo sobre la naturaleza. ¡Qué hermoso está el mercado! Al rumor de las olas, al ruido del viento en las selvas se une el clamoreo de mil voces movidas por la pasion, por el interés, por el miedo, por la incertidumbre, por la alegría del lucro, por el deseo de poseer una de las mil maravillas que Tiro ha reunido en este su templo. Comparad este rumor del mercado, donde reina la vida, con el estruendo del campo de batalla, donde reina la muerte. Comparad al hombre blandiendo su espada para herir al hombre, con el hombre sobre la máquina, encorvado hácia la tierra, perdido en la inmensidad del mar, arrancando algun secreto á los seres que le rodean, esprimiendo sobre todos los labios la vida que en sus pechos guarda naturaleza. ¡Hermoso está el mercado de Tiro! El sacerdote del Egipto viene á comprar incienso para espresar al pié del ara con una nube de azulado humo la religion de su pueblo. El mancebo griego, que acaba de desembarcar, corre, entonando una cancion tan armoniosa como la brisa que se estrella en los pinos de su isla, á buscar collares y brazaletes de perlas para la doncella que le ha jurado amor. Las princesas de Oriente envian á sus eunucos para que les lleven pomada de nardo con que atraer á sus gracias y á sus amores al voluptuoso señor, ya harto

de placeres. El mercader cuenta con ávidos ojos el oro tartesiano arrancado á las tierras donde el sol se duerme como se duerme el dorado abejorro en el cáliz de la flor. El viejo piloto pasa embozado en su manto de lino rayado, contando que, si hoy está ya vacilante, en su juventud así ha servido para pisar la tierra abrasada del Yemen, como para burlar los escollos del Mar Rojo. Aquel otro navegante refiere que ha visto las columnas de Hércules, fin de la tierra, que ha orado en el templo gaditano, que ha puesto en aquella ara milagrosa una plancha de oro, y que despues de haberse perdido en las nieblas de mares ignorados como el águila entre las nubes, trae estaño y oloroso y amarillo ámbar. Ese otro comerciante ha ido á Ofir, y despues de tres años de penalidades y trabajos trae blanco marfil para las popas de las naves, especias finas para perfumar nuestros manjares, negro y lustroso ébano, monos que saltan y divierten nuestros ocios, pavos reales que encantan los jardines con los colores de sus sedosas y matizadas plumas, teñidas sin duda en el jugo de las flores de aquella feliz tierra. Un mago del rey se lleva un manto teñido en púrpura, preciosa sangre de las diosas marinas, guardada en las conchas del mar para Tiro, por lo mismo que nunca ha derramado la sangre de los hombres. Un esclavo compra para su señor una copa de cristal de Seraphta, que brilla como si fuera un diamante. Otro se lleva una diadema de pedrería de la Arabia para la estátua de una diosa de Siria. Todos los pueblos comarcanos vienen á esta festividad á respirar los aromas de la mirra del Yemen, de la canela traida de las tierras de Baco, del cinamomo arrancado al nido de grandes y desconocidas aves, del nardo de la India,

del incienso de Zuila, que es el más grato á todos los dioses de la tierra. Las caravanas de Dedan llegan cargadas de dátiles. El rico fenicio pasa medio tomado del vino de Calibon que ha podido salvar de los reyes de Persia. El borrego de Siria bala en el estremo del mercado, y á lo mejor se escapa y corre hácia el monte, arrastrando su cola como el rey su manto. Los montones de trigo de Jerusalen parecen montones de granos de oro. La plata de Iberia traida quita la luz de los ojos. ¡Ay! Para que nada falte, se oye el lamento de los esclavos que van á ser vendidos. ¡Eh! ¡Amigos! ¿Quién me compra lino del Egipto?

Un Piloto.

Vengo de Iberia, de la tierra del oro, de la tierra feliz, de la tierra más hermosa del Universo. Dos mares, el uno azul y claro como el mar de Grecia, el otro verde y oscuro, se dispután, cual rivales celosos, la dicha de besar las orlas de su manto. Las revueltas ondas, cuando se retiran despues de haber herido con sus espumas aquella bendita tierra, gimen, porque quisieran reposar eternamente en su seno, entre sus encinas, y sus naranjos, y sus viñas, y sus jazmines, y sus umbrosos pinos. Allí el cielo es como dulce sonrisa; el aire contínuo suspiro embalsamado como el que exhalan los labios de la mujer querida en voluptuosa noche de amores; la tierra jardin en que todo florece, lecho blando y mullido para eterno descanso; los mares fieles amigos del hombre; los rios armoniosos cantores que van trenzando guirnaldas en su camino hácia el mar; las montañas ricos joyeros donde el sol ha encerrado rayos de

su espléndida corona convertidos en oro, como las lágrimas de la luna se han cuajado en brillante plata por todas sus llanuras, que convidan á la felicidad con el regalado beso de sus céfiros. Dejadme reposar en aquella tierra, donde hay dos mares, donde la luna celebra sus amores, donde todas las aves cantan y todas las fieras se amansan, donde en cada piedra brota un rosal, donde los árboles bajan sus frutos hasta los labios mismos del hombre, donde el cielo resplandece con alegría infinita, donde la luz derrama sus mejores arreboles, donde están, allá en el último término de Occidente, los carros de ópalos y zafiros en que el sol recorre los espacios. Allí es de ver el mar coronado de espumas, el cielo mirándose en el mar, las costas cubiertas de jazmines, los árboles cargados de frutos de oro, y las mujeres bajo los árboles, coronadas con sus trenzas de ébano, atrayendo á los navegantes con aquellos ojos velados por larguísimas pestañas, negros ojos en que se pierde el alma como en un profundo abismo de amor. Aquellos campos son tan hermosos, aquellos rios tan puros, aquel aire tan feliz, que el sol, despues de haber bañado en su luz todo el Universo, escoge aquella tierra por su lecho, y allí duerme, velado por sus sirenas, y en cambio le da en ricos lucientes metales girones de su manto. Iberia, las golondrinas van á buscarte desde Oriente. Los ruiseñores te escogen por su nido. Tus árboles dan frutos de oro y se coronan de aromáticas flores. Las naves tienden sus alas y caminan gozosas, henchidas por el viento, á tus puertos. Y cuando el navegante ve desde la proa aparecer á lo léjos tus riberas, te saluda como la estrella de su felicidad, como el lugar amigo de su reposo. Bendita sea Iberia.

UN EUNUCO.

Vengo al mercado de Tiro, de órden de mi señor, á comprar un niño que necesita para que le escancie todos los dias el vino. Pocos niños veo en el mercado de esclavos. Sin duda la esclavitud no engendra. El hombre en cadenas no puede amar, como el ave no hace su nido en la jaula. Mas por allí veo venir un pirata que trae un niño hermosísimo de la mano. Pirata, ¿quieres venderme ese niño?

EL PIRATA.

No puedo, no, vender este niño, porque me ha costado gran trabajo robarlo, y lo guardo para mí. Con este muchacho, un remo y una vela, soy dueño del mar. Me tiendo en mi barca, doy el blanco lino al viento, y me dejo llevar donde me impulsen las olas: que nunca falta un anzuelo para el pez, ó una flecha para el ave, y el necesario sustento. Allí respiro. Mi pecho se ensancha, mi audaz mirada se abisma en el cielo, mi voz grita como los vientos, mi deseo vuela como la gaviota, y mi corazon late como las olas que besan los costados de mi velera nave. No tengo miedo al mar; porque es tan mi amigo, que no sé distinguir sus horizontes de mi pensamiento, sus estelas de mis ilusiones, sus noches de luna de mis noches de amor, su calma de mi sueño, ni sus tempestades de mis pasiones. Yo no tengo familia. Mi vida ha sido vida de lucha y de violencia. La mujer á quien he arrancado por fuerza un instante de placer, la he abandonado en la misma ribera, lecho de mis fugaces y violentos amores. Y no tengo hijos, y he robado este niño.

El Eunuco.

¿Y cómo lo has robado?

El Pirata.

Voy á contártelo. Tú no habrás visto esas islas hermosísimas que se levantan al Poniente, y á cuyas riberas se llega despues de seis dias con seis noches de navegacion, cuando el viento es favorable. Son montañas coronadas de mirto y de lentisco, ceñidas por las espumosas olas, bordadas de flores, y en sus cimas se levanta un templo de mármol blanco, habitado por un Dios á cuyos piés arde en trípode hermosísima de oro un sacrificio que consume inocentes corderos y blancas palomas, en tanto que los mancebos entonan los cantares de su religion al son de liras de ébano y marfil, y las vírgenes, vestidas de lino y coronadas de verbena, bailan trenzando sus danzas con guirnaldas de laurel, para ofrecer á su genio tutelar todos los dones de la fecunda naturaleza, siempre allí florida y riente como la imaginacion de sus hijos, pues todos han nacido poetas. Allí se levanta, entre otras, la isla de Ortygia, que eleva su frente sobre las olas, coronada de pámpanos y espigas. Su fértil suelo, su tranquilo horizonte, sus seguros puertos llamaron mis miradas á tan dulce y tranquilo promontorio, y como el ave marina hice de aquella isla mi nido. Reinaba en ella un varon justo y fuerte, que en cambio de telas de púrpura me dió oro, y lo que vale más que el oro, franca hospitalidad. Áun recuerdo el festin con que me honró en su palacio. Despues de haberme bañado y de haber untado mi cuerpo con la pomada de nardo, me vistió

una túnica de blanco lino, me envolvió en ancho manto, y me puso en la mano un talento de oro como señal de su amistad. Despues me llevó á una gran plaza donde estaban los jóvenes más nobles y hermosos del pueblo entregados á sus fiestas y á sus juegos. Unos danzaban con facilidad tal, que parecian de alados piés; otros lanzaban un disco resplandeciente como el sol á larga distancia, despues de haberle dado tres vueltas en los dedos; otros peleaban, teniendo por escudos cestos; y los más con rara habilidad manejaban el arco, clavando la aguda flecha en el codiciado blanco. Divertido ya el ánimo, fuimos á comer, y nos repartimos sabrosos pedazos de cerdo y de carnero, miéntras el poeta de la isla, en una silla sembrada de clavos de plata que relucian como estrellas, con la lira de ébano y marfil en la mano, reclinada la frente en el mármol de una columna, mirando despreciativamente el festin y la copa que llena de vino habia á su lado, nos contó en lengua divina, en armoniosísimos versos, las hazañas de sus héroes y de sus dioses.

El Eunuco.

¡Bien te trataba!

El Pirata.

Y sin embargo, yo cometí con él una gran perfidia. Al salir del festin, ví un niño, pequeñuelo, de ojos azules, de rizada cabellera, tendido en el regazo de su madre, cuya hermosura aumentaba aquella prenda de cariño, como el capullo aumenta la hermosura de la rosa. «Es mi hijo,» esclamó el rey, al ver cómo yo me quedaba embebecido

contemplando tan hermosa criatura. En el mismo instante sentí el deseo de llevarme aquel hermoso niño. Tú no sabes cómo el mar acrecienta la intensidad de los deseos. Al ver que en débil lona aprisionamos los vientos; que suspendidos sobre los abismos burlamos su profundidad; que las olas vienen como para sumergirnos, y levantan nuestra nave cual esclavas sobre sus espaldas; que el huracan y la tempestad, si juegan un instante con nosotros, vuelven á dormirse, como el mar alborotado, á nuestras plantas; acostumbrados á no encontrar obstáculo en la inmensidad y á vencer la naturaleza con nuestras pobres fuerzas, el deseo subleva nuestra alma lo mismo que el viento hace hervir las aguas del Océano. Cuando me quedé solo en mi barco, pensé la manera de poner por obra mi deseo, de realizar mi audaz pensamiento. Yo, solo en el mundo, sin más propiedad que mi barca, sin más compañeros que mis piratas, acostumbrados á unirse á mí para el robo y á dispersarse despues para gozar de ese robo; sin más porvenir que sepultarme en las aguas del mar, quise tener una pasion dulce y tranquila, un cariño entrañable, un sér que me debiera su existencia, y decidí robar ese niño que ahora ves crecido jugueteando por el mercado, teniéndome por padre. Decidí pagar la hospitalidad de los reyes con grandes regalos, y atraerme así más y más su amistad y ganarme su corazon. Llevé al rey un manto sembrado de estrellas de plata que parecia un cielo, y á la reina un collar de ámbar y oro. Con estos y otros dones ganéme la amistad de todos. Yo era el primero en las fingidas peleas, yo lanzaba el disco más léjos que ningun jugador, yo alcanzaba con mi honda baleárica donde no podia alcanzar ningun brazo,

yo ponia la flecha donde ponia el ojo, yo en las luchas marítimas desafiaba á todos, y mi barca á impulsos de los remos por mí manejados volaba como un ave marina sobre las ondas. Así me gané todos los corazones de aquel pueblo dado á la fiesta. Entre todos puse mis ojos en la esclava que guardaba el niño, esclava fenicia, que hablaba mi lengua y tenia mis propios dioses. Requeríla de amores, y cayó de rodillas á mis piés jurándome eterno cariño. Le prometí arrancarla de la esclavitud, volverla en mi barca al patrio suelo, hacerla dueña de mis riquezas, si arrancaba el niño al techo paterno. Decidióse por fin, movida de tantas pasiones, á ceder á mi ruego, que segun los medios de que me valia, más era mandato. En una noche oscura en que el viento jugaba con las nubes en el cielo, con los mares en la tierra, abandonó el palacio de sus amos, y me trajo el niño á la orilla donde estaba atracado mi barco. Yo se lo arranqué de los brazos, lancéme de un salto á la barca, izé la vela, zarpé, y dejando abandonada á la criminal esclava, dí la vuelta á Fenicia. Al pronto lloró el niño, preguntó por sus padres, por su esclava; pero mis caricias lo encantaron, y el tiempo con su eterno soplo borró todo recuerdo de su memoria. Hoy es mi hijo. Iza la vela, le coge rizos si aprieta el viento, rema con grande habilidad, conoce las señales de la tempestad, sabe llamar al viento cuando las aguas están dormidas, y vive, á pesar de ser niño, con gran contento la vida tempestuosa del navegante.

El Eunuco.

Ya veo que, por lo mucho que te ha costado, es impo-

sible que te separes de ese muchacho. Pero andan por demás escasos los pequeñuelos en este mercado. Debo comprar uno para mutilarlo y encerrarlo en un serrallo, y veo que no voy á encontrarlo. Y eso que el rey de Persia, riquísimo en esclavos, acaba de echar casi todos los suyos al mercado. ¿Quién me venderá un muchacho?

El Pirata.

Allí veo entrar una pareja. Es un jóven hermoso, en todo el vigor y toda la robustez de la edad, nervudo, sobre cuya frente brillan los rizos de una rubia cabellera, como los rayos de luz sobre la frente del sol; seguido de una jóven, tierna, delicada, resplandeciente de gracia, que lleva la cabeza caida sobre el pecho en señal de amarguísimo dolor, y que de vez en cuando vierte de sus rasgados ojos algunas lágrimas; y los dos llevan de la mano un niño que refleja fielmente la hermosura de los que parecen sus padres, y que se rie cuando lloran ellos, porque no comprende que entrar en el mercado es tanto como una separacion eterna de todo lo que ama ya en el mundo. ¡Oh! Mirad, mirad ese mercado de carne humana, ese mercado de dolores, de penas, de terribles angustias. Unos están indiferentes, en tierra tendidos, mirando con estúpidos soñolientos ojos al que los va á comprar, como si el dolor hubiera en ellos embotado el sentimiento. Otros dan vueltas en el pequeño círculo en que están encerrados, saltan como para recoger más aire en su pecho, acechan con mirada de odio al mercader que los guarda, y tienden los brazos al horizonte, á lo infinito, como el ave prisionera bate sus alas en

la jaula y mira tristemente el vago éther en que se perdia su vuelo. Á un lado hay dos africanos que hablan de su tierra, del inmenso desierto, del fiel camello, de los negros dioses de sus padres, de la cabaña apoyada en el tronco de la palmera, del oasis donde corria abundosa y clara fuente, del águila que se cernia sobre sus cabezas, de las huellas del tigre que seguian para cazarlo; y á cada objeto que recuerdan, un amargo sollozo, salido de lo más profundo de sus corazones, parece como que va á llevarse tras sí la vida. Allá en el fondo una mujer separada de su amante se retuerce los brazos, se arranca el cabello, se hiere contra la tierra, rechaza el brevaje de harina de cebada con sal que le ofrece su dueño, y llama á grandes clamores la muerte. Aquí en primer término se ven unas jóvenes hermosísimas y silenciosas y resignadas. Su dueño las ha desnudado para atraer la mirada voluptuosa de los ricos y de los poderosos. Ellas, de rodillas, encendidas de rubor, no se acuerdan de su desgracia, sino de su desnudez, y pugnan por ocultarse con sus largos cabellos, que á manera de un velo caen por sus espaldas. Por aquí oigo un infeliz que ruge como una fiera. Es un salvaje que acaba de ser arrancado á la libertad de las selvas. Estaba acostumbrado á vivir en sus fragosidades, á saltar de roca en roca, á tener por vivienda las cavernas, á comer la fruta caida del árbol, á extinguir su sed en los torrentes, á imitar en su cántico el rugido de la tempestad, á calentarse en el aterido invierno allá en la cima de los volcanes, como nos calentamos nosotros al amor de la lumbre en el reducido hogar. Y lo han perseguido, y lo han cazado como una fiera, y lo traen aquí, á la estrechez mezquina de esta vida, cargado de ca-

denas. Así lanza aullidos, rechina los dientes, se golpea con las cadenas todo el cuerpo, se levanta, y salta, y vuelve á caer bajo la inmensa pesadumbre de sus hierros, escupe hiel á la cara de todos los que le miran, amenaza devorarlos á todos, y convierte los sanguinolentos ojos á la cima de las montañas donde fué su libertad, y algunas lágrimas surcan y escaldan sus mejillas como la ardiente lava que corre entre las hendiduras de un volcan. Pero aparte de estos grandes dolores, de estas amargas penas, lo más triste que hay en el mercado es la estúpida indiferencia, la resignacion, la tranquilidad de ese gran número de esclavos que ven cómo se comercia con su vida, con los más caros sentimientos, y yacen ahí cual yertos cadáveres. ¡Ay! Entre todos llaman mi atencion aquellos dos jóvenes que no há mucho entraron con un niño en el mercado para ser vendidos. La resignacion se ve en los ojos del mancebo. Mal envuelto en un manto de lana que dibuja admirablemente sus hermosas formas, rodeada la cabeza de cabellos que brillan más que las diademas de los reyes, ancha y espaciosa la frente, iluminados los ojos, vibrando los labios entreabiertos como si fueran á verter una maldicion, apoyado con indiferencia en su báculo, parece la estátua de un Dios. Á su lado su pobre compañera, vestida con una túnica de lino de Egipto, luchando con la pesada cadena que sujeta sus brazos, desesperada y llorosa, deja entrever en su hermosísimo rostro la intensidad infinita de su dolor, y pone sus ojos llenos de lágrimas en el cielo, y oprime contra su seno á su hijo, que se sonrie con inocente sonrisa, único iris que se ve brillar en esta gran tempestad de dolores y pasiones.

El Eunuco.

Puesto que veo ahí un niño que debo llevarme conmigo á toda costa, voy á comprarlo, sea el que quiera su precio. Siento herir esos dos corazones; pero tambien yo tuve padres, tambien perdí yo el dulce calor del maternal regazo. Acompáñame, buen marino, ya que conoces tan bien este mercado.

Iria.

Aquí no puedo respirar. ¿Te acuerdas? La luz de la mañana teñia de violeta y rosa las nevadas cimas del Líbano; los cedros y los pinos vibraban como arpas acabadas de pulsar; el mar se sonreia al primer beso de la mañana; las flores sacudian sus corolas, orgullosas con las diademas de rocío que les habia ceñido la noche; los torrentes se precipitaban de los altos montes, uniendo sus gigantescos rumores al grito de las águilas que abrian sus alas sobre los abismos; y la alondra, como uno de esos pensamientos alados que se escapan del alma feliz al cielo, volaba á recibir en sus ojos el primer rayo del sol, y al rizar sus alas el aliento del nuevo dia, entonaba un cántico, dulce eco de nuestra felicidad. Aquí hemos venido á padecer tan sólo, á escuchar maldiciones, ayes, quejidos, rechinamiento de dientes, y el roncar de la desesperacion, ya insensible, ya estúpida. ¡Oh! ¿Y vendrán? ¿Y pondrán precio á mi hijo? ¿Y lo arrancarán de mi seno? ¿Y nos separarán para siempre, para siempre? Mi corazon salta del pecho. Un vértigo horrible se apodera de mi mente. La única esperanza que me queda es que tan gran dolor, cayendo

como una gota de corrosivo veneno sobre este corazon ya destrozado, lo romperá, lo deshará, é iré á dormir para siempre en brazos de la muerte. ¡Ay! Mas áun en la muerte, áun sepultada en la fria ingrata tierra, una lágrima tuya, amado mio, un sollozo de mi hijo, me despertarán al tormento y al eterno dolor. Ya no puede haber más amarga hiel. La retama del bosque es dulce, comparada con el dolor que me ahoga. ¡Ah! Es tan grande, es tan intenso, que la muerte misma no tendrá en sus negras fauces un soplo que pueda apagarlo. Dioses de mis padres, ¿dónde, dónde estais?

ORIEL.

No invoques, no llames á dioses que nos han condenado á la esclavitud. ¡Ah! Se evaporará el mar como una lágrima; se perderá la tierra como la nube de polvo que levanta la caravana en su camino; se apagarán todos los astros, como las luciérnagas se apagan y mueren; se rasgará el cielo como un sudario; la nada estenderá su profundo abismo donde hoy reina la vida, como la lápida del sepulcro cae sobre el cadáver; y lo único que existirá, ¡ay! será este dolor mio, que no tiene límites, como un mar de hiel y de ponzoña. Esclavo, mísero esclavo, ¿quién me dijo que podia amar? ¿Cómo he engendrado yo seres infelices? Soy muy culpado, y el remordimiento se agarra como un buitre á mi dolorida cabeza. Si la víbora supiera el mal del veneno que lleva en sus dientes, no engendraria, no, viboreznos. Y yo, sabiendo que es la esclavitud eterno dolor, eterna sombra, eterna degradacion, he tenido hijos. ¿Por qué he dado un ósculo de amor? Ántes que amar, de-

biera haber muerto. Sí, muerte, ven por el hijo á quien he dado vida. Nada, si es que existes, ven arrastrando tu manto de tinieblas, y trágate al inocente á quien he dado el sér. Es preferible no ser, á ser viviendo torpe vida de esclavos.

IRIA.

Vienen, vienen compradores. Mira qué ojos tan codiciosos ponen al mirar al niño. Se lo van á llevar. ¡Oh! Yo no puedo sufrirlo. Que vengan, que me partan el pecho, que me arranquen el corazon, pero que no se lleven á mi hijo. Yo serviré de rodillas toda la vida al que á su lado me deje, toda la vida. Yo llevaré una cadena pesada al cuello y otra en los piés: que todas me parecerán leves si puedo sentir el peso del cuerpo de mi hijo en los brazos. ¡Que no nos separen! El que nos compre separados, se lleva tres cadáveres. El que nos compre juntos, nos hace felices. ¡Pobre hijo mio! ¿Para eso lo he criado yo, para eso? No, no. ¡Con cuánto cuidado lo calentaba en mi seno! ¡Cuán ufana estaba yo cuando hartaba con dulce leche de mis pechos su hambre! Su sonrisa es mi felicidad, su aliento el aire necesario para mi vida, su mirada mi luz, sus besos mi alimento. No, no me lo arrebatarán. ¿Quién puede arrebatar á la leona sus cachorros? Morirán los que le toquen. ¡Infeliz de mí! ¿Qué puedo yo hacer, qué? Harto haré con llorar y con morirme. Una pobre mujer no tiene más defensa que sus lágrimas. He vertido tantas, que mis ojos están secos. He exhalado tantos suspiros, que mi corazon está yerto ya, habiendo perdido todo el calor de su vida. ¡Oh! ¡Morir, morir, dejándolo en la esclavitud!

ORIEL.

Conten un poco tu dolor. Yo te he hecho desgraciada.

IRIA.

No. La única felicidad que he gustado en la vida, á tu lado la he gustado. Amarte siempre es mi destino. El dolor me dice que te amo con delirio. ¡Oh! ¡Cuánto daria por aquella cabaña que hemos perdido, pobre albergue de nuestros dulcísimos amores! No, no maldigas este amor, único rayo de luz que ha atravesado la negra noche de nuestra mísera existencia. ¡Ah! Vienen, vienen. Miran el niño. Les gusta. ¿Por qué ¡oh dioses! no habia de poder encerrarlo de nuevo en mi seno? ¡Qué oigo! (*Da algunos pasos, vacila, y cae en el suelo.*) ¡Qué oigo! ¡Preguntan su precio! ¿Quereis saberlo? Su precio es mi sangre, mi vida, mi alma, todo mi sér. Su precio no puede darlo ningun hombre; su precio es el corazon de su madre. Una fiera, si viese á una madre por su hijo desesperada y llorosa, sentiria compasion. ¿Y vosotros sois ménos que las fieras? ¡Ah! Se van, se van. Descanso. Pero vienen otros compradores, otros. Voy á perder el sentido. Desvaría mi cabeza.

EL EUNUCO (*acercándose á Iria*).

¡Oh mujer! Lloras como si tu dolor fuera el único dolor de la tierra. Vuelve en torno tuyo los ojos, y verás penas tales que te hagan fácil y llevadero tu triste sentimiento. Yo tambien nací libre en el seno de nuestra madre naturaleza. Tambien corrí de niño tras las mariposas, y de jóven tras los ciervos por las oscuras enramadas y por las ori-

llas de los abismos y de los torrentes. Yo tambien tuve una madre que velaba mi sueño, que bebia mis lágrimas, que daba el calor de su vida á mi débil cuerpo y me criaba para su hogar y para su felicidad. Jóven era, y no habia visto ciudades, no habia visto palacios, apénas habia conocido más hombres que el náufrago por la tempestad arrojado á nuestras playas, ó el caminante con su caravana perdido en el desierto, que venía á pedir un asilo á nuestro oasis. Habia crecido, y no sabía que hubiese en el mundo látigos, cuerdas, cadenas, mordazas, ligaduras, esclavitud. Creia que yo no podia nunca ser ménos libre que el arroyo cuyas aguas se esparcen por el prado, ni que el águila cuyas alas se abren allá en las regiones superiores de los vientos, ni que la flor cuya corola recibe los besos de los aires y de la luz, ni que el bruto fiero cuyo instinto se mueve por selvas, cavernas y montañas. En mi aislamiento, en mi vida pegada á la vida de la naturaleza, en mi sér que tenia por suyo todo el campo, no habia podido caber el pensamiento de que el hombre necesitára de la esclavitud del hombre para ser grande, poderoso y fuerte. Un dia lo aprendí por mi mal. Nunca supiera lo que es el hombre, nunca. Pasó por nuestro campo un ejército del Asia. La voraz langosta es más compasiva para las plantas que aquellos hombres, y el soplo del encendido simoun más fresco y más vivificador que su aliento. Cayeron los árboles, rodaron los frutos, secáronse las flores, desapareció bajo sus pisadas la yerba, y tambien mi libertad, tambien mi alma. Yo era amado de mi madre como el cachorro de la pantera. Arrojóse la pobre mujer sobre los que me arrancaban del oasis para esclavizarme, y las lanzas de los

guerreros atravesaron su corazon, y cayó exánime á mis piés. Yo amaba, en la primavera ya de la vida, á una pobre niña que guardaba los ganados de mi padre, y que de vez en cuando me traia una corona de flores, que yo ceñia á sus sienes, y juntos nos sentábamos al pié de un sauce, en la mullida yerba, á mirarnos en la clara linfa de la fuente. Aquella niña, cuyos labios no habia yo tocado con un beso, fué arrojada á un serrallo. Despues, para atormentarme eternamente, me mutilaron y me pusieron con una cadena al cuello á guardar el lecho de los placeres de mi señor. Ahora vengo yo á mi vez, borrado ya todo sentimiento en mi pecho, á llevarme ese niño, ese hijo tuyo que has criado con tanto cuidado, que quieres con tanto amor, que es tu corazon y tus entrañas.

IRIA (*fuera de sí*).

Quítame la vida. Ahora, ahora mismo, mátame. Por ahí debe haber una espada que sea más compasiva que tu lengua, cuyo veneno ha caido hasta en el seno del alma. Quiero que el sueño de la muerte cubra mis párpados. Buscad, buscad entre las piedras del camino un áspid, y aplicádmelo al corazon. Á medida que beba mi sangre, se irá tambien bebiendo mi dolor. Pero me vais á arrancar á mi hijo, á mi esposo, y no me voy á morir. Esta, esta es mi pena. Entrañas mias, sois de piedra. ¡Ah! El dolor es una espada que hiere y no mata. Las lágrimas son un veneno, que emponzoñan y corroen, y no aniquilan. Mi hijo es mi vida. Yo no consiento que pueda nadie arrebatármelo. Yo lo defenderé hasta morir. Yo volveré á esconderlo en mi seno, y tendréis que abrírmelo si es que intentais arrancarme mi hijo. No sé

lo que digo. Por piedad, por compasion, no me arrebateis á mi hijo. Se va á morir sin el amor de su madre. Necesita aún mi amparo, necesita aún mis besos, necesita aún la luz de mis miradas. Arrodíllate, hijo mio, llora como tu madre. Pide que no nos separen, que nos vendan juntos, juntos. ¿Quién se resiste al lloro de una madre y de un niño? Lo oís y no llorais. ¡Ah! Estoy perdida.

El Eunuco.

No soy yo quien compra, mujer; es mi amo, es mi señor. Yo estoy aquí escuchando tus quejidos, que me recuerdan cuánto padeceria en la última hora de nuestra separacion mi madre. Si yo fuera libre, no encadenaria á ningun sér. Me pides la libertad, la vida de tu hijo, á mí, ¡ay! á mí, que soy esclavo, que soy eunuco. En esta sociedad, el infeliz, el desgraciado debe cerrar su mente á toda idea, y á toda esperanza su corazon, y no debe amar, porque su amor puede ser la desgracia de muchos seres y dar más esclavos á la tierra. Ese infeliz niño dormia tranquilo en el no ser, sin que supiese lo que son cadenas y tormentos y trabajos, cuando el fuego de vuestro amor lo despertó á una vida que no habia pedido, lo trajo á un mundo que no habia deseado, y lo arrojó á esta gran tempestad, para que sintiera el peso de las argollas en sus manos y de las cadenas en sus piés, y comiera el pan amargo de los calabozos, y caminase por la vida contínuamente azotado, y se clavára todas las espinas de que está erizada la tierra, y vertiera su más pura sangre, y contára sus dias por sus dolores, y no tuviera más Dios ni más esperanza que la sombra de su

misma desesperacion prolongándose más allá aún del sepulcro.....

ORIEL.

Calla, calla. No atormentes con la evocacion de ese terrible pensamiento mi corazon. ¡Si vieras cuántas veces me he quedado transido de dolor al contemplarme causa de las desgracias que este inocente iba á sufrir en la tierra! Sus ojos, iluminados por tan hermosos reflejos, están destinados á ver tan sólo el ceño de un tirano. Sus labios, que hemos perfumado con nuestros besos de amor, deben proferir bendiciones para los mismos que lo esclavizan. Sus espaldas han de ser el pedestal de los tiranos. Su corazon se ha de negar á todo sentimiento. Y yo esclavo, yo que arrastro con horror una cadena y vivo maldiciendo siempre de mi suerte, sombra errante perdida en lo vacío, eterna condensacion de todos los dolores, he dado mi ponzoñosa vida, mi propio sér á lo que más amo, á lo que más puedo amar, á mi hijo, y he aumentado así el número de los instrumentos que mi señor tiene en sus manos para atormentar al mundo, siendo yo mismo el destinado á remachar con un nuevo eslabon la cadena de la esclavitud, que quisiera quebrar con sin igual esfuerzo.

EL EUNUCO.

Consuélate, sí, consuélate contemplando que tu desgracia es universal. Vuelve los ojos, y verás por do quier esclavos. Aplica á todos vientos el oido, y escucharás el triste quejido de la esclavitud. La tierra que pisas está empa-

pada de sangre de esclavos. El aire que respiras está cargado de lágrimas de esclavos.

El Jefe de los esclavos de Kekobad.

Eunuco, ¿me compras, ó no me compras ese muchachuelo que vendo y que quieres comprar? Aquí se viene á negociar, y no á hablar de esa manera tan difusa y tan prolija. Ménos palabras y más dinero. Por los dioses infernales te juro que no verás un niño mejor ni más rollizo en todo el mercado. Más que el hijo de uno de estos perros, parece hijo de un rey, como ese rapaz que trajo hace ya mucho tiempo de las islas griegas el Pirata. Mira, mira el muchacho que te vendo. Es rubio, de ojos azules, de labios encendidos, de blancas y rosadas mejillas, de ancha frente; jugueton como una mariposa, alegre como un pajarillo que revolotea alrededor de una jaula sin saber que es aquella su prision, dispuesto hoy para escanciar todo el vino que se consuma en un festin, destinado á ser mañana tal vez un gran guerrero, un gran cazador; y si acaso tu señor le destina á algun sacrificio religioso, con hundir un cuchillo en su garganta tiene una víctima sin duda más propicia que el balador corderillo, y siempre más pura que la sangre de una paloma.

Iria.

¡Bárbaro! ¿Oyes? ¿Oyes? ¡Ay! Me arrancan el corazon. Dáme un beso, hijo mio, dá un beso á tu madre.

El Jefe de los esclavos.

Yo todos los vendo, todos, á bajos precios. Nunca ha

visto el mercado de Tiro tantos esclavos juntos. ¿Quién, quién me los compra? Llévate, eunuco, llévate al muchachuelo. Poco oro vale. El otro dia estuve en un mercado de Grecia, donde me llevó una velera nave fenicia. Allí los esclavos se emplean en todo y para todo. Hay esclavos para la casa; esclavos para las faenas del campo, como la siega y la vendimia; esclavos para remeros de las naves; esclavos droguistas, y médicos, y retóricos; esclavos para el culto de los templos; esclavos para la guerra; y tambien esclavos para bailar en los postres de los festines al son armonioso de la cítara y al ruido de las copas. Pregunté los precios. El esclavo destinado á dar vueltas á la rueda de un molino vale una mina; el que pasa su vida encerrado en los pozos buscando minerales, dos; el que en una fragua separa la plata de la escoria, tres; el segador no vale tanto, ni el gramático, ni el retórico; el arriendo de un cocinero da seis óbolos diarios; por los demas trabajadores se paga en arrendamiento algunas buenas cantidades; por el rescate de cautivos hechos en la guerra, dos minas; aunque ha habido rico que ha dado un talento por el hallazgo de un esclavo huido del hogar, á quien al dia siguiente de recobrarlo ha condenado á muerte. Pero lo que más caro se paga es sin duda el niño robusto que sirve para adornar los festines, la hermosa mujer que el poderoso arrastra por concubina á su lecho. Sólo se venden más caros que los esclavos en Grecia..... los caballos.

El Pirata.

He estado en Grecia, y conozco el pais. Tú aumentas los precios por vender más caros tus esclavos. He visto yo,

yo mismo, dar un niño tan hermoso como ese por un puñado de sal.

El Eunuco.

No me paro gran cosa en el precio que me pides por ese muchacho. Por cargarme más de dinero, y para que pudiera soportar su peso, me ha dado mi amo esta moneda cartaginesa, que en un pedacillo de cuero sellado por aquella República encierra grandes y estraordinarias riquezas. Por consiguiente, ven aquí á un lado y te daré el precio del muchacho. (*Se retiran á un lado.*)

Iria.

¿Lo oyes? ¿Lo oyes? Comprarán á nuestro hijo solamente. Nos arrancarán este pedazo de nuestras entrañas. La única esperanza que me resta es la seguridad de que no sentiré por mucho tiempo este dolor que atenacea mi corazon. Palidecen mis mejillas, se descoloran mis labios, arden mis ojos, se ahoga mi pecho, y laten mis sienes con fuerza como si llamára la muerte á mi cerebro. Las lágrimas se han agotado, acaso como en señal de que bien pronto se agotará tambien mi vida. La insensibilidad se va apoderando de mi corazon, y el hielo de la muerte á su vez se apodera de mi cuerpo. Un gemido horrible, mudo, sólo escuchado por mi conciencia, me parte el corazon y me anuncia que pronto va á huir de este mundo el alma. La tempestad que ha pasado rozando con sus alas de fuego mi corazon, ha consumido todos, todos mis sentimientos. Sólo cuando veo á mi hijo, tan dulce, tan amoroso, y presiento nuestra separacion, cae de mis ojos una lágrima, como una

gota de veneno desprendida de una copa ya apurada. La horrible calentura que me consume y me devora, pinta en los espacios un hondo calabozo, y en ese calabozo, entre telarañas, entre insectos, entre murciélagos que revolotean por el húmedo aire, veo á mi hijo, insensible, estúpido, casi cadáver ya, y que sólo alguna vez se acuerda, como de un sueño, de su madre, y atiende con cuidado para sentir si las paredes le trasmiten algun sollozo, único compañero de su dolor. ¡Oh! Mi corazon salta de pena dentro de mi pecho. No hay amor como el amor de madre, y así no hay penas como las penas de las madres. Dioses, genios ocultos en el cielo y en los aires, dadme un poco de vida, calmad un tanto la intensidad de este dolor que destroza mi cuerpo. ¡Ay! Los mercaderes se acercan. Creo que han vendido ya la sangre de mi corazon, el aire de mi pecho, el calor de mi vida, mi hijo ¡ay! mi hijo. Amado compañero mio, decidámonos á un gran sacrificio. Trae tu puñal, y cuando vengan, que encuentren sólo un cadáver. Si muero, ¡qué dolor, dejar á mi hijo en cadenas! Si vivo despues de haberlo arrancado de mi regazo, no merezco ser su madre. Dáme ¡ay! dáme tu puñal, y lo clavaré en el pecho de mi hijo.

ORIEL (*volviéndose á los esclavos*).

Esclavos, oidme, oidme. (*Los esclavos se agrupan alrededor de Oriel.*) Ya es hora de que acabemos nuestros males por nuestro propio esfuerzo. Ya es hora de que nos decidamos á erigir un hogar, á tener una familia, á correr libremente por la tierra, como el ave por los vientos, como la fiera por las selvas. Luchemos, y será nuestra la victo-

ria. La desesperacion vence siempre á los felices de la tierra, que tienen temor á la muerte. El hierro que nos oprime debe ser el rescate de nuestra servidumbre. Despertáos, mirad de cerca á vuestros opresores, y veréis que son más débiles, más miserables que nosotros, pues se hallan afeminados por sus afeites, heridos por sus placeres, turbados por el incienso que les consagran nuestras viles manos. Son grandes porque nosotros nos empeñamos en ser pequeños. Viven de nuestro miedo, como el milano de la timidez de la paloma. Se alimentan de nuestro trabajo. Apartémosles los hombros, y se vendrán á tierra desplomados. Juguemos todos nuestra existencia para ganar la libertad. Si vivimos, serémos señores y ellos esclavos. Nos pondrémos en nuestra frente sus coronas, y arrojarémos sobre sus hombros nuestras cadenas. Si morimos, ellos pierden más que nosotros, porque matan su única riqueza, sus esclavos. Si quereis herirlos en el alma, decidámonos todos al suicidio. Si nos pierden, pierden la fuente de su vida. Y si nosotros los perdemos, ¿qué perdemos? La servidumbre. Decidíos, decidíos á luchar. Hijos de las selvas, esperezáos como el tigre y erguíos como el leon que ha sacudido el sueño de la calentura. Á vuestros gritos huyen los tiranos, como huyen las águilas al estruendo de la tempestad. Muramos, pero no seamos esclavos. La muerte es la libertad, miéntras la vida es la servidumbre. Nosotros somos más numerosos, más fuertes que ellos. No somos dueños de nuestro sér, porque no queremos. Decidíos. Buscad en vuestro corazon la apagada centella de la voluntad. Nuestros hierros serán nuestras espadas. Seguidme, seguidme, y podréis estrechar contra vuestro corazon á la mujer que ameis,

y guardar vuestros hijos, y vivir libres en las selvas, y reposar en la sepultura de vuestros padres, y tener propicios á los dioses, que sólo atienden á los hombres libres y menosprecian á los esclavos. Decidíos á mirar en vuestros opresores vuestros enemigos. Acordáos del calabozo, del látigo, de la cadena, de la argolla, del brevaje que es vuestra comida, del duro suelo que es vuestro lecho, del peso de las piedras en vuestras espaldas, de la soledad de vuestros corazones, de las angustias de vuestros dias, de la triste herencia de lágrimas, de horrores que legais á vuestros hijos, y la rabia y el furor y la desesperacion serán vuestro númen, y triunfaréis. Y si no triunfais, en vuestra muerte habeis tomado de nuestros enemigos venganza... (*Un grito de universal entusiasmo contesta á las palabras de Oriel.*)

TURBA DE ESCLAVOS (*siguiendo á Oriel*).

¡Á las armas, á las armas! Defendámonos. Salvémonos. Las piedras lanzadas al aire nos abrirán camino al monte, á la selva. Allí respirarémos. Nadie, nadie puede contener nuestra cólera, que ha salido de madre. Derribemos las empalizadas que nos cercan. Rompamos las cadenas que nos oprimen. ¡Al monte, á la selva! Quitáos, no nos detengais, mercaderes que nos vendeis; porque, si no, vais á probar nuestra ira. Armas, chuzos, piedras, eslabones rotos, pedazos de cadenas, todo puede servir para esta guerra. ¡Al monte, al valle, á la selva! Corramos léjos, muy léjos de aquí. Rompamos todo cuanto se opone á nuestro paso. ¡Al campo, al campo! ¡Guerra, guerra!

Iria (*abrazando á Oriel en medio de la confusion de esclavos que se levantan y se arman y corren en todas direcciones*).

¡Oh! Por esta hora, por este momento tú eres el hombre más grande sin duda de la tierra. Despertar con la tempestad de tu voz á los esclavos, milagro es que te envidiarian los dioses. Hace poco, los desgraciados estaban ahí tendidos, inmóviles, imbéciles, sin acordarse de que podian luchar, resignados á llevar toda su vida una cadena y á dejar esa cadena en herencia á sus hijos, como una maldicion que alcanza á todas las generaciones; y ahora, despues de haber hablado tú, el espíritu que no tenian, la conciencia de que estaban desposeidos, han entrado con el soplo de tu palabra en su sér, y se incorporan de su lecho de cenizas, y despiden de sus ojos centellas, y hablan como una gran tempestad, y se disponen á pelear por su vida y á abrirse con su valor un camino hácia los montes y las selvas, donde les aguarda para darles libertad la eterna madre del hombre, la próvida naturaleza. Peleemos. Débil mujer soy; mis manos se han hecho para dar vueltas al huso, mis ojos para llorar, mis labios para murmurar oraciones; pero madre herida, madre despojada de mi corazon, de mi hijo, siento la pasion guerrera hervir en mi pecho, y me enardezco, y anhelo pelear, como el águila que ve amenazado su nido, ó la leona que ve asaltada su madriguera y heridos sus cachorros. Peleemos, sí, peleemos por mi hijo, ó muramos todos juntos de un solo golpe, de una sola herida.

ORIEL (*se dirige á los soldados de Kekobad, que aparecen á la entrada del mercado*).

¿Venís á ahogar á vuestros hermanos? ¡Infelices! Retiráos. No bebais inocentemente más sangre. Dejadnos ir á buscar nuestras montañas y nuestras selvas, ó si no, os arrastrarémos como la catarata al tronco que se interpone en su corriente. Dejad á ese déspota en su triste sudario de púrpura, entre sus nubes de incienso. El manto que lleva está teñido en la sangre de vuestros padres, y ahora quiere levantar un trono sobre vuestros huesos. Vosotros peleais para que él goce. Vosotros moris para que él triunfe. Vosotros llevais por todas partes la desolacion, para dar á un sér enfermizo, corrompido una vida angustiosa. Cuando en el campo de batalla oye vuestros quejidos, vuestros lamentos, se goza como si oyera la música de un festin. Y es fuerte porque le sostienen esas espadas, y de esas espadas hace tanto caso como el elefante del insecto ó del reptil que aplasta en su camino. Abandonadle, y no vivirá un instante. Seguidnos á las selvas, y el rey de Asia será como la sombra de un sueño errante en lo vacío. (*Los soldados despiden una nube de flechas contra los esclavos.*)

TURBA DE ESCLAVOS (*defendiéndose*).

¡Á ellos, á ellos! ¡Á nuestros enemigos! ¡Guerra! ¡Muerte! (*Los soldados ceden al primer empuje de los esclavos, y huyen.*)

ORIEL (*á los suyos*).

Ya lo veis. Vuestros enemigos huyen al reflejo no más

de vuestra mirada. El aullido que se escapa de vuestros pechos es más atronador que la tempestad. La piedra que sale de vuestras manos es una centella que hiende cuanto se le opone. Un esfuerzo más, y volaréis á vuestro antojo por los campos. Un esfuerzo más, y la cadena de hierro que os sujeta caerá fundida por el fuego de vuestros corazones, y cada una de sus hirvientes gotas horadará el cráneo de nuestros enemigos. Un paso más, y podeis levantar una choza en el trono de las montañas, y allí erigir un ara á vuestros dioses, y en el ara ofrecerles los despojos de la esclavitud y el fruto que arranqueis á la tierra con vuestros brazos. Corramos, corramos á una nueva pelea.

KEKOBAD (*aparece en un carro de marfil y oro, vestido de púrpura, coronado con la tiara persa*).

Míseros esclavos, inmundos reptiles, ¿dónde vais? (*Los esclavos todos caen de rodillas fascinados por el temor al rey, escepto Oriel que se queda de pié estrechando su puñal contra su corazon.*) ¿Qué sois para pedir libertad, torpes engendros de la noche? En Persia y sus dominios no hay, no puede haber más hombre libre que yo, vuestro amo, vuestro rey. Volved al polvo de donde habeis salido. Por más alas que quiera tomar la hormiga, nunca volará, y su eterna habitacion será el oscuro agujero abierto en la tierra, y su eterno alimento el pobre grano de trigo que el segador deje caer de sus espigas. Vosotros sois hijos de los divos, de aquellos genios del mal que se revuelcan en las frias tinieblas y destilan veneno de sus fauces; y aunque intentárais levantaros, el rayo de Orzmud volveria á sumiros en los abismos de la desesperacion y á postraros bajo

la eterna cadena de la esclavitud. Vosotros vivís de mi voluntad, respirais de mi aliento; y si mi voluntad os abandonára, caeríais todos desplomados en el infierno, entre el hierro y el fuego, á sufrir dolores, en comparacion de los cuales son alegría, fiestas, placeres vuestros dolores y vuestra desesperacion de hoy. Ahora mismo, ahora mismo vais todos á probar mi ira. Abriré mi mano, y caeréis en el eterno abismo, y os envolverá la fria telaraña que Ahriman ha puesto sobre la nada. Todos vais á ser castigados.

ORIEL.

Todos no; yo solamente. Ellos son inocentes, yo culpado. Míralos; apénas han visto tu rostro amenazador, apénas han oido el eco de tu voz, se han sepultado en el polvo, reconociéndose esclávos por su naturaleza. Si algun deseo de libertad ha cruzado como un relámpago por la oscura noche de su alma, ese deseo lo ha infundido mi voz, mi tonante palabra, que los ha despertado y les ha puesto las armas de su emancipacion en la mano. Mas como no pueden levantarse de su degradacion, sujetos y esclavizados á la materia por la pérdida completa de todo sentimiento, que oscurece la dignidad de su sér, así que te han visto amenazador, creyéndote un dios é imaginando que el rayo de tu venganza iba á caer sobre su frente, se han hundido en la tierra de que son hijos, como el inmóvil árbol, y aguardan á que los aplasten las ruedas de tu carro, las pezuñas de tus caballos y de tus elefantes. Así es que toda tu venganza, toda tu ira debe caer sobre esta cabeza que ha ideado una lucha, sobre este corazon que ha querido quebrar sus cadenas. Una voz, una voz engañosa me de-

cia que yo tambien soy hombre y que sobre las espaldas del hombre no debe pesar siempre el hierro de la servidumbre, que le quita hogar, familia, templos y hasta dioses. Pero esa voz se ha desvanecido mil veces, dejándome la hiel del desengaño en el alma. El lloro de mi hijo, próximo á serme arrebatado, de mi hijo, á quien amo como no pueden amar nunca los déspotas, ha resonado en mi corazon, llamándome, no á la libertad, pues ya sé que la libertad no bajará nunca hasta el espíritu del esclavo, sino á la muerte, único alivio de nuestros dolores, única esperanza que centellea en el ocaso de nuestra mísera existencia. Mátame á mí solo; porque al fin, cuando he alzado la voz, cuando he erguido la frente, cuando he vibrado este puñal, no he puesto mi pensamiento en la libertad, sino en la muerte, que al ménos me prometia ocultarme la eterna desgracia de mi hijo.

KEKÓBAD.

Ya sé, esclavo, cómo he de atormentar tu orgullo y cómo he de castigar tu soberbia. Ya sé que quieres arrebatarme mis esclavos, entregándolos á un señor que tú crees más piadoso que yo, á la muerte. Pues bien, verás dónde llega mi justicia, y cómo puede herirte mi mano omnipotente. Todos esos infelices que tú habias movido á un crímen, han caido en el polvo á un soplo de mis labios, como cae la flor á un beso del frio cierzo. Todos han mostrado que se resignan á su suerte y que merecen ser mis esclavos y arrastrar la cadena que mi poderosa mano les ha ceñido para libertarlos de la muerte y hasta de la eterna noche de las tinieblas á que los condena su condicion y su

nacimiento. Mas ya que el lloro de tu hijo te ha estraviado hasta negar á tu dueño y concitar contra tu dueño á esos infelices, tu hijo morirá ahora mismo, consagrado en el altar de los dioses como víctima expiatoria, y tú vivirás ¡infeliz! atado siempre á tu cadena, y desde hoy entregado al torcedor de tus remordimientos.

IRIA (*estrechando fuertemente á su hijo contra su corazon*).

¡Ah! ¡Por piedad! ¿Qué he oido? El pobrecillo nunca, nunca ha hecho mal á nadie. Es inocente. Sus labios sólo saben sonreir, su corazon sólo sabe amar. No ha conocido ningun odio en su vida, pues no ha hecho más que rogar á sus dioses, en las primeras oraciones que balbuceaba su lengua, por el mismo que hoy le condena á muerte. ¿Y os atreveréis á herir este cuerpo, á ahogar esta voz, á consumir esta existencia, á dejar caer vuestra ira sobre el único sér inocente que hay aquí, y que en su ignorancia ni siquiera sabe la pena con que vais á castigarlo? Matad á su padre, matadme á mí, en la hoguera, como querais, inventando todos los tormentos juntos; pero no mateis á un inocente, cuyo único crímen consiste en ser nuestro hijo. Dioses, yo os invoco; dioses del cielo y de la tierra, yo os llamo. Oid, oid el lamento de una madre. (*A una señal de Kekobad, los soldados arrancan el niño á Iria.*)

CORO DE SACERDOTES (*llevando el niño al sacrificio. Oriel é Iria van detrás, cargados de pesadas cadenas. Entran en una selva que hay al lado del mercado*).

Nada hay tan grato á nuestro dios Melcarth como el

olor de la carne humana y el vapor de la sangre de niño que sube en espirales de humo á sus abiertas narices. Vamos á la oscura selva, llena de árboles seculares cuyas ramas se entrelazan sosteniendo una bóveda de enredaderas y de zarzas y de plantas parásitas, eterno asilo de los buhos y de las lechuzas. En esta selva las piedras han sido lecho de innumerables cadáveres, y las plantas se han alimentado con sangre de las víctimas sagradas; y por eso es lugar querido de los buitres y de los dioses. Aquí no penetra la luz, aquí no cae la lluvia del cielo, aquí el rayo se apaga en los troncos de los árboles, aquí el ave enmudece y se torna carnicera y amiga de las tinieblas, aquí la zumbadora abeja no encuentra una flor, aquí sólo se oye el gemido del viento en las ramas, sólo se ve el fuego fátuo que corre en todas direcciones, y la gota de sangre humana que cae contínuamente al pié del ara, cubierta de cráneos y de huesos mondados por los picos de los cuervos, eternos compañeros de nuestros dioses. Entremos, entremos. El fuego arde ya sobre el altar. Los buhos huyen, los lagartos y las sabandijas se esconden. Los cuervos graznan presintiendo ya un festin. Las ramas de los árboles se mueven á impulsos de los infinitos murciélagos que en ellos anidan, y que sacuden sus alas porque toman la indecisa luz del holocausto por el resplandor del crepúsculo. Preparad el niño. Lavadlo en el agua lustral. Cubridle la cabeza de enredaderas. Hundid el cuchillo en su garganta. Esprimid la sangre sobre el ara. Arrojad su cuerpo á las llamas. Ya se consume, ya se consume. Ya no existe. Melcarth nos agradecerá eternamente este sacrificio.

IRIA (*que ha seguido con ojos atónitos, sin decir una palabra, toda la ceremonia*).

Mi hijo, mi hijo ha muerto. Y yo vivo. ¡Oh! No, no. El corazon me salta del pecho. ¡Ah! ¡Ah! (*Cae exánime, y lanza un gran gemido.*) Muerte, muerte, gracias, gracias. (*Espira.*)

ORIEL (*quiere clavarse su puñal; pero se rompe la punta en su pecho*).

Para mí no hay ni el consuelo de la muerte.

KEKOBAD.

Regalo este esclavo (*señalando á Oriel*) al egipcio que me ha revelado el secreto de un símbolo de su religion y me ha dado luz para mi gran conquista. Tú, jefe de mis esclavos, embárcalo para Egipto.

ORIEL (*desde la nave, que sale del puerto de Tiro*).

Ondas del mar, no sois tan amargas como mi vida. Aires que os estrellais en las playas, no sois tan contínuos como mis gemidos. Abismos que os estendeis bajo mis plantas, no estais tan oscuros como mi corazon. ¡Cuánto daria yo por ser una gota de agua, una cinta de alga, un grano de arena, una rama de las plantas marinas que habitan en vuestros torbellinos, algo, en fin, que me diera esta insensibilidad tras la cual voy, ya que ni siquiera me es dado abrazarme al frio esqueleto de la muerte. He querido sentir, he querido amar. Nunca, nunca lo hubiera intentado, infeliz de mí. La copa de la felicidad, al acercarse á mis

labios, se torna hiel. Ahora me arrastran á otro punto, á otra region de la tierra, despues de haber dejado esparcidos en esas orillas pedazos de mi corazon. ¿Qué nuevos tormentos me aguardan? ¿Qué nuevas penas asaltarán mi alma? ¿Se puede sufrir más? Oigo un lamento que me traen las brisas del mar. Es el quejido de los esclavos que venden sin piedad en el mercado. Allí separan al padre del hijo, al hermano del hermano. Maldicion horrible, ¿has de ser eterna? ¡Ay! ¡Ay! (*Deja caer la cabeza sobre el pecho. La nave se aleja de Tiro.*)

FIN DE LA QUINTA JORNADA.

METAMÓRFOSIS.

JORNADA SESTA.

Omasis.

¡Bendita seas, tierra de Egipto! El cielo se estiende sobre tí como una gran hoja de papiro donde en signos de luz están escritas tus glorias y las glorias de tus dioses. El Nilo rompe sus ataduras, salta sus límites, y difunde por tus llanos sus aguas benditas y sagradas para llenarte de vida. El desierto te ciñe como áureo manto caido á tus plantas. La palmera cimbrea sobre tus colinas sus grandes hojas, y cobija en su verde corona las cigüeñas sagradas, cuyo vuelo señala el camino que traen los dioses al venir á los templos. Entre los troncos de áloes, de nopales, de olivos que las aguas del Nilo fecundan, se arrastra el cocodrilo y la serpiente de mil colores, y en las ramas se posa la paloma y te saluda con sus melancólicos arrullos. Allá á lo léjos, detenido por tus bravías costas, el mar se arrastra á tus piés, y ruge y te escupe en vano

sus amargas ondas, porque lo has encadenado y lo has sometido, y al gran mónstruo no le resta más que revolcarse impotente en sus límites como un cautivo en sus cadenas. Todas las gentes vienen á tus templos á colgar una reliquia ó un amuleto de tus altares y de tus aras. Los pueblos bárbaros aullan en torno de tí sin atreverse á tocarte, como las bandadas de cuervos graznan en torno de un ejército que camina á las batallas. Tú, tierra bendita, has grabado en las paredes de los templos los pensamientos del cielo, has contado los invisibles y misteriosos eslabones de la cadena del tiempo, y has presentido que se encierra la inmortalidad en la vida del hombre.

ORIEL (*que está á un lado tallando una gran piedra*).

¡La inmortalidad en el hombre! ¿Conque no hay muerte? ¿Conque ni esa esperanza siquiera le queda al esclavo? ¡Oh! ¡Cómo envidio cuanto veo, cómo quisiera tener ó la inercia fria de esta tierra que piso, ó el movimiento de esas aguas que onda tras onda ruedan en perpétuo movimiento hácia el mar, donde pierden su sér en los abismos! Todos los seres me aventajan. El leon sale de su madriguera, sacude sus guedejas de oro, clava sus garras en la arena, mira con sus encendidos ojos á los cuatro puntos del horizonte, abre su pecho á la ráfaga encendida del viento del desierto, puebla con sus rugidos más fuertes que el eco de tempestuosa nube la soledad, oye su instinto que le habla y que le mueve, y abandonado á sí mismo corre á su antojo por la tierra, salta los abismos, bebe en la fuente del oasis, asciende á los picos de las montañas, baja al llano, se acuesta en las hojas secas desprendidas de los bosques,

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

tiene en su madriguera su familia, su leona, sus cachorros; y yo, que soy inmortal, atado á esta dura roca, ablandándola con el sudor de mi frente, veo el mundo y el cielo al través de la espesa reja de un calabozo, como si vivo yaciera en una tumba. El avestruz, el dueño del desierto, se levanta de su nido que ha abierto en la arena, llama á sus hijos, agita sus negras alas, y emprende su rápida carrera, instintivamente, pero con libertad; y yo, yo, inmortal, no puedo separarme de esta cadena, que me agobia y me tiene pegado al suelo como la raiz de mi sér y de mi vida. El águila se levanta, vuela á lo infinito, se mece en los vientos, traspasa el seno de las oscuras nubes, deja bajo sus garras la tempestad, rueda en los torbellinos del huracan, mira frente á frente con reposado mirar el rayo del sol, menosprecia la tierra y se pierde allá donde no llega el eco de nuestra voz, y cuando vuelve y se posa en el pico de una montaña, en el techo de un templo, en el ramaje de un pino, se muestra tan orgullosa como si hubiera bebido nueva vida en la copa de oro de los astros; y yo, inmortal, yo trabajo aquí una piedra para un templo que no conozco, para un dios cuyo amor no siento, y en vano pido á los cielos, que se me alejan como una ilusion de felicidad, algunas gotas del rocío de la verdad para fecundar la triste aridez de mi alma. Yo no puedo moverme por la tierra como el leon, no puedo volar por el cielo como el águila; y tengo, sin embargo, tengo un deseo vivo, animado, de sacudir el polvo de la tierra, y levantarme y mirar más allá de los astros, si en ese abismo sin fondo del cielo hay algun sér que llueva sobre mí la verdad, tras la cual corre desalado este pensamiento, que estalla y salta con

mayor ímpetu á las alturas al compás que se aumenta el ruido de mi cadena.

OMASIS.

Tú, esclavo, tienes sed de verdad. Yo creí que el esclavo no tenia nunca más deseo en su alma que de sueño, de un largo descanso. Si el trabajo no ha podido adormecer tu pensamiento, si la servidumbre no ha podido matar tu deseo, si áun crees y áun te levantas en alas de tu idea á otras regiones, á pesar de que dura cadena te ata á la tierra, ven, ven á mi santuario, entra en mi templo: que algun gran misterio yace en su oscuro seno, y algunos dogmas hay grabados en esas paredes que guardan oscuros geroglíficos, mudo lenguaje de nuestros dioses ocultos en el profundo santuario. Aquí estás en la region de los misterios, en la tierra de los grandes secretos de la naturaleza. El Nilo guarda en sus aguas los miembros despedazados del dios del bien. Las cavernas reciben con religioso respeto en sus profundas sinuosidades la palabra que les deposita la ráfaga del viento del desierto. El templo sirve de reclinatorio á los grandes colosos agobiados por un pensamiento divino, á los animales que fueron como el ideal de todas las creaciones. Al pié de cada columna hay una momia contemporánea de todos los siglos, que nos acompaña en la vida y nos promete la incorruptible inmortalidad en la tumba. En el seno de las catacumbas habitan las generaciones egipcias, disecadas, embalsamadas, y de sus mudos labios se escapa la palabra de la inmortalidad, el secreto de la vida que se derrama por la tumba como el agua del Nilo por el valle. Cuando la noche descienda,

cuando las estrellas comiencen á brillar en el cielo, cuando el cocodrilo y la serpiente se escondan en sus madrigueras y el buho gima en los altos chapiteles, acércate al templo, y verás animarse las estátuas al resplandor del fuego del sacrificio, volar el ibis sagrado diciendo la palabra divina, palpitar la savia de la idea religiosa en las columnas como la vida en el árbol, y salir de cada geroglífico, palabra perdida en el templo, un misterioso, un divino cántico que te revele el pensamiento que buscas cuando hieres con tu martillo las piedras.

ORIEL.

Quiero entrar en el templo. Salta mi deseo en mí como el ave en el horizonte. No busco la vida en ese templo; busco la muerte. ¡Dichoso aquel que puede dormir para siempre, frio como esta piedra! Pero ántes de morir quiero que me digan tus dioses por qué he sido eselavo, y que me revelen el misterio que se encierra en mis cadenas. ¡Oh! Entrar en un templo, en uno de esos lugares donde los hombres dilatan su vida, conversar con los dioses que guardan en sus labios todos los misterios, aspirar la esencia de la idea que sube al cielo en las azuladas espirales del incienso, ver el pensamiento que arde en el fuego del sacrificio, exhalar una alada oracion que suba y se pierda en lo infinito, y en cambio sentir si los dioses guardan algun sorbo de un nuevo licor de la vida en sus copas de oro, en sus blancas nubes, en las flores que ciñen sus sienes, para mí será el placer inmenso, infinito de creerme nuevamente creado, nuevamente vivificado al pié del ara,

y libre de esa cadena, unida á mí hasta ahora como la sombra al cuerpo.

OMASIS.

El sol se ha ocultado. Las estrellas brillan en el cielo. El desierto suspende el ruido de sus huracanes, como si recogiera el aliento para escuchar mejor la palabra de Isis. El ave nocturna exhala un gemido como el eco del misterio de la noche que quiere romper á hablar y revelarse á los mortales. Los animales sagrados duermen para recoger en este instante de descanso una nueva celeste idea. Los dioses desde sus antros tienden el manto de tinieblas. El rio murmura su luctuosa plegaria. Tal vez no sea más que una lágrima caida de los ojos de una divinidad ignorada. El templo se agranda en las sombras, porque el templo crece con el misterio y el misterio con la noche. Acércate al santuario.

ORIEL.

Me parece que á la luz dudosa de las estrellas el templo se alza del suelo como árbol arrancado por el huracan, y se cierne en los aires como inmenso negro avestruz que bate sus alas sobre su nido. Un sudor frio corre por mi frente, y hiela en mis venas la sangre, y pára los latidos de mi corazon en el pecho. He querido buscar mi redencion arrastrándome de rodillas al pié de mis señores, corriendo al sacrificio, levantando sentimientos de dignidad en el ánimo de mis compañeros los esclavos; y no he comprendido nunca que sólo puede redimirme de este eterno dolor la posesion de la verdad, sí, de la verdad que se en-

cierra en el templo de Isis. Mi ánimo vacila, flaquean mis rodillas. Muros de granito, inmensos sillares, sois montañas levantadas sobre montañas por generaciones de gigantes que han querido encerrar en un calabozo profundísimo la verdad debida á todos los hombres. De vuestra cavernosa boca se exhala un olor de incienso que trastorna mis sentidos y despierta en mis ojos casi cerrados al peso del temor fantásticas aladas visiones. ¿Quién no ve que un genio superior te ha creado, ¡oh templo! Su huella está en tus paredes como las huellas de las garras del tigre en la corteza de los árboles del bosque. Paso este pórtico resguardado por monolitos donde los siglos han escrito en oscuros signos su pensamiento; entro en este patio, en que las columnas, que ora semejan palmeras coronadas por su diadema de largas hojas, ora haces de trigo, sostienen una cornisa donde abre su cáliz sagrado el húmedo lotho y estiende sus guirnaldas de pámpanos la vid cincelada en la piedra; me paro un instante á contemplar el coloso que duerme teniendo por almohada un monté; bajo mi cabeza ante el sepulcro de color de cielo qne encierra más abismos que el profundo Océano; saludo las fauces del cocodrilo que sobre la inmensa puerta del templo sostiene un globo alado; entro, y contemplo los geroglíficos que se animan á la luz del sacrificio como las hojas del bosque al primer rayo del sol, los áureos nichos donde duermen las momias adornadas con brazaletes de oro, los altares donde están las serpientes de bronce, los perros sagrados, las esfinges que áun tienen el beso de la brisa en los labios, las estátuas con sus tiaras en la cabeza, las fuentes que corren al pié del ara destinadas á las abluciones, la imágen de los que ya

no son, de los que han caido en brazos de la muerte, y llevan el arado en la mano y el saco de semillas á las espaldas como para trabajar en otra tierra; y al acercarme al santuario, encerrado en lo más oscuro, en lo más profundo del templo, apénas teñido por una luz sonrosada como la del crepúsculo, quiero rasgar con mis manos el velo de tinieblas que oculta la verdad á mis ojos, y tiemblo, y vacilo, y caigo en profundo estupor, sin poder alcanzar ni entender la palabra misteriosa que se levanta sobre columnas, estátuas, obeliscos, esfinges, colosos, y flota allá en los aires como el pensamiento del templo.

HERMES.

¿Quién turba la tranquilidad de este templo? ¿Quién interrumpe el silencio de la idea que está escondida en el profundo santuario de Isis? Yo estoy aquí reuniendo las sustancias de todas las cosas que se acaban, para formar un nuevo Universo que tenga por alma mi pensamiento. Yo he reunido aquí todas las esencias, el aire, la luz, la chispa del rayo, el aroma, la nube, el éco, el rumor del bosque, para formar un nuevo espíritu; y todas las organizaciones, las escamas de los peces, la piel de la serpiente, las garras del tigre, la dorada guedeja del leon, las leves alas de la pintada mariposa, el cráneo del hombre, para formar un nuevo cuerpo; y con el cuerpo y el espíritu crearé un dios que pueda resistir en su pecho el torrente de los siglos, que pueda romper con sus brazos la cadena del espacio, y se levante sobre los restos despedazados de todas las divinidades, porque el Oriente y sus religiones se acaban como astro que se anega en el éther,

como dia que se pierde en la eternidad, como vida que se desvanece en el sepulcro.

ORIEL.

¿Qué veo? Del fondo del altar se levanta un fantasma que cubre el santuario con su rozagante púrpura. En sus ojos se ven brillar y desaparecer luminosos reflejos como relámpagos en noche oscura; de sus labios se desprenden mansamente palabras ininteligibles que hacen temblar las estátuas y las columnas; una corona de verde encina cubre sus sienes, y sus piés se apoyan en tempestuosa nube que truena como si fuera la voz de su pensamiento. Se dirige á los cuatro puntos cardinales del templo, y enciende en cuatro grandes trípodes una luz roja, otra azul, otra amarilla, otra verde, que tiñen con los colores del iris esta mansion de los dioses. Despues traza con una vara mágica en el aire calcinado por una gran tempestad moral signos ideales, cabalísticos, que despiertan á los colosos, que impulsan á los cocodrilos de bronce, á las serpientes de oro, á los murciélagos cincelados en la piedra, á estenderse, á levantarse, á tomar formas aéreas, espirituales, y rodar en torno de mí en mágica danza, produciendo un concierto de sonidos inarticulados, indecisos, que forman misteriosa música. Seres que os exhalais como nubes de mariposas del fondo de estos altares, y os envolveis como en vuestro manto en las ondulaciones del aire, y os arremolinais alrededor del fuego del sacrificio, y subís á las alturas, y bajais girando por do quier en perpétuo movimiento como las hojas de la flor en alas del huracan, decidme, decidme, ¿dónde está la verdad?

HERMES.

He encendido las cuatro luces que representan las cuatro sustancias de que se compone la vida. Á sus reflejos he abierto el libro donde están guardadas las últimas palabras del Oriente. Al romper cada uno de sus misteriosos sellos he oido un ¡ay! prolongado que se perdia en los largos intercolumnios del templo. Conforme he ido rompiéndolos, se han avanzado hasta mí todos los dioses de todos los pueblos. Por allí veo venir en larga procesion los genios nacidos de las espumas del mar, que traen contentos en profundas copas el primer rocío de la vida; los hijos del campo, hendido el pié, la cabeza coronada de yedra, derramando hirviente vino en la tierra; los espíritus del aire con su manto de nubes, su corona formada por el arco-iris, sus arpas hechas de rayos de luz; los dioses de las estrellas, que nadan en el éther y arrastran en pós de sí mundos como el viento del otoño hojas secas; los grandes protectores de la guerra, nacidos de las fuerzas de la naturaleza, blandiendo en sus manos largos cometas que son como espadas de fuego; los elefantes blancos que llevan coronas de lothos en su trompa; los toros persas en cuyos cuernos de oro lucen diademas de brillantes; los colosos egipcios bajo cuyas pisadas se hunde la tierra; los serafines medas que agitan con sus alas celestes el aire y despiertan á los orbes fatigados y soñolientos en su eterna carrera con la voz de sus clarines; y todos entonan un cántico que es como la aspiracion de la tierra á lo infinito, como las mil formas que toma el deseo al volar al cielo desde el seno del Universo.

ORIEL.

¿Qué rumor escucho? ¿Qué seres veo flotar en los aires? ¿Son una bandada de golondrinas que vienen á posarse en los techos del templo? ¿Son un ejército de cuervos que aceran sus picos para clavarlos en las entrañas de estos dioses? ¿Son un enjambre de abejas que zumban buscando la miel de la nueva vida guardada en el fondo del santuario? No sé distinguirlas. Ya me parecen aves nocturnas que huyen la luz, ya coros de ruiseñores que cantan sobre un nido hermosísimo suspendido en una rosa donde nace un nuevo dios. ¡Ah! Me falta la luz de los ojos. Decidme, decidme dónde ocultais la verdad.

INDRA (*sentándose al lado de la luz azul*).

Yo que he pisado la tierra humedecida aún por el beso de las aguas creadoras, la tierra cuando acababa de salir del mar como el fruto de la flor; yo que he recibido en mis ojos el primer rayo de la primer aurora que se levantaba por los horizontes, tranquilos y alegres como la sonrisa del niño en la cuna; yo que he encendido el primer fuego del sacrificio sobre la montaña más alta de India, de cuyo fuego son chispas el sol y las estrellas; yo que he esparcido las nubes, como el pastor las ovejas, por las alturas del cielo, y les he enseñado el abrevadero de los lagos y de los torrentes; yo que he lanzado de mi diestra el áureo rayo sobre los bosques inmensos, espesos, cubiertos de zarzas, de enredaderas, de yedra, que ocultaban el misterio de su vida; yo que he enseñado á cada sér su palabra, su cántico, su oracion; yo, envejecido, vacilante, apoyándome en

esta caña, sin luz en mis ojos, sin cabello en mi cabeza coronada de madreselva y de verbena que esmaltaba el rocío con sus perlas, sin calor en este seno que calentó el mundo cuando recien-nacido temblaba de frio, vengo á esta luz á buscar una centella del espíritu universal que huye de mi sér.

ORIEL (*acercándose al dios Indra*).

Tienes frio, tienes sed y hambre. El rocío de la mañana ya no puede apagar tu sed, la yedra y la enredadera del bosque ya no pueden abrigar tu cuerpo, la palmera y el cocotero ya no pueden satisfacer tu hambre. El destino te ha arrancado con su férrea clava de tu trono de montañas. Sobre el volcan que era la lumbre de tu hogar han caido mares de nieve, y sobre esos mares de nieve sólo se ve el carnicero cuervo que grazna de hambre. Llora, dios, llora, si es que hay alguna lágrima en esas pupilas, por las cuales pasaron todas las nubes que el mar lanzaba á las alturas en el primer dia de la creacion. Acércate á calentarte al fuego que tú encendiste sobre las montañas coronadas de bosques floridos, cuando todas las aves aprendian extáticas en el primer concierto de los mundos sus primeros arpegios y gorjeos, que infundian una ilusion de amor en el seno de la tierra, dulce desposada del cielo. El fuego no puede calentar tus miembros ateridos. Vas á morir, porque has cerrado la puerta de tu templo al esclavo. Cuando tenia sed, te pedí un sorbo de agua, y me diste el veneno que destilaban las fauces de la víbora. Cuando tenia hambre, te pedí un fruto de tus árboles, y me diste á comer las cenizas de tu volcan. Cuando tenia frio, te pedí un hogar, y me arrojaste

á habitar los nidos de las serpientes. Cuando tenia deseo de lo infinito, te pedí una verdad, y lanzando sarcástica y amarga carcajada, me envolviste en negra nube de humo, porque los dioses no habian nacido para el esclavo. Héte aquí moribundo, yerto, sin el rayo del sol en la frente, sin la copa de la vida en la mano, sin el arco-iris á las espaldas, sin las blancas nubes en los piés, luchando con la nada que abre su cavernosa boca bajo el fuego de ese sacrificio. Tu injusticia te mata. El esclavo es tu juez. El esclavo, sí, ve tu agonía y tu muerte, y te maldice.

INDRA (*corriendo al santuario*).

Isis, madre Isis, proteccion: que buscando tu proteccion he venido á este grandioso templo. La tierra tiembla bajo mis piés. Las estátuas me miran con airado mirar. Las esfinges abren sus garras y me amenazan. Las columnas se doblegan como los árboles de un bosque agitados por el huracan. El cielo llora lágrimas amargas que caen como gotas de hiel en mis labios. Las estrellas huyen y se esconden como aves dispersas por las flechas del cazador. Me acuerdo de aquel tiempo en que sobre la blanca nube de la mañana, coronado de estrellas y vestido con larga túnica de color de cielo, llevando por brazaletes dos cometas, nadaba en el aire, seguido de ejércitos de abejas que zumbaban y de mariposas que parecian aladas flores, é iba á la más alta cumbre de los montes á recibir los sacrificios de los mortales agradecidos; miéntras que ahora en vano aplico el oido para oir una plegaria, en vano abro las narices para aspirar el olor de la manteca y de la miel que se disipan en el fuego del holocausto, porque sobre mí se estienden como una te-

laraña el vacío, como un abismo el silencio. Isis, madre naturaleza, tú que áun tienes vida, protégeme, protégeme contra las negaciones de los mortales, que estienden glacial frio por mi cuerpo.

Isis (*saliendo del fondo del santuario*).

Calla, calla. No lo digas, para que no lo sepan los mortales. Mi santuario es un sepulcro vacío. La verdad que yo creia guardar es un inmenso murciélago que se pierde en eterna y oscurísima noche. Á mi lado sólo oigo el huso de los genios de la muerte, que están hilando y volviendo al no ser toda la trama de nuestra vida. Mi corona de espigas se ha secado, y anda rota en alas del abrasador huracan. Un rayo del cielo, que yo creí mi cetro, ha rasgado mi velo de oro. El tiempo, que yo llevaba como un collar en mi garganta, me ahoga como si fuera mi suplicio. El manto hecho de reflejos de la luna en el fecundo Nilo, es un sudario que se desvanece como la niebla de la mañana y me deja desnuda á los ojos de los mortales. La serpiente Tiphon se levanta sobre su cola y abre sus fauces para tragarme. El cuerpo de Osiris ha vuelto á hundirse en el ocaso como la piedra arrojada al abismo, y ya no hay ondas que lo arrastren, ni floridos arbustos que lo cubran con sus ramas, ni lágrimas en mis ojos gastados para despertarle á la vida. En vano mi hijo Horo chupa hambriento y con devorador anhelo mis pechos; no puede sacar de ellos ni una gota de aquel jugo que anhelaban en otro tiempo hasta los mundos. Una fuerza ciega, superior á mí, se burla de mi deseo de vivir, y me arrastra á los mares á sepultarme tal vez para siempre en sus abismos. ¡Ay! ¡Ay! Las tinieblas se levantan de lo profundo, y me envuelven y

me ocultan la riente naturaleza. No lo digas; pero tambien reina la muerte sobre los dioses.

INDRA.

Oigo ruido. Tal vez vengan á defendernos. Déjame oler la flor del lotho que llevas en tu mano, y que sostiene un poco mi desmayada vida. Viene un nuevo dios.

MITHRA (*entra y se sienta al lado de la luz roja*).

Pierdo la vista. Mis piés se han gastado de recorrer los espacios. Mis manos se caen desfallecidas de pesar los mundos. Mis ojos se han cansado de despedir rayos de luz. Estoy fatigado. Me siento ya viejo. Yo creí que el ala del tiempo no se llevaba ni un solo dia de la vida de los dioses. Me he engañado. Las estrellas se gastan bogando por el éther, y los dioses tambien se gastan en la conciencia humana, que los devora como el mar la gota de lluvia caida sobre su gran superficie. Yo soy aquel que bajaba desde las cumbres de los mundos dorados por la eterna luz á las oscuras y profundas cavernas cubiertas por la nieve de la muerte. Yo soy aquel, todo ojos, todo oidos, que veia desde el sol de los soles cuando se alzaba sobre las esferas iluminando el Universo, hasta el insecto molecular que se ocultaba en la hoja de una rosa, y oia desde la tempestad de la primer palabra que engendró la primer semilla de la materia en los espacios desiertos, hasta el último zumbido de las abejas en el fondo de su panal. Yo he regado la tierra con la lluvia, he fecundado la semilla, he abierto la flor en la planta, he madurado el fruto y he vuelto á depositar en la tierra la semilla desprendida de

ese fruto; porque entre mis dos dedos oprimo el eterno círculo de la vida. Yo he unido el sol con la estrella, el rayo fugitivo de la luna con el vapor del lago, el aroma de la flor con el suspiro del aire, la rosa con su tallo, la abeja con el bosque, el ave con el cántico celeste, y he dado á cada sér una voz, una palabra, el fuego de la vida, distribuyendo entre todos el amor universal. ¡Cuánto se alegraban de verme todas las cosas, cuando recorria yo los espacios envuelto en los pliegues de mi manto, ceñida la frente con la diadema frigia, ocupadas las manos con la antorcha misteriosa de la vida, seguido de los genios que se dibujaban en los primeros rayos del alba, en los primeros resplandores de la aurora, mariposas del cielo que llevaban en sus alas de carmin y oro mi palabra hasta los últimos límites del Universo! Y ahora siento que se arruina el mundo bajo mis plantas. Y ahora veo rodar las estrellas, que me azotan la cara como las hojas arrancadas á los árboles por el cierzo. Y ahora la catarata de la vida que manaba al pié de mi ara se ha convertido en pedregoso y seco lecho de un torrente ya exhausto que sólo se hincha de vez en cuando con mis lágrimas. ¡Y yo soy un dios!

ORIEL (*acercándose á Mithra*).

Tal te hemos creido un dia. Pero ya es hora de que te destronemos. Vosotros sólo vivís lo que quiere que vivais nuestra conciencia. Tú que bajabas á las cavernas cercanas á la nada, no has bajado nunca á mi corazon; tú que veias el insecto perdido en la hoja de la rosa, no has visto mi dolor; tú que oias el zumbido de la abeja trabajando en su panal, no has oido mi lamento ni el ruido de mi cadena; tú

que llovias el amor universal sobre las yertas piedras, no has animado mi pecho; tú que te complacias en ver todas las cosas, no te parabas jamás delante de este sér que sollozaba en los abismos, sin luz, sin esperanza. Ahora la tempestad del dolor, que tú creias sujeta á tu dominio, se ha desencadenado, y ha subido hasta tu cielo, y te arrastra, y apaga tu antorcha, y despedaza tu diadema, y rasga en pedazos tu manto, y troncha aquellas alas que te sostenian sobre los espacios. Llora, sí, llora; que el esclavo anegado en un mar de sangre se levanta y te niega, y su negacion es como espesa nube que empaña tu divinidad y tu grandeza. Mira, la negra oruga de la nada te devora ya por los piés.

MITHRA (*se refugia en el santuario*).

¡Isis! ¡Isis! ¿Dónde habitas? ¿Por ventura el santuario está vacío? ¡Isis! ¡Isis! Sólo me responde el eco, prolongado lamento que se estrella en las paredes y en los intercolumnios del templo. Dáme un reflejo de tu lámpara; que se ha gastado la luz de mis ojos. Dáme un pedazo de tu manto; que he perdido en las garras del huracan mis vestiduras. Dáme una de esas blancas flores que flotan sobre las corrientes del Nilo; porque el aliento del calcinado desierto ha consumido hasta mis sienes. Dáme una gota de la miel que destilan tus árboles; porque al querer libar la vida en el Universo, ¡ay! he hallado el aguijon de una serpiente. Dáme fe; porque mis ideas caen sobre la desoladora soledad de mi alma como copos de nieve. ¡Ay! me muero, Isis, me muero, si no me socorres con algun aliento de la madre naturaleza.

Isis (*levantándose del suelo donde estaba tendida*).

Calla, calla. No turbes el silencio de la muerte. Un dios venido de la cima del Universo, un dios que iluminaba las cumbres de las montañas más altas de la tierra, un dios que recogia en su manto mundos y astros como el segador espigas, yace ahí, frio, yerto, sin vida, y su cuerpo se pulveriza, y nuevos dioses que van á tomar el vuelo hácia otras regiones salen de los átomos de sus cenizas, que en vano quiero volver á amasar con mis amargas lágrimas. ¿No ves por todas partes las larvas de nuevas divinidades que aguardan el soplo de una primavera del espíritu para romper su capullo y tomar alas y volar por los cielos como los mundos cuando surgian bañados por la primera luz de los negros abismos del no ser? Nosotros no tenemos ya templos. El Oriente es como un gran navío encallado en la arena, que han abandonado los navegantes. En vano el viento corre entre sus tablas, en vano la hirviente ola viene á besar de nuevo su quilla; como no se mueve, se pudre, y de sus maderas salen insectos, negras sabandijas, últimos restos de su vida. Todo perece. ¿Me conocerias á mí? Apénas puedo levantar el peso de mis párpados, que caen como una gran maza de hierro sobre mis ojos. Apénas puedo tener en mis manos la flor del lotho, que se deshoja como si crudo invierno hubiera helado á los dioses. Mis pechos, que amamantaban á la naturaleza, están secos. Mis labios, que despedian la brisa en el mar, están cárdenos. Mis plantas, que dejaban una huella de flores en mi camino, están llenas de espinas. Mis manos, que tejian las formas de todas las esencias, están tejiendo ahora con alas de los murciélagos que

vuelan en torno del moribundo fuego del sacrificio, un manto para abrigarme en mi sepulcro. Mira otro dios que entra llorando por las puertas de esta necrópolis de dioses.

MYLITTA (*anda entre las cuatro luces*).

Yo soy la diosa del amor. Ando errante de flor en flor, de astro en astro, de sér en sér, como la única mariposa que se levanta del cáliz del Universo. Mi beso de fuego encendió en los espacios el sol. Las estrellas nebulosas han caido de mis ojos, y por eso en el cielo semejan una lágrima que corre por una mejilla. Yo, dando mi cabellera y mi túnica al viento, ceñida la frente con mi diadema de torres, sentada en el lomo de un leon que agita sus guedejas como el sol sus rayos, hundidos los desnudos piés en el rocío de la mañana, agitados los labios por un cántico, seguida de enjambres de mundos que me saludan como la dorada abeja saluda con su contínuo zumbido la flor donde está guardada la dulce miel, voy por el Universo vertiendo el placer en todas las cosas, llevando el amor á todos los seres, para que se perpetúe la esencia de la vida. Cuando la paloma arrulla á sus hijuelos en su nido, cuando el ruiseñor canta en la florida rama del arbusto sus amores, cuando la abeja despliega sus alas y zumba y se embriaga en el aroma de la flor, cuando la fiera siente una pasion en sus implacables entrañas, cuando la blanca luna desciende melancólica y tierna á bañarse en el dormido lago, cuando la brisa suspira en la vela de bogadora nave ó el aura susurra entre las hojas, cuando la vírgen sueña en su lecho y oye el cántico triste y apasionado de la amante serenata que interrumpe el silencio de la noche, yo estoy allí, yo, porque delirante, fre-

nética, sin darme punto de reposo, llevo en mis labios el eterno beso del eterno amor, y en mi seno la fuente del placer universal. Pero ¿ya no hay amor en la naturaleza? Siento que caen sobre mi alma los mundos convertidos en menuda lluvia de cenizas. Siento que el placer que me animaba se ha convertido en un estremecimiento de dolor, y mis suspiros en el hipo y el estertor de la agonía. Donde ántes el ruiseñor cantaba, silba ahora la serpiente. Donde ántes anidaban las aves, anidan ahora las víboras. Los astros se ocultan como buhos en las cavernas y en los abismos. El zodiaco se ha convertido en inmensa culebra que de sus fauces despide tinieblas sobre el esplendor y la claridad de los cielos. Yo quiero amar y no puedo. Abro mis brazos, y sólo estrecho sombras. Beso la tierra, y queda en mis labios, en vez del fuego del amor que los animaba, amarga ceniza. Suspiro, y me contesta el silencio. Quiero correr, y mis piés se hunden y se pegan en la fermentacion del podrido Universo. ¡Ay! ¡Ay! Ya no amo, ya no amo. ¡Ay! ¿Me muero yo, ó se muere la naturaleza?

ORIEL.

Mueres tú, mueres tú. Y mueres porque ese amor de que hablas es mentira. Si hubiera sido el amor puro, el amor verdadero que creó todas las cosas, al tocarlo hubiera perdido sus garras la muerte. Desespérate. La naturaleza se sonrie, los astros brillan, el cielo luce como en la primer noche de amores de la creacion, el ruiseñor canta á la luz de la luna, el rio murmura sus plegarias á la puerta del templo, las flores abren su corola para libar ansiosas las gotas de rocío; y tú, sólo tú dejas caer la frente dolorida

sobre el pecho, y mueres. No moririas si fueses el verdadero amor. Y hubieras sido el verdadero amor, si en vez de pararte sólo en los templos, en los palacios, sobre el lecho de púrpura y oro de los déspotas de Babilonia, hubieras bajado tambien hasta el calabozo donde en húmedo lecho de paja yacia el esclavo. Tú oias en tu delirio hasta el zumbido del insecto en el polvo, y no oias el lamento del esclavo en la ciudad. ¡Cuántas veces dolorido, desesperado, sintiendo los latidos de mi corazon que se perdian en la nada, te llamé para que vinieras á iluminar mis noches, á sonreir en mis sueños, á beber una lágrima mia, á dar un poco del fuego de tu vida á esta vida árida como arenoso desierto, y en vano cuando pasabas á teñir con tus rosados dedos la aurora y con tus besos á abrir el cáliz de las flores te llamaba, porque no oias el lamento del esclavo! Y eso te mata. No perecerias si fueses el amor universal; y serias el amor universal si hubieras abrigado hasta el esclavo en tu seno.

MYLITTA.

Isis, Isis, ampárame. Me muero, me muero. Los mortales ya me insultan, porque no tengo ni un rayo de luz con que iluminarlos en mis ojos. No dejes insepulto mi cadáver, que lo devorarán los buitres. Pónme sobre el cuerpo un puñado de tierra de las montañas sagradas, y en esa tierra planta algunas flores, para que al pasar las nubes depositen una lágrima sobre la diosa que les enseñó á beber la vida en la ancha copa de los mares y á mecerse en el éther celeste. Pero aún, aún puedes darme un sorbo de vida...

ISIS.

¿A dónde venís, dioses del Oriente, á buscar la vida? ¿No sabeis que esta region es una region de sepulcros habitada por un ejército de momias? Me pedís mariposas, y sólo puedo daros las moscas que se pegan á los cadáveres. Me pedís ruiseñores, y sólo puedo daros murciélagos. Me pedís luz, y sólo puedo daros tinieblas. Me pedís amor, y sólo puedo consolaros con mi eterna viudez. La duda que se ha deslizado en la conciencia humana, ha herido tambien mi corazon con sus crueles mordeduras. No turbeis mi agonía. Dejad dormir en paz á la última trasformacion posible de la naturaleza. ¿Aún, aún vienen más dioses desgraciados?

MELCARTH.

Yo soy, yo soy la fuerza de todas las cosas, el ímpetu de la catarata, el vuelo de la nube, la celeridad del rayo, el impulso del viento, la cohesion de la piedra, el movimiento del rio, el choque de las ondas, y los torbellinos del huracan y de las tormentas. Yo he nacido en el mar de Eritrea, he hollado la cima del Líbano que me ofrecia para albergue sus cedros y los nidos de sus águilas, he bañado mis piés en los torrentes que bajan de estas sagradas montañas, he ido en la nave, arrullado por las olas, acariciado por el mar que se teñia de sus más suaves reflejos, ceñido de espumas, acompañado por el cántico de las brisas, á la tierra sagrada donde el sol, despues de haber iluminado los espacios, venía á centellear al pié de mi ara como una chispa del fuego de mi sacrificio. Pero ¡ay! no sé ahora qué pasa por mí. Cuando llamo á la vida para que venga y lama mis piés, se

retira y huye. Cuando digo á la brisa que me bese el rostro, me azota los ojos y me ciega. Cuando me inclino sobre el mar, me escupe á los labios espuma tan amarga como el veneno de la víbora. Cuando recuerdo á la tierra mi antiguo dominio, lanza una carcajada de desprecio, á cuyo sacudimiento se arruinan las paredes de mi templo de Gades. En vano he removido las cenizas de mi altar buscando algunos restos del fuego del sacrificio; ni siquiera he encontrado una chispa; y tengo frio, como el marinero que en tempestuosa noche se ha acogido despues del naufragio á un escollo desde el cual sólo oye los lamentos de sus compañeros que se ahogan, confundidos con el siniestro estruendo del embravecido mar. Sobrenadaré en las olas como nave despedazada, como cetáceo desangrado, como isla flotante separada por el huracan de la tierra; y los peces devorarán mis restos, y las naves marinas vendrán á descansar sobre mi cadáver sin reconocer en mí un dios. Y aquí, en este último asilo que ha encontrado mi desgracia contra la tempestad, ¿no hay quien tenga de mí compasion?

ORIEL.

¡Compasion de tí, de tí, dios de Tiro! Calla, no blasfemes. El tigre hambriento tendido sobre su presa, desgarrando las carnes, rompiendo los huesos con sus dientes, abrevándose en sangre humeante, es más misericordioso que tú, dios moribundo, compendio de todas las crueldades. ¿Te acuerdas de aquel dia tremendo en que tus sacerdotes fenicios te ofrecian en holocausto un pedazo de mis entrañas, de mi corazon, mi hijo, sí, mi hijo? Estabas sereno, sonriente, sentado en tu altar como satisfecho de aquel

sacrificio, y el fuego ardia pronto á devorar la víctima, y el aire más compasivo que tú repetia el amargo lloro de una madre y el resuello profundo del dolor de un padre. ¿Te acuerdas? Atizaron la hoguera, y en mi corazon atizaron el fuego de la desesperacion. Dijeron en tu loor algunas palabras que rodaron como ondas de plomo derretido por mis huesos. Derramaron algunos granos de incienso, cuyo olor me trastornó como si fuera el olor de un veneno. Llevaron al pobre niño, tranquilo, sonriente; al pobre niño, cuyo rostro estaba teñido del carmin de la vida, cuyas venas latian como la yema del arbusto en primavera; al pobre niño, lleno de salud, de fuerza, hermoso, tan cuidado por sus padres, que sólo habian tenido para él amor y caricias; al pobre niño, que abrigábamos del frio estrechándole contra nuestro pecho, que libertábamos del calor poniéndolo bajo las hojas del plátano cuando el mar nos enviaba sus brisas; al pobre niño, que en sus juegos, en sus palabras balbucientes, en su sonrisa nos habia traido la inocencia de la primera edad, pues volvemos con nuestros hijos y con su vida á la infancia: lleváronle, decia, al pié del ara; y sin atender á nuestros ruegos, sin compadecerse de nuestras lágrimas que hubieran ablandado las piedras, sin oir nuestros lamentos, le arrojaron, aunque se resistia con violencia, al holocausto; y las llamas ahogaron su voz, y consumieron sus carnes, y calcinaron sus huesos; miéntras tú, en vez de blandir el rayo de la justicia sobre la frente de los verdugos, te sonreias recibiendo el humo del sacrificio, aspirando el olor de aquella ofrenda, en que se perdia la vida de tres seres tan desgraciados como inocentes. Yo perdí la razon, busqué en las cenizas los restos de mi hijo,

besé mil veces aquel holocausto, y al ver perdido todo lo que amaba, estalló en mi alma una tempestad de maldiciones contra tan sangriento dios. La muerte, que no se ha apiadado de mí que sólo vivo para el dolor, te hiere á tí que sólo vives para el placer. Yo desesperado pedí el no ser, mi aniquilamiento eterno al huracan, al rayo, al mar, á los abismos, y hubiera en mi delirio querido que la nada se hubiese tragado conmigo á todo el Universo. ¿No es verdad que no hay dolor comparable á mi dolor? ¿No es verdad que hasta las piedras lloran al oir mis lamentos, al ver la sangre que destila mi corazon? Contempla, contempla todo cuanto nos rodea. Las esfinges derraman lágrimas, las estátuas se cubren el rostro con las manos, las momias se envuelven horrorizadas en su sudario de púrpura, los perros de granito aullan con lastimeros aullidos, las culebras de bronce azotan de dolor con sus colas el pié de los altares, y hasta los colosos se levantan para maldecirte; porque todos comprenden que los sacrificios humanos los matan y son la causa de su agonía de hoy, porque la justicia está pidiendo que se celebre en desagravio al pié de la humanidad un sacrificio de dioses.

MELCARTH.

¿Qué oigo? Los hombres se levantan hasta mi divinidad, y la niegan, y la desconocen, y la escupen. ¡Oh afrenta! ¿Qué haceis ahí, dioses, que no me ayudais á derrocar la soberbia de este mísero esclavo en los abismos? Primera palabra que rodaste sobre el caos, ven á mis labios para aniquilar con tu poder á este malvado, que debiéndome la vida me niega la vida de sus hijos. Astros que volásteis so-

bre la cima de la tierra, abrasad con vuestras alas de fuego al protervo; tiempo, que saliste del negro abismo de la eternidad, encadénalo á tu carro, y arrastrándolo por los espacios conviértelo en cenizas; deseo, que en los primeros dias de la creacion animaste todas las cosas, da á cada uno de los átomos de su cuerpo una sed que no se pueda satisfacer, un hambre que no se pueda hartar, una lascivia que lo consuma en eterno fuego; éther, que naciste del amor de las nubes con el deseo, borra hasta la huella de la esperanza del seno de sus dolores; soplo del espíritu universal, fuerzas todas de la naturaleza, dioses de todos los templos, genios del mal, abismos, infiernos, venid, venid á auxiliarme en mi venganza. Pero ¿qué digo? Mi barba está nevada. Mis lágrimas de rabia se cuajan sobre mi faz en témpanos de hielo. En el fuego del sacrificio apagado las víboras se arrastran y envian soplo letal á mis labios. El templo se desvanece. Estoy ciego. Se han quebrado en el hueco de mis ojos mis pupilas de diamantes. No me puedo mirar. El dios que disponia de todas las cosas, de todos los seres, ¡ay! es un mendigo. Estoy aterido de frio. ¿No hay quien me socorra?

ISIS (*con voz espirante.*)

No... no...

ORIEL.

Estoy vengado de los dioses que me esclavizaron. Pero una venganza no es una verdad. ¿Dónde está la verdad? (*Cae de rodillas al pié del santuario.*)

Hermes.

Veo morir por todas partes divinidades, númenes antiguos, ideales de los pueblos, genios que desaparecen como las flores cuando brota el fruto, como las hojas cuando viene el invierno, como las alas de la mariposa cuando llegan á la última trasformacion de su vida, como las estrellas cuando el sol aparece esplendoroso por el Oriente. Donde quiera que me vuelvo, descubro serpientes que espiran, esfinges que se revuelcan en la agonía, cocodrilos que en vano abren sus fauces para recibir el humo del incienso y mueren, dioses cuyos miembros se descomponen como el árbol herido por el hacha del leñador, colosos que se hunden por su propia pesadumbre en las cavernas, cetros rotos, diademas despedazadas, símbolos sin idea, geroglíficos sin sentido, himnos que se desvanecen como el lamento del buho en el desierto, aras arruinadas, sacrificios interrumpidos, liras que han perdido su antiguo son, sacerdotes que rasgan sus vestiduras y dejan caer sus coronas, oráculos que quieren pronunciar una palabra y enmudecen; de suerte que todo cuanto hemos querido, soñado, bendecido, puesto en los altares, todos nuestros dioses son fantasmas que se desvanecen, espectros que van buscando errantes una tumba como el ave nocturna busca sigilosamente su madriguera cuando brilla la esplendorosa luz de un nuevo dia. ¿Y todo lo devorará la nada? No, no puede ser. La renovacion es la ley de la vida. El aliento de las cataratas y de los torrentes se condensa en nubes; los fragmentos que el sol deja en los espacios al sacudir sus rayos como crines desprendidas de su guedeja, se convierten pronto

en nuevos astros, nuevas gotas de luz que esmaltan el árbol de los cielos; la semilla que la flor despojada de su corona de pétalos y seca ya sacude sobre la tierra, da un nuevo árbol sobre el cual se alzan flores que ostentan los matices de la luz en su corola y embriagan el aire con sus aromas; el águila, reina solitaria de los espacios, ántes de abatir para siempre su vuelo y de espirar en el pico de la montaña calcinado por el rayo que ha sido su trono, se goza en ver que sus hijuelos pueblan los aires y van á llevar en su agudo cántico á las nubes el pensamiento de la tierra; todo, todo se renueva en el círculo inmenso de la vida, ¿y solamente los inmortales, los dioses, habrán de tener ménos trasformaciones que el insecto? No, no. Yo, aquí, en este juicio universal de divinidades caducas y espirantes, en que un esclavo cuyos ojos no hubieran sido osados á mirarlas ántes, las marca con el hierro candente de su reprobacion, y caen al punto como el salvaje toro herido por las garras del tigre que se lanza rápido desde el árbol sobre su cuello; sí, yo aquí veo que el dios-naturaleza, ahumado de incienso, harto de carne, embriagado de sangre humana, sordo ya de puro oir plegarias y oraciones, envejecido y caduco, blanca la barba como formada de nubes que ya no brillan con los colores del iris, macilento el semblante que ya no anima ninguna idea, turbios los ojos que ya no despiden ninguna luz; despues de haber pisado el caos cuando hervia en primera esplosion la materia, despues de haber encerrado los astros en los espacios como el labrador encierra los enjambres de abejas en la colmena, despues de haber recibido el beso de todas las auras y de todas las brisas; ahora que ve levantarse con un nuevo celaje una nube

que no ha rozado sus labios, un eco que no ha salido de su lira de encinas, sí, el espíritu, cuyo calor llega hasta el alma del esclavo, ahora se desespera, enferma, se hastía y envejece, y se torna impotente é imbécil, y con aras y con ídolos y con templos enciende una hoguera á la cual se arroja acompañado de sus oráculos, como el déspota de Asia despues de haber sorbido el último trago de vino y de haber libado el último beso de amor, se mata con todos sus esclavos en el mismo lecho donde ha visto agotarse todos los placeres. Con los restos de todas las divinidades por aquí esparcidas formaré un nuevo dios que abrace toda la naturaleza. Dadme la almohada de estrellas en la cual apoyaba su frente Ganesa para ver salir de los abismos la tierra; la corona de soles y la copa de oro en que Indra guardaba la luz y la vida del Universo; el tridente con que Mahadeva guiaba por los mares los azules caballos cuyas crines eran los vientos; el espejo de azabache en que Yama veia pasar todas las cosas como nubes en oscuro cielo; la túnica de nieblas que arrastraba Crichna entre las hojas de los bosques y las celestes orillas de los lagos; el carro de fuego en que Calidusa iba á dorar las estrellas que habian perdido los reflejos de la vida; la maza de Rama, que al caer sobre la materia líquida y bituminosa del caos talló los montes y y profundizó los valles; las alas de mariposa de las Apsaras, que así recogian los átomos de oro caidos de las estrellas como el polvillo de las azucenas, y así se bañaban en las gotas de agua que forman el iris como en el rocío que guarda al nacer la mañana el cáliz de las flores; el arco de caña de azúcar de que despedia Deva sus flechas; la tor-

tuga de Vichnú, que sostuvo el peso de la tierra; la guirnalda de madreselva de Poleyas, que tenia escondidos entre sus hojas mundos, como las yerbecillas del campo tímidas luciérnagas; la diadema que se ceñian á las sienes las esfinges al salir del tronco de los árboles ó de la clara linfa de los arroyos; la serpiente de bronce de Hera; los leones de oro que Rhea ataba á su carro, y que rugiendo en las cavernas de la noche abrian con sus garras de diamantes las puertas del dia al sol; las rosas que Anastis ceñia á su frente cuando se deslizaba como una ilusion sobre los campos, dejando flores y mariposas do quier tocaba con la orla de su túnica formada de los vapores de las aguas; las espigas que Isis lleva en su mano; el arado de Osiris: y con todos estos atributos impregnados de la sustancia divina, que recorren desde los últimos límites de la materia bruta hasta el éther impalpable y vago, que es el alma de la naturaleza, formaré un nuevo dios, alegre, rejuvenecido, que dé su resplandor á todas las cosas, que renueve con su aliento el Universo, y que sea omnipotente, inmortal, como que reunirá en sí la fuerza, la vida, el alma de todos los dioses. Ven, Sothis, astro que guias los mundos por los cielos como el perro al ganado, y cuida con tu fidelidad esta primera fermentacion de una nueva levadura de la vida divina. Huye, ligera gacela, huye al desierto, y deja que las aguas del Nilo derramen por todas partes su sagrada fecundidad, para que broten árboles á cuya sombra pueda dormir su primer sueño el nuevo dios. Ántes que se cumpla el gran ciclo canicular y la tierra de Egipto suba convertida en nube de humo á las alturas, necesito haber formado el cuerpo de este nuevo genio protector de los

hombres. Miraré en mi espejo mágico, más ancho y más profundo que el mar, y veré pasar todas las formas de las cosas, todas las organizaciones de la naturaleza, y en la más perfecta engarzaré el alma de esta divinidad. Voy á escribir en geroglíficos sobre la columna central del templo la palabra sagrada y creadora que ha de abrir la larva donde se esconde la esencia divina que voy buscando con tanta y tan intensa ansiedad. Yo guio las almas, yo con mis brazos separo las ondas del tiempo y miro frente á frente la desnuda eternidad, yo escribo en tablas de hierro las sentencias de la eterna justicia, yo me levanto sobre todos los seres que componen la naturaleza, como la cúspide sobre la pirámide. ¿Y no podré formar un nuevo dios? Venid, vientos, relámpagos, truenos, mundos, rayos, huracanes, olas, terremotos, cometas, hervidero de los volcanes, silencio sublime del desierto, á auxiliarme en este último esfuerzo de mi vida. (*Va arrojando todos los atributos de los dioses que encuentra esparcidos por el suelo, en los cuatro braserillos donde estaban las cuatro luces; pero todos se disipan en una nube de humo.*)

ORIEL (*de rodillas delante del santuario*).

¡Oh! Busco la verdad que es la vida, la verdad que es mi redencion. Encorvado bajo el peso de mi cadena y de mis dolores, nunca me he atrevido á levantar los ojos más allá del estrecho horizonte que me rodeaba. Las espesas tinieblas de mi calabozo eran toda mi vida, y mi alma habia descendido á ser como siniestro murciélago que se goza en habitar las sombras. El único dios que para mí habia era el rayo de luz que atravesaba aquella oscuridad, el soplo

del aura que renovaba aquella mefítica atmósfera. Allí mi vida estaba pegada á la tierra, y era una telaraña de mi húmeda cárcel, hasta que un dia sentí en mí el deseo de otro mundo, el anhelo devorador de la verdad. Conocí que ni el sacrificio ni la obediencia ni la rebelion podian conseguir nada, si la verdad no descendia á iluminar mi espíritu, á encender y vivificar mi corazon. Y comprendí tambien que la verdad no se oculta en la naturaleza, en el torbellino de los seres creados que pasan como nube de polvo, sino en el templo, en el templo, cerrado á mi oracion por mis eternos tiranos. En este incierto estado vuelvo los ojos á mí, y quiero alcanzar algo grande, algo sublíme dentro de mí mismo. Quiero saber qué es, sí, esto que vela cuando yo duermo, que espera cuando yo desfallezco, que adivina cuando yo ciego, que habla cuando yo callo, y que me dice que soy libre cuando yo arrastro la cadena por el suelo. (*Se oye una música celeste.*)

Los Ángeles.

El esclavo va á ser redimido, porque se siente inclinado á buscar á Dios en el seno de su mismo espíritu, en el inmenso templo de su pensamiento. Señor, pronuncia una palabra, y se levantará, y cobrará sus alas, y ceñirá su corona de luz, de aquella inmaculada luz que brilló sobre los espacios vacíos en el primer dia de la creacion. Señor, vierte una lágrima, y endulzarás el océano de hiel de su vida. Señor, pronuncia una palabra, y volverás á crear de nuevo el espíritu humano como en aquel momento feliz en que salió de tus labios cual vívido soplo y fué á mover y animar la estátua de barro que se levantaba fria é inerte

bajo los floridos árboles del Eden. Señor, mira, mira cómo se esfuerza en romper la cadena que le tiene atado á la naturaleza. En este largo camino sembrado de espinas ha estado siempre bajo el yugo de la materia; ya es hora de que se levante á la vida del espíritu. Alárgale la mano como se la alargaste al primer hombre para sacarle del sueño del no ser. Redimir al esclavo es volver á crearlo, es derramar en su cuerpo, herido, amoratado, desgarrado, cubierto de sangre, un nuevo espíritu. Esta es la hora de la misericordia. Los holocaustos de los ídolos se acaban. El dios-naturaleza espira sobre el fuego de su mismo altar, y la columna de humo que forma su cuerpo abrasado por las llamas se disipa, se desvanece en los aires. Señor, oye la oracion de tus ángeles, que arrodillados sobre las sonrosadas nubes de tu gloria interceden por la salvacion de tu esclavo.

JEHOVÁ.

Aun no ha sonado la hora de la redencion. La eterna palabra que vive en mí como la forma en las cosas, áun no se ha oido resonar en los espacios. Todavía no es hora de que la dulce lágrima que vertí cuando me abandonó el hombre caiga sobre el hombre para darle nueva vida, como mi rocío da nuevo verdor y nueva savia á las secas plantas. Vosotros no veis más que el instante que corre, y yo veo toda la cadena del tiempo que pende de mis manos. Vosotros no oís más que el lamento que se levanta del pecho del esclavo, y yo oigo la voz de la justicia que se exhala de mi eterna palabra. Cuando los tiempos hayan corrido, y el reloj de la eternidad, que tiene por arenas

mundos, haya señalado el instante de la redencion, sobre un monte sagrado, en el único espacio de esta tierra ingrata donde tengo un templo, el que creó la vida, el que colgó las estrellas del espacio, el que tiene á sus piés encadenada la muerte, se inmolará en sacrificio por el hombre, y su sangre será la sangre del espíritu rejuvenecido y libre. Miradlo, miradlo. Busca aún la verdad en el seno de la naturaleza. Se pierde como la esponja en el mar de las cosas creadas. No sabe levantarse aún donde está la luz, donde está la verdad. No espera, y la esperanza le ha de redimir. Aun está pegado á la naturaleza, áun no siente amanecer dentro de sí mismo la aurora del espíritu.

ORIEL.

¿Qué siento en mí? ¿Qué voz me llama? Creo que mi cuerpo ha sacudido todo el polvo de la tierra y se ha lavado de toda la sangre de sus heridas, y puro y trasparente penetra en otro mundo mejor, donde es la vida como dulce armonía. Creo ver que nacen alas de luz en mis espaldas, que se prenden estrellas á mi frente, que el cielo me da un giron de su celeste manto para envolverme, y que desconocido genio deja en mis manos áurea lira y en mis labios el beso de su inspiracion, para que prorumpa en celestiales himnos. ¡Ah! ¿Es mi metamórfosis? (*Se oye un cántico voluptuoso y campestre, y de la nube de humo formada por la hoguera de todos los dioses orientales desciende Baco.*)

BACO.

¡Qué hermoso es vivir, absorber en nuestras moléculas

todas las sustancias, respirar todos los aromas, bañarse en la esencia misteriosa de todas las cosas, participar del vívido fuego que corre por las venas del Universo! La vida no es como arroyo que pasa, no es como niebla que la alborada deshace, no; es el licor sagrado que derrama su calor en todo el cuerpo y despierta en los ojos centelleantes fantásticas visiones de dicha y de placeres. Yo, ceñida la frente de yedra, hendido el pié como la pezuña de juguetona cabra, armado del tirso que recuerda el sarmiento de que pende la uva, corro desnudo, para mejor recibir en mi cuerpo las emanaciones de la naturaleza, por los montes coronados de lentiscos, por los valles cubiertos de mirtos y de azucenas, sonando el caramillo que en el otero, junto á plácida fuente donde bebia el ganado y al pié de frondoso sauce, me regaló Pan cuando ya espiraba la tarde y enmudecia el coro de las cigarras; y á los ecos de la campestre música que resuena en las montañas, las Ninfas dormidas en los bosques, las Náyades encerradas en las ondulaciones del agua, se despiertan, toman su deslumbradora forma, danzan delante de mí como ilusiones de un sueño, agitan con su cabellera los aires perfumados, atraen con su sonrosada blancura y sus azules venas mis deseos; y corro tras ellas hasta que las alcanzo, y las estrecho en mis brazos; y al resplandor de las estrellas, en el silencio de la noche, bajo las bóvedas de misteriosa gruta de arrayanes, me entrego al vino y al amor. Yo soy el aliento que hace florecer los árboles, el impulso que hace correr las aguas, el sonido que hace cantar á los bosques y á las montañas, el átomo de mil colores que pinta las ligeras alas de la mariposa, el rielar de la luna en el lago, el calor

que madura las uvas, la lluvia que fecunda los campos, el placer que se cierne sobre el nido del ave y la madriguera del fiero bruto y el asilo del insecto; el toro equinoccial que se levanta del fondo del Océano y siembra de astros el cielo y abre en el éther surcos de luz, acompañado de las Yadas y de las Pléyades, enamoradas estrellas, que me besan, y despues de guiarme por las esferas, me tienden en lecho formado de mundos, más blando aún que el lecho de hojas secas do descanso de mis correrías por los campos, y llaman á las Horas para que vengan á enjugar mi sudor con sus alas y á arrullar mi sueño con sus cánticos. El mortal que me siga, vivirá con la naturaleza, reposará á la sombra de la enramada, oyendo la música del caramillo y de la flauta, beberá el ardiente vino en mi propia copa, entonará á la puerta de mi cabaña de yedra canciones que repita el ruiseñor bajo las hojas perfumadas por la primavera, danzará sobre la yerba esmaltada de azafran y de jacintos con las Náyades y las Ninfas, que irán ceñidas de guirnaldas á despertar en su sér la ardiente llama de todas las pasiones; porque yo soy el vértigo, el delirio del placer, la fiebre y la embriaguez de la vida, y en un beso reuno todos los amores.

ORIEL (*á Baco*).

Tú, tú debes ser la verdad. Tú derramas en mi sér una alegría infinita, y abres mi corazon al amor y á la esperanza. Quiero seguirte, quiero ver esa tierra donde cada hoja de los árboles entona un himno y cada gota de los arroyos es una lágrima de amor. Aquí me hiela el frio de la muerte, y á tu lado el calor de una nueva vida me ani-

ma. Yo estrecharé contra mi pecho á la naturaleza, beberé el licor que enciende la sangre en las venas, me alimentaré de la miel que depositan las abejas en el tronco de las encinas, bañaré mi cuerpo en el rocío que el alba destila sobre las flores, aprenderé á cantar del gilguero y del ruiseñor en el bosque, correré tras las mil trasformaciones del amor que evoques tú con el sonido de tu caramillo, y reposaré de mis fatigas á la sombra de los mirtos y de los laureles, bien hallado con mi libre vida.

Los Ángeles.

No, no lo sigas. La libertad no está en la naturaleza; la libertad está en el espíritu. ¡Desgraciado! Su alma dormida en el profundo calabozo de su cuerpo no puede oir nuestro cántico, que en vano pugna por atravesar sus oidos de barro. Óyenos, hermano, por aquellos dias en que íbamos juntos á dorar las estrellas con la luz del cielo y á enseñar el primer cántico á las aves que aleteaban en los bosques del Eden. Óyenos. Con cadenas de flores te atarán, con zumo de beleño te adormirán, con áureos tirsos te golpearán, en lira de oro te dejarán cantar tus dolores, como el ruiseñor prisionero canta en los hierros que lo sujetan; pero serás aún esclavo, por querer sumergirte, falto de la conciencia de tí, en el seno de la naturaleza, que te arranca la libertad y la vision de Dios, tu nueva vida. No le sigas, Oriel, no le sigas; que es la última trasformacion que toman para engañarte tus eternos enemigos. Toma las alas del pensamiento, y sube de astro en astro hasta las cumbres del cielo, donde recobrarás la corona de tu libertad, la esencia de tu vida.

BACO (*á Oriel*).

Te detienes. Crees oir una voz confusa que te llama. Sígueme, sígueme. Es el eco de tu deseo, es el cántico de tus ilusiones, ó tal vez el primer vagido de la nueva vida que vas á beber en mi copa. Tú eres el primer mortal que encuentro dispuesto á seguirme despues que vuelvo de mi espedicion á la India. Creian que me perderia en sus bosques y me despeñaria en sus desfiladeros y me abrasaria en sus gigantescas tempestades; y he ido, y he encontrado en mi camino divinidades muertas, caidas de los altares como las hojas de los árboles en otoño; y á todas las he llamado, las he puesto en mi corazon; y mezclando su sangre helada con mi sangre ardiente, su último aliento con mi vívido soplo de amor, sus frios átomos con mi palpitante naturaleza, sus creencias con mis creencias, sus sacrificios con mis sacrificios, su espíritu con mi espíritu, me las he asimilado á todas, las he absorbido por mis poros, y héme aquí alegre, rejuvenecido, más hermoso que nunca, concentrando todos los rayos dispersos de la vida divina en mi sér, que se ha bañado en las fuentes sagradas donde nació como una flor marina el Universo, y reuniendo en mi cuerpo todas las formas de la naturaleza, verdadero dios de los dioses. Ven conmigo á mi fiesta de Launa, donde verás surgir la luz de mis antorchas del fondo de las cavernas para iluminar mi lago, poblado de Náyades como el florido arbusto de primaverales mariposas. Ven, y te sentarás en el pedregoso camino que conduce á mi templo, y verás tu alma en mi espejo, y te cubrirás los ojos con la venda sagrada, hasta que te llame mi sacerdotisa

á iniciarte en mis hermosos misterios. Ven, y en las fiestas Apaturias, despues de habernos bañado en las fuentes sagradas, y de haber ceñido á nuestras sienes guirnaldas de pámpanos y de yedra, y de haber libado el beso del amor, recorrerémos delirantes, con la antorcha en la mano, los campos. Las flores nos enviarán sus aromas, y los pajarillos su canto, y los bosques sus coronas de mirto y de encina, y los torrentes sus vestiduras de neblinas, y el mar los besos de sus brisas, y nos rejuvenecerémos en la vívida comunicacion con toda la naturaleza. Oye el cántico que nos saluda y nos acompaña. (*Miéntras habla se oye el sonido de la lira de*

GRECIA.

El ruido armonioso de mi lira llena de alegría los espacios. Bajo las ramas del mirto canto la union del hombre con la naturaleza. Dadme un cincel; que voy á tallar sobre mis montañas graciosas como templos una nueva organizacion humana radiante de hermosura. Buscaré las flores, oprimiré sus pétalos entre mis dedos, y con el zumo que despidan tendré colores para trazar en las inanimadas tablas los arreboles del espíritu. Dirigiré palabras misteriosas á las hojas de los árboles, á las gotas de rocío, á las ondulaciones del agua, á la espuma del mar, y de cada sér, de cada molécula del Universo trasformado por mi palabra saldrá un dios tan hermoso como la mariposa que en primavera sacude su larva y abre sus matizadas alas ligeras como el céfiro á la esplendente luz del dia. Yo vivo para pintar, para cantar, para esculpir, porque soy artista. El mundo inanimado y yerto ha recibido de mi soplo un

espíritu divino. Venid, venid, y á la luz de la luna, bajo el sauce donde duerme la paloma y canta el ruiseñor, á orillas de la fuente que murmura una plegaria en el rumor de sus aguas, en presencia del mar silencioso y poseido de divino éxtasis, rodeados de montañas cuyas líneas armoniosas semejantes á las de una columna cincelada se pierden como los contornos de vaporosa nube en los indecisos colores del horizonte, os mostraré cómo aquellas divinidades que gemian en los bosques, y palpitaban en las aguas, y corrian cabalgando en las doradas alas del relámpago, y tejian en el fondo de las cavernas los hilos misteriosos de la trama de la vida, han tomado nueva forma en mi blando seno, y aparecen hoy sustancialmente iguales al hombre, cuya naturaleza es el resplandor de la verdadera hermosura. Seguidme, pues, por los montes, y los poblarémos de dioses. Oidme cantar en los bosques, y al eco de mi voz veréis salir entre las yerbas rizadas por las auras Ninfas que dejen el aire perfumado y el suelo que huellen cubierto de flores. Oid el cantar del arroyo, y de sus cristales veréis surgir, blanca como una ilusion, sonrosada como la mejilla que el amor colora ó como el límite del ocaso que el sol poniente enciende, la Náyade coronada de perlas, radiante de alegría, cuyas lágrimas suspendidas de las hojas de los árboles son esas gotas de rocío que el alba dora encerrando en cada una de ellas todos los matices del pintado arco de la diosa Iris. Venid á la orilla del mar, y entre las nacaradas espumas, al dulce movimiento de las olas que palpitan como un corazon enamorado, veréis mecerse el amor universal que creó todas las cosas. Y nuestra vida, que vuela de flor en flor, de arbusto en ar-

busto, que se baña en las ondas del mar y en el rocío de las selvas, que sube al áureo éther y baja á los abismos, oyendo el concierto de todos los seres, tomando las vestiduras de todas las formas, será una fiesta contínua; porque yo soy el arte, la hermosura y el amor.

ORIEL.

Siento una deliciosa armonía que me llama á una nueva vida. Mi sangre hierve como el vino nuevo en el lagar. Mis ojos toman ethérea luz de los cielos. Mi cuerpo palpita como el arbusto que va á abrir en primavera sus yemas donde el capullo asoma. Mi fantasía lo olvida todo y se baña en el delicioso rocío de esta nueva existencia. Creo que voy á ser libre, y sigo la voz que me llama con tan dulces y suaves cantares. (*Salen Baco y Oriel del templo; pero apénas han salido, se arruina.*)

LOS ÁNGELES (*sobre las ruinas*).

Aquí volamos como las golondrinas que vienen de otros climas. El templo de los dioses paganos de Oriente se ha arruinado, y sobre sus ruinas sólo corren los fuegos fátuos de los sepulcros. Asistimos á una nueva tempestad del espíritu humano que abrasa con su fuego nuestras alas. El esclavo, sobre el cual hemos tendido nuestro manto invisible á sus ojos, sigue aún el camino que le abre el dios-naturaleza rejuvenecido con un nuevo filtro en la hora de su agonía, en el instante de su muerte. No sabe el infeliz esclavo que en los desiertos del Asia está encerrado el templo del Dios de la verdad y del espíritu, á cuyo pié arde el fuego de su libertad y se guarda la única esperanza de re-

dencion. Confundido en la naturaleza, aniquilado en su seno, jamás despierta, jamás siente en sí hervir la vida del espíritu. Ahora le tenderán en el suelo del arte cadenas de rosas, pero que al fin serán cadenas. Su cántico de amor se parecerá al gorjeo del ruiseñor prisionero que ve á lo léjos las selvas donde tenia su nido y el cielo donde agitaba sus alas. Sigue, esclavo, sigue tu camino. Te llamarán á pelear por la patria, y la patria será para tí ¡ay! tu calabozo. Harán los hombres una inmensa pira con las armas de todos los pueblos y de todas las gentes, arrojarán en esa pira á todas las razas, cuyas carnes se fundirán cual plomo en crisol para formar un nuevo cuerpo á la humanidad, y te dejarán como la escoria al pié del nuevo gigante dispuesto á ceñirse la naturaleza como ancho manto imperial suspendido de sus hombros. La libertad del hombre debe bajar envuelta en el suspiro creador de Dios. Es necesario que ese suspiro, por cuya virtud floreció el bituminoso caos, vuelva á crear al espíritu. Abramos nuestras alas, volemos á lo infinito, y despues de vagar por el éther para más purificarlo, y de volver á dorar los astros con la luz increada para que alumbren un nuevo dia del espíritu humano, de rodillas sobre el abismo del Universo, plegadas las manos y cubiertos los ojos con esas lágrimas que fecundarian la nada, pidámosle, cuando los mundos y los soles suban á beber la vida en su aliento, que abra sus labios, que pronuncie la eterna creadora palabra, y entónces asistirémos á la redencion del esclavo.

ROMA (*levantándose como un coloso en las nubes*).

No sé, no puedo saber qué voz me llama desde el os-

curo y profundo abismo donde duerme el pesado sueño del no ser. Mi gran corazon es el corazon de toda la tierra, mi gran pensamiento es el pensamiento de toda la humanidad. Yo quiero reunir bajo mi espada centelleante á todos los pueblos, como el pastor bajo su cayado reune sus ovejas descarriadas. Dadme la voz de la tempestad, dadme las fuerzas de la naturaleza, y poned por cetro en mis manos el rayo. Las religiones paganas serán amontonadas por mí como el viento amontona las hojas secas desprendidas de todos los árboles. Los dioses vendrán á mis piés á formar la gran hecatombe al genio misterioso de la unidad del mundo. La naturaleza entera será mi trono. Yo pondré á mi imperio por manto el mar, por túnica la tierra y por diadema los astros. Yo haré del Universo un nido que guarde bajo sus alas mi águila. Yo enseñaré á todos los espíritus á mirar frente á frente el sol de la verdad. Jamás se cansará mi brazo de sostener el eje de la tierra ni de forjar el escudo que ha de guarecer el pecho de la humanidad. Yo en mi carro de guerra borraré todas las fronteras, uniré todos los pueblos, fundiré todas las razas, crearé el alma de una nueva civilizacion, la idea poderosa de una nueva humanidad. Dios, cualquiera que seas que habites el cielo, yo no te conozco, yo no he oido pronunciar tu nombre en el hondo abismo donde escribo las tablas de mis derechos con la punta de mi espada; mas si alguna vez has de bajar á la tierra, no encontrarás un leon que te limpie el camino tan fuerte como yo; si alguna vez has de tener un templo, no encontrarás un cíclope como yo que pueda poner piedra sobre piedra, montaña sobre montaña para construirte un santuario digno de ser habitado por tu in-

mensa y majestuosa grandeza. Cuando yo salga de mi caverna, cuando con el primer aliento de mi pecho arroje al aire el polvo de mi camino, cuando ruja al pié de mis colinas en la soledad de mis selvas, todos los pueblos temblarán, pero todos se precipitarán en pós de mí por mi ancho camino. Yo de todas las leyes haré una ley, de todas las artes un cántico, de todas las diademas de los reyes una corona, de todas las ideas un pensamiento, de todos los pueblos una humanidad, y mereceré por esta obra que tus labios, Señor, tus labios se posen sobre mi frente y den la eternidad á mi vida, la eternidad á mis obras. En este gran hervidero de pueblos, de razas, de gentes que componen la humanidad, yo busco un pensamiento, busco un derecho, busco una sola lengua, busco un solo arte, busco un solo hogar; ¿y no encontraré tambien allá en el cielo, en premio de mi trabajo y de mis esfuerzos, un solo Dios? Levantaré un templo inmenso con montañas arrancadas de su asiento por mis manos, reuniré todos los dioses, reconstruiré todas las aras, mezclaré todos los cultos, y pondré en el frente la misteriosa palabra «al dios desconocido.» Y cuando tú, cualquiera que seas el que habites los cielos, vengas á borrar esa palabra y á revelar tu esencia, no has de encontrar en la tierra un templo más digno de tu nombre.

Los Ángeles.

Señor, Señor, oimos la voz de un pueblo nuevo que se dibuja en las nieblas de lo porvenir áun no agitadas por las grandes alas del tiempo. Si para la idea de libertad se necesita crear un nuevo hombre, dínoslo, y prepararémos

con nuestras manos los materiales para esta nueva obra de tu grandeza. La humanidad en su largo y trabajoso camino va aspirando por todos sus poros la esencia de la vida de la naturaleza. Sus ojos buscan ávidamente en los espacios la idea que todos los seres forman con su vida. Su sér va trasformando la materia y espiritualizándola hasta convertirla en la esencia misteriosa de un aroma purísimo que sube á tí como el humo del holocausto, como la olorosa nube de incienso. La tierra con el trabajo del hombre se limpia de sus manchas, se purifica, y vuelve á ser tuya como en aquel primer instante en que salia virginal y encendida en purísimo amor, de tus manos creadoras. La naturaleza crece en amor, ¿y el espíritu se perderá en las sombras? No, no. Únelos en un beso de eterno amor. Levanta sobre las flores, sobre los torrentes la palabra que esplica y comenta la creacion, levanta el espíritu. Y para levantarse el espíritu sobre la naturaleza, necesita ser libre, ser dueño de sí, como el ave necesita de sus alas para remontarse al cielo desde su nido de barro. Si una lágrima nuestra, una de esas lágrimas que caidas sobre un mundo le darian profundo y ancho mar; si un suspiro nuestro, uno de esos suspiros que conmoverian al Universo como el huracan la trémula hoja del árbol; si un gemido, uno de esos gemidos que parecerian el sollozo amargo de toda la naturaleza, llega desde el éther donde agitamos nuestras alas á tu trono, muévete á compasion, y derrama en la faz de tu esclavo el soplo de tu vida. Caido en el lodo, arrancadas sus alas, perdida su lira, borrada en su corazon completamente la imágen de la hermosa idealidad que tú grabaste, áun puede sin embargo levantarse,

porque áun le queda algun reflejo de tu amor en la frente, como le queda al ocaso el lejano reflejo del sol en el último crepúsculo. ¡Oh! Pedimos por nuestro compañero, plegadas las manos, hundidas las rodillas en el polvo de mundos que tu aliento levanta en los espacios, velados los ojos con nuestras alas de luz, para que no veas la inmensa lágrima que rueda por nuestra mejilla como la encendida materia cósmica de las nebulosas por el cielo. Señor, Señor, danos al ménos una esperanza. El mal absoluto no puede existir en tu presencia, que es el bien supremo y absoluto. El hombre no puede estar separado de Dios eternamente. La luz de tu vida está en su inteligencia, el estremecimiento de aquel tu amor que lo creó está en su corazon. Es tu hijo, es hechura de tus manos, es la obra predilecta de la creacion, es el santuario donde se reunen la naturaleza y el espíritu: rompe, rompe sus cadenas.

JEHOVÁ.

No, la esclavitud no será eterna. La separacion entre el hombre y Dios no será eterna. La palabra de amor que puede nuevamente fecundar el caos va á caer de mis labios, y el hombre al recibirla se levantará, ceñida de luz la frente, rebosando de vida el corazon. Yo tocaré su pecho, y se moverá y andará para buscar de nuevo en los abismos del tiempo por venir el Eden que cree perdido para siempre en los abismos del tiempo que ha pasado. La conciencia de su debilidad se acabará, se borrará poco á poco el recuerdo de su culpa, y nacerá en su pecho una viva esperanza que trascienda hasta los cielos y renueve todo el Universo. Sigo con amorosos ojos la huella de lágrimas y

sangre que ha dejado en la tierra. Su largo, su funesto suplicio ha herido mi corazon de padre. Quiero sostenerle, quiero consolarle. Cuando mi eterna palabra baje sobre la conciencia como baja el soplo de la suave brisa sobre el mar embravecido, la conciencia reflejará mi idea como la superficie del mar en calma refleja todos los astros del cielo. Entónces habrá sonado la hora de la reconciliacion entre el hombre y Dios. Entónces el esclavo se perderá para siempre como una sombra maldita, como un pavoroso remordimiento. Entónces el cetro de los tiranos se quebrará como una caña, y las cadenas se hundirán, como el hierro de que han salido, en las entrañas de la tierra. Entónces no habrá quien quiera poner la planta sobre la cerviz de su hermano, ni cerviz que se humille á ser hollada por la planta de los soberbios. Mi Verbo será igual en su forma terrena al hombre, y gustará sus dolores, y beberá sus lágrimas, y sentirá sus tribulaciones, y verterá su sangre sobre la faz de la tierra, que la beberá con sed ardiente. La llama del amor se encenderá en aquel dia en el corazon del hombre. El tirano reconocerá en el pobre, en el humilde su misma naturaleza, su misma esencia, y arrojando de sí la soberbia, se postrará á sus piés y le llamará hermano. La virtud y no la fuerza regirá al mundo. El árbol del mal sólo dejará caer algunas cenizas en el fondo de la copa de la vida. Las naciones se reconciliarán en santa fraternidad. La guerra arrojará léjos de sí su enrojecida espada. El hombre irá buscando al hombre para abrazarse todos en la santa idea de justicia. La libertad sacudirá profundamente al espíritu como mi aliento á los astros, y lo lanzará en raudo vuelo á lo infinito. El trabajo dejará de ser la lucha del hombre

con el hombre para ser la lucha del hombre con la naturaleza. De cada gota de sudor que de la frente humana caiga sobre la tierra se alzará una flor que embalsame todo el ambiente. La tierra dejará de dominar al hombre para ser dominada. El aire le obedecerá, los astros le contarán sus secretos, el mar se plegará á su dominio, y hasta el rayo que hoy le hiere bajará sumiso á besar sus manos, proclamándole dueño de la naturaleza. En cada hoja del libro inmenso de la vida, donde hoy se halla escrito con lágrimas y sangre guerra, odio, esterminio, tiranía, suplicios, verdugos, se verá escrito entónces paz, amor, trabajo, derecho, justicia, libertad, Dios. Y en cada idea de justicia yo me daré en comunion perpetua universal á las generaciones. Y en cada obra de caridad estará presente mi eterno amor. Y en la ciencia resplandecerá mi palabra. Y en la libertad vivirá mi eterna ley. Ya veo los odios de razas concluidos, las guerras encadenadas, los tiranos arrepentidos, los cadalsos destrozados, los códigos escritos en todos los corazones y en todas las conciencias, los hombres reconciliados, el trabajo convertido no á destrozar sino á vivificar, la idea levantándose por su propia virtud al cielo, la humanidad convertida en una sola familia, la justicia reconocida por la conciencia universal, la libertad triunfante, la naturaleza trasformada en un altar, la muerte bendecida como una metamórfosis de la vida, y todas las generaciones subiendo á mí por la áurea escala de los mundos, ansiosas de sentir el amor infinito, de poseer la verdad absoluta, que son mis eternas promesas. Y para levantar esta obra se romperán para siempre las cadenas del esclavo. Entónces del lodo amasado con lágrimas y sangre donde

yacen las cenizas de tantas generaciones mártires, heridas por el hierro, maltratadas por los tiranos, descoyuntadas bajo el inmenso peso de sus cadenas, llamaré á la vida, á la libertad al mártir de la historia, á la criatura que yo creé libre y buena y amorosa, para que reconociendo mi presencia en su alma y purificándose en mi idea, recobre sus derechos, espléndida corona que, al crearlo, yo con mis propias manos ceñí á su espíritu, corona formada con un rayo luminoso de la idea de la creacion que vagaba en mi eterna mente. Consoláos, pues, generaciones de ángeles, consoláos: que pronto llevaréis sobre vuestras alas de luz á la tierra oscurecida la esperanza de su redencion. Vuestras súplicas, vuestras oraciones, que mezcladas con las armonías de los mundos y los ecos del mar de la vida llegan hasta mí, han desarmado mi justicia. Sí, bastantes lágrimas han subido hasta mí, bastante sangre ha bebido la tierra, bastantes gemidos han llevado de region en region los vientos en sus alas, bastantes tiranos han envenenado ya á la tierra. La fe, la esperanza van á renacer. La tierra se va á engalanar de flores como en los primeros dias de la creacion. Mi aliento va á descender á los mundos, que lucirán con luz más nueva. Yo aplastaré bajo mis plantas el infierno. Y el genio del mal, que exhala de sus fauces la noche sobre el espíritu, que vive en el odio, que quisiera traspasar con las flechas de la muerte hasta los planetas y los soles, se revolcará en su impotencia en su lecho de cenizas, vencido para siempre, y para siempre aprisionado con las cadenas que yo habré roto. Cantad, cantad, ángeles mios, la redencion del esclavo.

Fin de la primera parte de La Redencion del Esclavo.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

Invocacion 5
Prólogo en el cielo 7
El Ángel y el Hombre 39
El Pária 164
El Ara del sacrificio 331
El Campo de batalla 459
El Mercado 517
Metamórfosis 583

FE DE ERRATAS.

En la página 480, línea 22, donde dice «escaldada» léase «encendida.»

ADVERTENCIA FINAL.

He concluído la primer parte de mi libro. Como se verá, he buscado sus principales cuadros en la Biblia, en los libros literarios y sagrados del Oriente, en los dramas y en los poemas de la India, en donde quiera que he encontrado un soplo de la humanidad cuando la civilizacion llenaba el Oriente. El esclavo, es decir, el progenitor del pueblo, del proletario, es el protagonista de mi libro. Esta obra ha de tener una segunda parte que comprenda el mundo clásico y el mundo moderno. Para rematarla necesito algun reposo, mucho estudio, y pisar la tierra sagrada donde la idea clásica vive aún en las ondulaciones del aire. La concluiré lo más pronto que me sea posible. Espero en Dios que entónces, como hoy y como ayer, no me ha de faltar la proteccion que me ha dispensado siempre ese amigo mio, anónimo, desconocido, y tan consecuente y tan benévolo para mí, ese amigo que se llama el público.